
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

MANUAL

DE

COMPOSICION LITERARIA.

IMPRENTA DE LA REPÚBLICA
de Jacinto Núñez.

MANUAL

DE

COMPOSICION LITERARIA.

POR

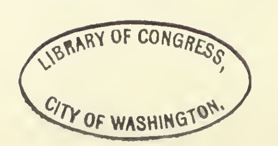
Diego Barros Arana.



SANTIAGO,

LIBRERIA CENTRAL DE A. RAYMOND.

1871.



ADVERTENCIA.

El ejercicio de composicion en las clases de literatura es tan necesario a los jóvenes como el estudio de los preceptos de la retórica. Es necesario habituarlos a escribir para que aprendan a conocer los resortes de la lengua, el empleo de las palabras, el encadenamiento de las ideas.

Este libro, destinado para el uso de los estudiantes de nuestros colejios, tiene por objeto el regularizar el trabajo de composicion. Adoptando el sistema empleado por eminentes profesores, he querido indicar la gradacion que debe seguirse en este trabajo, buscando las materias mas fáciles i sencillas para los primeros ensayos, i dejando las mas complicadas i penosas para cuando los jóvenes han adquirido junto con una mayor facilidad de redaccion, el hábito de coordinar lójicamente sus pensamientos

Para ello, he distribuido el libro en doce secciones diferentes. Los asuntos comprendidos en la primera pueden ser tratados por los principiantes que solo conocen las reglas de la gramática; pero en cada seccion las dificultades son mayores, i exijen mas conocimientos i mas meditacion. Para facilitar el trabajo de los profesores e indicarles el rumbo que deben seguir, en cada seccion he puesto un número considerable de temas que pueden darse a los alumnos para que trabajen su composicion; pero los profesores podrán formar muchos otros temas talvez mas apropiados que los que contiene este libro.

En la práctica de la enseñanza, he observado que de ordinario los jóvenes, por no haber meditado el asunto sobre que deben escribir, creen que el tema que se les ha dado es estéril i que no tienen nada que decir. Para probarles lo contrario, he puesto despues de cada serie de temas, una serie mas reducia de modelos de ejercicios; i para ello, he querido presentarles exelentes modelos, es decir, trozos literarios de un verdadero mérito, en que esos temas están tratados por grandes escritores. En ellos verán los jóvenes que los asuntos que a primera vista parecen áridos, se prestan a un desarrollo artístico cuando se medita sobre un asunto i cuando se sabe escribir.

Los preceptos jenerales de composicion que preceden a este libro, i los particulares de cada seccion, son estractados i aun en parte traducidos de los que se encuentran en otras obras análogas que me han servido de guia en la formacion de la presente. Debo recordar entre otras las de Sommer, Chassang, Barrau, Thery, así como un opúsculo de Laboulaye, i un libro del abate Bautain, sobre la preparacion en el arte de hablar. De todos esos libros he tomado algunas observaciones, i todos me han servido para disponer el plan jeneral de este *Manual.*

Los fragmentos literarios que he reunido como modelos de ejercicios, son útiles ademas para un objeto diferente. Los mejores preceptos literarios no sirven de nada cuando no van acompañados de la lectura de buenos escritores. En una clase de literatura, el estudio de las reglas debe hacerse al mismo tiempo que el análisis de algunos fragmentos bien escritos, sobre los cuales pueden recaer las esplicaciones del profesor. En los paises mas adelantados, esta esplicacion de los autores constituye la parte mas sólida i mas útil de la enseñanza literaria. El jóven aprende insensiblemente el arte de elejir los pensamientos, de encadenarlos entre sí, de darles claridad i de revestirlos con formas agradables i elegantes.

Hasta ahora, no habia podido adoptarse este sistema en la enseñanza de la literatura en nuestros colejios por la fal-

ia de un libro adecuado que contuviera fragmentos escojidos, que por su naturaleza se prestaran a este uso. Este libro tiene tambien por objeto el remediar esta necesidad. En él he reunido mas de ciento cincuenta fragmentos escojidos de diversos autores i sobre las materias mas variadas.

Al hacer esta compilacion, no me he limitado a tomar fragmentos de una literatura determinada. Los he buscado en todas partes, prefiriendo siempre aquellos que pudieran contribuir de algun modo a ensanchar los conocimientos de los jóvenes. Para esta clase de compilaciones, la literatura castellana no ofrece un campo bastante rico; pero he tomado de ella los mejores trozos líricos de su Parnaso, i algunos fragmentos de sus prosadores. Es verdad que Cervantes suministra por sí solo un caudal inmenso de modelos literarios; pero creo que la lectura de su libro inmortal debe ser obligatoria a todos los estudiantes de literatura, i por lo tanto no hai necesidad de tomar estractos de él.

Para hacer mas útil la lectura de estos fragmentos, he puesto al pié de cada uno de ellos algunas notas concernientes a la biografía del escritor, o destinadas a completar ciertas noticias que pueden interesar a los jóvenes. En muchas ocasiones, i para no recargar inútilmente las notas, cuando se trata de autores de cuya biografía i de cuyas obras hai noticias en las *Nociones de historia literaria*, que sirven a los estudiantes como libro elemental, me he limitado a referirme a las pájinas de esa obra. En nuestra lengua faltan los diccionarios biográficos i enciclopédicos que en otros paises están al alcance de todos los estudiantes, i donde pueden consultar las noticias de esa naturaleza. Conviene por lo tanto que los libros elementales remedien por medio de notas i en cuanto es posible, esta falta.

En un *apéndice* puesto al fin de este libro, encontrarán los jóvenes un vocabulario que les indicará la manera de vencer una de las dificultades mas serias que ofrece la construccion de la frase en la lengua castellana.

PRECEPTOS JENERALES

DE

COMPOSICION.

Para escribir i para hablar regularmente, la ciencia de los preceptos no basta. Evidentemente, todas las reglas de la retórica sobre el estilo i sobre sus cualidades jenerales i accidentales, tienen por objeto el iniciar a los jóvenes en los secretos del arte de escribir. Si ellos han meditado con detenimiento esos preceptos, si sobre todo los han aplicado a los diversos ejemplos que se encuentran en los libros elementales o a los que ellos mismos han podido encontrar, habrán aprendido a darse cuenta de las bellezas i defectos de los trozos literarios que quieran analizar. Sin duda es mucho poseer un juicio crítico bastante seguro para no admirar nada i no condenar nada sino con conocimiento de causa; pero esto no basta para escribir por sí mismo. Los jóvenes necesitan todavía de otro estudio mas práctico sin duda que el de los preceptos de la retórica, pero que supone el conocimiento de estos.

Este estudio no es otra cosa que el ejercicio gradual de escribir bajo los auspicios del profesor. En una clase de literatura, cuando los alumnos han estudiado los preceptos jenerales concernientes al estilo, deben ejercitarse en este

jenero de trabajos. Al profesor corresponde señalar el tema que debe ser tratado por los alumnos, darles las indicaciones a que han de sujetarse; i en seguida revisar i correjir esos ensayos, haciendo notar los defectos gramaticales i literarios en que han incurrido los jóvenes principiantes. Toca a éstos el aplicar cuando escriben los preceptos que han estudiado. Aunque este ejercicio, volvemos a repetirlo, es esencialmente práctico, conviene apuntar aquí algunas indicaciones que no son inútiles.

I.

El trabajo de composicion se reduce en rigor a tres cosas: encontrar las ideas, elejirlas i por fin ordenarlas.

Se encuentran las ideas por medio de un exámen atento del asunto que se quiere tratar. Cuando se conoce bien ese asunto, es casi imposible que las ideas no se presenten aun a una imajinacion estéril. Con frecuencia los jóvenes, cuando se les da algun tema sobre el cual deben escribir, pretenden que tienen poco que decir, i no saben dónde tomar los materiales para llenar el cuadro que se les ha trazado. Es cierto que las ideas, como resultado de la memoria, de la esperiencia i de la reflexion, pertenecen a la edad en que meditaciones mas sérias han correjido la lijereza natural del espíritu. Sin embargo, no hai edad en que éste esté absolutamente vacío o sea incapaz de reflexion. Si algunas veces la imajinacion de los jóvenes se encuentra enteramente estéril, deben atribuirlo a su neglijencia o a su atolondramiento. Es necesario, pues, insistir sobre el exámen del asunto de que se quiere tratar, considerarlo bajo todas sus faces i sacar de él todo lo que él pueda producir. Conviene facilitar este trabajo a los principiantes trazándoles de una manera bastante completa el cuadro que ellos tienen que llenar. Sometiéndose a ese cuadro no deben temer dejarse arrastrar fuera de su asunto. De esta manera estarán apercibidos contra los estravíos de la inesperiencia; pero si el plan les ha sido impuesto en cierto modo, no por eso dejan

de tener una libertad completa para los detalles, i su imajinacion encuentra allí un campo limitado pero no estrecho.

Este exámen preliminar del asunto sobre el cual se quiere escribir es uno de los hábitos mas útiles que el espíritu puede adquirir en la juventud, uno de aquellos cuya importancia se aprecia mejor mas tarde. Muchos jóvenes comienzan a escribir ántes de haber reflexionado algunos minutos sobre el tema que se les ha dado; miran como perdido el tiempo empleado en la meditacion, i apoderándose de la idea que se presenta a su espíritu, la desenvuelven sin inquietarse por lo que vendrá en seguida, i se fian en la inspiracion. Pero nunca es mas segura la inspiracion que cuando nace de la reflexion. Nunca es mas rica ni mas rápida la redaccion que cuando el escritor ha reunido previamente sus ideas. Abandonarse a la fantasía del primer momento, es arriesgarse a quedar cortado en la mitad del trabajo, o a dar a una parte una estension i un desarrollo desproporcionados con relacion al resto del escrito, como si se colocase una cabeza monstruosa sobre un cuerpo pequeño. Mas tarde, cuando son mas sérias i mas vastas las materias sobre las cuales se ejercita el escritor, el espíritu es incapaz de abrazar el conjunto i de penetrar en todos sus detalles. No llega entónces a obtenerse sino con sumo trabajo lo que un hábito prudente i una práctica constante le hubiesen hecho fácil en los primeros ensayos.

Por otra parte, es menester observar que las ideas no tienen únicamente su oríjen en la imajinacion: lo tienen tambien en los conocimientos adquiridos. La imajinacion por sí misma es bastante limitada; pero el estudio i la lectura pueden desarrollarla hasta lo infinito: miéntras mas aprende, mas rica i fecunda se hace; miéntras mas se la ejercita, mas produce. La lectura de los buenos libros, sobre todo, tiende a conseguir este feliz resultado. El espíritu no debe apropiarse de una manera servil las ideas que encuentra en los libros, porque eso puede conducirlo al fin a la esterilidad; pero esas ideas le suministran nuevas percepciones,

puntos de comparacion con sus propias ideas, i por medio de un trabajo insensible, añade nuevas nociones a las que ya poseia.

II.

Cuando las ideas han sido encontradas, es preciso pensar en elejirlas, en examinar las que conviene desechar i las que se deben conservar.

Las ideas que conviene abandonar desde luego son las que tienen con el asunto que se quiere tratar una relacion ménos íntima, i cuyo desarrollo seria por esto mismo una digresion estraña al tema principal. Se puede hablar de todo a propósito de cualquiera cosa: aun se puede decir con razon de ciertas obras que lo que a primera vista parece el asunto principal, no se encuentra allí mas que para unir las digresiones en que el autor se dilata: es una especie de punto fijo mui cómodo, porque el autor vuelve a él cada vez que percibe que se ha alejado mucho. No puede hacerse esto mismo en las composiciones que se encomiendan a los jóvenes: el trabajo que se les exije tiene por objeto desarrollar en ellos esa prudencia de espíritu que hace que se trate un asunto de una manera completa, pero sin salir de sus límites, con moderacion i sobriedad. Hai sin duda algo de mas agradable para el vulgo de los lectores en las fantasías de un talento fácil i brillante; pero las cualidades que recomendamos son mucho mas preciosas a los ojos de jueces espertos como son los hombres de un verdadero gusto literario.

Así, pues, despues de un primer trabajo, no nos quedan mas que las ideas que nacen del fondo mismo del asunto. Pero ¿las conservaremos todas? No. Algunas ideas son flojas i débiles; debemos renunciar a ellas: otras son vulgares; debemos tambien sacrificarlas. Si queremos conmover, tomaremos con preferencia las ideas mas a propósito para exitar la sensibilidad: si queremos agradar, insistiremos, segun las circunstancias, en las ideas agradables o cómicas.

Esta eleccion dependerá del asunto i del carácter i del gusto de las personas a quienes se dirije el escrito. Estas son consideraciones que conviene tener presente, pero sin que se deje por esto de ser natural, porque la naturalidad es, como se sabe, una de las primeras condiciones del estilo.

Hemos aconsejado que se dejen a un lado las ideas que se miran como flojas o débiles. En efecto, una idea débil, colocada ántes o despues de otra idea vigorosa, quita a ésta algo de su valor i disminuye la impresion que ésta habria producido. Por otra parte, no es necesario decir sobre un asunto todo lo que puede decirse: pueden omitirse sin inconveniente las cosas que se presentan naturalmente al espíritu de todo el mundo, a ménos que se sepa darles realce por medio de algunas consideraciones nuevas. Insistir sobre ideas triviales i trilladas, es injuriar en cierto modo a la intelijencia del lector.

Declaramos sobre todo la guerra a los lugares comunes. Se llaman lugares comunes esas ideas vulgares que se colocan igualmente bien o igualmente mal en todas partes, que todo el mundo conoce i que por esto mismo, no causan placer a nadie. Por ejemplo, en vez de decir simplemente: "Habia vuelto la primavera;" o "Corrian los primeros dias de la primavera," se habla del soplo tibio del céfiro, de las aves que revolotean, de las flores que crecen, del hielo que se liquida, del ropaje nuevo de la tierra, de los prados, de los bosques, de los arroyos, etc.: cosas todas que pueden ser dichas tanto mejor cuanto que tienen fórmulas hechas, i hechas por mano maestra. Han agradado en otro tiempo; ahora han llegado a ser fastidiosas. Cada asunto, si se considera bien, tiene su lugar comun; precisamente es este lugar comun el que conviene evitar.

Los lugares comunes no consisten solo en descripciones usadas; sino tambien en reflexiones triviales que se repiten a cada instante, i que no por ser verdaderas dejan de ser fastidiosas, puesto que nadie tiene necesidad de que se le sujieran. Sin embargo, hai ocasiones en que el lugar comun es soportable; i es cuando el que escribe es bastante

hábil para refundirlo naturalmente en el asunto mismo, de modo que parece salir espontáneamente de él, i no como añadido por via de adorno. Así, continuando nuestro ejemplo, ese lugar comun de la primavera, tan vulgar, tan insoportable, perderá algo de su fastidio i de su vulgaridad si se aplica a un enfermo que retenido en su aposento durante todo el invierno, puede salir al fin i gozar de los primeros dias de la nueva estacion. No existirá entónces una descripcion jenérica i trillada, porque no es precisamente la primavera lo que se describe, sino las sensaciones de aquel que goza de ellas de una manera particular i casi inesperada. En el primer caso, la descripcion tiene un carácter jeneral: en el segundo toma un carácter personal. ¿Qué cosa mas repetida i vulgar que la descripcion de una tempestad? Sin embargo, si colocamos en medio de esta tempestad un personaje que nos interesa, si con el cuadro de los grandes sacudimientos de la naturaleza confundimos el cuadro de las emociones de aquel que es testigo i que en un momento puede ser la víctima, la descripcion por sí misma tendrá un interes poderoso. Es un medio de sacar partido del lugar comun el hacer de él una aplicacion particular; pero es verdad que entónces la palabra deja de ser propia, porque en realidad no hai lugar comun.

III.

Lo que mas importa para la claridad de la composicion es el órden de las ideas. Las ideas que consideradas una a una pueden ser vigorosas, nuevas, convincentes, pierden en gran parte todas estas cualidades si son presentadas con confusion. Perturban entónces el espíritu en lugar de ilustrarlo, i se destruye así todo su efecto. Para evitar este inconveniente se debe tener cuidado de reunir i de presentar sucesivamente todas las ideas de la misma naturaleza, todas las que pueden encadenarse unas con otras sin artificio i sin esfuerzo. Solo despues de haber agotado completamente un órden de ideas se puede pasar a ideas nuevas. El

espíritu del que lee puede entónces clasificar de una manera fácil las consideraciones que se han espuesto o los hechos que se le quieren enseñar. Está tanto mejor dispuesto a instruirse o a dejarse convencer cuanto que para ello tiene que hacer ménos esfuerzos.

Tratando así, aparte, i como un todo independiente, cada serie de ideas, conviene reservar para el fin la idea mas vigorosa, i presentar primero las mas débiles. Ciertas ideas, tomadas aisladamente, no tienen mas que un pequeño valor; i sin embargo cuando se las agrupa, no dejan de producir impresion. El método que indicamos es siempre bueno; pero lo es particularmente cuando se tiene por objeto persuadir: se prepara así poco a poco el espíritu a lo que se quiere obtener; despues, cuando ya está inclinado, se hacen intervenir las consideraciones decisivas que se han dejado de reserva, i se acaba por obtener la persuasion. Si al contrario, se presentase primero la consideracion mas poderosa, las que vienen en seguida no harian mas que debilitarla, i aquella acabaria por borrarse de la mente i por perder todo su valor.

Dispuesta así cada serie de ideas, resta aun que reunir todas las series. Es menester hacerlo estableciendo entre ellas en cuanto sea posible, la misma gradacion que hemos recomendado para las ideas de cada grupo. Una vez fijado el órden definitivo, el escritor se ocupa de los medios de pasar de una serie de ideas a otra serie, de una manera sencilla i fácil, a fin de que el conjunto no ofrezca nada de entrecortado i de incoherente. Se obtiene este resultado por medio de las transiciones.

Se llama *transicion* el lazo que une una idea a otra, cuando entre ambas no hai un encadenamiento lójico. Las transiciones consisten en ideas intermediarias que están relacionadas con lo que acaba de decirse i con lo que va a seguir. Algunos ejemplos harán comprender mejor lo que es una transicion. Flechier, en la oracion fúnebre de Turena, queriendo hacer el elojio de Luis XIV, despues del elojio de aquel famoso jeneral, dice: "Para recompensar tantas

virtudes (las de Turena) con un honor estraordinario, era preciso encontrar un gran rei que creyese ignorar alguna cosa i que fuese capaz de confesarlo." Entónces hace el elojio del rei. En el mismo discurso, despues de haber espuesto todas las medidas tomadas por Turena para batir al enemigo, Flechier pasa así a referir la muerte del héroe. "La Francia en suspenso esperaba el éxito de una empresa que, segun todas las reglas de la guerra, era infalible. ¡Ah! nosotros sabíamos todo lo que podiamos esperar, i no pensabamos en lo que debiamos esperar." Entónces refiere como Turena murió en el campo de batalla.

Las transiciones deben ser naturales i sencillas: conviene evitar cuidadosamente las ideas rebuscadas, los encadenamientos forzados. Si es posible, debe presentarse la segunda idea como una consecuencia o un desarrollo de la anterior. Las transiciones, ademas, deben ser cortas, como se concibe fácilmente. En jeneral, ellas no añaden nada a la idea; i es preciso abstenerse en cuanto sea dable, de hablar para no decir nada. Por otra parte, las transiciones mui largas dan al estilo un aire pesado i embarazoso. Las transiciones son útiles para la claridad de la composicion; pero por breves que sean, desempeñan bien su oficio.

Una regla que importa mucho observar es la de hacer saber desde el principio el asunto sobre que se escribe, anunciarlo directa o indirectamente, pero con toda claridad ántes de desarrollarlo. Por no conformarse a este precepto se deja por algun tiempo incierto al lector sobre el objeto que el autor se propone, i no hai lectura mas fastidiosa que la de una composicion o de una obra cuyo objeto no se percibe desde el principio. Se necesita mucho injenio para eludir este precepto, para interesar al lector con alguna digresion a fin de llevarlo en seguida al asunto que el autor se propone tratar.

IV.

Como estos consejos van dirijidos a jóvenes que conocen los principios fundamentales de la retórica, es inútil repe-

tir aquí la importancia que tienen la pureza, la claridad, la precision i la dignidad, cualidades que los preceptistas llaman habituales o necesarias a todo estilo. La propiedad de los términos, la correccion de las frases, la nitidez de las ideas son sin duda condiciones que no pueden faltar en ningun escrito; pero el estudio de estas cuestiones es hasta cierto punto ajeno de este lugar. Vamos por esto a apuntar algunas consideraciones de un órden mas limitado i mas práctico.

En jeneral, una frase mui larga, aunque sea bien construida, fatiga la atencion. Una serie de frases cortas cansa por su monotonía. Lo mas prudente es buscar siempre el término medio, i no hacer frases ni mui largas ni mui cortas. Conviene, sin embargo, advertir que la estension de una frase no debe medirse por el número de palabras que encierra, sino por la mayor o menor facilidad con que se desenvuelve, i que una oracion de muchas líneas es corta si marcha de principio a fin con soltura i desembarazo; pero los jóvenes que comienzan a ensayarse en ejercicios literarios, deben comprender que solo a los escritores esperimentados les es fácil desenvolver largas frases conservando siempre la claridad i la lójica del lenguaje.

Lo que hace los períodos pesados i confusos es el gran número de frases incidentes que se introducen en ellos. Esas frases, que no forman parte esencial de la proposicion i que si bien le añaden alguna idea accesoria, podrian suprimirse sin faltar a la claridad, deben usarse con mucha parcimonia. Esas proposiciones incidentes, sobre todo cuando son largas o cuando se multiplican demasiado, tienen el inconveniente de distraer el espíritu largo rato o con mucha frecuencia de la idea principal. Ademas, se introducen en la frase por medio de un número mui limitado de voces, los relativos, cuya repeticion es en estremo fastidiosa, i aun con frecuencia hace oscuro o ambiguo el sentido.

Desde sus primeros ensayos, los jóvenes deben empeñarse en verter sus pensamientos con el menor número de palabras posible. Deben evitar las perífrasis o circunlo-

quios cuando ellas no dan gracia o elegancia al estilo.

Deben suprimir los pleonasmos, o repeticion de una misma idea con palabras diferentes, porque esas repeticiones alargan el escrito, pero no desarrollan el pensamiento. Pero si podemos indicar lijeramente los peligros que es preciso evitar, no es fácil decir lo que conviene hacer. Podemos, sin embargo, dar una regla jeneral: elíjase siempre para cada una de las ideas la forma mas sencilla i mas breve, la que va mas directamente al objeto: suprímase sin compasion todo lo que no está estrechamente unido al sentido del pensamiento, i cuando se haya espresado así la idea de una manera completa, no se vuelva mas a ella sino es para darle una forma mas nueva i mas clara. Es cierto que si se lleva al estremo este trabajo, la cualidad del estilo que se busca puede convertirse en un defecto, i que a fuerza de quitar de la espresion lo que parece superfluo, se quita lo necesario, i que con el propósito de ser breve se llega a ser oscuro; pero este esceso de precision no es el defecto en que incurren ordinariamente los jóvenes. Por el contrario, la redundancia, el pleonasmo, la repeticion, son los vicios ordinarios del estilo de los principiantes.

En estas materias, la lectura de los buenos libros, el exámen atento del estilo de los grandes maestros enseña mas que todos los preceptos. El aprender de memoria numerosos pasajes de los mejores escritores es un ejercicio escelente. Jeneralmente, este ejercicio es descuidado por los jóvenes, sin duda porque no comprenden tóda su importancia i porque no ven en él mas que un medio mecánico de cultivar la memoria. Deben esperar mucho mas de este trabajo: los frutos que él produce vienen lentamente i de una manera casi insensible, pero son seguros.

V.

Los discursos que se pronuncian de viva voz, si se quiere que ellos no estén reducidos a una vana i estéril palabrería, están sometidos a estas mismas reglas. No queremos hablar

aquí de los discursos escritos de antemano, porque, como es fácil comprender, su autor no podria dispensarse del trabajo que siempre debe imponerse el escritor: nos referimos a los discursos improvisados.

La improvisacion no tiene nada de comun con la estéril charla. Lejos de dispensar al autor de todo trabajo, exije para cada asunto una preparacion larga i séria. La investigacion de la verdad, la reflexion, la lectura, son sus condiciones esenciales; en otros términos, la improvisacion no es mas que el arte de esponer verbalmente lo que el estudio i la meditacion nos han enseñado. La primera condicion de la improvisacion comprendida así, es la preparacion. Una vez elejido o designado el asunto, es menester estudiarlo en sí mismo i en todo lo que lo rodea. Debe comenzarse el trabajo por leer, pero no para buscar en la lectura uno o mas rasgos aislados que hacer entrar en el discurso, ni para encontrar el órden i el plan de su obra, sino para estudiar el asunto, en la seguridad de que un estudio serio, seguido de la meditacion, formará el discurso por completo. Despues de ese estudio detenido, las impresiones superficiales se desvanecen i la memoria no conserva mas que las ideas i los hechos que han llamado vivamente la atencion del lector. Los detalles han desaparecido, pero los grandes rasgos han quedado: son ellos los que suministran naturalmente la trama del discurso.

La retórica enseña a distinguir las partes de que se compone todo discurso i señala los preceptos a que debe someterse su órden i disposicion. Sin embargo, en éste como en muchos otros puntos, las reglas no hacen mas que esplicar lo que naturalmente se verifica cuando se da a las ideas el encadenamiento mas claro i mas sencillo. No se necesita meditar mucho sobre un asunto para saber que ántes de entrar en materia, conviene llamar la atencion del auditorio, o que la prueba necesita que haya hechos conocidos sobre los cuales debe recaer. Las ideas de cada una de esas partes se enlazan entre sí de la misma manera que las ideas de un escrito, por medio de transiciones cuando

éstas son necesarias, o por el órden mas natural de sucesion cuando las unas nacen naturalmente de las otras.

Pero no basta disponer las partes i aun las ideas de un discurso; es menester tambien que la memoria conserve ese órden i las presente al orador en su sucesion regular. Para muchas personas, ésta es una de las grandes dificultades de la improvisacion; pero hai medios mecánicos, por decirlo así, para ayudar a la memoria. Los antiguos conocian estos procedimientos para grabar las cosas i las palabras en el espíritu. Es curioso leer en Ciceron los medios singulares a que acudian para satisfacer esta necesidad. Relacionaban en la mente sus divisiones i sus argumentos con los objetos esteriores, con las columnas de un templo, las bóvedas de un salon, i por medio de letras i figuras completaban sus recuerdos. Esto es lo que Ciceron llamaba memoria artificial. "Compónese ésta, agrega mas adelante, (*Rhetoricum ad Herennium*, III, 16 i 17,) de lugares i de imájenes. Por lugares se entienden las obras de la naturaleza o del arte a las cuales un carácter de sencillez, de perfeccion o de distincion notable, hace aparentes para ser tomadas i abrazadas por la memoria; tales son una columnata, un ángulo, una bóveda i otras cosas semejantes. Las imájenes son ciertas formas, signos, representaciones de la cosa que queremos retener, como caballos, leones, águilas, cuyas imájenes colocaremos en alguna parte si queremos guardar el recuerdo. Lo mismo que los que saben trazar las letras pueden escribir lo que se les dicta i leer en seguida, así los que han aprendido la mnemónica pueden fijar en ciertos lugares las cosas que han aprendido, i por este medio recitarlas de memoria. En efecto, los lugares son enteramente como la cera i el papel; las imájenes como las letras, la disposicion i el arreglo de las imájenes como la escritura, i la recitacion como la lectura."

Entre los modernos, estos procedimientos son mucho mas sencillos. Muchos oradores disponen sus discursos en un pequeño pedazo de papel. Palabras desligadas, cifras, rayas, letras mas o ménos gruesas, i aun a veces tintas

de diversos colores distinguen las divisiones principales i secundarias del discurso. Basta una memoria regular para que al hablar, el orador tenga presente en el espíritu el plan de su discurso, i entónces tiene la ventaja de que esas grandes demarcaciones guian el pensamiento. Algunos oradores van mas léjos todavía. Escriben su discurso por entero, sin tener la intencion de recitarlo. Creen que de esta manera hacen entrar en su memoria no solo los rasgos principales sino hasta los detalles de su improvisacion. El ejemplo mas curioso es el del jesuita Claudio Lingendes, célebre predicador del siglo XVII, que redactaba en latin los sermones que debia pronunciar en frances. La escritura no era para él mas que un medio de grabar las ideas en la memoria, i no se preocupaba de las palabras. Lo mismo acontece a los que escriben sus discursos en el idioma en que deben ser pronunciados, no para estudiar en el manuscrito las frases i las palabras, porque esto los enreda fácilmente.

La escritura, pues, es útil como procedimiento mnemónico; pero es todavía mucho mas importante como preparacion. Los antiguos no creian que se pudiera llegar a ser orador sin haber escrito mucho ántes de hablar. "El método por escelencia, decia Ciceron (*De oratore*, I, 33), consiste en escribir lo mas posible: la pluma nos enseña a prepararnos bien, es el primero i el mas hábil de los maestros: si un discurso preparado i meditado es superior a una improvisacion súbita i fortuita, con mayor razon un discurso escrito con cuidado valdrá mas que una arenga simplemente preparada de memoria." "Jamas podremos hablar convenientemente en público, dice un célebre orador moderno, el abate Bautain (*Art de parler en public*, part. 1, ch. 3), si ántes no nos hacemos dueños de nuestro pensamiento, de manera que podamos descomponerlo en partes, analizarlo en sus elementos, recomponerlo despues, segun sea necesario, reducirlo i concentrarlo de nuevo por medio de la síntesis; análisis de la idea que la pone de manifiesto a los ojos del espíritu i que solo se alcanza a hacer

bien escribiendo. La pluma es el escalpelo que diseca los pensamientos; i solo al escribir se profundiza i se consigue percibir todo lo que encierra una concepcion: cuando comprendemos podemos hacernos comprender." La facilidad sola no constituye al orador: al contrario, debe desconfiarse de esa facilidad i tratar de reglamentarla. Escribiendo, se la modera i se la limita: se busca i se encuentra la palabra precisa. Es el mejor de los ejercicios para evitar esa estéril fecundidad que ahoga a la verdad bajo un flujo de palabras vacías de sentido.

En estas breves observaciones no hemos pretendido ni recordar siquiera los preceptos referentes a la oratoria, que se encuentran en todos los buenos libros de retórica. Hemos querido solo manifestar que aun para hablar convenientemente es menester ejercitarse en la práctica de la composicion escrita, no para aprender de memoria un discurso sino para fijar el órden i el encadenamiento de las ideas.

VI.

De entre los diversos sistemas empleados para ejercitar a los jóvenes en el trabajo de composicion, hemos preferido uno que se recomienda por su sencillez i por los buenos resultados que produce en Francia i en los otros paises en que se ha empleado. Consiste en dar a los alumnos, junto con el tema de que debe tratar la composicion, un sumario conciso pero comprensivo del asunto, con algunas indicaciones mui lijeras sobre la manera de desarrollarlo, o mas bien dicho de llenar i dar colorido al cuadro que se les ha presentado en bosquejo.

Ese cuadro limita, es verdad, la imajinacion del alumno trazándole un órden fijo al desarrollo de las ideas; pero en los primeros ensayos literarios, como han podido observarlo todos los profesores, conviene poner una barrera contra los estravíos de la inesperiencia. Por otra parte, si ese cuadro sumario impone a los jóvenes un plan fijo i determinado, les deja una libertad completa para los detalles,

donde su imajinacion puede espaciarse. Ademas, nada se opone a que el alumno, despues de haber ejecutado sus primeros ensayos, se exima de reproducir exactamente en su órden las ideas del sumario de la composicion que debe escribir. En nuestra práctica del profesorado, hemos visto algunos jóvenes que, despues de haber escrito cuatro o seis composiciones, se han apartado con felicidad del plan que se les habia trazado. Por esto mismo hemos cuidado que las indicaciones de esos cuadros, algo minuciosas en el principio, vayan haciéndose mas vastas i jenerales cuando se supone que el alumno, mas adelantado ya en esta clase de ejercicios, puede entregarse mas confiadamente a sus propias fuerzas.

Los temas de composicion que pueden darse a los jóvenes son por su naturaleza mui variados. Nosotros los hemos clasificado en doce grupos diferentes, comenzando por aquellos que nos parecen mas sencillos para terminar por los que ofrecen mayores dificultades. Hélos aquí:

1º Traduccion al castellano de fragmentos escritos en un idioma estranjero.

2º Traslacion a prosa de una composicion escrita en verso castellano.

3º Traslacion al lenguaje moderno de algunos fragmentos escritos en castellano antiguo.

4º Esplicacion de algunos sinónimos i homónimos.

5º Cartas familiares.

6º Narraciones.

7º Descripciones.

8º Retratos.

9º Paralelos.

10º Disertaciones.

11º Diálogos.

12º Análisis literarios de buenos modelos.

Cada uno de estos grupos de ejercicios de composicion va precedido de algunos consejos dirijidos a ilustrar al alumno. Muchos de ellos suponen el conocimiento previo de los preceptos jenerales de la retórica, si bien los ejerci-

cios de las cuatro primeras secciones pueden servir para los alumnos que hacen sus estudios superiores de gramática castellana.

No nos hemos limitado a formar los sumarios segun los cuales los alumnos pueden desarrollar los temas que se les proponen, i que los profesores de literatura pueden aumentar siguiendo el plan propuesto en este libro. Nos ha parecido conveniente ademas presentar a los jóvenes varios modelos de cada clase de ejercicios, en los cuales les es fácil observar la manera como puede tratarse un asunto que a primera vista parecia estéril e incapaz de despertar la imajinacion. En cuanto nos ha sido posible, hemos elejido para estos modelos fragmentos notables por el estilo i por el fondo de las ideas; i para ello los hemos buscado en los mas grandes escritores antiguos o modernos.

Hemos cuidado que esos fragmentos sean agradables i útiles, es decir, que a la belleza literaria reunan un mérito intrínseco, i contribuyan así a aumentar, en cuanto es posible, el caudal de conocimientos de los jóvenes.

SECCION I.

Traduccion al castellano de trozos escritos en un idioma estranjero.

La traduccion no consiste en verter palabra por palabra al idioma castellano, una o muchas frases escritas en idioma estranjero. Ese método servil es indigno de un verdadero traductor. Tampoco debe éste alejarse del orijinal, porque en este caso no se traduce sino que se imita. El traductor debe conservar el tono, el carácter i el jenio del autor que traduce. Debe espresar su pensamiento en castellano de la misma manera que lo habria espresado el autor si hubiese hablado esta lengua. Así, no debe tocar nada en el órden de las ideas, porque este órden constituye el fondo del pensamiento i caracteriza, mejor que todo, el jenio del escritor.

Si el estilo es rápido, lento, cadencioso, brillante, conviene que el traductor reproduzca en su frase todos estos tonos. Sin duda, no siempre podrá reproducir las mismas figuras porque el jenio de las lenguas difiere mucho; pero está obligado a hacer esfuerzos para no debilitar el colorido del pensamiento, i debe sustituir a la imájen del orijinal otra imájen que produzca el mismo efecto. Lo mismo sucede con las palabras: muchas veces en el orijinal una espresion es vigorosa, atrevida o elevada, i la de la lengua del traductor que corresponde a ella directamente es débil o baja. En éste, como en el caso anterior, el traductor debe recu-

rrir a los equivalentes, limitarse a conservar el fondo del pensamiento, verter el conjunto de una manera conforme al carácter de nuestra lengua i no esponerse a fatigar al lector con un estranjerismo que muchas veces no se distingue de la oscuridad. Algunos ejemplos harán comprender mejor estos consejos. *Il est fort bien auprès du roi; Il se fût bien passé de parler; le soupçon ne convient qu'aux têtes étroites;* son frases i espresiones francesas que traducidas palabra por palabra quedarian en castellano: *Está mui bien cerca del rei; se estuviese* o *se fuese pasado de hablar; la sospecha no conviene mas que a las cabezas estrechas.* Todos estos jiros son singulares i oscuros, i las espresiones correspondientes a las palabras francesas no vierten la idea. Pero si se da a las frases otra forma mas libre se pueden espresar las mismas ideas con toda claridad i elegancia, como vamos a verlo: *Está mui bien quisto con el rei; mejor hubiera hecho en no hablar; la sospecha es propia de almas mesquinas,* o *los hombres de cortos alcances son suspicaces.* En otros casos, la traduccion literal violenta i adultera mucho mas el sentido del orijinal. Por eso es que los grandes preceptistas en el arte de traducir, han dicho que nada es mas infiel que una estremada fidelidad.

Los períodos deben ser vertidos por períodos análogos por su armonía, por su estension i por su corte. Cuando el estilo es sentencioso, se debe conservarle este carácter i traducir escrupulosamente una máxima o un proverbio por otra máxima o por otro proverbio que guarden consonancia con los del orijinal. En una palabra, no solo es necesario reproducir el sentido del testo que se traduce, sino que se debe darle el colorido, el movimiento, la fisonomía entera del estilo. Cada escritor debe ser traducido con el colorido que lo caracteriza. Así, por ejemplo, la fecundidad injeniosa, pero a veces difusa, de Ovidio debe aparecer bajo la pluma de un hábil traductor, que, a ménos de caer en ridículo, no podria adaptar el mismo procedimiento al estilo áspero i vigoroso de Lucrecio, o a la precision brillante de Virjilio. Sin embargo, debe cuidarse mucho que esta fidelidad en

la reproduccion del estilo no sea contraria al carácter de la lengua en que se traduce.

Fácil es comprender qué ventajas se pueden sacar del ejercicio de traduccion de buenos modelos para formar i para perfeccionar el estilo. No se trata de revestir de figuras brillantes sus propios pensamientos, sino de penetrar el pensamiento de los grandes maestros, de tomar todos los matices de su estilo, de hacerlos pasar al estilo del traductor tomando sucesivamente todos los tonos i empleando sin cesar los colores mas diversos. Nada es mas adecuado que este ejercicio para formar el gusto, habituándolo a descubrir las delicadezas mas finas del lenguaje i la flexibilidad de los jiros, i a distinguir los matices mas sutiles del pensamiento. Muchos escritores de la antigüedad clásica conocieron las ventajas de este jénero de ejercicios. Ciceron, entre otros, aprendió en cierto modo el arte de escribir traduciendo algunas obras maestras del jenio griego. En los tiempos modernos, esta misma práctica ha producido resultados análogos. "Cuando yo tuve la desgracia de querer hablar al público, dice uno de los mas ilustres escritores franceses, Juan Jacobo Rousseau, sentí la necesidad de aprender a escribir i me atreví a ensayarme en Tácito. No queria verter las frases de este autor, sino su estilo; no decir lo que él ha dicho en latin, sino lo que habria dicho en frances."

Es verdad que no se puede exijir de los jóvenes principiantes que llenen todos los deberes del traductor; pero conviene indicarles aquí en qué consiste el ideal de lo que debe ser una traduccion, i mostrarles lijeramente sus ventajas para que vean en qué sentido deben dirijir sus esfuerzos. Por lo demas, el profesor puede elejir los trozos del latin o del frances, idiomas ambos que en cierto modo conocen casi todos los estudiantes de literatura, i darlos a traducir a los alumnos, habituándolos a vencer las dificultades i a ejecutar versiones, no diremos perfectas, pero claras i correctas.

No es necesario trascribir aquí, ni siquiera indicar los trozos que los profesores pueden señalar a los jóvenes para

esta clase de ejercicios. Por eso nos abstenemos de trascribir los temas i los modelos que damos en las otras secciones de este libro.

A los jóvenes que quieran perfeccionarse en este jénero de ejercicios, i que pretendan traducir elegantemente el frances, que por ser el idioma mas jeneralizado es el que tiene mas uso, les recomendamos dos obras, el *Arte de traducir del frances al castellano, con el vocabulario lójico i figurado de la frase comparada de ambas lenguas,* por don Antonio de Capmany i la *Gramática de la lengua francesa* por don Vicente Salvá, cuya segunda parte es de grande utilidad para los traductores.

SECCION II.

Traslacion a prosa de una composicion escrita en verso castellano.

El ejercicio literario que consiste en poner en prosa una composicion escrita en verso castellano, tiene mas importancia de lo que parece a primera vista. Es verdad que seria tan pueril como ridículo el querer traducir en prosa las obras maestras de nuestros poetas, i que nadie ha pensado siquiera en un trabajo tan insensato; pero como simple ejercicio literario tiene la ventaja de hacer meditar a los jóvenes en la construccion i en el jiro de las frases i aun en el valor comparativo de las voces. Por eso es que este sistema, condenado por algunos, es mui usado por distinguidos profesores.

Vamos a consignar algunos consejos dirijidos a los jóvenes principiantes que deban ensayarse en esta clase de ejercicios.

Los versos difieren de la prosa: 1º por la pausa que sirve de descanso despues de un número limitado i regular de sílabas que componen cada verso, i por la repeticion periódica de los acentos, que constituye el ritmo del verso; 2º por la consonancia final que forma la rima; 3º por las inversiones; i 4º por el empleo de espresiones poéticas que no admite la prosa.

Para hacer desaparecer la mesura i el ritmo del verso

basta cambiar el órden de las palabras, como vamos a verlo por un ejemplo:

Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un quinqué.

Estos dos versos endecasílabos quedan reducidos a prosa si se invierte el órden de las palabras, i se dice: "Sobre una mesa de pino pintado un quinqué lanza melancólica luz."

La rima que es un elemento de belleza en la poesía, desagrada al oido en la prosa. Para evitar esto, basta muchas veces hacer desaparecer la medida del verso, cuidando que las dos palabras que riman no terminen los miembros de las frases. Hé aquí un ejemplo tomado de Lope de Vega.

Canta pájaro amante en la enramada
Selva a su amor, que por el verde suelo
No ha visto al cazador que con desvelo
Le está asestando la ballesta armada.

La rima desaparecerá con solo dar otro órden a la frase. "En la enramada selva canta a su amor un pájaro amante que no ha visto por el suelo verde al cazador que le está asestando con desvelo la ballesta armada."

Hé aquí otro ejemplo tomado de la poetisa americana doña Jertrudis Gomez de Avellaneda:

La ponderosa mole de la tierra
Su movimiento i turbulencia imita,
Vorájines inmensas abre i cierra
I en convulsion frenética se ajita.

La rima desaparecerá dando a las palabras un nuevo órden. "La ponderosa mole de la tierra imita su movimiento i turbulencia: abre i cierra inmensas vorájines i se ajita en frenética convulsion.

Cuando el cambio en el órden de las palabras no basta para hacer desaparecer la rima, conviene recurrir a una espresion sinónima que se pone en lugar de la del autor, debiendo ser una, equivalente de la otra. Ejemplo:

No necesita abuelos el valiente
Que defiende a su patria heroicamente.

Por medio de una espresion sinónima, se hace desaparecer la rima, "El valiente que defiende a su patria con heroismo, no necesita abuelos."

La inversion en el órden lójico de la frase es frecuente en la prosa; pero en el verso es una necesidad a que el poeta no puede sustraerse; i aun a veces tiene que emplear trasposiciones violentas. La prosa no admitiria una construccion análoga a la de estos versos de Fernando de Herrera.

Cantemos al señor que en la llanura
Venció del ancho mar al trace fiero.

Para hacer desaparecer estas inversiones, basta dar a la frase el órden lójico i gramatical, o a lo ménos uno en que las trasposiciones no sean tan forzadas. Así, los versos anteriores, puestos en prosa, quedarian reducidos a lo que sigue: "Cantemos al señor que venció al trace fiero en la llanura del ancho mar."

En fin, la poesía emplea un gran número de espresiones i perífrasis que son esclusivamente de su uso, que es fácil reconocer i que no conviene hacer pasar a la prosa, puesto que se pueden reemplazar por espresiones sinónimas que son mas propias de esta forma de estilo.

TEMAS DE EJERCICIOS.

I.

A LA ESPERANZA.

Májico nombre que el mortal adora,
Sueño feliz de encanto i de ilusion,
Tú, cuya luz al porvenir colora,
Tú, cuyo aroma embriaga el corazon:
Supremo bien, que el cielo bondadoso
Otorgar quiso al infeliz mortal,
Cual en desierto estéril, arenoso,
Hizo nacer un puro manantial:

Eres de Dios la paternal sonrisa,
Eres el don de su divino amor,
Mas suave que el murmullo de la brisa,
Mas dulce que el aroma de la flor.
Eres un ánjel que acompaña al hombre
Desde la cuna al fúnebre ataúd,
A la inocencia hechizas con tu nombre,
Alientas con tu voz a la virtud.
Tú sola das un bálsamo divino
Al lacerado i yermo corazon,
I de la vida en el erial camino
Tuyas las flores que se encuentran son.
Hasta en la losa de la tumba fria
Vierte tu luz divina claridad
I al penetrar en su mansion sombría
El hombre espera inmensa eternidad.
Por tí el guerrero de su hogar querido
Corre al combate con heroico ardor,
I del cañon el hórrido estampido
Escucha sin espanto ni temor.
Tuya es la voz que le promete gloria,
Tuyo el afan que se despierta en él,
Mostrándole una pájina en la historia
I una corona eterna de laurel.
Al marinero que en el frájil leño
Surca el imperio del terrible mar,
Tú le prometes de tesoros dueño
A la patria querida retornar.
Ai! tú tambien delirio lisonjero
Siempre serás del triste trovador.
Tú de su vida el áspero sendero,
Perfumarás con encantada flor.

JERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA (1).

II.

EL COMERCIO.

Aun fuera el hombre indómita alimaña
I el orbe entero enmarañada selva;
Aun no sabría el morador de España
Si hai en Europa un Támesis i un Elba;

(1) La ilustre poetisa cubana doña Jertrudis Gomez de Avellaneda nació en Puerto Príncipe en 1816 i murió en junio de 1864. Es autora de varias novelas i dramas, trajedias i comedias que alcanzaron mucha aceptacion en Europa i en América. Publicó ademas dos volúmenes de poesías, uno de un carácter relijioso, con el título de *Devocionario* i otro de *Poesías líricas*. El fragmento anterior es tomado de este último. En todas sus obras se deja ver una gran facilidad, imajinacion fecunda, i bastante conocimiento de la lengua i de sus recursos métricos.

¿Que digo? aun al gallego fuera estraña
La playa de Alicante i la de Huelva,
Sin el arte benéfico (no es broma)
Que estriba en dos vocablos; *daca* i *toma*.
Gloria al diestro varon que allá en lo antiguo
Tronco rudo ahuecó con mano industre,
I en batel convertido, informe, exiguo,
Primero lo ensayó sobre palustre
Dormida linfa i luego (me santiguo
Al recordar hazaña tan ilustre)
Desafiando al Euro, aunque zozobre,
Surcar con él osó la mar salobre.
¿Quién el primero navegante fué,
Escluyendo al decrépito Caron?
Por vida de quien soi, que no lo sé;
Pero yo, que recuso a Deucalion
I creo a pié juntillas en Noé,
Antes que este santísimo varon
Labrase aquel arcon descomunal,
Presumo que hubo tráfago naval.
A dos robustos móviles cediendo,
A la curiosidad i a la codicia,
Lanzóse el hombre al piélago tremendo
Con fortuna ora adversa, ora propicia;
I remando o con vela (así lo entiendo,
Aunque ningun autor me lo noticia),
No bien creció la raza en varias tribus
Buscó en tan árdua via su *cum quibus*.
I aunque otra cosa diga a las incautas
Jentes aquella peregrina historia
De Jason i sus bravos argonautas,
No su famosa nave sed de gloria
Movió, ni asunto a mármoles i flautas
Hubieran pretextado en la victoria
Que a Colcos despojó de su tesoro,
A ser de lana el vellocino de oro.

Breton de los Herreros (1).

(1) Don Manuel Breton de los Herreros, uno de los poetas mas fecundos que ha producido la España, nació en Quel, provincia de Logroño, en 1800. Es autor de un gran número de comedias, de muchas poesías de un carácter satírico i alegre i de un poema joco-sério titulado *La Desvergüenza*, en que trata muchas cuestiones sociales sin pretensiones de discutirlas profundamente, i solo como si quisiera hacer gala de sus raros talentos de versificador. La invencion es con frecuencia poco nueva; pero el estilo es fácil i correcto; i su versificacion rica i armoniosa, parece burlarse de todas las dificultades. Sus versos pueden ofrecerse como un modelo de soltura i de buen gusto.

III.

COPLAS DE JORJE MANRIQUE A LA MUERTE DE SU PADRE.

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso i despierte
Contemplando
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte,
Tan callando.
Cuan presto se va el placer,
Como despues de acordado
Da dolor;
Como a nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

Nuestras vidas son los rios
Que van a dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señoríos
Derechos a se acabar
I consumir:
Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos
I mas chicos:
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos,
I los ricos.

Este mundo es el camino
Para el otro que es morada
Sin pesar:
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nacemos,
Andamos miéntras vivimos,
I allegamos
Al tiempo que fenecemos;
Así que cuando morimos
Descansamos.

Ved de cuan poco valor
Son las cosas tras que andamos
I corremos
En este mundo traidor;
Que aun primero que muramos
Las perdemos.
Dellas deshace la edad,
Dellas casos desastrados
Que acaecen,
Dellas por su calidad
En los mas altos estados
Desfallecen.

Decidme la hermosura,
La jentil frescura i tez
De la cara,
La color i la blancura,
Cuando viene la vejez,
¿Qué se para?
Las mañas i lijereza,
I la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza
Cuando llega al arrabal
De senetud.

Pues la sangre de los godos
El linaje i la nobleza
Tan crecida,
¿Por cuantas vias i modos
Se pierde de su alteza
En esta vida?
Unos por poco valer,
¡Por cuan bajos i abatidos
Que los tienen!
Otros que, por no tener,
Con oficios no debidos
Se mantienen.

Los estados i riquezas
Que nos dejan a deshora,
¿Quien lo duda?
No les pidamos firmeza,
Porque son de una señora
Que se muda.
Que bienes son de fortuna
Que revuelve con su rueda
Presurosa,
La cual no puede ser una,
Ni ser estable ni queda
En una cosa.

Pero digo que acompañen,
I lleguen hasta la huesa
Con su dueño;
Por eso no nos engañen,

Que se va la vida apriesa
Como sueño.
I los deleites de acá
Son en que nos deleitamos
Temporales;
I los tormentos de allá,
Que por ellos esperamos,
Eternales.
Los placeres i dulzores
De esta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
I la muerte es la celada
En que caemos?
No mirando a nuestro daño
Corremos a rienda suelta
Sin parar:
Desque vemos el engaño,
I queremos dar la vuelta,
No hai lugar.
Estos reyes poderosos
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Con casos tristes llorosos
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.
Así no hai cosa tan fuerte;
Que a papas i emperadores
I prelados
Así los trata la Muerte
Como a los pobres pastores
De ganados.
Dejemos a los troyanos,
Que sus males no los vimos,
Ni sus glorias:
Dejemos a los romanos,
Aunque oimos i leimos
Sus historias.
No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado
Qué fué de ello:
Vengamos a lo de ayer,
Que tambien es olvidado
Como aquello.
¿Qué se hizo el rei don Juan?
Los infantes de Aragon
¿Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galan,
Qué fué de tanta invencion
Como trajeron?
Las justas i los torneos,
Paramentos, bordaduras
I cimeras,
¿Fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?
¿Qué se hicieron las damas,
Sus tocados, sus vestidos,
Sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
De los fuegos encendidos
De amadores?
¿Que se hizo aquel trovar,
Las músicas acordadas
Que tañian?
¿Qué se hizo aquel danzar,
Aquellas ropas chapadas
Que traian?
Pues el otro su heredero
Don Enrique ¿qué poderes
Alcanzaba?
¡Cuán blando, cuán halagüero
El mundo con sus placeres
Se le daba!
Mas verás cuán enemigo,
Cuán contrario cuán cruel
Se mostró;
Habiéndole sido amigo,
¡Cuán poco duró con él
Lo que dió!
Las dádivas desmedidas,
Los edificios reales
Llenos de oro,
Las vajillas tan febridas,
Los enriques i reales
Del tesoro.
Los jaeces i caballos
De su jente i atavíos,
Tan sobrados,
¿Dónde iremos a buscallos?
Qué fueron sino rocíos
De los prados?

(1) El condestable don Alvaro de Luna, ministro i favorito del rei don Juan II de Castilla, que despues de haber gobernado muchos años el reino con grande enerjía i orgullo, derrotando a los moros de Granada, i sofocando la insurreccion de los nobles, fué condenado a muerte i decapitado en Valladolid, en 1453.

Pues su hermano el inocente,
Que en su vida sucesor
Se llamó,
¿Qué corte tan excelente
Tuvo, i cuánto gran señor
Que lo siguió?
Mas como fuese mortal,
Metiólo la muerte luego
En su fragua.
¡Oh juicio divinal!
Cuando mas ardia el fuego
Echaste el agua.

Pues aquel gran condestable,
Maestre que conocimos
Tan privado,
No cumple que de él se hable,
Sino solo que lo vimos
Degollado (1).
Sus infinitos tesoros,
Sus villas i sus lugares,
I su mandar
¿Qué le fueron sino lloros,
Qué fueron sino pesares
Al dejar?

Pues los otros dos hermanos
Maestres tan prosperados
Como reyes,
A los grandes i medianos
Trajeron mui sojuzgados
A sus leyes.
Aquella prosperidad,
Que tan alta fué subida
I ensalzada,
¿Qué fué sino claridad
Que cuando mas encendida
Fué amatada?

O mundo! pues que nos matas,
Fuera la vida que diste
Toda vida;
Mas segun acá nos tratas,
Lo mejor i ménos triste
En la partida.
De tu vida tan cubierta
De males i de dolores
Tan poblada,
De los bienes tan desierta,
De placeres i dulzores
Despoblada.

JORJE MANRIQUE (1).

IV.

DISCURSO DE COLOCOLO A LOS INDIOS ARAUCANOS REUNIDOS PARA ELEJIR UN JEFE.

Caciques del estado defensores,
Codicia de mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que a mí tanto era debida;
Porque, segun mi edad, ya veis, señores,
Que estoi al otro mundo de partida;

(1) Sobre Jorje Manrique véanse las *Nociones de historia literaria*, páj. 270. Debemos advertir que, al trascribir en el testo esta celebrada elejia, hemos suprimido algunas estrofas, las mas pálidas, sin duda, de toda ella.

Algunos críticos franceses han comparado esta elejia a otras dos mui aplaudidas de Francisco Villon, poeta frances del siglo XV. Se titulan éstas: *Ballade des dames du temps jadis* i *ballade des seigneurs du temps jadis*. Se cree que éstas son anteriores; i se sabe que las poesías de Villon circulaban manuscritas en España, i eran conocidas por los poetas castellanos del siglo XV; de tal manera que parece que Manrique tomó la idea jeneral de sus coplas de las baladas del poeta frances. No es posible, sin embargo, aventurar un juicio decisivo sobre este punto.

Mas el amor que siempre os he mostrado
A bien aconsejaros me ha incitado.
  ¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
I ser en opinion grandes tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos i vencidos?
I en esto averiguarnos no queremos,
Estando aun de españoles oprimidos:
Mejor fuera con furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.
  ¿Qué furor es el vuestro ¡o araucanos!
Que a perdicion os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
I no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan a golpe a los cristianos
Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado i abatido.
  Volved las armas i ánimo furioso
A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion, con afrentoso
Partido, a todo el mundo manifiesto:
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrad vuestro valor i fuerza en esto:
No derrameis la sangre del estado
Que para redimirnos ha quedado.
  No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazon, ántes me es fuerza;
Mas temo que esta vuestra valentía,
Por mal gobierno, el buen camino tuerza:
Que, vuelta entre nosotros la porfia,
Degolleis vuestra patria con su fuerza:
Cortad, pues, si ha de ser de esa manera,
Esta vieja garganta la primera.
  Que esta flaca persona atormentada
De golpe de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
Que la temprana muerte la asegura,
Pero, a nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo:
  Pares sois en valor i fortaleza;
El cielo os igualó en el nacimiento;
De linaje, de estado i de riqueza
Hizo a todos igual repartimiento:
I en singular por ánimo i grandeza
Podeis tener del mundo el rejimiento:
Que este precioso don, no agradecido,
Nos ha al presente término traido.

En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse,
Mas ha de haber un capitan primero,
Que todos por él quieran gobernarse:
Este será quien mas un gran madero
Sustentare en el hombro sin pararse;
I pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el mas fuerte.

DON ALONSO DE ERCILLA (1).
La Araucana, Canto II, oct. 28 i siguientes.

V.

DISCURSO DE LAUTARO A LOS GUERREROS ARAUCANOS DURANTE LA BATALLA DE TUCAPEL.

O ciega jente, del temor guiada,
¿A dó volveis los jenerosos pechos,
Que la fama en mil años alcanzada
Aquí perece i todos vuestros hechos?
La fuerza pierden hoi, jamas violada,
Vuestras leyes, los fueros i derechos;
De señores, de libres, de temidos,
Quedais siervos, sujetos i abatidos.
Manchais la clara estirpe i descendencia
I enjeris en el tronco jeneroso
Una incurable plaga, una dolencia,
Un deshonor perpétuo, ignominioso:
Mirad de los contrarios la impotencia,
La falta del aliento i el fogoso
Latir de los caballos, las hijadas
Llenas de sangre i en sudor bañadas.
No os desnudeis del hábito i costumbres
Que de nuestros abuelos mantenemos,
Ni el araucano nombre de la cumbre
A estado tan infame derribemos;
Huid el grave hierro i servidumbre;
Al duro hierro osado pecho demos;
¿Por qué mostrais espaldas esforzadas
Que son de los peligros reservadas?

(1) Véanse sobre Ercilla las *Noc. de hist lit*, páj. 393. Este discurso del anciano Colocolo es considerado una de las mejores partes del poema de Ercilla. Voltaire, en el cap. VIII de su *Essai sur la poésie épique*, lo compara al discurso de Nestor en el primer libro de la *Iliada*, i da la preferencia a Ercilla. Por exajerado que sea este juicio, debe reconocerse el mérito indisputable de este fragmento.

Fijad esto que digo en la memoria,
Que el ciego i torpe miedo os va turbando;
Dejad de vos al mundo eterna historia,
Vuestra sujeta patria libertando;
Volved, no rechaceis tan gran victoria,
Que os está el hado próspero llamando;
A lo ménos firmad el pié lijero
A ver como en defensa vuestra muero.

Don Alonso de Ercilla,
La Araucana, Canto III, oct. 35 i siguientes.

VI.

SONETO.

Daba sustento a un pajarillo un dia
Lucinda, i por los hierros del portillo
Fuése de la jaula el pajarillo
Al libre viento en que vivir solia.
Con un suspiro a la ocasion tardía
Tendió la mano, i no pudiendo asillo,
Dijo, i de sus mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardía;
¿A dónde vas por despreciar el nido?
Al peligro de ligas i de balas,
I el dueño huyes que tu pico adora?
Oyóla el pajarillo enternecido,
I a la antigua prision volvió las alas:
¡Que tanto puede una mujer que llora!

Lope de Vega (1).

VII.

MEMORIAL DE LOPE DE VEGA A FELIPE IV.

(Soneto con estrambote).

Lope dice, señor, que a vuestro abuelo
Sirvió en Inglaterra con la espada,
I aunque con ella entónces no hizo nada,
Ménos despues; mas fué valiente el celo.

(1) Véanse sobre Lope de Vega las *Noc. de hist. lit.* páj. 420.

Tambien a vuestros padres, que en el cielo
Están, sirvió con pluma, que dorada
En su esplendor pudiera bien cortada
De polo a polo dilatar el vuelo.
Tengo una hija i tengo muchos años:
Las Musas dan honor (mas no dan renta),
Corto en los propios, largo en los estraños.
Dios cria, el sol enjendra, el rei sustenta:
Criad, dad vida, reparad mis daños,
Que un novio de resultas traigo en venta.
Fortuna me amenaza, fé me alienta;
Haced, oh gran Felipe,
Que de vuestras grandezas participe:
Así tengais mas oro i mas diamantes,
Que yo tengo vasallos consonantes.

VIII.

LAMENTACIONES DE LA MADRE DE LORENZO DE ÁVALOS AL VER EL CADÁVER DE SU HIJO.

Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que hizo la triste despues que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento i tendido,
De aquel que criara con tanto desvelo:
Ofende con dichos crueles al cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
I tantas angustias roban su virtud
Que cae la triste muerta por el suelo.
Rasga con uñas crueles su cara,
Hiere sus pechos con mesura poca;
Besando a su hijo la su fria boca
Maldice las manos de quien lo matara;
Maldice la guerra do se comenzara,
Busca con iras crueles querellas,
Niega a sí mesma reparo de aquellas,
I tal como muerta viviendo se para.
Decia llorando con lengua rabiosa:
O matador de mi hijo cruel,
Mataras a mí, dejaras a él,
Que fuera enemiga no tan porfiosa:
Fuera a la madre mui mas digna cosa,
Para quien mata llevar menos cargo,
I no te mostráras a él tan amargo,
Ni triste dejaras a mí querellosa.

Si ántes la muerte me fuera ya dada,
Cerrara mi hijo con estas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos
E yo no muriera mas de una vegada;
Moriré así muchas desventuradas,
Que sola padezco lavar sus heridas
Con lágrimas tristes i no agradecidas,
Magüer que lloradas por madre cuitada.

JUAN DE MENA (1),
El laberinto, Cop. CCIII i siguientes.

IX.

A LA INVENCION DE LA IMPRENTA.

(Fragmento de una oda).

Sin tí se devoraban
Los siglos a los siglos, i a la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste: el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenia.
Tendió las alas, i arribó a la altura,
De do escuchar la edad que ántes era,
I hablar ya pudo con la edad futura.
¡Oh gloriosa ventura!
Goza, jenio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza i los honores
Que a tu invencion magnífica se deben;
Contémplala brillar, i cual si sola
A ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodijio al universo avara.

(1) Véanse las *Noc. de hist. lit.* páj. 269. Lorenzo de Avalos, o Dávalos, como escriben los antiguos historiadores españoles, era un jóven guerrero de singular valor que pereció heroicamente en la batalla de Gresmonda, en 1441, durante las guerras civiles del reinado de don Juan II de Castilla. El padre Mariana, recordando esta batalla, dice: "Pereció en la refriega Lorenzo Dávalos, nieto del condestable don Ruy Lopez Dávalos, cuyo desastre desgraciado cantó el poeta cordovés Juan de Mena con versos llorosos i elegantes; persona de este tiempo de mucha erudicion, i mui famoso por sus poesias i rimas que compuso en lengua vulgar (el castellano, para diferenciarlo de la lengua sábia, el latin): el metro es grosero, como de aquella era, el injenio elegante, apacible i acomodado a las orejas i gusto de aquella edad." (*Hist. de España*, lib. XXI, cap. 14).

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, i el Rhin helado
Nacer vió a Guttemberg. "¿Con qué es en vano
Que el hombre el pensamiento
Alcanzase escribiéndole a dar vida,
Si desnudo de curso i movimiento
En letargosa oscuridad se olvida?
No basta un vaso a contener las olas
Del férvido Océano,
Ni en solo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del injenio humano.
¿Qué les falta? ¿volar? Pues si a natura
Un tipo basta a producir sin cuento
Seres iguales, mi invencion la siga;
Que en ecos mil i mil sienta doblarse
Una misma verdad, i que consiga
Las alas de la luz al desplegarse."
Dijo, i la imprenta fué; i en un momento
Vieras la Europa atónita ajitarse
En aquel espantoso movimiento,
Con que estruendóso el viento
Estremece la tierra
Al ajitar en sus profundos senos
El fuego asolador que allí se encierra.
¿Qué es del alcázar espantoso i fiero
Donde el jenio del mal entronizado,
Al universo entero
Con su cetro durísimo oprimia?
De siglos mil en el fatal olvido
El error, la ignorancia le fundaron;
I la ignorancia i el error temblaron.
Cuando rompió el volcan, a su estallido
Los soberbios cimientos vacilaron.
Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra;
Su albergue en ella i su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
I en ella su pujanza arrebatada
Rujiendo los ejércitos rompieron.
Despues abandonada
I del silencio i soledad sitiada,
Conserva aunque ruinosa, todavía,
La aterradora faz que ántes tenia.
Mas llega el tiempo, i la estremece i cae:
Al campo en torno oprime
Su rota mole, en tanto
Que es escarnio i baldon de la comarca
La que ántes fué su escándalo i espanto.

¿Qué entónces ambiciosa
La intelijencia humana
Creyó negado a su feliz anhelo?
Levántase Copérnico hasta el cielo.
Que un velo impenetrable ántes cubria,
I allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da a torrentes su esplendor al dia.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar: la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío;
I el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
I navegan con él impetuosos
A modo de relámpagos huyendo
Los astros rutilantes: mas lanzado
Veloz el jenio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
I a regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA (1).

X.

A MI LEVITA.

Letrilla.

(IMITACION DE BERANGER).

A nuestra amistad sé fiel;
Mi levita idolatrada,
En ambos deja estampada
Su huella el tiempo cruel.
Diez años yo con mis manos
Te he cepillado leal,
Sin dejar que otros profanos
Pongan el cepillo en tí.
¿I me pagarás tan mal
Que te separes de mí?

(1) Este eminente escritor, nacido en Madrid en 1772 i muerto en la misma ciudad en 1857, es justamente célebre como poeta, como historiador i como critico. Sus *Vidas de españoles célebres* son notables por la investigacion histórica i por el arte de la narracion fácil, sencilla i agradable. Las recopilaciones de poesías castellanas, hechas bajo los títulos de *Parnaso español* i de *Tesoro de la musa épica española* van precedidas de estensas introducciones i acompañadas de notas que revelan un escelente gusto literario i que lo colocan en el rango del mas distinguido crítico español. Quintana es ademas autor de dos dramas i de un pequeño volúmen de poesías líricas. Un escritor frances, mui versado en la literatura castellana, M. E. Baret, lo caracteriza en estos términos: "Quintana ha continuado la tradicion de los antiguos poetas españoles, purificando la lengua, elevado el vuelo de la poesía popular, e inflamado las almas por sus cantos enérjicos, alimentados por los gloriosos recuerdos."

En mi santo te estrené,
Mis amigos te cantaron,
I tu hechura celebraron
I tu color de café.
En sus cartas con frecuencia
Te renuevan su memoria,
Que a pesar de su indijencia
No se olvidaron de tí
¡Mi único amor i mi gloria!
¡No te separes de mí!

A un sastre frances le dí
Por tí dos onzas i media,
Producto de una comedia
Sentimental que escribí.
En las primeras posturas
Fuiste en estremo bonita,
Mas hoi ya de tus costuras
El pelo fugaz voló.
¿I aunque estés calva, oh levita,
Podré abandonarte yo?

Un año tras otro año
Siempre conmigo te viera,
Si acaso la suerte fiera
Contra tu raido paño
Preparase su furor;
Opon la filosofía,
Cual lo opone tu señor
A su ciego frenesí,
I ¡dulce levita mia!
¡No te separes de mí!

¡Ese surcido!...¡O recuerdo!
Con Delia una vez jugaba:
Me seguia, la burlaba:
Me asió del faldon izquierdo
E incauta me lo rasgó.
Mas la pobre en todo un dia
Con la aguja no quitó
Sus bellas manos de tí.
¡Levita del alma mia!
¡No te separes de mi!

¿Te bañé nunca en olores
Que un necio galan exhala?
¿Te espuse en una antesala
Al jesto de altos señores?
Otro cruces impaciente
Ansia o bustos de Simon (1);
I yo flores solamente
En tus ojales prendí.
¡Joya de mi corazon!
No te separes de mi!

Verás, verás cuán lijeros
Vuelan mezclados los dias
De llantos i de alegrías,
De soles i de aguaceros.
Yo voi de capa caida,
I mui pronto moriré:
Entónces tu triste vida
Podrás tambien acabar.
Pero miéntras vivo esté
¿Quién nos podrá separar?

DON FELIPE PARDO ALIAGA (2).

---

(1) Simon Bolivar, libertador de Colombia i del Perú.

(2) Distinguido poeta peruano, nacido en Lima en 1806 i muerto en esta misma ciudad en 1869. Sobresale en el jénero satírico, i se distingue particularmente por la correccion constante de su estilo.

Esta letrilla es imitacion de una de las canciones del célebre poeta frances Juan Pedro Béranger (1780-1857), una de las mas altas ilustraciones literarias de nuestro siglo. Salvo algunas composiciones en que se burló de cosas que deben ser eternamente respetadas, Béranger dió a la cancion popular la elevacion i la dignidad de la poesía. Bajo esta forma modesta i sencilla, libre, concisa, susceptible de adaptarse a todos los tonos, trató las materias mas variadas, i escribió pequeños poemas llenos de gracia natural, de sensibilidad i de injenio. Los cantos patrióticos destinados a recordar las glorias nacionales i a condenar la tiranía, producian una honda impresion en todos los espíritus. Pero Béranger no era solo un observador profundo, sino tambien un escritor de primer órden: posee la finura de la sátira, la elegancia de la forma, la sobriedad i la claridad de la espresion. Sus canciones vivirán miéntras exista la lengua francesa. La que ha imitado don Felipe Pardo, aunque llena de gracia i naturalidad, no basta para dar a conocer el jenio de Béranger.

XI.

LA ORACION POR TODOS.

Imitacion de Victor Hugo.

I.

Vé a rezar, hija mia. Ya es la hora
De la conciencia i del pensar profundo:
Cesó el trabajo afanador, i al mundo
La sombra va a colgar su pabellon.
Sacude el polvo el árbol del camino,
Al soplo de la noche; i en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreon.
  Mira! su ruedo de cambiante nácar
El occidente mas i mas angosta;
I enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, i la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.
  Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúljido diamante;
I ya apénas de un carro vacilante
Se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra, el monte, el valle,
I la iglesia, i la choza, i la arquería;
I a los destellos últimos del dia,
Se orienta en el desierto el viajador.
  Naturaleza toda jime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
I la oveja en su trémulo balido,
I el arroyuelo en su correr fugaz.
El dia es para el mal i sus afanes:
Hé aquí la noche plácida i serena!
El hombre tras la cuita i la faena
Quiere descanso, i oracion i paz.
  Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
I los ojos al cielo levantados,
Invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas, i los piés desnudos,
Fé en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, a un mismo instante,
Al padre universal piden amor.

I luego dormirán, i en leda tropa
Sobre su cama volarán ensueños,
Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel.
I ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento a las vermejas
Bocas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena i al clavel.
Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla
Tal la niñez en su oracion sencilla
Adormece su mente virjinal.
Oh! dulce devocion, que reza i rie!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraiso!
¡Preludio del concierto celestial!

II.

Vé a rezar, hija mia. I ante todo
Ruega a Dios por tu madre; por aquella,
Que te dió el ser, i la mitad mas bella
De su existencia ha vinculado en él.
Que en su seno hospedó tu jóven alma,
De una llama celeste desprendida;
I haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar i te dió la miel.
Ruega despues por mí. Mas que tu madre
Lo necesito yo... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
I devora en silencio su dolor.
A muchos compasion, a nadie envidia,
La vi tener en mi fortuna escasa:
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.
No le son conocidos... ni lo sean
A tí jamas... los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipa la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza a la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.
Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo, i sé su alevosía;
I talvez de mi boca oirás un dia
Lo que valen las dichas que nos da.
I sabrás lo que guarda a los que rifan
Riquezas i poder, la urna aleatoria,
I que talvez la senda que a la gloria
Guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
I cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataúd.
La tentacion seduce; el juicio engaña;
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual; la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.
Vé, hija mia, a rezar por mí, i al cielo
Pocas palabras dirijir te baste;
"Piedad, Señor, al hombre que criaste:
Eres Grandeza; eres Bondad, perdon!"
I Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo a la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oracion.
Todo tiende a su fin; a la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo atado,
A la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer.
I la abejilla en el frondoso valle,
De los nuevos tomillos al aroma;
I la oracion en alas de paloma
A la morada del supremo Ser.
Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
Soi como el fatigado peregrino,
Que su carga a la orilla del camino
Deposita i se sienta a respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso a mi existencia amarga,
I quita de mis hombros esta carga,
Que me agobia, de culpa i de pesar.
Ruega por mí, i alcánzame que vea,
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ánjel compasivo, que del cielo
Traiga a mis ojos la perdida luz.
I pura finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada dia,
Arda en sagrado fuego el alma mia,
Como arde el incensario ante la Cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron,
I un mismo seno esprimieron,
I un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen solo
El favor del cielo implores:
Por justos i pecadores
Cristo en la Cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
I en su dorada librea
Funda insensata altivez.
I por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino
Porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace ahullar el canto obsceno
De nocturno bacanal.
I por la velada vírjen
Que en su solitario lecho
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar i a la afliccion;
Que no da sustento al hambre
Ni a la desnudez vestido,
Ni da la mano al caido,
Ni da a la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo,
O la venganza cruel.
I por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
I en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel (1).

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
I por su duro señor.
Por la razon que leyendo
En el gran libro, vijila;
Por la razon que vacila;
Por la que abraza el error.

Acuérdate en fin de todos
Los que penan i trabajan;
I de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
Que a Dios blasfemando irrita.
La oracion es infinita:
Nada agota su caudal.

(1) Esta última idea que, como muchas otras de esta composision, no se encuentra en el orijinal, parece ser inspirada por el recuerdo de las calumnias de que alguna vez fué victima el señor Bello. Esta fué la única venganza que tomó de los que propalaron contra su nombre honrado i puro, las acusaciones mas injustas i crueles.

IV.

Hija, reza tambien por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda cima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil a mil:
Abismo en que se mezcla polvo a polvo,
I pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja,
De que al añoso bosque abril despoja,
Mezclar las suyas otro i otro abril.
Arrodilla, arrodíllate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola,
Coronada de anjélica aureola;
Do helado duerme cuanto fué mortal;
Donde cautivas almas piden preces
Que las restauren a su ser primero,
I purguen las reliquias del grosero
Vaso, que las contuvo, terrenal.
Hija! cuando tú duermes, te sonries,
I cien apariciones peregrinas,
Sacuden retozando tus cortinas;
Travieso enjambre, alegre, volador.
I otra vez a la luz abres los ojos.
Al mismo tiempo que la aurora hermosa
Abre tambien sus párpados de rosa,
I da a la tierra el deseado albor.
Pero esas pobres almas!......si supieras
Qué sueño duermen:......su almohada es fria:
Duro su lecho; anjélica harmonía
No regocija nunca su prision.
No es reposo el sopor que las abruma;
Para su noche no hai albor temprano;
I la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazon.
Una plegaria, un solo acento tuyo,
Hará que gocen pasajero alivio,
I que de luz celeste un rayo tibio
Logre a su oscura estancia penetrar.
Que el atormentador remordimiento
Una tregua a sus víctimas conceda,
I del aire, el agua i la arboleda,
Oigan el apacible susurrar.
Cuando en el campo con pavor secreto
La sombra ves que de los cielos baja,
La nieve que las cumbres amortaja,
I del ocaso el tinte carmesí;
¿En las quejas del aura i de la fuente
No te parece que una voz retiña,
Una doliente voz que dice: "niña,
Cuando tu rezes, rezarás por mí?"

Es la voz de las almas. A los muertos
Que oraciones alcanzan, no escarnece
El rebelado arcánjel, i florece
Sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ai! A los que yacen olvidados
Cubre perpetuo horror, yerbas estrañas
Ciegan su sepultura; a sus entrañas
Arbol funesto enreda la raiz.
I yo tambien (no dista mucho el dia)
Huésped seré de la morada oscura,
I el ruego invocaré de un alma pura,
Que a mi largo penar consuelo dé.
I dulce entónces me será que vengas
I para mí la eterna paz implores,
I en la desnuda losa esparsas flores,
Simple tributo de amorosa fé.
¿Perdonarás a mi enemiga estrella
Si disipadas fueron una a una
Las que mecieron tu mullida cuna
Esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; i mi memoria
Te arrancará una lágrima, un suspiro
Que llegue hasta mi lóbrego retiro
I haga mi helado polvo rebullir.

Don Andres Bello (1).

MODELOS DE EJERCICIOS.

I.

LA ESPERANZA.

¡Nombre májico que adoran los mortales! Sueño feliz de encantos i de ilusiones! Tú, cuya luz da color al porvenir, tu, cuyo aroma embriaga el corazon: tú eres mi supremo bien, que el cielo bondadoso quiso otorgar a los infelices mortales, así como en un desierto arenoso i estéril hace nacer un arroyo de agua pura.

(1) Don Andres Bello, la mas alta ilustracion literaria de la América ántes española, nació en Caracas el 30 de noviembre de 1780. Allí hizo sus estudios con raro lucimiento, i luego fué empleado como oficial en la secretaría de gobierno de la capitanía jeneral de Venezuela. En 1810, cuando estalló la revolucion de la independencia, fué enviado a Lóndres con Simon Bolivar, para obtener el apoyo del gobierno ingles en favor de la república naciente. Bello quedó en Inglaterra hasta 1828, sirviendo en la diplomacia como secretario de los ajentes de Venezuela i de Colombia i mas tarde de los de Chile. Pero empleó principalmente esos diez i ocho años en un estudio incesante, con el cual adquirió conocimientos profundos i vastísimos en casi todos los ramos del saber humano. Llamado a Chile por el gobierno de esta

Eres la sonrisa paternal de Dios, eres un don de su amor divino, mas suave que el murmullo de la brisa, i mas dulce que el aroma de las flores.

Eres un ánjel que acompaña a los hombres desde la cuna hasta la muerte: con tu nombre encantas a la inocencia i con tu voz das aliento a la virtud.

Solo tú das un divino consuelo al corazon lacerado i yermo: tuyas son las flores que se encuentran en el árido camino de la vida.

Tu luz esparce divina claridad hasta en la losa de la fria tumba; i cuando penetra en su mansion sombría, el hombre espera hallar inmensa eternidad.

Por tí, de su querido hogar corre el guerrero al combate con ardor heroico; i escucha el hórrido estampido del cañon sin temor ni espanto.

Cuando tú le muestras una pájina en la historia i una eterna corona de laurel, la voz que le promete gloria es tuya, como tambien es tuyo el ardor que en su pecho se despierta.

Al marinero que en un frájil barquichuelo surca la estension de los mares tempestuosos, tú le prometes que volverá a su patria querida dueño de tesoros.

¡Ai! tú tambien serás siempre el delirio lisonjero del triste trovador: tú perfumarás con flores encantadas el áspero camino de su vida.

II.

EL COMERCIO.

El hombre seria aun una alimaña indómita i todo el orbe una selva enmarañada, el habitante de España no sabria aun si hai en Europa un

república, Bello vino a servir en la secretaría de relaciones esteriores, i vivió en nuestro pais hasta el 15 de octubre de 1865, dia de su muerte. Durante este tiempo, prestó a nuestra patria los mas importantes servicios. Fué rector de la Universidad veinte i dos años consecutivos, senador de la república, redactor del Código Civil.

Pero su tarea mas notable tuvo por campo la enseñanza de la juventud i la propagacion de los conocimientos. A este objeto consagró sus mejores dias de trabajo i escribió obras monumentales de saber i de buen método. Su *Gramática castellana* i sus *Principios de ortolojía i métrica*, para no hablar mas que de aquellos trabajos que tienen una relacion mas íntima con la literatura, suponen un estudio inmenso i un talento de observacion de primer órden. Ninguna lengua ha sido estudiada con mas profundidad que la castellana en la obra de Bello. Sus teorías gramaticales, prosódicas i métricas, por otra parte, se apartan de casi todo cuanto se habia escrito sobre el particular. El autor no ha buscado el fundamento de nuestro idioma en la gramática latina, como lo habian hecho casi todos los preceptistas españoles, sino en su carácter propio i jenuino.

Como poeta, don Andres Bello no posee esos arranques apasionados, ese ardor fogoso, ese desordenado entusiasmo que nos fascinan i arrebatan cuando leemos las obras de otros jenios poéticos. En sus poesías, en cambio, se encontrará la inspiracion templada, la suavidad, la dulzura, una perfeccion constante, una harmonía entre todas las partes de la obra i una correccion de estilo rara aun entre los mas ilustres vates españoles. Sus imitaciones del frances i del italiano no son, como podria creerse, simples traducciones. Tomando de otros poetas la idea principal i algunas ideas accesorias, él sabe engalanarlas con bellezas propias, i darles un aire enteramente orijinal. La *Oracion por todos* pertenece a este número. El fondo i muchos de sus detalles son del célebre poeta frances Victor Hugo; pero Bello la ha ataviado con pensamientos suyos, hijos de su alma i de sus mas queridos sentimientos.

rio Támesis o un Elba; mas, ¿qué digo? hasta las playas de Huelva o de Alicante serian desconocidas al gallego sin el arte benéfico (i esto es serio) que estriba en las dos voces *dame* i *toma*.

¡Gloria al varon esperto que en los tiempos antiguos ahuecó con su mano industriosa un rudo tronco! i habiéndolo convertido en barquichuelo informe i pequeño, lo ensayó primero en las tranquilas aguas de un lago, i luego (me santiguo al recordar una hazaña tan ilustre) desafiando los vientos i sin temor de zozobrar, se atrevió a surcar los salados mares.

Dejando a un lado al decrépito Caron, ¿quién fué el primer navegante? Por vida de quien soi, declaro que no lo sé; pero yo, que no creo en Deucalion i que creo a piés juntos en Noé, presumo que ántes que este varon santísimo construyese aquella enorme arca, ya habia tráfico naval.

Cediendo a dos móviles poderosos, a la curiosidad i a la codicia, el hombre se lanzó al piélago tremendo con fortuna adversa a veces, otras favorable; i con los remos o con las velas (aunque ningun autor me dé noticia, así lo entiendo yo), tan luego como los humanos formaron varios pueblos, buscó por ese camino su *cum quibus*.

I aunque otra cosa diga a las jentes incautas aquella historia peregrina de Jason i de sus intrépidos argonautas, no fué la sed de gloria la que movió su nave, ni hubieran encontrado asunto para estatuas i para cantos en la victoria que despojó a la Cólquida de sus riquezas, si el vellocino de oro hubiera sido solo de lana.

SECCION III.

Traslacion al lenguaje moderno de algunos trozos escritos en castellano antiguo.

Este jénero de ejercicios tiene una incontestable utilidad. En primer lugar, nos enseña a leer corrientemente las obras maestras de las primeras edades, poco conocidas jeneralmente, a causa de las dificultades que a primera vista presenta su lectura. Nos hace conocer ademas las modificaciones por que ha pasado la lengua castellana antes de quedar definitivamente fijada.

Aunque el mejor medio de hacer notar la diferencia que existe entre el castellano antiguo i el moderno es analizar algunos fragmentos, nos ha parecido útil el reunir aquí ciertas observaciones previas, sirviéndonos para ello de los trabajos de algunos de los mas ilustres gramáticos de nuestra lengua, don Vicente Salvá principalmente.

1º Los antiguos evitaban cuanto podian la coincidencia del artículo *la* con las palabras femeninas principiadas por *a*, aun cuando ésta no fuese la vocal acentuada. Así decian *el amistad*, *el aspereza*, *el azucena*, *el aficion*. Algunos aplicaron esta regla aun a voces comenzadas con otras vocales: así decian *el ortografía*. Hicieron estensiva esta práctica a los adjetivos *una* i *aquella* ántes de sustantivo femenino comenzado por *a*, i decian *aquel agua*, *un ave*.

2º Ligaban la preposicion *de* con los adjetivos *este*, *ella* i

ese, diciendo *deste, della, desta, dese*. Por la inversa, evitaban la contraccion de las preposiciones *de* i *a* con el artículo *el;* i decian *de el señor, a el señor.*

3º Daban indistintamente los dos jéneros a muchos nombres que no tienen en nuestro tiempo mas que uno solo: tales son *calor, cisma, clima, color, chisme, desórden, doblez, enigma, enjambre, estratajema, fénix, fin, fraude, honor, linde, loor, maná, mapa, maravedí, márjen, método, olor, oríjen, prez, pro, rebelion*, etc.

4º Suprimian frecuentemente, i para evitar la cacofonía, la consonante que termina una sílaba en medio de diccion. Así decian: *conduta* por *conducta, dino* por *digno, efeto* por *efecto, Ejito* por *Ejipto*, etc. En otras espresiones conservaban la consonante, sobre todo cuando se habia hecho una contraccion en la palabra latina de que se habia formado el vocablo castellano: así decian *dubda* por duda; *judgar* por *juzgar, cobdicia* por *codicia.*

5º El relativo *quien* carecia de plural, i se referia indiferentemente a persona o cosa, a una o muchas. Cervantes dice que don Quijote "se queria ir a buscar aventuras; de *quien* tenia noticia que aquella tierra (Zaragosa) abundaba." *Quien* reproduce a aventuras.

6º Los demostrativos *este* i *ese*, con que en nuestro tiempo se indica un objeto cercano o distante, se usaban indiferentemente. En el capítulo XXII, parte 2ª de *Don Quijote*, Sancho Panza dice a su amo, cuando éste bajaba a la cueva de Montesinos: "*Allá* vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce: Dios te guie otra vez i te vuelva libre, sano i sin cautela a la luz *desta* vida que dejas, por enterrarte en *esta* oscuridad que buscas." En nuestro tiempo deberia decirse *esa* oscuridad (que esta *allá* lejos) en contraposicion a *esta* vida, donde se encuentra el que habla.

7º En la segunda persona del plural de todos los tiempos del verbo se usaba la terminacion *des* en vez de *is*, i decian *cantades* por *cantais, cantedes* por *canteis, sodes* por *sois*, etc.

8º Las formas verbales compuestas en que entra un infinitivo i un caso complementario, recibian una construccion

particular. *Te he de ver, habia de verte, he de hacerlo*, por ejemplo, se espresaban por *verte he, verte hia, hacerlo he.*

9º Omitian la *d* de la segunda persona de plural del imperativo, i decian *decí, hacé, mirá* (que han quedado como modismos vulgares empleados en el singular) en vez de *decid, haced, mirad.* Muchas veces se encuentra esta misma forma con una *t* final, *sabet*, etc. Si al imperativo seguian los casos complementarios *le, la, lo*, anteponian la *l* a la *d* final, i escribian *amaldo, hacldo, bendecilde*, etc.

10º Cuando el infinitivo iba modificado por los complementarios *lo, la, le*, solian cambiar la *r* final del verbo en *l*, lo que formaba una *ll* en la última sílaba de la palabra, diciendo *escribillo, tenello*, etc.

11º Usaban un participio que ha caido en desuso en nuestros dias, i que equivale al participio de presente de los latinos; i decian *hallante* por *el que halla, matante* por *el que mata* etc. Cuando Cervantes describe en el capítulo LVI de la 2ª parte de *Don Quijote*, el palenque en que debia batirse su héroe con el lacayo Tosilos, dice: "estaban suspensos los corazones de la *mirante* turba, temiendo unos, i esperando otros el buen o mal suceso de aquel caso."

12º Muchos verbos se conjugaban de distinta manera que al presente, o tenian irregularidades hoi olvidadas. Así hallamos con frecuencia *diz* por *dicen, fiz* por *hizo* o *hice, converná* i *verná* por *convendrá* i *vendrá; imos* por *vamos; do, estó, so, vo* por *doi, estoi, soi, voi; cayo, caya, oyo, oya*, por *caigo, caiga, oigo, oiga; valo, vala* por *valgo, valga; sei* por *sé*, forma del singular del imperativo del verbo ser; *via* por *veia; vide, vido* por *ví, vió.* Algunos pretéritos i sus derivados tomaban una *o* en la antepenúltima en lugar de la *a* que se halla en su infinitivo, miéntras nosotros cambiamos esa *a* en *u:* así decian *copo* por *cupo, obo* (que escribian *ovo*) por *hubo, sopo* por *supo.* Traer, por el contrario, tomaba *u*, donde nosotros conservamos la *a:* así decian *trujo, trujera* en vez de *trajo, trajera.* Otra particularidad de la antigua conjugacion castellana, que se conserva todavía como un vicio de nuestro idioma vulgar, es añadir una *s* a la terminacion

de la segunda persona del pretérito, escribiendo *vistes* por *viste*, *entendistes* por *entendiste*.

13º Muchos verbos tenian una *a* inicial que ahora no se usa sino en las locuciones de la jente inculta. Decíase *abajar*, *amenguar*, *asosegar*, *atapar*, *alimpiar*, *allenar*, *allegar* por *llegar*.

14º Algunos verbos no tenian aun la significacion precisa i determinada que les han dado los modernos. *Ser* i *estar*, cuyo uso propio está ahora perfectamente establecido, se confundian con frecuencia. *Ser* se empleaba a veces en lugar de *haber:* así se decia: *Luego que fuimos salido*. En ocasiones significaba vivir, como en esta locucion: *Si Homero fuera en estos tiempos*. Estar era reemplazado en su uso por *ir* o *andar*, como se ve en estos ejemplos: *Por ir tan lleno de leccion i doctrina; De que el corazon anda lleno;* de donde han resultado las locuciones usuales de *ando enfermo*, *ando triste*.

15º El uso de las preposiciones no estaba tampoco perfectamente fijado. La preposicion *a* denotaba localidad en ciertas frases, como: *Vi a tu pecho la insignia*. La preposicion *en* suplia a la *de* o *sobre* en locuciones análogas a esta: *Hablaba en tu negocio; contendian los dos hermanos en la herencia*.

16º Empleaban casi indistintamente los complementarios *le* i *lo*, *les* i *los*, *le* i *la*, de donde resulta con mucha frecuencia alguna oscuridad en los antiguos escritores castellanos, para cuya cabal intelijencia es preciso meditar un momento.

17º Usaban ciertas voces derivadas del latin, que fueron abandonadas mas tarde, i que empleadas ahora parecerian galicismos, puesto que el frances, nacido del mismo oríjen, ha conservado voces análogas. Tales son, entre otras: *Afamado* por *hambriento*, i no por famoso; *atender* por *esperar*, *apres* por *despues*, *averar* por *averiguar*, *aviso* por *dictámen* o *parecer*, *caporal* por *cabo de escuadra*, *defender* por *prohibir*, *ensamble* por *junto*, *entretener* por *mantener*, *habillado* por *vestido*, *hacer el amor* por *enamorar*, *lanterna* por *linterna*, *letra* por *carta*, *otramente* por *de otro modo*, *prender* por *tomar*, *sujeto* por *asunto*, *tirar* por *sacar*, *y* por *ahí*.

18º La construccion de la frase se diferenciaba bastante de la manera de escribir de los modernos. Colocaban jeneralmente el verbo al fin de la oracion, imitando en esto a los latinos, i dando muchas veces grande oscuridad al sentido. "En estos (los escritores españoles anteriores a la segunda mitad del siglo XVI), dice don José Joaquin de Mora, en una escelente vida de frai Luis de Granada, en éstos se echan de ver todavía restos de locuciones vulgares mezclados con no pocos pruritos de afectacion i con mal disfrazadas imitaciones del latin. Sobre todo, el período no se hallaba fijado todavía en sus verdaderos límites; era desconocido el arte de combinar la division del pensamiento con el encadenamiento periódico de la frase; i por no saber emplear acertadamente las voces conjuntivas, ni haberse inventado aun los artificios que las suplen, el concepto se diluia, digámoslo así, en una indefinida serie de proposiciones, en las que ademas, a efecto de la confusa intervencion de los relativos i posesivos, la atencion se estravía i el lector llega a perder de un todo el sentido principal. Acostumbrados los escritores a la composicion latina, cuya lengua estaba en posesion de ser esclusivamente el vehículo de las ciencias i de la literatura, trasladaron a su propio idioma el jiro de aquellas frases tortuosas, de aquellas construcciones intrincadas que pueden sin inconveniente usarse, cuando la sintáxis suministra los medios de encontrar fácilmente el réjimen i la concordancia. Era tambien harto comun en aquellas épocas el descuido de los recursos eufónicos i sonoros, que son los que constituyen propiamente la armonía del estilo. Ni se evitaban las asonancias i cacofonías, ni se redondeaba la frase de manera que llenase agradablemente el oido."

19º La ortografía castellana no estaba aun fijada, de manera que no es raro el encontrar en los libros impresos en los siglos XV i XVI voces que nos sorprenden por la manera como se las escribia. *Huvo* i *havia*, i tambien *ovo* i *avia*, se encuentran en vez de *hubo* i *habia*. El inmortal Cervantes escribia su apellido con una *b* que ha dado mucho que

hablar a los gramáticos. Casi parece inútil advertir que en vez de la *h* muda al principio de diccion, se escribia de ordinario *f*, respetando la etimolojía latina, i que se decia *fablar*, *fermoso*, *fecho*, *fazaña*. La *x* reemplazaba casi siempre a la *j*, por ejemplo en *México*, *traxo*, *traduxo*, etc. En otras voces derivadas de los idiomas antiguos se usaba la *ph* por *f*, como *philosophía;* i la *ch* por *c* o *q* como *christiano*, *chímica*.

20º Pero la principal diferencia entre el idioma antiguo i el moderno consistia en la diversidad de voces. Así, por por ejemplo, se decia *cabe* o *cabo* por *hácia; condecabo* por *otra vez; connusco* por *con nosotros; vusco* por *con vos; deyuso* por *abajo; é* o *et* por *i* conjuncion; *magüer* por *aunque; so* por *debajo; suso* por *sobre* o *arriba*, etc. Pero, esta esplicacion seria la obra de un diccionario. En los trozos que trascribimos en seguida, hemos cuidado de poner por via de nota, la interpretacion de las voces que no son de uso corriente.

Tales son los principales puntos en que el alumno debe fijar su atencion ántes de comenzar a traducir en español moderno un trozo escrito en castellano antiguo. Conocidas estas diferencias, no debe encontrar dificultades reales. Sabiendo el sentido de las palabras que han envejecido, no le queda mas que un trabajo de ortografía i de gramática, que consiste en dar a las frases una construccion moderna, cuando la que se encuentra en el orijinal se diferencia mucho de nuestra manera de decir, en traducir algunas voces anticuadas para hacerlas mas intelijibles, i en escribirlas con la ortografía usada en nuestro tiempo.

En los fragmentos siguientes, tomados de los antiguos autores castellanos, encontrarán los jóvenes ejemplos en que ejercitarse en esta clase de trabajos. Los tres primeros trozos tienen una version al castellano moderno.

TEMAS DE EJERCICIOS.

I.

LAS ARMAS I LAS LETRAS.

Verdaderamente si bien se considera, señores mios, grandes e inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, i de la suerte que estamos nos viera, que juzgue i crea que nosotros somos quien somos? ¿Quien podrá decir que esta señora que está a mi lado, es la gran reina que todos sabemos, i que yo soi aquel caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hai que dudar, sino que esta arte i ejercicio escede a todas aquellas i aquellos que los hombres inventaron, i tanto mas se ha de tener en estima, cuanto a mas peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas; que les diré, i sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, i a lo que ellos mas se atienen, es, que los trabajos del espíritu esceden a los del cuerpo, i que las armas solo con el cuerpo se ejercitan; como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas; o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber i conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratajemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansí que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cual de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja mas; i esto se vendrá a conocer por el fin i paradero a que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin.

CERVANTES,
Don Quijote, Part. I, cap. XXXVII (1).

(1) El discurso de don Quijote sobre las armas i las letras, del cual estas líneas no son mas que el principio, es considerado como uno de los trozos mas elocuentes de la literatura castellana. Es cierto que se deja ver en él algo del cerebro desordenado del loco que imajinó Cervantes para heroe de su obra; pero ¡cuánta imajinacion en los detalles, cuánto vigor en el estilo i cuánta lójica i verdad se encuentra en todo él cuando se conoce el punto de partida, es decir, la locura de un hombre caballeroso, ilustrado i sensato en toda materia que no sea la andante caballeria! Para nuestro objeto, es decir, para demostrar las variaciones porque ha pasado la lengua castellana, nos basta este corto fragmento, si bien indicamos el lugar donde podrán los jóvenes leerlo por entero. Véanse sobre Cervantes i su libro las *Noc. de hist. lit*, páj. 410 i siguientes.

II.

CARTA DE ALEJANDRO A SU MADRE.

Este es el testamento de Alexandre quando sopo | 1 | que moririe del toxigo | 2 | quel dioron | 3 | a beber; e de la carta que envió a su madre, en quel mandaba que non oviesse | 4 | miedo e que se conortasse | 5 |; e la tenor de la carta decia assi:

Madre, debedes | 6 | punnar | 7 | en non semeiar | 8 | a la mugieres en flaqueza de sus corazones assi como punné yo de non semeiar a los fechos de los omes | 9 | viles. Sabet | 10 | que yo nunca pensé enna | 11 | muerte, nen ove | 12 | cuidado della | 13 |, porque sabia que non podia estorcer | 14 | della. Otrosi non debedes | 15 | aver | 16 | cuidado nen duelo nenguno, cá | 17 | vos non fustes | 18 | tan torpe que non sopiessedes | 19 | que de los mortales era yo. Et sabet que cuando yo fiz | 20 | esta carta fué mio asmamiento | 21 | de vos conortar con ella. Pues, madre, ruegovos | 22 | yo que non fagades | 23 | contra el mio asmamiento | 24 |. Cá debedes saber que a lo que yo vo es meior | 25 | que lo que yo dellexo | 26 |. Pues alegradvos con mi ida, e apareiadvos | 27 | de seguir todos los mios bonos fechos | 28 |. Cá ya destaiada | 29 | es la mi nombradia del regnado, e del seso, e del bon conseio. Pues avivevos | 30 | la mi nombradia con vuestro bon seso e con vostra sofrencia | 31 | e con vostro conorte | 32 |, e non vos debe levar | 33 | mio amor se non a las cosas que yo amo, e las cosas que yo quiero; que la sennal | 34 | del ome que ama al otro es en quel faga su sabor, e nol faga dessabor. E todo que los omes aguardan el vostro seso e las cosas que podierdes e que faredes por tal de saber la vostra obediencia, o la vostra desobediencia: e se queredes complir el mio talento: y sabet que todas las creaturas del mundo facense e desafasense; e an | 35 | comenzamiento e fin: e el ome despues que nace siempre va menguando | 36 |, e iendo e tornando a sus allinnamientos | 37 |; y el ome maguer | 38 | que pueble en este mundo, a ir es del, e del regnado maguer que dure a dexar es. Pues prendet | 39 | exiemplo, madre, de los que son finados, de los reys e de los otros omes de altos logares que se derribaron e se hermaron | 40 |, e tantos bonos castiellos | 41 | e bonas pueblas que se derribaron e se hermaron: e sabet quel vostro fijo que nunca se pagó de las menudés | 42 | de los omes menudos e viles. Otrosi non vos pagar de la flaqueza de los sos | 43 | corazones de las madres de los otros reys, e esquivat | 44 | vos siempre de las cosas que vostro fijo se esquivó siempre. Madre, assi como la vostra pérdida es mui grande, assi la vostra sufrencia e el vuestro conorte sea mui grande, que aquel es ome sesudo | 45 | el que ha su conorte segunt la grandez de su pérdida: et sabet, madre, que todas las cosas que Dios fizo nacen pequennas e van creciendo, se non los duelos, que son de comienzo grandes e van menguando: e debenvos abondar | 46 | estos conortes, e estos castigamientos | 47 |. E mandat, madre, facer una villa | 48 | mui grande e mui apuesta | 49 |, e desque vos legar | 50 | el mandado de mi muerte, que sea la villa fecha, y | 51 | mandat guisar un grant iantar | 52 | e mui bono, e mandat dar pregon per toda la tierra, que todos los que non ovioron pesar nen pérdida, que

vengan hy a iantar | 53 | en aquella villa por tal que sea el llanto de Alexandre estremado de todos los llantos de los otros reys.

E ella fízolo assi: e quando llegó la carta del mandado de muerte de su fijo Alexandre era la villa fecha, e mandó facer la iantar | 54 | segundo el mandamiento de Alexandre, e nol | 55 | vieno nenguno a aquel iantar.

Pues dixo ella: ¿qué an los omes que no quieren venir a nostro convite? e dixioronle: sennora, porque vos mandastes que non viniesse hy nenguno de quantos non ovioron duelo nen pérdida: e sennora, non ha ome en el mundo que non oviesse pérdida o duelo, e por esso non venioron hy nengunos...

Pues dixo ella: ay mio fijo, que mucho semeian los fechos de la vostra vida a los fechos del vostro finamiento, cá me conortastes con el grant conorte complido.

JUAN LORENZO DE SEGURA |56|.

|1| supo.|2|veneno.|3| que le dieron|4| hubiese o tuviese.|5 |confortase o consolase. |6|debeis.|7|lidiar, forcejear, empeñarse. |8| asemejarse.|9|hombres. |10| sabed.|11|en la.|12|hube o tuve.|13|de ella.|14|salir, librarse.|5|debeis. |16|haber o tener. |17| porque.|18|fuisteis|19|supiereis.|20|hice.|21 del verbo anticuado asmar que significa pensar, juzgar, meditar. 22| os ruego. |23 hagais. |24| pensamiento. |25| mejor. |26|dejo, abandono. 27|familiarizaos, imperativo del verbo anticuado aparciar, de donde viene aparcero, usado en nuestro tiempo, i que significa compañero. |28|buenos hechos. |29|participio del verbo anticuado destaiar, que significa destajar, separar.|30|aviveos, alentéos. 31|sufrimiento.|32|consuelo.|33|llevar.|34 señal.|35| han. |36| disminuyendo, acercándose a su fin. |37|alineamientos, de alliñar, alinear. |38| aunque. |39| tomad. |40|destruyeron 41|castillos.|42|pequeñez.|43 sus. |44 esquivad, evitad. |45| juicioso, que tiene seso.|46|deben abundaros o sobraros.|47|castigos.|48|casa o palacio de campo, ordinariamente para recreo.|49|compuesta, adornada. |50|llegar.|51| allí: algunas veces se escribe hy, de donde se ha formado ahí.|52 comida. 53|comer a medio dia. |54|este sustantivo como se ve en el testo, se usa indiferentemente como masculino i como femenino.|55|no.

|56| Juan Lorenzo de Segura (V. *Nociones de hist. lit.* páj. 256) pasa por autor del poema titulado *Alejandro*, compuesto en el siglo XIII, como se deja ver por la última estrofa que dice así:

Si quisierdes saber quien escrebió este ditado,
Johan Lorenzo bon clérigo é hondrado,
Segura de Astorga, de mannas ben temprado:
En el dia del juicio Dios sea mio pagado. *Amen*.

Al fin del poema trascribe dos cartas en prosa que supone escritas por Alejandro a su madre. Una de ellas es la que va en el testo.

III.

LOS REYES DEBEN DOMINAR SUS PASIONES.

Mucho se deven los reyes guardar de la saña, e de la ira, e de la malquerencia, porque estas son contra las buenas costumbres. E la guarda |1| que deben tomar en si contra la saña, es que sean sofridos, de guisa |2| que non les venza, nin se muevan por ella a facer cosa que les esté mal o que sea contra derecho: cá | 3 | lo que con ella ficiesen desta guisa, mas semeiaria | 4 | venganza que justicia. E por ende dixeron los sabios: que la saña embarga el corazon del home | 5 | de manera quel non dexa

escojer la verdad...E tanto tuvo el rei David por fuerte cosa la saña que a Dios mismo dixo en su corazon: Señor, cuando fueres sañudo no me quieras reprender, nin seyendo irado | 6 | castigar. E por esto deve el rei sofrirse en la saña fasta que le sea pasada: e quando lo ficiere, seguirsele ha | 7 | grand pró | 8 |, cá podrá escojer la verdad, e facer con derecho lo que ficiere. E si desta guisa non lo quisiere facer cacrá en saña de Dios e de los homes... Ira luenga non debe el rei aver | 9 |, pues que ha poder de vedar | 10 | luego las cosas mal fechas...E porque la ira del rei es mas fuerte e mas dañosa que la de los otros homes porque la puede mas aina | 11 | complir; por ende deve ser mas apercebido | 12 | quando la oviere |13| en saberla sofrir. Cá assi como dixo el rei Salomon, atal es la ira del rei como la braveza del leon, que ante el su bramido todas las otras bestias tremen | 14 | e non saben do se tener: e otrosi ante la ira del rei non saben los homes que facer, cá siempre estan a sospecha de muerte. E dicho avemos tambien de las que ha de vestir como de las otras, ha menester que las tenga tales, que él se apodere dellas, e non ellas dél.

DON ALFONSO X. DE CASTILLA | 15 | .

| 1 | cautela, precaucion. | 2 | de manera. | 3 | porque. | 4 | semejaría, parecería |5 | hombre | 6 | airado, irritado. | 7 | ha de seguirsele. | 8 | provecho. | 9 | haber, tener |10 | prohibir. | 11 | pronto, luego. | 12 | preparado, dispuesto. | 13 | hubiere. |14| tiemblan.

| 15 | V. las *Nociones de hist. lit.*, páj 258. Este fragmento está estractado de *Las siete partidas*, (tit. V, part. II). El puede dar una idea aproximativa del carácter literario de ese código en que se discute el fundamento de la lei, i ésta toma un aire de consejo mucho mas bien que de precepto.

IV.

BUEN USO QUE EL REI DEBE HACER DE SUS PALABRAS.

La palabra tiene mui grand pro | 1 | quando se dice como deve: cá | 2 | por ella se entienden los homes los unos a los otros, de manera que facen sus fechos en uno mas desembargadamente | 3 |. E por ende | 4 | todo home, e mayormente el rei, se debe mucho guardar en su palabra, de manera que sea catada | 5 | e pensada ante que la dija: cá despues que sale de la boca, non puede home facer que non sea dicha...Deve el rei guardar que sus palabras sean eguales e en buen son | 6 |: cá las palabras que se dicen sobre razones feas e sin pro, e que non son fermosas nin apuestas al que las fabla nin otrosi al que las oye, nin puede tomar buen castigo nin buen consejo: son ademas, e llamánlas casurras | 7 | porque son viles e desapuestas, e non deven ser dichas ante homes buenos, quanto mas decirlas ellos mismos, e mayormente el rei. E otrosi palabras enáticas | 8 | e necias que non conviene al rei que las diga: cá estas tienen mui gran daño a los que las oyen, e mui mayor a los que las dicen...Menguadas no deben ser las palabras del rei. E serian atales en dos maneras: la primera cuando se partiese de la verdad e dixese

mentira a sabiendas en daño de sí mismo o de otro, cá la verdad es cosa derecha e egual. E segund | 9 | dixo Salomon: non quiere la verdad desviamento nin torturas...Desconvenientes no deben ser las palabras del rei: e serian atales en dos maneras: la primera como si la dixese en grand alabanza de sí: cá esta es cosa que está mal a todo home, porque si él bueno fuese, sus obras le loarán | 10 |... Daño mui grave viene al rei e a los otros homes quando dixeren palabras malas e villanas e como non deben, porque despues que fueren dichas non las pueden tornar que dichas non sean. E por ende dixo un filósofo quel home debe mas callar que fablar, e mayormente delante de sus enemigos, porque non puedan tomar apercebimiento | 11 | de sus palabras para deservirle o buscarle mal: cá el que mucho fabla non se puede guardar que no yerre, i el mucho fablar face envilecer las palabras, e fácele descobrir las sus poridades | 12 |. E si él non fuere home de gran seso por las sus palabras entenderán los homes la mengua que ha dél: cá bien así como el cántaro quebrado se conoce por su sueno, otrosi el seso del home es conocido por la palabra.

DON ALFONSO X. DE CASTILLA (13).

|1| provecho. |2| porque. |3| libremente, sin impedimento. |4| por lo cual. |5| mirada, escojida. |6| tenor, modo o manera. |7| bajas, groseras. |8| disformes, feas. |9| segun; |10| alabaran. |11| derivado de apercibir, prevenir, preparar, |12| secretos.

|13| Estractado del tít. IV de la II partida. V. la nota última del fragmento anterior.

V.

RETRATO DE DON ENRIQUE DE PACHECO, MARQUES DE VILLENA.

Fablaba con buena gracia e abundancia en razones, sin prolixidad de palabras: temblábale un poco la voz por enfermedad accidental e no por defecto natural. En la edad de mozo tuvo seso e autoridad de viejo. Era hombre esencial | 1 |, e no curaba | 2 | de apariencias ni de cerimonias infladas | 3 |... Tenia la agudeza tan viva, que a pocas razones conocia las condiciones e los fines de los hombres: e dando a cada uno esperanza de sus deseos, alcanzaba muchas veces lo que él deseaba. Tenia tan grand sufrimiento, que ni palabra áspera que le dixesen le movia, ni novedad de negocio que oyese le alteraba: i en el mayor discrimen | 4 | de las cosas tenia mejor arbitrio para las entender e remediar. Era hombre que con madura deliberacion determinaba lo que avia de facer, e no forzaba el tiempo, mas forzaba a sí mismo esperando tiempo para lo facer... Tovo algunos amigos de los que la próspera fortuna suele traer: tovo asimismo muchos contrarios de los que la envidia de los bienes suele criar...No era varon de venganzas ni perdia tiempo ni pensamiento en las seguir. Decia él que todo hombre que piensa en vengarse, antes atormenta a sí que daña al contrario. Perdonaba lijeramente | 5 |, i era piadoso en la execucion de la justicia criminal; porque pensaba ser mas aceptable a Dios

la grand misericordia que la extrema justicia... No quiero negar que como hombre humano este caballero no toviese vicios como los otros hombres; pero puedese bien creer, que si la flaqueza de su humanidad no los podia resistir, la fuerza de su prudencia los sabia disimular...

FERNANDO DEL PULGAR,
Claros varones, tít. VI | 6 |.

|1| que buscaba el fondo de las cosas. |2| cuidaba. |3| ostentosas, vanas. |4| peligro. |5| fácilmente |6| Véanse sobre Fernando del Pulgar las *Nociones de historia literaria*, páj. 277.—En la páj. 265 del mismo libro se encuentran noticias concernientes al marques de Villena.

VI.

MUERTE DEL MARQUES DE VILLENA.

No le bastó a don Enrique de Villena su saber para no morirse; ni tampoco le bastó ser tio del rei para no ser llamado por encantador |1|. Ha venido al rei el tanto | 2 | de su muerte: e la conclusion que vos puedo dar será que asaz | 3 | don Enrique era sabio de lo que a los otros cumplia, e nada supo en lo que le cumplia a él. Dos carretas son cargadas de los libros que dexó, que al rei le han traido: e porque diz | 4 | que son májicos e de artes non cumplideras | 5 | de leer, el rei mandó que a la posada de Fr. Lope Barrientos fuesen llevados: e Fr. Lope, que mas se cura | 6 | de andar del príncipe | 7 |, que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar mas de cien libros, que no los vió él mas que el rei de Marroecos, ni mas los entiende que el dean de Cidá Rodrigo; cá |8| son muchos los que en este tiempo se fan dotos | 9 |, faciendo a otros insipientes | 10 | e magos: e peor es, que se fazan | 11 | beatos faciendo a otros nigromantes. Tan solo este denuesto no habia gustado | 12 | del hado este bueno e manífico señor.

HERNAN GOMEZ DE CIBDAREAL | 13 |.

|1| tenido por encantador. |2| la noticia. |3| bastante, abundantemente. |4| dicen. |5| lo que conviene o importa para alguna cosa. |6| se cuida. |7| hacer la corte al príncipe. |8| porque. |9| hacen doctos |10| principiantes, ignorantes. |11| hagan. |12| tan sola esta contrariedad no le habia hecho saborear el destino.

|13| Sobre Gomez de Cibdareal, véanse las *Nociones de hist. lit.*, páj. 276. La carta inserta en el testo aparece escrita en Madrid en 1434. Fué dirijida al famoso poeta Juan de Mena (V. el libro citado, páj. 269), para referirle la muerte del marques de Villena (V. el mismo libro, páj. 265, i el fragmento anterior).

VII.

DON ALVARO DE LUNA.

Tanta i tan singular fué la fianza | 1 | que el rei hizo del condestable, e tan grande e tan excesiva su potencia | 2 |, que apenas se podia saber de ningun rei o príncipe que mui temido | 3 | e obedecido fuese en su reino, que mas lo fuese que él en Castilla, ni que mas libremente oviese la gobernacion i el rejimiento | 4 |... A tanto se estendió su poder, e tanto se encogió la virtud del rei, que del mayor oficio del reyno hasta la mas pequeña merced, mui pocos llegaban a la demandar | 5 | al rey, ni le hacian gracias della | 6 |; mas al condestable se demandaba, e a él se regraciaba | 7 |... En conclusion son aquí de notar dos puntos muy maravillosos: el primero, un rey comunalmente entendido en muchas cosas, e ser de todo punto negligente e remiso en la gobernacion de su reyno, no le moviendo ni estimulando a ello la discrecion, ni las esperiencias de muchos trabaxos que pasó en las contiendas e revueltas que ovo | 8 | en su reino, ni las amonestaciones e avisamientos | 9 | de grandes, caballeros e religiosos que dello le hablaban, ni lo que es mas, la inclinacion natural pudo en él aver tanto vigor e fuerza, que de todo punto, sin ningun medio, no se sometiese a la ordenanza i consejo del condestable con mas obediencia que nunca un hijo humilde lo fué a padre, ni un obediente religiose a su abad o prior... El segundo punto, que un caballero sin parientes, i con tan pobre comienzo, en reyno tan grande, e donde tantos e tan poderosos caballeros avia, i en tiempo de un rey tan poco obedecido e temido, oviese tan singular poder. Cá | 10 |, puesto que queramos decir, que esto era en virtud del rey, ¿cómo podia dar poder a otro el que para si no lo tenia? ¿o como es obedecido el lugarteniente, quando el que lo pone en su lugar no halla obediencia? Verdaderamente yo cuido | 11 | que desto no se podiese dar clara razon, salvo si la diere aquel que hizo la condicion del rey tan estraña. Ni se puede dar razon del poder del condestable: que yo no sé cual de estas dos cosas es de mayor admiracion, o la condicion del rey, o el poder del condestable. I en el tiempo de este rey don Juan el Segundo acaecieron en Castilla muchos autos | 12 |, mas grandes i estraños que buenos ni dignos de memoria, ni útiles ni provechosos al reyno. Cá así fué, que ausente de esta vida el rey don Fernando de Aragon, por consiguiente se ausentaron del reyno de Castilla la paz e la concordia...

El miércoles de las ochavas | 13 | de Pascua florida, queriendo Nuestro Señor hacer obra nueva, el dia que debia ser resurreccion, fué pasion del dicho condestable. Con gran admiracion e cuasi increible a todo el reyno, el rey lo mandó prender a don Alvaro de Stuñiga, que fué despues conde de Plasencia, e tomó lo que allí halló; e partiendo de Burgos, llevolo consigo a Valladolid, e hízolo poner en Portillo en fierro | 14 |, en una jaula de madera. ¿Qué podemos aquí decir, sino obedecer i temer los escuros juicios de Dios sin alguna interpretacion, que un rey, que hasta los cuarenta i siete años fué en poder de este condestable con tan grandísima paciencia e obediencia que solamente el semblante no movia contra él, que ahora súbitamente con tan grande rigor le hiciese pren-

der e poner en fierro? E aun es de notar aquí que aquellos príncipes reales, el rey de Navarra y el infante don Enrique, con acuerdo e favor de todos los grandes del reyno, muchas veces se trabaxaron | 15 | de lo apartar del rey y destruirlo; e no solamente no lo acabaron, mas todos los mas dellos se perdieron en aquella demanda: por ventura porque se movian, no con intencion buena, mas con interese. E si queremos decir que el rey hizo esta obra, parece al contrario; porque muerto el condestable, el rey se quedó en aquella misma remision | 16 | y negligencia que primero: ni hizo auto alguno de virtud ni fortaleza en que se mostrase mas ser hombre que primero. E ansí resta que debamos creer que esta fué obra de solo Dios, que segun la Escritura, él solo hace grandes maravillas... Fué llevado de Portillo a Valladolid, e allí publicamente y en forma de justicia, le fué cortada la cabeza en la plaza pública. A la cual muerte, segun se dice, él se dispuso a la sofrir mas esforzada que devotamente; cá, segun los autos que aquel dia hizo e las palabras que dixo, mas pertenecian a fama que a devocion.

FERNAN PEREZ DE GUZMAN,
Generaciones i semblanzas | 17 |.

|1| confianza. |2| poder. |3| considerado. |4| mando. |5| pedir. |6| ni le daban las gracias por ello. |7| agradecia. |8| tuvo o hubo. |9| avisos. |10| por qué. |11| veo, descubro. |12| sucesos. |13| octava. Este dia fué el 4 de abril de 1453. |14| en cadenas. |15| se empeñaron. |16| descuido, abandono.

|17| Sobre Perez de Guzman, véanse las *Nociones de hist. lit.*, páj. 276.

VIII.

EL MARQUES DE SANTILLANA.

Era hombre agudo e discreto e de tan gran corazon, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placia entender. En la continencia de su persona, e en el razonar de fabla | 1 | mostraba ser hombre jeneroso e magnánimo. Fablaba mui bien, e nunca le oian decir palabra, que no fuese de notar, quien para doctrina, quien para placer. Era cortés e honrador de todos los que a él venian, especialmente de los hombres de ciencia... Como fué en edad que conoció ser defraudado en su patrimonio, la necesidad que despierta el buen entendimiento, e el corazon grande, que no dexa caer sus cosas, le ficieron poner tal diligencia, que veces por justicia, veces por las armas, recobró todos sus bienes...Era caballero esforzado, e ante de la facienda | 2 | cuerdo e templado, e puesto en ella era ardido | 3 | e osado; e ni su osadia era sin tiento | 4 |, ni en su cordura se mezcló jamas punto de cobardia...Gobernaba asimismo con gran prudencia las gentes de armas de su capitania | 5 |, e sabia ser con ellos señor e compañero. E ni era altivo con el señorio ni raez | 6 | en la compañia; porque dentro de sí tenia una humildad que le facia amigo de Dios, e fuera guardaba tal autoridad, que le facia estimado entre los hombres...E guardando su continencia

con graciosa liberalidad, las gentes de su capitania le amaban; e temiendo de le enojar no salian de su órden en las batallas.

Loan muchas de las historias romanas el caso de Manlio Torquato... que viniendo su fijo como vencedor a se presentar con los despojos del vencido ante el consul su padre, le fizo atar, e contra voluntad de toda la hueste romana le mandó degollar, porque fuese exemplo a otros, que no osasen ir contra los mandamientos de su capitan... Dura debiera ser por cierto e mui pertinaz la rebelion de los romanos, pues tan cruel exemplo les era necesario para que fuesen obedientes a su capitan, e por cierto yo no sé que mayor venganza pudo aver el padre del latino vencido, de la que le dió el padre del latino vencedor... Bien podemos decir que fizo este capitan crueldad digna de memoria, pero no doctrina |7| digna de exemplo; ni mucho menos digna de loor |8|: pues los mismos loadores dicen que fué |9| triste por la muerte del fijo, e aborrecido de la juventud romana todo el tiempo de su vida: e no puedo entender como el triste aborrecido puede ser loado.

Este claro varon en las huestes que gobernó, con mayor loor por cierto e mejor exemplo de doctrina se puede facer memoria del; pues sin matar fijo ni facer crueldad inhumana, mas con la autoridad de su persona e no con el miedo de su cuchillo, gobernó sus gentes, amado de todos, e no odioso a ninguno...Tenia gran fama e claro renombre en muchos reinos fuera de España; pero reputaba muy mucho mas la estimacion entre los sabios que la fama entre los muchos |10|. E porque muchas veces vemos responder la condicion de los hombres a su complexion |11|, e tener siniestras inclinaciones aquellos que no tienen buenas complexiones, podemos sin duda creer que este caballero fué en grand cargo a Dios por le aver compuesto la natura de tan igual complexion, que fue hábil para recebir todo uso de virtud, e refrenar sin grand pena cualquier tentacion de pecado.

FERNANDO DEL PULGAR,
Claros varones, tít. IV |12|.

|1| razonamientos de palabra, conversaciones. |2| empresa, obra, trabajo; de facer, hacer. |3| atrevido. |4| precaucion. |5| gobierno militar. |6| bajo, ruin. |7| enseñanza. |8| alabanza, |9| quedó. |10| muchedumbre. |11| temperamento ordinario del cuerpo humano.

|12| Sobre Fernando del Pulgar, véanse las *Nociones de hist, lit.*, páj. 277. Don Iñigo Lopez de Mendoza, marques de Santillana a la vez que militar, fué uno de los mas ilustres escritores españoles del siglo XV. (Véanse sobre él las *Nociones de hist. lit.*, páj. 267).

IX.

EL SENTIMIENTO DEL HONOR ES LA PRIMERA DE TODAS LAS VIRTUDES.

La mejor cosa que hombre puede aver |1| en sí, i que es madre e cabeza de todas las bondades, digovos |2| que esta es la verguenza; cá |3|

por vergüenza sufre hombre la muerte, que es la mas grave cosa que puede ser, e por vergüenza dexa hombre de facer todas las cosas que no parecen bien por gran voluntad que haya de las facer: i ansi en la vergüenza hai comienzo e cabo |4| de todas las bondades; e la desvergüenza es comienzo de todos los malos fechos... La vergüenza face al hombre esforzado e franco, e leal, e de buenas costumbres, e de buenas maneras, i facer todos los bienes que face; pero creed bien que todas estas cosas face hombre mas con vergüenza que con talante de lo facer. I otrosi por la vergüenza dexa hombre de facer todas las cosas desaguisadas |5| que la voluntad al hombre viene de facer. I por ende |6| cuan buena cosa es aver el hombre vergüenza de facer lo que non debe e dexar de facer lo que debe, tan mala e tan dañosa e tan fea cosa es el que pierde la vergüenza. I deves saber que yerra mucho fieramente |7| el que face algun fecho vergonzoso, cuidando que, pues lo face encubiertamente, que no deve ende aver vergüenza. E cierto creed que non ha cosa por encubierta que sea, que tarde o aina |8| no sea sabida: e aunque luego que la cosa vergonzosa se faga no haya ende vergüenza, devia el hombre cuidar ¡qué vergüenza seria quando fuese sabido! I cuando en todo esto non cuidase, deve entender que sin ventura es, pues sabe que si un mozo viere lo que él face, que lo dexara, e non por aver vergüenza ni miedo de Dios que lo ve e lo sabe, i es cierto que le dará la pena que el mereciere......

Don Juan Manuel,
El conde Lucanor |9|.

|1| tener. |2| os digo. |3| porque. |4| fin. |5| sin razon o justicia. |6| lo cual. |7| mui grandemente. |8| pronto, luego.
|9| Sobre el infante don Juan Manuel, véanse las *Nociones de hist. lit.*, páj. 260.

X.

VANIDAD I POBREZA.

De esta manera estuve con mi tercero i pobre amo, que fué este escudero algunos dias, i en todos deseando saber la intencion de su venida i estada | 1 | en esta tierra, porque desde el primer dia que con él asenté, le conocí ser estranjero por el poco conocimiento i trato que con los naturales de ella tenia. Al cabo se cumplió mi deseo i supe lo que deseaba; porque un dia que habiamos comido razonablemente i estaba algo contento, contóme su hacienda | 2 |, i díjome ser de Castilla la Vieja, i que habia dejado su tierra, no mas que por no quitar el bonete a un caballero, su vecino. Señor, dije yo, si él era lo que decis i tenia mas que vos, no errabais en quitárselo primero, pues decis que el tambien os lo quitaba. Si es, i si tiene; i tambien me lo quitaba él a mí; mas de cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna i ganarme por la mano. Paréceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, i que tienen mas. Eres muchacho me respondió i no sientes las cosas de la honra

en que el dia de hoi está todo el caudal de los hombres de bien. Pues hagote saber, que yo soi como ves un escudero: mas vótote a Dios, si al conde topo en la calle, e no me quita mui bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga me sepa yo entrar en una casa, finjiendo yo en ella algun negocio, o travesar | 3 | otra calle, si la hai antes que llegue a mí, por no quitarselo: que un hidalgo no debe a otro que a Dios i al rei nada, ni es justo siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdome que un dia deshonré en mi tierra a un oficial, i quise poner en él las manos, porque cada vez que le topaba me decia: Mantenga Dios a vuestra merced. Vos don villano ruin, le dije yo, ¿porque no sois bien criado? mantengaos Dios, me habeis de decir, como si fuese quien quiera? De allí adelante, de aquí acullá me quitaba el bonete i hablaba como debia. ¿I no es buena manera de saludar un hombre a otro, dije yo, decirle que le mantenga Dios? Mira mucho de en hora mala, dijo él: a los hombres de poca arte dicen eso: mas a los altos como yo, no les han de hablar ménos de, *beso las manos de vuestra merced:* o por lo menos *besoos señor las manos,* si el que me habla es caballero; i asi de aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento |4|, nunca mas quise sufrir ni sufriria a hombre del mundo del rei abajo, que *mantengaos Dios* me diga. Pecador de mí, dije yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue. Mayormente, dijo. que no soi tan pobre que no tenga en mi tierra un solar de casas, que a estar ellas en pié i bien labradas, diez i seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian mas de doscientos mil maravedis, segun se podrian hacer grandes i buenas. I tengo un palomar, que a no estar derribado, como está, daria cada año mas doscientos palominos; i otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra: i vine a esta ciudad, pensando que hallaria un buen asiento; mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos i señores de la iglesia muchos hallo, mas es jente tan limitada, que no les sacará de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla tambien me ruegan; mas servir a estos es gran trabajo, porque de hombre os habeis de convertir en malilla |5|, i sino, anda con Dios os dicen: i las mas veces son los pagamentos a largos plazos |6|, i los mas ciertos, comido por servido |7|. Ya cuando quieren reformar conciencia, i satisfaceros vuestros sudores, sois librado |8| en la recámara en un sudado jubon, o raida capa o sayo. Ya cuando asienta hombre |9| con un señor de título, todavia pasa su lazeria|10|; pues por ventura ¿no hai en mí habilidad para servir i contestar a estos? Por Dios, si con él topase, mui gran su privado pienso que fuese, i que mil servicios le hiciese; porque yo sabria mentirle tan bien como otro, i agradarle a las mis maravillas; reirle hia |11| mucho sus donaires i costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo: nunca decirle cosa que le pesase, aunque mucho le cumpliese: ser mui dilijente en su persona en dicho i hecho: no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, i ponerme a reñir, donde él lo oyese con la jente de su servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba: si riñese con algun su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira, i que pareciesen en favor del culpado: decirle bien de lo que bien le estuviese, i por el contrario ser malicioso mofador: malsinar |12| a los de casa i a los de afuera: pesquisar i procurar de saber vidas ajenas, para contarselas;

i otras muchas galas de esta calidad, que hoi dia se usan en palacio, i a los señores de él parecen bien. I no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; ántes los aborrecen i tienen en poco, i llaman necios, i que no son personas de negocios, ni con quien el señor se puede descuidar. I con esto los astutos usan, como digo, el dia de hoi, de lo que yo usaria; mas no quiere mi ventura que le halle.

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA,
Lazarillo de Tórmes |13|.

|1| estadia o residencia. |2| los sucesos de su vida, sus hechos. |3| atravesar. |4| me rellenaba con alimentos, es decir que me daba abundantemente que comer. |5| Esta palabra no tiene, segun los mejores diccionarios de la lengua, otro significado que el de un juego de naipes. Los comentadores de Hurtado de Mendoza que conozco, dejan sin esplicar el sentido metafórico de esta voz. |6| hacen el pago con mucho retardo. |7| la comida paga el servicio, o no hai mas salario que la comida. |8| colocado. |9| cuando me coloco de sirviente de un caballero. |10| incomodidad, trabajo, molestia. Esta palabra anticuada se escribe tambien laceria. |11| habia de aplaudirle. |12| hablar mal de otro.

|13| Sobre Hurtado de Mendoza i su *Lazarillo*, véanse las *Noc. de hist. lit.* pájs. 402 i 404.

X.

LOS JITANOS |1|.

Nosotros guardamos inviolablemente la lei de la amistad. Ninguno solicita la prenda del otro: libres i exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos. Entre nosotros, aunque hai muchos incestos, no hai ningun adulterio, e cuando le hai en la mujer propia, o alguna bellaquería en la amiga, no vamos a la justicia a pedir castigo; nosotros somos los jueces i los verdugos de nuestras esposas i amigas. Con la misma facilidad las matamos i las enterramos por las montañas i desiertos, como si fueran animales nocivos; no hai pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte |2|; con este temor i medio, ellas procuran ser castas, i nosotros, como ya he dicho, vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes a todos, escepto la mujer o la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte. Entre nosotros así hace divorcio la vejez, como la muerte: el que quisiere puede dejar la mujer vieja, como el sea mozo, i escojer otra que corresponda al gusto de sus años. Con estas i con otras leyes i estatutos, nos conservamos i vivimos alegres; i somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes i de los rios. Los montes nos ofrecen leña de balde, los arboles frutas, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los rios peces, i los vedados |3| caza: sombra las peñas, aire fresco las quiebras |4|, i casas las cuevas. Para nosotros las inclemencias del cielo son oreos |5|, refrijerio las nieves, baños las lluvias, músicas los truenos, i hachas |6| los relámpagos. Para nosotros son los duros terrenos colchones de blandas plumas: el cuero curtido de nues-

tros cuerpos nos sirve de arnes impenetrable que nos defiende: a nuestra lijereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes: a nuestro ánimo no le tuercen cordeles |7|, ni le menoscaban garruchas |8|, ni le ahogan tocas |9|, ni le doman potros |10|; del *sí* al *no* no hacemos diferencia, cuando nos conviene: siempre nos preciamos mas de mártires que de confesores. Para nosotros se crian las bestias de carga en los campos, i se cortan las faltriqueras en las ciudades. No hai águila ni ninguna otra ave de rapiña que mas presto se abalance a la presa que se le ofrece que nosotros nos abalanzamos a las ocasiones que algun interes nos señalen. I finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen: porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de dia trabajamos, i de noche hurtamos, o por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar donde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambicion de acrecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos a dar memoriales, ni a acompañar magnates, ni a solicitar favores. Por dorados techos i suntuosos palacios estimamos estas barracas i móviles ranchos: por cuadros i paises|11| de Flandes, los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos i nevadas peñas, tendidos prados i espesos bosques, que a cada paso a los ojos se nos muestran. Somos astrólogos rústicos porque, como casi siempre dormimos al cielo descubierto, a todas horas sabemos las que son del dia, i las que son de la noche. Vemos como arrincona i barre la aurora las estrellas del cielo, i como ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua, i humedeciendo la tierra; i luego tras ellos el sol dorando cumbres (como dijo el otro poeta) i rizando montes. Ni tememos quedar helados por su ausencia, cuando nos hiere a soslayo con sus rayos, ni quedar abrazados cuando con ellos particularmente nos toca: un mismo rostro hacemos al sol, que al hielo: a la esterilidad, que a la abundancia. En conclusion, somos jente que vivimos por nuestra industria i pico, i sin entremeternos con el antiguo refran *Iglesia, o mar, o casa real*, tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos.

|1| Este hermoso cuadro de las costumbres de los jitanos está tomado de una preciosa novelita de Cervantes que se titula *La Jitanilla de Madrid*. Cervantes hace que uno de sus héroes dé a conocer la vida que llevan sus camaradas.

Los jitanos, mas conocidos con el nombre de *zingari*, son de orijen indiano, i viven todavia dispersos en muchos paises de Europa, con costumbres i con un lenguaje aparte. La palabra zingari designa en la India los últimos de los parias. Los parias, como se sabe, forman en aquel pais una casta despreciada, organizada entre todos los que han violado las leyes relijiosas i civiles, a quienes les es prohibido habitar las ciudades, bañarse en el Ganjes, etc. A la época de la invasion de Tamerlan en la India, a fines del siglo XIV, las tres castas superiores sufrieron, pero sin desligarse del suelo natal. Los indios de las castas inferiores, por el contrario, tomaron la fuga. Algunos se dirijieron hácia el oriente, i se les encuentra aun en las costas del Mal[illegible]r, viviendo como piratas. Otros vagaron en Persia i en el Turquestan. Muchos de ellos, impulsados sin duda por los otomanos, aparecieron en Europa, en 1417, en Moldavia i en Valnquia, i sucesivamente en Suiza, en Francia, en España, en Italia, en Inglaterra i en todo el norte de Europa. Segun otras autoridades, su establecimiento en la Europa oriental es todavia mas antiguo. Perseguidos, proscritos, condenados por diversas leyes en muchos pueblos, quedaron siempre en los diversos paises llevando una vida errante i aventurera. Se cree que hai cerca de cuatro millones de zingari repartidos en todo el mundo, i aunque indudablemente hai exajeracion en esa cifra, es cierto que en España quedan cerca de cincuenta mil. Los zingari tienen distintos nombres en los diversos paises. En España se les llama jitanos, palabra con que ántes del siglo XV solia designarse a los ejipcios: en Francia, bohemiens; en Inglaterra, gypsies o ejipcios; en el norte tártaros; i así en cada idioma tienen un nombre especial, sea para designar su ori-

jen verdadero o falso, sea para recordar sus cualidades de vagabundos i rateros. Los esfuerzos que en algunos paises, i principalmente en Austria i en Inglaterra, se han hecho para civilizarlos, han sido infructuosos, i los zingari o jitanos permanecen todavia enemigos de las instituciones i de las costumbres de la Europa moderna, en medio de las cuales han vivido perseguidos. Su fisonomia enteramente asiática, su desaseo habitual, sus hábitos de robo i de vicio, su pretendida majia, todo contribuye a hacerlos aun temibles a las poblaciones de los campos. Su lenguaje ofrece muchas semejanzas con el sanscrito; i por una particularidad singular, se ha conservado el mismo entre todas las tribus esparcidas en los diversos paises de Europa. Sus creencias relijiosas, aunque mui debilitadas, ofrecen algunas semejanzas con las de la India antigua. Sir Walter Scott ha pintado admirablemente las costumbres de los jitanos en algunas de sus novelas, i particularmente en *Guy Mannering*.

|2| Nos pidan cuenta de su muerte. |3| los campos ajenos i cerrados. |4| quebradas o boquetes en las montañas. |5| El acto de orearse o de refrescarse, refrescos. |6| antorchas. |7| no lo quebranta la horca. |8| Tormento que se daba a los reos para arrancarles la confesion: era una rueda acanalada, por la cual pasaba una cuerda que servia para levantar al reo por los brazos, teniéndolo con un gran peso a los piés. |9| Otro tormento, que consistia en cubrir la cabeza con una tela para embarazar la respiracion. |10| Cierta máquina sobre la cual sentaban al reo para atormentarlo. |11| paisajes, pinturas.

MODELOS DE EJERCICIOS.

I.

LAS ARMAS I LAS LETRAS.

Verdaderamente si bien se considera, señores mios, grandes e inauditas cosas ven los que siguen la órden de la andante caballería. Porque ¿quien habria en el mundo, que si ahora por la puerta de este castillo entrara, i de la suerte que estamos nos viera, juzgase i creyese que nosotros somos lo que somos? ¿Quién podria decir que esta señora que está a mi lado, es la gran reina que todos sabemos, i que yo soi aquel caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? No hai pues que dudar que esta arte i ejercicio esceden a todos los que inventaron los hombres i tanto mas se han se han de estimar cuanto a mas peligros están sujetos. Quítenseme de delante los que dijeren que las letras llevan ventaja a las armas; que les diré, sean quienes fueren, que no saben lo que dicen: por que la razon que los tales suelen alegar, i a la que ellos mas se atienen, es, que los trabajos del espíritu esceden a los del cuerpo, i que las armas se ejercitan solo con el cuerpo; como si el ejercitarlas fuese oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas que buenas fuerzas; o como si en esto que llamamos armas los que las seguimos, no se encerrasen todos los actos de la fortaleza, los cuales piden mucho entendimiento en el que ha de ejecutarlos; o como sino trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército o la defensa de una ciudad sitiada así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a conjeturar i saber la intencion del enemigo, los designios, las estratajemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son actos del

entendimiento, en que no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así que las armas requieren entendimiento como las letras, veamos ahora cuál trabaja mas, si el del letrado o el del guerrero; i esto se vendrá a conocer por el fin i paradero a que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto un fin mas noble (1).

II.

CARTA DE ALEJANDRO A SU MADRE.

Este es el testamento de Alejandro cuando supo que moriria del tósigo que le dieron a beber, i la carta que envió a su madre en que le mandaba que no tuviese miedo i que se consolase, la cual carta decia así:

Madre! Debeis empeñaros en no pareceros a las mujeres en la debilidad del corazon, así como yo me propuse que mis acciones no se asemejaran a las de los hombres viles. Sabed que nunca pensé en la muerte ni tuve cuidado de ella porque sabia que no podia evitarla. No debeis tampoco tener cuidado ni dolor ninguno, porque no fuisteis tan insensata que no supieseis que yo pertenecia al número de los mortales. Sabed que cuando escribí esta carta tuve el pensamiento de consolaros con ella. Ruegoos, pues, madre, que no contrarieis ese pensamiento. Debeis saber que el lugar adonde voi es mejor que el que dejo. Alegraos, pues, por mi ida, i preparaos para imitar mis buenos hechos. La fama de mi reinado, de mi prudencia i de mi buen consejo está ya desligada de mi poder. Alentaos con mi fama, con vuestro gran juicio, con vuestra paciencia, i con vuestro consuelo: el amor que habeis tenido por mí no debe induciros a hacer otras cosas que las que yo admiro i quiero, porque la prueba de amor que una persona puede dar a otra es el hacer las cosas que le agradan i no las que le molestan. Los hombres esperan ver lo que hace vuestra prudencia para saber si cumplis o no mis deseos. Sabed que todas las criaturas nacen i desaparecen, tienen principio i fin; i el hombre desde que nace va disminuyendo sus dias i acercándose a su fin; i apesar de que habita este mundo, marcha a salir de él i a dejar su reino por mas que tarde en abandonarlo. Tomad ejemplo, madre mia, de los que murieron, de los reyes i de los hombres de grandes naciones que decayeron i se arruinaron, de las fortalezas i de las ciudades que se vinieron al suelo i desaparecieron. Sabed que vuestro hijo no abrigó nunca las miserias de los hombres pequeños i viles. Del mismo modo, no debeis imitar la flaqueza de corazon de las madres de otros reyes, i debeis sustraeros siempre a las cosas a que vuestro hijo siempre se sustrajo. Así como vuestra pérdida es mui grande, madre mia, así tambien deben serlo vuestro sufrimiento i vuestro consuelo, porque solo es prudente aquel que tiene un consuelo proporcionado a la pérdida. Advertid

(1) Este fragmento ha sido vertido al español moderno por don Vicente Salvá. Lo insertó en su Gramática castellana para demostrar la diferencia que hai entre la construccion de los antiguos escritores castellanos i la de los modernos. Merece ser examinado detenidamente.

que todas las cosas que Dios hizo nacen pequeñas i van creciendo con los años, mientras los pesares son grandes en su principio i van disminuyendo con el tiempo. A vuestro alrededor deben abundar los consuelos i los castigos. Mandad, madre mia, construir una casa mui grande i hermosa; i cuando os llegue la noticia de mi muerte, i cuando la casa esté concluida, mandad preparar un banquete grande i bueno i haced avisar por toda la tierra, que todos los que no tuvieren pesar ni pérdida, vayan allí a comer, para que el duelo que se haga por Alejandro sea mayor que el de los otros reyes.

Así lo hizo ella: i cuando llegó la carta con la noticia de la muerte de Alejandro, la casa estaba construida, i mandó preparar el banquete conforme a la órden de su hijo; pero nadie vino a comer.

Entónces se preguntó ¿qué tienen los hombres que no quieren venir a nuestro banquete? I le contestaron: señora, vos mandasteis que no viniera ninguno de cuantos tuviesen pesar o pérdida; i como no hai en el mundo hombre que no tenga pesar o pérdida, no ha venido ninguno. I ella dijo: ¡Ah! hijo mio, cuanto se asemejan los hechos de vuestra vida con los de vuestra muerte, pues me consolasteis con una prevision que se ha cumplido.

III.

LOS REYES DEBEN MODERAR SUS PASIONES.

Los reyes deben precaverse mucho del rencor, de la ira i de la malquerencia, porque éstas son pasiones contra las buenas costumbres. I la precaucion que deben tomar contra el rencor, consiste en que sean sufridos, de manera que aquel no los domine ni los mueva a hacer cosa alguna que no les corresponda o que sea injusta; porque lo que ejecutaren con rencor mas pareceria venganza que justicia. I por esto fué que dijeron los sabios que el rencor embarga el corazon del hombre de tal modo que no le permite distinguir la verdad. El rei David creia tan poderoso el rencor que a Dios mismo dijo en su corazon: Señor, no quieras reprenderme cuando estes ensañado, ni castigarme cuando estes airado. I por tanto el rei debe dominarse hasta que el rencor haya pasado i cuando así lo hiciere obtendrá gran provecho porque entónces podrá distinguir la verdad, i hacer con justicia lo que quisiere. I si no lo hiciere de esta manera, se atraerá el rencor de Dios i de los hombres. El rei no debe tampoco tener una larga ira, porque tiene poder para poner remedio pronto a las cosas mal hechas. I como la ira del rei es mas fuerte i perjudicial que la de los otros hombres, puesto que puede ponerla en accion mas prontamente, debe por lo mismo ser mas precavido cuando la tuviere para saberla sobrellevar. Porque así como dijo Salomon que la ira del rei era como la furia del leon, que ante su bramido todas las otras bestias tiemblan i no saben donde esconderse, del mismo modo ante la ira del rei los hombres no saben que hacerse porque siempre están temiendo la muerte. Hemos dicho ademas que las iras que haya de tener el rei sean como sus otras pasiones: es necesario que sean de tal naturaleza que él se apodere de ellas i no ellas de él.

SECCION IV.

Esplicacion de algunos homónimos i sinónimos.

La palabra sinónimo se aplica propiamente a dos o muchas voces diferentes por la forma, pero que tienen el mismo sentido i que pueden ser empleadas indiferentemente una por otra. Tales serian, por ejemplo, los nombres Benito i Benedicto, Alonso i Alfonso. Pero sucede casi siempre que dos o mas palabras, si bien designan una misma idea principal, espresan ideas accesorias diferentes, lo que no permite emplearlas indistintamente. Así, por ejemplo, el defecto contrario a la actividad del espíritu i al amor al trabajo puede espresarse de una manera jeneral por las palabras *pereza*, *neglijencia*, *indolencia* i *dejadez;* pero el perezoso lo es por falta de accion, el neglijente por falta de cuidado, el indolente por falta de sensibilidad, i el dejado por falta de ardor. Consideradas bajo el punto de vista de las ideas accesorias, estas cuatro palabras dejan de ser sinónimas; i si las empleásemos unas por otras, nos espondriamos muchas veces a hablar sin claridad i sin precision. Los sinónimos pueden, pues, definirse, segun un maestro eminente en la materia, M. Guizot, como "palabras cuyos significados tienen grandes semejanzas i diferencias lijeras pero reales."

Los homónimos, por el contrario, son palabras que tienen una significacion del todo diferente a pesar de que se pronuncian casi del mismo modo, i aun a veces se escriben

i se pronuncian con las mismas letras. Así, por ejemplo, libra (tercera persona del presente del verbo librar) se escribe del mismo modo que libra (medida de peso); lo que no sucede con otros homónimos, como calló (pretérito del verbo callar) i cayó (pretérito del verbo caer).

Los ejercicios literarios sobre los sinónimos i sobre los homónimos tienen una grande importancia. Por medio de ellos, no solo aprenden los jóvenes a desenvolver sus pensamientos por escrito, sino que están obligados a meditar sobre el valor comparativo de las voces. Vamos a consignar algunos consejos para dirijir a los jóvenes en esta clase de ensayos.

Los ejercicios referentes a los homónimos presentan pocas dificultades. Se trata solo de hacer notar la diferencia en el significado de dos palabras cuya pronunciacion es semejante. Para esto basta dar una definicion de cada una de ellas, sin que sea necesario que esa definicion sea rigorosa, con tal que sea suficientemente clara. En seguida se ponen, por via de ejemplo, una o mas frases en que aparezcan cada uno o los dos homónimos, para dar mas claridad a la esplicacion, i para probar que se comprende bien el sentido i el empleo de ellos.

Los sinónimos exijen que se les defina con mucho mayor cuidado. Una palabra tiene con frecuencia muchos sentidos; pero no es sinónima de otra palabra en todos sus significados. El primer trabajo que se debe hacer sobre las voces sinónimas es, pues, investigar cuál es la significacion que les es comun: en seguida se definirá esta significacion especial, teniendo cuidado de hacer resaltar los matices por medio de los cuales se distingue en cada una de las palabras que se examinan. Los ejemplos son tambien necesarios para hacer comprender mejor esas diferencias.

La lengua castellana, que posee un vocabulario sumamente rico, i en cuya pronunciacion deben hacerse sentir todas las letras con que se escribe una palabra, tiene pocos homónimos comparativamente con otros idiomas. En cambio posee una cantidad considerable de sinónimos, que com-

viene conocer i distinguir para emplearlos con acierto. A continuacion damos diversos ejemplos de homónimos i de sinónimos, algunos de los cuales van suficientemente esplicados para que sirvan a los jóvenes de modelo de este jénero de ejercicios.

1.° Homónimos.

TEMAS DE EJERCICIOS.

¿Qué diferencia hai entre

1.° Balido i valido?
2.° Baron i varon?
3.° Basto i vasto?
4.° Balla, vaya i valla?
5.° Baza i basa?
6.° Bello i vello?
7.° Bueno (sano) i bueno (bondadoso)?
8.° Beneficio i veneficio?
9.° Callado i cayado?
10.° Calló i cayó?
11.° Casa i caza?
12.° Cima i sima?
13.° Cocer i coser?
14.° Embestir i envestir?
15.° Grabar i gravar?
16.° Halla i haya?
17.° Laso i lazo?
18.° Polla i poya?
19.° Pollo i poyo?
20.° Poso i pozo?
21.° Rallo i rayo?
22.° Riza i risa?
23.° Roza i rosa?
24.° Tubo i tuvo?

MODELOS DE EJERCICIOS.

I.

El adjetivo *bueno* tiene una significacion jeneral. Se aplica a todo lo que posee en sí las cualidades correspondientes a su naturaleza, a su destino i al empleo que se le quiere dar. Puede usarse indiferentemente en un sentido físico i en un sentido moral, i siempre su significado corresponde con la definicion que acabamos de apuntar. Aplicado al hombre, el adjetivo bueno no varia en realidad su significado jeneral; pero como puede referirse al cuerpo i al alma, toma entónces un sentido especial. Cuando se le aplica al cuerpo quiere decir sano, que disfruta de salud. Así se dice, por ejemplo: "la sobriedad es el mejor remedio para estar bueno." Si se le aplica al alma su significado cambia, porque quiere decir afectuoso, humano, servicial. "Arrímate a los buenos si quieres ser uno de ellos," dice un proverbio castellano. En el primer caso es una condicion accidental que puede desaparecer: en el segundo es una cualidad habitual del individuo: en el primero forma parte de una proposicion en que domina el verbo estar: en el segundo, el verbo dominante es ser. Un ilustre poeta español, que sobresale en los retruécanos, en los injeniosos juegos de palabras, don Francisco de Quevedo, ha hecho uno que esplica perfectamente estos dos significados especiales del adjetivo bueno. Uno

de sus romances tiene la forma de contestacion a la carta de una mujer, a quien dice:

Vuestra carta recibí
Con un contento infinito
De saber que está tan buena
Mujer que nunca lo ha sido.

II.

Cima i *sima*, hé aquí dos palabras que por la sola diferencia de una letra tienen un significado diametralmente opuesto.

Llámase cima la parte mas elevada de un cerro o de una montaña; i por analojía se aplica al follaje superior de los árboles, a la seccion mas alta de un edificio, al fin i término de alguna cosa. Así se dice: "Desde las cimas de los Alpes se pueden distinguir a lo léjos las risueñas campiñas de la Lombardía." "La dificultad no está en acometer una obra sino en darle cima." El adverbio *encima*, que significa sobre alguna cosa, no es mas que la abreviacion de *en la cima*, es decir en la parte alta o superior; así como el verbo *encimar* significa poner en alto una cosa, o subir a la parte mas alta. "Cuando San Martin encimó los Andes, la libertad de Chile pudo creerse asegurada."

Por el contrario, la palabra *sima* quiere decir concavidad profunda, abismo, precipicio. Describiendo Cervantes la bajada de Don Quijote a la cueva de Montesinos, dice: "I en diciendo esto se acercó a la sima i vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar a la entrada sino era a fuerza de brazos.

A causa de la semejanza que por el sonido ofrecen estas dos voces, se emplea poco la palabra sima, i se la reemplaza por otras análogas, como precipicio i abismo.

2.° Sinónimos.

TEMAS DE EJERCICIOS.

¿Qué diferencia hai entre

1.° Convencer i persuadir?
2.° Demostrar i probar?
3.° Descubrir, hallar i encontrar?
4.° Diáfano i trasparente?
5.° Diccionario i vocabulario?
6.° Enfado i enojo?
7.° Es preciso i es menester?
8.° Fortuito i accidental?
9.° Guardar i retener?
10.° Júbilo i alegría? (1).

(1) No insistimos en señalar muchos otros sinónimos de la lengua castellana, porque los profesores pueden encontrarlos fácilmente en cualquier diccionario especial. Nos limitamos a recomendarles el escelente *Diccionario de sinónimos de la lengua castellana* por don Pedro María de Olive, que forma un volúmen mui nutrido de material, i que se ha publicado como suplemento de algunos diccionarios de la lengua. Allí encontrarán una esplicacion cabal de los sinónimos, que pueden proponer a los alumnos como tema de ejercicios. Lo que importa es que éstos, comprendiendo bien el sentido de las palabras, lo espliquen con claridad i en un lenguaje corriente.

MODELOS DE EJERCICIOS.

I.

Convencer i *persuadir* tienen un sentido jeneral análogo. Ambos significan modificar por medio de la razon las opiniones de otro. Pero esto no quiere decir que puedan emplearse indistintamente ambos verbos.

Cuando se nos presentan razones i pruebas a las cuales no hai nada que responder, se produce la conviccion en nuestro espíritu. La conviccion necesita pruebas, i nace en la intelijencia. Una demostracion matemática, un esperimento físico, la exhibicion de documentos históricos que prueban un hecho que desconociamos o sobre el cual teniamos un conocimiento errado, nos convencen obrando sobre nuestra razon. "Yo no podria creer tal cosa, se dice con frecuencia, pero si me han presentado pruebas tan concluyentes, que me he rendido a la evidencia, que me he convencido."

La persuasion no necesita de una demostracion tan eficaz. Obra sobre el corazon mucho mas que sobre la intelijencia. Así suele decirse: "Me basta saber que hombres como tú han tomado este camino para persuadirme de que debo seguirlo."

La conviccion, como es fácil comprenderlo, contraría las mas veces nuestros sentimientos i nuestras inclinaciones, pues se nos presentan pruebas contra lo que nosotros creiamos. De ordinario, la persuasion no hace mas que fortificar nuestras inclinaciones.

II.

En la conversacion, así como en los escritos, se confunde con frecuencia el significado de estas dos espresiones: *es preciso, es menester*. Sin embargo, su estudio mas atento nos demuestra que su sentido no es el mismo.

Cuando se nos da una órden que no podemos dejar de obedecer, cuando es indispensable que se haga una cosa, cuando nuestra voluntad no puede evitarla, se dice que es preciso. Lo preciso es, pues, el resultado, la consecuencia de un deber, de una obligacion; lo preciso, en una palabra, es lo forzoso. "Para ir a Europa es preciso navegar, para ser hombre es preciso pasar por la niñez." Estas locuciones están perfectamente arregladas al sentido de esa espresion.

No sucede lo mismo con la espresion es menester. Significa solo lo que depende de nuestra conveniencia, de nuestra utilidad, i hasta de nuestra voluntad. Se nota esta diferencia con solo señalar algunos ejemplos. Así se dice: "Es menester aprovecharse de las lecciones de la esperiencia; es menester respetar a nuestros padres para pagarles la inmensa deuda que tenemos para con ellos." En ambos casos, la espresion es menester ha podido reemplazarse por estas otras: es útil, es conveniente, etc., etc.

SECCION V.

Cartas familiares.

Se ha dicho i se repite siempre, que una carta no es mas que una conversacion escrita, i que por tanto sus caractores distintivos deben ser la naturalidad i la sencillez. Muchas personas se figuran que para ser natural basta escribir de carrera, sin elejir las palabras i sin meditacion alguna, todo lo que se presenta al espíritu. Sin embargo, nada estaria mas distante de la verdadera naturalidad que semejante manera de escribir. La naturalidad no existe en un estilo bajò i desordenado ni en pensamientos confusos: se halla, por el contrario, en los pensamientos bien ordenados, i en las palabras elejidas con cuidado pero sin refinamiento. La naturalidad no escluye el trabajo; pero debe emplearse éste en elejir las espresiones i los jiros mas sencillos, mas modestos i no en buscar penosamente lo que podrá sorprender el espíritu del lector por su brillo o su singularidad. Una carta causa desagrado desde que se conoce esta segunda clase de trabajo.

La naturalidad i la sencillez, que constituyen los caracteres distintivos de las cartas, no escluyen tampoco las espresiones de colorido ni las figuras atrevidas cuando se presentan por sí solas, i cuando espresan el pensamiento i el sentimiento mejor de lo que puede hacerlo una forma mas sencilla. Por otra parte, aunque el estilo de una carta

debe ser mejor que el de la conversacion, pueden emplearse en él las locuciones elípticas i singulares que, sin estar conformes al rigorismo gramatical, son usadas en la conversacion familiar i espresan con claridad una idea, bien entendido que no debe abusarse de esta licencia.

Ademas de la sencillez, el estilo de las cartas exije otra condicion, la desenvoltura. Consiste ésta en ese aire de libertad, en esa marcha fácil que escluye la timidez i el embarazo, i sobre todo en ese tono jovial que da interes aun a las cosas mas frívolas. Esta jovialidad es el efecto de cierta habilidad para presentar los objetos por su lado mas agradable, de la delicadeza de las ideas, de la eleccion, de la propiedad, algunas veces aun de la singularidad de las espresiones, de ciertos jiros familiares i hasta burlescos. Esta jovialidad es estensiva a toda clase de asuntos: embellece las reflexiones morales, suaviza los reproches, hace mas favorables los elojios i llega hasta desterrar la tristeza. Esta desenvoltura de estilo, que solo puede adquirirse por la lectura frecuente i atenta de los buenos modelos, escluye, sin embargo, los juegos de palabras, las burlas frias o malévolas.

Segun la naturaleza i la analojía de los asuntos sobre que tratan, las cartas pueden clasificarse en varios jéneros; i los preceptistas dan consejos concernientes a cada uno de ellos. Es inútil el repetir esa clasificacion i el recordar esos consejos. Lo que dejamos dicho, basta para que los jóvenes puedan emprender este jénero de ejercicios.

TEMAS DE EJERCICIOS.

I.

Un jóven estudiante que acaba de recibir una carta de su abuelo, le contesta para decirle que está resuelto a cambiar de conducta. Ha comprendido que perdia un tiempo precioso para su porvenir. Si ha sido perezoso, ha sido por lijereza de carácter mas bien que por cálculo. En adelante sabrá reparar el tiempo perdido; se considerará feliz con poder

agradar a su abuelo, con seguir su ejemplo, i con merecer, como él, la consideracion jeneral.

II.

Un jóven escribe a su padre para anunciarle el triunfo que ha alcanzado en sus estudios. No le habia escrito ántes porque su desaplicacion no le permitia comunicarle tan buena noticia. Ahora puede romper el silencio para decirle que si ha sacrificado mucho tiempo a la pereza, ha llegado para él la edad de la razon. En adelante le será agradable recibir de sus padres cartas llenas de ternura i que no contengan reproches. Si su conducta ha sido siempre buena, eso no era mas que la mitad de su deber. Está resuelto a ser un jóven instruido para ser un hombre útil.

III.

Un jóven, cumpliendo el encargo de su madre, comienza a estudiar la historia de las plantas, esto es, la botánica. Encuentra en este estudio mas placer del que en el principio habia esperado hallar. Algunas mañanas, sale al campo con su profesor, el cual le enseña a herborizar. Dice a su madre que en la época de vacaciones podrá mostrarle un lindo herbario. Se figura ya recorrer con ella los cerros, enriqueciendo su coleccion.

IV.

La modestia es una escelente cualidad. Previene en favor del que la posee, i da realce al mérito, a la virtud i al talento. La vanidad, el prurito de hablar de sí mismo, causa fastidio a las personas que oyen, i revela falta de criterio. Pero hai diferencia entre la modestia i la timidez. Esta última es un defecto. El hombre debe saber presentarse ante la jente, hablar sin embarazo, i conducirse en todas sus relaciones como alguien que sabe vivir en el mundo. Sin esta desenvoltura, el mérito intrínseco de un individuo no se deja percibir.

Un padre, cuyo hijo es demasiado modesto, da a éste en una carta los preceptos mas convenientes para correjirlo.

V.

Una madre acaba de separarse de su hija. Deja a ésta en el campo, acompañada por su esposo. El mismo dia de la partida, la madre le escribe una afectuosa carta para manifestarle cuánto siente esta separacion, cuánto estraña el encontrarse sola. La fuerza de su dolor se calmará con el tiempo; pero la privacion aumentará cada dia. Cree no haber hecho al marido de su hija todas las recomendaciones necesarias. Tiene vehementes deseos de saber de ella, i espera que la ausencia no disminuirá el amor que siempre ha tenido a su madre.

VI.

A mediados del siglo pasado, publicó Juan Jacobo Rousseau dos

discursos destinados, el primero a probar que el progreso de las ciencias habia contribuido a corromper las costumbres, i el segundo a discutir el oríjen de la desigualdad entre los hombres. Estas dos obras enteramente paradojales, pero escritas con un notable talento literario, condenan los progresos de la civilizacion como causa de todos los vicios i defectos que se notan en la sociedad. A este estado de cosas, Rousseau opone la pretendida pureza de las sociedades primitivas, o lo que es lo mismo, sostiene que el estado salvaje es preferible al estado de civilizacion.

Supóngase que se ha recibido un ejemplar de esa obra obsequiado por el autor. Es necesario darle las gracias, i al mismo tiempo espresarle una opinion acerca de ella. Puede elojiársele el talento de escritor, el entusiasmo ardoroso que aparece en la obra, la censura que ella hace de la corrupcion de la sociedad; pero al mismo tiempo es indispensable criticar con finura, pero de una manera evidente, las paradojas que abundan en sus pájinas. Para esto, conviene recordar que lo que se llama la inocencia de las sociedades primitivas no es mas que la vida grosera de los salvajes; que si bien es cierto que las artes i las ciencias han podido algunas veces causar males, éstos se han limitado a casos particulares, i que ellos son nada al lado de los que ha podido producir la ignorancia. La moral de la carta debe ser que conviene amar las letras i las ciencias apesar del abuso que se ha hecho de ellas.

VII.

Un padre escribe a su hijo para felicitarlo por el entusiasmo que muestra por el estudio desde hace algun tiempo. Los consejos que el hijo le pide, le han hecho ver que éste comprende la importancia de la instruccion. Para conseguir su objeto, se necesita deseo de saber, ardor por el estudio i confianza en sus maestros. Todo el trabajo que estos exijen tiene su utilidad, aunque los niños no lo perciben siempre porque les falta la esperiencia. Será verdaderamente feliz si mas tarde puede ser testigo de los triunfos de su hijo; pero al ménos tiene ya la esperanza de que éste corresponderá a sus deseos.

VIII.

Un padre quiere desvanecer en el ánimo de su hijo las ideas que le han sujerido sobre la inutilidad de ciertos estudios. Al efecto, le demuestra en jeneral que todos los ramos del saber humano tienen una grande importancia, i que aun los que parecen mas inaplicables a las necesidades de la vida, sirven para desarrollar nuestra intelijencia, para enseñarnos el método del raciocinio i para poder llegar al conocimiento de otras ciencias. Los que hablan de la inutilidad de ciertos conocimientos son los ignorantes, los que nada saben, los que charlan con grande arrogancia de todas las cosas en vez de ponerse a estudiar. Es cierto que muchos estudios no tienen una aplicacion directa e inmediata en el ejercicio de una profesion determinada; es verdad tambien que un hombre no puede abarcar todos los conocimientos; pero cuando un jóven se propone estudiar, debe buscar ante todo el desarrollo de su intelijencia i la posesion de las luces, sin las cuales no se puede ser verdaderamente ilustrado; i si no es posible que

pueda penetrar todas las ciencias, debe adquirir ideas jenerales que lo pongan en camino de estudiar cualquiera de ellas cuando lo quiera, i de no ser un ignorante ridículo. Sin ser astrónomo, se puede tener una idea jeneral i exacta de la mecánica de los cielos; así como sin ser físico, se deben tener ideas sobre el vapor i la electricidad.

IX.

Un amigo escribe a otro sobre las ventajas que resultan del estudio. No insiste mucho sobre la utilidad de ser un hombre ilustrado; pero sí le habla de los placeres que proporciona el estudio en sí mismo. Esos placeres son los mas puros que goza el hombre, i lo que es tambien mui importante, son los mas duraderos, puesto que nos acompañan toda la vida. La percepcion de una verdad que desconociamos, nos llena de la satisfaccion mas inefable i tranquila. El estudio, ademas, endulza nuestros momentos de amargura i de tribulacion. Si es verdad que los principios de todas las ciencias son áridos i secos, lo que hace que el primer tiempo de estudio pueda parecernos molesto, tambien es cierto que una vez vencidas las primeras dificultades, se desarrolla en nuestro espíritu un gusto sólido, que suele convertirse en verdadera pasion. Esta pasion es la que ha formado a los grandes sabios, a los que trabajando desde un modesto gabinete, han hecho mas por la humanidad i han adquirido un renombre mas merecido que los mas grandes guerreros i conquistadores.

X.

Un jóven escribe a un amigo que acaba de perder a su padre, para espresarle la parte que toma en su dolor. Le manifiesta que la pérdida de un padre es siempre una gran desgracia; que en el caso presente, cuando se trata de un padre afectuoso que no vivia mas que para el cuidado i la direccion de la intelijencia de su hijo, esa desgracia es mayor. Un solo consuelo cabe en esta situacion: ese padre tuvo el placer de ver a su hijo adelantado en sus estudios, cuando ya éste comprendia la importancia que el estudio tiene, i cuando habia adquirido por éste un verdadero gusto. Es verdad que el padre cuya muerte se llora, no ha dejado a su hijo mas que una pequeña fortuna, lo necesario para llegar al término de sus estudios; pero la mejor herencia que un padre puede dejar a su hijo es la educacion, i ésta estaba casi del todo conseguida. Los bienes de fortuna desaparecen en los trastornos de la vida; pero la ilustracion nos acompaña siempre. ¡Feliz el padre que al dejar la vida puede ver a sus hijos en camino de ser hombres ilustrados i útiles a la sociedad!

MODELOS DE EJERCICIOS.

I.

Mi querido abuelito:

Su última carta, tan afectuosa en medio de los pesares que yo le he causado, ha hecho en mi ánimo una impresion que no se borrará jamas. Mui amargamente me he reprochado mi pasada neglijencia. Comprendo ahora la gravedad de mi falta: era culpable de perder un tiempo tan precioso como es él de los estudios: todo mi porvenir, como U. me lo ha hecho ver, será la consecuencia de mi trabajo actual. No crea U., mi querido abuelito, que yo haya sido desaplicado por cálculo, conociendo cuáles serian los malos resultados de mi pereza. No, era perezoso por lijereza, i porque aun no habia comprendido la importancia i los beneficios de la instruccion.

Para reparar el tiempo que he perdido, voi a trabajar con ardor: seguiré los consejos que U. ha tenido la bondad de darme: ningun estudio me parecerá árido cuando piense que todos tienden a asegurar mi porvenir. Si la pereza o el desaliento vuelven de nuevo a apoderarse de mí, yo me reanimaré con el ejemplo de U.; i el deseo de llegar a ser un hombre distinguido, de imitar sus virtudes, de obtener como U. la consideracion jeneral, me devolverá la enerjía. En adelante, la esperanza me ayudará a soportar resueltamente el fastidio i la fatiga, i mi trabajo me será bien llevadero, puesto que me procurará la felicidad de contentar a una persona a quien amo tanto, i que me conservará todo su afecto.

Soi, mi querido abuelito, su respetuoso i obediente nieto (1).

II.

Mi querido papá:

U. estaba inquieto por mi silencio. Yo lo creia así, pero no tenia una noticia agradable que comunicarle. Mis profesores no estaban contentos de mí, i yo, se lo aseguro, lo estaba ménos aun. U. estaba tan léjos, i ¡una carta esplica mui mal lo que pasa en el corazon i en la cabeza! Esperaba de dia en dia poderle anunciar a lo ménos un pequeño triunfo. Pero mis triunfos eran negativos; i solo en la neglijencia era el primero de mis camaradas.

Gracias a Dios, hoi puedo escribirle, mi querido papá. Soi feliz, bailo, canto todo el dia, ménos el tiempo de estudio; se entiende. He trabajado tanto en los últimos meses, que las notas de mis profesores me son completamente favorables.

(1) Tomo esta carta del 2.º vol. del *Manuel de Style ou préceptes et exercices sur l'art d'écrire* por M. E. Sommer.

Así, cobre U. confianza. Ya no soi aquel muchacho perezoso, cuya niñez no se acababa nunca, i que causaba a U. tantos pesares. Tengo quince años: soi hombre, hombre de razon; tengo una voluntad, que no es mui antigua, pero que es firme: estoi decidido a hacer buenos estudios; i todavía es tiempo de cumplir mi propósito.

En adelante, cuando reciba una carta de U., la abriré sin temor: no creeré distinguir en ella un rostro severo ni un estilo de reproche. U. podrá hablarme con ternura i sin reconvenirme. ¡Qué tonto he sido yo cuando me privaba de semejante felicidad!

U. es tan bueno conmigo que yo era un ingrato cuando olvidaba así mis obligaciones. Era tambien ingrato para con mi mamá, a quien ofrezco igualmente el mas sincero arrepentimiento. Habia recibido de U. tan buenos ejemplos que no podia conducirme mal: bajo este respecto, U. no tenia ningun reproche que hacerme; pero yo me figuraba que eso era bastante, i que en definitiva la pereza no era mas que el último de los siete pecados capitales. Bien castigado he sido en estos últimos tiempos, cuando yo mismo comenzaba a condenarme sin tener aun la fuerza para correjirme. Esto es lo que ahora está decidido. Antes cumplia con la mitad de mi obligacion; ahora la cumpliré por entero. Quiero ser un jóven instruido para llegar a ser un hombre útil. U. me ha dicho siempre que debemos hacer honor a nuestra firma. Hoi me comprometo por la mia: no me permita U. olvidar este compromiso (1).

III.

Mi querida mamá:

Cumpliendo los deseos de U. he comenzado a estudiar la botánica. Esta historia de las plantas es fecunda en observaciones interesantes, i miéntras mas me ocupo en ella, mas interes encuentro en su estudio. Algunas mañanas salimos en compañía de nuestro profesor, i durante horas enteras recorremos los campos i los bosques, para aprender a herborizar. La bondad de corazon de nuestro profesor, su entusiasmo por la enseñanza, su saber inmenso, la claridad de sus esplicaciones desarrollan en nuestro espíritu el amor por el estudio de la naturaleza. Me lisonjeo con la esperanza de que ántes de las vacaciones habré formado una variada coleccion i podré llevar a Ud. un bonito herbario. Desde ahora me parece que ya estoi recorriendo con Ud. los cerros vecinos a nuestra casa para recojer las plantas mas raras i enriquecer mi tesoro.

Reciba mientras tanto el cariño de su obediente hijo (2).

(1) Tomo esta carta del 2.º vol. de los *Exercices littéraires* por M. Théry, quien la publica sin señalar el nombre del autor. Al traducirla, he hecho en ella algunas modificaciones casi insignificantes.

(2) Esta carta es imitada de otra análoga que se encuentra en el libro citado de Sommer.

IV.

Mi querido hijo:

Si es posible ser demasiado modesto, tú lo eres. La modestia es una exelente cualidad, es el compañero ordinario del verdadero mérito: nada atrae ni previene mas favorablemente los ánimos: por el contrario nada les choca i los aleja mas que la presuncion i la arrogancia. No se puede estimar al hombre que siempre quiere hacerse valer, que habla ventajosamente de sí mismo, i que siempre es el héroe de su propia conversacion. Por el contrario, el que parece empeñado en ocultar su propio mérito i en realzar el de los otros, que habla poco i con modestia de sí mismo, produce una feliz impresion en el ánimo de los que lo oyen i se hace querer i estimar.

Pero hai una gran diferencia entre la modestia i la timidez: así como aquella es plausible, esta última es ridícula. No conviene ser necio ni arrogante: es menester saber presentarse, hablar a la jente i contestar sin desconcertarse ni embarazarse. Un hombre sin trato, un rústico ignorante, se avergüenza cuando se presenta delante de jente: se enreda, no sabe qué hacerse con sus manos, se corta cuando lo hablan, i no responde sino con trabajo i como tartamudeando; miéntras que un hombre que sabe vivir se presenta con desenvoltura i con la conveniente seguridad, habla a las personas que no conoce, sin sentirse embarazado, i de una manera natural i fácil. Esto es lo que se llama ciencia del mundo i saber vivir, cosa mui importante i mui necesaria en la sociedad. Sucede con frecuencia que un hombre, que tiene mucho fondo pero que no sabe vivir, no es tan bien recibido como otro ménos serio pero que tiene el hábito del mundo.

Estos son asuntos mui dignos de tu atencion; piensa en ellos i une la modestia a una seguridad fina i desenvuelta. Adios

LORD CHESTERFIELD (1).

V.

Este ha sido un dia terrible, mi querida hija. Te confieso que no puedo soportar tanta amargura. Me he separado de tí dejándote en un estado que aumenta mi dolor. Pienso en todo lo que tú haces i en todo lo que yo hago ¡cómo puede suceder que, andando de esta manera, no podamos encontrarnos jamas! Mi corazon descansa cuado está cerca de tí; ese es su estado natural, el único que pueda agradarle.

(1) Lord Felipe Dormer Stanhope, conde de Chesterfield (1694-1773) sirvió en la diplomacia i fué ademas un modelo de urbanidad. Escribió algunos artículos de revista; pero es famoso por la compilacion de *Cartas a su hijo*, traducidas a casi todos los idiomas, que bajo una notable sencillez de estilo i un gusto esquisito, encierran los mejores consejos acerca de la manera como un jóven debe estudiar, desarrollarse i conducirse en el mundo.

Lo que ha ocurrido esta mañana me causa un penoso dolor, i me produce una amargura de que tu filosofía podrá darse cuenta. La he sentido i la sentiré durante largo tiempo. Tengo el corazon i la imajinacion llenos con tus recuerdos: no puedo pensar en tí sin llorar; i sin embargo pienso siempre, de tal manera que la situacion en que me encuentro es verdaderamente insostenible; pero como es estremada, espero que no durará largo tiempo con esta violencia. Te busco siempre i encuentro que todo me falta, porque me faltas tú. Mis ojos que te han visto tantas veces en estos últimos catorce meses, no te encuentran ya. El tiempo agradable que acaba de pasarse, hace esta situacion mas dolorosa, hasta que me haya acostumbrado; pero jamas me acostumbraré tanto que no desee ardientemente volver a verte i volver a abrazarte.

No debo esperar que el porvenir sea tan feliz como el pasado. Yo sé que tu ausencia me hace sufrir; i en verdad que soi digna de compasion porque imprudentemente me creé el hábito necesario de verte. Me parece que al partir no te he dado cuantos abrazos queria. ¿Por qué habia de economizarlos? No te he repetido cuan contenta estaba de tu ternura; no te he recomendado bastante a tu esposo, M. de Grignan; no le he dado suficientemente las gracias por todas sus atenciones, por toda la amistad que me ha dispensado. Estoi devorada por la curiosidad, espero tener el consuelo de tus cartas, que me arrancarán muchos suspiros. En una palabra, hija mia, yo no vivo mas que para tí. Que Dios me haga el favor de quererte algun dia tanto como yo te quiero. Jamas separacion alguna ha sido mas triste que la nuestra: no nos deciamos una palabra.

Adios, mi hija querida. Compadéceme por haberme separado de tí. ¡Ah! mantengamos a lo ménos nuestra correspondencia epistolar.

MADAMA DE SEVIGNÉ (1).

VI (2).

He recibido, señor, vuestro nuevo libro contra el jénero humano: os doi las gracias por él. Agradaréis a los hombres a quienes decis gordas verdades, pero no los correjireis. No se pueden pintar con colores mas vigorosos los horrores de la sociedad humana, en la cual nuestra ignorancia i nuestra debilidad nos prometen tantos consuelos. Jamas se ha empleado tanto talento en querer hacernos brutos. Cuando se lee vuestra obra dan deseos de andar en cuatro piés. Sin embargo, como hace mas de sesenta años que yo perdí la costumbre, conozco por desgracia que me es imposible volverla a tomar, i dejo esa actitud natural a los que son mas dignos de ella, que vos i que yo. No puedo tampoco

(1) V. las *Nociones de hist. lit.*, páj. 501.

(2) El asunto de esta carta es talvez superior a lo que puede exijirse de un jóven estudiante, sobre todo si se pretende que su trabajo se acerque al modelo que damos en el testo; sin embargo, no hemos vacilado en aceptarlo para manifestar a los jóvenes que en las cartas familiares puede hacerse entrar todo jénero de cuestiones, i para enseñarles la manera agradable i natural con que son tratadas. La carta que trascribimos tiene fecha de 31 de agosto de 1755.

embarcarme para ir a buscar a los salvajes del Canadá; primero porque las enfermedades de que estoi agobiado me retienen cerca del médico mas grande de Europa, i porque no encontraria los mismos socorros entre los indios: segundo, porque la guerra existe en esos paises i porque el ejemplo de nuestras naciones ha hecho a esos salvajes casi tan malos como nosotros. Me limito, pues, a ser un salvaje pacífico en la soledad que he elejido cerca de Jinebra, vuestra patria, donde vos deberiais residir.

Convengo con vos en que las bellas letras i las ciencias han causado algunas veces mucho mal. Los enemigos del Tasso (1) hicieron de su vida un tejido de desgracias; los de Galileo (2) lo hicieron jemir en las prisiones cuando contaba setenta años, por haber reconocido el movimiento de la tierra; i lo que es mas vergozoso todavía, lo obligaron a retractarse. Si yo me atreviese a contarme en el número de aquellos cuyos trabajos no han tenido mas recompensa que la persecucion, yo os señalaria personas empeñadas ardorosamente en perderme desde el dia en que di a luz mi trajedia titulada *Edipo:* una biblioteca de calumnias ridículas se ha publicado contra mí. Os pintaria la ingratitud, la impostura i la rapiña persiguiéndome desde hace cuarenta años hasta el pié de los Alpes i hasta el borde de mi sepulcro. Pero ¿qué conclusion sacaria de todas estas tribulaciones? Que no debo quejarme, que Pope (3), Descartes (4), Camoens (5) i cien otros han sufrido las mismas injusticias i aun mayores; que este es el destino de casi todos aquellos a quienes ha seducido el amor a las letras. Confesad, en efecto, que éstas son pequeñas desgracias particulares, que apénas percibe la sociedad. ¿Qué importa al jénero humano que algunos zánganos se coman la miel de algunas abejas? Los literatos hacen mucho ruido con estas pequeñas miserias: el resto del mundo o las ignora o se rie de ellas.

Entre todas las amarguras sembradas en la vida humana, estas son las ménos funestas. Las espinas anexas a la literatura i a cierta reputacion no son mas que flores comparadas a otros males que en todo tiempo han inundado la tierra. Confesad que ni Ciceron, ni Varron, ni Lucrecio, ni Virjilio, ni Horacio (6) tuvieron la menor parte en las proscripciones. Mario era un ignorante. El bárbaro Sila, el crapuloso Antonio, el imbécil Lépido leian mui poco a Platon (7) i a Sófocles (8), i por lo que respecta a Octavio, ese tirano cobarde, apellidado bajamente Augusto, no fué un asesino detestable sino en el tiempo que estuvo privado de la sociedad de los literatos. Confesad que Petrarca (9) i Bocacio (10) no hicieron nacer las perturbaciones de Italia. Confesad que la jocosidad de Marot (11) no ha producido la San Bartolomé; i que la trajedia titulada *El Cid* (12) no es la causa de las perturbaciones de la Fron-

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, páj. 347.
(2) Id. id. páj. 368.
(3) Id. id. p. 566.
(4) Id. id. p. 486.
(5) Id. id. p. 539.
(6) Sobre estos diversos escritores, véanse las *Nociones de hist. lit.*, cap. VII
(7) Id. id. p. 61.
(8) Id. id. p. 50.
(9) Id. id. p. 298.
(10) Id. id. p. 301.
(11) Id. id. p. 458.
(12) Id. id. p. 470.

da. Los grandes crímenes no han sido cometidos sino por célebres ignorantes. Lo que hace i lo que hará siempre de este mundo un valle de lágrimas es la insaciable codicia, el orgullo indomable de los hombres, desde Tamas Kouli-Kan (1), que no sabia leer, hasta un empleado de aduana que no sabe mas que hacer números. Las letras alimentan el alma, la corrijen, la consuelan: os estan sirviendo a vos mismo, al mismo tiempo que escribis contra ellas. Vos sois como Aquiles, que se encoleriza contra la gloria, i como el padre Malebranche (2); cuya imajinacion brillante escribia contra la imajinacion.

Si alguien debiera quejarse de las letras, ese seria yo, puesto que en todo tiempo i en todo lugar han servido para acarrearme persecuciones. Pero es menester amarlas apesar del abuso que se hace de ellas, como es menester amar a la sociedad, cuyas dulzuras corrompen tantos hombres malvados; como es menester amar a su patria por grandes que sean las injusticias que nos hace sufrir.

Se me dice que vuestra salud está bastante deteriorada; os convendria venir a restablecerla bajo el clima natal, gozar de la libertad, beber conmigo la leche de nuestras vacas i comer nuestras yerbas.

Me suscribo con la mas sincera estimacion

VOLTAIRE (3).

(1) Famoso personaje, que de arriero de camellos i jefe de bandidos llegó a ser rei de Persia, despues de muchas campañas militares i de atrevidas revoluciones. Una espedicion contra el Gran Mogol le permitió apoderarse de inmensas riquezas por via de botin de guerra. Su ambicion i su crueldad lo hicieron detestar de los persas; i al fin sus jenerales lo asesinaron durante otra campaña, en 1747.

(2) Nicolas Malebranche, gran metafísico i uno de los mas grandes escritores franceses (1637–1715) ha desarrollado con un talento admirable la teoría de que la razon humana, emanacion de la razon divina, está constantemente alumbrada por esta luz superior, que llama sol de las intelijencias; pero en el conocimiento de las cosas quita toda intervencion a los sentidos i a las otras facultades del espíritu, i entre éstas a la imajinacion.

(3) Sobre Voltaire i Rousseau, V. *Noc. de hist. lit.* p. 510 i 519.

SECCION VI.

Narraciones.

La narracion es la esposicion de un hecho real o imajinario, desde su oríjen hasta su fin. Para contar bien un hecho es preciso comenzar por formarse una idea clara i precisa, estudiarlo con cuidado, representarse todos los personajes históricos o fabulosos, todas las circunstancias verdaderas o ficticias. Si el hecho es tomado de la historia, es menester respetarla; si está basado en las tradiciones establecidas, es menester seguirlas; si es inventado, conviene darle un aire de verdad.

Toda narracion debe reunir las condiciones siguientes:

Debe ser una, es decir, debe reconocerse siempre en el conjunto i en los detalles, una sola i misma accion.

Debe ser clara. La claridad que se exije en una narracion no es únicamente esa claridad de lenguaje que es una regla comun de toda composicion, i sin la cual no existe el arte de escribir: es la claridad que resulta de una esposicion fácil i desembarazada.

Debe ser verosímil, es decir presentar las cosas como se las ve en las circunstancias ordinarias de la vida, i observar las condiciones relativas al carácter, a las costumbres, a la calidad de los personajes que se hacen intervenir.

Debe ser interesante, es decir conducida de manera que cautive la atencion del lector.

En fin, debe ser tan corta como sea posible visto el asun-

to de que se trata, es decir se debe buscar sino el ser breve, a lo menos no parecer demasiado largo.

Conviene esplicar aquí lo que se entiende por verosimilitud en la narracion. No consiste ésta en contar las cosas tal como sucedieron o como el lector puede suponerlas: la verosimilitud se encuentra tambien en la narracion de sucesos sobrenaturales, cuando despues de haber presentado el fondo de un asunto no se introduce en los detalles ninguna contradiccion i ninguna exajeracion. Los cuentos de las *Mil i una noches*, los *Viajes de Gulliver* encantan i apasionan a los lectores. I sin embargo no solo no es verdadero el fondo de estas obras, sino que está mui léjos del órden natural de las cosas. El espíritu del lector se forja voluntariamente una ilusion: acepta con el autor de la narracion la existencia de esos seres sobrenaturales en que nadie cree; i miéntras esos personajes obren i hablen de una manera conforme a la idea que nos hemos formado de ellos, el interes se sostiene: desde el momento en que olvidasen la naturaleza de convencion que se les ha dado, desapareceria la ilusion i el interes seria nulo. En este jénero de obras hai, pues, solamente una verosimilitud relativa, de pura convencion, por decirlo así. Lo mismo sucede en el apólogo, en donde solo por una condecendencia de la imajinacion podemos conceder la palabra a los animales i hasta a los objetos inanimados; pero miéntras esos animales i esos objetos empleen un lenguaje conforme al carácter que les atribuimos, el lector sentirá satisfaccion e interes. En resúmen, poco importa que el fondo de la narracion sea verdadero; con tal que el lector admita los datos que sirven de punto de partida, i que el autor sostenga hasta el fin el carácter que ha querido dar a sus personajes.

Toda narracion se compone de una esposicion, de un nudo i de un desenlace. La esposicion debe ser sencilla i rápida para que se comprenda pronto i fácilmente el asunto de que se trata. Conviene observar aquí que con frecuencia una narracion inspira tanto mayor interes cuanto que su principio tiene en cierto modo un aire misterioso. Si se descri-

be a un personaje ántes de nombrarlo, si se refiere una parte de la accion sin dar a conocer a sus actores, con tal que los rasgos bajo los cuales se presentan i las circunstancias en que se les coloca, tengan algo de sorprendente i de singular, no se dejará de llamar vivamente la curiosidad del lector. Leyendo atentamente algunas narraciones se comprenderá mejor esta observacion.

El nudo de la narracion, es decir el punto en que se ponen en contacto las diferentes circunstancias de que se compone, debe ser tal que la accion parezca marchar naturalmente, sostenga la atencion i prepare la sorpresa. El desenlace debe estar hábilmente preparado para que a la vez que sea natural sea imprevisto. Mas que cualquiera otra parte de la narracion, exije ésta la rapidez.

El estilo que conviene a la narracion es una elegante sencillez; porque la sencillez no escluye los adornos, sino los que dejan traslucir el trabajo i la afectacion, es decir el abuso de las figuras i el enfásis. La narracion admite i aun con frecuencia exije ciertos adornos, como la descripcion i el retrato de los personajes. Se comprende que en las grandes obras de historia o de imajinacion, estos adornos puedan tener un gran desarrollo, i alcanzar a ser verdaderas descripciones i verdaderos retratos. En los ensayos que deben trabajar los jóvenes principiantes, basta agrupar una o dos ideas para dar a conocer el lugar de la accion, el carácter de los personajes o cualquiera otro incidente necesario para la cabal intelijencia del asunto.

En toda narracion, pero mui particularmente en aquellas que versan sobre asuntos tiernos o terribles, el escritor se empeña en producir impresion en el ánimo de sus lectores. Esto es lo que en literatura se llama patético. El escritor tiene dos medios de producirlo: en un caso, comunica a sus lectores sus propias impresiones interrumpiendo su narracion: en el segundo, presenta los hechos con toda claridad para que la impresion se produzca naturalmente en el ánimo de los lectores. En el primer caso, el patético se llama directo; en el segundo, indirecto.

Por nuestra parte nosotros debemos recomendar a los jóvenes el segundo medio. La narracion, la pintura de los hechos con aquellos detalles que pueden interesar i apasionar a los lectores, produce mas impresion que todas las declamaciones del autor. Esa impresion no es comunicada, sino que se produce espontáneamente en el ánimo del lector.

Por el contrario, los arranques apasionados del autor cuando se esfuerza por conmovernos, suelen no producir impresion alguna, o la que producen es muchas veces débil i pasajera. *Nihil lacryma citius arescit,* dice Ciceron: nada se seca mas pronto que las lágrimas.

Consejos análogos pueden darse sobre las narraciones de un carácter jocoso. El chiste no se encuentra ordinariamente en las esclamaciones, en los pensamientos mas o ménos desligados del asunto principal: se halla sí en la esposicion clara i natural de incidentes que provocan la risa. El sentimiento del ridículo resulta de ordinario del contraste entre la seriedad con que se refiere una accion i lo grotesco de la misma accion. El que lea con alguna meditacion el *Quijote* i el *Gil Blas,* encontrará que estas observaciones son profundamente verdaderas.

Esto no quiere decir que el escritor no pueda colocar en su narracion algunas observaciones destinadas a producir alguna impresion en el ánimo del lector; pero sí creemos que esas observaciones deben desprenderse de la misma narracion, i deben ir dirijidas como a fortificar los sentimientos que aquella ha hecho nacer.

TEMAS DE EJERCICIOS.

I.

Luis XIV tuvo un tiempo la manía de hacer versos; pero conociendo que eran malos, los sometió al fallo de uno de sus cortesanos, el mariscal de Grammont. Léjos de declararle que él mismo era el autor, el rei dijo al mariscal que los versos revelaban que el autor debia ser algun tonto. El cortesano confirmó este juicio elojiando el buen gusto del rei. Entón-

ces éste declaró la verdad; i cuando el mariscal todo confundido se deshacia en escusas manifestándole que se habia engañado por atolondramiento, el rei le espuso que la primera opinion era la mas verdadera porque era espontánea i natural.

II.

El mariscal de Turena hacia en 1675 la guerra contra los alemanes en la rejion oriental del Rhin. Una tarde se dirijia a inspeccionar las baterías de su campamento con el teniente jeneral de la artillería Saint Hilaire. Una bala de cañon cae en medio de ambos: Saint Hilaire perdió la mano con que habia tomado el sombrero para saludar a su jeneral; pero Turena recibió el golpe en el brazo i en el cuerpo. No cayó sin embargo del caballo; inclinado sobre el arzon de la silla, i por un movimiento instintivo del animal, se alejó de aquel sitio. A poca distancia el caballo se detiene. Turena cae i espira casi en el momento. Su corazon estaba destrozado. Esta desgracia produjo una gran ajitacion en el campo frances. Uno de los jefes, d'Hamilton, hizo cesar la confusion. El cadáver fué cubierto con una capa i retirado a corta distancia: en seguida se le colocó en un coche, i despues de hacerle los honores militares se le envió a Saint Denis para hacerle las exequias correspondientes a su rango. La corte sintió esta desgracia que importaba la pérdida del primer jeneral frances de su tiempo.

III.

En 1756, los ingleses hacian la guerra en la provincia asiática de Bengala contra un jefe indio llamado Surajah-Dowlah. Las tropas de éste tomaron por asalto i casi sin encontrar resistencia una fortaleza inmediata a Calcuta, denominada Fort William donde cayeron en su poder 146 prisioneros. El nabab o jefe indio, despues de manifestarles su desprecio, prometió perdonarles la vida, i se fué a dormir. Sus soldados a pretesto de guardarlos en seguridad, encerraron a los prisioneros en un calabozo de veinte piés cuadrados. Ocurria esto en el solsticio de verano, la época de mayor calor en aquella ardentísima rejion. Las súplicas i las promesas de los ingleses prisioneros fueron impotentes para ablandar a los crueles carceleros. La sofocacion fué tan espantosa que de los 146 prisioneros solo 23 sobrevivieron a aquella noche. En la mañana siguiente, cuando los guardianes abrieron el calabozo, tuvieron que amontonar a un lado los cadáveres medio corrompidos para dar paso a aquellos infelices, que estaban estenuados de fatiga. En seguida, se abrió un vasto foso en que fueron arrojados los 123 cadáveres. Los prisioneros que salvaron de esa catástrofe, fueron mui mal tratados.

IV.

Despues de haberse pronunciado la sentencia que condenaba a muerte a Sócrates, éste permaneció treinta dias en la prision cargado de cadenas. Pasó este tiempo discutiendo con sus discípulos las mas elevadas cuestiones de filosofía.

Por fin, se le anuncia que era llegado el momento de ejecutar la sentencia: sus discípulos entran a la prision. Sócrates aleja a su mujer Jantipa para conversar con aquellos. Discute, en efecto, sobre la inmortalidad del alma, la felicidad del hombre justo sobre la tierra i las recompensas que le estan reservadas en la otra vida. Sus discípulos le piden sus últimas recomendaciones respecto a su familia. Sócrates la confia a la amistad de aquellos. El guardian de la prision le anuncia llorando que ha llegado la hora de beber la cicuta. Apesar de las instancias de Criton, que le asegura que puede todavía demorar algunas horas, Sócrates da la órden que le preparen inmediatamente el veneno. Lo bebe sin vacilar, i consuela a sus amigos que se abandonan a los trasportes del mas vivo dolor: despues de haberse paseado algun tiempo, se acuesta, se envuelve en su manto, i entrega el último suspiro.

V.

Alejandro Magno dejó presentir su carácter desde los primeros años. Su ambicion era séria desde la niñez: consideraba efímeros los triunfos que se alcanzaban en los juegos Olímpicos. Hablaba con los embajadores estranjeros con la seriedad de un rei, i recojia de ellos noticias acerca de la organizacion i del poder de las otras naciones. En vez de celebrar las conquistas de su padre, las sentia creyendo que así se le cerraba el campo para ejecutar las hazañas en que meditába. Se conoce la historia de Bucéfalo. Un dia se presentó en la corte de Filipo un vendedor de caballos llevando uno de una belleza singular. Ninguno de los escuderos del rei pudo montarlo; i creyendo que era aquel un animal indomable, Filipo mandó que se lo llevara su dueño. Alejandro que habia observado que el caballo se espantaba con su propia sombra, lo colocó mirando al sol, subió sobre él con una grande ajilidad i lo hizo correr en varias direcciones, dejando asombrados a los cortesanos. El rei, conociendo las grandes dotes de su hijo, quiso darle un maestro digno de él, i llamó a Aristóteles, el hombre mas sabio de su tiempo i de toda la antigüedad. Le enseñó la moral, la medicina i la literatura, comunicándole su gusto i su admiracion por las grandes obras, i por la *Iliada*, particularmente. Alejandro estimaba mucho a Aristóteles, i aunque despues no tuvo por él el mismo cariño, siempre lo respetó.

VI.

Despues de haber vencido a Mitridates, Sila se apresuró a volver a Roma para castigar los escesos de su rival Mario, que habia escalado el poder durante su ausencia. Mario murió ántes de haber organizado la resistencia (83 ántes de J. C.); i su hijo fué derrotado por Sila. Roma abrió sus puertas al vencedor, i éste cometió violencias mucho mas odiosas que las de su rival. Un cuerpo de tres mil soldados enemigos ofreció rendirse: Sila exijió que atacasen a sus camaradas; pero en seguida los reunió en el circo con otros tres mil prisioneros i los hizo degollar a todos miéntras él pronunciaba un discurso en el senado. En seguida, proscribió a millares de ciudadanos; pagaba abundantemente a los asesinos de los proscritos, confiscaba los bienes de éstos i declaraba infames

a sus hijos i a sus nietos. Las proscripciones se hicieron estensivas a todas las ciudades de Italia; i en todas partes eran asesinados aquellos cuyos bienes despertaban la codicia de los partidarios de Sila. En Preveste hizo degollar doce mil hombres: el dueño de la casa en que estaba hospedado, fué esceptuado de la proscripcion, pero él se presentó voluntariamente a los asesinos, i pereció como tantos otros. Lucio Catilina, parcial de Sila, pidió a éste que incluyera en las listas de proscripcion a uno de sus hermanos, a quien habia quitado la vida. En seguida, Catilina mató a otro ciudadano i presentó a Sila la cabeza de la víctima. Despues de todo esto, Sila se hizo proclamar dictador, con derecho de vida i muerte i con poderes absolutos para confiscar las propiedades, i repartir las tierras i las provincias.

VII.

Tiberio pasó los últimos años de su vida en la isla de Caprea. Desde allí gobernaba el mundo con su conocida crueldad i con la mas refinada hipocresía. Sintiendo que su salud decaia, cambió varias veces de habitacion, i al fin se estableció en una casa situada en el promontorio de Micenas. Un dia, su médico Carides, a pretesto de tomarle la mano para besársela, le tomó el pulso, i conoció que Tiberio moriria ántes de dos dias. El emperador sospechó su estado; i aunque quiso hacerse superior a sus dolencias, se vió acometido de un desmayo que hizo creer a todas las personas del palacio que habia muerto. Cayo Calígula, que debia sucederle, recibia las felicitaciones, cuando se anuncia que Tiberio habia vuelto a la vida. En ese momento, Macron, prefecto del pretorio, que gozaba de valimiento cerca del emperador, lo sofocó con los almohadones, i proclamó su muerte.

VIII.

Británico era hijo del emperador Claudio i de Mesalina, i como tal debia suceder a Claudio; pero fué privado del imperio por los artificios de Agripina, segunda mujer del emperador, la cual colocó en el trono a su hijo Neron. Este, temiendo que Británico hiciera valer sus derechos, lo envenenó durante un banquete. El príncipe prevenido del peligro que corria, no comia nada ántes que lo hubiese probado un esclavo. Un dia, sin embargo, se le sirvió un brebaje, al que por estar mui caliente, fué necesario poner agua fria. Junto con ésta, se le echó el veneno que dió muerte a Británico. Neron finjió ser estraño a este crímen. El banquete en que éste tuvo lugar, continuó despues de un momento de silencio.

IX.

Los crímenes de Neron indignaron las provincias del imperio romano. La Galia se sublevó bajo las órdenes del propretor Vindex; pero éste fué vencido por las lejiones de Jermania. Galba, gobernador de España, i hombre de un gran carácter, fué proclamado emperador por sus lejiones. Inmediatamente comenzaron las defecciones. Neron acababa de llegar de Grecia, a donde habia ido a hacerse admirar como cantor i como poeta. Al principio, creyó que podria sofocar fácilmente la rebelion; pe-

ro luego notó que comenzaban las defecciones, i en medio del pavor i de la desesperacion formó los proyectos mas contradictorios, i se resolvió al fin a tomar la fuga. Abandonado por los suyos, sin valor para darse la muerte, mostrando en todos sus actos la pequeñez de su alma, vagó desatentadamente buscando algun escondite, i al fin se ocultó en un subterráneo. Allí, viéndose a punto de caer en manos de sus perseguidores, se atravesó la gargauta con un puñal, ayudado por su secretario Epafrodita. "Es lástima, decia, que así muera un gran cantor."

X.

En agosto del año de 79 de nuestra era tuvo lugar la terrible erupcion del Vesubio, que sepultó las ciudades de Herculano i de Pompeya. El célebre naturalista Plinio, conocido con el apodo de antiguo, para distinguirlo de su sobrino, mandaba la escuadra romana estacionada en Misena. Despues de haber tomado un baño i de haber comido, estaba entregado al estudio, cuando en la tarde (23 de agosto) su hermana le avisó que se veia una nube estraordinaria por su forma i su tamaño. Este prodijio sorprendió a Plinio: inducido por su amor a la ciencia, quiso examinarlo de cerca, i al efecto hizo preparar una lijera embarcacion. Ninguno de su familia lo acompañó. En vista de la carta de una señora romana que le pedia socorro, se dirije al Vesubio, sin temor alguno, i dictando a sus amanuenses la descripcion de las terribles escenas que presenciaba. La ribera era inaccesible. Una lluvia de ceniza espesa i caliente i de piedras, amenazaba a las naves que hubieran querido acercarse; i el mar, mucho mas bajo, a consecuencia del cataclismo, no tenia bastante fondo para que pudiesen navegar. En vez de volverse a Misena, Plinio se trasladó a Estabia, puerto que tambien fué sepultado por aquella erupcion. Allí pasó el resto del dia dando ejemplo de valor en medio de la turbacion de to los los habitantes. En la noche se acostó a dormir; pero luego fué despertado: el patio se llenaba de cenizas i de piedras, i las casas parecian arrancadas de sus cimientos. Todos se decidieron a huir: cada cual se envolvia la cabeza en almohadas para evitar los golpes de las piedras que caian con las cenizas. Comenzaba a amanecer; pero para los fujitivos reinaban espesas tinieblas, i de cuando en cuando luces siniestras. Quisieron acercarse a la ribera, pero vieron que el mar no era favorable para la fuga. Plinio, cuyas fuerzas estaban agotadas, se tendió sobre un paño i bebió un poco de agua. La vista de las llamas i una emanacion sulfurosa que se sentia, obligaron a todos a apresurar la fuga. Plinio quiso levantarse apoyado en dos esclavos; i en el mismo instante cayó muerto, sofocado por los vapores que exhalaba la tierra. Tres dias despues, se encontró su cadáver, cubierto con sus vestidos en la actitud de un hombre dormido.

Plinio el jóven, sobrino del célebre naturalista, habia quedado en Misena con su madre, i fué testigo de las desgarradoras escenas que allí produjo el cataclismo. Durante la noche de la erupcion, se hicieron sentir en esa ciudad violentos temblores. En la mañana siguiente, una lluvia de cenizas calientes obligó a sus habitantes a tomar la fuga. Los densos vapores emanados del volcan oscurecieron el aire, de tal manera que los fujitivos no veian a donde caminaban. Todos creian que aquel era el fin

del mundo. La confusion, sin embargo, no duró mucho tiempo. La luz del dia volvió a aparecer: los habitantes de Misena pudieron volver a sus casas; i mas felices que los otros pueblos vecinos, salvaron de aquella terrible catástrofe. Herculano, Pompeya i varias otras ciudades ménos importantes, quedaron sepultadas bajo las cenizas.

XI.

En 1527, bajo el pontificado de Clemente VII, las tropas de Cárlos V, compuestas de alemanes i de españoles, i mandadas por el condestable de Borbon, tomaron a Roma. El ataque tuvo lugar el 6 de mayo. La ciudad no pudo oponer una séria resistencia: el papa, esperando tratar con el enemigo, perdió un tiempo precioso i ni siquiera pudo retirarse. Borbon murió de un balazo en los primeros momentos del asalto; i sus tropas vengaron su muerte con un saqueo espantoso. Los grandes dignatarios de la iglesia fueron escarnecidos: algunos de ellos, vestidos con sus trajes de ceremonias, fueron montados en asnos i espuestos a las burlas de la muchedumbre. No se respetaron los templos, ni los monasterios, ni las reliquias sagradas. Todo era robado i destruido. Los prisioneros estaban obligados a pagar enormes rescates: otros tuvieron que comprar con gruesas sumas el derecho de eximir del saqueo sus casas i sus almacenes. Ni aun los cardenales mas afectos a Cárlos V se libertaron de aquellos ultrajes i de aquellas espoliaciones.

XII.

En los compendios de historia de América encontrarán los jóvenes bosquejado el cuadro de la espedicion de Vasco Nuñez de Balboa al traves del istmo de Panamá, que dió por resultado el descubrimiento del mar Pacífico. Se trata solo de ampliar ese cuadro, hermoseándolo con pormenores i con algun colorido.

XIII.

Un trabajo idéntico puede exijirse sobre la captura del inca Atahualpa por las tropas de Pizarro en la plaza de Cajamarca el 16 de noviembre de 1532, referida tambien en todos los compendios de historia de América.

XIV.

Apuleyo, escritor latino del II siglo de la era cristiana, ha escrito una novela en que, imitando otra obra griega, refiere la transformacion de un hombre en asno. Las *Metamorfósis*, este es su título, son las aventuras de un jóven llamado Lucio. El mismo refiere los sucesos. Lucio habia ido a Tesalia por ciertos negocios, i se hospedó en casa de un viejo llamado Milon, cuya mujer era una hechicera de primer órden. Allí concibió un vivo amor por Fótis, criada de la casa; i ésta le facilitó el medio de ver por un agujero de una puerta, como la señora, por la virtud de una pomada que se untaba en el cuerpo, se cambiaba en lechuza. Fótis,

cediendo a las instancias de Lucio, lo introdujo en el cuarto; i puso a su disposicion las drogas de la hechicera. Pero Lucio tomó una caja por otra; i apenas se habia frotado con aquel ungüento, se trasformó en asno, forma que no podia dejar sino comiendo rosas. Como no las halló a la mano, tuvo que hospedarse esa noche en la caballeriza, donde su propio caballo, i un asno de Milon, lo recibieron a patadas, creyendo que Lucio queria comerles su cebada. El mismo criado de Lucio le dió de palos porque habia querido comerse las rosas que adornaban a una efijie de la diosa Epona. Poco mas tarde, algunos ladrones penetraron en casa de Milon, robaron cuanto encontraron, i cargando con el botin a las tres bestias que habia en la caballeriza, tomaron el camino de la caverna en que se ocultaban.

XV.

Swift, escritor ingles del siglo XVIII, compuso una novela titulada *Viajes de Gulliver*. Supone que éste mismo refiere sus marabillosas aventuras, i entre otras su residencia en Liliput, isla poblada por hombrecillos que apénas le llegaban al tobillo, i que se hallaban gobernados por un rei i organizados como un pueblo que ha alcanzado un alto grado de civilizacion. Cuenta, al efecto, que los liliputienses estaban en guerra con los habitantes de una isla vecina, llamada Blesfucu; i que éstos, mucho mas poderosos, habian equipado una poderosa escuadra. Gulliver ofrece sus servicios al rei de Liliput, i marcha a apresar la escuadra enemiga. Prepara algunas cuerdas mui delgadas para él, pero que eran cables para aquellos pigmeos, amarra en su punta una barra de fierro, tan gruesa como una aguja de tejer medias, para amarrar toda la escuadra, i penetra resueltamente al mar, que como todas las cosas de aquel pais, era mui bajo para un hombre de estatura natural. Los marinos de Blesfucu se asustan al ver a Gulliver; pero repuestos del pavor, descargan una lluvia de flechas que apénas pican la epidérmis del jigante. Al fin, éste consigue su intento, i lleva prisionera toda la escuadra enemiga.

XVI.

Damócles, uno de los aduladores de Dionisio, tirano de Siracusa, lo felicitaba un dia por su poder, su magnificencia, etc., en fin, por su felicidad. Dionisio le preguntó si queria ser feliz en su lugar. Damócles aceptó. Dionisio lo hizo sentarse en un lecho de oro, i puso a su servicio una vajilla magnífica, una mesa suntuosa, perfumes, coronas. En medio del banquete, Damocles ve en el techo una espada desnuda suspendida sobre su cabeza por medio de un hilo. Desencantado del poder, suplica a Dionisio que lo liberte de su felicidad. El alumno debe deducir la moral que se desprende de esta historia.

XVII.

Fenelon, obispo de Cambrai, era un hombre mui intelijente i mui ilustrado, i al mismo tiempo poseia una bondad a toda prueba i una modes-

tia estraordinaria. Le gustaba recorrer los campos, hablar con los trabajadores, visitar a los pobres, etc. Una tarde volvia mui triste de una pequeña choza, cuyos moradores habian perdido tres dias ántes una vaca, que constituia su único caudal. Estaba léjos de aquel lugar, cuando divisa una vaca que andaba sola, i que era mui semejante a la que se le habia descrito. Sin temer a la noche, que ya estaba cerca, la conduce a la choza i persiste en volverse a Cambrai para no alarmar a las personas de su casa; pero está agobiado de cansancio. Los campesinos hacen entónces unas parihuelas con ramas de arboles, i lo trasportan en triunfo.

Esta narracion que es mui sencilla, puede ser convenientemente desarrollada. En la páj. 493 de las *Nociones de hist. literaria* encontrarán los jóvenes algunas noticias acerca de Fenelon.

XVIII.

Durante la revolucion francesa, cuando estaba en todo su vigor el réjimen del terror, un jóven llamado Loiserolles fué condenado a muerte por el tribumal revolucionario. Vuelve a su calabozo en la cárcel de San Lázaro, acompañado por su padre que era un anciano venerable, el cual no queria separarse de su hijo hasta el último momento. Cansado por tantas emociones, el jóven se queda dormido. El dia siguiente, 7 termidor (25 de julio de 1794) el alcalde llama a los condenados que deben marchar al patíbulo. Dos veces resonó el nombre de Loiserolles sin que nadie se presentara. El padre no queria despertar a su hijo; pero repentinamente se le ocurre una idea: al tercer llamado se presenta en lugar del jóven. Al momento de abandonar el calabozo, se acerca a su hijo, se inclina sobre él, i no se atreve a darle un beso por temor de despertarlo. Sube al patíbulo i muere rogando a Dios que proteja a su hijo. Sus votos fueron oidos. El jóven Loiserolles fué puesto en libertad despues del 9 termidor, despues de la caida de Robespierre, vivió hasta 1845, i escribió varios poemas, uno de los cuales lleva por título *La muerte de Loiserolles o el triunfo del amor paterno*, en tres cantos, en que refiere el heroico sacrificio de su padre.

XIX.

En 1807, a la época en que el bloqueo continental había encendido la guerra entre Francia e Inglaterra, los ingleses hacian frecuentes desembarcos en las costas de Francia. Una tarde despues de una escaramuza, un marinero breton que habia llegado mui tarde para tomar parte en la lucha i vengar a su padre, apresado algunos dias ántes por un buque ingles, recorre el teatro de la accion, percibe a un oficial enemigo oculto detras de una roca i saca su sable dispuesto a ultimarlo. Pero el oficial está herido i pierde mucha sangre. El marinero se siente conmovido: consuela al oficial, i en seguida se aleja para buscar socorros. Cuando vuelve no encuentra a nadie: los ingleses han enviado furtivamente una chalupa para recojer sus heridos. Un mes despues, el marinero ve volver a su padre: el oficial herido era lord Stanley, el hijo del comandante de los pontones en que eran retenidos los prisioneros franceses.

XX.

Los pueblos antiguos de Europa se procuraban a peso de oro la seda, que era por tanto sumamente rara. Sabian que venia del oriente, pero ignoraban hasta el nombre del pais que la producia. En el siglo VI, dos misioneros griegos llegaron hasta la China, i observaron con admiracion los trabajos del gusano de seda i las fábricas de telas. Conciben el proyecto de dotar a las naciones cristianas de esta fuente de riqueza, i observan que la brevedad de la vida de estos insectos hace imposible su trasporte; pero los huevecillos pueden ser trasportados a otro país donde deben jerminar. Ocultan los huevecillos de gusanos de seda en una caña hueca, i se encaminan a su país, por entre pueblos que los hubieran muerto si hubiesen sospechado su secreto. Al fin, pasan el Eufrátes que separa el imperio de Oriente del reino de Persia: caen de rodillas i dan gracias a Dios. Llegan a Constantinopla: son admitidos delante de Justiniano i le presentan aquellos valiosos objetos, refiriéndole con palabras sencillas i modestas los trabajos por que han tenido que pasar. El emperador elojia su patriotismo i su valor, les da las gracias por el señalado servicio que prestan al imperio, i les dice que ellos han hecho mas por la prosperidad del mundo que los mas grandes hombres de estado i los guerreros mas célebres. Los huevecillos jerminaron; los gusanos trabajan i se multiplican, la Grecia se cubre de moreras, i luego la nueva industria se propaga en toda la Europa occidental i forma una de las fuentes de su riqueza.

XXI.

El príncipe de Gales, hijo de Enrique IV rei de Inglaterra, se dejaba llevar a todos los escesos de las pasiones i del poder. Uno de los jóvenes señores que tomaba parte en sus estravios i en sus violencias, fué llamado ante la justicia por haber cometido un delito, i condenado, apesar de la proteccion del príncipe. Este, furioso, llega al tribunal en el momento en que se da la sentencia, se acerca al presidente, lo insulta i le da una bofetada. El majistrado inmóvil e impasible, ordena al hijo de su rei que se entregue preso. Se traba una lucha en el alma del príncipe entre su cólera, su orgullo i el sentimiento de la justicia. Cede al fin, presenta su espada i él mismo se entrega preso en manos de los guardias. Esta conducta da lugar a algunas reflexiones.

XXII.

Durante su cuarto viaje, Cristóbal Colon se vió obligado a recalar a las costas de Jamaica. Los naturales de este país, que habian oido hablar de los escesos cometidos por los españoles en las otras islas, le negaron los víveres: no se hallaba en estado de obtenerlos por la fuerza i los ruegos eran impotentes. La escasez de los españoles aumentaba cada dia. Colon sabia que una noche próxima tendria lugar un eclipse de luna i aprovecha esta circunstancia. Anuncia a los indios que Dios, irritado por su inhumanidad, va a hacerles sentir su castigo, i que desde aquella no-

che la luna dejaria de alumbrar. Algunos indios creen: otros se rien. La noche llega; el eclipse comienza. Los indios acuden al rededor de Colon: le traen víveres i le piden perdon. Su consternacion era grande. Colon se muestra inflexible hasta el momento en que el eclipse debia terminar. Entónces perdona a los indios, que quedan mui contentos cuando ven reaparecer la luna. Los indios no se atreven a negar nada a un hombre que parece favorecido por el cielo. Colon no se habia presentado nunca a los indios como un hombre de naturaleza superior. ¿Lo justifican estas circunstancias por haber empleado este artificio?

XXIII.

La historia de la revolucion de los Estados Unidos recuerda un hecho que prueba el grande heroismo de Washington. A fines de 1776, las tropas inglesas mandadas por lord Cornwallis estaban acampadas cerca del Delaware, esperando que las aguas de este rio se helaran para atravesarlo i atacar al ejército americano que mandaba Washington, i que era mui inferior en número. Para prevenir una derrota segura, el jeneral americano pasó el rio en la noche del 25 de diciembre, durante una tempestad deshecha, i sin temer a las grandes mazas de hielo flotantes que el rio arrastraba en su corriente. Atacó a la bayoneta una division enemiga acampada en Trenton, la derrotó i le tomó mil prisioneros. Cornwallis, marcha con todo su ejército a atacar a los independientes; pero Washington deja fuegos encendidos en su campamento para engañar al enemigo, i marcha sobre Princetown, donde estaba situada otra division inglesa. La derrota, i vuelve a pasar el Delaware. Fué aquella una empresa aconsejada por un heroismo desesperado, i ejecutada con tanto valor como prudencia.

XXIV.

La traicion del jeneral americano Benedicto Arnold es uno de los cuadros mas patéticos de esa misma historia de la revolucion de los Estados Unidos. En 1780, Arnold, disgustado con Washington, cuya rectitud de carácter no podia tolerar, traicionó a su patria con el pensamiento de entregar al enemigo una fortaleza. El mayor ingles John Andre, habia sido el negociador de esta traicion, i fué aprehendido por las tropas de Washington. Arnold, viéndose descubierto, se fugó al enemigo, sin haber alcanzado a realizar todo su plan. Esta traicion era atroz; pero Andre, jóven, intelijente, caballeroso, despertaba todas las simpatías. El no era traidor, puesto que como oficial ingles estaba en el deber de hostilizar a los americanos; pero las leyes de la guerra lo consideraban espía, i como tal debia ser castigado. El jeneral ingles Clinton solicitó su perdon: Washington contestó que dejaria a Andre en libertad si se le entregaba a Arnold para castigarlo: Clinton se niega a ello. Andre debia ser ahorcado en virtud de los usos de la guerra: solicitó que se le fusilara como militar. Washington fué inflexible; i aunque profundamente impresionado por la desgracia de un jóven digno de todas las simpatías, firmó la sentencia i mandó que se ejecutara. La voz del deber fué mas imperiosa que los nobles llamados de su corazon.

XXV.

El sacrificio del capitan neo-granadino don Antonio Ricaurte, es una de las pájinas mas hermosas de la historia de América. El 25 de marzo de 1814, Bolívar sostenia en el pueblo de San Mateo, Venezuela, un combate terrible contra tropas mui superiores que mandaba el feroz guerrillero español Bóves. Este comprendió que las municiones de los patriotas estaban colocadas en una casa de campo, situada sobre una altura inmediata, i despachó un destacamento para tomarlas. Allí estaba el capitan Ricaurte con cincuenta hombres. Bolívar i sus tropas lo creen todo perdido. En medio de su ansiedad, se oye una espantosa detonacion: Ricaurte, convencido de que no podia resistir, habia prendido fuego a los depósitos de pólvora, sacrificándose así, junto con los enemigos que habian entrado ya a la casa que él defendia. Aquel heroico sacrificio salvó por el momento al ejército de Bolívar.

XXVI.

La guerra de la independencia de Venezuela habia sido atroz. Ninguno de los contendientes daba cuartel al vencido. Era aquella una verdadera guerra a muerte. Bolívar, el jeneral independiente, i Morillo, el jeneral español, eran igualmente valientes i ambos poseian una notable intelijencia militar. Despues de seis años de batallas i de crueldades, en noviembre de 1820, ambos jenerales firmaron un armisticio, i acordaron regularizar la guerra para evitar horrores inútiles. Celebraron en seguida una entrevista en que se abrazan como antiguos amigos. Este cuadro puede ser descrito recordando los antecedentes que lo hacen mas patético e interesante.

XXVII.

El califa Almanzor, continuamente lisonjeado por sus favoritos, comienza a sospechar que sus alabanzas no son sinceras. La casualidad hace caer en sus manos un libro en que los actos de su gobierno eran censurados con una respetuosa franqueza. Sus favoritos le aconsejan que castigue a Elaim, autor del libro. El califa reunió en su palacio a los tres favoritos i a Elaim, i les ordena que le digan francamente lo que piensan de él. No es difícil suponer lo que dijo cada cual. Solo Elaim habló la verdad. El califa a cada uno de los cortesanos les dió un diamante magnífico: abraza a Elaim i le declara que en adelante será su amigo. Al dia siguiente, los tres cortesanos vienen a advertir al califa que el joyero que le ha vendido los diamantes, lo habia engañado, i que estos son falsos. El califa responde que ya lo sabia él; pero que por falsas alabanzas ha dado falsos diamantes.

XXVIII.

Un sultan de Constantinopla (otros atribuyen este hecho a una sociedad científica de Lóndres, lo que da lo mismo para el caso) propuso un

premio valioso al que resolviese este problema de física. Si en una cubeta perfectamente llena de agua se echa un cuerpo cualquiera, el agua se desborda i se derrama: sin embargo, echando un pez se le ve moverse en todos sentidos sin que caiga una sola gota. Presentáronse muchas memorias para obtener el premio: cada cual se empeñaba en esplicar el fenómeno por diversos medios. Solo un sabio quiso escribir examinando el hecho por sí mismo. Llenó de agua una taza, hizo varios esperimentos i vió que cuando se echaba el pez, el agua se desbordaba lo mismo que cuando ponia en ella cualquier otro cuerpo. Fué él quien obtuvo el premio. Este hecho nos enseña que no debemos juzgar de las cosas por las apariencias o por lo que todos dicen, i que la verdad no se encuentra sino con el estudio i la observacion.

MODELOS DE EJERCICIOS.

I.

LUIS XIV I EL MARISCAL DE GRAMMONT.

Es menester que te cuente una historia verdadera que te divertirá. El rei (Luis XIV) ha dado desde hace poco tiempo en escribir versos. El otro dia hizo un madrigal, que el mismo no encontraba bonito. Una mañana dijo al mariscal de Grammont: "Señor mariscal, os suplico que leais este pequeño madrigal, i que me digais si habeis visto uno tan malo. Como se sabe que me gustan los versos, me envian de todas clases." El mariscal despues de haberlos leido, dijo al rei:—"Señor, Vuestra Majestad, juzga divinamente sobre todas las cosas. Es el madrigal mas tonto i mas ridículo que haya leido en mi vida." El rei se echó a reir, i le dijo:—"No es verdad que el que lo ha escrito debe ser mui fatuo—Señor, no es posible darle otro nombre."—"¡Pues bien! dijo el rei, celebro que me hayais hablado con tanta claridad: soi yo quien lo ha hecho."—"¡Ah! señor! qué traicion! Permítamelo Vuestra Majestad: lo he leido de carrera."—"No, señor mariscal, los primeros sentimientos son siempre los mas naturales." El rei se ha reido mucho de este incidente, i todo el mundo cree que es la jugada mas cruel que se puede hacer a un viejo cortesano.

MADAMA DE SEVIGNÉ (1).

(1) Esta i muchas otras anécdotas tan admirablemente contadas como ella, se encuentran en las cartas de madama de Sevigné a su hija, (V. las *Noc. de hist. lit.*, pájina 501).

II.

MUERTE DE TURENA.

Me dirijo a vos, mi querido conde (1), para referiros una de las mas terribles pérdidas que haya podido sufrir la Francia: es la muerte de M. de Turena. Estoi segura de que habeis de sentir la misma impresion dolorosa que nosotros hemos sentido aquí. Esta noticia llegó el lúnes a Versalles. El rei ha estado aflijido, como debe suponerse, por la pérdida del mejor capitan i del hombre mas honrado del mundo. Toda la corte ha llorado, i M. de Condom (2) estuvo a punto de desmayarse. La corte estaba preparándose para salir a divertirse en Fontainebleau: todo ha sido desbaratado. Jamas hombre alguno ha sido sentido tan sinceramente: todo el barrio en que tenia su habitacion, todo Paris estaba turbado i conmovido: cada cual hablaba i se agrupaba para lamentar la pérdida del héroe. Despues de tres meses de una campaña prodijiosa, que las personas de su profesion no se cansan de admirar, llega el último dia de su gloria i de su vida.

El sábado a las dos de la tarde, M. de Turena montó a caballo despues de haber comido; i como lo acompañaban muchas personas, las dejó a treinta pasos de la altura a donde queria ir, i dijo al muchacho d'Elbeuf: "Sobrino, quedaos allí: como estais dando vuelta a mi alrededor, vais a hacerme reconocer." M. d'Hamilton, que se encontraba cerca del lugar adonde iba, le dijo:—"Señor, venid por este lado; están cayendo balas allí donde estais."—"Teneis razon, contestó M. de Turena; eso será lo mejor, porque no quiero morir hoi." Apénas hubo vuelto su caballo, percibió a Saint Hilaire, que con el sombrero en la mano le dijo:—"Señor, echad una mirada sobre la batería que acabo de colocar allí." M. de Turena volvió, i al mismo instante, sin haberse detenido, recibió un golpe en el brazo i en el cuerpo por el mismo proyectil que se llevó el brazo i la mano que tenia el sombrero de Saint Hilaire. Este jentilhombre, que lo miraba siempre, no lo vió caer: el caballo lo llevó al sitio en que habia quedado el muchacho d'Elbeuf: aun no habia caido, pero estaba inclinado sobre el arzon de la montura. En este momento, el caballo se detiene, i el héroe cae en brazos de los suyos: abre dos veces sus grandes ojos i su boca, i permanece tranquilo para siempre. Imajinaos que etaba muerto i que tenia una parte del corazon destrozado. Todos gritan, todos lloran: M. d'Hamilton hace cesar este ruido i apartar a d'Elbeuf, que se habia arrojado sobre el cadaver, no queria apartarse de él i no cesaba de gritar. El cadaver fué cubierto con una capa i trasportado por entre una fila de jente, se le custodia en medio de los murmullos: llega un coche para conducirlo a su tienda de campaña. Allí, M. de Lorges (3), M. de Roye i muchos otros creyeron morir de dolor; pero era necesario hacerse violencias i pensar en los grandes negocios que se tenian

(1) Esta narracion se encuentra en una carta dirijida por madama de Sevigné á su yerno el conde de Grignan, con fecha de 28 de agosto de 1675.
(2) Bossuet, obispo titular de Condom.
(3) El duque de Lorges, sobrino de Turena, que tomó el mando despues de la muerte de éste. D'Elbeuf era sobrino nieto de Turena.

entre manos. En el campamento se le hicieron los honores militares: las lágrimas i los gritos formaban el verdadero duelo. Todos los oficiales tenian lazos de crespon, todos los tambores estaban cubiertos: no producian mas que un solo sonido: las picas inclinadas hacia el suelo, i los mosquetes boca abajo: pero estos gritos de todo el ejército no pueden representarse sin sentir una conmocion. Sus dos sobrinos estaban en esta ceremonia en el estado que debeis imajinar. M. de Roye, que se encontraba herido, se hizo trasportar al sitio de la ceremonia, porque la misa no tuvo lugar sino cuando hubieron repasado el Rhin. Cuando este cadáver ha sido separado del ejército, ha habido otra desolacion; i por todas partes por donde ha pasado, no se oian mas que clamores. Todo fué sobrepujado en Langres: sus habitantes en número de mas doscientos, en traje de duelo, i seguidos del pueblo i de todo el clero salieron a recibirlo. Allí tuvieron lugar unas honras solemnes, habiéndose reunido en un momento una suscricion que produjo cinco mil francos, para atender a los gastos de la ceremonia i del trasporte del cadáver hasta la primera ciudad. ¿Qué decis de estas demostraciones naturales de un afecto fundado sobre un mérito estraordinario? Debe llegar a Saint Denis esta tarde o mañana: todos los suyos han salido a recibirlo a dos leguas de aquí. Será depositado en una capilla, i en seguida se le harán las exequias en Saint Denis, miéntras tienen lugar las que deben celebrarse en la catedral (1).

MADAMA DE SEVIGNÉ.

III.

LA CUEVA NEGRA.

Los ajentes de la compañía inglesa de la India en la provincia de Bengala no eran sino simples comerciantes. La noticia de que el nabab Surajah Dowlah se preparaba a atacarlos, los dejó espantados, facinados, e inertes. El gobernador, que habia oido hablar mucho de las crueldades del nabab, perdió la cabeza, i embarcándose en una chalupa, se refujió en la primera nave que encontró. El comandante militar pensó que debia seguir tan noble ejemplo. El fuerte William fué tomado por los indios despues de un simulacro de defensa: un gran número de ingleses cayó en poder de los vencedores. El nabab, con todo el aparato de la majestad real, se colocó en el estremo del salon principal de la fortaleza, e hizo comparecer delante de él a M. Holwell (2) que jerárquicamente era el mas importante de los prisioneros. Su Alteza se burló de la insolencia de los ingleses, quejándose de haber encontrado tan mal provistas las

(1) La tumba de Turena fué colocada en Saint Denis, entre los sepulcros de los reyes. Mas tarde se trasladó el cadáver a Paris, a la iglesia de los Inválidos, donde están sepultados los mas grandes guerreros de Francia.

(2) M. John Holwell (1711-1778) era un irlandes que formaba parte del consejo de gobierno de fuerte William. No habiendo podido defender esta fortaleza, capituló con el enemigo, i sufrió el horrible tormento de la cueva negra, cuyos padecimientos refirió mas tarde en Inglaterra en un librito mui interesante.

cajas de su tesoro. En cambio, prometió perdonar la vida a los cautivos, i se retiró a dormir.

Entónces se cometió ese gran crímen, memorable por la singularidad, la atrocidad de sus circunstancias, memorable tambien por el terrible castigo que atrajo sobre la cabeza de los culpables. Los prisioneros ingleses quedaron a merced de sus guardianes, i los guardianes resolvieron encerrarlos durante la noche en el calabozo de la guarnicion, que era un cuarto designado con el horrible nombre de *Cueva negra*. Aun para un solo cautivo, esa prision, atendido el ardor del clima, era un lugar de detencion demasiado encerrado, i estremadamente pequeño. No tenia mas que veinte piés cuadrados: los respiraderos eran pequeños i estaban obstruidos. Era la época del solsticio de verano (1), estacion en que el terrible calor de Bengala es apénas tolerable para los naturales de Inglaterra cuando pueden refujiarse en las salas de alto, cuando numerosos abanicos ajitan constantemente el aire al rededor de ellos. Los prisioneros eran ciento cuarenta i seis. Cuando recibieron la órden de entrar en ese estrecho calabozo, creyeron que los centinelas querian embromar; i como la clemencia del nabab los habia asegurado un poco, se rieron burlándose de tan absurda prescripcion. Su ilusion no duró largo tiempo. Sus reclamaciones i sus súplicas fueron inútiles. Los soldados amenazaron con que sablearian a cualquiera que vacilase en obedecer. Los cautivos fueron echados al calabozo; i la puerta fué cerrada con sólidos cerrojos.

Nada en la historia, nada en la ficcion, nada, ni aun la relacion que hace Ugolino (2) entre las olas endurecidas del hielo eterno, despues de haberse limpiado los labios sucios de sangre, con la cabellera arrancada al cráneo de su asesino, se acerca a los horrores que han contado los pocos miserables que sobrevivieron a aquella trájica noche. Los desgraciados pidieron perdon. En seguida trataron de romper la puerta. Holwell que, aun en estos instantes siniestros conservó alguna presencia de espíritu, trató de despertar por medio de ofrecimientos la codicia de los carceleros. La respuesta fué que no se podia hacer nada sin las órdenes del nabab; que el nabab dormia, i que su enojo caeria inevitablemente sobre cualquiera que se atreviese a despertarlo. La desesperacion de los presos se convirtió entónces en una verdadera demencia. Los unos se arrojaban a los piés de los otros: se empeñaban en luchas horribles para acercarse a los agujeros por donde penetraba un poco de aire: luchaban igualmente al rededor de algunos baldes de agua que la cruel compasion de sus asesinos les habia dado para prolongar la agonía contra la la cual luchaban. Divagaban, resaban, blasfemaban, suplicaban a los centinelas que los fusilasen al traves de los fierros. I los carceleros, sin

(1) Tuvo lugar este hecho atroz en la noche del 12 de junio de 1756.

(2) Ugolino de la Gherardesca, primer majistrado de Pisa i jefe de los jibelinos, contra quien el arzobispo de esa ciudad, Rojerio de Ubaldini, cansado de la tiranía de Ugolino, encabeza una sublevacion, i lo hizo encerrar en 1288 en una torre con tres de sus hijos i un nieto. Ugolino i sus cuatro compañeros perecieron de hambre. El Dante (V. este nombre en las *Noc. de hist. lit.*, páj. 295 i siguientes) ha inmortalizado a Ugolino en uno de los mas conmovedores episodios de su inmortal poema. Lo coloca en el infierno, sumido en los hielos eternos i devorando a mordiscos la cabeza de su enemigo. "Cualesquiera que sean los crímenes de Ugolino, dice Sismondi, el historiador de las repúblicas italianas, el horror de su suplicio los hizo olvidar, i su nombre vive como un ejemplo, casi único en la historia, de un tirano que inspira la compasion i que es castigado por su pueblo mas severamente de lo que merecia."

embargo, agrupados detras de las rejas, contemplaban, a la luz de las antorchas, este cuadro horrible. Sus gritos, sus risas satánicas saludaban cada nuevo episodio de este drama sangriento: las convulsiones frenéticas, los apretones feroces de esos pobres locos furiosos parecian divertirlos singularmente. Con todo, el tumulto disminuia poco a poco. A los gritos de rabia i de agonía sucedian jemidos, quejas mas i mas débiles. La aurora apareció. El nabab, despues de una noche de orjía, despertó i permitió que se abriese el calabozo. Al principio, no se vió salir a nadie, fué necesario que en el monton de cadáveres, los soldados practicasen una especie de corredor, apilando a derecha e izquierda los cuerpos infectos, en los cuales el ardiente clima de la India habia comenzado su obra de corrupcion. En fin, cuando se hubo abierto un paso, veinte i tres espectros apenas vivos, que sus mismas madres no habrian podido reconocer, se arrastraron vacilantes fuera de la horrible carniceria. Abrióse entónces un vasto foso. Los muertos en número de ciento veinte i tres, fueron arrojados allí i cubiertos precipitadamente con un poco de tierra.

Estos sucesos, que aun despues de tantos años no se pueden referir o leer sin horror, no despertaron ni remordimientos ni compasion en el alma del feroz nabab. Ningun castigo fué aplicado a los asesinos, ningun cuidado particular se tuvo con los que sobrevivieron. A aquellos de quienes no se esperaba ningun rescate se les dejó en libertad. Pero los que podian rescatarse de un modo u otro fueron tratados con la crueldad mas execrable. Holwell, aunque no se hallaba en estado de poner un pié delante del otro, fué conducido delante del tirano, que le dirijió mil reproches, lo amenazó, lo hizo cargar de cadenas i lo envió al interior del país con otros ingleses sobre los cuales recaian las sospechas de haber ocultado los tesoros de la compañía. Estos desgraciados, a quienes las torturas de su larga agonía dejaban en un estado indecible de postracion física i moral, fueron colocados en cabañas miserables i alimentados únicamente con agua i algunos granos, hasta que al fin las súplicas de ciertos parientes del nabab obtuvieron su libertad definitiva (1).

MACAULAY (2).

---

(1) Los ingleses de la provincia de Madras, al saber estos sucesos, organizaron precipitadamente una division, cuyo mando dieron a Clive, tan famoso mas tarde por sus conquistas en la India. El nabab trató humildemente con los ingleses i les dió todas las satisfacciones i garantías que exijian. Pero en el trascurso posterior de la guerra, Surajah-Dowlah, traicionado por uno de sus jefes, cayó en poder de los ingleses i fué condenado al último suplicio. El crímen espantoso de la cueva negra aceleró, puede decirse así, la conquista de la provincia de Bengala, i el establecimiento definitivo de los ingleses en la India.

(2) Lord Tomas Babington Macaulay (1800-1859) el primero de los historiadores ingleses de nuestro siglo i uno de los mas grandes escritores de la Gran Bretaña, es autor de una *Historia de Inglaterra desde el reinado de Jacobo II*, que dejó inconclusa, i de muchos estudios históricos i literarios publicados en las revistas, i reunidos en varios volúmenes. De uno de esos ensayos, titulado *Lord Clive*, tomamos el fragmento que dejamos copiado. Se distingue Macaulay por su inmensa instruccion, por la rectitud e independencia de sus opiniones i por el gran talento de escritor para dar colorido a los hechos que refiere, de tal manera que nos arrastra i apasiona.

IV.

MUERTE DE SÓCRATES.

Los once majistrados que velan por la ejecucion de los criminales, se presentaron temprano a la prision para libertar a Sócrates de sus cadenas i anunciarle el momento de su muerte. Muchos de sus discípulos entraron en seguida. Allí encontraron a Jantipa, la esposa de Sócrates, que tenia en sus brazos al menor de sus hijos. Cuando ella los vió, dijo con una voz entrecortada por los sollozos: "Hélos ahí; tus amigos vienen a verte por la última vez." Sócrates suplicó a Criton (1) que la llevase a su casa; i en efecto la sacaron de ese lugar. Ella daba gritos dolorosos i se despedazaba el rostro.

Jamas se habia mostrado Sócrates a sus discípulos con tanta paciencia i con tanto valor. En esta última conferencia, les dijo que no era permitido a nadie atentar contra sus dias, porque, estando los hombres colocados en la tierra como los centinelas en un puesto, no debíamos abandonarlo sino con el permiso de los dioses (2); que por lo tocante a él, deseaba que llegase el momento que habia de ponerlo en posesion de la felicidad que habia tratado de merecer por su conducta. De allí, pasando al dogma de la inmortalidad del alma, lo sostuvo por medio de una multitud de pruebas que justificaban sus esperanzas. "I aun cuando estas esperanzas no fuesen fundadas, decia él, ademas de que los sacrificios que ellas exijen no me han impedido ser el mas feliz de los hombres, apartan ahora léjos de mí las amarguras de la muerte i esparcen sobre mis últimos momentos una alegría pura i deliciosa. Así, agregaba, todo hombre que renunciando a la voluptuosidad se empeña en embellecer su alma no con adornos estraños sino con la justicia, la templanza i las otras virtudes, debe abrigar una plena confianza i esperar tranquilamente la hora de su muerte. La mia se acerca; i para servirme de la espresion de uno de nuestros poetas, ya oigo su voz que me llama."

"¿No teneis algo que recomendarnos respecto de vuestros hijos i de vuestros negocios?" le preguntó Criton—"Os repito el consejo que os he dado frecuentemente, respondió Sócrates: enriqueceos con las virtudes: si lo seguis, no tengo necesidad de vuestras promesas; si lo olvidais, serian inútiles a mi familia."

Pasó en seguida a una pieza vecina para tomar un baño (3). Nosotros

(1) Uno de los discípulos de Sócrates que le fueron mas tiernamente adictos. Se dice que habia ganado al carcelero de su maestro, i que Sócrates habria podido escaparse de su prision; pero éste no quiso violar las leyes.

(2) Sócrates fué acusado de corromper la juventud i de enseñarle el desprecio de los dioses: su verdadero crímen consistia en enseñarles que no hai mas que un solo Dios. No queriendo, sin embargo, atacar de frente las preocupaciones de sus contemporáneos, empleaba frecuentemente el lenguaje de estos, i decia los *dioses* por *Dios*.

(3) La muerte de Sócrates ha sido referida por uno de sus discípulos, por Platon (V. sobre éste las *Nociones de historia lit.*, p. 64). En un diálogo titulado *Fedon*, Platon hace que uno de los discípulos de Sócrates esponga las doctrinas del maestro i reflera sus últimos instantes. El célebre historiador frances Barthélemy, que en sus *Viajes del jóven Anacársis* ha trazado un cuadro patético e interesante de la muerte de aquel gran filósofo, ha seguido fielmente a Platon, abreviando, sin embargo, los discursos que forman el diálogo. De esa obra he tomado la primera parte de ese fragmento: el resto está copiado literalmente del Fedon; i como se verá, tiene la forma de narracion hecha por uno de los discípulos, a quien se supone presente en los últimos momentos de Sócrates.

lo esperamos reflexionando sobre todo lo que nos habia dicho i hablando de la horrible desgracia que iba a caer sobre nosotros, porque nos mirábamos verdaderamente como hijos privados de nuestro padre, i condenados a pasar el resto de nuestra vida en un estado de horfandad. Despues que hubo salido del baño, entraron sus hijos, dos de ellos niños todavía, i el otro ya grande, i juntos con ellos las mujeres de su familia. Les habló largo rato en presencia de Criton i les dió sus últimas órdenes. Hizo retirar las mujeres i los niños, i volvió donde nosotros estábamos. Acercábase la entrada del sol. Al volver, se sentó en su cama; pero no tuvo tiempo de hablarnos mucho, porque el empleado de los once entró casi en el mismo instante, i acercándose a él: "Sócrates, le dijo, espero que no tendré que hacerte el mismo reproche que a los demas: desde que vengo a advertirles por órden de los majistrados que es preciso beber el veneno, se encolerizan contra mí i me maldicen; pero siempre te he encontrado el mas valiente, el mas suave i el mejor de todos los que han estado en esta cárcel; i en este momento estoi seguro de que no estás incómodo conmigo sino con aquellos que son la causa de tu desgracia i que tú conoces bien. Tu sabes lo que vengo a anunciarte: ¡adios! soporta con resignacion lo que es inevitable." I al mismo tiempo, se volvió hácia un lado vertiendo lágrimas i se retiró. Sócrates, mirándolo le dijo: "I tú tambien, recibe mis adioses: haré lo que me dices." En seguida, volviéndose hácia nosotros, nos dijo: "Ved cuánta honradez hai en este hombre: todo el tiempo que he permanecido aquí, ha venido a verme frecuentemente i ha conversado conmigo; i ahora me llora con todo su corazon. Criton, es menester obedecer con buena voluntad: que se me traiga el veneno si está preparado; i de no, que lo preparen.

Al oir estas palabras, Criton hizo una señal al esclavo que se habia quedado allí cerca. El esclavo salió, i despues de un corto rato volvió con el que debia darle el veneno, que traia preparado en una copa. Tan pronto como Sócrates lo vió, le dijo: "Está bien, amigo; pero ¿qué es lo que debo hacer? Tú tienes que enseñármelo."—"Nada mas, le contestó ese hombre, que pasearte cuando lo hayas bebido, hasta que sientas pesadas tus piernas: entónces te tenderás en tu cama; el veneno hará lo demas;" i al mismo tiempo le pasó la copa. Sócrates la tomó con la mas perfecta seguridad, sin ninguna emocion, sin cambiar de color, la llevó a sus labios i la bebió con una tranquilidad i una dulzura maravillosas.

Hasta entónces habíamos tenido bastante fuerza de voluntad para contener nuestras lágrimas; pero cuando lo vimos beber el veneno, no fuimos dueños de nosotros mismos. A pesar de todos mis esfuerzos, mis lágrimas corrieron con tanta abundancia que me cubrí con mi manto para llorar. No era la desgracia de Sócrates lo que yo lloraba, sino la mia; porque pensaba en la importancia del amigo que iba a perder. Otros sollozaban i se lamentaban con tanta fuerza que no hubo persona de las presentes que no tuviera el corazon embargado por el dolor. Sócrates, sin embargo, se mantenia sereno. "¿Qué haceis, amigos? nos dijo. Acabo de separar a las mujeres para no ser testigo de tales debilidades. Recobrad vuestro valor. Siempre he oido decir que conviene morir oyendo buenas palabras. Conservad la tranquilidad i mostrad mas firmeza."

Estas palabras nos hicieron avergonzarnos, i retuvimos nuestras lágrimas. Sin embargo, Sócrates, que continuaba paseándose, dijo que sentia pesadas las piernas, i se acostó de espaldas, como se le habia recomen-

dado. En ese momento, el hombre que le habia dado el veneno se acercó a Sócrates, i despues de haberle examinado los piés i las piernas, le apretó fuertemente el pié i le preguntó si sentia. Sócrates contestó que nó. Entónces el hombre nos manifestó que el cuerpo se helaba i se ponia tieso, i nos dijo que cuando el frio llegase al corazon, Sócrates nos abandonaria. Ya todo el bajo vientre estaba helado. Entónces descubriéndose, porque estaba cubierto, dijo: "Criton debemos un gallo a Esculapio: no te olvides de pagar esta deuda" (1). Estas fueron sus últimas palabras. —"Así lo haré, respondió Criton; ¿no tienes otra cosa que encargarnos?" Sócrates no contestó nada. Un instante despues, hizo un movimiento convulsivo: entónces el hombre de la prision lo descubrió completamente: sus miradas estaban fijas. Criton le cerró la boca i los ojos.

Así murió el mas virtuoso i el mas feliz de los hombres, el único quizá que sin temor de ser desmentido, pudo decir en voz alta:—"Jamas, ni con mis palabras ni con mis acciones, he cometido la menor injusticia."

V.

NIÑEZ DE ALEJANDRO.

Alejandro nació el mismo dia en que fué quemado el templo de Diana en Efeso. Desde su niñez, el amor a la gloria se dejaba ver en él con una elevacion de sentimientos mui superior a su edad. No apetecia una gloria cualquiera, como su padre. Interrogado un dia por uno de sus amigos sino iba a disputar en los juegos Olímpicos el premio de la carrera, puesto que estaba dotado de una grande ajilidad: "Me presentaria, contestó, si hubiera de tener reyes por competidores."

Un dia que Filipo estaba ausente, recibió a los embajadores del rei de Persia. Los dejó sorprendidos por su cortesía i por sus preguntas que no tenian nada de infantil ni de frívolo. Informábase acerca de la distancia que habia entre la Macedonia i la Persia i de los caminos que conducian al Asia: preguntábales cómo hacia la guerra el rei de Persia i cuáles eran la fuerza i el poder de la nacion. Los embajadores quedaron maravillados i se volvieron convencidos de que la habilidad tan celebrada de Filipo era nada en comparacion de la viveza de injenio i de la penetracion de su hijo. Así, cada vez que Filipo habia tomado una ciudad considerable, i que habia alcanzado una señalada victoria, Alejandro, léjos de mostrar contento, decia a los niños de su edad: "Mi padre lo tomará todo, i no me dejará nada grande i glorioso que ejecutar mas tarde con vosotros."

(1) M. Cousin en su aplaudida traduccion de Platon (t. 1.°, p. 322) interpreta así estas palabras misteriosas: 'Sócrates recomienda que se sacrifique un gallo a Esculapio en reconocimiento de su curacion de la enfermedad de la vida. M. de Lamartine en su hermoso poema titulado la *Muerte de Sócrates* ha adoptado la misma interpretacion.

Aux dieux liberateurs, dit-il, qu'on sacrifie!
Ils m'ont gueri!—De quoi? dit Cebes—De la vie.

Filónico de Tesalia llevó un dia a Filipo un caballo llamado Bucéfalo, que queria vender en trece talentos (1). Se trató de probar el caballo; pero se le encontró completamente indómito: no toleraba que lo montase nadie; no podia sufrir la voz de ninguno de los escuderos de Filipo i se encabristaba contra los que querian acercársele. Filipo, descontento por esto, ordenó que se lo llevasen, persuadido de que no se podia sacar ningun provecho de un animal tan arisco, al cual no se podria amanzar. "¡Qué animal van a perder! esclamó Alejandro, que estaba presente: por inesperiencia i por timidez no han podido domarlo." Filipo, que lo oia, no dijo nada al principio; pero habiendo repetido Alejandro muchas veces la misma cosa, i habiendo manifestado el pesar que esperimentaba: "Censuras a personas de mas edad que tú, dijo al fin el padre, como si fueses mas hábil que ellos, i sobre todo mas capaz de domar un caballo." —"Sin duda, contestó Alejandro: yo lograria hacerlo mejor que cualquiera otro.—Pero, i si no lo consigues, ¿qué castigo te daré por tu presuncion?"—"Yo pagaré el caballo." Esta respuesta hizo reir a todos, i Filipo convino con su hijo en que aquel que perdiese pagase los trece talentos.

Alejandro se acerca al caballo, toma las riendas, le vuelve la cabeza hácia el sol, porque habia observado que Bucéfalo se espantaba de su propia sombra, que caia delante de él i que seguia todos sus movimientos. Cuando lo vió lanzar resoplidos de cólera, lo acarició suavemente con la voz i con la mano; en seguida, dejando caer su manto en el suelo, se lanza de un salto i se planta encima. Al principio se limita a mantener la brida levantada, sin chicotearlo ni animarlo; pero así que percibe que el caballo ha depuesto su furor i que solo desea correr, baja la mano, suelta toda la rienda, hablándole con voz áspera i golpeándolo con los talones. Filipo i todos los presentes miraban al principio con una inquietud mortal i en un profundo silencio; pero cuando Alejandro volvió la rienda sin embarazo, i cuando lo vieron con la cabeza erguida i orgulloso de su hazaña, todos los espectadores hicieron oir sus aplausos. Por lo que toca al padre, se refiere que vertió lágrimas de gozo; i cuando Alejandro bajó del caballo, lo besó en la frente:—"¡Hijo mio, dijo, busca un reino que sea digno de tí! la Macedonia no corresponde a tu alma."

Filipo, conociendo que Alejandro era de difícil manejo, que resistia siempre a la fuerza, pero que sin gran trabajo se le inducia al deber i a la razon, se empeñó en ganárselo por la persuacion mas bien que en imponerle su voluntad. Llamó a Aristóteles (2), el mas célebre i el mas sabio de los filósofos, i le dió en premio de la educacion de su hijo una lisonjera i honorable recompensa, haciendo reconstruir i repoblar la ciudad de Stajira, que él mismo habia arruinado, i a cuyos habitantes habia sometido a la esclavitud. Parece que Alejandro no se limitó únicamente al estudio de la moral i de la política, sino que tambien se aplicó a ciencias mas secretas i profundas. Creo igualmente que fué Aristóteles quien inspiró a Alejandro, mas que ninguno de sus maestros, el gusto por la medicina; porque éste no se limitó solo a conocer la teoría de esta ciencia, sino que asistia a sus amigos en sus enfermedades i les prescribia cierto réjimen i ciertos remedios, como puede juzgarse por sus cartas.

(1) Mas de 14,000 pesos de nuestra moneda. La palabra *Bucéfalo* significa en griego cabeza de buei o de toro.
(2) V. las *Noc. de hist. lit*, p. 65.

Tenia tambien un gusto natural por la literatura: le gustaba estudiar i leer. Miraba la *Iliada* como una provision para el arte de la guerra. Aristóteles le dió la edicion de este poema que él mismo habia correjido, i se llamó la edicion de la cajita. Alejandro la llevaba siempre consigo, i de noche la ponia debajo de su almohada junto con su espada.

Alejandro manifestó al principio una grande admiracion por Aristóteles. Lo queria quizá mas que a su padre, porque a éste no debia mas que la vida, miéntras que a Aristóteles le debia el poder llevar una vida virtuosa. Mas tarde concibió sospechas por el filósofo; i, sin causarle nunca ningun mal, dejó de darle esas muestras de vivo afecto que hasta entónces le habia prodigado. Pero este cambio de disposicion no desterró de su ánimo esa pasion, ese amor ardiente por la filosofía que habia traido al nacer i que habia crecido a medida que avanzaba en edad.

PLUTARCO (1),
Vida de Alejandro.

VI.

PROSCRIPCIONES DE SILA.

En su marcha a Roma, Sila recibió los heraldos de tres mil hombres que ofrecian rendirse. Prometió perdonarlos a condicion de que ántes de reunírsele, hiciesen a los enemigos un mal considerable. Fiados en su palabra, se arrojaron sobre sus propios camaradas; i por ambas partes hubo una gran matanza. Pero Sila, habiendo reunido a todos los que quedaban de esos tres mil hombres i a otros hasta el número de seis mil, los hizo encerrar en el circo, i convocó al senado en el templo de Belona. En el momento en que Sila comenzaba su discurso, los soldados que habian recibido sus órdenes, comenzaron a matar a esos seis mil prisioneros. Los gritos de tantos infelices que eran degollados a la vez en ese estrecho lugar, se oian a lo léjos; i los senadores fueron sobrecojidos de terror. El continuó, sin embargo, hablando con la misma sangre fria, i suplicó a los senadores que prestasen atencion a su discurso, sin ocuparse de lo que pasaba afuera. "Esos, dijo, son algunos malvados a quienes hago correjir."

Desde que Sila comenzó a hacer correr la sangre, las matanzas no tuvieron freno ni medida. Muchos ciudadanos fueron víctimas de odios particulares, que no tenian nada que ver con Sila: éste los sacrificaba para satisfacer los resentimientos de sus amigos, a quienes queria tener contentos. Un jóven llamado Cayo Metelo se atrevió a preguntarle en pleno senado cuál seria el término de tantos males, i hasta dónde pensaba llegar, a fin de que se supiese a lo ménos cuándo no habria nada que temer. "Lo que te pedimos no es el perdon de las personas que tú has destinado a la muerte sino que saques de la incertidumbre a aque-

(1) V. las *Noc. de hist lit.*, p. 81.

llos cuya salvacion tienes resuelta." Habiendo contestado Sila que no sabia aun a quiénes dejaria vivir: "Pues bien, repuso Metelo, declara cuales son aquellos a quienes quieres castigar"—"Así lo haré," respondió Sila.

Poco tiempo despues, Sila proscribió ochenta ciudadanos sin haber comunicado nada a ninguno de los majistrados. Como viese que la indignacion era jeneral, dejó pasar un dia, i entónces proscribió doscientos veinte, i al dia siguiente un número igual. Habiendo en seguida arengado al pueblo, dijo que habia proscripto a todos aquellos de quienes se habia acordado; i que a aquellos a quienes habia olvidado, los proscribiria a medida que se presentasen a su memoria. Proscribia a aquellos que habian dado asilo o facilitado la salvacion de un proscripto, castigando con la muerte este acto de humanidad, sin esceptuar un hermano, un hijo o un padre. El asesino recibia dos talentos como salario del homicidio, aunque fuese un esclavo que habia muerto a su amo o un hijo a su padre. Pero, lo que parece el colmo de la injusticia, es que puso la nota de infamia sobre los hijos i los nietos de los proscriptos, i que confiscó sus bienes.

Las proscripciones no se limitaron únicamente a Roma: se hicieron estensivas a todas las ciudades de Italia. Ni el templo de los dioses, ni los penates hospitalarios, ni la casa paterna quedaron puros en aquellas matanzas. Los maridos eran degollados en el seno de sus mujeres, los hijos en los brazos de sus madres: i el número de las víctimas sacrificadas a la cólera o al odio, no igualaba, ni con mucho, al número de aquellos a quienes hacian degollar sus riquezas. Los mismos asesinos podian decir: "A éste lo ha hecho perecer su hermosa casa de campo; a aquél su jardin; a este otro sus aguas termales." Quinto Aurelio, hombre que no se mezclaba en nada i que no tenia otra parte en las desgracias públicas que su compasion por las desgracias de otros, fué al Foro, se puso a leer los nombres de los proscriptos i en encontró el suyo propio. "¡Cuán desgraciado soi! esclamó; mis propiedades de Alba me han hecho perecer." Apenas hubo dado algunos pasos, cuando un hombre corrió en su persecucion i lo degolló.

Sin embargo, Mario el jóven, viéndose en peligro de ser tomado, se dió la muerte. Sila entró a Prenesta, e hizo juzgar inmediamente a cada uno de los habitantes en particular: en seguida, como si estas formalidades le hicieran perder mucho tiempo, los reunió en maza en el mismo lugar, en número de doce mil, i los hizo pasar a filo de espada. No queria perdonar la vida mas que al hombre en cuya casa estaba hospedado; pero este hombre, con una admirable grandeza de alma, declaró que no queria deber la vida el verdugo de su patria; se arrojó voluntariamente en medio de sus conciudadanos, i fué muerto como ellos.

Pero la accion que mas irritó los ánimos fué una de que Lucio Catilina dió el ejemplo. Antes que la guerra estuviese terminada, él habia muerto con su propia mano a su hermano; i cuando Sila hubo comenzado sus proscripciones, le suplicó pusiera a su hermano en el número de los proscriptos, como si estuviese vivo; i Sila accedió a esta exijencia. Catilina en reconocimiento de este servició, mató a un tal Marco Mario, hombre de la faccion contraria, cuya cabeza presentó a Sila miéntras se hallaba en su tribunal en la plaza pública. Despues de esto, el asesino fué friamente a lavarse las manos en una taza de

agua lustral (1) que estaba allí cerca, en la puerta del templo de Apolo.

A las degollaciones vinieron a unirse otras calamidades para los romanos. Sila se proclamó por sí mismo dictador, i restableció en su favor una institucion que no existia en Roma desde ciento veinte años atras. Se hizo conceder una absolucion completa por todos los hechos pasados; i para el porvenir, el derecho de vida i muerte, el poder de confiscar los bienes, de repartir las tierras, de construir i de destruir las ciudades, de quitar i de dar las provincias a su antojo.

PLUTARCO,
Vida de Sila.

VII.

MUERTE DE TIBERIO *(año 37 de J. C.)*.

El cuerpo i el ánimo de Tiberio se sentian desfallecer, pero no su disimulo. Notábase en él la misma inflexibilidad de alma, el mismo cuidado en sus palabras i en sus miradas, mezclado estudiosamente con modales afables, vano disfraz de una visible decadencia. Despues de haber cambiado muchas veces de habitacion, se estableció por fin cerca del promontorio de Misenas, en una casa que en otro tiempo habia pertenecido a Lúculo. Allí fué donde supo que se acercaban sus últimos momentos. Tenia a su lado a un médico mui hábil llamado Carícles, que sin curarlo habitualmente, le daba sin embargo sus consejos. Al separarse éste del emperador bajo pretesto de atender sus negocios particulares, le tomó la mano para besarla en señal de respeto, i le tocó lijeramente el pulso. Tiberio lo adivinó todo; i talvez ofendido i no pudiendo ocultar mejor su cólera, hizo recomenzar la comida de que acababa de retirarse i la prolongó mas que de costumbre, como para honrar la partida de un amigo. El médico aseguró, sin embargo, a Macron que la vida se estinguia i que Tiberio no pasaria dos dias mas. Inmediatamente se puso todo en movimiento, celebráronse conferencias en la corte, i se despacharon correos a los ejércitos i a los jenerales. El dia 17, ántes de las calendas de abril, Tiberio tuvo una fatiga, i se creyó que era llegado el término de sus dias. Cayo Calígula salia del palacio en medio de las felicitaciones para tomar posesion del imperio, cuando se anuncia de repente que el príncipe ha recobrado la vista i la palabra, i que pide alimento para reponerse de la debilidad. Esto dió oríjen a una consternacion: todos se dispersaban de carrera: cada cual tomaba un aire de tristeza o de ignorancia. Cayo estaba mudo i en suspenso, como el hombre que de tan alta esperanza cae en la espectativa de las mayores desgracias. Macron, el único que conserva su intrepidez, hace sofocar al

(1) El agua lustral era agua comun colocada en una gran taza en la puerta de los templos. En ella se apagaba un tizon ardiente sacado del hogar de los sacrificios. Era el agua bendita de los paganos.

anciano bajo un monton de frazadas, i manda que todos se alejen. Así acabó su vida Tiberio, a los 78 años de edad.

Era hijo de Tiberio Neron, i por dos lados descendia de la familia Claudia, aunque su madre hubiese pasado por adopcion a la familia de los Livio i en seguida a la de los Julio. Desde la cuna esperimentó los caprichos de la suerte. Del destierro, adonde lo habia llevado la proscripcion de su padre, pasó, como entenado de Augusto, al palacio imperial. Allí, numerosos competidores lo desesperaron miéntras duró el poder de Marcelo, de Agripa, i en seguida de los Césares, Cayo i Lucio. Tuvo tambien en su hermano Druso un rival lleno de popularidad... (1). Libre de esos rivales, llenó durante doce años el vacío que la muerte habia formado en el palacio de Augusto, i por último gobernó solo el imperio romano durante veintitres años. Sus costumbres fueron tambien diversas en las diferentes épocas de su carrera: honorable en su vida i en su reputacion miéntras fué hombre privado, i miéntras tomó parte en el gobierno bajo el reinado de Augusto; hipócrita i artificioso para finjir la virtud, miéntras vivieron Druso (su hermano) i Germánico (su sobrino); mezcla de bien i de mal hasta la muerte de su madre; monstruo de crueldad, pero ocultando la relajacion de sus costumbres miéntras quiso o temió a Sejano; se precipitó enteramente en el crímen i en la infamia, cuando libre de toda vergüenza i de todo temor, no siguió mas que las inclinaciones de su naturaleza.

TÁCITO (2),
Anales.

VIII.

ENVENENAMIENTO DE BRITÁNICO *(año 55 de J. C.)*.

Era costumbre en Roma que los hijos de los príncipes comiesen sentados con los otros nobles de su edad, delante de sus padres, pero en una mesa separada i mas frugal. Británico estaba en una de esas mesas. Como no comia ni bebia nada que no hubiese sido probado por un esclavo de confianza, i como no se queria ni quebrantar esta costumbre, ni ejecutar el crímen con dos muertes a la vez, imajinaron el siguiente artificio. Se sirvió a Británico un brevaje inocente i que acababa de probar un esclavo; pero ese líquido estaba mui caliente i no lo pudo beber. Trajeron agua para enfriarlo, i con ella le sirvieron un veneno que circuló tan rápidamente en sus venas que le quitó en poco rato la corona i la vida. Todos los circunstantes se perturbaron: los ménos prudentes hu-

(1) Tiberio era hijo de Livia, la cual se divorció con su marido Claudio Neron para casarse con Augusto. La existencia de otros príncipes de la familia imperial era un obstáculo insubsanable a las ambiciones de Livia i de Tiberio. Todos ellos, sin embargo, desaparecieron uno en pos de otro, i al fin Augusto lo adoptó casi a su pesar. La historia atribuye la muerte de algunos de sus príncipes a la ambiciosa Livia.

(2) V. sobre Tácito las *Noc. de hist. lit.*, p. 134. Este pasaje es considerado uno de los mas hermosos del célebre historiador del imperio romano.

yen; los que estaban dotados de mayor penetracion permanecen inmóviles con los ojos fijos en Neron. El emperador, recostado sobre su lecho (1), i finjiendo no saber nada, dijo que ese era un acontecimiento ordinario, causado por la epilépsis de que sufria Británico desde su niñez, i que poco a poco recobraria la vista i los otros sentidos. Agripina trataba en vano de conservar su serenidad: el espanto i la turbacion de su alma aparecieron tan visiblemente que se la creyó tan estraña a este crímen como lo era Octavia, hermana de Británico; i en efecto, ella veia en esta muerte la caida de su último apoyo i el ejemplo del parricidio. Octavia, tambien, aunque en una edad juvenil todavía, habia aprendido a ocultar su dolor, su ternura, i todos los movimientos de su alma. Así fué que despues de un momento de silencio, recomenzó la alegría del festin.

TÁCITO,
Anales.

IX.

MUERTE DE NERON *(año 68 de J. C.).*

El mundo, despues de haber soportado cerca de catorce años a este príncipe, se hizo al fin justicia. Julio Víndex, que mandaba entónces en las Galias como propretor, dió la señal sublevando esta provincia. Algunos astrólogos habian predicho en otro tiempo a Neron que un dia seria desposeido del mando, lo que le habia hecho proferir estas célebres palabras:—*El artista vive en todas partes.* En Nápoles supo la sublevacion de las Galias el mismo dia que habia dado muerte a su madre. Recibió esta noticia con tanta indiferencia i tranquilidad, que se sospechó que veia con placer la ocasion que se le presentaba para despojar, por derecho de guerra, las mas ricas provincias del imperio... Turbado al fin por las frecuentes e injuriosas proclamas de Víndex, escribió al senado exortándolo a vengar al emperador i a la república; i se escusó con una enfermedad a la garganta por no ir en persona. Pero en estos manifiestos, nada lo ofendió tanto como el verse llamar mal cantor... i andaba preguntando a todo el mundo si se conocia un artista mas grande que él.

Su primer cuidado, al preparar su espedicion contra los rebeldes, fué el elejir algunos carros para transportar sus instrumentos de música... Sin embargo, circuló el rumor de que los otros ejércitos se habian rebelado. Neron rompió lleno de furia las cartas que le presentaron durante la comida; echó por tierra la mesa, rompió contra el suelo dos jarrones que estimaba mucho, se hizo dar un poco de veneno que guardó en una cajita de oro, i pasó a los jardines de Servilio. Allí, miéntras los mas pérfidos de sus libertos iban por su órden a Ostia a hacer preparar las naves, él quiso comprometer a los tribunos i a los centuriones del pretorio a acompañarlo en su fuga. Pero unos se escusaron i otros se negaron resueltamente. Uno de ellos se atrevió a decir en voz alta: "¿Es acaso

(1) Se sabe que los romanos comian recostados en una cama, a la altura de la mesa.

una desgracia tan grande dejar de vivir?" Concibió entónces diferentes proyectos, tales como refujiarse entre los partos, ir a arrojarse a los piés de Galba, o presentarse en público, i en la tribuna, con traje de duelo para pedir allí con el tono mas lastimoso que pudiera tomar, que se le perdonase lo pasado, o a lo ménos, si los corazones permanecian insensibles, que se le concediese la prefectura del Ejipto. En efecto, se encontró entre sus papeles el discurso que habia preparado con este objeto; i el único motivo que, segun se dice, le impidió pronunciarlo fué el temor de ser despedazado ántes de llegar al Foro. Aguardó el dia siguiente para tomar una resolucion; pero habiendo despertado a media noche, supo que sus guardias lo habian abandonado. Saltó de su cama i mandó llamar a todos sus amigos: no recibiendo ninguna respuesta, salió seguido de mui poca jente a pedir un asilo a alguno de ellos. Todas las puertas estaban cerradas: nadie le respondió. Entónces volvió a su cuarto: los centinelas habian tomado la fuga llevándose hasta las frazadas i la cajita de oro donde guardaba el veneno. Llamó al gladiador Siculo o a cualquiera otro para que le diera la muerte. No encontrando a nadie que quisiera matarlo: "¿Acaso no tengo, decia, amigos ni enemigos?" I corrió a arrojare al Tíber.

Se detuvo, sin embargo, i parecia buscar un asilo para acojerse. Faon, su liberto, le ofreció su casa de campo, situada a cuatro millas de Roma. Montó a caballo, vestido con una túnica i con los piés desnudos, como se encontraba; se envolvió en un manto viejo todo agujereado. Tenia la cabeza cubierta, un pañuelo en la cara i por todo séquito cuatro personas. De repente, sintió temblar la tierra, vió brillar un relámpago i se sintió sobrecojido de espanto. Al pasar cerca de un campamento de los pretorianos, oyó los gritos de los soldados que proferian imprecaciones en contra suya i votos en favor de Galba. Un transeunte dijo al percibir la pequeña comitiva: "Esas son jentes que persiguen a Neron." Otro preguntó: "¿Qué hai de nuevo en Roma respecto de Neron?" La fetidez de un cadáver abandonado en el camino hizo retroceder su caballo; i habiéndosele caido el pañuelo con que se cubria la cara, un antiguo pretoriano reconoció a Neron i lo saludó por su nombre. Cuando llegó a un camino trasversal, devolvió sus caballos, i pasando por entre espinas i zarzas, tomó un sendero cubierto de cañas por donde no podia caminar sino haciendo estender los vestidos bajo sus piés, i llegó no sin gran trabajo detras de las paredes de la casa que buscaba. Allí, Faon le aconsejó que entrara un rato a un subterráneo, de donde acababan de sacar arena. Neron contestó "que no queria enterrarse vivo;" i habiéndose demorado para esperar que se trabajase una entrada secreta, tomó en lo hueco de su mano el agua de un pantano, i ántes de beber, dijo: "¡Hé aquí el refresco de Neron!" Púsose en seguida a sacar las espinas que se habian enredado en su manto, despues entró en cuatro piés por el agujero abierto en la pared, hasta la pieza mas inmediata. Allí se acostó sobre un mal colchon, cubierto con una frazada vieja. El hambre i la sed lo atormentaban de tiempo en tiempo: se le dió un pan ordinario, que rechazó, i agua tibia que no quiso beber.

Todos los que estaban a su lado lo instaban para que se sustrajese cuanto ántes o los ultrajes de que se veia amenazado. Ordenó que se abriese delante de él una fosa, a la medida de su cuerpo, que la rodeasen con algunos pedazos de mármol, si se encontraban, i que trajesen de

allí cerca agua i leña. para hacer los últimos honores a su cadáver. Neron se ponia a llorar despues de cada órden que daba, i repetia sin cesar: "¡Qué muerte para tan grande artista!" Miéntras se hacian estos preparativos, un correo vino a entregarle una carta de Faon: Neron se precipitó sobre ella, i leyó que "el senado lo habia declarado enemigo de la patria i lo hacia buscar para castigarlo segun las antiguas leyes." Preguntó cual era este suplicio: se le dijo que consistia en desnudar al criminal, en apretarle el cuello en una horquilla i en azotarlo hasta que muriese. Espantado, tomó dos puñales que habia llevado consigo, probó sus puntas i volvió a guardarlos en las vainas, diciendo que "todavía no habia llegado la hora fatal." Tan luego exortaba a unos a que se lamentasen i llorasen, como pedia a otros que se matasen para darle con su ejemplo el valor de morir. A veces, tambien, se reprochaba su cobardía, diciendo: "Llevo una vida vergonzosa i miserable;" i añadia en griego: "Esto no conviene a Neron; nó, no le conviene: es menester tomar un partido en tales momentos: vamos, despierta." Ya se acercaban los jinetes que tenian órden de tomarlo vivo. Cuando los sintió, pronunció temblando este verso griego: "Oigo el paso rápido de los corceles bufadores;" e inmediatamente se clavó el acero en la garganta, ayudado por su secretario Epafrodita. Respiraba aun, cuando entró un centurion que quiso vendarle la herida, finjiendo haber venido para socorrerlo. Neron le dijo: "Es demasiado tarde;" i luego añadió: "¡Esta sí que es fidelidad!" Pronunciando estas palabras, espiró con los ojos abiertos i fijos, i convertido en un objeto de espanto i de terror para los que lo miraban. Habia recomendado con las mas repetidas instancias a sus compañeros de fuga que no abandonasen su cabeza en poder de nadie, i que lo quemasen todo entero, de cualquiera manera que fuese. Este permiso fué concedido por Icelo, liberto de Galba, que acababa de salir de la cárcel, donde Neron lo habia arrojado desde el principio de la insurreccion.

SUETONIO (1),
Vida de los doce Césares, Neron.

X.

ERUPCION DEL VESUBIO: MUERTE DE PLINIO: DESTRUCCION DE HERCULANO I DE POMPEYA *(año 79 de J. C).*

Con el fin de trasmitir mas fielmente los hechos a la posteridad, me pides detalles sobre la muerte de mi tio. Te doi mil gracias, pues no

(1) V. las *Nociones de hist. lit.*, p. 136. Este fragmento del historiador de los primeros Césares, justamente recomendado por los críticos, merece ser analizado detenidamente. El conjunto de circunstancias que el autor ha agrupado con tanto arte, nos dan a conocer por completo i con todo su colorido. el cuadro de la muerte vergonzosa de un tirano atroz e insensato. En este cuadro, por otra parte, se puede observar el efecto del artificio que hemos denominado patético indirecto. Suetonio, limitándose a referir los hechos en toda su sencillez, sin afectar arranques de pasion, sin declamaciones ni consideraciones de ningun jénero, consigue ajitar los sentimientos del lector, hacer odioso i despreciable al tirano i hacernos asistir, por decirlo así, a su fin.

dudo de que una gloria imperecedera coronará sus postreros instantes si tú trazas su historia. Por mas que haya perecido en un desastre que ha asolado la mas encantadora comarca del universo; por mas que haya sucumbido con pueblos i ciudades enteras, víctima de una catástrofe que debe eternizar su memoria; por mas que por sí mismo haya elevado tantos i tan duraderos monumentos de su jenio; la inmortalidad de tus obras añadirá mucho a la de su nombre. ¡Dichosos los hombres que han recibido el don de hacer cosas dignas de ser escritas, o de escribirlas tales que sean dignas de ser leidas! ¡Mas dichosos todavía aquellos a quienes los dioses han otorgado esta doble ventaja! Por tus escritos i los suyos, mi tio ocupará su lugar entre estos últimos. Emprenderé, pues, mui gustoso la tarea que me impones, o, por mejor decir, la reclamo.

Hallábase en Misena i a la cabeza de la flota, cuando, a la una de la tarde, poco mas o ménos, del 23 de agosto, mi madre le advirtió que se veia una nube estraordinaria por su tamaño i forma. Inmediatamente despues de haber tomado su baño de agua fria, habíase echado sobre su lecho, donde se entregaba al estudio despues de haber gozado de su ordinario reposo. En el acto se levanta, i sube en seguida a un sitio desde el cual podia observar fácilmente este prodijio. El nubarron se estendia en el aire sin que a tan gran distancia pudiera distinguirse de qué montaña habia salido, si bien el acontecimiento hizo conocer poco despues que era del monte Vesubio (1): su forma se asemejaba a la de un árbol, i particularmente a la de un pino; pues elevándose hácia el cielo cual un inmenso tronco, su cabeza se estendia en ramaje. Imajina que un viento subterráneo impelia desde luego este vapor con ímpetu, i que la nube se esparcia despues ampliando su superficie, sea porque la accion del viento cesaba de ser sensible a cierta altura, sea porque los vapores de la nube tendian a descendér achatándose por su propio peso. La nube parecia ora blanca, ora negruzca, ora de diversos colores, segun se hallaba mas cargada de cenizas o de tierra.

Celoso siempre por la ciencia, i lleno de sorpresa ante este portento, mi tio quiso examinarlo desde mas cerca, con cuyo objeto hizó llevar un barco lijero, dejándome en libertad de seguirle; pero respondíle que preferia estudiar, pues casualmente me habia dado algo que escribir. Ya salia de su morada, cuando recibió una misiva de Rectina, esposa de Desio Basio, la cual, aterrorizada por la inminencia del peligro (pues hallándose situada su casa al pié del Vesubio, solo por el mar podia escaparse), le suplicaba que acudiera en su socorro. Variando de objeto entónces, i continuando por abnegacion i con heroico arrojo lo que solamente habia comenzado por mero deseo de instruirse, mi tio hace preparar algunos cuadriremos (2) para ir en socorro de Rectina i de otras muchas personas que habian fijado su habitacion en aquel lugar seductor; i subiendo

(1) El famoso jeógrafo griego, Strabon, que vivia en el primer siglo ántes de J. C., por tanto mucho ántes de la erupcion que hizo tan famoso al Vesubio, describe así este monte: "Estas localidades (Herculano i Pompeya) están dominadas por el monte Vesubio, al cual circundan fértiles campiñas por todos lados, esceptuándose su cumbre, cuya mayor parte presenta una superficie plana, completamente estéril i semejante a un monton de cenizas. En medio de peñascos de color sombrío i que parecen haber sido calcinados por el fuego, se divisan capas i bancos llenos de quebraduras. Diríase que estos sitios han ardido en otro tiempo, i que encierran en su seno cráteres, en los cuales se ha apagado el incendio por falta de alimento."

(2) Barcos, o mas exactamente galeras de cuatro pares de remos.

él mismo a bordo de uno de ellos, diríjese rápidamente hácia esas localidades de las cuales todo el mundo huye: mi tio va en derechura al peligro; i esto con tal despreocupacion de temor i tan perfecta serenidad de espíritu, que dictaba la descripcion de los diversos accidentes i variables escenas que el prodijio presentaba a sus miradas.

Ya sobre sus naves caia una ceniza cada vez mas caliente, a medida que éstas iban acercándose; ya en derredor suyo caian calcinadas piedras i guijarros absolutamente negros, partidos en mil pedazos por la violencia del fuego. Súbitamente bajaban las aguas, el mar no tenia ya profundidad, i las amontonadas piedras que cubrian la orilla, la hacian inaccesible. Como su piloto le instigara a volver, mi tio titubeó un momento; mas luego le dijo: "La fortuna favorece el valor; conducidnos a la morada de Pomponiano." Hallábase Pomponiano en Estabias, al otro lado de un pequeño golfo formado por una insensible ondulacion de la orilla, a donde en presencia del peligro que incesantemente se acercaba, aunque todavía se hallaba lejano, habia hecho trasportar por medio de bajeles todos sus muebles, i solamente esperaba para alejarse a que el viento fuera ménos contrario. Favorecido por este mismo viento, mi tio consigue atracar i desembarcar en dicho punto; i dirijiéndose en seguida a la morada de Pomponiano, lo abraza, calma su ajitacion, lo tranquiliza, lo anima, i se hace llevar al baño para disipar por su seguridad el temor de su amigo. Despues del baño, se sienta a la mesa i come con buen humor, o, lo que no supone ménos fuerza de ánimo, con todas las apariencias del buen humor.

Sin embargo, veíanse brillar en muchos puntos del monte Vesubio anchas llamas i un vasto i violento incendio, cuyo resplandor aumentaban las tinieblas. Para tranquilizar a los que lo acompañaban, decíales mi tio que eran unas casas de campo entregadas al fuego por algunos campesinos amedrentados. En seguida se acostó i durmió realmente con un profundo sueño, puesto que desde la puerta se oia el ruido de su respiracion. Empero, el patio por el cual se entraba en su habitacion empezaba a llenarse de cenizas i piedras, i hubiérale sido imposible salir por poco que en ella prolongase su permanencia. Lo despiertan; sale, va a reunirse con Pomponiano i los demas que habian permanecido en vela, i todos en consejo deliberan sobre si se encerrarán en la casa o si errarán por la campiña; pues tales eran los sacudimientos que los sucesivos i violentos temblores de tierra imprimian a las casas, que éstas parecian arrancadas de sus cimientos, empujadas tan pronto en un sentido como en otro, reinstaladas despues en su sitio; por otro lado, fuera de la ciudad era de temer la caida de las piedras, por mas que éstas fueran lijeras hallándose desecadas por el fuego. Entre estos peligros optóse por el segundo: en concepto de mi tio, la razon mas considerable prevaleció sobre la mas débil; en concepto de los que le rodeaban, un temor dominó a otro temor. Decididos a partir, cada cual aplica al rededor de su cabeza unas almohadas o manera de broqueles contra las piedras que caian.

A lo léjos, el dia comenzaba a aparecer; pero en derredor de ellos reinaba la mas sombría de las noches, alumbrada no obstante por fuegos de todo jénero. Decidióse a aproximarse a la orilla para examinar si el mar permitia hacer alguna tentativa, pero éste continuó removido i contrario. Allí, mi tio se echó sobre un paño estendido i pidió agua fria, de la cual bebió dos veces. Mui luego, llamas i un olor de azufre que

anunciaba la aproximacion de éstas, pusieron en fuga a todo el mundo, i forzaron a alejarse a mi tio. Levántase aprisa apoyado en dos esclavos jóvenes, i en el mismo instante cae muerto. Creo que este espeso humo paralizó su respiracion i le sofocó, pues mi tio tenia naturalmente el pecho débil, estrecho i frecuentemente jadeante u oprimido. Cuando la luz volvió a reaparecer (tres dias despues del último que habia brillado para mi tio) hallóse en el mismo sitio su cuerpo entero i sin heridas: nada habia sido alterado en el estado de su traje, i, mas bien que de la muerte, su posicion i aspecto eran los del sueño.

Durante este tiempo, mi madre i yo estábamos en Misena. Desde dias atras se habian hecho sentir algunos temblores; en esa noche fueron mas violentos. Mi madre entró a buscarme en los momentos en que me levantaba para despertarla. Eran las siete de la mañaua, i sin embargo, no se dejaba ver mas que una luz débil, como una especie de crepúsculo. Entónces los edificios fueron sacudidos por remezones tan violentos que no habia la menor seguridad en quedar allí, ni aun a descubierto. Tomamos la resolucion de abandonar la ciudad: el pueblo espantado nos seguia en tumulto, nos estrechaba, nos empujaba. Despues que salimos de la ciudad, nos detuvimos un instante; i allí nos aguardaban nuevos prodijios i nuevos terrores. Los carros que llevábamos estaban tan violentamente sacudidos que no podiamos mantenerlos en un lugar ni aun apoyándolos con piedras grandes. El mar parecia vaciarse sobre su centro, como si fuese arrojado de la ribera por la conmocion de la tierra. La orilla, mucho mas espaciosa ahora, estaba cubierta de peces que habian quedado en seco en la arena. En el lado opuesto, se abria una nube negra i horrible, cruzada por fuegos que serpenteaban, i dejaba escapar largos destellos, parecidos a los relámpagos, pero mucho mas grandes. Casi inmediatamente, la nube cae a tierra, cubre el mar, oculta a nuestra vista la isla de Caprea i no nos deja ver el promontorio de Misena. La ceniza comenzaba a caer sobre nosotros, aunque en pequeña cantidad. Vuelvo la cabeza, i percibo detras una espesa humareda que nos seguia, estendiéndose por la tierra como un torrente. Todavía podiamos ver algo. Temiendo que nos oprimiera la muchedumbre de los fujitivos, invité a mi madre para que nos hiciéramos a un lado del camino. Apénas nos habiamos apartado de él, cuando las tinieblas aumentaron tanto que creiamos estar, no en una de esas noches oscuras i sin luna, sino en un cuarto en que todas las luces han sido apagadas. Tú no habrias oido mas que las lamentaciones de las mujeres, los jemidos de los niños, los gritos de los hombres. Uno llamaba a su padre, otro a su hijo, otro a su mujer; i todos ellos no se reconocian sino por la voz. Aquel deploraba su desgracia; éste la de sus parientes. Encontrábanse algunos a quienes el temor de la muerte los hacia invocar la muerte misma. Muchos imploraban el socorro de los dioses: otros creian que no habia socorro posible, i pensaban que aquella era la última i eterna noche en que el universo seria sepultado. Apareció una luz que nos anunciaba, no la vuelta del dia, sino la aproximacion del fuego que nos amenazaba: se detuvo, sin embargo, léjos de nosotros. La oscuridad vuelve, i recomienza la lluvia de cenizas, mas fuerte i mas espesa. Nos veiamos obligados a detenernos de tiempo en tiempo para sacudir nuestros vestidos. A mí me sostenia la idea poco racional, es verdad, de que todo el universo desaparecia conmigo. En fin, este vapor negro i espeso se di-

sipó poco a poco, i se perdió completamente como una humareda o como una nube. Poco mas tarde, se dejó ver la luz del dia i aun el sol; pero este astro estaba amarillento, como se ve en un eclipse. Todo apareció cambiado a nuestra vista: no encontrábamos nada que no estuviese oculto bajo montones de cenizas, como bajo la nieve. Todos volvieron a Misena. Cada cual se estableció como pudo, i pasamos la noche entre el temor i la esperanza. Los temblores de tierra continuaban. No se veian mas que personas aterrorizadas, conservar su miedo i el de los otros con siniestras predicciones (1).

Solo algunos dias despues se conoció la causa de aquel cataclismo, i los estragos que causó. La erupcion duró tres dias. Al fin de este incendio, cuyas cenizas fueron a caer hasta el Ejipto i la Siria, se observó que toda la costa vecina habia cambiado de forma; que montañas de piedras i de ceniza ocupaban el lugar en que se levantaban las ciudades de Stabia, Pompeya, Oplonta, Resina i Herculano.

XI.

TOMA I SAQUEO DE ROMA POR LOS IMPERIALES (1527).

El condestable de Borbon acampó el 5 de mayo en los alrededores de Roma, i segun la costumbre de los caballeros, envió al papa un corneta para pedirle le permitiera pasar su ejército por la ciudad para llevarlo al reino de Nápoles. El dia siguiente al amanecer, dió un violento asalto al Borgo (arrabal de Roma) por el lado de la montaña i de la iglesia del Espíritu Santo, resuelto a vencer o morir. Una espesa neblina que se levantó durante la noche, favoreció la aproximacion de sus tropas. Al principio del combate, creyendo que los alemanes no obraban con bastante vigor, fué a combatir a su cabeza i cayó muerto por una bala de arcabuz. Pero este accidente, léjos de entibiar el valor de los soldados, no sirvió mas que para animarlos mas; i despues de haber combatido con mucha furia durante dos horas, penetraron al fin en el Borgo. Como siempre es mui difícil forzar las plazas sin cañones, perdieron cerca de mil soldados en el asalto. No solo la debilidad de las trincheras, sino tambien la mala defensa de las tropas favorecieron su valor, prueba evidente de la diferencia que existe entre las tropas aguerridas i una muchedumbre amontonada de carrera. Tan pronto como los imperiales se hubieron abierto paso, cada cual de ellos se dispersó en la ciudad: los arrabales quedaron a merced de los vencedores. El papa (Clemente VII), que esperaba en el Vaticano el resultado del asalto, se retiró con muchos

(1) Toda esta relacion está estractada de dos cartas de Plinio el jóven al historiador romano Tácito, que le pedia noticias de aquella catástrofe para consignarlas en su historia. Son la 16 i la 20 del libro VI de la compilacion de cartas de J. Plinio. Véanse sobre éste las *Nociones de hist. lit.*, p. 145. En las pájs. 134 i 139 se hallarán noticias acerca de Tácito i de Plinio el antiguo.

cardenales al castillo de Santo Anjelo, cuando supo que el Borgo habia sido tomado. Deliberó si quedaria allí o si, atravesando la ciudad con su caballería lijera, se retiraria a un lugar mas seguro. Pero estaba destinado a ser un ejemplo manifiesto de que los soberanos pontífices no estan ménos espuestos a la adversidad que los otros hombres, si bien no es fácil destruir el respeto que inspira la majestad de su rango. Berardo de Padua, que servia en el ejército imperial, se presentó al papa para comunicarle la muerte del duque de Borbon: le dijo que las tropas, consternadas por su pérdida, estaban mui dispuestas a tratar. Clemente envió en el acto parlamentarios cerca de sus jefes, i dejando perder un tiempo favorable para ponerse en salvo, no tomó mas prudentes medidas para la defensa de la ciudad.

Los imperiales se hicieron en breve dueños de Transtevera sin hallar ninguna resistencia, i penetraron en Roma por el puente Sixto a las cinco de la tarde. Exepto los gibelinos (1) i algunos cardenales conocidos por su adhesion al emperador, i que por esto mismo se lisonjeaban con la esperanza de ser tratados mas favorablemente que los otros, todo el mundo estaba en fuga i la confusion reinaba en todas partes, como sucede siempre en tales circunstancias. Entónces los soldados se esparcieron tumultuosamente en la ciudad, i saquearon por todos lados sin distincion de amigos o de enemigos i sin ningun respeto por la dignidad de los prelados. Ni aun las iglesias, monasterios, las mas célebres reliquias ni las cosas sagradas, estuvieron a cubierto contra la avaricia de los soldados. En fin, no es posible describir, ni siquiera imajinar la desolacion de esta ciudad, que parece destinada a pasar alternativamente de la mayor grandeza a las mas terribles calamidades.

El botin fué inmenso por la prodijiosa cantidad de riquezas i de preciosidades acumuladas desde largo tiempo atras en los palacios de los grandes i en los almacenes de los comerciantes, i por el número i la calidad de los prisioneros, de los cuales se sacaron enormes rescates. Pero el colmo de la miseria fué que los soldados, i particularmente los alemanes, cuya aversion por la iglesia romana los hacia mas furiosos, tomaron a muchos prelados, i despues de haberlos vestido con sus ornamentos de ceremonias, los hicieron montar en asnos, i los pusieron indignamente a la espectacion de toda la ciudad.

Muchas personas perecieron en los tormentos, o fueron tan cruelmente maltratadas que murieron pocos dias mas tarde, despues de haber pagado su rescate. Cerca de cuatro mil hombres fueron muertos en el ataque o en el furor del pillaje. Todos los palacios de los cardenales i de otros señores fueron saqueados, con escepcion, sin embargo, de algunos donde los comerciantes habian colocado sus efectos, i que fueron respetados mediante grandes sumas de dinero. Aun sucedió que muchos que habian hecho estipulaciones sobre el particular con los españoles,

(1) Las palabras güelfos i jibelinos son de orijen aleman i designaron dos partidos que en el siglo XII, despues de la muerte de Lotario II, se disputaron la corona imperial. Trasportadas a Italia, estas denominaciones significaron, la primera los partidarios de la independencia italiana, i por consecuencia de los papas que la defendian; i la otra, los parciales de los emperadores de la casa de Suabia que pretendian avasallar a la Italia. En fin, en el seno mismo de las ciudades italianas, en los siglos XIII i XIV, los jibelinos eran los partidarios de la aristocracia o de una autoridad cualquiera, miéntras que los güelfos eran los sostenedores de la democracia, de la libertad hasta en los excesos.

fueron saqueados por los alemanes, o fueron obligados a entregar a éstos otra cantidad de dinero para sustraerse al saqueo. La marquesa de Mantua pagó 50,000 ducados para garantizar su palacio contra la avaricia del soldado. Los comerciantes que se refujiaron en su casa le suministraron esta suma: i en Roma circuló el rumor de que su propio hijo don Fernando, habia tenido la quinta parte del rescate. El cardenal de Siena, adicto en todo tiempo al emperador, a ejemplo de sus antepasados, fué hecho prisionero por los alemanes, que saquearon su palacio, aunque este cardenal habia tratado con los españoles para evitar esta desgracia: condujéronlo al Borgo con la cabeza descubierta, agobiándolo a golpes; i no se desprendió de sus manos sino dándoles 5,000 ducados. Los cardenales de la Minerva i Ponzetta sufrieron poco mas o ménos los mismos tratamientos. Pagaron su rescate a los alemanes; pero esto no impidió que fuesen paseados ignominiosamente por esos furiosos. Los cardenales i prelados españoles i alemanes, que no esperaban ser insultados por sus compatriotas, fueron aprehendidos i tratados tan cruelmente como los otros.

Por todas partes se veian personas a quienes se atormentaba con la última barbarie para arrancarles el dinero o para obligarlos a descubrir donde habian ocultado sus riquezas. Todas las cosas sagradas i las reliquias de que estaban atestadas las iglesias, fueron pisoteadas, despues de haber sido despojadas de sus adornos; i la barbarie alemana añadió las blasfemias i los ultrajes sin número a estos sacrilejios. Se dijo entónces que el botin de los soldados, en oro, plata i piedras preciosas, montaba a mas de un millon de ducados, (1) i el valor de los rescates exedió con mucho esta suma.

Guiciardini (2).
Historia de Italia, lib. XVIII, cap. 3.

XII.

DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR POR BALBOA (1513).

La lengua de tierra que divide las dos Américas no tiene en su mayor anchura arriba de diez i ocho leguas, i en algunos parajes se estrecha hasta solo siete. I aunque desde el puerto de Careta hasta el punto a que se dirijian los españoles no haya a lo sumo mas que seis dias de viaje, ellos gastaron veinte, i no es de estrañar que así fuese. La gran cordillera de sierras que atraviesa de norte a sur todo el continente nuevo, i le sirve como de reparo contra los embates del Océano Pacífico, atraviesa

(1) El ducado equivalia a 2 pesos 25 centavos de nuestra moneda.
(2) Véanse las *Noc. de Hist.*, paj. 361.

tambien el istmo del Darien, o mas bien le compone ella sola con las fragosas cimas que han podido salvarse del naufrajio de las tierras adyacentes (1). Tenian, pues, los descubridores que abrirse camino por medio de dificultades i peligros que solo aquellos hombres de hierro podian arrastrar i vencer. Aquí tenian que penetrar por bosques espesos i enmarañados, allá atravesar pantanos fatigosos donde cargas i hombres miserablemente se hundian: ahora se les presentaba una agria cuesta que subir, luego un precipicio profundo i tajado que bajar; i a cada paso rios rápidos i profundos, solo practicables en balsas mezquinas o en puentes trémulos i endebles: de cuando en cuando la oposicion i resistencia de los salvajes, siempre vencidos, pero siempre temibles; i sobre todo, la falta de provisiones, que, agregada al cansancio i al cuidado, abatia i enfermaba los cuerpos, i desalentaba los ánimos.

En fin, los cuarecuanos que iban guiando, muestran de léjos la altura desde donde el deseado mar se descubria. Balboa al instante manda hacer alto al escuadron, i él se adelanta solo a la cima de la montaña. Llegado a ella, lleva ansioso la vista al mediodía, el mar Austral se presenta a sus ojos (25 de setiembre) i sobrecojido de gozo i maravilla, cae de rodillas en la tierra, tiende los brazos al mar, i arrasados de lágrimas los ojos, da gracias al cielo por haberle destinado a aquel insigne descubrimiento. Hizo luego señal a sus compañeros para que subiesen, i mostrándoles el magnífico espectáculo que tenian delante, vuelve a arrodillarse i a agradecer fervorosamente el beneficio. Lo mismo hicieron ellos, miéntras que los indios atónitos no sabian a qué atribuir aquellas demostraciones de admiracion i de alegría. Aníbal en la cima de los Alpes enseñando a sus soldados los campos deliciosos de Italia, no pareció, segun la injeniosa comparacion de un escritor contemporáneo, ni mas exaltado, ni mas arrogante, que el caudillo español puesto ya en pié, recobrado el uso de la palabra que el gozo le tenia embargada, i hablando así a sus castellanos: "Allí veis, amigos, el objeto de vuestros deseos i el premio de tantas fatigas. Ya teneis delante el mar que se nos anunció, i sin duda en él se encierran las riquezas inmensas que se nos prometieron. Vosotros sois los primeros que habeis visto esas playas i esas ondas: vuestros son sus tesoros, vuestra sola es la gloria de reducir esas inmensas e ignoradas rejiones al dominio de vuestro rei i a la luz de la relijion verdadera. Sedme, pues, fieles como hasta aquí, i yo os prometo que nadie en el mundo os iguale en gloria ni en riquezas." Todos alegres le abrazaron, i todos prometieron seguirle hasta donde quisiese llevarlos. Cortan luego un árbol grande, i despojándole de sus ramas, forman de él una cruz que fijaron en un túmulo de piedras, sobre el mismo sitio en que se descubria el mar. Los nombres de los reyes de Castilla fueron grabados en los troncos de los árboles, i en medio de aplausos i gritería alborozada descienden de la sierra i se encaminan a la playa.

Llegaron a unos bohios que cerca se descubrian, poblacion de un cacique llamado Chiapes, el cual intentó defender el paso con las armas. El ruido de las escopetas i la ferocidad de los lebreles dispersaron en un

(1) Debe advertirse que las alturas que forman la rejion del istmo de Panamá, aunque son la prolongacion de la gran cordillera de los Andes, son mucho mas bajas, de tal manera que los jeógrafos dicen ordinariamente que la cordillera ha desaparecido allí.

punto aquella tropa, cojiéndose muchos cautivos. De éstos i de los guias cuarecuanos se enviaron algunos que ofreciesen a Chiapes paz i amistad segura si venia, o esterminio i ruina de pueblo i de sembrados. Persuadido de ello, vino el cacique i se puso en manos de Balboa, que le recibió con mucho agasajo. Trajo oro, presentó oro, i recibió en cambio vidrios i cascabeles, con lo cual amansado i contento, no pensaba mas que en agasajar i regalar a los estranjeros. Allí despidió Vasco Nuñez a los cuarecuanos, i dió órden para que los enfermos que se habian quedado en aquella tierra viniesen a encontrarle. Entre tanto, envió a Francisco Pizarro, a Juan de Ezcaray i a Alonso Martin a descubrir por la comarca i a buscar los caminos mas breves para llegar al mar. El último fué quien llegó ántes a la playa, i entrándose en unas canoas que acaso estaban allí en seco, dejó subir la marea, flotó así un poco sobre las ondas, i con la satisfaccion de haber sido el primer español que habia entrado en el mar del sur, se volvió para Balboa.

Bajó, en fin, éste con veinte i seis hombres al mar, i llegó a la ribera al empezar la tarde del dia 29 de aquel mes (setiembre de 1513). Sentáronse todos en la playa a esperar que el agua creciese, por estar a la sazon en menguante: i cuando las ondas volvieron con ímpetu a cobrar tierra i llegaron a donde estaban, entónces Balboa armado de todas armas, llevando en una mano la espada i en la otra una bandera en que estaba pintada la imájen de la Vírjen con las armas de Castilla a los piés, levantóse i empezó a marchar por medio de las ondas, que le llegaban a la rodilla, diciendo en altas voces: "Vivan los altos i poderosos reyes de Castilla: yo en su nombre tomo posesion de estos mares i rejiones: i si algun otro príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende a éllos algun derecho, yo estoi pronto i dispuesto a contradecirle i defenderlos." Respondieron los concurrentes con aclamaciones al juramento de su capitan, i se votaron a la muerte para defender aquella adquisicion contra todos los reyes i príncipes del mundo. Estendióse el acto por el escribano de la espedicion Andres de Valderrábano; el ancon en que se solemnizó se llamó "golfo de San Miguel" por ser aquel su dia, i probando el agua del mar, derribando i cortando árboles, i grabando en otros la señal de la cruz, se creyeron dueños efectivos de aquellas rejiones con estos actos de posesion, i se retrajeron al pueblo de Chiapes.

Don Manuel José Quintana (1),
Vidas de españoles célebres, Balboa.

XIII.

CAPTURA DE ATAHUALPA (1532).

Poco faltaba para ponerse el sol cuando la vanguardia de la comitiva real entró por las puertas de la ciudad (Cajamarca). Primero venian algu-

(1) Véase sobre Quintana la nota (1) en la páj. 35 de este libro.

nos centenares de criados empleados en limpiar el camino de cualquier obstáculo i en cantar himnos de triunfo, que en nuestros oidos, dice uno de los conquistadores, sonaban cual sino fuesen canciones del infierno. Despues seguian otras compañías de indios de diversas clases i vestidos con libreas diferentes. Algunos vestian una tela vistosa blanca i colorada como las casillas de un ajedrez. Otros iban vestidos solamente de blanco con martillos o mazas de plata i cobre en las manos; i los guardias del inmediato servicio del príncipe se distinguian por su rica librea azul i profusion de ornamentos de alegres colores, indicando su categoría de nobles los largos pendientes que colgaban de sus orejas.

Sobresaliendo por cima de sus vasallos, venia el Inca Atahualpa sobre unas andas en que habia una especie de trono de oro maziso i de inestimable valor. El palanquin estaba cubierto con las brillantes plumas de pájaros tropicales i guarnecido de chapas de oro i plata. Los adornos del monarca eran mucho mas ricos que los de la noche precedente. Colgaba de su cuello un collar de esmeraldas brillantes i de tamaño estraordinario. En su pelo corto llevaba adornos de oro, i sobre sus sienes caia la borla imperial. El aspecto del Inca era grave i majestuoso; i desde su elevada posicion, miraba a la multitud con aire de compostura, como hombre acostumbrado a mandar.

Al entrar las primeras filas de la procesion en la gran plaza, que segun dice un antiguo cronista, era mas grande que ninguna de España, se abrieron a derecha e izquierda para dejar pasar a la comitiva real. Todo se hizo con admirable órden. Permitíase al monarca atravesar la plaza en silencio, i ni un solo español se dejó ver. Luego que entraron cinco o seis mil indios, Atahualpa mandó hacer alto, i dirijiendo a todas partes curiosas miradas, preguntó ¿dónde están los estranjeros?

En aquel momento, frai Vicente Valverde, relijioso domínico capellan de Pizarro, i despues obispo de Cuzco, salió con su breviario o segun otros dicen con la Biblia en una mano i un crucifijo en la otra, i, acercándose al Inca, le dijo que venia por órden de su jefe a esplicarle las doctrinas de la verdadera fé, para cuyo fin los españoles habian venido a su país desde tan distantes climas. Despues, pasó a esplicarle lo mas claramente que pudo el misterio de la Trinidad, i remontándose en seguida a la creacion del hombre, habló de su caida, de su redencion por Jesucristo, de la crucifixion i de la ascension del Salvador a los cielos, despues de haber dejado al apóstol San Pedro por vicario suyo en la tierra. Díjole como las facultades dadas por Jesucristo a su vicario habian sido trasmitidas a los sucesores de aquel apóstol, hombres sabios i virtuosos, que, bajo el título de papas, ejercian autoridad sobre todos los hombres i potentados de la tierra. Manifestóle que uno de los últimos papas habia comisionado al emperador español, monarca el mas poderoso del mundo, para conquistar i convertir a los naturales de aquel hemisferio occidental; i que su jeneral Francisco Pizarro habia venido para ejecutar tan importante comision; concluyendo por rogarle que le recibiese afectuosamente; que abjurase los errores de su fé i abrazase la de los cristianos, única que podia salvar su alma; i que se reconociese tributario del emperador Cárlos V, que en todo caso le ausiliaria i protejeria como a leal vasallo.

Es dudoso que Atahualpa se hiciese cargo de ninguno de los curiosos argumentos con que el relijioso quiso establecer una relacion entre Piza-

rro i San Pedro; aunque debió concebir nociones mui incorrectas acerca de la Trinidad, si, como dice Garcilaso, el intérprete Felipillo le esplicó este misterio diciéndole que los cristianos creian en tres dioses i un Dios que hacian cuatro. Pero es indudable que comprendió perfectamente que el objeto del discurso era persuadirle que debia renunciar a su cetro i reconocer la supremacía de otro rei.

Centellearon los ojos del monarca indio, i su oscuro ceño se oscureció mas al contestar: "no quiero ser tributario de ningun hombre, yo soi poderoso mas que ningun príncipe de la tierra: vuestro emperador puede ser un gran príncipe, no lo dudo, pues veo que ha enviado a sus vasallos desde tan léjos i cruzando los mares, i por lo mismo quiero tratarle como hermano. Respecto al papa de quien me hablas, debe chochear si trata de dar reinos que no le pertenecen: en cuanto a mi relijion, no quiero cambiarla: vuestro Dios, segun dices, fué condenado a muerte por los mismos hombres a quienes habia creado; pero el mio, añadió señalando a su deidad que entónces se hundia detras de las montañas, el mio vive aun en los cielos, i desde allí vela sobre sus hijos."

Despues, preguntó a Valverde con qué autoridad le decia aquellas cosas, a lo cual respondió el fraile, mostrándole el libro que tenia en la mano. Tomóle Atahualpa, volvió algunas pájinas, e irritado sin duda por el insulto que habia recibido, le arrojó en tierra léjos de sí, esclamando: " Dí a tus compañeros que me darán cuenta de sus acciones en mis dominios, i que no me iré de aquí sin haber obtenido plena satisfaccion de los agravios que me han hecho."

Altamente escandalizado el fraile del ultraje hecho al sagrado libro, le alzó del suelo i corrió a informar a Pizarro de lo que el Inca habia hecho, esclamando al mismo tiempo: "¿no veis que miéntras estamos aquí gastando tiempo en hablar con este perro lleno de soberbia, se llenan los campos de indios? Salid a él que yo os absuelvo." Pizarro vió que habia llegado la hora. Ajitó una bandera blanca en el aire, que era la señal convenida: partió el fatal tiro de la fortaleza, i entónces, saliendo el capitan i sus oficiales a la plaza, lanzaron el antiguo grito de guerra: "¡Santiago i a ellos!" el cual fué respondido por el grito de combate de todos i cada uno de los españoles que se hallaban en la ciudad, saliendo impetuosamente de los grandes salones en que estaban ocultos e invadiendo la plaza caballería e infantería en columna cerrada i arrojándose en medio de la muchedumbre de indios. Estos, cojidos de sorpresa, aturdidos por el ruido de la artillería i arcabucería, cuyos ecos zumbaban como el trueno en los edificios, i cegados por el humo que en sulfúreas columnas se estendia por la plaza, se llenaron de terror i no sabian adonde huir para librarse de la ruina que creian cercana. Nobles i plebeyos cayeron a los piés de los caballos, cuyos jinetes repartian golpes a derecha e izquierda sin perdonar a nadie, miéntras sus espadas, brillando al traves de la espesa nube de humo, introducian el desaliento en los corazones de los desdichados indios, que por la primera vez veian las terribles maniobras de la artillería. Así es que no hicieron resistencia, ni tampoco tenian armas con que hacerlo. No tenian medio de escapar, porque la entrada de la plaza estaba cerrada por los cuerpos muertos de los que habian perecido haciendo vanos esfuerzos para huir; i tal era la agonía de los mas en el terrible ataque de los agresores, que una gran multitud de indios en sus esfuerzos convulsivos, rompieron por medio de

una tapia de piedras i barro seco, i abrieron un boquete de mas de cien pasos, por el cual se salieron al campo, perseguidos todavía por la caballería que, saltando por uno de los escombros de la tapia derribada, cayó sobre la retaguardia de los fujitivos, matando a muchos i dispersándolos en todas direcciones.

Entre tanto, el combate, o, mas bien, la mortandad continuaba con ardor en torno del Inca, cuya persona era el gran objeto del ataque. Sus fieles nobles, poniéndose a su alrededor, se arrojaban a contener a los agresores, i cuando no podian arrancarles de sus sillas, les ofrecian sus pechos por blanco a sus venganzas i por escudo de su querido soberano. Dicen algunas autoridades que llevaban armas ocultas bajo los vestidos. Si así fué, de poco les sirvieron, pues nadie dice que echasen mano de ellas. Pero los animales mas tímidos se defienden cuando se ven acorralados, i si los indios no lo hicieron en aquel caso, es prueba de que no tenian armas con que defenderse. Sin embargo, continuaron conteniendo a la caballería, asiéndose de los caballos para mitigar su ímpetu, i cuando uno caia, otro ocupaba su lugar con una lealtad verdaderamente patética.

El monarca indio aturdido i cercado, vió caer a su alrededor a sus mas fieles vasallos sin comprender siquiera lo que le pasaba. La litera en que iba andaba de aquí para allá, segun los agresores acometian por un lado o por otro; i él contemplaba aquel espectáculo de desolacion como el marinero solitario, que acosado en su barca por los furiosos elementos, ve brillar los relámpagos i oye retumbar los truenos a su alrededor, con la conviccion de que nada puede hacer para evitar su suerte. Al fin, los españoles cansados de su obra de destruccion, i viendo que las sombras de la noche se aumentaban, empezaron a temer que la rejia presa despues de tantos esfuerzos, se les escapase; i algunos caballeros intentaron a la desesperada concluir de una vez quitando la vida a Atahualpa. Pero Pizarro, que estaba cerca de su persona, gritó con voz ostentosa: "El que estime en algo su vida, guárdese de tocar al Inca;" i estendiendo el brazo para protejerle, fué herido en la mano por uno de sus soldados, cuya herida fué la única que recibieron los españoles en la accion.

Entónces, la pelea se renovó con mas furor en torno de la rejia litera' la cual se bamboleaba cada vez mas, hasta que al fin, muertos muchos de los nobles que la sostenian, cayó, i el Inca se hubiera dado un gran golpe en el suelo, si Pizarro i algunos de los suyos no hubieran acudido a sostenerle en sus brazos. La borla imperial fué inmediatamente arrancada de sus sienes por un soldado llamado Estete, i el desgraciado monarca fué trasladado a un edificio inmediato, donde se le puso en custodia con la mayor vijilancia.

Cesó entónces toda tentativa de resistencia. Estendiése la noticia de la captura del Inca por la ciudad i por los campos: disolvióse el encanto que podia mantener unidas a las personas, i cada uno pensó solamente en su propia salvacion. Cundió tambien la alarma entre los soldados acampados en las inmediaciones, los cuales, al saber la fatal nueva, dieron a huir por todos lados, perseguidos por los españoles que en el calor del triunfo se mostraron sin misericordia. Al fin, la noche, mas piadosa que los hombres, tendió su amigo manto sobre los fujitivos, i las diversas tropas de Pizarro se reunieron otra vez al toque de trompeta en la sangrienta plaza de Cajamarca.

Del número de muertos se habla como es costumbre con gran discrepancia. El secretario de Pizarro dice que murieron dos mil indios. Un descendiente de los Incas, autoridad mas segura que Garcilaso, calcula el número de muertos en diez mil. La verdad se encuentra jeneralmente entre los estremos. La matanza fué incesante, pues ningun obstáculo se le opuso. I que no hubiese resistencia no parecerá estraño, si se considera que las desgraciadas víctimas estaban sin armas i que debian hallarse confusos i aterrorizados por el estraño e imponente espectáculo que tan de improviso e inesperadamente hubieron de presenciar. ¿Qué maravilla, dice un antiguo Inca a un español que lo repite, qué maravilla que nuestros paisanos se aturdiesen, si veian la sangre correr como agua i al Inca, cuya persona todos adoramos, cojido i aprisionado por un puñado de hombres?" Sin embargo, aunque la matanza fué incesante, fué tambien de corta duracion; pues sucedió en el tiempo que média entre el principio i fin del crepúsculo que en los trópicos no escede de media hora, corto período, en verdad, si bien suficiente para que en él se decidiese de la suerte del Perú i cayese la dinastía de los Incas.

GUILLERMO H. PRESCOTT (1),
Hist. de la conquista del Perú, lib. 3°, cap. 5.°

XIV.

LUCIO TRASFORMADO EN ASNO.

Un dia se acercó Fótis mui ajitada para decirme que su señora debia trasformarse en ave esa misma noche con el objeto de volar cerca de aquel

(1) Guillermo Hickling Prescott nació en Salem, Massachusetts, en los Estados Unidos en 1796, i murió en 1859. Destinado por su padre, que era un abogado distinguido, a la carrera del foro, Prescott renunció a los estudios a causa de haber sido atacado por una ceguera casi completa, que le prohibia todo otro trabajo que el de la meditacion i del gabinete. En ese estado, estudió las lenguas estranjeras, se hacia leer por algunos amanuenses, i escribia durante una o dos horas al dia para no fatigar su vista tan debilitada, i por medio de un aparato de su invencion que le permitia trazar las letras sin ver lo que escribia. Venciendo así dificultades insuperables para un hombre ménos perseverante, adquirió una grande instruccion, no solo en su patria, sino en diversos paises de Europa, por donde viajó algunos años. Sus primeros trabajos fueron algunos artículos biográficos i críticos que publicó en una revista norte-americana; pero luego acometió obras mas atrevidas e importantes. En 1833 publicó su *Historia del reinado de los reyes católicos don Fernando i doña Isabel;* en 1843 la *Historia de la conquista de Méjico;* en 1847 la *Historia de la conquista del Perú;* i entre 1855 i 1858 los tres primeros volúmenes de una *Historia de Felipe II*, que la muerte le impidió terminar. Todas estas obras le granjearon una reputacion universal, colocándolo en el rango de uno de los mas grandes historiadores de nuestro siglo. El Instituto de Francia i la Academia de la historia de Madrid, así como muchas otras corporaciones sábias de Europa, lo hicieron su miembro correspondiente. Apesar del mérito indisputable de esas obras, son las dos primeras las mas perfectas i las mas acabadas. Una investigacion prolija i concienzuda de los documentos, conocimiento cabal de los hechos i de las autoridades, un método excelente de composicion, un plan perfectamente meditado, una claridad admirable, una elegancia de estilo bien sostenida i llena de sencillez, descripciones oportunas i bien hechas, retratos trazados con maestría, gran rectitud de juicio, templanza en sus opiniones, tales son en resúmen las cualidades de este eminente historiador. Sus obras, que se leen con un agrado infinito, ofrecen un vasto campo de estudio i de meditacion.

a quien amaba. i que yo debia aprontarme para asistir a aquella estraña metamorfósis. Cuando anocheció, me condujo sin hacer ruido a la azotea que dominaba la casa i me encargó que mirase al traves de la puerta, por un agujero. Panfila (así se llamaba la señora) se quitó sus vestidos, despues abrió un cofrecito del cual sacó muchas cajas: tomó de una de ellas una pomada que se deslió en sus manos i con la cual se frotó todo el cuerpo. En seguida, volviéndose hácia una lampara, pronunció en voz baja algunas palabras misteriosas. Poco a poco su cuerpo se cubre de plumas, su nariz se encorba i se endurece, sus uñas se alargan en forma de garras. En fin, hela ahí cambiada en lechuza. Lanza un grito quejumbroso, vuela primero sin elevarse mucho del suelo; en seguida, elevándose de repente, sale del cuarto con alas desplegadas. Dudaba si yo era Lucio: me parecia que soñaba, i me frotaba los ojos para asegurarme que no estaba dormido. Al fin, sin embargo, recobro mis facultades, i tomando la mano de Fótis:—"Por favor, le dije, la ocasion es propicia: te suplico en nombre de nuestro amor que me des de esa pomada que ha servido a Panfila. Ese será un nuevo servicio que te unirá para siempre al hombre que ya es todo tuyo. Permite que yo pueda tener alas para revolotear cerca de tí."—"¡Ah! respondió ella, tu querrias que yo misma fuese la causa de mi desgracia. Allá veriamos donde podria ir a buscar a mi amante cuando se haya trasformado en ave, i cuando podria volver a verlo"—"¡No quieran los dioses, le dije yo, que se me ocurra jamas la idea de cometer una accion tan negra! No, yo no dejaré de volver a tu lado, aun cuando pudiese elevar mi vuelo hasta los cielos, aun cuando Júpiter me confiase su rayo. Te lo juro por esos hermosos cabellos que han encadenado mi libertad, no hai nadie en el mundo a quien ame tanto como a mi querida Fótis. Por otra parte, ¿no seria un amante ridículo una vez convertido en lechuza? Ave triste i siniestra, a la cual cuando entra a alguna parte i la atrapan, la clavan en la puerta para hacerla espiar las desgracias que presajia su vuelo funesto. Pero olvidaba preguntarte lo que será necesario hacer o decir para dejar mis plumas, i de ave volver al estado de hombre."—"No te aflijas por eso, me respondió: mi señora me ha enseñado todo lo que es preciso hacer para recobrar la forma humana; i no creas que lo ha hecho para complacerme: es para que le preste mi ausilio cuando vuelve. Con algunas yerbas i con otras bagatelas se obtiene un resultado tan maravilloso. Por ejemplo, necesitará tomar un baño i un brebaje de agua clara con un poco de anis i algunas hojas de laurel."

Al decir estas palabras, entra al cuarto toda turbada de miedo, i saca de un cofrecito una caja que tomé i besé, haciendo mil votos porque me diese el poder de recorrer el aire. Me desnudo de carrera i me froto todo el cuerpo con la pomada que contenia la caja: en seguida hago esfuerzos, lanzándome como una ave i removiendo los brazos para tratar de volar. Pero, en lugar de las plumas, mi cútis se cubre de un pelo largo i tósco, i se engruesa como cuero. Los dedos de mis piés i de mis manos se reunen i se endurecen, de la estremidad del espinazo sale una larga cola, mi cabeza se hace enorme, las ventanillas de mis narices se abren, mi boca se agranda, mis labios cuelgan, mis orejas se alargan de un modo estraordinario No sabiendo que hacer, yo examinaba todas las partes de mi cuerpo, i ví que en lugar de haberme cambiado en ave, me habia convertido en asno. Quise quejarme i reconvenir a Fótis; pero ya habia per-

dido los movimientos de hombre i el uso de la voz. Todo lo que podia hacer era abrir los labios i mirarla de lado, con los ojos humedecidos por las lágrimas, como para pedirle que me socorriera.

Desde que ella me vió en este estado:—"¡Cuan desgraciada soi, esclamó arañándose el rostro, estoi perdida! el temor, la precipitacion i la semejanza de las cajas son causa de que me haya engañado; pero el remedio es fácil. Masca solo algunas rosas, i dejarás la forma de asno para ser otra vez mi querido Lucio. ¡Ojala tuviera yo algunas coronas de rosas, como suelo tener! tú no pasarias la noche en ese estado; pero, mañana, así que amanezca, yo lo arreglaré todo.

Fótis se lamentaba de esta suerte; i yo, así asno como era, como sin embargo conservaba el alma i el juicio de hombre, deliberé mui sériamente en mí mismo si debia vengarme a patadas i a mordiscos de la imprudencia i quizá de la maldad de esa desgraciada criatura. Pero una prudente reflexion me quitó este deseo inconsiderado: quizá la misma Fótis iba a privarme de los ausilios necesarios para recobrar mi forma natural. Bajando, pues, la cabeza i sacudiendo las orejas, disimulo mi resentimiento; i obligado por la dura necesidad, me voi a la caballeriza, cerca de mi caballo i de un asno que pertenecia a Milon. Me imajinaba que si hai algun instinto en los animales, mi caballo me reconoceria, me haria buena acojida i me daria el mejor lugar. Pero ¡oh Júpiter, dios de la hospitalidad, i vosotros dioses protectores de la buena fé! ese caballo i ese asno acercan sus cabezas, e inmediatamente preparan entre ámbos mi ruina, de manera que desde que me ven acercarme al comedero, temiendo por su racion, bajan las orejas, me persiguen a patadas, i me echan léjos de la cebada que yo mismo habia colocado en la tarde delante de ese monstruo de ingratitud.

Despues de haber sido recibido de esa manera, me habia retirado a un rincon de la caballeriza, pensando en la insolencia de mis camaradas i meditando en vengarme al dia siguiente de mi pérfido corcel, tan luego como con el socorro de las rosas yo hubiese vuelto a ser Lucio. De repente descubro en un pilar la imájen de la diosa Epona, adornada con una corona de rosas recien cortadas. A la vista de este remedio saludable, me acerco lleno de una dulce esperanza: me levanto sobre mis piés traseros, apoyando los de adelante en el pilar i alargando la cabeza i el hocico, cuando mi criado, que cuidaba del caballo, me percibe. Levántase indignado.—"¡Hasta cuando, dijo, sufriremos a esta bestia, que hace poco queria comerse la cebada de los otros i ahora se encara con la imájen de los dioses! Es menester que yo castigue a este sacrílego." Al mismo tiempo, se acerca a un haz de leña, toma el palo mas grueso i empieza a golpearme con todas sus fuerzas i sin darse descanso, hasta que se oyó empujar con gran ruido la puerta de la casa. Eran los vecinos que gritaban: ¡al ladron! ¡al ladron! i mi hombre tomó la fuga todo aterrorizado.

Una vez desquiciada la puerta, una parte de los ladrones entró para saquear; la otra atacó las habitaciones a mano armada. Los vecinos corren de todos lados; pero los ladrones les resisten. La noche estaba clara como el medio dia, por la gran cantidad de antorchas i por las espadas que reflejaban la luz. Sin embargo, algunos de estos ladrones van a los almacenes donde Milon guardaba sus riquezas; i aunque la puerta era mui sólida i estaba bien asegurada, la rompen a hachazos. Roban cuanto

encuentran, hacen sus fardos de carrera, i cada uno toma su carga; pero no eran bastante numerosos para llevarse todo el botin. Esto los obligó a sacar mi caballo de la caballeriza, así como a los dos asnos que estábamos allí, i a cargarnos a nosotros tres con fardós mui pesados. Cuando lo hubieron saqueado todo en la casa, salieron haciéndonos caminar adelante a fuerza de palos.

APULEYO (1),
Las Metamorfósis, lib. III.

XV.

GULLIVER APRESA LA ESCUADRA DEL REINO DE BLEFUSCU.

El imperio de Blefuscu es una isla situada al Nordeste de Lilliput, i solamente hai entre las dos un canal que las divide, el cual tiene cuatrocientas toesas de ancho. Yo no lo habia visto, i como estaba advertido del desembarco proyectado, no habia querido presentarme en la costa porque no me descubriesen algunos de los navíos enemigos.

Dí cuenta al emperador de que tenia formado por lo pronto un buen proyecto para hacerme dueño de toda la armada enemiga, que segun relacion circunstanciada de los que habiamos enviado a observarla, estaba para salir del puerto al primer viento favorable. Consulté a los prácticos en la marina, a fin de informarme de la profundidad del canal, i me dijeron que en la mayor altura tenia setenta *glumgluffs* (esto es, seis piés escasos, segun las medidas de Europa), i en todo lo restante que tendria cuando mas 50 *glumgluffs*. Acerquéme con toda precaucion a la costa del Nordeste, frente a frente de Blefuscu, i acostándome detras de una colina, me puse los anteojos, i pude ver la armada, compuesta de 50 navíos de guerra i otros muchos de trasporte. Me retiré luego, i mandé fabricar una gran porcion de cables, lo mas fuertes que pudiesen, con unas barras de hierro, suponiendo que los cables quedarian del grueso de un bramante doble, i las barras como unas agujas de hacer medias. Tripliqué los cables para darles mas fortaleza, i uniendo igualmente

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, páj. 145. La traduccion que hemos transcrito en el testo no es verdaderamente literal, porque condensa algo ciertas ideas accesorias; pero refleja regularmente la manera de narrar del novelista latino. El libro de Apuleyo, mas conocido con el nombre de Asno de oro, contiene pasajes i aventuras poco decentes; pero como documento para conocer ciertos pormenores de las costumbres antiguas, es verdaderamente inestimable.

Por otra parte, en el pasaje que estractamos encontrarán los jóvenes un modelo de verosimilitud relativa, puramente convencional. El fondo de la narracion es falso, porque nada es mas falso que el que un hombre pueda convertirse en asno; pero una vez aceptado este punto de partida, el autor encadena tan bien todos los detalles, que nuestra razon parece aceptar la invencion. El fragmento siguiente, que hemos tomado de otro libro igualmente célebre, contribuirá a esplicar en qué consiste la verosimilitud relativa.

las barras, hice de cada tres un garfio, que até a sus estremos. Volví a la costa del Nordeste, i dejando allí la chupa, medias i zapatos, me entré por el mar como por mi casa. Principié a andar con toda la prisa posible, i llegado al comedio, seguí andando del mismo modo cerca de quince toesas; hasta que pude hacer pié. En ménos de media hora llegué a la flota. Viéronme los enemigos, i fué tanto el pavor que les infundió mi presencia, que saltando todos fuera de los navíos, como un enjambre de ranas, huyeron tierra adentro. El ejército se deberia componer como de 30,000 hombres. Entónces, echando mano a mis cables, fuí prendiendo todos los navíos uno por uno con los garfios, por el agujero de la proa; pero miéntras duró esta maniobra, me lanzaron los enemigos una descarga de tantos millares de flechas, que hiriéndome muchas de ellas en la cara i manos, no solo me causaban un escesivo dolor, sino que me estorbaban trabajar. Mi mayor cuidado era guardar la vista, que infaliblemente hubiera perdido, si no me ocurre con tiempo el arbitrio de los anteojos, que por fortuna llevaba conmigo; i asegurándolos cuanto pude en las narices, me armé así como de una especie de broquel, con que continué la maniobra a pesar de la granizada de flechas que sobre mí caia, sin descanso. Habiendo colocado bien mis ganchos, empecé a tirar, pero inútilmente, porque todas las embarcaciones estaban ancladas. Corté prontamente sus cables con un cuchillo, lo que no me detuvo mucho, i con la mayor facilidad me llevé tras de mí 50 navíos de los principales.

Los *Blefuscuitas*, que no tenian idea de lo que yo iba a hacer, quedaron tan amedrentados como aturdidos. Ellos vieron que corté los cables, i discurrieron que mi intencion era solamente abandonarlos al viento i marea, para que se chocasen unos con otros; pero cuando vieron que arrastraba con toda la flota de una vez, prorrumpieron en clamores de rabia i desesperacion.

No cesé de andar hasta que me ví ya fuera del alcance de las flechas. Entónces me detuve un poco para quitarme las que llevaba en la cara i manos, i continuando con mi presa, solo pensé en volver al puerto imperial de *Lilliput*.

El emperador i toda su corte, que estaban en la costa ansiosos por saber el éxito de mi empresa, veian desde léjos que se acercaba una flota en figura de media luna, pero como el agua me cubria hasta el cuello, no advirtieron que era yo el que la conducia hácia su puerto.

El emperador creyó firmemente que yo habia perecido, i que la armada enemiga venia a la playa a verificar su desembarco. Pero sus temores se disiparon prontamente, luego que pude hacer pié, i me descubrieron a la cabeza de aquel promontorio de naves, esclamando en alta voz: *¡ Viva el poderoso emperador de Lilliput!* Apénas llegué, Soll me colmó de infinitas alabanzas i me creó *Nardac*, que entre ellos es el título mas honorífico.

Al mismo tiempo me rogó que tomase mis medidas para conducir a sus puertos todas las demas embarcaciones del enemigo. Su ambicion era tal, que soñaba nada ménos que en hacerse señor de todo el imperio de Blefuscu para reducirlo a provincia del suyo, i poner en él un virei; en castigar con pena de muerte a todos los *Gruesi-estremitas* espatriados, i obligar a todos sus pueblos a que rompiesen los huevos por el estremo mas agudo; con lo cual se prometia ser monarca de todo el universo. Pero

me dediqué a disuadirle de este designio con muchas razones fundadas en la política i en la justicia; i le protesté con resolucion, que yo no seria jamas el instrumento de que se sirviese para oprimir a un pueblo libre, noble i esforzado. Cuando el consejo discutió este negocio, la parte mas sana fué de mi opinion.

SWIFT (1),
Viajes de Gulliver, part. I, cap. V.

XVI.

LA ESPADA DE DAMOCLES (2).

Damócles, uno de los aduladores de Dionisio tirano de Siracusa, lo felicitaba por su poder, por el número de sus tropas, por el brillo de su corte, por sus inmensos tesoros i por la magnificencia de su palacio, añadiendo que jamas príncipe alguno habia sido mas feliz que él:—"Damócles, le dijo Dionisio, puesto que mi suerte te parece tan deliciosa ¿quieres saborearla un poco i ponerte en mi lugar?" Habiendo manifestado Damócles que se someteria con mucho gusto a la prueba, Dionisio lo hizo sentarse en un lecho de oro, cubierto con ricos almohadones i con tapices de magnífico trabajo. Hizo adornar sus aparadores con una soberbia vajilla de oro i de plata. En seguida, habiendo hecho servir la mesa, ordenó que Damocles fuese servido por esclavos jóvenes, los mas hermosos que se encontrasen, i que debian ejecutar sus órdenes a la menor señal. Perfumes, coronas, manjares esquisitos, nada se ahorró. Damócles se creia el mas afortunado de los hombres, cuando de repente, en medio del festin, percibió encima de su cabeza una espada desnuda que Dionisio habia hecho colocar, i que pendia del techo solo por un crin de caballo. Inmediatamente los ojos de nuestro afortunado se turbaron: no vieron ya a los hermosos esclavos que le servian, ni la magnífica vajilla que estaba delante de él: sus manos no se atrevieron a tocar las fuentes: su corona cayó de su cabeza. ¿Qué digo? Pidió por favor al tirano que le permitiese retirarse, porque no queria ser feliz a ese precio. ¿Puede desearse algo mas evidente, algo que pruebe mejor que Dionisio sabia que con continuas alarmas no se saborea ningun placer? Pero ya no era dueño de volver a la via de la justicia, devolviendo a sus conciudadanos sus derechos i sus libertades; porque desde su juventud, i en una edad en

(1) Véanse sobre Swift las *Nociones de hist. lit.*, páj. 571. En la nota final del fragmento anterior hemos indicado en qué puede consistir el mérito de estas narraciones marabillosas.

(2) La *espada de Damócles* es una espresion frecuente en las obras literarias i hasta en la conversacion familiar: es la personificacion simbólica de los terrores que perturban el goce de un poder tiránico. El hecho que ha dado lugar a esta espresion, se encuentra referido en casi todos los historiadores que se han ocupado de la antigüedad. Vamos a trascribir la narracion de este hecho por tres autores diferentes, cada uno de los cuales tuvo, al narrarlo, diverso propósito.

que no pensaba cuáles serian las consecuencias de sus estravíos, se habia conducido de tal modo que no podia dejar de ser injusto sin poner su vida en peligro.

CICERON (1).
Cuestiones tusculanas, lib. V, cap. XXI.

Dionisio dejó ver en una ocasion con gran naturalidad lo que pensaba de su estado. Uno de sus cortesanos llamado Damócles, ensalzaba todos los dias con una especie de éstasis, sus riquezas, su majestad, el número de sus tropas, la estension de sus dominios, la magnificencia de sus palacios i la abundancia universal de todos los bienes i de todos los placeres en medio de la cual vivia, no cesando de repetir que jamas persona alguna habia sido mas feliz.—"Puesto que así lo piensas, le dijo un dia el tirano, ¿quieres saborear tú mismo mi felicidad para que la conozcas por esperiencia?" La oferta fué aceptada con gusto. Colócase a Damócles en un lecho de oro, cubierto con los tapices mas ricamente bordados. Los aparadores estaban llenos de vasos de oro i de plata. Esclavos de una rara belleza i vestidos magníficamente, lo rodeaban para servirlo a la menor señal que les diese. No se habian ahorrado las esencias mas esquisitas, ni los perfumes mas delicados. La mesa estaba servida en proporcion a este lujo. Damócles se estasiaba en su contento, i se consideraba el hombre mas feliz del mundo. Desgraciadamente, al levantar la vista, percibe la punta de una espada pendiente sobre su cabeza, i que no estaba sujeta al techo mas que por un crin de caballo. En el mismo momento, un sudor frio se apoderó de él: todo desaparece a su vista: no ve mas que la espada i no siente mas que su peligro. Sobrecojido de espanto, pide que se le permita retirarse, i declara que ya no quiere ser feliz. Imájen mui natural de la vida de un tirano.

ROLLIN (2).
Historia antigua, lib. XI cap. I. § IV.

Un adulador ensalzaba un dia la felicidad del tirano Dionisio; i, en el número de sus súbditos, la abundancia de sus riquezas, el brillo de los

(1) Véanse las *Nociones de historia lit.*, páj. 115.—Ciceron refiere este hecho como moralista, para probar que despues de los primeros estravíos, aunque el hombre conozca que ha adoptado un mal camino, es impotente para separarse de él.

(2) Célebre sabio frances (1661-1741) que pasó su vida consagrado a la enseñanza de la literatura i de la historia. Es autor de un *Tratado de estudios*, monumento tan modesto como útil, en donde los profesores han encontrado siempre un inmenso caudal de preceptos recojidos por la esperiencia sobre la manera de hacer mas práctica i provechosa la enseñanza. Las dos obras históricas de Rollin, la *Historia antigua* i la *Historia romana*, son vastas compilaciones de hechos recojidos en el estudio prolijo i atento de los historiadores antiguos, escritas sin pretensiones de crítica filosófica, pero con un gusto i una claridad verdaderamente admirables. Narrando la anécdota de Damócles, sin otro propósito que el dar a conocer el hecho en sí mismo, se ha limitado a comentarlo en la media línea final.

honores, encontraba la prueba de que el tirano era infinitamente feliz. Dionisio respondió a este adulador, que se llamaba Damócles:—"Por prendado que estés de mi felicidad, tú no la conoces completamente. ¡Ah! cuán poco te agradaria si la saboreases por tí mismo! ¿Quieres ponerte un rato en mi lugar?"—"De todo corazon," responde Damócles. Inmediatamente se le trae un trono de oro; se sienta i se ve rodeado de todos los esplendores inventados para los grandes por la voluptuosidad i el orgullo. La púrpura brilla en todas las paredes, el oro reluce en la mesa i el vino se sirve en copas de oro. Una señal, i veinte manos se apresuraban a realizar la voluntad del señor; una palabra, i hermosos pajes vuelan en tropel i se disputan el honor de ejecutar la órden dada. Embriagado de placer, encantado con tanto esplendor, Damócles se cree en el colmo de la felicidad—"¡O grandeza! esclama ¡que no te pueda saborear siempre!" Pero ¡ah! ¿qué es lo que percibe de repente? Una espada afilada pendiente del techo por un crin llena de terror su corazon. Ve posarse sobre su cabeza el peligro amenazador; el feliz Damócles comienza a temblar. No hace caso alguno del esplendor de sus aposentos; el vino que corre en copas de oro, no le causa placer; no tiende la mano para tomar los manjares mas delicados; no tiene oidos para las dulces melodías de los cantores.—"¡O Dionisio! esclama al fin temblando, pon un término a mi felicidad."

No creais que con las apariencias de felicidad, un hombre vicioso sea verdaderamente feliz: tiembla en el momento que saborea los frutos de la grandeza; en el seno de la magnificencia, el temor de la muerte viene a atormentarlo, i no le deja probar mas que una pomposa miseria.

GELLERT (1).

(1) Cristian Gellert, literato, filósofo i poeta aleman del siglo pasado (1715-1769) Sus fábulas i sus cuentos en verso, uno de los cuales, aunque traducido en prosa, es el que hemos insertado en el testo, tuvieron una inmensa boga en su tiempo i gozan todavia de una grande reputacion. Esta narracion, esencialmente poética del mismo hecho, aunque escrita con bastante sencillez, da a conocer los resortes con que cuenta el poeta para engalanar los hechos que refiere

SECCION VII.

Descripciones.

La descripcion es una representacion viva i natural de los objetos para darlos a conocer, poniéndolos, por decirlo así, a la vista. Traza las formas, los colores i la fisonomía con una gran fidelidad, para producir por el estilo la misma ilusion que un artista de talento obtiene por medio de la pintura, esto es, que el lector se imajine ver los objetos que se le describen.

La memoria suministra los materiales de la descripcion, es decir, los rasgos que nos han causado mayor impresion i que se han grabado mas en nuestro espíritu: el gusto escoje entre esos rasgos, los dispone i los ordena: la imajinacion los matiza i les da así el agrado i la vida. La descripcion no debe ser la enumeracion sencilla i seca de los diferentes rasgos de que se compone el objeto descrito. Este procedimiento puramente científico, sirve para dar a conocer una cosa; pero en literatura se exije algo mas, se quiere que el escritor pinte i embellezca dando animacion i colorido.

La descripcion es, pues, una parte del arte de escribir, sometida a condiciones precisas i determinadas. La primera, i la mas rigorosa, es que venga en su lugar, que sea exijida por el asunto, que se encadene con las otras partes del escrito, despues de ciertos acontecimientos o de ciertas

ideas. No se describe por el placer de describir, sino para instruir hablando a la imajinacion. Ademas de esta regla esencial, dictada por el buen gusto, es menester que una descripcion sea fiel i verdadera sin prolijidad, precisa sin aridez. La difusion es el escollo mas frecuente de la descripcion. Un rasgo en los grandes escritores equivale a veces a una descripcion.

Uno de los procedimientos mas usados i mas felices, porque alcanza mas directamente al alma, es el empleo de los contrastes. Un pintor hábil no deja jamas de dar realce a los objetos por la oposicion de la sombra i de la luz. Un escritor hábil sabe tambien, por la aproximacion de las circunstancias que se oponen unas a otras, producir los mismos efectos.

Para describir un objeto no es necesario enumerar todos sus caracteres, sino elejir los mas sobresalientes o aquellos que son mas a propósito para preparar el efecto que se quiere producir. Todo objeto puede ser examinado bajo diferentes puntos de vista, segun convenga al escritor o a la obra. Así, por ejemplo, la tierra, admirablemente descrita por Fenelon bajo el aspecto de su poder productor, puede serlo tomando en cuenta sus movimientos i revoluciones, esto es, bajo el punto de vista astronómico, i por su constitucion física. Antes de escribir, debe meditarse el asunto i elejir cuál faz del objeto debe ser examinada; esto es, cuál es la que mas conviene al asunto de que se trata.

Las descripciones son de tres clases distintas. Las primeras representan un estado de cosas físicas o morales que ha durado corto tiempo, como una erupcion volcánica, un temblor de tierra, una peste, una catástrofe política, una matanza, una batalla, un sitio, una solemnidad accidental. Se trata de espectáculos que ordinariamente la naturaleza i la sociedad no han ofrecido mas que una sola vez, a lo ménos con las mismas circunstancias locales o personales. La segunda comprende las descripciones de ciertos estados físicos permanentes, que han subsistido largos períodos, i que subsisten hasta ahora; como los detalles de jeografía, de to-

pografía, de historia natural, una aurora boreal, una trompa marina, etc, i aun lo que concierne a los monumentos. Las descripciones del tercer jénero son las que representan maneras de ser políticas o sociales, como la vida de los señores feudales, las representaciones dramáticas entre los griegos, etc. Cada uno de estos jéneros da lugar a observaciones especiales; pero los buenos modelos enseñan mucho mas a este respecto que todos los preceptos.

TEMAS DE EJERCICIOS.

I.

Los castillos feudales estaban construidos en ciertas alturas para dominar los campos vecinos i para hacer mas difícil su acceso a los enemigos que quisieran atacarlos. Una muralla de circunvalacion alta i sólida, guarnecida de troneras i de bastiones, protejida frecuentemente por obras avanzadas, los defendia contra los ataques esteriores: si la naturaleza del terreno no hacia bastante difícil el acercarse, se abria al rededor de la muralla un foso profundo, ordinariamente lleno de agua que no se podia atravesar sino por puentes levadizos; i ademas toda puerta estaba resguardada por un rastrillo. Los castillos mas importantes tenian dos o tres circuitos de este jénero apoyados por torres de distancia en distancia. En el centro del espacio encerrado por la muralla habia un torreon mas alto i mas resistente que las otras construcciones. Allí se guardaban los archivos i los tesoros, i allí tambien se retiraban los sitiados cuando el enemigo habia vencido los otros obstáculos. En medio de la infinita variedad que las exijencias de los lugares, de los tiempos i de las personas introdujeron en la construccion de los castillos, se encuentran por todas partes ciertos caracteres que les eran comunes. Así habia habitaciones para el señor i su familia, para los oficiales, para la tropa i para la servidumbre; grandes cocinas, caballerizas, pozos i cisternas, sótanos, almacenes i graneros espaciosos, bien provistos de víveres para las eventualidades de un sitio, salas de armas, salones de recepcion, etc.

La vida de los señores feudales era mui monótona. Sus diversiones consistian en juegos de ajilidad i de fuerza, o en oir las estravagancias de uno a mas locos o fatuos que siempre habia para distraer a los señores. Tenian éstos, ademas, alcones para la caza; i papagayos, monos i otros animales para la diversion. Con frecuencia visitaban el castillo algunos trobadores, o poetas improvisadores, músicos ambulantes i hasta algunos maromeros para distraer a los señores feudales en su soledad. La monotonía de esta vida era interrumpida por las guerras entre los diversos señores, que traian por resultado el sitio del castillo i ataques vigorosos i sangrientos.

Sobre estos datos, se puede hacer la descripcion ideal de un castillo feudal, i de la vida que allí llevaban los señores en la edad media.

II.

Es casi imposible describir el aire en sí mismo; pero se le puede dar a conocer en sus efectos. Este fluido que rodea toda la tierra alimenta nuestros pulmones i nuestra vida. Su fluidez deja pasar la luz de las estrellas mas distantes. Su condensacion i su dilatacion son causa de los vientos que suavizan el rigor de las estaciones i que hacen andar los buques en el mar. Esas mismas revoluciones del aire son periódicas; i el hombre que ha estudiado su periodicidad, sabe aprovecharse de ella.

III.

La tierra que nosotros pisamos, como una cosa vil, es la fuente de todas las riquezas. De su seno sale todo lo que hai de mas precioso. La mano del hombre convierte la tierra en los mas valiosos objetos. En un solo año ella produce verdaderas marabillas, plantas, frutas, semillas. Su seno es inagotable: produce ahora, como producia háce millares de años. Todo envejece sobre ella; pero ella rejuvenece cada año. Miéntras mas se la elabora, mas produce: solo la pereza de los hombres puede hacerla aparecer improductiva. Sus desigualdades, que a primera vista parecen un defecto, son un adorno i una utilidad. Así es como existen en ella, valles hermosos para el cultivo de las mieses, praderas para los ganados, colinas para los viñedos i las arboledas, i montañas que hermosean el paisaje i que producen los rios. De modo que esta variedad encanta los paisajes al mismo tiempo que satisface las diversas necesidades del hombre.

IV.

Las plantas son a veces alimenticias i a veces medicinales. Sus virtudes son tan numerosas como sus variedades. Producen flores i frutas. Su mecanismo es marabilloso: sus raices le sirven a la vez de tubos para buscar sus alimentos i de cimiento para afianzarse i resistir a las tempestades. Su madera sirve para calentarnos en el invierno; i es mui útil para la industria cuando el hombre sabe elaborarla. Sus semillas i el secreto de su reproduccion, no son los menores prodijios que ofrece el reino vejetal.

V.

La península italiana tiene la figura de una bota o de una pierna que da un puntapié a la isla de Sicilia. Partiendo de este punto, es decir, tomándola como una pierna, se puede describir jeográficamente, indicar los mares que la rodean, la posicion de sus ciudades, etc.

VI.

Las selvas vírjenes de la zona torrida ofrecen un ancho campo al poder descriptivo de los poetas i de los naturalistas. En medio de aquella lujosa vejetacion, se observa la lucha de las diferentes plantas que se estrechan i se oprimen, causando la muerte de unas para sustentar la vida exuberante de las otras. Pero toda descripcion de una selva de la zona tórrida será incompleta si solo se toman en cuenta sus pobladores. La naturaleza animal se ostenta allí con una magnificencia desconocida en las otras zonas. Monos de muchas variedades recorren las ramas de los árboles; las aves de los mas vistosos plumajes. los papagayos mas hermosos, los picaflores de mil especies distintas, todas brillantes por sus colores, las mariposas de todos tamaños i apariencias, las serpientes i los lagartos pintados de mil maneras, los ejércitos de hormigas i de insectos de muchas clases, todo ostenta la vida en medio de aquellas espléndidas soledades.

VII.

Observando atentamente los órganos de los sentidos encontramos que todas las partes que los componen tienen un objeto determinado, i ademas que cada una de esas partes está formada de tal manera que corresponde perfectamente a ese objeto. Así, por ejemplo, el párpado suave i flexible sirve para cubrir el ojo: la pestaña impide que lleguen a él partículas que puedan ofenderlo: los huesos de la frente i los otros que lo rodean lo defienden contra los golpes. Observaciones análogas pueden hacerse respecto del oido, del olfato, del gusto, etc. Basta un poco de atencion para encontrar lo que debe decirse al hacer la descripcion de todos los órganos de los sentidos.

VIII.

Hai muchos objetos, de los cuales se han hecho descripciones diametralmente opuestas. Hai ciertos lugares, por ejemplo, que los poetas han embellecido por medio de descripciones solemnes i pomposas; i que conformándose mas con la realidad, deben ser descritos de mui diversa manera. Así el Tajo i los campos que riega, han sido pintados por los poetas españoles con el mas hermoso i pintoresco colorido. Aguas cristalinas i trasparentes que se deslizan dulcemente por un lecho de verdura: campos espléndidos cubiertos de flores i de bosques; aves canoras i de pintado plumaje: blancas ovejas que pacen en amenos prados, conducidas por pastores i pastoras llenas de belleza, i que viven para amarse con el mas puro amor i para decirlo en armoniosos versos o en elegante prosa: todo esto se encuentra en aquellos lugares de que se ha querido hacer la morada de las gracias. Ahora veamos la realidad. Las aguas del Tajo, casi siempre turbias, corren por un lecho áspero i cerrado por barrancas cortadas a pico. Los campos vecinos son áridos, incultos i feos. Los pocos ganados que se ven son guardados por ovejeros sucios, rudos i groseros, i están espuestos a ser devorados por los buitres, casi las únicas aves que se ven en aquellos alrededores.

Con estos datos, se puede hacer una doble descripcion: el Tajo de los poetas, es decir todo ideal; i el Tajo de los viajeros, esto es, una realidad triste i desagradable.

IX.

El lago Erie se vacia en el lago Ontario por medio del rio Niágara, i de la célebre catarata, tantas veces descrita. En esta parte, el rio tiene como un quilómetro de ancho; i separa las posesiones inglesas del Canadá de los Estados Unidos. Las aguas, al llegar a la catarata, se dividen en dos cuerpos por la pequeña isla de las Cabras, que se alza en el medio, i que un puente suspendido une a la orilla americana, i se precipita en dos cascadas jigantescas, de una altura de cincuenta metros. Una de ellas, llamada de la Herradura, del lado del Canadá, tiene seiscientos metros de ancho, la otra del lado de los Estados Unidos, tiene doscientos metros. Esta gran catarata está continuamente envuelta por una nube que se percibe desde mui léjos. Las olas espumosas parecen levantarse a los cielos. De tiempo en tiempo, la nube se abre i deja ver las rocas i las selvas vecinas. El aspecto mas sorprendente se presenta en invierno, cuando las aguas, a pesar de su espantoso movimiento, esperimentan la influencia del frio horrible de aquel clima. Entónces, enormes columnas de hielo se elevan del fondo del precipicio, miéntras que otros trozos de hielo penden de lo alto como otros tantos tubos de órgano. La maza enorme i la rapidez de las aguas, arrastrando sin cesar algunas rocas del fondo del cauce del rio, han hecho retroceder la catarata a cincuenta metros mas atras de lo que estaba hace medio siglo.

X.

En todos los tratados de jeografía física hai noticias de un sorprendente fenómeno, conocido con el nombre de trompa, i mui en particular de la especie conocida con el nombre de trompa marina. Con esas noticias se puede describir ese fenómeno, dándolo a conocer, no tanto en sus causas científicas i en su constitucion como en sus apariencias.

XI.

Se sabe lo que son corrientes marinas, i se trata de describir una. La corriente arrastra sus aguas por un cauce de agua tambien: la diferencia de temperatura i la velocidad con que marcha aquella, marca su diferencia del resto del océano. Tomando por ejemplo la gran corriente del Atlántico, se puede seguir su curso desde el polo austral por las costas de América i de Africa, indicando brevemente la desviacion de algunas de sus partes. La masa principal continúa su camino i va a engolfarse en el golfo de Méjico, donde calienta sus aguas con el sol de la zona tórrida. Allí toma el nombre de Gulfstream: sale del golfo por el canal de Bahama, con una rapidez de ocho quilómetros por hora: su ancho es entónces de catorce leguas: su profundidad de mil piés: su temperatura 15 grados mas alta que la de los mares inmediatos. Se dirije de sur a norte, a cierta distancia de la costa de los Estados Unidos, conservando una

gran parte de su calor. Hácia los 40 grados de latitud norte, el Gulfstream, combatido por la corriente del polo boreal que desemboca del estrecho de Davis, i que parece unirse a él, tuerce hácia el oriente, atraviesa el Atlántico i se divide al acercarse a España, en dos ramas. La principal de ellas, siguiendo la direccion noreste de las costas de la Europa septentrional, baña las costas de la Irlanda, la Escocia i la Noruega, las proteje contra la invasion de la corriente polar del norte que arrastra grandes masas de hielo, i suaviza su temperatura, de tal manera que apesar de la alta latitud a que están situadas, esas costas tienen un clima mas benigno que el de cualquiera otro país colocado en la misma zona, i sus producciones son por esto mismo escepcionales.

Al hacer esta descripcion, conviene tener a la vista una carta de las corrientes del océano Atlántico, para describir la marcha del Gulfstream, i observar atentamente otra carta en que estén trazadas las líneas isotermas para deducir la accion de aquella corriente sobre la temperatura de algunos paises.

XII.

Los viajes emprendidos para reconocer los mares polares i buscar un paso que comunique la Europa con el Asia por el norte de la América, revelan mas que cualquiera otra empresa, la audacia singular i la perseverancia estraordinaria que inspira el amor a la gloria i el entusiasmo por la ciencia. Los frios horribles de las latitudes polares, las tempestades frecuentes en esos mares, la falta de abrigo i de medios de subsistencia, no son mas que algunos de los peligros que ofrecen aquellas esploraciones. Cuando llega la época de los deshielos, las corrientes del mar i los vientos constantes arrastran enormes masas de hielo, de las formas mas caprichosas i fantásticas, de ordinario mucho mas grandes que varios buques reunidos, i van a estrellarse contra las naves destrozándolas en astillas o echándolas a pique, si los marinos que las tripulan no saben evitar el peligro. Cuando llega el invierno, la conjelacion del mar suele cojer a los buques i privarlos de todo movimiento. Comienzan entónces las largas noches de los polos, en que se pierde la luz del sol durante meses enteros. Entónces es cuando las auroras boreales, fenómeno marabilloso que llena de admiracion i de pavor al que lo contempla por primera vez, viene a alumbrar a los hombres. La perseverancia de los hombres se ha sobrepuesto a tantos sufrimientos; i hoi los mares polares han sido bastante esplorados, i nuevas espediciones se preparan para acabar el reconocimiento.

XIII.

No hai nada que recuerde mas al viajero la distancia de su patria que el cambio de cielo, la ausencia de algunos de los astros que ha conocido desde su niñez, i la vista de las estrellas que no estaba acostumbrado a ver. Los viajeros que pasan del hemisferio boreal al austral, encuentran un cielo nuevo desde que se acercan al ecuador. Mayor número de estrellas de primera magnitud, las nébulas denominadas de Magallanes, las nuevas constelaciones, la cruz del sur. sobre todo, ciertos vacíos oscuros

que los astrónomos denominan sacos de carbon, todo en fin les revela que estan léjos de su patria. Aun sin poseer conocimientos astronómicos, este cambio de cielo basta para impresionar al viajero.

XIV.

Entre todos los fenómenos metereolójicos, ninguno mas magnífico i sorprendente que una aurora boreal. Vese primero una nube luminosa, en seguida se forma en ella un punto brillante que se estiende de una manera indeterminada. Las luces cambian de forma con una admirable rapidez, se forma un grande arco luminoso i de formas caprichosas i vagas, de un color amarillo pálido que vuelve su concavidad hácia la tierra. Luego, muchas rayas negruscas separan regularmente las partes luminosas del arco. Se forman rayos luminosos, se alargan o se acortan lenta o instantáneamente, su brillo aumenta o disminuye súbitamente. El arco continúa subiendo hácia el cenit, presentando en su luz un movimiento ondulatorio. A veces, una de sus estremidades o las dos a la vez, abandonan el horizonte: el arco no forma entónces mas que una banda de rayos que toma otros contornos i se separa en muchas partes. El brillo de esos rayos que varia súbitamente de intensidad, así como ellos varian de forma, alcanza el de las estrellas de primera magnitud. Esas manchas luminosas toman color: su base es roja, su centro es verde, i solo su parte superior conserva, como la aurora, su color amarillo pálido. En fin, el brillo disminuye, los colores desaparecen, todo se debilita poco a poco o desaparece súbitamente.

XV.

El año 431 ántes de Jesucristo, una peste horrible asoló a Aténas. Despues de haber hecho sus estragos en Asia se esparce en el Pireo; en seguida, en la ciudad de Aténas i en los campos inmediatos. Esta espantosa enfermedad arrastra a la muerte a los infelices a quienes ataca, despues de ocho dias de sufrimientos crueles. Son pocos los que sobreviven a la enfermedad, i pocos los hombres a quienes no ataca. Aténas ofrece entónces los cuadros mas horribles: los moribundos amontonados sobre los muertos: los infelices a quienes la sed impulsaba a arrastrarse por las calles, medio muertos para llegar al borde de las fuentes: los lugares sagrados atestados de los cadáveres de aquellos que buscaban allí un refujio: los desórdenes morales que la peste introdujo en todos los rangos de la sociedad: los funerales descuidados, los lazos domésticos rotos, el cuidado de los negocios privados i públicos desatendido, las mas santas obligaciones trasgredidas, el órden de las sucesiones invertido, por la desaparicion de familias casi enteras, la codicia sin freno, la relajacion de costumbres buscando goces mas prontos, i apresurándose a adelantarse a la muerte.

XVI.

Cristóbal Colon, cuya empresa habia parecido una loca temeridad, i cuya vuelta no era esperada por nadie, llegó al fin a Barcelona, donde

lo esperaban los reyes don Fernando i doña Isabel. Una prodijiosa muchedumbre, en cuyos rostros se veian el contento, la admiracion, el entusiasmo, se agrupaba para ver al hombre que poco ántes habia sido mirado como un pobre visionario.

Colon atraviesa la ciudad en triunfo. Las primeras muestras de las riquezas del nuevo mundo, los indios que habia llevado consigo, despertaban la curiosidad i la admiracion de las jentes.

Los reyes lo esperan sentados en sus tronos. Sientan a Colon a su lado; i éste les refiere su viaje brevemente i con aquella modestia característica de los grandes hombres. Los reyes le demuestran su gratitud, lo confirman en las anteriores concesiones, i todos los concurrentes se arrodillan para dar gracias a Dios por tan gran descubrimiento.

XVII.

Pompeya es una imájen fiel de una ciudad romana hace diez i ocho siglos. Roma con sus monumentos deja ver solo lo que fué la grandeza, la vida pública; en Pompeya se descubre la casa, la familia, la vida doméstica con todos sus muebles i todos sus útiles. Jamas un cataclismo ha suspendido de una manera tan súbita la vida de un pueblo. El viajero cree encontrarse en una ciudad que acaban de abandonar sus habitantes, i espera verlos volver de un momento a otro. Todo cuanto allí se ve, es un documento para la historia, i un motivo para sérias reflexiones.

XVIII.

El teatro de Aténas era un gran edificio de piedra, de figura semicircular, en que cabian mas de 30,000 personas. Los espectadores se colocaban en tres órdenes de bancos construidos al rededor del semicírculo; i esos tres órdenes correspondian al rango de los asistentes. El escenario estaba al frente, i estaba dividido en tres secciones, la primera para el coro, la segunda para los actores i la tercera para las decoraciones. Las máquinas escénicas eran mui sencillas. El teatro no tenia techo; i por eso cuando caia una lluvia repentina se interrumpia la representacion.

Los actores representaban con máscaras, que por su construccion les permitian estender la voz para ser oidos por toda la concurrencia. Las mujeres no podian representar; i las máscaras, disfrazando a los hombres, disimulaban esta singularidad.

Las representaciones dramáticas eran fiestas públicas presididas i dirijidas por las autoridades. La entrada era gratuita; i el pueblo tomaba un grande interes en la representacion.

XIX.

Al lado oriental de la cordillera de los Andes, i al sur de la América meridional, se estiende una rejion plana conocida con el nombre de Pampas. Apesar de la uniformidad de esta llanura, que permite ver el horizonte en toda su estension, como en el mar, la vejetacion la divide en tres zonas diferentes marcadas por líneas imajinarias que se estienden de norte a sur. La mas inmediata a la cordillera es casi una selva de ár-

boles no jigantescos, como los que se ven en otras rejiones; la segunda tiene ménos árboles; i la tercera casi no posee ninguno. La vejetacion es, sin embargo, mui singular en esta última, i varia por su aspecto en las diversas estaciones del año. Abunda sobre todo el cardo, i alcanza en el verano un gran desarrollo, de tal manera que intercepta la vista al viajero i oculta los ganados. En el invierno, ese cardo se marchita, se seca, cae, se descompone i da oríjen a una renovacion de la vejetacion en la primavera.

XX.

Se trata de describir las nubes. Por la tarde es cuando toman las formas mas singulares i se revisten con sus mas ricos colores. Un observador las ve agruparse en las formas mas variadas. A veces le parece distinguir una porcion de tierra con altas montañas, valles profundos, un ancho rio atravesado por un gran puente, bosquecillos, habitaciones; todo esto no tiene sus colores naturales sino un tinte sombrio. Con la noche todo desaparece: a esta decoracion del cielo sucede otra, la de la luna i las estrellas.

XXI.

El espectáculo de la naturaleza ofrece las mas grandes variedades. Pero no es en los paises habitados, en las tierras cultivadas donde se encuentran los cuadros mas sorprendentes. Es menester buscarlos en las rejiones heladas del polo, o en los paises ardientes de la zona tórrida. La sequedad absoluta de la Arabia Petrea i de los grandes desiertos de Africa, los arenales despojados de toda verdura, contrastan con las inmensas llanuras del nuevo mundo en la misma zona, donde se hallan bosques soberbios, rios inmensos, vastos pantanos, tempestades frecuentes, aves, reptiles e insectos de todas clases.

XXII.

Despues de una larga ausencia se visita la ciudad natal, donde se ha nacido i pasado la niñez; pero donde no reside ya nuestra familia. Los alrededores de la ciudad, los jardines de sus inmediaciones, el rio que la riega, el paisaje risueño que la domina, la casa que habitaba nuestra familia, la escuela en que hemos comenzado nuestros estudios, i donde hemos jugado en nuestra niñez, exitan en nosotros la mas viva emocion i son una fuente fecunda de sentimientos i de cuadros descriptivos.

XXIII.

Los hermosos dias del verano han pasado. El otoño toca a su fin, i el espectáculo de la naturaleza ha cambiado completamente. Las viñas, los bosques, los campos, los prados, los jardines ofrecen un aspecto mui diferente. Su brillo renacerá en la primavera próxima, el campo se cubrirá de flores, etc., etc.; pero los dias pasados no volverán para el hombre, que no se renueva con la naturaleza.

XXIV.

El perro, fiel compañero del hombre, conservará siempre su superioridad sobre los otros animales. La belleza de sus formas, la ajilidad de su cuerpo, la intelijencia que revelan sus ojos, la delicadeza de todos sus sentidos, no son mas que la parte ménos interesante de las dotes que lo hacen el animal favorito del hombre. Por su carácter, es el verdadero prototipo de la amistad, el compañero inseparable del hombre, el ser mas jeneroso i abnegado de cuantos lo rodean. Sumiso, obediente, fiel sobre todo, profesa a su amo un cariño que rara vez, nunca quizá, se encuentra en el alma de los seres racionales. Su instinto le permite distinguir a su amo entre millares de personas; i aunque esté acostumbrado a respetar a muchos, él conoce mui bien a quién debe mas respeto. Pero es menester verlo en el combate para conocer todo su mérito: cuando su amo corre algun peligro, cuando se le ataca, cuando para su distraccion o por necesidad el hombre hace la guerra a otros animales, el perro despliega toda su intelijencia i todo su valor. Sabe mejor que nadie asechar al enemigo, perseguirlo, descubrirlo i atacarlo con una resolucion superior a todos los peligros.

XXV.

La vista del mar en un dia de calma, nos hace creer que vemos un lago inmenso, tranquilo, en que las aguas tienen apénas movimiento. Es menester estudiar las cosas con mas detencion para conocerlas bien. Esa superficie que nos parece constantemente plana i pareja, se levanta i se hincha dos veces cada veinte i cuatro horas; i este fenómeno que no se distingue sino despues de una observacion atenta, se ha verificado siempre desde que hai sol i luna, i se verificará miéntras existan esos astros. Los vientos ajitan las aguas, levantan olas enormes, i destrozan las embarcaciones; i sin embargo, este movimiento que parece poner en revolucion al mar hasta sus mayores profundidades, solo toca las capas mas superficiales de las aguas. En el mismo seno de los mares tiene lugar otra revolucion mas singular: grandes rios se abren camino por entre las aguas, i recorren el océano en todas direcciones, pero con una fijeza semejante a la de los rios que recorren i riegan los continentes. El fondo del mar no es parejo i uniforme, como puede hacerlo creer la apariencia de sus riberas: hai en él alturas i profundidades, cadenas de montañas que se dilatan por una grande estension. Unas veces levantan sus picos hasta afuera de la superficie de las aguas, i forman las islas: otras, casi la tocan i forman los bancos i los escollos ocultos, tan peligrosos para la navegacion; otras, estan mas abajo todavía, i son el asilo de los peces i el sitio de la vejetacion submarina.

TEMAS DE EJERCICIOS.

I.

UN CASTILLO FEUDAL: VIDA DE LOS SEÑORES FEUDALES.

Montbason es uno de los mas hermosos castillos de Francia.

Representáos ante todo una posicion soberbia, una montaña escarpada, herizada de rocas, surcada de cortaduras i de precipicios: sobre la pendiente está el castillo. Las casitas que lo rodean, hacen resaltar su grandeza: el rio Indra parece separarse con respeto: hace un ancho semicírculo a sus piés.

Es preciso ver este castillo cuando al levantarse el sol, relucen sus galerías esteriores con el brillo de las armaduras de los centinelas, i cuando sus torres se muestran resplandecientes con sus nuevas rejas. Es preciso ver esas altas construcciones que llenan de valor a los que las defienden, i de espanto a los que intentaran atacarlas.

La puerta, flanqueada por torrecillas i coronada por un alto cuerpo de guardia, se presenta cubierta de cabezas de jabalíes o de lobos: entrad i tendreis que pasar tres cercos, tres fosos, tres puentes levadizos: os encontrareis en el gran patio cuadrado en que están las cisternas, i a la derecha i a la izquierda las caballerizas, los gallineros, los palomares, las cocheras. Las bodegas, los subterráneos, las cárceles están debajo: encima están las habitaciones, i mas arriba los almacenes, las despensas, los arsenales. Todas las construcciones están bordeadas en su parte superior de troneras (1), de parapetos, de caminos de ronda (2), de garitas. En medio del patio está el torreon que encierra los archivos i el tesoro. Está profundamente foseado en todo su alrededor; i no se entra sino por un puente casi siempre levantado; aunque las murallas tengan, como las del castillo, mas de seis piés de espesor, está revestido hasta la mitad de su altura con una camisa o segunda muralla de grandes piedras canteadas.

Este castillo acaba de ser reconstruido. Tiene algo de lijero, de fresco, de risueño que no tenian los castillos pesados i macizos de los tiempos pasados. Ha sido construido conforme al gusto moderno (3), con grandes piezas de bóveda, ventiladas por ventanas ojivales, con vidrieras de cristales pintados; grandes salas, cuyo piso es hecho con cuadrados de diversos colores; grandes muebles de toda especie; grandes veladores con bajos relieves que representan el infierno i el purgatorio; grandes arma-

(1) El testo emplea la palabra *machecoulis*, término de arquitectura con que se designan las aberturas practicadas en la parte inferior de las galerías salientes en lo mas alto de una torre o de una fortificacion, de manera que, estando defendido por las murallas de la construccion saliente, un hombre podia arrojar piedras, dardos, aceite hirviendo, plomo derretido sobre la cabeza de los asaltantes que atacaban el pié de la muralla.

(2) Camino practicado en la parte superior de la fortificacion de una plaza para servir de pasaje a los soldados que hacen la guardia. Los caminos de ronda existen ahora en muchas cárceles, entre los edificios que sirven de prision i el muro esterior.

(3) Se supone que esta descripcion ha sido escrita en el siglo XIV, de manera que cuando se habla del gusto moderno, se refiere al gusto de ese siglo.

rios tallados en forma de ventanas de iglesia; grandes baules enchapados de fierro; grandes cofres colorados; grandes espejos de vidrio de mas de un pié; grandes espejos de metal de la misma dimension; grandes sillones de brazos, tapizados i adornados con alamares; grandes bancas de espaldar calado; grandes bancas de veinte piés de largo, con gualdrapas que cuelgan o con cojines de telas bordadas i marcadas con escudos de armas. Diré, sin embargo, que las camas no me parecen proporcionadas al estado de los señores: no tienen mas que diez u once piés de ancho: yo he visto mas grandes en casas ménos importantes. Pero nada es mas suntuoso que la decoracion de los aposentos: hai salas de ceremonia, cámaras de ostentacion que toman su nombre particular de los colores o de las representaciones de sus valiosas tapicerías. Hai algunas en que los pilares que sostienen las vigas están incrustados de filetes i de flores de estaño. Hai otras en que algunos personajes de tamaño natural, pintados en las paredes, llevan en sus manos o en sus bocas rollos en que están escritas hermosas sentencias, que se leen con placer en provecho de la moral.

En cuanto a la manera de vivir en estos castillos, solo tengo que observar que no se come sino a medio dia, i que no se cena sino despues de puesto el sol, lo que me parece un poco tarde. El dia se pasa mui agradablemente. Por la mañana veis que el patio se llena de escuderos, de piqueros, de pajes, que hacen ejecutar mil vueltas diferentes a sus caballos. En ocasiones, los donceles (1), algunos de los cuales son prodijios de fuerza, pequeños Sansones, asaltan o defienden durante muchas horas una pequeña estension de terreno, con sus largas picas armadas de fierro, en medio de los aplausos de todos los espectadores.

Despues de comer vienen la barra (2), los palitroques, el tejo i muchos otros juegos. Tenemos ademas los papagayos i los monos. Tenemos tambien a la vieja loca del finado señor de Montbason; i el niño loco del señor actual, tan ájil, tan travieso, que los dias de mal tiempo recorre todos las salas i viene a ser el alma de la casa (3).

El capellan está encargado de los placeres de la tertulia nocturna. Ha visto el mundo: narra agradablemente; pero como nunca ha sido peregrino i no ha vivido ni en los conventos ni en los monasterios, no puede sin peligro de repetirse, referir mas de dos o tres cuentos por noche. Felizmente, tenemos un antiguo comendador de Ródas, que ha visitado la Tierra Santa, i viajado en las tres partes del mundo. Es un hermano del señor de Montbason. Cuenta bien i con buena voluntad. Frecuentemente tambien nos llegan juglares, maromeros: se oyen ademas con frecuencia conciertos de trompas, trompetas, flautas, zampoñas, harpas, laudes, timbales, campanillas: hoi ha pasado un músico que tocaba una gaita i que no ha podido templarla: al fin se reconoció que las cuerdas eran la mitad de tripas de lobo, i la otra mitad de tripas de carnero. Sin embargo, se le pagó tan jenerosamente como a los otros.

(1) Llamábanse así los hijos de los nobles que por ser jóvenes, no habian sido armados caballeros.

(2) Con el nombre de *barre* se conocian en Francia durante la edad media dos ejercicios diferentes. Uno de ellos era un combate con espada detras de una barrera: otro era un juego mui semejante a la barra que se juega en nuestros colejios.

(3) Se sabe que los señores feudales tenian entre sus sirvientes uno o varios locos para divertirse con sus estravagancias.

La vida de estos castillos seria mui feliz si no estuviese mezclada de ansiedades i de alarmas. Algunas veces, en el momento que ménos se espera, durante la comida, en medio del sueño, el centinela toca la campana. Inmediatamente, todo el mundo se pone en movimiento: se levantan los puentes, caen los rastrillos, las puertas se cierran: todos dejan precipitadamente la mesa, la cama, corren a las almenas, a las troneras, a las barbacanas. En estos últimos dias fuí testigo de una de esas alarmas, i durante dos dias solo yo i el capellan tuvimos permiso para dormir: la jente estaba sin cesar en asecho; pero no pasó de allí. Era un vidamo (1) de los alrededores que habia creido que el señor de Montbason hacia levas i preparativos contra él, i que sin enviar aviso previo, salió a campaña con trecientos hombres: hubo conferencias, esplicaciones, i todo se arregló. Con este motivo, la madre del señor de Montbason, nos decia que ahora las guerras no son tan frecuentes como ántes. Se acuerda que la semana de su casamiento hubo un ataque tan largo i vigoroso contra este castillo, que nadie pudo dormir durante ocho dias.

ALEXIS MONTEIL (2),
Historia de los franceses de los diversos estados, siglo XIV, cap. 19.

II.

EL AIRE.

Despues de haber considerado las aguas vamos a examinar otras masas ménos grandes. ¿Veis lo que se llama el aire? Es un cuerpo tan puro, tan sutil i tan trasparente que los rayos de los astros, situados a una distancia casi infinita de nosotros; lo traspasan completamente, sin trabajo, i en un solo instante, para venir a alumbrarnos. Un poco ménos de sutileza en este cuerpo nos habria privado de la luz, o a lo mas nos habria dejado una luz sombría i confusa como cuando el aire está lleno de neblina espesa. Nosotros vivimos sumidos en los abismos de aire, como los peces en los abismos de agua. Del mismo modo que el agua si se

(1) Llamábase vidamo, bajo el réjimen feudal, el que poseia algunas tierras procedentes de un obispo, a condicion de defenderlas a mano armada en caso necesario. Gozaba en esa tierra de los mismos fueros que los señores feudales.

(2) Alejo Monteil es un escritor frances de nuestro siglo (1769-1850), que a fuerza de erudicion llegó a penetrar i describir las costumbres e instituciones de los tiempos pasados como si hubiera vivido en ellos. Su obra mas notable es una *Historia de los franceses de los diversos estados durante los últimos cinco siglos*. Condenando la manera de escribir la historia por medio de la vida de los príncipes i de los guerreros, lo que él llama irónicamente la *historia-batalla*, se propuso escribir la historia del pueblo frances, es decir, de todas las clases, de todas las condiciones, desde las mas altas hasta las mas bajas, de todas las profesiones, relijiosas, civiles e industriales. Divide la historia por siglos, i cada siglo en capítulos, cada uno de los cuales está destinado a un tipo, como el caballero, el clérigo, el escudero, el leproso, etc. Su obra no tiene, pues, unidad; forma solo una galería de cuadros trabajados despues de mucho estudio i trazados con un talento raro. Mas que una historia, es un arsenal de noticias prolijamente investigadas de que se aprovechan los historiadores.

La doble descripcion de Monteil que dejamos copiada, pertenece al segundo i tercer jénero, de que hemos hablado al principio de esta seccion.

sutilizara, llegaria a ser una especie de aire que haria morir a los peces, el aire por su parte, nos quitaria la respiracion si se hiciese mas espeso i mas húmedo: entónces nos ahogariamos en las olas de ese aire condensado, como un animal terrestre se ahoga en el mar.

¿Quién es el que ha purificado con tanta precision el aire que respiramos? Si fuese mas espeso, nos sofocaria; del mismo modo que si fuese mas sutil, no tendria esa suavidad que hace de él un alimento continuo para el hombre: esperimentaríamos en todas partes lo que se esperimenta en las alturas de las montañas, donde la sutileza del aire no suministra bastante humedad i bastante alimento para los pulmones. Pero ¿qué poder invisible exitá i calma tan repentinamente las tempestades de este gran cuerpo fluido? Las del mar no son mas que las consecuencias. ¿De qué tesoro se sacan los vientos que purifican el aire, que refrescan la estacion ardiente, que temperan el rigor de los inviernos i que cambian en un instante la faz del cielo? Sobre las alas de estos vientos vuelan las nubes de un estremo al otro del horizonte. Se sabe que ciertos vientos reinan en ciertos mares en estaciones precisas: duran un tiempo fijo, i les suceden otros como si fueran hechos espresamente para hacer las navegaciones mas cómodas i regulares. Con tal que los hombres sean tan pacientes i tan puntuales como los vientos, harán sin trabajo las mas largas navegaciones.

FENELON (1),
Tratado de la existencia de Dios, parte I.

III.

LA TIERRA.

¿Quién ha suspendido en los aires este globo de la tierra? ¿Quién ha echado sus cimientos? Al parecer nada es mas vil que ella: los mas infelices la pisotean: pero en realidad, se emplean los mas grandes tesoros para adquirirla. Si fuese mas dura, el hombre no podria abrir su seno para cultivarla: si fuese ménos dura, el hombre no podria sostenerse sobre ella; se sumiria en todas partes, como se sume en la arena o en el barro. Del seno inagotable de la tierra sale todo lo que hai de mas precioso.

Esta masa informe, vil i grosera, toma las formas mas diversas, i ella sola da alternativamente todos los bienes que le pedimos. Este barro tan sucio se transforma en mil hermosos objetos que encantan nuestra vista. En un solo año, ella se convierte en ramas, botones, hojas, flores, frutos i semillas, para renovar sus liberalidades en favor de los hombres: nada la agota: miéntras mas desgarran sus entrañas, mas liberal es ella. Despues de tantos siglos en que todo ha salido de ella, aun no está agotada. No se resiente de vejez: sus entrañas encierran todavía los mismos tesoros. Mil jeneraciones han ido a sepultarse en su seno. Todo envejece, escepto ella, que se rejuvenece cada año en la primavera.

(1) Véanse sobre Fenelon las *Noc. de hist lit.*, p. 493.

No falta nunca a los hombres; pero los hombres insensatos se faltan a sí mismos, cuando descuidan el cultivarla. Por su pereza i por sus desórdenes, dejan crecer los zarzales i las espinas, en lugar de los viñedos i de las mieses. Se disputan un bien que dejan perderse. Los conquistadores dejan intacta la tierra por cuya posesion han hecho perecer millares de hombres i han pasado su vida en una terrible ajitacion. Los hombres tienen delante de sí tierras inmensas que están vacías e incultas, i trastornan al jénero humano por un rincon de esa tierra tan descuidada. La tierra, si estuviese bien cultivada, alimentaria cien veces mas hombres de los que alimenta ahora. La misma desigualdad del terreno, que a primera vista parece un defecto, se convierte en adorno i en utilidad. Las montañas se han elevado, i los valles se han abajado, en la forma que el Señor quiso señalarles.

Estas diversas tierras, segun los diversos aspectos del suelo, tienen sus ventajas. En esos valles profundos, se ve crecer la fresca yerba que alimenta los ganados. Cerca de ellas se abren vastas campiñas revestidas de ricas mieses. Aquí se elevan colinas como en anfiteatro, i estan coronadas de viñedos i de árboles frutales. Allí, altas montañas elevan su frente nevada hasta las nubes; i los torrentes que de ella se desprenden son el oríjen de los rios. Las rocas que muestran sus cimas escarpadas sostienen la tierra de las montañas, como los huesos del cuerpo humano sostienen las carnes. Esta variedad forma el encanto de los paisajes, i al mismo tiempo satisface las diversas necesidades del hombre. No hai un rincon de la tierra por ingrato que sea, que no tenga uso alguno.

FENELON (1),
Tratado de la existencia de Dios, part. I.

IV.

LAS PLANTAS.

Admirad las plantas que nacen de la tierra: ellas suministran alimento a los sanos i remedio a los enfermos. Sus especies i sus virtudes son innumerables: adornan la tierra, dan verdura, flores fragantes i frutas deliciosas. ¿Veis esas vastas selvas que parecen tan antiguas como el mundo? Esos árboles se sumen en la tierra por sus raices, así como con sus ramas se elevan a los cielos. Sus raices los defienden contra el viento, i van a buscar como por pequeños tubos subterráneos, todos los jugos destinados al alimento de sus tallos. El mismo tallo se reviste con una corteza dura, que pone la madera tierna al abrigo de los ata-

(1) V. las *Nociones de hist. lit.*, páj. 493.—En este fragmento, como en el que le precede i el que lo sigue, Fenelon ha ostentado todo su talento descriptivo. Analiza la tierra, como ha analizado el aire, señalando todas sus propiedades i todos los beneficios que dispensa al hombre. Es difícil decir mas cosas en tan pequeño espacio. Cada uno de los objetos de la naturaleza terrestre está espresado por un rasgo que basta para mostrar su destino, i es al mismo tiempo una pintura viva, como es fácil conocerlo, considerando con cuidado cada una de sus partes desligadamente.

ques del aire. Las ramas distribuyen en diversos canales la sávia que las raices habian reunido en el tronco. En verano, esas ramas nos protejen con su sombra contra los rayos del sol: en invierno, alimentan la llama que conserva en nosotros el calor natural. Su madera no solo es útil para el fuego: es una materia firme i duradera, a la cual la mano del hombre da sin mucho trabajo todas las formas que quiere para las grandes obras de la arquitectura i de la navegacion. Ademas, los árboles frutales, inclinando sus ramas hácia la tierra, parecen ofrecer sus frutos al hombre. Los árboles i las plantas, dejando caer sus frutos o sus semillas, se preparan a su alrededor una numerosa posteridad. La mas débil planta, la menor legumbre, contiene en el pequeño volúmen de un grano, el jérmen de todo lo que se desplega en las plantas mas altas i en los árboles mas grandes. La tierra, que no cambia, hace estos cambios en su seno.

FENELON (1),
Tratado de la existencia de Dios, parte I.

V.

LA LECCION DE JEOGRAFÍA.

La Sicilia es una isla del Mediterráneo, que forma parte del reino de Nápoles (2). Se ha representado a la Italia como una bota que da un puntapié a la Sicilia. Poned la pierna derecha sobre la rodilla izquierda, i suponed que el hueso de la pierna está limitado por el Mediterráneo, la planta del pié i toda la parte de atras por el golfo de Venecia. Toda la parte que se estiende desde el dedo grande hasta el nacimiento de la pantorrilla pertenece al reino de Nápoles; i la ciudad de Nápoles está al lado del mar, como en la mitad de la parte baja de la pierna. En seguida, el papa toma, sobre el hueso de la pierna, una tajada que se estiende hasta poco mas abajo de la rodilla: la ciudad de Roma está en esta tajada. El Piamonte, que pertenece al rei de Cerdeña, comienza en la estremidad septentrional, i se estiende hácia el norte partiendo del Mediterráneo. Está limitado al norte por la Francia i por la Suiza, i del otro lado por las posesiones austriacas que descienden por detras sobre la corva i la pantorrilla, i sirven de límite a los estados romanos. Como la bota está dispuesta de tal manera que la parte alta es dirijida hácia el noroeste, toda la rejion situada encima de los estados del papa se llama el norte de Italia: se sabe que toda esta comarca ha formado parte del imperio de Napoleon.

WILLIAM COBTETT (3).

(1) V. las *Noc. de hist. lit.*, p. 493.—Todo el mecanismo que constituye la vida de las plantas, está descrito aquí con una gran facilidad de espresion. No se ha omitido ninguna circunstancia importante. Cada rasgo descriptivo contiene una nueva idea i completa el conocimiento del objeto.

(2) Esta descripcion fué hecha ántes de los cambios políticos que desde 1859 han modificado completamente la jeografía de Italia.

(3) Célebre escritor ingles (1762-1835), que salido de una condicion humilde i formado por su propio trabajo, llegó a adquirir una gran reputacion como publicista radical i como popularizador de conocimientos útiles.

VI.

LAS SELVAS EN EL BRASIL.

Tratando de trazar aquí un cuadro del interior de una selva vírjen de los trópicos, no debemos dejar de llamar la atencion sobre las relaciones que existen entre los individuos aislados bajo el punto de vista del instinto de conservacion. Con una vida tan exuberante, una tendencia tan enérjica al desarrollo, el mismo suelo de los trópicos a pesar de su lujosa fecundidad, no puede suministrar en cantidad suficiente la sustancia nutritiva; así, el instinto de conservacion determina entre estos vejetales jigantescos, una lucha incesante; i el desmonte natural se opera en proporciones aun mas considerables que en las selvas de la zona templada. Los árboles llegados ya a un alto crecimiento, i que tienen necesidad de una grande abundancia de sucos nutritivos, se resienten de la influencia de sus vecinos aun mas poderosos, se detienen repentinamente en su desarrollo por falta de alimento, i en poco tiempo vienen a ser presa de las fuerzas jenerales de la naturaleza, que los entrega a una rápida destruccion. Despues de algunos meses de atrofia, se ven los árboles mas magníficos carcomidos por las hormigas i otros insectos, invadidos por la pudricion desde las raices hasta la cima, hasta que al fin se derrumban con estrépito, causando un gran terror a los solitarios habitantes de las selvas. Jeneralmente, los cultivadores han hecho la observacion de que los árboles aislados en medio de muchos otros de una clase diferente, son oprimidos mas fácilmente por estos últimos. Un cultivo regular en que no se ha pensado en estas selvas tan despobladas, debe pues tener por objeto no amontonar las plantas en un estrecho espacio, sino por el contrario mantenerlas a una distanciá conveniente.

En estas selvas primitivas, el mundo animal no es ménos notable que el mundo vejetal. Trasportado por primera vez a estas rejiones, el naturalista no sabe qué admirar mas en los animales, si las formas, los colores o los sonidos. Escepto el medio dia en que todos los seres vivos de la zona tórrida buscan el descanso i la sombra i en que una calma solemne reina en esa naturaleza tropical inundada por el sol, cada hora del dia llama un mundo nuevo de creaturas. La mañana se anuncia por el mujido de los monos chillones, el canto agudo i grave de las ranas i de los sapos, i el grito monótono de las cigarras i de las langostas. Apénas el sol al levantarse en el horizonte, ha disipado los vapores que lo preceden, cuando todas las criaturas saludan con alegría el nuevo dia: las avispas dejan sus nidos de un pié de largo, suspendidos en las ramas, las hormigas salen de sus habitaciones de tierra arcillosa artísticamente construidas con que cubren el tronco de los árboles, i comienzan sus peregrinaciones en los senderos que han trazado: lo mismo sucede con las hormigas blancas que agujerean el suelo en todos sentidos. Las mariposas mas pintadas rivalizan por su brillo con el arco íris, i sobre todo numerosas espéridas vuelan de flor en flor buscando su alimento, o bien reunidas en tropas se asolean en las márjenes arenosas de los frescos arroyos. El menelao con reflejos de azul, el nestor, el adónis, el laértes, la idea, de un blanco azulejo, el euríloco con sus alas sembradas de ojos, toman su vue-

lo como las aves al traves de los húmedos valles i de los verdes zarzales. La feronia de vuelo estrepitoso, se lanza como un dardo de árbol en árbol, miéntras que inmovil i pegada al tronco, la lechuza, la mas grande de las mariposas nocturnas, espera la venida de la noche. Millones de escarabajos, brillando con los mas vivos resplandores, revolotean en el aire, hormiguean como piedras preciosas sobre la fresca verdura de las hojas o sobre la corola embalsamada de las flores. Por todos lados se ven arrastrarse los lagartos, notables por sus formas, su tamaño o la riqueza de sus matices. Avidas de sol, las serpientes venenosas o inofensivas, de pálidos colores las unas, sobrepujando otras el esmalte de las flores, salen del follaje, de las cavidades de los troncos o del suelo, se entrelazan a las ramas i espian a los insectos o a las aves. Desde este momento, todo está lleno de una vida activa: las ardillas, los monos, saliendo del interior de la selva, se dirijen hácia las plantaciones con un aire de curiosidad, i saltan de árbol en árbol silbando i chillando. El jaco, semejante a las gallinas, los hócos i las palomas, descienden de las ramas i vagan aquí i allá por el suelo húmedo de la selva. Otras aves de formas estrañas, de espléndido plumaje, revolotean solitarias o por bandadas al traves de embalsamados matorrales. Los papagayos verdes, azules o rojos, agrupados en la cima de los árboles o volando hácia lás plantaciones i las islas, llenan los aires con parlero bullicio. El tucano saca de su gran pico huecos sonidos semejantes al ruido de un molinete, i sus lamentos llaman la lluvia. Las activas pirolas se deslizan fuera de sus grandes nidos que cuelgan en forma de bolsas, para visitar las naranjas maduras; i las que sirven de centinelas, anuncian con sus gritos ásperos i penetrantes la aproximacion del hombre. Las solitarias mucherolas, al acecho de los insectos, se lanzan de los árboles o de los arbustos, i en su rápido vuelo cojen al menelao que se mece en los aires o al brillante escarabajo que zumba. Sin embargo, oculto en la enramada, el enamorado tordo exhala su contento en dulces melodias; los bulliciosos gorriones se entregan a sus pasatiempos en la espesura; i para engañar al cazador, repiten ora de un lado, ora del otro, su canto semejante al del ruiseñor, miéntras a lo léjos resuenan los golpes que con su pico da el carpintero en la corteza de los árboles. Dominando todos estos ruidos diversos, el uraponga, colocado en las mas altas cimas, hace oir sonidos metálicos semejantes al choque del martillo sobre el yunque, i que, pareciendo alejarse o acercarse, segun la posicion del ave, dejan al viajero en la sorpresa. Miéntras que todo lo que vive celebra con sus cantos la belleza del dia, los lindos colibríes, que rivalizan en brillo i en magnificencia con los diamantes, las esmeraldas i los záfiros, voltejean por enjambres al rededor de las mas bellas flores. Al ponerse el sol, la mayor parte de los animales vuelven al reposo. Solo el ájil gamuza, el feroz tesajú, el tímido agutí i el tapir con su hocico en forma de trompa, continuan paciendo aquí i allá, miéntras que el didelfo, el filandro i las diversas especies de gatos monteses, se deslizan mañosamente en la oscuridad de la selva para espiar su presa. En fin, el mujido del gato chillon, el grito del perezoso, que parece pedir socorro, el bullicio de las ranas i el acento acre i triste de las cigarras, vienen a cerrar el dia, i el grito del macuco, del capusira, del sapo volador, i el barítono de la rana jigante anuncian la entrada de la noche. Millones de escarabajos fosforecentes aparecen como torbellinos por to-

das partes, como fuegos fatuos; i semejantes a los fantasmas, los murciélagos vampiros revolotean en las espesas tinieblas de la noche de los trópicos.

CARLOS FEDERICO MARTIUS (1),
Viaje al Brasil.

VII.

LON CINCO SENTIDOS DEL HOMBRE.

El cuerpo del hombre está evidentemente destinado, no a marchar en cuatro patas, como los animales, sino a mantenerse de pié sobre el suelo en una actitud recta i majestuosa. De esta manera, la vista de los objetos situados delante él i en la bóveda celeste, le es sumamente fácil. Los sentidos tienen por objeto hacerle conocer todo lo que lo rodea; por medio de ellos, debe entrar en íntima relacion con el resto del universo. Para ello, los órganos de los sentidos han sido colocados en la cabeza como en la posicion mas conveniente, i han sido marabillosamente adaptados a las funciones que deben desempeñar.

Como guardianes, los ojos ocupan la parte mas elevada, a fin de poder, conforme a su destino, dominar cuanto es posible todos los objetos. El ojo entero es movible, a fin de poder dirijir libremente las miradas de un lado a otro. Resguardos del ojo, los párpados son mui suaves, a fin de que no lastimen ese órgano: están tambien dispuestos de la manera mas cómoda para cubrir la pupila; i la providencia ha querido que esto pudiese tener lugar un número incalculable de veces, i con la mayor rapidez. Los párpados están defendidos por las pestañas como por una palizada. Ellas rechazan lo que el aire en movimiento podria arrojar al ojo abierto; i cerrándose herméticamente, protejen durante el sueño el ojo envuelto por el párpado. El ojo, ademas, está encerrado en una cavidad, i su seguridad está garantida por las partes salientes que lo rodean. Bastante prominente, el hueso frontal está tambien cubierto por las cejas, que desvian hácia los lados el sudor que se desprende de la cabeza i de la frente. Los huesos situados abajo del ojo forman una lijera prominencia que proteje el ojo por esa parte. La posicion de la nariz es tal, que

(1) Martius era un célebre naturalista i viajero aleman, natural de Baviera, que despues de una larga vida (1794-1868) empleada en el estudio i en el trabajo, ha dejado un nombre ilustre en la historia de las ciencias. Formando parte de una comision científica enviada por el Austria con motivo del viaje de la princesa Leopoldina que venia al Brasil a desposarse con don Pedro I, Martius recorrió ese inmenso e interesante país durante tres años, de 1817 a 1820, estudiando su naturaleza, i recojiendo plantas i animales. El resultado de estos estudios fué una serie de obras científicas sobre el Brasil, emprendidas en asociacion con Spix, otro sabio distinguido que habia sido su compañero de viaje. Spix murió ántes de ver terminados sus trabajos, i Martius siguió en ellos con un ardor que le permitió darles cima. Sus principales obras, algunas de las cuales son monumentales por su estension i por la ciencia, se refieren a la botánica i a la etnografía del Brasil. Sus descripciones de las plantas, cuando quiere salir de las áridas clasificaciones técnicas, abundan en colorido i en elegancia.

semejante a una muralla colocada entre los dos ojos, sirve a su vez para protejerlos.

Como las orejas están destinadas a percibir el sonido que tiende a elevarse por el movimiento natural del aire, se les ha asignado con mucha sabiduría un lugar elevado. La entrada de este órgano está siempre abierta, porque tenemos necesidad de este sentido aun durante el sueño, puesto que por medio de él se nos despierta. El conducto esterno es tortuoso, a fin de que nada pueda entrar directamente. Ademas, la naturaleza ha tapizado este conducto con una sustancia grasosa, semejante a la liga, en que deben quedarse pegados los insectos mas pequeños que caigan en la oreja. El borde esterno, que llamamos propiamente oreja, hace una salida hácia fuera, a fin de protejer el órgano i de evitar que el sonido se deslice al pasar, i no penetre en el oido. El conducto auditivo es huesoso i mui contorneado, porque estas dos cualidades refuerzan el sonido.

La nariz está situada en la cabeza, porque todos los olores se dirijen hácia lo alto; i como al mismo tiempo es el juez de los alimentos i de las bebidas, se le ha colocado con un propósito mui sabio en las inmediaciones de la boca. Es verdad que la nariz debia estar perfectamente abierta, porque tiene que desempeñar su oficio a cada instante; pero a fin de que nada dañoso pudiera llegar hasta adentro, era necesario que el conducto fuese estrechándose. En fin, para que el polvo i los otros objetos pudiesen ser espulsados, debia hallarse en un estado permanente de humedad.

El gusto, cuyo oficio es distinguir el alimento que tomamos, tiene su asiento en el conducto de la comida i de la bebida. Este órgano está perfectamente resguardado. La boca lo encierra; primero, para hacer mui cómodo su uso, i segundo, a fin de evitar que se embote.

El tacto está igualmente repartido en toda la superficie del cuerpo, a fin de que podamos ser advertidos de la impresion de los objetos esteriores i de los ataques del frio i del calor.

Para producir los sonidos diversos que constituyen el lenguaje, i por medio de los cuales el alma humana espresa sus pensamientos, la naturaleza ha empleado instrumentos de un arte increible. La traquiaarteria trae a la boca el aire que se convierte en sonido o voz humana; la lengua suaviza el sonido, lo fortifica o lo modera a su antojo; los dientes i las otras partes de la boca concurren tambien a este resultado.

Si era necesario que los brazos i las manos pudiesen moverse libremente en todos sentidos, i desempeñar funciones diversas respecto de todas las partes del organismo, el lugar que ocupan era el único que debian tener. ¡Cuánta flexibilidad no dan las diversas articulaciones que en la mano son mas i mas delicadas i prolijas! Por medio de ellas solamente podia el hombre llegar a la habilidad en la pintura, la escultura i la música. Solamente con el ausilio de los brazos ha podido cultivar los campos, construir las casas, procurarse vestuarios i mejores utensilios, entregarse a la navegacion, domar los animales mas vigorosos que él, i utilizar a su antojo i de la manera mas variada, la naturaleza i los elementos.

Así es como por medio de los órganos que le han sido dados, por medio de su constitucion sólida, pero al mismo tiempo mui flexible i apa-

rente para todos los movimientos, el hombre ha sido puesto en estado de ejecutar lo que, conforme a su naturaleza, el alma quiere i manda para la conservacion, la proteccion i el placer del hombre.

J. J. SULZER (1),
Consideraciones morales sobre las obras de la naturaleza.

VIII.

EL TAJO.

Al oir el nombre de este rio tan celebrado por los poetas, la imajinacion exitada involuntariamente, se forja los mas risueños cuadros: se figura orillas encantadoras, formadas por anchas praderas esmaltadas por las flores mas fragantes: vaga exaltada deliciosamente bajo la sombra aromática de árboles espesos, cuyas ramas, enlazadas a las del laurel de Apolo, se encorvan bajo el peso de sus frutos de oro. El soplo de los templados vientos mas suave que el mismo céfiro, acaricia allí un follaje eterno, i la móvil superficie una onda cristalina que, deslizándose con pesar por un lecho brillante de piedras preciosas, arrasta en sus sinuosidades insensibles los granos de oro puro que forman su arena. Al suave murmullo de este nuevo Pactolo, se mezcla el armonioso concierto que forman saludando a la aurora mil aves brillantes adornadas con el mas rico plumaje. Graciosas pastoras, pastores felices conducen en estos lugares rebaños deslumbradores, de quienes no se exije mas que la leche superflua o el vellon que les sobra i en pago de los cuidados que se les dispensan, i los cuales no tienen que temer ni el cuchillo del carnicero ni el diente cruel de los lobos hambrientos. Los animales feroces son desconocidos en estos apacibles lugares: jamas su proximidad llamó al combate al perro fiel, el cual si alguna vez vela guardando a las ovejas i a los

(1) Juan Jorje Sulzer es un sabio i escritor suizo que vivió en el siglo pasado (1720-1779). Cura de campo i preceptor en su juventud, pasó despues a Berlin, entró a la academia de ciencias de esta ciudad i obtuvo una cátedra de filosofía, llegando a ser uno de los grandes metafísicos de la Alemania. Hizo prolijos estudios sobre las ciencias naturales, i escribió diversas obras. Una de ellas lleva por título *Ensayos de física aplicados a la moral, o consideraciones morales sobre las obras de la naturaleza*, coleccion de estudios diversos, semejantes al que trascribimos en el testo. Sulzer es ademas autor de una obra de estética mui aplaudida, que tiene por título *Teoría universal de las bellas artes*, en que revela un profundo conocimiento de las ciencias i de las artes, i los principios mas sólidos en materia de gusto.

En el capítulo 4.º del libro I de las *Memorias sobre Sócrates*, Jenofonte pone en boca de Sócrates un discurso destinado a probar la existencia de Dios por medio de la armonía que reina en toda la naturaleza. Ahí se encuentran algunas líneas referentes a los sentidos de nuestro cuerpo, que contienen ideas mui semejantes a las del fragmento trascrito en el testo, "¿No es una maravilla de la providencia, dice, que nuestros ojos, órgano débil, estén provistos de párpados que como dos puertas, se abran en caso necesario i se cierren durante el sueño; que estos párpados tengan pestañas que semejantes a las empalizadas, las defiendan contra el furor de los vientos; que las cejas se avancen en forma de techo sobre los ojos, para impedir que el sudor los incomode cuando cae de la frente; que el oido reciba todos los sonidos sin llenarse jamas, etc?

corderos, es solo para dar a su señor el tiempo de cantar sus constantes amores. La miel, purísima naturalmente, mana del tronco de las encinas: el vino mas jeneroso, un aceite perfumado, no necesitan que el hombre venga a estraerlos de las frutas que los prodigan. Ningun clima en el universo recuerda mejor los campos Eliseos, donde la antigüedad colocaba la morada de paz prometida a las almas de los justos.

La realidad, sin embargo, está mui léjos de la pomposa reputacion que, desde el tiempo de los romanos, se han complacido los poetas en dar al mas triste de los rios.

Orillas áridas, ásperamente cortadas a pico, un lecho jeneralmente torrentoso, embarazado i estrecho, aguas amarillentas casi continuamente cenagosas, hé ahí lo que caracteriza verdaderamente este rio Tajo. Recorre ordinariamente campos desprovistos de vejetacion, secos, abandonados, donde el ardor del sol devora una vejetacion dura, corta, leñosa, cuando el soplo de las tempestades no eleva un polvo rojizo que penetra la ropa i va a dar su tinte siniestro al rostro del campesino, así como a los tristes bosquecillos de encinas pequeñas escapadas a la destruccion entre las rocas desnudas. Solo el buitre, entre las aves carnívoras que habitan este austero valle, domina allí los aires, amenazando los pequeños rebaños de desaseados carneros merinos, guiados por pastores mas desaseados todavía, compañeros desgraciados i groseros de los animales que defienden no solo contra los lobos sino contra los linces de que están llenos los montes de Gredo i los Lusitanos. Ninguna parte de España es mas salvaje ni mas pobre que la que se finje ser la mas risueña i la mas rica. Los puntos un poco ménos desheredados por la naturaleza que se encuentran aquí i allí a lo largo del rio que hemos representado tal como es, no bastan ni con mucho para merecerle el nombre de *Tajo dorado* i esa celebridad que se le dió, adoptando como verdades, las exajeraciones de los poetas.

BORY DE SAINT VINCENT (1),
Guia del viajero en España.

IX.

LA CATARATA DEL NIÁGARA.

Esta imponente catarata es formada por el rio San Lorenzo (2), en su paso del lago Erie al lago Ontario. El San Lorenzo es uno de los mayo-

(1) J. B. Bory de Saint Vincent, naturalista, jeógrafo e injeniero militar frances, despues de una vida (1780—1846) ocupada en espediciones i trabajos científicos i literarios, ha dejado un nombre ilustre en la historia de las ciencias de nuestro siglo. Sus obras no son notables solo por su gran saber, sino por su talento descriptivo i por su ingenio de escritor.

(2) El rio San Lorenzo es el que lleva al mar las aguas de los grandes lagos de la América del Norte, pero no toma este nombre sino a su salida del lago Ontario. Entre este lago i el Erie se llama propiamente Niágara.

res rios del mundo; i la masa de sus aguas se descarga en este lugar por una cascada perpendicular de 150 piés de altura. No es posible presentar a la imajinacion algo que corresponda a la grandeza de la escena. Un rio estremadamente profundo i rápido, i que sirve para llevar al océano las aguas de una gran parte de la América del norte, se arroja allí precipitadamente desde una masa de rocas que se levantan como una muralla en medio del lecho de su corriente. El rio, un poco mas arriba, tiene cerca de tres cuartos de milla de ancho; i las rocas en el sitio de la catarata, se levantan mas de cuatro varas sobre la superficie de las aguas. En su caida, éstas no forman una línea recta, sino que se ahuecan en el centro, formando una herradura de caballo, de tal manera que la catarata ofrece a la vista una especie de teatro, el mas marabilloso i tremendo que pueda presentar la naturaleza. Exactamente en el medio de aquellas murallas circulares de agua, un islote que ha desafiado el furor de la corriente, presenta una de sus estremidades i divide las aguas en dos partes; pero vuelven a unirse mucho ántes de llegar al precipicio. El mujido de la cascada se oye a muchas leguas de distancia; i la furia de las aguas a terminar su caida, es inconcebible. El precipicio produce una niebla que se levanta como verdadera nube, i que forma el mas hermoso arco íris cuando brilla el sol.

OLIVERO GOLDSMITH (1).

(EL MISMO ASUNTO).

Poco tardamos en llegar al borde de la catarata, que se anunciaba con sus espantosos mujidos: está formada por el rio Niágara, que sale del lago Erie i desemboca en el lago Ontario, siendo su altura perpendicular de 144 piés. Como desde el lago Erie hasta el salto, corre el Niágara por una rápida pendiente, en el momento de la caida mas bien que un rio es un mar, cuyos tronadores torrentes se empujan i chocan en la entreabierta boca de un abismo. La catarata se divide en dos brazos, i se encorva a manera de herradura. Entre estos brazos se adelanta una isla, que socavada por sus cimientos, parece suspendida con todos sus árboles sobre el caos de las ondas. La masa de rio que se precipita hácia el mediodía, se redondea a manera de un inmenso cilindro, i desplegándose luego como una cortina de nieve, resplandece al sol con todos los colores, miéntras la que se despeña hácia el oriente, baja en medio de una sombra espantosa. a semejanza de una columna del diluvio. Mil arcos íris se encorvan i cruzan sobre el pavoroso abismo. Las aguas, al azotar los estremecidos peñascos, saltan en espesos torbellinos de espuma, que se levantan sobre los bosques cual los remolinos de humo de un vasto in-

(1) Distinguido escritor ingles, irlandes de nacimiento que vivió en el siglo pasado, (1728-1774) i que forma uno de esos contrastes casi inesplicables entre el carácter i el sentido comun por una parte, i la intelijencia por la otra. Uno de sus amigos le hizo en vida un epitafio burlesco que lo caracteriza mui bien, i que traducido al castellano, quiere decir: "Aquí yace Olivero: escribia como un ánjel i hablaba como un tonto." V. las *Noc. de hist. lit.* p. 573.

cendio. Los pinos, los nogales silvestres i las rocas cortadas a manera de fantasmas, decoran aquella escena sorprendente; las águilas, arrastradas por la corriente de aire, bajan revoloteando al fondo del antro, i los carcajus se suspenden por sus flexibles colas de la estremidad de una rama, para cojer en el abismo los mutilados cadáveres de los alces i de los osos.

CHATEAUBRIAND (1),
Atala.

X.

LA TROMPA MARINA.

Nos hallábamos a cien leguas poco mas o ménos de Santo Domingo. Desde que nos separamos de las costas de Francia, ningun acontecimiento habia hecho notable nuestra navegacion. La brisa, que apénas se hacia sentir por la mañana, i que nos habia obligado a desplegar todas las velas, comenzaba a refrescar (2): en breve, i casi sin transicion, el viento se levantó, se hizo impetuoso, i nuestro buque hendió las olas con una espantosa rapidez.

Aunque el viento se habia levantado súbitamente, el tiempo era hermoso: la bóveda del cielo permanecia siempre azul. En la tarde, el horizonte, inflamado entónces por el sol que descendia majestuosamente al mar, tenia el aspecto de un vasto incendio. La superficie de las aguas, resplandeciente de luz, se asemejaba a un lago sin límites de materias en estado de fusion; i si por casualidad se veia pasar por esta parte del cielo alguna ave marina, nuestros ojos la distinguian como una de esas partículas negras de papel quemado que se elevan encima de las llamas.

De repente, grandes olas blancas, espumosas i en forma de torbellino, i a las cuales los rayos inflamados del sol hacian deslumbradoras, vinieron a golpear la proa de nuestro buque, que flotaba entónces en medio de olas de espuma.

Sin embargo, la ajitacion de las aguas, estendiéndose de una manera circular, habia alcanzado ya a cerca de cien toesas (doscientos metros) de diámetro: se habria creido, al ver este movimiento de las olas, que el mar estaba ajitado por alguna convulsion interior. En breve, el agua se elevó como una pequeña colina, i marchó delante de nosotros, hinchándose a medida que avanzaba, con un ruido, un mujido, cuya causa no podia adivinar, pero que, sin embargo, no tenia nada de asustador. Poco a poco, i del medio de esta montaña líquida, vi nacer, surjir, elevarse una columna que su-

(1) V. las *Noc. hist. lit.* p. 530. Esta famosa descripcion, tantas veces reproducida i tantas veces admirada, se presta sin embargo, a un análisis detenido por medio del cual se manifestaria que el esceso de imajinacion, la grande abundancia de figuras, pueden ser un defecto. En este sentido la ha analizado M. B. Jullien en sus *Questions et exercices de rhétorique et de littérature* p. 6.

(2) Término marino que significa que el viento se hace mas fuerte.

bió en torbellino, silbando, alargándose siempre i casi tocando a las nubes con su cabeza. Entónces ofreció un espectáculo admirable i sublime aquel pilar de cristal entre la tierra i el cielo: los reflejos del sol lo habian coloreado con sus mil matices, i los colores del arco íris que se reunian como en un prisma, alumbraban este cono con una luz viva, purpurina, variable, miéntras que la sombra, recojida en su base, lo hacia aparecer sobre un zócalo de bronce sostenido por montones de nieve.

"¡Una trompa! ¡una trompa!" gritaron al mismo tiempo oficiales i marineros.

Al oir estas palabras, esperimenté un momento de terror involuntario: era la primera vez que veia este fenómeno que en las descripciones embusteras, o a lo ménos exajeradas, que habia leido, me habia sido pintado como mui peligroso. Me habia formado de este accidente del mar una idea mui terrible: parecíame que ibamos a ser sumerjidos bajo esa masa de agua; pero la espresion tranquila de todas las caras me dió seguridades. Sin embargo, el silencio de la admiracion i no del terror reinaba entre los marineros; i todas las precauciones se limitaban a maniobrar para evitar el encuentro de la trompa.

Despues de haber admirado algunos instantes esta escena verdaderamente májica, el capitan esclamó:

"Cargad la carronada (1) de adelante." I cuando esta órden hubo sido ejecutada:—"Vuelta piloto. ¡Atencion!...¡Fuego!"

El tiro partió resonando; i la bala cortó la columna por su base. Tembló, vaciló un instante i despues cayó de repente, como una inmensa avalancha (2).

Algunos segundos despues, el océano no conservaba ninguna huella de este fenómeno estraordinario.

PEDRO HENNEQUIN (3).
Pequeño viaje marítimo al rededor del mundo.

XI.

EL GULFSTREAM O CORRIENTE DEL GOLFO.

El golfo de Méjico es un verdadero foco de calor, tanto porque se encuentra situado en la zona tórrida, cuanto porque está encerrado por todas partes. Por el estrecho de la Florida sale una inmensa cantidad de agua tibia, cuya profundidad es de mil piés: tiene catorce leguas de ancho, i una rapidez de ocho quilómetros por hora.

(1) Cañon corto i lijero, mui usado en la marina hasta hace pocos años. Saca su nombre de la célebre fundicion de Carron (en Escocia), donde fué inventado en 1774.

(2) Masas de nieve que se desprenden de la cima de las montañas, ruedan engrosándose i se precipitan con un ruido terrible.

(3) Pedro Hennequin, institutor frances establecido en Rusia, es autor de muchas obras destinadas a la enseñanza de la juventud, escritas todas en frances. Unas versan sobre la literatura e historia literaria, otras sobre la jeografía i las ciencias físicas.

"Existe un rio en el océano, dice el comandante Maury (1). No deja de correr en las mayores sequías: no se desborda en las mayores creces. Sus riberas i su lecho son capas de agua fria entre las cuales corren aguas tibias i azules. En ninguna parte del mundo existe una corriente tan majestuosa. Es mas rápida que el Amazonas, mas impetuosa que el Missisipi; i la masa de estos dos rios no representa la milésima parte del volúmen de aquella."

Al salir del golfo, la corriente se lanza en el Atlántico conservando intacta durante mas de mil leguas sus hermosas aguas azules en el lecho verdoso del océano: i el navegante puede observarla llevando el termómetro en la mano, porque este instrumento sumido a veces en la corriente i a veces en sus orillas, marca una diferencia entre ambas de 15 grados, en aquella latitud, i de 16 i hasta 25 grados así que se acerca a los mares mas frios del norte.

El Gulfstream sigue su marcha rápida hasta la altura de los bancos de Terra Nova; pero en este punto recibe el choque formidable de una corriente helada que baja del polo, cargada en ciertas épocas de montañas de hielo. Las aguas tibias del Gulfstream derriten esos hielos, i precipitan al fondo del océano las rocas que ese derretimiento ha arrancado de las costas vecinas al polo norte, rocas que se acumulan, se cimentan, elevan poco a poco el nivel del mar i forman montañas submarinas, que mas tarde serán islas. Los bancos de Terra Nova no tienen otro oríjen.

Este choque espantoso, despedaza la preciosa corriente; pero sus ramas esparcidas continúan su benéfica mision: una corre al noreste, i conserva bastante calor i fuerza para derretir los hielos en las costas de Islanda i de Noruega, i para arrojar allí los troncos de árboles de las selvas ecuatoriales. Otro brazo rodea con una cintura de agua tibia las islas británicas, hace florecer allí el mirto i mantiene árboles i praderas siempre verdes. Sin él, la Escocia tendria la temperatura del Labrador i de la Siberia, que situadas en la misma latitud, tienen durante el invierno la espantosa temperatura media de 20 grados bajo cero. Una tercera rama penetra en el canal de la Mancha i hace reinar en Cherburgo i San Malo una temperatura de invierno mas suave que la de la Lombardía. No es raro ver que se pasan muchos inviernos en Bretaña sin heladas: la higuera produce ahí exelentes frutos. En fin, el Gulfstream, agotado i enfriado, trae un poco de fresco sobre las costas del Portugal i del Africa, i va al otro lado del cabo Verde, a unirse a la corriente ecuatorial, que lo lleva de nuevo a su hogar primitivo.

ALFREDO RICHE (2).

---

(1) Mateo Maury, célebre astrónomo i meteorolojista, i una de las mas altas glorias científicas de nuestro siglo, nació en el estado de Virjinia (Estados Unidos) en 1806. Es autor de la *Jeografía física del mar*, publicada en 1854, la primera obra en su jénero que se conozca.

(2) Sábio frances, contemporáneo, profesor de química en la escuela de farmacia de Paris i repetidor en la escuela politécnica. Esta interesante descripcion, que consideramos notable por su exactitud i su claridad, nos parece solo una abreviacion de otra mucho mas estensa que da M. Elisée Reclus en el 2.º tomo, pájs. 81 a 94, de su interesante obra titulada *La Terre*, en que trata con tanto saber como elegancia todas las cuestiones concernientes a la física terrestre.

XII.

LOS MARES POLARES.

De todas las empresas marítimas, aquella en que el hombre ha empleado mas perseverancia es el descubrimiento de un paso al norte de la América para ir en via recta de Europa al Asia.

Desde hace mas de tres siglos, los esploradores estan empeñados en esta obra con una perseverancia sorprendente. Aquello es una sucesion de mártires. Cabot (1), el primero, no salvó sino por la rebelion de sus marineros que le impidieron ir mas léjos. Barentz (2) muere de frio, i Willoughby (3) de hambre. La espedicion de Cortereal (4) desaparece completamente. Hudson (5) es arrojado por los suyos, sin víveres, sin velas, en una chalupa, i no se sabe que suerte corrió. Behring (6), encontrando el estrecho que separa la América del Asia, pereció de fatiga, de frio, de miseria en una isla desierta. En nuestros dias, Franklin (7), se

(1) Sebastian Cabot, el célebre viajero que descubrió las costas de los Estados Unidos, fué piloto mayor de España, e hizo un viaje de esploracion al rio de la Plata, i de quien se ocupa mucho la historia de América. Vuelto mas tarde a Inglaterra, dirijió en 1552 una célebre espedicion a los mares del norte de Europa, en que él mismo no pudo tomar parte por sus enfermedades i su vejez. Esa espedicion fué el orijen de las primeras relaciones comerciales entre la Rusia i la Inglaterra. M. Michelet se refiere en el testo al viaje de Cabot en 1498, cuyos pormenores son bastante desconocidos.

(2) Guillermo Barentz, navegante holandes, que hizo dos viajes buscando un paso para la China por el norte de Europa. Descubrió a Spitzberg en 1595.

(3) Sir Hugo Willoughby, navegante ingles, que formaba parte de la espedicion preparada en 1552 por Cabot. Pereció en 1554 en las costas de Laponia.

(4) Gaspar Cortereal, célebre navegante portugues que hizo dos famosos viajes al nuevo mundo. En el primero (1500) esploró las costas del Canadá. En el segundo (1501) se dirijió a las rejiones árticas, i desapareció con todos sus compañeros. Un hermano suyo (Miguel Cortereal), que fué en su busca el año siguiente, corrió la misma suerte.

(5) Enrique Hudson, navegante ingles que descubrió entre 1609 i 1610 el rio que lleva su nombre, i sobre el cual está situada Nueva York, i en seguida el estrecho i la gran bahia de Hudson. En 1611 su tripulacion sublevada los echó al mar en una chalupa sin provisiones ni armas junto con su hijo i seis personas que habian permanecido fieles. No se supo nunca la suerte que corrió. Se le supone muerto en un naufrajio o asesinado por los salvajes.

(6) Tito Behring o Bering, navegante danes, al servicio de la Rusia, que esploró los mares entre el Asia i la América i el estrecho que lleva su nombre, i murió en la isla desierta de Avatcha, llamada hoi de Behring, en 1741.

(7) Sir John Franklin, célebre navegante ingles que pereció en una espedicion a los mares del polo. "En 1845, dice mas adelante M. Michelet, el infortunado Franklin se perdió en los hielos. Se le buscó durante doce años. La Inglaterra desplegó entónces una honorable obstinacion. Todos la ayudaron. Americanos, franceses han perecido allí. Los picos, los cabos de la rejion desolada, al lado del nombre de Franklin, guardan el de otros que se sacrificaron por salvar a un ingles. En abril de 1853 se encontró al fin el pasaje buscado durante trecientos años. Se debió el descubrimiento a un rasgo feliz de desesperacion. El capitan John Maclure, que habia entrado por el estrecho de Behring, se encontró encerrado entre los hielos, agobiado por el hambre, i no pudiendo volver, se aventuró a marchar hácia adelante. Anduvo cuarenta millas i encontró en el mar del este algunas naves inglesas. Su atrevimiento lo salvó, i el gran descubrimiento quedó consumado." Apesar de los nuevos descubrimientos, parece que aquella via no será nunca la del comercio entre la Europa i el Asia.—No estará demas advertir que los restos de la espedicion de Franklin fueron encontrados en 1857, i que se supo que su muerte tuvo lugar en 1847, despues de dos años de penosas esploraciones en los mares polares.

ha perdido en los hielos; i solo se le encuentra muerto, habiendo tenido él i los suyos la necesidad terrible de recurrir al último recurso, comerse los unos a los otros. Todo lo que puede desalentar a los hombres se encuentra reunido desde la entrada de estas navegaciones del norte. Mucho ántes del círculo polar, una fria neblina pesa sobre el mar, se apodera de vosotros, os cubre de escarcha. Las cuerdas se ponen tiesas; las velas se inmovilizan; el puente se hace resbaladizo por el hielo; la maniobra difícil. Los escollos que se mueven, las grandes masas de hielo que amenazan sin cesar, se distinguen apénas. En lo alto del mástil, en su garita cargada de escarcha, el vijía señala de momento en momento la aproximacion de un nuevo enemigo, de un fantasma blanco i jigantesco que frecuentemente tiene doscientos, trecientos piés encima del agua.

Pero esta lúgubre procesion que anuncia el mundo de los hielos, i el combate obstinado para evitarlos, aviva los deseos de pasar mas adelante. Hai en lo desconocido del polo yo no sé que atractivo de horror sublime, de sufrimiento heroico. Los que sin acometer la empresa de pasar de un mar a otro, han visitado solo el norte i contemplado solo a Spitzberg, conservan una profunda impresion. Esa masa de picos, de cadenas, de precipicios que eleva a cuatro mil quinientos piés su frente de cristales, es como una aparicion en el sombrío mar. Sus ventisqueros se destacan, en medio de las nieves pálidas, por sus vivos replandores, verdes, azules, purpurinos, en forma de chispas i de pedrerías, que le forman una diadema deslumbradora.

Durante la noche de muchos meses, la aurora boreal se ostenta a cada instante en todo el esplendor singular de una iluminacion siniestra; Vastos i espantosos incendios que ocupan todo el horizonte, erupcion de rayos magníficos, un Etna fantástico que inunda con lava ilusoria la escena del eterno invierno.

J. MICHELET (1),
El mar.

XIII.

BELLEZAS DEL HEMISFERIO AUSTRAL.

Desde que entramos en la zona tórrida, no nos cansábamos de admirar la belleza del cielo meridional que, a medida que avanzábamos hácia el sur, descubria a nuestros ojos nuevas constelaciones. Se esperimenta un sentimiento estraño i desconocido cuando se avanza

(1) Julio Michelet, uno de los mas ilustres escritores i de los mas laboriosos historiadores de nuestro siglo, nació en Paris en 1798. Ademas de sus obras históricas, que lo han hecho célebre, ha compuesto varios libros de ciencia popular, *El insecto*, *El ave*, *El mar*, *La montaña*, i otros de filosofía social. Todos ellos llevan el sello de su talento descriptivo, lleno de concision i de vigor, i propagan sus ideas reformadoras i liberales.

hácia el ecuador, i sobre todo cuando se pasa de un hemisferio a otro i se ven abajarse gradualmente i desaparecer al fin las estrellas que se han aprendido a conocer desde la primera infancia. Nada recuerda mas vivamente al viajero la gran distancia de su patria que la vista de un nuevo cielo. La acumulacion de las grandes estrellas, algunas nébulas dispersas que rivalizan en brillo con la via láctea, i espacios notables por un color negro poco comun, dan al cielo meridional una fisonomía particular. Este espectáculo sorprende la imajinacion aun de aquellos que, no habiendo estudiado las ciencias elevadas, contemplan la bóveda celeste como se admira un hermoso paisaje o un majestuoso punto de vista. No hai necesidad de ser botanista para reconocer la zona tórrida al solo aspecto de la vejetacion; i sin haber adquirido conocimientos en la astronomía, sin haberse familiarizado con los planisferios celestes, se conoce que no se está en Europa cuando se ve levantarse en el horizonte la inmensa constelacion del Navío, o las nubes fosforecentes de Magallanes. La tierra, el cielo, todo en las rejiones equinoxiales toma un carácter estraño.

Las rejiones bajas de la atmósfera estaban desde muchos dias cargadas de vapores. En la noche del 4 al 5 de julio (1799), a los diez i seis grados de latitud norte, vimos distintamente por primera vez la Cruz del sur: estaba mui inclinada i aparecia de tiempo en tiempo entre las nubes, cuyo centro surcado por relámpagos de calor, reflejaba una luz plateada. El placer que esperimentamos al descubrir la Cruz del sur fué participado ardientemente por los pasajeros i marineros que habian habitado las colonias. En la soledad de los mares, se saluda una estrella como un amigo del cual se ha estado separado desde largo tiempo. Entre los portugueses i españoles, ciertos motivos particulares parecen aumentar este interes: un sentimiento relijioso les hace querida una constelacion cuya forma trae a su memoria el recuerdo del símbolo de la fe que sus antepasados propagaron en los desiertos del nuevo mundo.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT (1),
Viaje a las rejiones equinoxiales del nuevo continente, tomo I.

(1) El baron Alejandro de Humboldt, ilustre naturalista prusiano, nació en Berlin en 1769, i murió en la misma ciudad en 1859. Fortificado con los mas sólidos estudios, i despues de haber publicado algunos trabajos científicos que lo hicieron conocer del mundo sabio, obtuvo del gobierno español permiso para hacer un viaje a América. Asociado con Bompland, distinguido botanista frances, emprendió en 1799 el viaje que le ha granjeado la mayor parte de su fama. Durante cinco años, visitó i esploró la isla de Tenerife, Venezuela, Nueva Granada, la provincia de Quito, una parte del Perú, el vireinato de Nueva España i las Antillas, i volvió a Europa para dar a luz la obra estensa en que consignó sus observaciones. La jeografía, la etnografía, la jeolojia, la historia natural i la estadística, todo fué objeto de sus estudios; i en todos estos ramos hizo descubrimientos i observaciones que suponen una organizacion intelectual de primer órden. El resultado de sus viajes, publicado en muchas obras con diversos títulos, forma una coleccion tan valiosa por la investigacion científica como por la rica imajinacion del escritor. Citarémos solo una de esas obras, *Exámen crítico de la historia de la jeografía del nuevo continente* en 5 volúmenes, publicada entre 1835 i 1838, i que es un monumento de investigacion i de sagacidad históricas. Aparte de éstas, el baron de Humboldt escribió muchas otras obras, una de las cuales lleva el título griego de *Cosmos* (el mundo), descripcion física del globo i resúmen del conjunto de los conocimientos humanos sobre el cielo i la tierra, resultado de un saber inmenso i de un gran talento de esposicion. Aunque desempeñó en su patria algunos destinos diplomáticos, toda su gloria, toda su reputacion proviene de sus trabajos i de sus obras. La meteorolojia i la climatolojía, la física jeneral, la jeografía botánica i zoolójica le deben una parte de sus progresos modernos. Este saber tan estenso i tan variado ha valido a Humboldt el nombre de Aristóteles moderno, que le dieron sus admiradores i que el mundo sabio ha confirmado.

XIV.

UNA AURORA BOREAL.

A mi vuelta de Estocolmo me esperaba otro fenómeno mas sorprendente: una aurora boreal.

Volvia a mi casa a eso de media noche con uno de mis compañeros de viaje, alumbrados por una hermosa luna. De repente percibimos una luz vaga i blanquizca esparcida en el cielo. Nos preguntábamos si seria alguna nube alumbrada por la luna; pero era algo ménos compacto aun, mas indeciso: se hubiera creido que era la via láctea o una nébula lejana. Miéntras estábamos perplejos todavía, se formó un punto luminoso, se estendió de una manera indeterminada; i de repente se vieron grandes gavillas, largas cuchillas, inmensos cohetes en el cielo: en seguida, todas estas formas se confundian, i en su lugar aparecia un arco luminoso de donde caia una lluvia de luz. Con frecuencia, lo que pasaba delante de nosotros no podia compararse a nada: eran formas fujitivas, imposibles de describirse i que el ojo podia retener con dificultad, tan rápidamente se sucedian, se confundian i se borraban. Jamas se podia prever con un segundo de anticipacion el espectáculo que iba a ofrecer el calcidoscopo (1) celeste. Lo que se creia ver habia desaparecido, miéntras se trataba todavía de formarse una idea clara. El marabilloso espectáculo parecia siempre acabar i recomenzar, i era imposible observar el pasaje de una decoracion a otra. No se las veia aparecer en el cielo; pero de repente se las encontraba, i parecia que siempre habian estado allí. En una palabra, nada puede dar una idea de lo que hai de movible, de caprichoso, de impalpable en esos juegos brillantes de una luz nocturna; i aun la luna que estaba llena en ese momento, perjudicaba con su brillo al de la aurora boreal: por esa razon la luz de ésta era blanca i pálida; sin esto, a las variaciones de formas se habrian unido las variaciones de colores, los reflejos colorados, verdes, inflamados, que dan frecuentemente a las auroras boreales la apariencia de un vasto incendio.

J. J. AMPÈRE (2),
Literatura i viajes (Alemania, Escandinavia) etc.

---

(1) El caleidoscopo es un anteojo formado por un tubo de carton o de metal: en el interior se colocan a lo largo barras de espejo, formando un paralelipido, i ordinariamente un prisma. Dentro del espacio comprendido por los espejos se colocan diversos objetos, como pedazos de vidrios de color, hojitas de árboles, pedazos pequeños de encaje, etc. Haciendo jirar el instrumento delante del ojo, se perciben los dibujos mas variados, i mas simétricos por la reflexion de los objetos en los espejos. Este instrumento, cuya construccion puede variar mucho, tiene aplicaciones mui curiosas en la industria. Por medio de él se obtienen los modelos mas fantásticos para la pintura de las telas.

(2) Juan Jacobo Ampère, célebre literato frances, nacido en Lyon en 1800 i muerto 1864. Hijo de un físico i matemático mui famoso, Ampère hizo profundos estudios de literatura francesa i estranjera, emprendió varios viajes a oriente i a la América, i escribió muchas obras de viajes i de historia civil i literaria, que se distinguen por la grande estension de sus conocimientos i por el arte de escritor.

XV.

LA PESTE DE ATENAS.

En los principios de la epidemia, los médicos no pudieron dar ningun remedio porque no la conocian, i porque la muerte los alcanzaba mas pronto por su relacion mas inmediata con los enfermos. Todos los esfuerzos humanos fueron impotentes. En vano se hicieron rogativas en los templos, se consultaron los oráculos o se recurrió a otras prácticas semejantes. Todo fué inútil; i abatidos por la fuerza del mal, los atenienses acabaron por renunciar a esos espedientes.

La enfermedad comenzó, segun se dice, en Etiopia: pasó al Ejipto i a la Libia, se estendió en la mayor parte de los dominios del rei de Persia, i se arrojó de improviso sobre la república de Aténas. Atacó al principio a los habitantes del Pireo, que pretendian que los del Peloponeso (los lacemodonios) habian envenenado los pozos; porque aun no habia fuentes en ese barrio. Ganó en seguida la parte alta de la ciudad; i entónces fué cuando hizo los mayores estragos. Dejo a cada cual, médico o nó, el cuidado de esplicar el oríjen i de buscar los remedios: haré solamente la historia, a fin de que se puedan, si reaparece, reconocer los síntomas i prevenir los efectos. Diré lo que sé, porque yo mismo la he sufrido i porque la he observado en otras personas.

En jeneral, la enfermedad atacaba de repente, i sin ninguna causa aparente, en medio de la mejor salud. Al principio, el enfermo esperimentaba grandes ardores de cabeza, los ojos se enrojecian e inflamaban, la garganta i la lengua se ponian sanguinolentas, la respiracion desarreglada, el aliento fétido. A estos síntomas sucedian los estornudos i la ronquera. En poco tiempo, el mal ganaba el pecho i causaba una fuerte tos. Cuando atacaba el corazon, exitaba fuertes palpitaciones, i se esperimentaban junto con violentos dolores, todas las erupciones de bílis a que los médicos dan nombres diversos. La mayor parte de los enfermos hacia oir sordos jemidos que eran seguidos de convulsiones violentas: en algunos se calmaban pronto, en otros eran mas obstinadas. La cútis no era mui ardiente al tacto, ni tampoco pálida, sino rojiza, lívida, cubierta de pequeñas pústulas i de úlceras. El interior era tan ardiente que el enfermo no podia soportar ni las capas mas lijeras, ni las frazadas mas finas; permanecia desnudo, i no tenia mayor placer que echarse al agua fria. Viéronse muchos que no estando bien vijilados, se precipitaron a los pozos, atormentados por una sed que no podia saciarse. Sin embargo, lo mismo daba beber mucho que poco. El enfermo no podia procurarse ningun descanso, i estaba atormentado por un insomnio continuo.

Miéntras el mal estaba en su fuerza, el enfermo no se enflaquecia: era verdaderamente sorprendente como el cuerpo podia soportar tanto sufrimiento. Los enfermos, a lo ménos la mayor parte, conservando todavía algun vigor, eran consumidos entre el séptimo i el noveno dia por el fuego interior que los devoraba, o si pasaban de este término, el mal descendia al bajo vientre, se declaraba allí una violenta ulceracion, sobrevenia una diarrea horrible, i jeneralmente perecían de debilidad: por-

que la enfermedad, despues de haber establecido su asiento en la cabeza, ganaba sucesivamente todo el cuerpo, i los que escapaban de los accidentes mas graves, guardaban en las estremidades las señales de lo que habian sufrido. El mal se adheria a los piés i a las manos; i frecuentemente no se escapaba sino perdiendo uno de estos miembros: muchos perdian la vista: otros encontraban durante su convalecencia que lo habian olvidado todo, i no reconocian a sus amigos, ni se reconocian a sí mismos.

Esta enfermedad, mas terrible que todo lo que puede decirse, se mostraba superior a las fuerzas humanas en todos sus efectos, i en cualquiera persona que atacase; pero lo que sobre todo hacia conocer que diferia de las enfermedades ordinarias de nuestra especie, es que las aves i los cuadrúpedos que se alimentan con cadáveres humanos, o no se acercaban a los cuerpos que en gran número quedaban insepultos, o si se atrevian a comerlos, morian. Se tuvo la prueba de ello viendo desaparecer las aves carnívoras: no se veia una sola alrededor de los cadáveres ni en otra parte. Los perros, acostumbrados a vivir en sociedad con los hombres, hacian sentir mejor los efectos del contajio.

Tales eran en jeneral los síntomas de la enfermedad, sin detenerse en un gran número de accidentes, que no se asemejaban en las diferentes personas. Unos perecian desatendidos; otros en medio de los mayores cuidados. No se encontró, por decirlo así, ningun remedio que fuese útil a los que lo empleaban: lo que sentaba bien a uno, hacia daño a otro. Ningun temperamento, débil o vigoroso, ponia a salvo del mal: atacaba a todas las naturalezas i resistia a todo réjimen. Lo que habia de mas terrible era el desaliento de los desgraciados a quienes atacaba: perdian inmediatamente toda esperanza, caian en un abandono completo de sí mismos, i no trataban de resistir. Es verdad que cuidándose unos a otros, se infectaban mutuamente, como los rebaños enfermos, i perecian: fué ésto lo que causó la mayor destruccion. Aquellos que por temor no querian acercarse a los otros, morian abandonados; i muchas familias se estinguieron por falta de jente para cuidarlas: los que se acercaban a los enfermos encontraban la muerte. Tal fué sobre todo la suerte de las personas que poseian algunas virtudes: tenian vergüenza de economizar su vida, e iban a cuidar a sus amigos, porque las personas de la casa, abatidas por el exeso de fatigas, acababan por ser insensibles a las quejas de los moribundos. Los que habian escapado de la enfermedad, eran los que tenian mas compasion por los enfermos i por los muertos, porque ellos habian conocido los mismos sufrimientos, i porque ya se encontraban libres de peligro, pues el mal no atacaba dos veces mortalmente. Recibian las felicitaciones de los otros: ellos mismos gozaban en el presente por la vuelta de la salud, i tenian para el porvenir una esperanza confusa de que en mucho tiempo no se verian atacados por una enfermedad mortal.

La afluencia de la jente de los campos que venia a refujiarse a la ciudad, se unió a las desgracias de los atenienses para agravarlas; i los recien venidos sufrian mas que los otros. Como no habia casas para ellos, i como vivian apretados en chozas sofocadas durante los mayores calores de la estacion, perecian confusamente; i los muertos eran amontonados sobre los moribundos. Algunos desgraciados, medio muertos, ávidos de encontrar agua, se arrastraban por las calles i cerca de las

fuentes. Los lugares sagrados, donde se habian levantado tiendas, estaban repletos con los cadáveres.

Cuando el mal hubo llegado a su mas alto período, no sabiendo nadie en que iba a parar aquello, se perdió todo respeto por las cosas divinas i humanas. Todas las ceremonias ántes en uso para los funerales, fueron violadas. Cada cual sepultaba los muertos como podia. Muchas personas, por la escasez de las cosas mas necesarias, recurrian a los medios mas mezquinos para tributarles los últimos deberes. Unos se apresuraban a colocar su muerto i a quemarlo en una hoguera que no les pertenecia, dando aviso a los que la habian formado: otros, miéntras se quemaba un muerto, arrojaban sobre él el cuerpo que ellos mismos traian, i se retiraban inmediatamente.

La peste introdujo en la ciudad muchos otros desórdenes. Ante el espectáculo de las rápidas vicisitudes de que los atenienses eran testigos, de los ricos, muertos casi repentinamente, i de los que no teniendo nada heredaban sus fortunas, quisieron muchos abandonarse públicamente a los placeres de que ántes gozaban con reserva. Buscaban goces prontos, bajo la idea de que no poseian sus bienes i su vida mas que por un dia. Nadie se dignaba darse ningun trabajo por las cosas lejítimas, a causa de la incertidumbre en que estaban de si moririan ántes de haberlas alcanzado. El placer i todos los medios de ganar para procurárselo, hé ahí lo que se consideró útil i hermoso. Ni el temor de los dioses ni el de las leyes humanas contenian a nadie: parecia igual reverenciar a los dioses u olvidarlos, cuando se veia perecer indiferentemente a todo el mundo. El culpable no creia vivir el tiempo necesario para recibir su sentencia: figurábase mas bien ver suspendida sobre su cabeza una pena pronunciada ya; i, teniendo que sufrirla, creia justo el aprovecharse de lo que podia quedarle de vida.

Hé aquí el cuadro de los males que agobiaron a los atenienses.

TUCÍDIDES (1),
Guerra del Peloponeso, lib II. § 47-54.

XVI.

COLON RECIBIDO POR LOS REYES CATÓLICOS EN BARCELONA.

Impaciente Colon por volver a España, no se detuvo mas que cinco

(1) Véanse las *Noc. de hist. lit.*, p. 59.—Esta admirable descripcion de tan espantosa epidemia, es considerada por los críticos como un modelo en su jénero. Es verdad que es algo estensa; pero es tan rica en observaciones exactas i en rasgos pintorescos, que no hai un solo detalle perdido, una sola idea inútil para el conocimiento cabal i perfecto de aquella enfermedad i de sus estragos. Los poetas han buscado en ellas sus imájenes; i los médicos una enseñanza. Los antiguos tenian a este respecto la misma opinion que los modernos. "Tomad por modelo a Tucídides, decia Luciano en el siglo II de la era cristiana, porque usa sobriamente de su grande arte de describir... Si cuando describe la peste nos parece mas largo, considerad un poco las cosas, i entónces reconocereis su celeridad: él queria avanzar; pero los numerosos detalles lo retienen."

dias en Lisboa. El 15 de marzo (1493) llegó al puerto de Palos de Moguer, siete meses i once dias despues de su salida del mismo punto. Tan pronto como se divisó su barco, todos los habitantes corrieron a la playa para abrazar a sus parientes i compatriotas, i para saber noticias de su viaje; mas luego que conocieron el feliz éxito de su espedicion, cuando vieron los hombres estraordinarios traidos por Colon, los animales desconocidos, i las raras producciones de los paises que habia descubierto, la efusion del gozo fué jeneral i no pudo ser contenida: se repicaron todas las campanas, i se hicieron salvas de artillería. Colon a su desembarco, fué recibido con los mismos honores con que lo hubiera sido el rei; todo el pueblo acompañó al almirante i a su tropa en solemne procesion a la iglesia, en donde dieron gracias a Dios por haber coronado con tan feliz resultado el viaje mas largo i mas importante que se hubiese emprendido jamas. En la tarde del mismo dia, tuvo Colon el gusto de ver entrar en el puerto a *La Pinta*, que la violencia de la tempestad habia arrojado mui léjos al norte.

El primer cuidado de Colon fué poner en noticia del rei i de la reina, que estaban entónces en Barcelona, su llegada i sus descubrimientos. Fernando e Isabel, igualmente sorprendidos i enajenados de un resultado que casi no esperaban, contestaron a Colon de la manera mas honorífica i lisonjera, mandándole que pasase inmediatamente a la corte, pues querian saber de él mismo los pormenores de su espedicion, i las circunstancias del señalado servicio que acababa de hacerles. En su viaje a Barcelona, el pueblo corria en tropel de todos los puntos vecinos al camino, le seguia con admiracion i le prodigaba los mayores aplausos. Los reyes dispusieron que su entrada en la ciudad se hiciese con todo el aparato correspondiente a un acontecimiento que iba a dar tanto lustre a su reinado. Los indios que Colon habia traido de los paises que acababa de descubrir, marchaban los primeros; su color, su fisonomía, i la singularidad de toda su persona, los hacian ser considerados como hombres de una nueva especie: despues de estos, se llevaban los adornos de oro trabajados por el arte grosero de estos pueblos, los granos de oro encontrados en las montañas, i los polvos del mismo metal recojidos en los rios, i por último todas las producciones de aquellos nuevos paises. Colon cerraba la marcha, i llamaba la atencion de los espectadores. Todos contemplaban con admiracion a este hombre estraordinario, cuyo jenio i valor habian conducido a los españoles, por medio de mares desconocidos, al descubrimiento de un nuevo mundo. Fernando e Isabel le recibieron sentados en su trono, revestidos de todos los ornamentos reales, i colocados bajo un magnífico dosel: se levantaron a su llegada; i no permitiéndole arrodillarse para besarles la mano, le mandaron tomar asiento en una silla preparada para él, i hacerles la relacion de su viaje; lo que verificó en seguida con la gravedad tan conveniente al carácter de la nacion española como a la dignidad de la asamblea, i al mismo tiempo con la modesta sencillez de un ánimo superior que, contento con haber ejecutado grandes cosas, no trata de ensalzarlas por vana ostentacion. Luego que concluyó su narracion, el rei i la reina se arrodillaron para dar gracias a Dios por un descubrimiento de que esperaban sacar grandes ventajas para sus reinos: dispensaron a Colon las muestras mas brillantes del reconocimiento i de la admiracion que les inspiraban su valor i sus trabajos: fué confirmado así como sus herederos, por una real

cédula, en todos los privilejios estipulados en el tratado de Santa Fé, i su familia fué ennoblecida.

ROBERTSON (1),
Historia de América, lib. II

XVII.

POMPEYA.

En Roma no se encuentran mas que los restos de los monumentos públicos, i esos monumentos no trazan mas que la historia política de los siglos pasados; pero en Pompeya se ofrece a nuestra vista la vida privada de los antiguos tal como era. El volcan que ha cubierto de cenizas esta ciudad, la ha preservado de los ultrajes del tiempo. Jamas se habian conservado así los edificios espuestos al aire; i este recuerdo sacado de las escavaciones, se ha encontrado todo entero. Las pinturas, los bronces se hallaban aun en toda su belleza primitiva; i todo lo que puede servir a los usos domésticos, se ha conservado de una manera sorprendente. Las ánforas están todavía preparadas para el festin del dia siguiente: la harina que iba a ser amasada está aun allí. Los restos de una mujer están adornados con las alhajas que llevaba el dia de fiesta que el volcan interrumpió; i sus brazos disecados, no sujetan ya el brazalete de pedrerías que aun los rodea. En ninguna parte se puede ver una imájen tan sorprendente de la interrupcion súbita de la vida. El surco de las ruedas está marcado visiblemente en el piso de las calles; i las piedras que rodean los pozos, dejan ver la huella de las cuerdas que las han abierto poco a poco. Se ven aun en las paredes de un cuarto de guardias, los caractéres mal formados, las figuras groseramente bosquejadas, que los soldados trazaban para pasar el tiempo, miéntras que ese tiempo avanzaba para tragarlos.

Cuando uno se coloca entre dos calles, allí donde puede verse por todos lados la ciudad que subsiste casi entera, parece que se espera a alguien, que va a llegar alguno de sus habitantes; i la misma apariencia de vida que ofrece esta mansion, hace sentir mas tristemente su eterno silencio. Con pedazos de lavas petrificadas se ha construido la mayor parte de estas casas que han sido sepultadas por otras lavas. Así, ruinas sobre ruinas i tumbas sobre tumbas. Esta historia del mundo, en que las épocas se cuentan por los restos de otras formaciones, esta vida humana, cuya huella se sigue a la luz de los volcanes que la han consumido, llena el corazon de una profunda melancolía ¡Cuánto tiempo hace que existe! ¡Cuánto tiempo hace que vive, que sufre i que perece!

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 576.—El fragmento que dejamos copiado contiene la hermosa descripcion de un hecho histórico, que en realidad no puede llamarse narracion, porque la especie particular de los detalles i circunstancias, está destinada a presentarnos un cuadro visible, palpable, por decirlo así, de la accion. Robertson ha agrupado con gran concision, pero con un arte superior, todos los pormenores conducentes a darnos a conocer las fiestas a que dió lugar la vuelta de Colon de su glorioso viaje, i el recibimiento que le hicieron los reyes.

¿Dónde se pueden encontrar sus sentimientos i sus ideas? ¿Está impregnado de ellas el aire que se respira en estas ruinas, o están depositados para siempre en el cielo donde reina la inmortalidad? Algunas hojas quemadas de los manuscritos que se han encontrado en Herculano i en Pompeya, i que se trata de desenvolver en Portici, es todo lo que nos queda para interpretar a las desgraciadas víctimas que el volcan, el rayo de la tierra, ha devorado. Pero pasando cerca de estas cenizas que se quiere reanimar, uno no se atreve a respirar de miedo que un soplo lijero se lleve ese polvo donde se contienen quizá nobles ideas.

MADAMA DE STAEL (1),
Corina.

XVIII.

EL TEATRO DE ATENAS.

Este es el lugar de describir el teatro de Aténas, cuyo destino i cuya gloria parecian adheridos a los de Sófocles.

Formado al principio con tablas colocadas a la lijera sobre postes, i construido en seguida de madera, el primer teatro de Aténas se hundió miéntras se representaba una pieza de Pratínas. Entónces fué reconstruido de piedra con gran magnificencia, en el ángulo de la ciudadela.

Era un vasto i soberbio edificio: al rededor del monumento habia un pórtico, detras del cual se desarrollaban en semicírculo tres órdenes de gradas, separadas por anchos pasadizos, comunicados entre sí por escalas. Abajo se estendia el lugar de la orquesta, que quedaba vacío i reservado para los ejercicios del canto i de la danza: en frente se levantaba el escenario. En la primera fila de gradas se colocaban los majistrados, los jenerales, los senadores, los sacerdotes: en la segunda, los jóvenes: el tercer piso quedaba abandonado para el resto del pueblo. Habia lugares reservados para las señoras de Aténas, que se encontraban así separadas de los hombres i de las cortesanas; i un banco de honor destinado a los grandes ciudadanos a quienes la nacion habia discernido esta recompensa. La entrada al teatro era gratuita.

El aspecto de la asamblea era por sí solo un espectáculo animado i alegre. Treinta mil espectadores, i quizá mas, se sentaban en las gra-

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 531.—Esta hermosa descripcion fué escrita en 1807: desde entónces los trabajos ejecutados en Pompeya han puesto a la vista una gran parte de la ciudad. Bajo la intelijente direccion del injeniero Fiorelli, que las preside desde 1861, las escavaciones han sido hechas con notable intelijencia, i la ciudad antigua ha sido esplorada. Los manuscritos encontrados en aquella ciudad i en Herculano, i que guardando todavía la forma de rollos de papiro, se convertian en polvo al tocarlos, han sido desenvueltos mediante injeniosos aparatos, interpretados i dados a luz desde 1809. Desgraciadamente, esos manuscritos no forman parte de las obras de ciertos autores que han llegado incompletas hasta nosotros, i que habrian tenido un grande interes para la posteridad, como Tito Livio, Caton, Polibio, etc. Se han hallado sí algunos fragmentos considerables de Epicuro, de Filodemo i de otros filósofos,—V. sobre la destruccion de esas ciudades la p. 112 i siguientes de este libro.

das. Unos hacian tender bajo sus piés alfombras de púrpura, i se reclinaban sobre cojines que les llevaban sus esclavos: otros se hacian servir vino, frutas, confites, bebian i comian riendo. Telas de púrpura, tendidas sobre las cabezas, los preservaban del ardor del sol; porque el teatro no estaba cubierto; i si por casualidad caia una lluvia repentina, cada cual huia; el teatro i los actores eran abandonados: todos buscaban un refujio en los templos i bajo los pórticos.

El escenario estaba dividido en tres partes: el timeleo, donde se colocaba el coro, el escenario propiamente dicho, i en fin la parte reservada a las decoraciones i a las máquinas.

Los griegos se servian en efecto de máquinas variadas. Se veian en su teatro cambios repentinos, dioses que bajaban del cielo, fantasmas que salian del seno de la tierra, mensajeros celestes que atravesaban el teatro volando. Sin embargo, se puede juzgar de la sencillez de su mecanismo por uno que usaban para imitar el trueno: se limitaban a arrojar de mui alto algunos guijarros a una urna de bronce.

Las decoraciones que adornaban la escena estaban divididas en tres clases mui distintas, las de la trajedia, de la comedia i del drama satírico. Desde la primera mirada, el espectador podia conocer qué jénero de pieza iba a ver representar. Las decoraciones de la trajedia representaban ordinariamente la plaza pública de una ciudad magnífica: en el fondo, el pórtico de un soberbio palacio, cuyas tres entradas estaban adornadas de columnas: la del medio estaba reservada al primer actor, las de la derecha i la izquierda a los papeles secundarios: el coro entraba por los lados. Sin embargo, esta uniformidad no era constante: a veces los ojos del espectador encontraban una campiña risueña o una soledad horrible, un puerto cubierto de naves o las tiendas de un campamento i todo el aparato de la guerra. La grande estension permitia con frecuencia a los decoradores, en vez de imitar la naturaleza, transportarla al teatro, levantar allí verdaderos palacios i amontonar rocas de granito.

Un escenario semejante exijia actores igualmente grandes. Hombres de una talla ordinaria, perdidos en medio de estas construcciones colosales, habrian escapado a las miradas de esos millares de espectadores encerrados en ese recinto inmenso, i su débil voz no habria podido llegar a los oidos atentos de la muchedumbre. Así, los actores calzaban el coturno, que los realzaba algunas veces cuatro o cinco pulgadas. Ciertas especies de guantes prolongaban sus brazos: su pecho, sus hombros, todas las partes de sus cuerpos eran ensanchadas proporcionalmente. Su misma voz se hacia mas fuerte i estrepitosa: para esto servia principalmente la máscara que envolvia la cabeza de los actores.

Hubo, sin embargo, muchos otros motivos para este uso que hoi nos parece tan estravagante. Las leyes i las costumbres de Aténas no permitian a las mujeres salir a la escena: todos los papeles estaban, pues, representados por hombres. ¿Pero qué se haria entónces el encanto i la ilusion de los papeles de Efijenia, de Antígona i de Fedra? La máscara vino en ayuda de la verosimilitud. Un hombre cubierto con un rostro femenino que adornaban todas las gracias de la juventud i de la belleza, i cuya inmóvil fisonomía era disimulada por la distancia, pudo, sin chocar las miradas, tomar el nombre i el papel de esas célebres princesas. Desde entónces, cada personaje tuvo una figura, un aspecto invariable, cuyo tipo se perpetuó, i que hizo de todos los héroes de la trajedia griega,

poco numerosos es verdad, como una serie de retratos históricos. Desde la aparicion de un actor, los espectadores nombraban a Hércules, a Orestes o a Agamenon, cuyas facciones figuradas en la máscara, reconocian perfectamente. Hemos dicho que la grande estension del escenario ateniense exijia una voz mas que humana. La boca abierta de la máscara, revestida de láminas de bronce i de metales sonoros, servia de porta-voz, i esparcia en la asamblea esos acentos vehementes que sembraban el espanto.

Los trajes participaban de esta uniformidad que reinaba en el teatro griego. No se diferenciaban sino por su mayor o menor riqueza. Los reyes ceñian su frente con una diadema, se apoyaban en un cetro, en cuyo estremo habia un águila, i usaban largos vestidos flotantes en que brillaban el oro, la púrpura i todos los colores. Los héroes estaban siempre armados i cubiertos con una piel de leon, de tigre o de jabalí: todos los que se encontraban en infortunio vestian un traje negro u oscuro, que algunas veces caia en harapos. El traje indicaba siempre de una manera invariable, el rango, el sexo i la fortuna del personaje.

El autor no tenia facultad de designar a los actores encargados de los diversos papeles: el arconte los designaba a la suerte. Los mismos actores representaban igualmente en la comedia que en la trajedia. Por lo demas, aunque espuestos a todos los inconvenientes de su profesion, las pifias, los silbidos, las injurias, gozaban de una gran consideracion, i algunas veces se veian encargados de altas funciones públicas. Aun la calidad de actor se consideraba honrosa, puesto que era preciso tener el título de ciudadano para figurar en la escena, aun entre los coros.

El coro, compuesto al principio, en tiempo de Esquilo, de cincuenta actores, reducido en seguida a doce, i constituido al fin en quince por Sófocles, era dirijido por un corifeo, que tomaba la palabra a su nombre, declamaba o cantaba mezclándose en la accion. En los intermedios, que en cierto modo equivalian a nuestros entreactos, todas las voces se reunian i cantaban en conjunto. Frecuentemente, los actores mezclaban el baile con las palabras, baile imitativo i grave, cuyo objeto era espresar con mas enerjía los sentimientos de que estaba penetrado el autor. La trajedia griega, mezcla de declamacion, de baile i de canto, era, pues, mui semejante a nuestras óperas. La música sencilla i lenta no servia mas que para arreglar la voz. El actor que cantaba, estaba acompañado por la flauta, i el que declamaba, por la lira. El canto iba precedido de un preludio ejecutado por uno o dos flautistas.

FABRE D'OLIVET (1),
Estudios literarios.

---

(1) Antonio Fabre d'Olivet, literato frances de nuestro siglo (1796-1825) es ménos conocido como novelista i como autor dramático, que como erudito i filólogo. Ha espresado sobre los jeroglíficos ejipcios i sobre la Biblia las opiniones mas estravagantes; pero sus estudios críticos revelan un saber sólido. La interesante descripcion del teatro griego que dejamos copiada, puede ser comparada con las pájinas que al mismo asunto destina el abate Barthelemy en su *Viaje del jóven Anacársis en Grecia*, una de las obras mas notables que se hayan compuesto jamas sobre la historia antigua, notable por una ciencia inmensa i por la elegancia del estilo.

XIX.

LAS PAMPAS DE AMÉRICA.

Al este de la cordilléra de los Andes se estiende una vasta llanura que se llama las Pampas, i que tiene cerca de 900 millas de ancho. Yo he recorrido una parte ella. Aunque colocada toda ella bajo la misma latitud, se divide en varias rejiones cuyo clima i cuyos productos difieren esencialmente. Saliendo de Buenos Aires, la primera parte de estas rejiones está cubierta de trébol i de cardos en una estension de 108 millas (1); la segunda que tiene 450 millas, produce grandes yerbas; i la tercera que llega hasta el pié de la cordillera, no es mas que una selva de árboles pequeños i de arbustos. La segunda i la tercera ofrecen casi el mismo aspecto todo el año: todos los árboles, grandes i pequeños, están verdes, i la yerba de que está cubierta la llanura no pasa mas que del verde a un color oscuro; pero la primera rejion presenta un espectáculo diferente en cada estacion. En invierno, las hojas de los cardos son grandes i esponjadas; i el paisaje en toda su estension tiene la apariencia de un campo de nabos. El trebol es estremadamente vigoroso i abundante en esta estacion; i la vista de los animales que pacen en toda libertad, es de una gran belleza. En la primavera, el trébol ha desaparecido, las hojas de los cardos cubren el suelo, i el campo toma una apariencia vulgar. En ménos de un mes se verifica un cambio estraordinario: todo el país se trasforma en una espesa selva de cardos enormes, que alcanzan casi de repente una altura de diez a once piés, i que están llenos de flores. Cubren el camino por ambos lados i ocultan enteramente la vista: se hace imposible distinguir un solo animal; los tallos de los cardos están de tal manera juntos los unos a los otros, i son tan resistentes que formarian una barrera impenetrable aun sin las espinas de que están herizados. El repentino crecimiento de estas plantas es verdaderamente marabilloso: i, aunque no haya ocurrido nunca esta desgracia, no seria imposible que un ejército de invasion poco familiarizado con este país, se encontrase encerrado por estos cardos ántes de haber tenido tiempo de retirarse. Todavía no ha acabado el verano cuando esta escena cambia una vez mas. Los cardos pierden su savia i su verdura, las cabezas se secan, las hojas se arrugan i se marchitan, los tallos se ennegrecen i mueren, i no hacen mas que rozarse con ruido unos con otros al menor soplo, hasta que la violencia del huracan los echa al suelo: i allí se descomponen pronto i desaparecen; en fin, el trébol nace de nuevo, i la llanura vuelve a reverdecer.

F. Head (2),
Las Pampas.

---

(1) Una milla inglesa tiene 1,609 metros.

(2) Sir Francis Head, escritor i administrador ingles, contemporáneo nacido en 1793, ha hecho muchos viajes, uno de los cuales, de Buenos Aires a Chile, publicó en 1826 con el título de *Las Pampas*, que obtuvo mucha boga en Inglaterra. Gobernador del Canadá en 1837, tuvo que sofocar una insurreccion. Ha escrito despues otras obras igualmente célebres, i señaladas por el mismo estilo pintoresco i descriptivo. Se ha dicho muchas veces que su descripcion de las pampas es demasiado fantástica, i que exajera todo lo que trata; pero esto no quita gran cosa a su mérito de pintor facil i colorista.

SECCION VIII.

Retratos.

Los retratos consisten en la descripcion del esterior o del carácter de una o muchas personas. De todos los adornos que entran en la composicion de las obras narrativas, es éste el que mas interesa, i tambien el que mas atrae la atencion del lector. Ese conjunto de observaciones destinadas a dar a conocer una persona, i que sirve tambien para coordinar nuestras ideas sobre lo que ya hemos leido, o para prepararnos para lo que vamos a leer, tiene un interes particular. Pero es preciso que los retratos no sean simples ejercicios literarios en que el escritor despliegue los recursos de su injenio i de su estilo, sino que estén basados en una observacion atenta, i que sean el fruto del estudio.

Existen retratos de varias clases, que conviene dar a conocer.

1º Los retratos jenerales, que comprenden un grupo mas o ménos considerable de hombres, como serian por ejemplo, los atenienses, los romanos, los franceses, los ingleses. Sin duda, en cada pais hai hombres de distintos caractéres, serios unos, lijeros otros, valientes, cobardes, así como sus fisonomías son diferentes; pero tambien es verdad que hai entre los naturales de un país ciertas cualidades jenerales que les son comunes, como lo son igualmente muchos rasgos de su fisonomía. El escritor que carac-

teriza a un pueblo, debe estudiar esos caractéres jenerales i darlos a conocer tales como son. Los rasgos esteriores pueden ser examinados; pero es el carácter moral lo que mas importa conocer.

2º Los retratos morales o caractéres, en que el autor reune todas sus observaciones sobre un vicio, sobre una estravagancia, sobre una ridiculez. Tomando un nombre ficticio, i muchas veces sin tomar nombre, agrupa diversas observaciones que conducen a pintar un carácter dado, un tipo en que domina esencialmente el vicio o la estravagancia que se trata de pintar. Este jénero de retratos exije la observacion de las estravagancias de la humanidad, i cierto hábito de jeneralizar, que permite reunir en un solo ser imajinario los defectos comunes a una especie de hombres.

3º Los retratos literarios, en que no se busca tanto el dar a conocer el carácter del escritor, sino las tendencias de su jenio, el espíritu de sus obras, su gusto, su estilo. Este jénero, puesto en boga por eminentes escritores de nuestro tiempo, forma una de las espresiones mas agradables i mas características de la crítica literaria. El crítico sin descender a analizar los detalles de una o muchas obras, bosqueja fielmente la fisonomía especial del talento de cada autor. Esta clase de retratos, acompañan de ordinario a la biografía del escritor, i toman a veces estensas dimensiones, pero no es raro encontrar bocetos literarios trazados con unas cuantas pinceladas. Casi parece innecesario advertir que este jénero de retratos supone el estudio de las obras del escritor de que se trata.

4º El retrato histórico, es decir de personajes determinados que ocupan un lugar en la historia. Algunas veces es necesario dar a conocer los rasgos esteriores, el rostro, el tamaño, el aire del individuo: pero la parte mas importante del retrato, es la pintura de las costumbres, de las virtudes i de los vicios. Lo que distingue a los hombres entre sí, en la historia particularmente, no es tanto los detalles de la fisonomía, del cuerpo o de su aire jeneral, sino el jenio

i el carácter: no hai necesidad de hablar de las ventajas o desventajas físicas, sino en cuanto esplican i representan los defectos o las cualidades del alma. El retrato histórico, ademas, exije conocimiento de los hechos, debe estar basado en ellos i debe contribuir a esplicarlos. Con un conjunto ordenado de lugares comunes, i de frases mas o ménos bien dispuestas, de cualidades jenerales, no se hace un retrato. Lo que se parece a todo el mundo, no puede servir para caracterizar a nadie. Son mui frecuentes los ejemplos de esa clase de retratos, en que se agrupan rasgos tomados muchas veces de los retratos que trazaron los grandes escritores de la antigüedad. El historiador, por el contrario, al trazar una imájen, tiene por deber el enseñarnos a distinguir de cualquier otro el personaje al cual se quiere representar.

Las obras de imajinacion, la epopeya, la novela, etc. tienen tambien sus retratos. Aunque los personajes que se caracterizan, son de pura invencion, conviene someterse hasta cierto punto a las reglas relativas al retrato histórico; es decir, es necesario dar a los seres imajinarios un carácter no solo en armonía con la naturaleza, sino palpable i distinto del de la jeneralidad de los hombres.

En los modelos de ejercicios contenidos en esta seccion, encontrarán los jóvenes ejemplos de retratos de estas diferentes clases.

TEMAS DE EJERCICIOS.

I.

Los atenienses, por su cultura, por su intrepidez, por su espíritu emprendedor i hasta por su inconstancia, forman el pueblo mas interesante de la antigüedad. Novedosos por carácter, prontos para concebir i para ejecutar, acometian las empresas mas riesgosas sin calcular los peligros. Cuando conseguian su objeto, no gozaban largo tiempo de su triunfo, porque nuevas esperanzas los hacian acometer nuevas empresas. Cuando sufrian un fracaso, no se desalentaban tampoco, sino que me-

ditaban los medios de volver a otros trabajos. Su actividad era infatigable; i para ellos la ociosidad era una verdadera desgracia.

II.

Los romanos de los primeros tiempos eran orgullosos, atrevidos, metódicos, constantes, laboriosos i sufridos. El amor a la patria i a la libertad, comprendida esta última como el respeto a las leyes que se habia dado el mismo pueblo, formaban el carácter distintivo del pueblo romano. Por ámbas cosas sacrificaban su vida resueltamente. Sobrios i modestos en la vida privada, austeros i honrados en sus costumbres, vivian entregados al laboreo de sus campos o al cuidado de sus familias, miéntras la patria en peligro no reclamaba sus servicios i su vida. El botin recojido en la guerra no enriquecia a los jenerales, que despues del triunfo volvian a vivir modestamente. Esta modestia en medio de la familia, contrastaba sobre todo con la grandiosidad i la magnificencia de todo aquello que era de interes público, como los templos, las fortificaciones, las plazas i todas las construcciones emprendidas por el estado. La molicie les era, pues, desconocida; i al mismo tiempo su ciudad adquiria por esas obras, así como por las conquistas de sus hijos, el título de señora del mundo.

III.

Los franceses tienen muchos puntos de semejanza con los atenienses de la antigüedad. Ardorosos, apasionados, acometen grandes empresas sin arredrarse por los peligros, i cuando fracasan en una de ellas, meditan los medios de volver a recomenzar sus trabajos. Civilizados i humanos en tiempo de paz, son inhumanos i feroces en medio de las revueltas civiles. Un impulso del corazon, el amor a la gloria, el entusiasmo, los lanza al peligro sin reserva de su vida. Lijeros, burlones, vanidosos, inconstantes, son, sin embargo, tesoneros en los grandes trabajos, laboriosos i sufridos. La depravacion de las costumbres no corrompe, sin embargo, su corazon; así se ha observado que despues de la corrupcion del siglo de Luis XV se vió aparecer la jeneracion esforzada i varonil de la revolucion de 89.

IV.

Se trata de hacer el retrato moral del fatuo. La vanidad, el deseo de ostentacion, la pretendida superioridad, la arrogancia para hablar con todos, i sobre todas materias, son sus rasgos distintivos. Habla de sus talentos, de su ciencia, de su fortuna, de sus relaciones con los grandes i los poderosos, finje ocupaciones que no tiene, i fastidia a todos con su presuncion. El fatuo puede no ser un hombre malo; pero las jentes huyen de él.

V.

Hai hombres que sin tener ideas propias repiten enfáticamente lo que oyen a los demas, i hasta llegan a persuadirse de que son capaces de

producir algo. Finjen meditar, toman el aire de personajes, i en efecto lo hacen creer a los otros por algunos momentos. La ilusion, sin embargo, no dura mucho: luego se descubre al grajo de la fábula, adornado con las plumas del pavo real.

VI.

¿Quién no ha visto a un hombre de mal humor? El menor accidente lo enfurece, lo pone fuera de sí; llora, se lamenta, ruje. Lo que mas le agradaba hace un momento, le desagrada ahora. Desea vivir en la soledad, i la soledad le fastidia, porque no tiene a quien regañar. Le desagrada el silencio i la conversacion: si los otros hablan entre sí, cree que es para censurarlo; i le molesta que hablen en voz alta. Su razon está al reves; i en medio de sus estravagancias, es capaz de sostener que la noche es dia.

VII.

Los ociosos tienen ordinariamente la manía de visitar. Recorren sin cesar las calles, de tal manera que hacen aparecer mayor la poblacion de una ciudad, porque parecen estar en muchas partes a la vez. Llegan a todas partes a hablar de las mismas cosas i a repetir la misma historia. Acompañan todos los entierros, felicitan a todo el que está de plácemes, dan el pésame a todo el que ha sufrido una pérdida. Ordinariamente, no hai nada mas vacío que la conversacion de tales jentes.

VIII.

Hai hombres que manifiestan en todo una franqueza llena de honradez. Sus acciones i sus palabras revelan una sinceridad i un desprendimiento verdaderamente admirables. Ellos socorren a todo el mundo, a todos sirven, i ni siquiera entienden por sí mismos en la direccion de sus propios negocios. Sin embargo, los que han tenido relaciones de cualquiera clase con ellos, saben lo que vale esa franqueza, i conocen que bajo las apariencias de bondad se oculta una alma pequeña cuando no baja i ruin. Esto es lo que se llama un hipócrita de franqueza.

IX.

El Dante es no solo el primer poeta italiano de su siglo, sino el mas grande de todos los que hasta entónces habia producido la Italia moderna, i bajo muchos conceptos, el mas grande de todos los que ha producido despues. Sus versos son ásperos en ocasiones; pero esa aspereza es en cierto modo imitativa, porque solo se le encuentra en los pasajes violentos i terribles, miéntras que es suave en los pasajes tiernos. Verdadero i sencillo aun en las escenas mas grandiosas, mantiene, sin embargo, la dignidad i la elevacion en el tono. La concision i la enerjía de su estilo son ademas inimitables; así como el poder i la riqueza de su imajinacion no han sido sobrepujados.

X.

Shakspeare es el orgullo de la Inglaterra. Fué el favorito de sus contemporáneos; i si en el siglo XVII, el fanatismo puritano primero, i el mal gusto en seguida, hicieron oscurecer en cierto modo su gloria, su nombre volvió a brillar con nuevos resplandores en el siglo siguiente, i ocupa ahora el mas alto puesto que se puede ambicionar en literatura. No se busque en sus dramas la perfeccion artística en los detalles i en la manera de desarrollar el drama; búsquese sí el conocimiento acabado del corazon humano, de las pasiones que lo dominan, el jenio que da color, vida, movimiento a las grandes emociones, que sabe retratarlas bien, i que sabe apasionar a sus lectores i a sus espectadores.

Este tema, como el anterior i como todos los que le son análogos, no deben ser tratados por los jóvenes sino despues de haber leido algunas obras del autor de que se trata.

XI.

Alcibíades es la personificacion mas acabada del carácter ateniense. Fué un conjunto de vicios i de virtudes, único talvez en las pájinas de la historia. Nadie era mas valiente que él en el campo de batalla; poseia una grande intelijencia i un verdadero jenio militar: su elocuencia arrastraba a los que lo oian: era ademas laborioso, paciente, desprendido; amaba a su patria con verdadera pasion: sabia doblegarse a las circunstancias; i hasta su belleza física disponia a su favor. En los momentos de descanso, sin embargo, se abandonaba a todos los exesos, era un hombre superficial, inclinado a seguir las modas mas estravagantes, i lo que aun es peor, disoluto.

XII.

Caton el censor, era un hombre tan notable por su talento como por su carácter. Con un vasto caudal de conocimientos, con una grande aplicacion al estudio, fué un orador distinguido i un escritor ilustre. Su intelijencia se adaptaba a todo jénero de trabajos. Pero la entereza de su carácter, su probidad, la pureza de sus costumbres, su actividad incansable i su valor como soldado, han hecho de él el tipo mas acabado de los romanos de los buenos tiempos.

XIII.

La historia pinta a Catilina como un hombre intelijente, pero vicioso; ardiente, pero animado por una ambicion sin escrúpulos. Vástago de una familia noble, dilapidó sus bienes, se rodeó de libertinos que lo reconocian por jefe; i confiando demasiado en la corrupcion i en la degradacion del carácter romano, despues de las sangrientas disensiones de Sila i Mario, aspiró al primer puesto de la república por medio de un golpe de mano que se frustró.

XIV.

Atila, el terrible jefe de los hunos, era de raza tártara, i su rostro i su cuerpo dejaban ver este oríjen. Chico de cuerpo, ancho de pecho, de nariz chata, ojos pequeños, color oscuro, etc. Violento i arrebatado por carácter, era, sin embargo, clemente con los que se le sometian. Entregábase con frecuencia a la embriaguez, lo que lo hacia mas intratable. No tenia creencias relijiosas, si bien daba crédito a los hechiceros. Viviendo en medio de los campamentos, no esponia su persona en las batallas; i lo que parece mas raro, no le gustaba la guerra, prefiriendo imponer al enemigo con amenazas arrogantes. Entablaba negociaciones, i sabia imponer su voluntad, como sabia tambien mandar las hordas que capitaneaba.

XV.

En Carlomagno, al lado del jeneral i del conquistador, se encuentra tambien al hombre de estado i al lejislador. Su gobierno fué fecundo en bienes por las ordenanzas que dictó, i que suponen una gran prevision. Sus planes administrativos revelan una grande intelijencia. Recorria con frecuencia su imperio, correjia los abusos, allanaba las dificultades i vencia los peligros. Suave por carácter, sencillo en sus gustos, era tambien económico en la administracion de sus tesoros privados i sumamente probo en la del tesoro público.

XVI.

El carácter de Luis XI es uno de los mas singulares que presenta la historia. Valiente como militar, preferia las negociaciones a las eventualidades de una guerra; i en las negociaciones, sabia perfectamente envolver al enemigo. No reparaba en gastos para ganarse a los hombres de quienes necesitaba. La perfidia fué uno de sus medios de gobierno. Inplacable con sus enemigos, olvidaba tambien a sus parciales cuando ya no le eran necesarios. Formado en la escuela de la adversidad, adquirió en ella una gran desconfianza. Apesar de estas perversas cualidades, Luís XI hizo grandes bienes a la Francia, asentando el poder del trono sobre las ruinas del feudalismo.

XVII.

Pocos personajes presenta la historia en cuyo carácter se noten cualidades tan encontradas como en el de Jacobo primero de Inglaterra. Estudioso i erudito, no poseia sin embargo ningun conocimiento útil. Tímido en estremo, tuvo algunas veces rasgos de entereza. Amante de las prerogativas del poder real, se dejaba dirijir i gobernar por favoritos. Económico i hasta mezquino cuando él mismo entregaba el dinero, era pródigo cuando mandaba pagar. Activo i laborioso, perdia el tiempo en frivolidades. Solo fué constante en su propósito de mantenerse en paz con todas las naciones. En todos los actos de su gobierno, se notan los efec-

tos de su debilidad i de la falta de unidad en sus pensamientos. Sully lo llamaba por esto el loco mas prudente de la cristiandad.

XVIII.

La gran figura histórica de la guerra de treinta años es la de Gustavo Adolfo, rei de Suecia. Reformó la táctica militar para dar mayor movilidad a sus ejércitos, disciplinó admirablemente a sus soldados, infundió a estos una moralidad desconocida hasta entónces, desterró el lujo entre sus oficiales i cimentó en todas partes la mas estricta moralidad. Él se sometió gustoso a todas las privaciones de la guerra, se hallaba presente en todas partes, admiraba a sus soldados por el valor, por su actividad i por su virtud. Sus triunfos fueron la obra de su jenio i de la disciplina de sus tropas; i la muerte, que lo arrebató en la mitad de su carrera i de su gloria, no le permitió llevar a cabo la empresa que habia acometido; pero el impulso que dió a la nacion le sobrevivió largos años.

XIX.

El condestable don Alvaro de Luna, favorito de don Juan II de Castilla, es una de las grandes figuras de la historia de España en el siglo XV. Nacido en condicion modesta, supo imponerse al rei i llegar a ser su consejero i director. Intelijente, astuto i atrevido, su engrandecimiento lo hizo soberbio i orgulloso, provocó la resistencia de los nobles i le atrajo su ruina i su muerte en un cadalso.

XX.

Felipe II tenia las prendas de un gran político, como se comprendia la política en el siglo XVI, pero tambien las de un gran déspota. Infatigable en el trabajo, reservado, constante i porfiado en sus empresas, frio a la compasion, desdeñoso a la lisonja, dirijia por sí mismo todos los negocios, imponiéndose en sus menores detalles. Fanático exaltado para combatir i perseguir a los herejes i protestantes, era a la vez enemigo terrible del clero i de los papas, cuando estos se oponian a sus planes. En medio de las mayores complicaciones, tanto en la desgracia como en la prosperidad, conservó inalterable la impasibilidad aparente de su carácter. Aquella alma de fuego, en que se cobijaban las mas terribles pasiones, estaba envuelta en una capa de hielo.

XXI, XXII i XXIII.

Miguel de Cervantes Saavedra, el inmortal autor del *Quijote*, ha trazado en el prólogo de sus *Novelas ejemplares* el retrato físico de su propia persona con una gracia i una elegancia de estilo verdaderamente admirables. En el cap. XVI, parte I de *Don Quijote*, ha hecho un retrato semejante de una moza de posada, que es justamente célebre. En el *Pérsiles i Sijismunda* del mismo autor, se encuentra el retrato de una vieja pere-

grina escrito con talento i buen humor. Hemos reproducido los tres como modelos de retratos físicos, i como ejemplo de estilo fácil i de lenguaje castizo.

XXIV.

Las leyes i las costumbres habian hecho de los espartanos un pueblo singularmente sobrio. La intemperancia estaba proscrita. El lujo habia sido desterrado, así como los artistas, que se consideraban inútiles. Eran educados en comun, i acostumbrados desde la niñez a todos los ejercicios físicos, la carrera, la lucha, la caza. Aprendian a hablar poco o a callarse, i a sufrir el dolor sin quejarse. La educacion de las mujeres obedecia a las mismas tendencias: se les inspiraba un heroismo contrario a las leyes de la naturaleza i se les enseñaban los ejercicios físicos. El respeto a los ancianos era proverbial. Los soldados, formados bajo este réjimen, eran incomparables; i el patriotismo de todos los espartanos no tenia límites. En cambio, fueron estraños a las letras, a las artes i al comercio. Una lejislacion tan rigorosa, no podia mantenerse en toda su pureza: cuando ésta se relajó nació la corrupcion. Por mas que se quisiera nivelar las fortunas, hubo al fin pobres i ricos; i la avaricia de estos últimos, se hizo famosa en toda la Grecia.

XXV.

Hai hombres que tienen la manía de disputar con todos i sobre todas las cosas. Se refiere un suceso que entre todos los presentes solo vos habeis presenciado; uno de esos hombres os disputará diciendo que sabe lo ocurrido por una carta que acaba de recibir de uno de los que intervinieron en el hecho. Habria disputado a Leonidas sobre la defensa de las Termópilas, i a Alejandro sobre la batalla de Arbeles. Sus mejores amigos temen la visita de un hombre semejante: lo abandonan los mismos que esperaban heredar su fortuna. Los médicos prohiben a los enfermos del corazon o de asma que hablen con él. No puede oir un sermon porque no se le permite disputar con el predicador. I sin embargo, es un buen hombre, estimable por sus virtudes; pero detestable por su pasion por las disputas.

XXVI.

El egoista no habla mas que de sí i no piensa mas que en sí. Parece creer que no existiesen otros hombres. En todas partes, en la mesa, en un carruaje, en el teatro toma el primer lugar, se ocupa de sí solo, i se olvida de las consideraciones debidas a los otros.

XXVII.

Se llama bibliógrafo, el hombre que tiene conocimiento de los libros; bibliófilo, el que los ama con pasion i con intelijencia; i por último, bibliómano, al que tiene la manía de colectar libros por gusto o por capricho, sin conocerlos i sin estudiarlos.

Se trata de hacer el retrato del bibliómano. Unos son bibliómanos atesoradores, que guardan i esconden sus libros para que nadie los vea, que nunca o rara vez hablan de ellos, i que se gozan en su soledad de haber reunido esos tesoros. El bibliómano vanidoso, por el contrario, hace ostentacion de sus libros, que conserva lujosamente encuadernados, que gasta en ellos, i que los muestra a todo el mundo, aun a las personas ménos intelijentes. El bibliómano esclusivo, no hace caso mas que de ciertos libros, forma colecciones de ciertas obras, referentes todas a una misma materia, i muchas veces reune únicamente las diversas ediciones de un solo autor o de un solo libro. El bibliómano envidioso que se desvive por lo que no posee, que pasa inquieto porque otro tiene un libro que él no ha podido adquirir, i que compraria a cualquier precio, que desearia la muerte de un coleccionista para que así se vendieran los libros de su competidor, i satisfacer sus deseos. Por fin, i como variedad de esta última clase, existe el bibliómano pirata, o bibliopirata que pide prestados los libros para no volverlos jamas, i que aun seria capaz de robarlos.

XXVIII.

Los historiadores contemporáneos de Luis XIV, i los que formaron las primeras jeneraciones que se le siguieron, lo llamaron el gran rei, adornándolo de las cualidades mas brillantes. Mas tarde, la historia fué mejor estudiada, i escrita con mas independencia i con mayor discernimiento. Juzgado bajo el punto de vista del honor, de las costumbres i de los intereses materiales, Luis XIV i su gobierno deben ser condenados. Un libertinaje grosero i sin freno, acompañado por la supersticion mas estrecha i mas cruel, caracterizó su vida, miéntras que en la administracion pública, desplegó una arrogancia i una perfidia sistemática que exitaron en ciertos momentos la cólera de toda la Europa, i atrajeron sobre la Francia las mas terribles represalias.

XXIX.

Cárlos XII, rei de Suecia, no se dejó cegar por sus triunfos, ni abatir por sus reveses. Vivió sin debilidad, i llevó hasta el exeso las virtudes que constituyen los héroes. De allí provinieron sus desgracias: su firmeza se convirtió en obstinacion, su liberalidad en profusion, su valor en temeridad. Sus grandes cualidades han sido mas funestas que útiles a su país. Mas ambicioso de gloria que de poder, hizo conquistas, no para ensanchar sus estados, sino para hacer i deshacer reyes. Era grande de cuerpo, tenia una hermosa frente, grandes ojos, la parte inferior de la cara desagradable, poca barba i pocos cabellos. Era mui taciturno, i tenia poco trato de sociedad.

XXX.

Por sus talentos, por sus virtudes, por su carácter, por las grandes cosas que ejecutó, Cristóbal es uno de los hombres mas grandes e ilustres que recuerde la historia. Su jenio concibió un gran proyecto, su cons-

tancia lo hizo aceptar, apesar de las desconfianzas i las resistencias, i su arrojo, fundado en la fe de sus convicciones científicas, lo llevó a cabo. La moderacion i la templanza de su carácter, la rectitud de todos sus actos, su modestia singular, aun despues de haber ejecutado tan grandes cosas, la magnanimidad superior con que perdonaba a sus enemigos, no encuentran nada que les sea superior en la historia. Si el estado de las ciencias en su siglo no le permitió esplicar todos los fenómenos que observó durante sus viajes, señaló a lo ménos los hechos que debian llamar la atencion del sabio, i fijó los puntos para las futuras investigaciones.

XXXI.

En Washington no se encuentran los rasgos brillantes i fascinadores que distinguen a otros grandes personajes históricos. Ni los talentos militares, ni el heroismo, ni el ardoroso entusiasmo para defender a su patria fueron en él cualidades tan distintivas como las que encontramos en Bolívar, en San Martin i en otros jefes de la revolucion hispano-americana. Pero Washington poseia un conjunto armónico de grandes cualidades i de grandes virtudes, como es difícil encontrar en la historia. Patriota, desinteresado, republicano ante todo, juicioso, discreto, moderado, recto, honrado, modesto, poseia ademas las cualidades de jeneral i de hombre de gobierno para realizar con acierto todo lo que se le encomendó i todo lo que la patria esperaba de él.

XXXII.

O'Higgins brilla en la historia americana por su valor heroico en el campo de batalla, por su actividad incansable en los trabajos de organizacion i por su buen sentido para llevar a cabo las empresas que acometia. Poseia mas conocimientos útiles i prácticos que casi todos los hombres entre los cuales vivió; tenia mas ideas de progreso i mas conocimiento de las necesidades del país que todos ellos; pero no habia recibido la educacion prestijiosa de los jurisconsultos i letrados de su tiempo; i su modestia natural lo inclinó a buscar el apoyo i los consejos de esos hombres, que fueron el oríjen de sus defectos. De esta manera, un hombre moderado, bondadoso, modesto, fué mas de una vez dirijido por el mal camino; la adulacion i la lisonja lo cegaron en cierto modo; i el hombre que habia nacido con una grande alma i con un juicio claro i recto, cometió faltas que si no alcanzan a empañar su gloria, le quitan a lo ménos una parte de su brillo.

XXXIII.

Los tres temas siguientes son de retratos literarios. Conviene que los jóvenes no se ensayen en esta clase de ejercicios sino despues de haber leido algunas de las obras de los autores sobre los cuales quieren escribir.

Los hombres ilustres de la antigüedad reviven en cierto modo en las biografías de Plutarco; i con ellos aparece la historia de los antiguos

pueblos en toda su verdad, no tanto en los hechos mismos, cuanto en el espíritu de esas épocas. Plutarco es siempre tranquilo; su estilo es sencillo e interesa sobre todo por los grandes objetos de que se ocupa. Su grande arte consiste en hacer conocer los hombres cuya vida refiere por los pequeños detalles de su existencia: hace algo mejor que retratos, muestra a los personajes obrando.

XXXIV.

Ciceron es quizá el mas notable de los escritores antiguos i modernos, sino por la orijinalidad i grandeza de sus pensamientos, por el arte de hacer uso de la palabra i del lenguaje. Todas las grandes cualidades del orador estan reunidas en sus discursos. Se le ha reprochado alguna vez un cuidado minucioso en la forma, i por esta razon se prefiere a Demóstenes. Es verdad que se encuentran en Ciceron algunas cadencias afectadas, pero siempre se halla la harmonía. Bajo una elocucion brillante, hai pensamientos vigorosos, injeniosos i profundos. El estilo de los escritos filosóficos de Ciceron no tiene la magnificencia oratoria de las arengas; pero se reconoce al orador por la forma del diálogo, cuyo desarrollo es mas estenso que en los otros escritores que han adoptado esta forma.

XXXV.

Sir Walter Scott goza con justicia de la reputacion de ser uno de los mas grandes novelistas, i el primero sin duda en el jénero de la novela histórica. Sus obras no son todas del mismo mérito, pero todas presentan en el fondo las mismas cualidades: un arte admirable para trazar los caractéres i hacer hablar los personajes, un talento májico para pintar los lugares i los trajes, una mezcla de ideal histórico i de detalles familiares i cómicos reunidos con habilidad, una gran variedad de incidentes dramáticos i de escenas sublimes; pero a veces se encuentran en ellas pasajes demasiado largos, repeticiones i aun embarazo pâra hacer la esposicion.

MODELOS DE EJERCICIOS.

I.

LOS ATENIENSES.

Avidos de novedades, los atenienses son prontos para concebir i prontos para ejecutar lo que han concebido. Vosotros, lacedemonios, por el contrario, preferis conservar lo que poseeis, sin imajinaros nada mas allá, i ni siquiera obrais dentro de los límites de lo necesario. Ellos son emprendedores mas de lo que permiten sus fuerzas, audaces hasta la irreflexion, llenos de confianza en medio de los mayores reveses. Voso-

tros emprendeis ménos de lo que podeis i de lo que deseais; desconfiais de lo que aconseja la razon, persuadidos de que jamas saldreis de los peligros. Ellos son tan inquietos como vosotros sois contemporizadores: les gusta tanto dilatarse a lo léjos, como a vosotros permanecer en vuestros hogares. Alejándose de sus murallas, ellos creen que adquirirán algo; vosotros, alejándoos de las vuestras, creeis que vais a perder lo que poseeis. Vencedores, ellos avanzan lo mas léjos posible: vencidos, retroceden mui poco. Sacrifican su cuerpo por la patria, como si les fuera estraño; i sus pensamientos cada vez que los creen necesarios para su servicio. Si no consiguen todo lo que se han propuesto, se creen despojados de algo que les pertenecia. Si han satisfecho el objeto de sus ambiciones, creen que han alcanzado poco en comparacion de lo que les queda por hacer o de aquello a que se creian con derecho. Fracasan en una empresa, i nuevas esperanzas llenan las necesidades de sus corazones. Solo para ellos no hai diferencia entre esperar i obtener, tan rápida es la ejecucion de sus designios. I todo esto sucede en medio de los peligros i de las fatigas de una vida continuamente ajitada. Ocupados sin cesar en hacer nuevas adquisiciones, gozan mui poco de lo que poseen. No conocen otra fiesta que el cumplimiento de sus deberes; i hacen consistir sus desgracias en una dulce ociosidad mas bien que en la actividad laboriosa. En una palabra, se creeria que han nacido para no conocer ningun reposo i para no darlo a los otros.

TUCIDIDES (1),
Guerra del Peloponeso, lib. I.

II.

LOS ROMANOS.

De todos los pueblos del mundo, el mas orgulloso i el mas atrevido, pero al mismo tiempo el mas metódico en sus consejos, el mas constante en sus máximas, el mas prudente, el mas laborioso, i en fin, el mas paciente ha sido el pueblo romano. De todas estas cualidades se formó la mejor milicia i la política mas previsora, la mas firme i la mejor observada que jamas haya existido.

El fondo de un romano era el amor a su patria i a su libertad. Bajo este nombre, los romanos, como los griegos, concebian un estado en que nadie estuviese sujeto a otra cosa que la lei, i donde la lei fuese mas poderosa que los hombres.

Por lo demas, aunque Roma hubiese nacido bajo un gobierno real, tenia, aun bajo sus reyes, una libertad que no corresponde a una monarquía. Ademas de que los reyes eran electivos, i de que la eleccion se

(1) Véanse las *Noc. de hist lit.* p. 59.—Este retrato del pueblo ateniense ha sido colocado por el célebre historiador, en uno de los discursos que abundan en su obra. Fué pronunciado por uno de los representantes de Corinto, en una asamblea convocada por los lacedemonios, i en la cual diferentes pueblos de la Grecia espusieron sus quejas contra los atenienses. Ese discurso cerró la discusion i se resolvió la guerra, a pesar de las esplicaciones dadas por los embajadores de Aténas. Es menester leer toda esta esposicion preliminar de su historia para conocer el arte de Tucídides.

hacia por todo el pueblo, el pueblo reunido en asamblea tenia el derecho de confirmar las leyes i de resolver la paz o la guerra. Habia aun casos particulares en que los reyes confiaban al pueblo el encargo de administrar justicia. Así, los reyes no tenian propiamente mas que el mando de los ejércitos, i la autoridad de convocar las asambleas lejítimas, de proponer los negocios, de mantener las leyes, i de ejecutar los decretos públicos.

La libertad era para los romanos un tesoro que preferian a todas las riquezas del universo. Durante sus principios, i aun durante la época de sus progresos, la pobreza no era un mal para ellos: por el contrario, la miraban como un medio de guardar intacta su libertad, porque, en efecto, no hai nada mas libre que un hombre que sabe vivir con poco, i que sin esperar nada de la liberalidad o de la proteccion de los otros, busca su subsistencia en su industria i en su trabajo.

Tito Livio tiene razon para decir que jamas hubo pueblo alguno en que se hayan honrado mas la frugalidad, el ahorro i la pobreza. Los senadores mas ilustres, a juzgarlos por lo que se veia en sus casas, diferian poco de los pobres, i no tenian brillo ni majestad, sino en público i en el senado. Por lo demas, se les encontraba ocupados en el laboreo i en los otros cuidados de la vida del campo, cuando se les iba a buscar para confiarles el mando de los ejércitos. Estos ejemplos son frecuentes en la historia romana hasta el tiempo de las guerras púnicas. Las riquezas eran despreciadas: la abnegacion i la inocencia de los jenerales romanos causaba la admiracion de los pueblos vencidos.

Sin embargo, en medio de este amor por la pobreza, los romanos no economizaban nada para la grandeza i el embellecimiento de su ciudad. Desde los principios, las obras públicas fueron tales que Roma no se avergonzó de ellas cuando se hizo señora del mundo. El Capitolio, los principales templos, los mercados, los baños, los acueductos, i hasta las cloacas i los desagües de la ciudad, tenian una magnificencia que pareceria increible si no estuviese atestiguada por todos los historiadores, i confirmada por los restos que nos quedan. En una palabra, todo lo que servia al público, todo lo que podia dar a los pueblos una grande idea de su patria comun, se hacia sin reparar en medios. Solo en las casas particulares reinaba la economía. El que aumentaba sus rentas i por medio del trabajo i de la industria hacia mas productivas sus tierras, se consideraba mas libre, mas poderoso i mas feliz.

No hai nada mas remoto de tal vida que la molicie. Todo tendia mas bien al otro exeso, a la dureza. De este modo, las costumbres de los romanos tenian algo no solo de rudo i de rijido, sino de salvaje i de feroz. Pero no olvidaron nada para estar sometidos a buenas leyes; i el pueblo mas celoso por su libertad que jamas haya existido, fué al mismo tiempo el mas sumiso a sus majistrados i al poder lejítimo.

BOSSUET (1),
Discurso sobre la hist. universal, parte III.

(1) Véanse sobre Bossuet las *Nociones de hist. lit.*, p. 490.—El anterior retrato del pueblo romano trazado por Bossuet, es mucho mas estenso. El elocuente historiador frances cita varios hechos en corroboracion de cada uno de sus asertos; i me ha parecido mas conveniente suprimirlos, sin quitar por eso ninguno de los rasgos de su cuadro.

III.

LOS FRANCESES.

Hijos mayores de la antigüedad, los franceses, romanos por el jenio, son griegos por el carácter. Inquietos i versátiles en la felicidad; constantes en la adversidad: formados para todas las artes; civilizados hasta el exeso durante la calma del estado; groseros i salvajes en los trastornos políticos; flotantes, como las naves sin lastre, a merced de todas las pasiones; un momento en los cielos, un instante despues en los abismos; entusiastas por el bien i por el mal, haciendo el primero sin exijir reconocimiento, i el segundo sin sentir remordimiento; olvidadizos de sus crímenes i de sus virtudes; amantes pusilánimes de su vida durante la paz, pródigos de ella en las batallas; vanos, burlones, ambiciosos, a la vez rutineros i novadores, despreciando todo lo que no es ellos; individualmente los mas amables de los hombres; como cuerpo, los mas desagradables de todos; encantadores en su propio país; insoportables en el estranjero: alternativamente mas suaves, mas inocentes que el cordero que se degüella, i mas implacables, mas feroces que el tigre que destroza: tales fueron los atenienses de otro tiempo; i tales son los franceses de ahora.

CHATEAUBRIAND (1),
Jenio del cristianismo.

IV.

EL FATUO.

El fatuo es un hombre cuyo carácter lo forma solo la vanidad; que no hace nada por gusto, que no obra mas que por ostentacion, i que, queriendo elevarse sobre los otros, ha descendido mas abajo de sí mismo. Familiar con sus superiores, importante con sus iguales, impertinente con sus inferiores, tutea, proteje, desprecia. Lo saludais, no os ve; le hablais, no os escucha; hablais a otro, entónces os interrumpe. Mira a todos lados, silba en medio de la sociedad mas respetable i de la conver-

(1) Véanse las *Noc. de hist. lit.*, p. 530.—Otro célebre escritor frances del siglo pasado, Cárlos Duclos (1704-1771), caracteriza a los franceses de un modo semejante en su obra titulada: *Consideraciones sobre las costumbres*. "Es el único pueblo, dice, en que las costumbres pueden depravarse sin que se corrompa el fondo del corazon, i sin que se altere el valor: une las cualidades heroicas con el placer, el lujo i la molicie: sus virtudes tienen poca consistencia: sus vicios no tienen raices. El carácter de Alcibiades no es raro en Francia. El desórden de las costumbres i de la imajinacion no es contrario a la franqueza ni a la bondad natural del frances. El amor propio contribuye a hacerlo agradable. La frivolidad que perjudica al desarrollo de su talento i de sus virtudes, lo preserva al mismo tiempo de los crímenes sombríos i rèflexivos. La perfidia le es estraña, i se cansa pronto de la intriga. El frances es el niño de Europa; si algunas veces se han visto crímenes odiosos entre nosotros, ellos han desaparecido mas bien por el carácter nacional que por la severidad de las leyes."

sacion mas seria. No tiene ningun conocimiento; pero da consejos a los sabios i a los artistas. Se los habria dado a Vauban (1) sobre las fortificaciones, a Lebrum (2) sobre la pintura, a Racine (3) sobre la poesía.

Hace un largo cálculo de sus entradas: no tiene mas que sesenta mil libras de renta i no puede vivir. Consulta la moda para sus estravagancias como para sus vestidos, para su médico como para su sastre. Verdadero personaje de teatro, creeriais al verlo que tiene una máscara; si lo oyerais, creeriais que representa un papel: sus palabras son vanas, sus acciones son mentiras, su mismo silencio es embustero. Falta a las ocupaciones que tiene, finje tenerlas cuando no existen. No va adonde se le espera: llega tarde adonde no le esperan. No se atreve a confesar que tiene un pariente pobre o desconocido. Se gloría de la amistad de un grande a quien jamas ha hablado, o que nunca le ha contestado. Tiene de los hombres de injenio la suficiencia i las palabras satíricas: de los hombres de calidad el calzado i los acreedores.

Aunque no sea verdaderamente malo, será en todo lo contrario del hombre honrado: en una palabra, es un hombre de injenio para los tontos que lo admiran; es un tonto para las personas sensatas que evitan su trato: es un fatuo, es el modelo de una infinidad de jóvenes sonsos i mal criados.

DESMAHIS (4).

V.

MENIPO O LAS PLUMAS DEL PAVO REAL.

Menipo es el ave adornada con diversas plumas que no son suyas: no habla, repite sentimientos i discursos, i aun se sirve tan naturalmente del injenio de los otros, que él mismo es el primero que se engaña, i que con frecuencia cree manifestar su gusto, o esplicar su pensamiento, cuando no es mas que el eco de alguno que acaba de separársele. Es un hombre que está en vena durante un cuarto de hora, que baja un momento despues, dejenera, pierde el poco lustre que le daba su memoria, i se deja ver tal cual es. Solo él ignora cuán distante está de lo sublime i de lo heroico; e incapaz de saber hasta qué punto se puede ser injenieso, cree sencillamente que el injenio que tiene es todo el que los hombres pueden tener, posee, por tanto, el aire i la suficiencia del que en este pun-

(1) Célebre injeniero i escritor frances del siglo XVII (1633-1707) tan famoso por sus construcciones militares como por sus escritos de economía política en que pedia desde un siglo ántes, muchas de las reformas que llevó a cabo la revolucion francesa.

(2) Famoso pintor frances del siglo XVII (1619-1690). Fué pintor de Luis XIV, i gozó de la consideracion de ser el árbitro del gusto de su época.

(3) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 472.

(4) José Francisco Desmahis, escritor frances del siglo pasado (1722-1761), autor de comedias i de poesías celebradas por los críticos. El retrato que dejamos trascrito fué publicado en la *Enciclopedia* de Diderot (V. las *Noc de hist. lit.*, p. 523) como uno de sus artículos, el *fatuo*. Apesar de lo que se le ha criticado como indigno de una obra quo reclamaba un trabajo serio i analítico, siempre se le ha reimpreso en las colecciones de trozos franceses, como un modelo de retrato moral.

to no tiene nada que desear i que no envidia a nadie. Habla frecuentemente consigo mismo, i no se oculta jamas: los que pasan lo ven, i entónces parece tomar un partido o decidir que tal cosa es sin réplica. Si lo saludais alguna vez, lo poneis en el embarazo de saber si debe volver el saludo o no; i miéntras delibera, ya estais fuera de su alcance. Su vanidad lo ha convertido en hombre honrado, lo ha puesto mas arriba de sí mismo, lo ha hecho ser lo que no era. Al verlo se piensa que no se ocupa mas que de sí mismo, que sabe que todo le sienta bien, que sus atavíos son variados, que cree que todos los ojos estan abiertos sobre él, i que los hombres se desviven por contemplarlo.

LA BRUYÈRE (1),
Los Caracteres.

VI.

EL FANTÁSTICO.

¿Qué desgracia ha ocurrido a Melanto? Nada en el esterior: todo en el interior. Sus negocios marchan perfectamente: todo el mundo trata de agradarlo. ¿Qué es lo que tiene entónces? Es que está bilioso. Ayer se acostó suave como las delicias del jénero humano: hoi da vergüenza: es menester ocultarlo. Al levantarse, el doblez de un escarpin le ha desagradado: todo el dia será tempestuoso i todo el mundo sufrirá las consecuencias. Da miedo i lástima, llora como un niño, ruje como un leon.

Un vapor maligno turba i ennegrece su imajinacion, como la tinta de su escritorio mancha sus dedos. No vais a hablarle de lo que mas le gustaba hace un momento: por la misma razon de que ántes le gustaba, no prodria sufrirlo ahora. Las mismas diversiones que ántes deseaba tanto, han llegado a serle fastidiosas: es menester abandonarlas. Se empeña en contradecir, en quejarse, en molestar a los otros: se irrita al ver que no quieren molestarse. Frecuentemente da sus golpes al aire como un toro furioso que con sus cuernos aguzados va a batirse contra los vientos. Cuando no tiene pretesto para atacar a los otros, se vuelve contra sí mismo: se lamenta, no se encuentra bueno para nada, se desalienta: reprueba que se trate de consolarlo. Quiere estar solo i no puede soportar la soledad. Vuelve a vivir entre la jente, i se irrita contra ella. Si los otros se callan, este silencio afectado lo choca. Si hablan en voz baja, se imajina que es contra él. Si hablan en voz alta, cree que hablan mucho i que estan mui alegres miéntras él está triste. Si los otros estan tristes, esa tristeza le parece un reproche de sus faltas. Si se rien, sospecha que se burlan de él. ¿Qué hacer? Conservar cuanto sea dable la firmeza i la paciencia, i esperar en paz que mañana vuelva a ser tan prudente como

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 498.—El libro de La Bruyère es la mas rica galería de retratos morales que puede imajinarse. El distraido, el coleccionista, el cortesano, el egoista, son cuadros trazados con mano maestra. En la imposibilidad de reproducir aquí todos esos retratos, nos limitamos a recomendarlos a los jóvenes como otras tantas joyas.

lo era ayer. Este humor estraño se va como se viene. Cuando lo toma, se diria que es un resorte de máquina que se desmonta de repente: es como se pinta a los endemoniados. Su razon es arrevesada: es la sinrazon en persona. Apuradlo, i lo hareis decir en pleno dia que es de noche, porque no hai dia ni noche para una cabeza desorganizada por su capricho.

FENELON (1),
Obras diversas.

VII.

LOS VISITADORES.

Se dice que el hombre es un animal sociable; siendo así, me parece que el frances es mas hombre que cualquiera otro: es el hombre por exelencia, porque parece ser hecho únicamente para la sociedad.

He observado entre ellos personas que no solo son sociables sino que son la sociedad universal. Se multiplican en todas partes; pueblan en un momento los cuatro barrios de una ciudad: cien hombres de esta especie abundan mas que dos mil ciudadanos: a juicio de los estranjeros, podrian reparar los estragos de la peste i del hambre. Se pregunta en las escuelas si un cuerpo puede estar en un mismo instante en muchos lugares: ellos son una prueba de lo que los filósofos ponen en tela de juicio. Están siempre apurados porque tienen entre manos el negocio importante de preguntar a todos los que ven, adonde van i de donde vienen.

Jamas se les quitará de la cabeza la idea de que es buena crianza el visitar cada dia al público en detalle, i sin contar las visitas que hacen por mayor en los lugares en que hai reuniones.

Golpean mas las puertas da las casas que los vientos i las tempestades. Si se examinasen las listas de todos los porteros, se encontrarian sus nombres anotados cada dia. Pasan su vida acompañando los entierros, en los pésames o en las felicitaciones a los recien casados. El rei no concede una gratificacion a ninguno de sus súbditos, sin que ellos corran a manifestarle su satisfaccion. Al fin, vuelven a sus casas mui fatigados para tomar algun descanso i recomenzar el dia siguiente sus penosas funciones.

Uno de ellos murió el otro dia de cansancio: sobre su tumba se escribió este epitafio:

"Aquí descansa el que jamas descansó. Ha asistido a quinientos treinta entierros. Se ha regocijado por el nacimiento de dos mil seiscientos ochenta niños. Las pensiones concedidas a sus amigos, i por las cuales los ha felicitado siempre en términos diferentes, montan a dos millones

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 493.—El retrato anterior es todavia bastante mas largo; pero hemos trascrito solo la primera parte, que contiene los rasgos mas prominentes.

ciento seis mil libras (1): el camino que ha recorrido en las calles a nueve mil seiscientos estadios (2); el que ha recorrido en el campo solo a treinta i seis. Su conversacion era divertida: tenia un fondo de trecientos sesenta i cinco cuentos: poseia ademas desde su juventud ciento diez i ocho apotegmas (3) sacados de los antiguos, que empleaba en las ocasiones brillantes. Ha muerto en fin a los sesenta años de edad. ¿Cómo podria acabar de decirse todo lo que ha hecho i todo lo que ha visto?"

MONTESQUIEU (4),
Cartas persas.

VIII.

EL TARTUFO DE FRANQUEZA.

Entre las numerosas variedades de tartufos (5), la mas peligrosa es la de esos finjidos hombres de bien, de que Merange es el modelo mas acabado. Es verdad que la naturaleza le ha servido a las mil marabillas, i que debe a ella una parte de sus triunfos. Merange es un hombre gordo, de frente descubierta, de rostro colorado i redondo: sus movimientos son bruscos, sus maneras son francas, i a veces ásperas. Desde que os ve corre al encuentro, os toma la mano i la sacude como si fuera a arrancarla del brazo: cualquiera que sea la pregunta que le hagais, su respuesta comienza siempre con estas palabras: *Hablando francamente...* Jamas le oireis vanos cumplimientos ni elojios: detesta la lisonja; i en cuanto a la cortesía, repite a cada rato que la verdadera reside en el corazon. Si por casualidad hai que arreglar con él algun negocio, se os entrega completamente, porque no entiende nada en esas materias. Por eso os envía a hablar con su abogado, el mas codicioso i el mas chicanero de todos los hombres. Su bolsa está siempre al servicio de sus amigos, i ésta es la causa de que siempre esté vacía; pero si no puede serviros, a lo ménos se apresura a recomendaros un usurero honrado, al cual recurre en caso de necesidad.

Ahora ¿cómo sucede que con un carácter de franqueza tan bien cimentado, no tenga Merange un solo amigo, un solo conocido que no se

(1) La libra francesa del siglo XVIII era igual al franco de nuestros dias, es decir, valia veinte centavos de nuestra moneda. Las pensiones a que se refiere Montesquieu, eran gratificaciones pecuniarias en forma de renta anual, con que el rei ausiliaba a los literatos, los poetas, los sabios o las personas que habian prestado servicios importantes. Hasta la época de la revolucion francesa, se consideraba no solo como un provecho sino como un honor el gozar de este beneficio.

(2) La arena en que los griegos se ejercitaban en la carrera tenia una estension de ciento veinte i cinco pasos, i se denominaba estadio. El mismo nombre fué dado a una medida itineraria de la misma estension.

(3) Palabras sentenciosas, respuestas breves i memorables de algunos personajes antiguos.

(4) Véanse las *Noc. de hist. lit.*, p. 508.

(5) Protagonista de una de las mas famosas comedias de Moliére. Tartufo es el falso devoto, el hipócrita por exelencia, que, con apariencias de relijion i de virtud, comete los crímenes mas odiosos.

queje de haber sido engañado por él? A mi turno, voi a hablar francamente: es porque Merange es todo lo contrario de lo que parece: bajo esas apariencias agrestes, bajo esas pérfidas apariencias de un bienhechor, se oculta una alma baja, un corazon seco i un espíritu astuto: es un verdadero Tartufo de franqueza.

De Jouy (1),
El ermitaño de la Chaussée d'Antin.

IX.

EL DANTE.

En la poesía italiana, el Dante (2) se eleva de repente como un jigante entre pigmeos. No solo borra el recuerdo de todos los poetas italianos que lo habian precedido, sino que se conquista un puesto que no puede quitarle ninguno de los que vinieron despues. El mismo Petrarca (3) no lo sobrepuja en el jénero gracioso, i no tiene nada que se le acerque en lo grande i en lo terrible. Sin duda, la aspereza de su estilo hiere frecuentemente el órgano que Petrarca halaga siempre. Pero en sus cuadros enérjicos en que toma su estilo de maestro, no conserva de esa aspereza mas que lo que es imitativo; i en las pinturas mas tiernas aparece en su lugar todo lo que la gracia i la frescura del colorido tienen de mas suave i de mas delicado. El pintor terrible de Ugolino es tambien el pintor patético de Francisca de Rimini (4). Ademas, en todas las partes de su poema se admiran las comparaciones, las imájenes, las representaciones naturales de los objetos mas familiares, i sobre todo de los objetos campestres en que la suavidad, la armonía, el encanto poético están mas arriba de todo lo que se puede imajinar. I lo que le da todavía una grande i preciosa ventaja en este jénero, es que siempre es sencillo i verdadero: jamas un rasgo de injenio viene a enfriar una espresion de sentimiento o un cuadro de la naturaleza. Durante uno o dos siglos, su gloria pareció oscurecerse en su patria: se dejó de admirarlo tanto, de estudiarlo i aun de leerlo. Así, la lengua se debilitó, la poesía perdió su fuerza

(1) Victor de Jouy, escritor frances de nuestro siglo (1769-1846). Militar en su juventud, se dedicó mas tarde a la carrera literaria, escribió dramas que fueron aplaudidos, i obtuvo un asiento en la Academia francesa. Pero su obra maestra es *El ermitaño de la Chaussée d'Antin*, coleccion de artículos publicados en los diarios de Paris, que son bosquejos de costumbres, retratos picantes i espirituales de muchos vicios i estravagancias. Se distinguen entre ellos los Tartufos, es decir los hipócritas de diferentes jéneros.

(2) V. las *Noc. de hist. lit.* páj. 291.

(3) V. las *Nociones de hist. lit.* páj. 293.

(4) Episodios admirables del poema del Dante, reproducidos en la XII seccion de este libro.

i su grandeza. Ahora hemos vuelto al gran padre Alighieri; i los Alfieri (1), los Parini (2) han hecho vibrar con una fuerza nueva las cuerdas tanto tiempo descuidadas de la lira Toscana.

GINGUENÉ (3),
Historia de la literatura italiana.

X.

SHAKSPEARE (4).

Shakspeare es el orgullo de su nacion. Un poeta moderno lo ha llamado con justicia el jenio de las islas Británicas. Era ya el favorito de sus contemporáneos; i despues del período del fanatismo puritano que desterró todo libre cultivo intelectual, despues del reinado de Cárlos II, durante el cual sus dramas dejaron de ser representados o no aparecieron en la escena sino mui desfigurados, su gloria salió mas brillante que nunca de las tinieblas del olvido a principios del siglo pasado. En seguida, ha crecido sin cesar con la marcha del tiempo; i continuará, lo digo con la mayor confianza, creciendo considerablemente en los siglos venideros, como una avalancha que se desprende de la cima de los Alpes.

En Shakspeare, el conocimiento de los hombres ha llegado a hacerse proverbial. Bajo este aspecto, su superioridad es tal que se le ha llamado con razon el intérprete de los corazones. El talento del observador es formado por la habilidad para posesionarse de las mas delicadas i de las mas involuntarias manifestaciones del alma, i para indicar con toda seguridad, i con el ausilio de la reflexion i de la esperiencia, el significado de cada una de ellas. Deducir de estas observaciones las consecuencias ulteriores que encierran, i asociar en un conjunto harmónico segun las leyes de la verosimilitud, los datos aislados, es lo que constituye al conocedor del corazon humano. La cualidad distintiva del poeta dramático es algo de mui diferente de todo esto. Es la facultad de identificarse tan completamente con todas las naturalezas, aun las mas estrañas, que aquel que la posee, está en estado de obrar i de hablar como representante de la humanidad entera; es el poder de dotar a las criaturas de su imajinacion de una personalidad tan marcada que ellas se desenvuelven

(1) Célebre poeta trájico italiano. V. las *Noc. de hist. lit.* p. 375.

(2) José Parini, poeta milanes del siglo pasado (1729-1799), célebre por sus odas i por poemas descriptivos i satíricos.

(3) P. L. Ginguené, célebre erudito i crítico frances, nacido en 1748 i muerto en 1815, es autor de varias obras que revelan un gran saber i un juicio bien asentado. La mas famosa de todas es la *Historia literaria de la Italia*, que apesar de haber quedado incompleta, es un verdadero monumento de investigacion i de criterio.

(4) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 555. La primera duda a que ha dado lugar el estudio de la biografía del célebre trájico ingles, es la ortografía de su nombre, que suele escribirse de varios modos. Los mas usados son Shakspeare o Shakespeare; mas las curiosas discusiones a que ha dado lugar esta cuestion ortográfica, no han llegado a una conclusion definitiva.

en seguida en cada circunstancia particular segun las leyes naturales jenerales, i que el poeta hace en cierto modo sobre esas criaturas de su imajinacion esperimentos que tienen el mismo valor que si se hiciesen sobre objetos reales. Lo que queda incomprensible e inesplicable es que los personajes deban aparecer que no dicen ni hacen nada para el espectador, i que sin embargo, el poeta, por la representacion misma, sin añadir esplicaciones, comunique el don de penetrarlos hasta en sus mas íntimas profundidades. Por eso es que Goethe (1) ha comparado injeniosamente los personajes de Shakspeare a esos relojes, cuya esfera i cuya caja son de cristal, i que al mismo tiempo que indican la hora con la misma exactitud que los relojes comunes, dejan ver las ruedas interiores que ponen en movimiento los punteros.

GUILLERMO SCHLEGEL (2),
Curso de literatura dramática.

XI.

ALCIBIADES.

Alcibíades, hijo de Clínias, era ateniense. Parece que al formarlo, la naturaleza quiso probar de lo que era capaz. Todos los historiadores que han hablado de él, estan acordes en decir que nadie llevó tan léjos los vicios i las virtudes. Vástago de una familia noble, nacido en la primera ciudad de la Grecia, era el mas hermoso de los hombres de su tiempo; la naturaleza lo habia dotado de un talento vasto i profundo que le permitia percibirlo todo i que lo hacia apto para todo. Se mostró gran capitan tanto en mar como en tierra. Pero, sobre todo, sobresalia por su elocuencia; i era tal el encanto de su figura i la seduccion de su palabra, que no se podia resistirle cuando hablaba. Era ademas laborioso, paciente, desprendido cuando la ocasion lo exijia, i no ménos magnífico en sus hábitos que en su mesa. Era afable, insinuante, i sabia doblegarse a las circunstancias con una marabillosa facilidad. Pero en los momentos de descanso, cuando nada exijia su contraccion, este hombre a quien se habia visto tan infatigable, cambiaba de repente. No era mas que un libertino que se abandonaba a todos los exesos, de tal manera que todo el mundo se sorprendia de este contraste estraordinario i de la reunion de tantas cualidades diversas en un solo hombre.

Fué criado en la casa de Perícles, del cual era entenado segun se ha dicho. Recibió las lecciones de Sócrates, i llegó a ser yerno de Hipónico, el mas rico de todos los griegos. Aunque hubiera podido labrarse una

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 601.
(2) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 613.

gran posicion con su imajinacion i los recuerdos de sus mayores, no habria podido granjearse mayores bienes que los que habia recibido de la naturaleza i de la fortuna.

CORNELIO NEPOTE (1),
Vidas de los grandes capitanes.

XII.

CATON EL CENSOR.

Este célebre personaje tenia una gran fuerza de alma, una grande enerjía de carácter, i en cualquiera condicion que la suerte lo hubiese hecho nacer, debia ser él mismo el artífice de su fortuna. Dotado de todos los talentos que honran al simple ciudadano o que constituyen al hábil político, poseia a la vez la ciencia de los negocios civiles i la economía rural. Unos se han elevado a la cumbre de los honores por sus conocimientos en jurisprudencia, otros por su elocuencia, otros en fin por el brillo de su gloria militar. Caton tenia un jenio facil i flexible: sobresalia en todos los jéneros, a punto que habria podido decirse que habia nacido esclusivamente para aquel en que se ocupaba. En la guerra, esponia atrevidamente su persona i se señaló por muchas acciones brillantes: llegado al mando supremo, fué un jeneral consumado. En tiempo de paz, se mostró habilísimo jurisconsulto i famosísimo orador, no de aquellos cuyo talento brilla con un vivo resplandor durante su vida, i que no dejan ningun monumento de su elocuencia, porque la suya ha sobrevivido, i respira aun en escritos de todo jénero (2). Tenemos un gran número de defensas que pronunció, sea para sí mismo, sea para otros, sea contra sus adversarios, porque sabia anonadar a sus enemigos no solo acusándolos, sino defendiéndose a sí mismo. Si tuvo que luchar contra rivalidades celosas, persiguió tambien vigorosamente a sus rivales, i seria difícil decidir si la lucha que sostuvo contra la nobleza fué mas peligrosa para ella que para él. Es verdad que se le puede reprochar la brusquedad de su carácter, la acritud de su lenguaje i una franqueza llevada hasta el exceso; pero resistió victoriosamente a las pasiones i en su rijida probidad despreció siempre la intriga i las riquezas. Ecónomo, infatigable, intrépido, tenia una alma i un cuerpo de fierro. La vejez misma, que todo lo gasta, no pudo doblegarlo: a la edad de ochenta i seis años fué llamado ante la justicia, compuso i pronunció el mismo su defensa, i a los noventa años citó a Servio Galbo ante el pueblo.

TITO LIVIO (3),
Historia Romana, lib. XXXIX, cap. XL.

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 120.
(2) Véanse sobre los escritos de Caton las *Nociones de hist. lit.*, p. 101.
(3) Véanse id. id. p. 120.

XIII.

CATILINA.

Lucio Catilina, vástago de una familia noble, tenia una gran fuerza de alma i de cuerpo, pero un carácter perverso i depravado. Desde su adolescencia, las guerras intestinas, los asesinatos, las rapiñas, las discordias civiles, fueron diversiones para él, i continuó ejercitando en ellas su juventud. Su cuerpo podia soportar el hambre, el frio, las trasnochadas mas allá de todo lo que se puede creer. Espíritu atrevido, intrigante, flexible, capaz de disimularlo todo i de finjirlo todo, ávido de los bienes de los otros, pródigo de los suyos, fogoso en sus pasiones, i ademas de esto bastante elocuente pero falto de juicio. Su talento vasto buscaba sin cesar las cosas desmedidas, increibles, jigantescas.

Despues de la dominacion de Sila, sintió violentos deseos de apoderarse de la república; i con tal que llegase a gobernar, poco le importaban los medios. Este espíritu audaz estaba cada dia mas atormentado por el desarreglo de sus negocios i por la conciencia de sus crímenes. Alentábanlo a ello las costumbres corrompidas del estado, desarrolladas por dos causas igualmente funestas, el lujo i la codicia.

SALUSTIO (1),
Catilina, § V.

XIV.

ATILA.

La historia nos ha dejado un retrato de Atila por el cual podemos representarnos con bastante fidelidad a aquel bárbaro famoso. Pequeño de estatura i ancho de pecho, tenia la cabeza mui abultada, los ojos pequeños i hundidos, la barba rala, la nariz aplastada i el cútis casi negro. Su cuello naturalmente echado para atras i sus miradas que revolvia al rededor con inquietud o curiosidad, daban a su continente un no sé qué de soberbio e imperioso. Si algo llegaba a irritarle, su rostro se crispaba, sus ojos fulminaban rayos: los mas resueltos no osaban arrostrar su ira. Sus palabras i acciones llevaban el sello de un énfasis calculado para producir efecto; no amenazaba sino en términos tremendos; cuando derruia, era para destruir mas bien que para saquear, cuando mataba, era para dejar millares de cadáveres insepultos a la vista de los vivos. Al mismo tiempo, se mostraba clemente con los que sabian someterse, sensible a las súplicas, jeneroso con sus servidores i juez íntegro con sus vasallos.

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 119.—Muchas veces se han criticado los retratos trazados por Salustio, i particularmente el de Catilina, como faltos de verdad; pero se les considera irreprochables como obra de arte.

Su traje era sencillo, pero mui aseado; su comida se componia de carnes sin ningun aderezo, que se servian en fuentes de madera; su porte modesto i sus hábitos frugales contrastaban con el lujo que se complacia en ostentar en su alrededor. A la irascibilidad del Calmuko, añadia los instintos brutales de aquella raza; se emborrachaba a menudo i era furiosamente dado a las mujeres. No se le conocia ninguna creencia relijiosa, no practicaba culto alguno; únicamente ciertos hechiceros, dependientes de su casa como los *chamanes* que servian a los emperadores mongoles, consultaban el porvenir a su vista en las ocasiones importantes.

Aquel hombre que pasaba su vida en las batallas, rara vez esponia su persona; era jeneral nada mas que con la cabeza. Asiático en todos sus instintos, anteponia la política aun a la guerra misma, prefiriendo siempre los cálculos de la astucia a la violencia, i estimándolos en mas. Crear pretestos, entablar negociaciones a todo trance, enredarlas unas con otras como las mallas de una red, en que el adversario acababa por caer, tener perpetuamente a su enemigo amedrentado con terribles amenazas i sobre todo saber aguardar una ocasion, tal era su suprema habilidad. Muchas veces el pretesto mas fútil le parecia el mejor, con tal que no se pudiera satisfacer; luego lo recojia, lo alegaba de nuevo, lo dejaba dormir años enteros, pero no le abandonaba nunca enteramente. Era un curioso espectáculo el de aquellas innumerables embajadas con que andando los tiempos apuró la paciencia de la corte de Bizancio i que confiaba a los favoritos a quienes queria enriquecer. Conociendo las mañas de aquella corte corrompida i corruptora, que creia comprar con dádivas la docilidad de los negociadores bárbaros, enviaba allí a sus servidores a hacer fortuna a espensas del imperio, reservándose entrar luego a reparto con ellos, i llevando la imprudencia hasta el estremo de recomendarlos a las liberalidades imperiales, i su recomendacion era un mandato. Como se le antojase a uno de sus secretarios casarse con una rica heredera romana, fué preciso que Teodosio se la buscase; i habiendo ocurrido que la jóven se hizo robar por un amante para sustraerse a aquel odioso consorcio, el gobierno romano hubo de reemplazarla con otra igualmente rica i mas resignada. Tal era el hombre en cuyas manos iban a caer los destinos del mundo.

AMADEO THIERRY (1),
Historia de Atila i de sus sucesores, part. I. cap. II.

XV.

CARLOMAGNO.

Carlomagno hizo admirables reglamentos, i lo que es mas aun, los hizo ejecutar. Su jenio se desplegó en todas las partes de su imperio. En

(1) Amadeo Thierry, historiador frances, contemporáneo, nacido en 1797, es autor de varias obras históricas sobre la dominacion romana en la Galia i los últimos tiempos del imperio de occidente. A una investigacion tan prolija como profunda de las fuentes históricas, une un admirable talento de esposicion i de estilo que lo coloca en el rango de los mas ilustres historiadores de nuestra época.

las leyes de este príncipe se halla un espíritu de prevision que lo comprende todo, i cierta fuerza que lo arrastra todo. Los pretestos para eludir los deberes son suprimidos, las neglijencias correjidas, los abusos reformados o previstos. Sabia castigar, i lo que vale mas, sabia perdonar. Vasto en sus designios, sencillo en la ejecucion, nadie tuvo en mas alto grado el arte de hacer las mas grandes cosas con facilidad, i las mas difíciles con prontitud.

Recorria sin cesar su vasto imperio dejando sentir su mano donde estaba. Las dificultades renacian por todos lados; él las allanaba en todas partes. Jamas príncipe alguno supo mejor que él desafiar los peligros: jamas príncipe alguno supo evitarlos mejor. Se jugó con todos los peligros, i mui particularmente con aquellos que casi siempre ponen a prueba a los grandes conquistadores; quiero hablar de las conspiraciones.

Este príncipe prodijioso era estremadamente moderado; su carácter era suave, sus maneras sencillas: le gustaba vivir con los personas de su corte...Puso un arreglo admirable en sus gastos: dió valor a sus dominios con prudencia, con atencion, con economía: en sus leyes, un padre de familia podria aprender a gobernar su casa. Se ve en sus capitulares cual fué la fuente pura i sagrada de donde sacó sus riquezas. No diré mas que una palabra: ordenaba que se vendiesen los huevos de los gallineros de sus dominios i las yerbas inútiles de sus jardines; i ese mismo hombre habia distribuido a sus pueblos todas las riquezas de los lombardos, i los inmensos tesoros de esos hunos que habian despojado al universo.

MONTESQUIEU (1),
Espíritu de las leyes, lib. XXXI, cap. XVIII.

XVI.

LUIS XI.

Entre todos los hombres que he conocido, el mas prudente para salir de un mal paso en tiempo de adversidad era el rei Luis XI, nuestro señor, el mas humilde en palabras i en vestidos, i el que mas trabajaba en ganar un hombre que podia servirle o que podia dañarle. I no se molestaba de verse rechazado por el hombre a quien queria ganarse, sino que continuaba prometiéndole largamente, i dándole en efecto dinero i las tierras que le agradaban. A aquellos a quienes habia alejado de su lado en tiempo de paz i de prosperidad, los volvia a comprar a cualquier precio cuando tenia necesidad, i se servia de ellos sin tenerles ningun odio por las cosas pasadas. Era naturalmente amigo de los hombres del estado llano, i enemigo de todos los grandes que por su posicion no necesitaban de él. Ningun hombre dió jamas tanto oido a las jentes, ni

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.* p. 508.—Ejinardo (Véase este nombre en la p. 210 del libro citado) en su vida de Carlomagno ha hecho otro retrato admirable de este príncipe, en que analiza con gran detencion su carácter privado i sus costumbres.

se impuso de tantas cosas como él lo hacia, ni quiso jamas conocer tantas personas; porque verdaderamente, tan luego como conocia a todas las personas de autoridad i de valor que vivian en Inglaterra, en España, en Portugal, en Italia, i en los estados de los duques de Borgoña i de Bretaña, queria hacerlas sus súbditos. Estos manejos le salvaron la corona de los enemigos que él mismo se habia granjeado a su advenimiento al trono. Pero sobre todo le ha servido su gran liberalidad; porque así como se conducia con gran prudencia durante su adversidad, desde que se creia asegurado o solamente en una tregua, descontentaba por pequeñeces a las personas que le servian poco, i con gran trabajo lograba mantener la paz. Era lijero para hablar de otras personas, tanto delante de ellas como en su ausencia, salvo de aquellas a quienes temia, las cuales eran muchas; porque era mui receloso por naturaleza. I cuando por hablar habia recibido algun perjuicio, o tenia algunas sospechas, queria repararlo, i empleaba estas palabras delante de la misma persona: "Yo sé bien que mi lengua me ha causado grandes daños, pero tambien me proporciona placeres, es justo que yo repare mi falta." I no se limitaba solamente a estas palabras, sino que hacia algunos beneficios, no pequeños, a la persona con quien hablaba.

Dios favorece a un príncipe cuando sabe el bien i el mal que ha hecho, i sobre todo cuando es mayor el bien, como sucede con el rei nuestro señor. A mi juicio, los trabajos que soportó en la juventud cuando estuvo fujitivo de la corte de su padre, i se asiló cerca del duque Felipe de Borgoña, donde vivió seis años, le sirvieron mucho, porque estuvo obligado a agradar a aquellos de quienes necesitaba, i aprendió en la adversidad, lo que no es poco. Cuando se encontró grande i rei coronado, en los principios no pensó mas que en las venganzas; pero luego le ocurrieron las desgracias, i de cuando en cuando le vino el arrepentimiento. Reparó esta locura i este error, ganándose de nuevo a aquellos a quienes habia hecho mal.

COMINES (1),
Memorias, lib. I. cap. X.

EL MISMO ASUNTO.

Tal fué la época en qué, como para desviar del hermoso reino de Francia los desastres de todo jénero que lo amagaban, brillaba la vacilante corona en las sienes de Luis XI, cuyo carácter, aunque odioso en la vida privada, supo arrostrar, sin embargo, los males del tiempo, resis-

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 456—En realidad, Comines no ha pretendido trazar en estas líneas un retrato completo de Luis XI, a quien, sin embargo, ha dado a conocer perfectamente en el curso de sus *Memorias*. Así por ejemplo, no se encuentra nada en ellas del valor militar de ese rei, de su devocion supersticiosa, de su perfidia i de su crueldad inflexible; pero, volvemos a repetirlo, en su libro todas estas cualidades resaltan con su verdadero colorido. Puede compararse este bosquejo aislado del libro de Comines con el retrato de Luis XI que han trazado otros historiadores, i mui particularmente con el que ha hecho Sir Walter Scott en el segundo capítulo de una de sus mejores novelas, *Quintin Durward*.

tirlos i neutralizarlos en cierto modo; semejante a los venenos de opuestas virtudes que, segun los antiguos libros de medicina, tienen la propiedad de destruirse mutuamente.

Con decision bastante para lo que exijian las necesidades interiores i políticas de su reino, no participaba Luis de la menor chispa de aquel fantástico valor ni de aquella vanidad que inmediatamente lo sigue, o que acaso lo produce, i que solo campea en la lid por miras orgullosas despues de conseguido su objeto de utilidad.

Pacífico, astuto sin perder jamas de vista su interes personal, hacia frecuentemente el sacrificio de su altanería i de todo impulso innoderado de las pasiones que a su vez podian perjudicarle. Era suma su reserva en ocultar su opinion i sus proyectos a cuantos se le acercaban; i a menudo repetia que "rei que no supiese finjir, tampoco sabria reinar; i que si él creyese que su sombrero estaba iniciado en sus secretos, lo arrojaria a las llamas." No hubo en su siglo, ni en otro alguno, hombre tan diestro en sacar partido de las flaquezas de los demas, i en evitar al propio tiempo todo compromiso, cediendo inconsideradamente a las suyas.

Veíasele cruel i vengativo, hasta el punto de complacerse en presenciar las frecuentes ejecuciones de muerte que ordenaba; pero si bien ningun impulso de compasion le moviera a perdonar a los que justamente podia enviar al suplicio, tampoco ningun deseo de venganza fuera bastante a arrastrarle a un acto de violencia intempestivo. Rara vez se echaba sobre la presa a no tenerla a tiro, i no estar seguro de que no se le escaparia, disfrazando con tal arte sus movimientos, que solo por la publicidad de su triunfo solia conocerse el objeto a que se dirijian sus ocultos manejos.

Hasta su avaricia tomaba aspecto de prodigalidad, cuando le convenia sobornar al privado de algun príncipe, ya para desviar algun golpe que le amenazara, o para trastornar alguna confederacion en contra suya. Era aficionado a los placeres, i los llevaba al estremo; pero ni el amor ni la caza, que fueron, sin embargo, sus pasiones favoritas, distrajeron un momento su atencion de los negocios públicos i de la administracion de su reino. Leia perfectamente el corazon humano, como quien lo habia estudiado prolijamente, descendiendo a todas las clases de la sociedad i confundiéndose con los individuos que la componen. Aunque arrogante i altivo por naturaleza, poco o ningun caso hacia de las distinciones de convenio arbitrario entre los hombres; i por mas que semejante conducta fuese entónces calificada de irregular i rarísima, no por esto dejaba de llevar adelante sus designios, confiando a los hombres mas oscuros importantísimos empleos, en cuya eleccion era tal su tino i acierto, que casi nunca equivocaba el concepto que sus cualidades le habian merecido.

No dejaban de notarse, sin embargo, ciertas inconsecuencias en el carácter de este monarca tan diestro como artificioso. ¿Cómo conciliar que un hombre falsísimo i solapado cometiese grandes errores por haber depositado una ciega confianza en el honor e integridad de los demas? Todas sus faltas procedieron al parecer de excesiva sutileza i refinamiento en su conducta política, en la cual aparentaba confianza sin límites en aquellos a quienes intentaba engañar: mas, por lo que toca a su proceder ordinario, ningun tirano hasta entónces le igualaba en suspicacia.

Citarémos dos rasgos característicos para dar la última mano al retrato de un monarca que hubiera podido compararse a un leonero ocupado en contener los feroces animales que tiene enjaulados, i que con la sola distribucion directa de la comida i el cuerdo manejo del palo, llegan a domeñar unas fieras, cuya fuerza lo despedazaran a no subyugarlas con destreza.

El primero de estos rasgos característicos de Luis XI fué una estremada supersticion, desgracia con que el cielo suele castigar frecuentemente a quien se niega a escuchar los consejos de la relijion. Nunca le fué dado sofocar los remordimientos que lo atormentaron por su depravada conducta en no dar debida direccion a su conduta; i aunque en vano se esforzaba en calmar su amargura, hacíalo por medio de ejercicios relijiosos, ásperas penitencias, donaciones i ofrendas que traspasaban los límites de la jenerosidad.

El segundo rasgo, que por notable irregularidad acompaña algunas veces al primero, fué una decidida inclinacion por la embriaguez i la mas torpe relajacion. Luis, el mas advertido, o por lo ménos el mas astuto de los soberanos sus contemporáneos, gustaba apasionadamente de la vida privada, deleitábase en los chistes i agudezas de la conversacion, contra lo que prometian los demas atributos de su carácter. Hasta llegaba a comprometerse en oscuros manejos i ridículas aventuras, con una facilidad que se hallaba en contraste con su jenio receloso i espantadizo. Finalmente, llegó a tanto su loca pasion por las anécdotas licenciosas, que de ellas mandó formar para su uso una coleccion conocida por los bibliógrafos, quienes se hacen lenguas en alabanza de la buena edicion de esta obra inmoral, sin embargo de ser ellos los únicos que deben tomarse la libertad de examinarla (1).

El cielo, que, para el cumplimiento de sus designios, emplea igualmente el huracan que la mas suave i benigna lluvia, valióse del prudente i firmísimo, aunque poco amable carácter de este monarca, para restituir a la nacion francesa los beneficios de un gobierno civil que viera casi enteramente perdido a la época de su advenimiento al trono.

Sir Walter Scott (2),
Quintin Durward.

XVII.

JACOBO I DE INGLATERRA.

La escena de confusion en medio de la cual Heriot encontró sentado al rei, era una pintura bastante fiel de las inclinaciones i de la naturaleza de ánimo de Jacobo I. Habia allí grandes riquezas en cuadros de valor, en adornos preciosos; pero todos estos objetos, amontonados sin aseo, cubiertos de polvo, perdian la mitad de su valor, o al ménos de su efec-

(1) Esta, obra compuesta de cuentos licenciosos, tiene por título *Les cent nouvelles nouvelles* (Las cien novelas nuevas).
(2) Véase la nota del fragmento anterior.

to por la manera como se presentaban a la vista. La mesa estaba cargada de enormes volúmenes en folio, entre los cuales se encontraban libros frívolos, compilaciones de cuentos alegres o de obscenidades. Algunas notas de discursos de una estension interminable, ciertos ensayos sobre el arte de reinar estaban mezclados a miserables cantos o baladas, obras del real aprendiz en el arte de la poesía, como se titulaba él mismo. En otro lado, planes para la pacificacion jeneral de la Europa, con una lista de los perros corredores del rei i de los remedios contra la rabia canina.

El vestido del rei era de terciopelo verde, grueso i fuerte, que estaba a prueba de puñal. Esto hacia aparecer a Jacobo de una gruesura diforme i sin gracia: i ademas ese vestido estaba abotonado al traves del cuerpo, i su talle parecia irregular. Encima de ese traje llevaba una especie de bata de color oscuro, en cuyo bolsillo asomaba una corneta de caza. En el suelo se veia su sombrero plomo, de copa alta, cubierto de polvo, pero rodeado con un collar de grandes rubíes. Tenia en la cabeza un gorro de terciopelo azul, en cuya delantera se alzaba una pluma de garza, muerta por un halcon favorito del rei.

Pero estas anomalías en el traje i en los muebles, no eran mas que los signos esteriores de las que existian en el carácter del real personaje, carácter que hacia de él un objeto de dudas para sus contemporáneos i que debia legarlo como un enigma a los futuros historiadores. Aunque su instruccion fuese profunda, no poseia ningun conocimiento útil. Lleno de sagacidad en muchas ocasiones, sin tener, sin embargo, una verdadera prudencia; amante de su poder, deseoso de mantenerlo i de aumentarlo, dejaba con todo la direccion, como dejaba la suya propia, a los favoritos mas indignos. En palabras, era un defensor de sus derechos altivo i osado; en el hecho, los veia pisoteados sin tener el valor de resistir. Aunque preferia las negociaciones, se dejaba sobrepujar en sutileza, i temia la guerra aunque la victoria fuese fácil. Apasionado por su dignidad real, la degradaba constantemente por alguna familiaridad indebida. Capaz de ocuparse seriamente de los negocios públicos, los descuidaba con frecuencia por la diversion mas fútil. Era espiritual aunque pedante; i apesar de su erudicion, le gustaba conversar con personas ignorantes i sin educacion. La misma timidez de su carácter no era uniforme: en ciertos momentos de su vida, momentos verdaderamente críticos, supo mostrar el valor de sus antepasados. Laborioso en las pequeñeces, se divertia con bagatelas cuando se trataba de cosas sérias. Devoto en el fondo de su corazon, se olvidaba frecuentemente de ello hasta tener un lenguaje profano. Justo i bienhechor por naturaleza, dejaba a su alrededor libre el campo a la iniquidad i a la opresion. Era económico cuando tenia que entregar la plata por sí mismo: pero tenia una prodigalidad inconsiderada, sin límites, cuando no veia el dinero. En una palabra, estas buenas cualidades que manifestó en ciertas ocasiones, no eran bastante firmes ni completas para dirijir su conducta jeneral; i como no se mostraban mas que ocasionalmente, su único resultado ha sido dar a Jacobo I derecho a la calificacion que le dió Sully, la del loco mas cuerdo de la cristiandad.

SIR WALTER SCOTT (1),
Aventuras de Nigel.

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.* p. 561.

XVIII.

GUSTAVO ADOLFO.

Gustavo Adolfo era sin contradiccion el primer jeneral de su siglo, i el mas valiente soldado de un ejército que él mismo habia creado. Familiarizado con la táctica de los griegos i de los romanos, habia inventado un nuevo arte militar que despues sirvió de modelo a los mas grandes jenerales. Disminuyó los escuadrones, incómodos por la estension de terreno que ocupaban, para hacer mas fáciles i mas cómodos los movimientos de la caballería. Con el mismo objeto colocó los batallones a distancias mas considerables entre sí. Los ejércitos no formaban de ordinario mas que una sola línea de batalla: él los formó en dos líneas, de modo que la segunda pudiese avanzar cuando la primera se viese forzada a retirarse. Supo suplir la falta de caballería distribuyendo los infantes entre los jinetes, lo que frecuentemente decidió la victoria. La Europa aprendió de él por la primera vez la importancia de la infantería en las batallas. La Alemania entera ha admirado la disciplina que distinguió tan gloriosamente a los ejércitos suecos en su territorio. Todas las faltas eran castigadas con la mayor severidad, pero principalmente la blasfemia, el robo, el juego i el duelo. La sencillez era recomendada por las leyes militares de Suecia: así en todo el campamento, sin esceptuar la tienda del rei, no se percibia ni oro ni plata. El ojo del jeneral velaba con tanto cuidado por las costumbres de los soldados como por su bravura. Cada rejimiento debia formarse en círculo alrededor de su ministro para hacer la oracion de la mañana i la de la tarde, i cumplir al aire libre este deber relijioso. El rei servia en todo de modelo. Una piedad viva i sin afectacion, elevaba el valor que animaba su gran corazon. Esento de la incredulidad grosera que deja sin freno los movimientos feroces del bárbaro, esento tambien de la supersticion de un Fernando (1), que se abate como un insecto delante del ser supremo, i marcha con desden sobre la humanidad que oprime en la embriaguez de su felicidad, fué siempre hombre i cristiano; pero tambien en su relijion siempre héroe i siempre rei. Soportando como el último de sus soldados todas las incomodidades de la guerra, presente en todas partes, olvidando la muerte que lo rodeaba, mostrábase siempre en el camino del peligro. Su valor natural lo hizo con frecuencia perder de vista lo que debia al jeneral; i la muerte de un simple soldado terminó la vida de un rei. Pero los cobardes i los valientes lo seguian a la victoria, i a su mirada atenta no se escapaba ninguna de las acciones heroicas que su ejemplo habia hecho nacer. La gloria de este soberano inflamó en su nacion un sentimiento elevado de sí mismo que redobló su ardor. Orgulloso de poseer un monarca semejante, el campesino de la Finlandia i de la Gotia, se despojó alegremente de lo que le dejaba su miseria: el soldado vertió su sangre contento; i el impulso que dió a la nacion el jenio de un solo hombre, sobrevivió largo tiempo a su creador.

SCHILLER (2),
Historia de la guerra de treinta años, libro II.

(1) Fernando II de Austria, emperador de Alemania durante la guerra de treinta años, contra el cual combatia el rei de Suecia.
(2) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 606.

XIX.

DON ALVARO DE LUNA.

De bajos principios subió a la cumbre de la buena andanza: della le despeñó la ambicion. Tenia buenas partes naturales, condicion i costumbres no malas: si las faltas i los vicios sobrepujasen, el suceso i el remate lo muestra. Era de injenio vivo i de juicio agudo, sus palabras concertadas i graciosas, usaba de donaires con que picaba, aunque era naturalmente algo impedido en la habla: su astucia i disimulacion grande, el atrevimiento, soberbia i ambicion no menores: el cuerpo tenia pequeño, pero recio, i a propósito para los trabajos de la guerra; las facciones del rostro menudas i graciosas con cierta majestad.

Todas estas cosas comenzaron desde sus primeros años, con la edad se fueron aumentando. Allegóse el menosprecio que tenia de los hombres: comun enfermedad de poderosos. Dejábase visitar con dificultad, mostrábase áspero; en especial de media edad adelante fué en la cólera mui desenfrenado: exasperado con el odio de sus enemigos, i desapoderado por los trabajos en que se vió, a manera de fiera que agarrochean en la leonera, i despues la sueltan, no cesaba de hacer riza: ¿qué estragos no hizo con el deseo ardiente que tenia de vengarse? Con estas costumbres no es marabilla que cayese, sino cosa vergonzosa que por tanto tiempo se conservase. Muchas veces le acusaron de secreto i achacaron delitos cometidos contra la majestad real. Decian que tenia mas riquezas que sufria su fortuna i calidad, sin cesar de acrecentallas; en particular, que derribaba la nobleza, estaba así mismo apoderado del rei, i lo mandaba todo: finalmente que ninguna cosa le faltaba para reinar fuera del nombre, pues tenia ganadas las voluntades de los naturales, poseia castillos mui fuertes, i gran copia de oro i de plata, con que tenia consumidos i gastados los tesoros reales.

MARIANA (1),
Historia jeneral de España, lib. XXII, cap. II.

XX.

FELIPE II.

Hemos creido descubrir en Felipe II las prendas de un gran político; pero tambien las cualidades de un gran déspota. Sombrío i pensativo,

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 405.—Los retratos históricos del padre Mariana, hermosos como cuadros literarios, han sido, sin embargo, vivamente criticados por otro jesuita, el padre Renato Rapin, que vivia en el siglo XVII (1621-1687). En su *Instruccion para la historia*, preceptos del arte histórico, publicados por primera vez en 1677, sostiene que el padre Mariana por quien, sea dicho de paso, manifiesta una grande estimacion como historiador, compone sus retratos no con observaciones orijinales, sino con fragmentos tomados de los historiadores de la antigüedad i arreglados simétricamente por él. Creemos, a pesar de todo, que el retrato de don Alvaro de Luna no merece este reproche. Véase la páj. 57 de este Manual, i compárense estos retratos.

suspicaz i mañoso, dotado de gran penetracion para el conocimiento de los hombres i de prodijiosa memoria para retener los nombres i no olvidar los hechos, incansable en el trabajo i espedito para el despacho de los negocios, tan atento a los asuntos de grave interes como cuidadoso de los mas menudos accidentes, firme en sus convicciones, perseverante en sus propósitos, i no escrupuloso en los medios de ejecucion, indiferente a los placeres que disipan la atencion i libre de las pasiones que distraen el ánimo, frio a la compasion, desdeñoso a la lisonja e inaccesible a la sorpresa, dueño siempre i señor de sí mismo para poder dominar a los demas, cauteloso como un jesuita, reservado como un confesor i taciturno como un cartujo, este hombre no podia ser dominado por nadie i tenia que dominar a todos; tenia que ser rei absoluto. El hombre por cuyas manos pasaban todos los negocios de estado en una época en que sus relaciones se estendian por las rejiones de ambos mundos; que lo leia todo i lo decretaba todo por su mano, o lo anotaba i correjia de su puño, no hubiera podido reinar sin gobernar solo, porque se sentia con jenio, con propension i con capacidad para ello.

Uniendo al ardor del relijioso la frialdad del calculista, cuidando de no separar nunca el mejor servicio de Dios del mayor engrandecimiento de sus reinos, i de que el fanatismo no obstara al acrecimiento o conservacion del poder, quiso estinguir la herejía que ajitaba la Europa ayudando a los católicos contra los reformados i herejes, pero esperando vencer con los unos para reinar sobre todos; imponerles primero la creencia relijiosa para someterlos despues a la autoridad política. Hízose el defensor nato de la iglesia romana, i empezó ganándose al papa con blandura; pero si el papa se oponia a sus planes políticos tratábale con dureza, i se gozaba de los atrevimientos que con el jefe de la iglesia se tomaban sus embajadores (1). Perseguia a los enemigos de la plenitud de la potestad pontificia, pero no le asustaban las escomuniones. Veneraba a los frailes i se rodeaba de ellos, pero si atentaban a su poder los mandaba ahorcar. Si no hubiera hallado la Inquisicion, la hubiera inventado él: pero se le habia anticipado en mas de medio siglo. La halló establecida, i la hizo su brazo derecho, mas nunca consintió que se erijiese en cabeza. Gustábale servirse de los inquisidores, pero dominándolos.

No era impasible, pero lo parecia en las ocasiones en que es mas difícil reprimir los sentimientos i las afecciones humanas. La noticia del desastre de la invencible escuadra no le demudó el rostro, i se limitó a decir que habia enviado la escuadra a luchar con los hombres i no con los elementos. I la del glorioso triunfo de Lepanto, no hizo asomar a los reales labios una lijera sonrisa. La recibió rezando, calló, i continuó su oracion. Hasta que ésta fué acabada, no mandó entonar el *Te Deum*.

DON MODESTO LAFUENTE (2),
Historia jeneral de España, discurso preliminar.

(1) Se recordará que la primera guerra que hizo Felipe II, recien elevado al trono fué contra el papa Paulo IV, aliado entónces (1557) de Enrique II de Francia.

(2) Don Modesto Lafuente es uno de los escritores mas ilustres que ha producido la España en nuestro siglo (1806-1866). Ademas de muchas obras de un carácter político i satírico, escritas con notable injenio, i de una amena relacion de viajes en Francia, Béljica i Holanda, ha dado a luz su *Historia jeneral de España*, obra monumental por su estension, 29 volúmenes, i casi podria decirse por su mérito. Aprovechándose del

XXI.

CERVANTES.

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa i desembarazada, de alegres ojos, de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no há veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, i esos mal acondicionados, i peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos estremos, ni grande ni pequeño, la color viva, ántes blanca que morena, algo cargado de espaldas, i no mui lijero de piés: éste digo que es el rostro del autor de la Galatea, i de Don Quijote de la Mancha, i del que hizo el Viaje del Parnaso, a imitacion del de César, Caporal Perusino, i otras obras que andan por ahí descarriadas, i quizá sin el nombre de su dueño: llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra: fué soldado muchos años, i cinco i medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la mas memorable i alta ocasion que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Cárlos V.

CERVANTES (1),
Novelas ejemplares, prólogo.

XXII.

MARITORNES.

Servia en la venta una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, de un ojo tuerta i del otro no mui sana: verdad es que la

trabajo de prolija investigacion ejecutado por otros escritores, i poniendo por su parte un estudio considerable, ha formado la historia mas jeneral i completa de España que exista hasta ahora i que comprende desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, en 1833. Esta obra, escrita toda ella con claridad i con arte, sin esa afectacion frecuente en muchos escritores españoles de nuestra época, es, sin embargo, dispareja. Donde el autor ha encontrado trabajos anteriores de investigacion, o donde él mismo se ha empeñado en un estudio atento i prolijo, ha sobrepujado, puede decirse así, cuanto se habia escrito en España en materia de historia; pero hai partes mas descuidadas. Podemos señalar como las mas notables los reinados de los reyes católicos Fernando e Isabel, Cárlos V, Felipe II, Cárlos III i Cárlos IV hasta la invasion de los franceses en la península.

---

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 410.—Este retrato, puramente físico, es admirablemente trazado.

gallardía del cuerpo suplia las demas faltas: no tenia siete palmos de los piés a la cabeza, i las espaldas que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera.

CERVANTES (1),
Don Quijote, p. I, cap. XVI.

XXIII.

UNA VIEJA PEREGRINA.

Su edad al parecer salia de los términos de la mocedad, i tocaba en las márjenes de la vejez; el rostro daba en rostro, porque la vista de un lince no alcanzara a verle las narices, porque no las tenia sino tan chatas i llanas, que con unas pinsas no le pudieran asir una brisna de ellas; los ojos les hacian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ellas; el vestido era una esclavina rota que le besaba los calcañares (2), sobre la cual traia una muceta, la mitad guarnecida de cuero, que por roto i despedazado no se podia distinguir, si de cordoban o de badana fuese: ceñíase con un cordon de esparto, tan abultado i poderoso, que mas parecia gumena de galera, que cordon de peregrina; las tocas eran vastas, pero limpias i blancas: cubríale la cabeza un sombrero viejo sin cordon ni toquilla, i los piés unos alpargates rotos, i ocupábale la mano un cordon hecho a manera de callado, con una punta de acero al fin; pendíale del lado izquierdo una calabaza de mas que mediana estatura, i apegábale el cuello un rosario, cuyos Padres nuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla. En efecto, toda ella era rota i toda penitente, i como despues se echó de ver, toda de mala condicion. Saludáronla en llegando, i ella les volvió las saludes con la voz que podia prometer la cátedra de sus narices, que fué mas gangosa que suave. Preguntáronla dónde iba, i qué peregrinacion era la suya, i diciendo i haciendo, convidados como ella del ameno sitio, se le sentaron a la redonda, dejaron pacer el bagaje que les servia de recámara, de despensa i botillería, i satisfaciendo a la hambre, alegremente la convidaron, i ella respondiendo a la pregunta que la habian hecho, dijo: mi peregrinacion es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que mas cerca les viene a cuento para disculpar su ociosidad.

CERVANTES,
Pérsiles i Sijismunda.

---

(1) Este retrato i el que sigue son imajinarios, i se limitan a la parte física; pero pueden servir de modelo en su jénero por la facilidad de estilo i por dar a conocer tan bien a la persona descrita.

(2) Talones.

SECCION IX.

Paralelos.

El paralelo no es mas que la comparacion de dos retratos. Evidentemente, está sometido a las mismas reglas que ellos. No son ni pueden ser vanos ejercicios de estilo i de composicion: por el contrario, deben estar fundados en un estudio cabal de los hechos, i no deben reflejar mas que la verdad.

Los paralelos pueden ser de tantas clases como los retratos, es decir hai unos jenerales, como cuando se compara un pueblo con otro; hai morales, entre dos caractéres, literarios e históricos; pero son estos últimos los mas frecuentes.

Conviene advertir que los paralelos deben ser mucho ménos frecuentes que los retratos. En efecto, si en la historia antigua, i mas aun en la moderna, es raro encontrar fisonomías que sean a la vez bastante conocidas i bastante características para que sea posible i útil pintarlas, es mas difícil todavía el hallar entre dos caractéres similitudes o contrastes que tengan al mismo tiempo importancia i realidad. Si estas oposiciones o semejanzas no son mas que hipótesis, si el autor las inventa i no las observa, con el propósito de adornar la historia, no hará mas que adulterarla i degradarla. Algunos efectos de estilo, el brillo i la novedad de ciertas antítesis ofuscarán a los lectores, i talvez habrán

seducido al mismo autor; pero esos falsos colores duran poco tiempo, i el talento deja de brillar donde se muestra el artificio.

Estas juiciosas observaciones, estractadas de un gran maestro en el arte de escribir la historia, M. Daunou (1), parecerian desmentidas con el ejemplo de Plutarco que ha comparado veinte i cuatro personajes griegos con otros tantos romanos, i cuya obra es justamente admirada por la posteridad. Pero es menester advertir que la gloria de Plutarco está fundada en sus biografías i no en sus paralelos, si bien algunos de estos son verdaderamente notables.

TEMAS DE EJERCICIOS.

I.

Aténas i Esparta eran las principales repúblicas de la Grecia antigua. Ambas aspiraban al predominio; pero las leyes i las costumbres habian formado dos pueblos diferentes i antagonistas por su carácter, por su educacion i por sus tendencias. Aténas se distinguia por el cultivo de la intelijencia, por su pasion por las artes, por su espíritu industrial, por su comercio, por el carácter inquieto i emprendedor, por su amor a la libertad i por su heroismo en medio de una vida llena de espectáculos i de placeres. Esparta, por el contrario, era sombría, rigorosa, metódica: su educacion tenía por objeto formar soldados. Despreciaba las artes i el cultivo de la intelijencia.

II.

Cartago habia llegado a su grandeza cuando Roma comenzaba apénas a figurar. El comercio la habia enriquecido, i la riqueza i la molicie amenazaban arruinarla. Poderosa por su escuadra, solo tenia ejércitos de mercenarios. El pueblo, dividido en ricos i miserables, gobernado por abusos mas bien que por las leyes, tenia el orgullo de su grandeza i de su poder; pero faltaba en él la union indispensable para llevar a cabo las grandes empresas. Roma, por el contrario, era un pueblo nuevo, industrioso, trabajador, paciente. Gobernada por la lei i por un réjimen republicano aristocrático, habia, sin embargo, union entre todos sus habitan-

(1) Daunou, *Cours d'études historiques*, tomo VII, p. 430.—Esta obra es formada por las lecciones que este eminente sabio i crítico dió en el colejio de Francia durante once años de profesorado (1819-1830).

tes para las grandes empresas que acometia. Los romanos eran pobres, pero eran mas patriotas, i estaban dispuestos a sacrificarlo todo. Cartago conquistaba por interes comercial, i, por tanto, esplotaba a los paises conquistados. Roma conquistaba por la gloria, i trataba a los sometidos como a sus propios hijos; de donde resultó que esta última pudo poner sobre las armas a los pueblos conquistados, miéntras que aquella no contaba con el apoyo de sus colonias.

III.

Filipo III de Macedonia comenzó la empresa que llevó a cabo su hijo Alejandro. El primero, político, astuto, intrigante, pérfido, preferia las victorias de la diplomacia a las de la fuerza, i creia que todo era lejítimo para llegar a un fin. Economizaba su dinero para emplearlo en la guerra, pero mas que dar batallas le gustaba comprar a sus enemigos. Todo en él era cálculo. Alejandro era mas impetuoso, mas franco, ménos disimulado, mas batallador, en fin. El padre sabia disimular la cólera, el hijo se dejaba llevar de su furor. Alejandro con todo era mas jeneroso: Felipe no perdonaba sino para utilizar su perdon. El primero era frugal, el segundo intemperante. Uno queria que se le amase, i para ello empleaba la seduccion; el otro que se le temiese, i por eso empleaba la fuerza.

IV.

Tiberio i Cayo Graco desempeñan en la historia de la república romana un papel mui importante. Igualmente valerosos i resueltos, justos, dilijentes, templados, se diferenciaban, sin embargo, entre sí. Tiberio, el mayor, era suave i tranquilo; su elocuencia era moderada i su vida mui frugal. Cayo era mas violento i apasionado, sus discursos mas ardorosos, i aunque era sobrio, le gustaba mas que a su hermano la ostentacion i la comodidad. Si estos dos hombres hubieran figurado al mismo tiempo, se habrian completado, i habrian podido realizar mui grandes cosas; pero mediaba entre ambos la diferencia de nueve años i figuraron uno en pos del otro.

V.

Caton de Utica i César gozaron de una gloria igual en los últimos tiempos de la república romana. César la debia a su espléndida jenerosidad; Caton a la integridad de sus costumbres. El primero se adaptaba a las circunstancias; el segundo era inflexible. César, laborioso, franco i liberal con sus amigos, aspiraba a los altos empleos, al mando de los ejércitos, a todo aquello que podia dar a conocer su jenio: Caton era austero, i queria mejor ser hombre virtuoso que parecerlo.

VI.

Isabel la católica de Castilla e Isabel de Inglaterra tienen algunas semejanzas. Se educaron en la dura escuela de la adversidad, fueron humilladas por sus mismos parientes, i cuando se sentaron en el trono rei-

naron con grande intelijencia i elevaron a sus pueblos a un alto grado de prosperidad. La enerjía, la resolucion, el conocimiento de los negocios públicos, el amor a la patria, la proteccion a las letras, fueron igualmente grandes en las dos. Pero en Isabel de Castilla predominaban las cualidades de su sexo, la suavidad, la modestia, la benevolencia, a tal punto que no se le podrian reprochar mas que las persecuciones relijiosas, obra del tiempo mas bien que de su carácter, naturalmente afable i bondadoso. Isabel de Inglaterra era mas varonil en todo: arrogante, orgullosa, adusta, irascible, disimulada; i todo esto confundido con el deseo de agradar i de ser tenida por hermosa. La última poseia una instruccion mui superior a la de la reina española; pero ésta habia estudiado tambien. Ambas conocian a los hombres, i supieron aprovecharse de ello en la eleccion de sus consejeros.

VII.

Carlos V i Francisco I pasaron dieziocho años envueltos en guerras mas encarnizadas que todas las que hasta entónces habia presenciado la Europa. Su rivalidad estaba fundada en oposicion de intereses, exitados por celos personales i envenenada por insultos recíprocos. Los dominios del emperador eran mas estensos, pero los de Francisco I eran mas reconcentrados, i gobernaba con mayor autoridad. Las tropas del primero eran mas pacientes; las del segundo mas impetuosas. Carlos V meditaba mucho antes de tomar una resolucion, pero una vez tomada, la llevaba a cabo con teson: su rival se decidia con prontitud, atacaba con gran violencia, pero no era constante. Este último, por precipitacion, cometió muchas faltas; pero era humano, bienhechor, jeneroso, digno sin orgullo, afable sin falacia. Fué protector decidido de las ciencias, de las letras, de las bellas artes, i se hizo querer por su heroismo, por su jenerosidad i por su corazon. Cárlos V era reservado, insidioso i pérfido, pero poseia grandes talentos i un conocimiento tan cabal de los hombres que nunca empleó a uno que no fuera apto para el servicio que se le exijia.

VIII.

Cárlos XII, rei de Suecia, era un gran soldado, pero no fué un gran político. Creyendo imitar a Alejandro, se empeñó en una guerra destructora contra la Rusia, ejecutó grandes proezas; pero no pesó primero sus fuerzas i las de sus enemigos, acometió empresas descabelladas miéntras los rusos se rehacian i se fortificaban, i apesar de todo su heroismo i de todo su jenio, sucumbió en la lucha. Alejandro no fué a atacar un imperio naciente como Cárlos XII, sino un imperio en decadencia, cuyos recursos, cuyos ejércitos, cuyas armas i cuya táctica conocia perfectamente. Los persas, en vez de alejar sus tropas para evitar nuevas derrotas i formar, entre tanto, otros ejércitos mas formidables i mejor disciplinados, como lo hicieron los rusos, precipitaron las batallas unas en pos de otras, i aniquilaron así su imperio, que al fin fué sometido.

IX.

La batalla de Pultava decidió en 1709 de la suerte de los dos mas sin-

gulares monarcas que existian entónces en el mundo. Cárlos XII de Suecia i Pedro I de Rusia. El primero, ilustre por nueve años de victorias, que combate solo por la gloria, grande por su heroismo i por su carácter magnánimo, sobrio, infatigable, *invencible,* como lo llamaban sus contemporáneos: el segundo, famoso por nueve años de trabajos para formar ejércitos con que rechazar a los suecos, i para civilizar a su pueblo, audaz, astuto, enérjico, terrible con sus súbditos. Pedro fué el vencedor, i fundó el poder de su imperio; pero, aunque hubiese sido derrotado, habria merecido el apodo de *grande,* que le granjearon sus trabajos.

X.

Corneille no tiene rival entre los poetas cuando se eleva; pero es desigual, i tanto sus primeras como sus últimas piezas son inferiores a su jenio. Sus ideas son con frecuencia sublimes, pero su estilo es a veces declamatorio i descuidado. Hai en sus obras una gran fecundidad de invencion: casi en nada se parecen unas a otras. Racine tenia una imajinacion ménos fértil, i una elevacion ménos sostenida. Es mas igual, mas regular en el plan i en el estilo: es mas perfecto en los detalles, i sobre todo mas conmovedor. Es menester no creer, sin embargo, que a Racine le haya faltado lo sublime ni a Corneille lo patético. Este último pinta a los hombres como deberian ser; aquel como son.

XI.

Hernan Cortes i Francisco Pizarro tienen muchos puntos de contacto. Los dos eran osados aventureros, que con un puñado de hombres conquistaron dos imperios ricos i poderosos. La constancia, el valor, la audacia es grande en ambos: las dificultades que los dos tuvieron que vencer fueron inmensas. Pero Cortes era jóven, instruido, culto: Pizarro era viejo, ignorante hasta no saber leer, i tosco. El primero, poseia un gran jenio militar, obraba por su propia inspiracion, no oyó los consejos de nadie ni estuvo sometido a la influencia de ninguno de sus capitanes. Su superioridad sobre todos ellos era tan incontestable que ninguno le hacia sombra. El solo acometió la empresa, i él solo la llevó a término. Pizarro, aunque dotado de un talento natural bastante sólido, desconfiaba de sí mismo, i vivió sometido a influencias estrañas, a las de su hermano Hernando sobre todo, que lo precipitó en dificultades con su socio Almagro, en una sangrienta guerra civil i en injustificables venganzas. Cortes era franco, ardoroso, entusiasta: Pizarro tenaz, obstinado i reservado. Aquel vió desconocidos sus servicios por el rei, no pudo hacer todo lo que queria, i murió oscuramente olvidado: éste pereció en el apojeo del poder, despues de haber hecho todo aquello de que era capaz; pero sus errores fueron causa de su muerte trájica, a manos de sus mismos compañeros.

XII.

Napoleon i Washington vivieron casi a un mismo tiempo, i llenaron el mundo con la gloria de sus nombres. Ambos se distinguieron como militares i como políticos, i gobernaron en sus respectivos países despues

de una revolucion completa i radical. El primero es mas brillante por su gran jenio militar, por el esplendor de sus campañas, por su arrogancia i por la ostentacion de todas sus empresas: el segundo mas modesto por su talento militar i por su carácter, se limitó solo a cumplir leal i honradamente con su deber como jefe de un ejército i como primer mandatario de una república. Napoleon poseia una ambicion sin escrúpulos, una altanería injusta e insultante para con las naciones vencidas, una perfidia de que la historia ofrece pocos ejemplos, un espíritu intrigante i desconfiado, un gran disimulo i una intolerancia que no admitia nada que pudiera hacerle sombra: hijo de una revolucion hecha en nombre de la libertad i de la igualdad, escaló el poder sin reparar en medios, gobernó como un déspota, restableció la antigua jerarquía que la revolucion habia destruido i se manchó con actos injustificables de violencia. Washington, por el contrario, no tuvo mas ambicion que la de ver a su patria libre de la dominacion estranjera, no violó nunca las leyes de la justicia, no cometió una sola perfidia, no profirió una mentira, no hizo ninguna promesa que no cumpliera, no tuvo celos con ninguno de los hombres de su tiempo: elevado al poder sin pretenderlo i talvez sin desearlo, cimentó la república en su forma mas franca i mas liberal, reprimiendo a los que le pedian que ciñera la corona.

XIII.

Washington i Bolívar simbolizan la revolucion de la independencia en sus respectivos paises. Ambos sacrificaron su vida entera a una grande obra, hicieron cuanto se podia esperar de ellos. Pero Washington era modesto, templado en sus opiniones, dotado de un juicio frio i sereno; miéntras que Bolívar era impetuoso, arrogante, irresistible. El primero estuvo siempre sometido a las órdenes de un congreso, ya como jeneral del ejército, ya como presidente de la república: el segundo obraba siempre por su propia cuenta, i asumia toda la responsabilidad de sus actos. Washington era sumamente desinteresado: no queria mando ni pedia tampoco que se remuneraran sus servicios; solo admitió que se le pagaran los gastos hechos durante la guerra: Bolívar se encontraba tan superior a sus contemporáneos que creia que él debia gobernarlos; pero no solo fué desinteresado para no recibir sueldos ni las considerables recompensas que se le decretaron, sino que gastó en la revolucion la inmensa fortuna que habia heredado de sus padres. El carácter de Washington se revela en sus escritos i en sus discursos, siempre frio, moderado, razonador: el de Bolívar se ostenta en una elocuencia ardorosa i entusiasta. Washington es un hombre grande por la perfeccion de sus virtudes, por el conjunto armónico de todas las cualidades: Bolívar es grande, como lo son los jenios, esto es, por grandes dotes empañadas alguna vez por grandes pasiones.

XIV.

Bolívar i San Martin son rivales de gloria en la historia de la revolucion de la América del sur. La educacion i el carácter de ambos los separaban abiertamente. Heredero aquel de una gran fortuna, adquirió desde su niñez hábitos de independencia: el segundo, educado para militar, ad-

quirió el espíritu de orden i disciplina que lo acompañó siempre. Bolívar, arrebatado, franco, impetuoso, creia que bastaba el entusiasmo i el valor para derrotar al enemigo: San Martin, frio, reservado, no abria la campaña sino cuando habia formado tropas perfectamente disciplinadas. El primero entraba en combate sin tener fe en la victoria, para pelear a la desesperada, para vencer por el heroismo o para reunir los dispersos en caso de una derrota, i presentar nuevas batallas. El segundo meditaba largamente sus planes de campaña, no daba batallas sino cuando estaba seguro de la victoria, i siempre bajo la idea de destruir de un solo golpe al enemigo.

Indicamos sumariamente estas diferencias: los jóvenes que en el estudio de la historia han podido conocer a estos dos grandes hombres, deben reunir las otras circunstancias para desarrollar estos caractéres.

MODELOS DE EJERCICIOS.

I.

ATENAS I ESPARTA.

Entre todas las repúblicas de que estaba compuesta la Grecia, Aténas i Lacedemonia eran sin comparacion las principales. No se puede tener mas injenio que el que existia en Aténas, ni mas fuerza que la que existia en Lacedemonia. Aténas queria el placer: la vida de Lacedemonia era dura i laboriosa. Una i otra amaban la gloria i la libertad; pero en Aténas, la libertad tendia naturalmente a la licencia; i encadenada por leyes severas en Lacedemonia, miéntras mas reprimida se encontraba en el interior, mas se empeñaba en dominar en el esterior. Aténas queria tambien dominar, pero por otro principio. El interes se mezclaba a su gloria. Sus ciudadanos se distinguian en el arte de navegar; i el mar, donde ella reinaba, la habia enriquecido. Para permanecer única señora de todo el comercio, no habia nada que ella no quisiera someter; i sus riquezas que le inspiraban este deseo, le suministraban los medios de satisfacerlo. Por el contrario, en Lacedemonia, el dinero era despreciado. Como todas sus leyes tendian a hacer una república guerrera, la gloria de las armas era el único pensamiento de que estaban dominados los espíritus de sus ciudadanos. Desde allí naturalmente, ella queria dominar; i miéntras mas superior se mostraba al interes, mas se abandonaba a la ambicion.

Lacedemonia, por su vida arreglada, era firme en sus máximas i en sus designios. Aténas era mas viva, i el pueblo era allí demasiado señor. La filosofía i las leyes producian, es verdad, hermosos efectos en caractéres tan delicados; pero la sola razon no era capaz de contenerlos. Un sabio ateniense que conocia admirablemente el carácter de su país (Platon), nos enseña que el temor era necesario a esos espíritus demasiado vivos i demasiado libres, i que no hubo medio de gobernarlos cuando la victoria de Salamina los hubo afianzado contra los persas.

Entónces dos cosas los perdieron, la gloria de sus hermosas acciones i la seguridad en que creian estar. Los majistrados no eran oidos; i como la Persia estaba dominada por una sujecion exesiva, Aténas, dice Platon, sintió los males de una libertad exesiva.

Estas dos grandes repúblicas, tan contrarias en sus costumbres i en su conducta, se embarazaban una a otra en el designio que tenian de sujetar toda la Grecia, de suerte que siempre eran enemigas, mas aun por la contraposicion de sus intereses que por incompatibilidad de sus caractéres.

Las ciudades griegas no querian la dominacion de ninguna de las dos; porque, ademas que cada una deseaba conservar su libertad, encontraba demasiado molesto el imperio de cualquiera de las dos repúblicas. El de Lacedemonia era duro. Notábase en su pueblo yo no se qué de feroz. Un gobierno demasiado rijido i una vida demasiado laboriosa, hacia a los hombres mui orgullosos, mui austeros i mui imperiosos: era necesario resolverse a no estar jamas en paz bajo el imperio de una ciudad que, estando formada para la guerra, no podia conservarse sino continuándola sin descanso. Así los lacedemonios querian mandar, i todo el mundo temia que ellos mandasen. Los atenienses eran naturalmente mas suaves i mas agradables. Nada habia que ver mas delicioso que su ciudad, donde las fiestas i los juegos eran perpetuos, donde el injenio, la libertad i las pasiones daban cada dia nuevos espectáculos. Pero su conducta desigual desagradaba a sus aliados i era aun mas desagradable a sus súbditos. Era necesario soportar las estravagancias de un pueblo adulado, que segun Platon es algo mas peligroso que las de un príncipe mimado por la lisonja.

Estas dos ciudades no permitian a la Grecia permanecer en reposo.

Bossuet (1),
Discurso sobre la hist. universal, parte III, cap. V.

II.

ROMA I CARTAGO.

Cartago, enriquecida ántes que Roma, se habia corrompido tambien ántes: así, miéntras que en Roma los empleos públicos no se obtenian sino por la virtud, i no daban otra utilidad que el honor i un aumento de trabajo, en Cartago se vendia todo lo que el público puede dar a los particulares, i todo servicio prestado por los particulares era pagado por el público.

Antiguas costumbres, cierto hábito de pobreza, hacian que en Roma las fortunas fuesen casi iguales. En Cartago, los particulares tenian las riquezas de los reyes.

De las dos facciones que reinaban en Cartago, una queria siempre la

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* páj. 190.

paz, i la otra siempre la guerra, de manera que era imposible gozar de la primera, ni hacer bien la segunda.

Miéntras que en Roma la guerra reunia desde luego todos los intereses, en Cartago los separaba mas aun.

En los estados gobernados por un príncipe, las divisiones se apagan fácilmente, porque tiene en sus manos un poder coercitivo que atrae los dos partidos; pero en una república son mas duraderas, porque el mal ataca ordinariamente al mismo poder que podria curarlo.

En Roma, gobernada por las leyes, el pueblo sufria que el senado tuviese la direccion de los negocios: en Cartago, gobernada por los abusos, el pueblo queria hacerlo todo por sí mismo.

Cartago, que hacia la guerra con su opulencia contra la pobreza romana, tenia por esto mismo la desventaja: el oro i la plata se agotan; pero la virtud, la constancia, la fuerza i la pobreza no se agotan jamas.

Los romanos eran ambiciosos por orgullo, i los cartajineses por avaricia; los unos querian mandar, los otros adquirir; i estos últimos, calculando sin cesar las entradas i los gastos, hicieron siempre la guerra sin entusiasmo.

Las batallas perdidas, la disminucion de la poblacion, el debilitamiento del comercio, el agotamiento del tesoro público, la sublevacion de las naciones vecinas, podian hacer aceptar a Cartago las mas duras condiciones de paz: pero Roma no se manejaba por el sentimiento de los bienes i de los males; no se determinaba mas que por la gloria; i como no se imajinaba que pudiese existir si no mandaba, no habia esperanza ni temor que pudiese obligarla a hacer una paz que ella no hubiera impuesto.

No hai nada tan poderoso como una república donde se observan las leyes, no por temor, no por razon, pero sí por pasion, como fueron Roma i Lacedemonia; porque entónces se junta a la prudencia de un buen gobierno toda la fuerza que podria tener una faccion.

Los cartajineses se servian de tropas estranjeras, i los romanos empleaban las propias. Como estos últimos no habian mirado jamas a los vencidos mas que como instrumentos para los triunfos futuros, convirtieron en soldados a todos los pueblos que habian sometido; i miéntras mas trabajo tuvieron en vencerlos, mas aparentes los juzgaban para incorporarlos en su república. Así vemos a los samnitas, que no fueron subyugados sino despues de veinticuatro triunfos, hacerse los ausiliares de los romanos; i algun tiempo ántes de la segunda guerra púnica sacaron de entre ellos i de entre sus aliados, es decir, de un país que no era mas grande que Nápoles i los estados del Papa, setecientos mil hombres de a pié, i setenta mil de a caballo para oponer a los galos.

En lo recio de la segunda guerra púnica, Roma tuvo en pié de veintidos a veinticuatro lejiones; sin embargo, parece, segun Tito Livio, que no daba entónces mas que cerca de ciento treinta i siete mil ciudadanos.

Cartago empleaba mas fuerza para atacar, Roma para defenderse: ésta, como se acaba de decir, armó un número prodijioso de hombres contra los galos i contra Aníbal que la atacaban, i no envió mas que dos lejiones contra los mas grandes reyes; lo que hizo sus fuerzas eternas.

El establecimiento de Cartago en su país era ménos sólido que el de Roma en el suyo: esta última tenia a su alrededor treinta colonias, que eran como sus fortificaciones. Antes de la batalla de Cannas, ningun alia-

do la habia abandonado, porque los samnitas i los otros pueblos de Italia estaban acostumbrados a su dominacion.

La mayor parte de las ciudades de Africa eran poco fortificadas, se rendian desde luego a cualquiera que se presentase para tomarlas; por eso todos los que desembarcaron, Agatócles, Régulo, Escipion, pusieron pronto a Cartago en una situacion desesperada. No se puede atribuir sino a mal gobierno lo que les acaeció en toda la guerra que les hizo el primer Escipion: su ciudad i sus ejércitos estaban hambrientos, miéntras que los romanos tenian abundancia de todo.

Entre los cartajineses, los ejércitos que habian sido batidos se hacian insolentes: algunas veces crucificaban a sus jenerales, los castigaban por su propia cobardía. Entre los romanos, el cónsul diezmaba las tropas que habian huido, i las volvia a llevar contra el enemigo.

El gobierno de los cartajineses era mui duro: habia atormentado tanto a los pueblos de España que, cuando los romanos llegaron ahí, fueron mirados como libertadores; i si se consideran las sumas inmensas que costó a los cartajineses el sostener una guerra en que al fin sucumbieron, se verá que la injusticia es mal consejero i que ni siquiera realiza sus propósitos.

La fundacion de Alejandría habia disminuido mucho el comercio de Cartago. En los primeros tiempos, la supersticion desterraba en cierto modo a los estranjeros del Ejipto; i cuando los persas lo hubieron conquistado, no pensaron mas que en debilitar a sus nuevos súbditos; pero, bajo los reyes griegos, el Ejipto hizo casi todo el comercio del mundo, i el de Cartago comenzó a decaer.

Las potencias establecidas por el comercio pueden subsistir largo tiempo en su mediocridad; pero su grandeza es de poca duracion. Se elevan poco a poco i sin que nadie lo perciba; porque no ejecutan ningun acto particular que haga ruido i señale su poder; pero cuando las cosas llegan a un punto en que no se puede impedir que sean vistas, cada cual trata de privar a esa nacion de una ventaja que no ha tomado, por decirlo así, mas que por sorpresa.

La caballería cartajinesa valia mas que la romana por dos razones: primero, los caballos numidas i españoles eran mejores que los de Italia; i segunda, porque la caballería romana estaba mal armada. Solo en las guerras que los romanos hicieron en Grecia, cambiaron de táctica, como nos lo enseña Polibio.

MONTESQUIEU (1),
Grandeza i decadencia de los romanos, cap. IV.

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 508.—Este paralelo, trazado con una gran profundidad i con una notable penetracion histórica, puede ser analizado comparándolo con el fragmento de Victor Hugo que trascribimos a continuacion. En este último se encontrarán mas brillo i colorido, mas imajinacion, una elegante personificacion de Roma i Cartago durante las guerras púnicas; pero no se hallarán las ideas claras, precisas i luminosas que se encuentran en el fragmento de Montesquieu.

EL MISMO ASUNTO.

Roma, semejante al águila, su símbolo temible, estiende sus alas, despliega sus garras, coje el rayo i vuela. Cartago es el sol del mundo. Es señora de los océanos, señora de los reinos, señora de las naciones. Es una ciudad magnífica, llena de esplendor i de opulencia, brillante con las artes estrañas del oriente. Es una sociedad completa, pulimentada, acabada, a la cual no falta nada de lo que puede hacer el trabajo del tiempo i del hombre. En fin, la metrópoli del Africa está en el apojeo de su civilizacion: no puede subir mas. i cada progreso será en adelante un paso a la decadencia. Roma, por el contrario, no tiene nada. Ha tomado ya todo lo que estaba a su alcance; pero ha tomado por tomar, mas bien que por enriquecerse. Es semi salvaje, semi bárbara. Tiene que hacer a la vez su educacion i su fortuna. Todo está delante de ella: nada detras.

Durante cierto tiempo, ambos pueblos existen de frente. El uno descansa en su esplendor, el otro se engrandece en la sombra. Pero, poco a poco, el aire i el lugar les faltan a ambos para desarrollarse: Roma comienza a molestar a Cartago. Hace largo tiempo que Cartago importuna a Roma. Sentadas sobre las dos orillas opuestas del Mediterráneo, las dos ciudades se miran la cara. El mar no basta ya para separarlas. La Europa i el Africa pesan una sobre otra. Como dos nubes cargadas de electricidad se encuentran ya mui cerca. Van a confundirse en el rayo. Esta, es la peripecia de este gran drama. ¡Cuán grandes son los actores que están delante! dos razas, ésta de mercaderes i marinos. aquella de labradores i soldados; dos pueblos, uno reinando por el oro, otro por el fierro; dos repúblicas, una teocrática, otra aristocrática; Roma i Cartago; Roma con su ejército, Cartago con su escuadra; Cartago, vieja, rica, astuta; Roma, jóven, pobre i vigorosa; el pasado i el porvenir; el espíritu de descubrimiento i el espíritu de conquista; el jenio de los viajes i del comercio, el demonio de la guerra i de la ambicion; el oriente i el mediodía por una parte, el occidente i el norte por la otra; en fin, dos mundos, la civilizacion del Africa i la civilizacion de Europa.

Ambas se miden con la vista. Su actitud ántes del combate es igualmente formidable. Roma, estrecha ya en toda la parte del mundo que conoce, reune todas sus fuerzas i todos sus pueblos. Cartago, que tiene sujeta a la correa a la España, la Armórica i esa Bretaña que los romanos creian en el fondo del universo, Cartago ha arrojado el ancla de abordaje sobre la Europa.

La batalla se traba. Roma copia groseramente la marina de su rival. La guerra se enciende primero en la península i en las islas. Roma acecha a Cartago en esa Sicilia, donde la Grecia ha encontrado al Ejipto, en esa España, donde mas tarde lucharán aun la Europa i el Africa. el oriente i el occidente, el mediodía i el septentrion.

Poco a poco el combate se empeña, el mundo se inflama. Los colosos se atacan cuerpo a cuerpo, se aferran, se dejan, se vuelven a aferrar. Se buscan i se rechazan. Cartago pasa los Alpes; Roma pasa los mares. Los dos pueblos personificados en dos hombres, Anibal i Escipion, se estrechan i se encarnizan para concluir. Es un duelo terrible, un combate a

muerte. Roma vacila, lanza un grito de angustia: *Annibal ad portas!*... Pero se levanta, agota sus fuerzas para dar un último golpe, se arroja sobre Cartago, i la borra del mundo.

VICTOR HUGO (1).

III.

FILIPO I ALEJANDRO.

Filipo preferia los combates a los festines, i no empleaba sus inmensas riquezas mas que en espediciones militares. Mas fácil para procurarse dinero que para conservarlo, estaba siempre pobre, apesar de sus rapiñas diarias. Era al mismo tiempo clemente i pérfido; todo le parecia lejítimo para llegar a la victoria; seductor, insidioso en sus discursos, prometia mas de lo que tenia: la seriedad, la alegría, todo en él era cálculo. Tuvo amigos no por afeccion sino por interes. Acariciar a un enemigo, desconfiar de un amigo, dividir a dos aliados i ganar la confianza de uno i otro, tal era su política ordinaria. A todo esto añadia una elocuencia notable, un estilo lleno de vigor i de finura, una facilidad elegante, una imajinacion adornada i sin esfuerzos. Alejandro, su hijo i sucesor, sobrepasó sus vicios i sus cualidades. Ambos tendian a la victoria, pero por medios diferentes: Alejandro por la fuerza, i Filipo por la intriga. Al uno gustaba engañar a sus enemigos, al otro vencerlos en pleno dia. Aquel era mas prudente, éste mas temerario. El padre sabia disimular, i aun con frecuencia sofocar su cólera; el hijo, una vez irritado, no sabia ni diferir ni limitar su venganza. A uno i a otro gustaba demasiado el vino, pero su embriaguez era diferente. Filipo, al levantarse de la mesa, corria hácia el enemigo, empeñaba el combate; Alejandro volvia su furor no contra sus enemigos, sino contra sus oficiales. Con frecuencia, Filipo volvia herido del combate; con mayor frecuencia todavía Alejandro salió de un festin manchado con la sangre de sus cortesanos. El uno reinaba con sus amigos, el otro sobre sus amigos. El primero prefería que se le amase: el segundo que se le temiese. Ambos tuvieron gusto por la literatura. Filipo tuvo mas política, Alejandro mas buena fé. Aquel era mas moderado en sus palabras, éste en sus actos. Alejandro era mas jeneroso, mas pronto para perdonar a los vencidos; Filipo no perdonaba ni a sus aliados. El padre era frugal, el hijo intemperante. Con estas cualidades diversas, el padre echó los cimientos del imperio del mundo, i el hijo tuvo la gloria de acabar su obra.

JUSTINO (2),
Historias filípicas, lib. IX, § 8.

---

(1) Distinguido poeta i prosador frances contemporáneo, nacido en 1802. Véanse sobre él las *Nociones de hist. lit.*, p. 531.

(2) Véanse las *Noc. de hist lit.* p. 121.—Los críticos que se han ocupado de Justino creen que al abreviar la obra monumental de Trogo Pompeyo, desgraciadamente perdida para la posteridad, ha empleado de ordinario los propios términos i las mis-

IV.

TIBERIO I CAYO GRACO.

Tiberio tenia el aire del rostro, la mirada i los movimientos suaves i tranquilos: Cayo, por el contrario, era vivo i vehemente. Cuando hablaban en público, el primero se mantenia siempre en el mismo lugar, con una apariencia llena de reserva; i el otro fué el primero entre los romanos que dió el ejemplo de pasearse en la tribuna i de echar su manto abajo de sus hombros. La elocuencia de Cayo, terrible, apasionada, sobrecojia violentamente los espíritus: la de Tiberio mas suave, era mas aparente para exitar la compasion. La diccion de Tiberio era pura i castigada; la de su hermano, persuasiva i adornada con una especie de complacencia.

La misma diferencia existia en su manera de vivir i en su mesa. Tiberio llevaba una vida sencilla i frugal: Cayo, comparado a los otros romanos, era sobrio i templado; pero comparado a su hermano, era exijente i se inclinaba a lo superfluo.

Sus costumbres no eran ménos diferentes que su lenguaje. Tiberio era suave i tranquilo i Cayo rudo i exaltado, a tal punto que frecuentemente en medio de sus discursos se abandonaba contra su voluntad a movimientos impetuosos de cólera, alzaba la voz, se dejaba arrastrar a las invectivas, i confundia las cosas en su arenga. Para remediar estos estravíos, hé aquí el medio que empleaba. Licinio, uno de sus esclavos, hombre que no carecia de intelijencia, se mantenia detras de él cuando hablaba al público, con uno de esos instrumentos de música, que sirven para arreglar la voz; i cuando sentia por la fuerza de los sonidos que su señor se exaltaba i se dejaba arrastrar por la cólera, le recomendaba por lo bajo un tono mas suave. Cayo moderaba inmediatamente su vehemencia: bajaba la voz, suavizaba su declamacion i recobraba una apariencia mas tranquila.

Tales eran las diferencias que se notaban entre ellos. Pero la valentía contra los enemigos, la justicia para con sus inferiores, la dilijencia en el ejercicio de las funciones públicas, la templanza en el uso de los placeres, eran iguales en ambos.

Tiberio tenia nueve años mas que su hermano, lo que puso entre su administracion i la de Cayo un intervalo considerable; i nada contribuyó mas a hacer malograr sus empresas. Como no florecieron los dos a un mismo tiempo, no pudieron mancomunar sus fuerzas respectivas, i formar por medio de esta union un poder temible i quizá invencible.

PLUTARCO (1),
Tiberio i Cayo Graco.

mas frases del famoso historiador romano, a quien los antiguos colocaban a la altura de Tito Livio, de Salustio i de Tácito. En efecto, en la obra de Justino se nota poco encadenamiento en las materias, lo que supone falta de tino al hacer el estracto; pero se hallan en ella fragmentos tan notables como el paralelo que dejamos copiado.

---

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 81.

V.

CATON DE UTICA I JULIO CÉSAR.

Habia poca diferencia entre ambos por el nacimiento, la edad, la elocuencia: tenian una igual grandeza de alma, una gloria igualmente grande pero diferente. César se habia labrado un alto renombre por sus beneficios i su munificencia: Caton, por la integridad de su vida. El primero se distinguió por su suavidad i por su clemencia; el segundo se hizo respetable por su severidad. César adquirió un alto renombre dando, socorriendo, perdonando; Caton no mostraba nunca debilidad. Uno era el refujio de los desgraciados, el otro el azote de los malhechores. Se elojiaba en el primero la llaneza de las costumbres; en el segundo la constancia inquebrantable. En fin, César se habia hecho una regla de conducta de ser laborioso, vijilante, ocupado de los intereses de sus amigos, poco cuidadoso de los suyos, de no rehusar nada que le pareciese digno de ser ofrecido; para sí mismo, deseaba un gran mando, un ejército, una guerra en donde pudiese desplegar su jenio. Caton, por el contrario, hacia un estudio de moderacion, de decencia, pero sobre todo de austeridad. No disputaba a los ricos en opulencia, a los intrigantes en intrigas, pero sí en valor al mas bravo, en templanza al mas modesto, en probidad al mas honrado; preferia mejor ser virtuoso que parecerlo, i por esto mismo miéntras ménos buscaba la gloria mas la alcanzaba.

SALUSTIO (1),
Catilina, § 54.

VI.

ISABEL LA CATÓLICA DE CASTILLA E ISABEL DE INGLATERRA.

En las cualidades mas apacibles de su sexo es en las que mas se deja ver la superioridad de doña Isabel de Castilla sobre la ilustre reina del mismo nombre, Isabel de Inglaterra, cuya historia presenta algunos puntos de contacto con las de aquella. Ambas se educaron en sus primemeros años en la dura escuela de la adversidad: ambas sufrieron las mayores humillaciones por parte de aquellos mismos que por ser sus mas próximos parientes, mas debieran haberlas amado i protejido: ambas consiguieron sentarse sobre el trono despues de las vicisitudes mas contrarias: ambas condujeron a su pueblo durante un largo i glorioso reinado, a un grado de prosperidad a que nunca habia llegado ántes: ambas vivieron para ver la vanidad de las grandezas terrenales, i para morir víctimas de una tristeza inconsolable: una i otra, por último, dejaron un nombre ilustre, que no ha tenido igual en la historia posterior de sus respectivas naciones.

(1) V. las *Nociones de hist. lit.* páj. 119.

Desaparece, sin embargo, la semejanza entre ambas, fuera de estas pocas circunstancias de su historia: i sus caractéres apénas presentan punto alguno de contacto. Isabel de Inglaterra, heredando una gran parte del jenio orgulloso i brusco de su padre Enrique VIII, era altiva, arrogante, adusta e irascible, i a estas fieras cualidades reunia el disimulo mas profundo i una estraña irresolucion: i doña Isabel de Castilla, por el contrario, templaba la dignidad de su elevada categoría con sus maneras afables i corteses; una vez resuelta, era constante en sus propósitos, i su conducta pública i privada llevaba el sello del candor i la honradez. Una i otra puede decirse que dieron muestras de aquella magnanimidad que es necesaria para la realizacion de grandes cosas a despecho de los mayores obstáculos; pero la reina de Inglaterra era en estremo egoista, incapaz de olvidar, no ya una injuria verdadera, sino aun la mas lijera ofensa a su vanidad, i desapiadada en el castigo; al paso que la soberana de Castilla vivia solo para los demas, siempre estaba pronta a sacrificarse por el bien público, i léjos de alimentar resentimientos personales, mostraba la mayor bondad hácia aquellos mismos que la habian ofendido en lo mas vivo de su corazon, buscando, en su benevolencia, medios de mitigar la severidad autorizada por las leyes, aun tratándose de los culpables.

Ambas poseian estraordinaria fortaleza de espíritu; porque si bien doña Isabel de Castilla se halló en situaciones que exijian con mas frecuencia i en mas alto grado el ejercicio de esta virtud que su rival la de Inglaterra, nadie negará que se halló tambien dotada de igual cualidad, i en mayor altura, la hija de Enrique VIII. Logró esta mejor educacion, i una instruccion bajo todos aspectos mas elevada que aquella; pero la reina de Castilla tenia la suficiente para desempeñar con dignidad su puesto, i fomentó las letras con jenerosa munificencia. Las facultades i pasiones varoniles de Isabel de Inglaterra, la divorciaron, al parecer, en gran manera de los atributos peculiares de su sexo, al ménos de los que constituyen su encanto; pero poseyó en abundancia sus flaquezas, una presuncion i un deseo de ser admirada, que ni aun los años pudieron correjir, una lijereza mui libre, sino ya criminal, i una pasion por las galas i la magnificencia exesiva en los adornos, que era ridículo o repugnante segun las diferentes épocas de su vida, en que se dejó arrastrar por ella: al paso que doña Isabel de Castilla, distinguiéndose siempre por sus maneras decorosas, i por una pureza que ni aun la calumnia pudo empañar, se contentaba con el lejítimo afecto que podia inspirar dentro del cículo de su familia; i mui distante de la frívola afectacion en sus adornos i trajes, era en estremo sencillo su ordinario vestir, i parecia no prestar atencion a sus joyas, sino en cuanto podian servir para las necesidades del estado, desprendiéndose de ellas luego que esta utilidad cesaba, para ofrecerlas, como hemos visto, a sus amigas.

Ambas fueron estraordinariamente acertadas en la eleccion de sus ministros; aunque la de Inglaterra incurrió en algunos errores por causa de su lijereza, así como la de Castilla por sus sentimientos relijiosos; los cuales juntamente con su estremada humildad, fueron los que condujeron a esta última a los únicos desaciertos graves de su gobierno. No incurrió su rival en errores semejantes, i eran estrañas a su carácter las apreciables cualidades que a ellos conducen: para nada entraba, ciertamente, en su conducta el principio relijioso, i aunque fué el baluarte de

la relijion protestante, difícil seria, en verdad, decir si era en su corazon mas protestante que católica: miraba la relijion en sus relaciones con el estado. o, en otras palabras, consigo misma; i adoptó medidas para obligar a la conformidad con sus planes, casi tan despóticas i sanguinarias como las que por motivos de conciencia dictara su mas supersticiosa rival.

Este rasgo de supersticion que ha arrojado cierta sombra sobre el carácter, por lo demas bellísimo de doña Isabel de Castilla, podria inducirnos a creer que eran sus facultades intelectuales inferiores a las de la reina inglesa; pero para juzgar de esto con acierto, es menester considerar los resultados de sus reinados respectivos. Isabel de Inglaterra encontró a mano todo cuanto necesitaba para hacer la felicidad de su pueblo; i no tuvo, por lo tanto, que hacer mas que aprovecharse hábilmente de ello para construir con solidez el edificio de la grandeza nacional. Doña Isabel de Castilla tuvo que crear estos medios: halló las facultades de su pueblo sumidas en mortal letargo; i supo infundir en ellas el soplo de la vida, para excitarlas a aquellas grandes i heroicas empresas que tan gloriosas consecuencias produjeron para la monarquía; i estas consecuencias, cuando se consideran bajo el punto de vista de la posicion que su creadora ocupaba al principio de su reinado, son casi milagrosas, tal es su magnitud. El jenio varonil de la reina inglesa aparece mas relevante de lo que naturalmente era, por lo mismo que carecia de las dulces cualidades de su sexo; el de su rival, por el contrario, a manera de una fábrica grande, pero simétrica, pierde en apariencia algo de su verdadera grandeza, por la misma perfeccion de armonía de sus proporciones.

Las circunstancias de la muerte de una i otra, que fueron algun tanto parecidas, pusieron de manifiesto la desemejanza de sus caractéres. Ambas sucumbieron en medio de la pompa de su rejio estado: ámbas fueron víctimas de un abatimiento incurable, mas bien que de enfermedad alguna física conocida. Nació aquel en la reina de Inglaterra de la herida que en su vanidad causara el triste convencimiento de que la habia ya abandonado la admiracion con que durante tan largo tiempo se alimentara, i hasta el afecto de la amistad i la adhesion de sus súbditos; i no buscó consuelos donde únicamente podia hallarlos en aquellos tristes momentos. La reina de Castilla, por el contrario, se doblegó bajo el peso de su esquisita sensibilidad por los padecimientos ajenos; pero en medio de la tristeza que la aquejaba, contemplaba con la confianza de la fe la brillante perspectiva que una vida futura le ofrecia, i lanzó su último aliento, en medio del llanto i del universal lamento de sus pueblos.

PRESCOTT (1),
Historia del reinado de los reyes católicos, cap. XVI.

(1) Véase lo que acerca de Prescott hemos dicho en la p. 124.

VII.

FRANCISCO I CÁRLOS V.

El último dia de marzo (1547) murió en Rambouillet Francisco I, a los cincuenta i tres años de su edad i a los treinta i tres de su reinado. Por espacio de veinte i ocho de éstos separóle del emperador una animosidad declarada, que envolvió, no solo a sus propios estados, sino aun a la mayor parte de la Europa, en guerras sostenidas con encarnizamiento mas violento i durable que ninguna de las que se hicieron en los tiempos pasados. Muchas fueron las circunstancias que a ello contribuyeron: la rivalidad de estos príncipes fundábase en una oposicion de intereses escitada por la envidia personal i enconada por recíprocos insultos. Al mismo tiempo, si uno de los dos al parecer tenia alguna ventaja propia para darle la superioridad, esta misma ventaja hallábase contrabalanceada por alguna circunstancia favorable al otro. Los dominios del emperador eran mas estensos; los del rei de Francia, mas unidos. Francisco gobernaba su reino con autoridad absoluta. Cárlos solo gozaba de poder limitado, pero suplíalo con su esperiencia i saber. Si las tropas del primero eran mas audaces e impetuosas, las del segundo mas sufridas i mejor disciplinadas. Diferenciábanse los talentos de ambos monarcas, tanto como las respectivas ventajas de que disfrutaban: diferencia que no poco contribuyó a la prolongacion de sus querellas. Tomaba Francisco una resolucion con celeridad, sosteníala al principio con calor i proseguíala con actividad i osadía; pero carecia de la perseverancia necesaria para vencer las dificultades, i a menudo abandonaba sus proyectos o aflojaba en su ejecucion, ya por impaciencia, ya por lijereza. Cárlos deliberaba con calma i decidíase con lentitud; mas cuando habia resuelto su plan, seguíalo con obstinacion inflexible, i ni peligros ni obstáculos podian retraerle de llevarlo a cabo. De consiguiente, el influjo que sus caractéres ejercieron en sus empresas, debió diferenciar de un modo análogo sus triunfos. Con su impetuosa actividad, desconcertó muchas veces Francisco los planes mejor combinados del emperador; quien, siguiendo sus miras con mas sangre fria, pero con constancia, detuvo frecuentemente a su rival en su rápida carrera, i rechazó sus mas vigorosos esfuerzos. Aquel, al principiar una guerra o una campaña, caia sobre su enemigo con la violencia de un torrente, arrastrando cuanto a su frente encontraba; éste, aguardando para obrar, a que empezasen a disminuir las fuerzas de su rival, recobraba al fin cuanto perdiera, i raras veces dejaba de hacer nuevas adquisiciones. Formó el rei de Francia varios proyectos de conquistas; pero por brillantes que hubiesen sido los principios de sus espediciones, pocas acabaron con buen éxito; al paso que el mas feliz coronó muchas empresas del emperador que se miraban como imposibles i desesperadas. Dejábase Francisco fascinar por el esplendor de un proyecto, i a Cárlos solo lo seducia la perspectiva de las ventajas que pudiese acarrearle. Sin embargo, todavía no se ha fijado el grado de su mérito i de su reputacion respectiva, ni por medio de un escrupuloso exámen de sus talentos en gobernar, ni por medio de la imparcial consideracion de la grandeza i del éxito de sus intentos. Francisco es uno de esos príncipes, cuya fama excede a su jenio i a sus accio-

nes, i muchas son las circunstancias cuyo concurso ha producido esta preferencia. Era tan manifiesta la superioridad que dió a Cárlos la victoria de Pávia i que conservó hasta el fin de su reinado, que la mayor parte de los demas estados miraron los esfuerzos de Francisco para debilitar el poder enorme i siempre creciente de su rival, no solo con la ventajosa prevencion que naturalmente inspiran los que con valor sostienen un desigual combate, sino tambien con el favor que merecia el que atacaba un enemigo comun, i procuraba reprimir el poder de un soberano tambien formidable para todos los demas. Por otra parte, la reputacion de los príncipes, mayormente a los ojos de sus contemporáneos, depende tanto de sus calidades personales como de su talento para el gobierno. Graves i repetidas faltas cometió Francisco, ya en su conducta política, ya en su administracion interior; pero fué humano, benéfico i jeneroso; tenia dignidad sin orgullo, era afable sin bajeza i cortesano sin falacia; amábanlo i respetábanlo cuantos se acercaban a su persona, i todo hombre de mérito, en él encontraba favorable acojida. Fascinados por las cualidades del hombre, olvidaron sus vasallos los defectos del monarca; i como admiraban en él al mas cumplido cortesano de su reino, sometiéronse sin murmurar a unos actos de rigorosa administracion, que no hubieran perdonado a un príncipe mas adusto. Parece, sin embargo, que semejante admiracion no debiera pasar de momentánea, i fenecer con los cortesanos del monarca; ya debió desvanecerse la ilusion que producian sus virtudes privadas, i la posteridad debia haber juzgado su conducta pública con su acostumbrada imparcialidad; pero otra circunstancia ha contrabalanceado este efecto natural, i el nombre de Francisco ha pasado a la posteridad lleno de una gloria, a que el tiempo ha dado nuevo esplendor. Pocos progresos ántes de su reinado hicieron en Francia las ciencias i las artes, que apénas empezaban a salvar los límites de la Italia, donde acababan de renacer, i que hasta entónces era su única mansion. Tomólas bajo su proteccion, i quiso igualar a Leon X en el ardor i magnificencia con que alentó a las letras, llamando los sabios a su corte, conversando familiarmente con ellos, empleándolos en los negocios, elevándolos a las dignidades i honrándolos con su confianza. Como los literatos se envanecen de verse tratados con la distincion a que se creen acreedores, tanto como están dispuestos a quejarse cuando se les niegan las debidas consideraciones, creyeron que nunca seria demasiada la gratitud que profesasen a tan jeneroso protector, i a porfía celebraron sus virtudes i sus talentos: elojios que adoptaron, si es que no los aumentaron, los escritores de los posteriores tiempos. El título de *padre de las letras*, que dieron a Francisco, ha consagrado su memoria entre los historiadores, que parece han mirado como cierta impiedad el revelar sus debilidades i el censurar sus defectos. Así, con ménos talento i fortuna que Cárlos, goza Francisco talvez de mas brillante reputacion, habiéndole acarreado sus prendas personales mas admiracion i alabanzas que las que ha inspirado el vasto jenio i los felices cálculos de su rival mas hábil, pero no tan amable.

ROBERTSON (1).
Historia de Cárlos V, lib. IX.

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 576.

VIII.

CARLOS XII I ALEJANDRO.

Este príncipe (Cárlos XII), que no hizo uso mas que de sus propias fuerzas, resolvió su caida formando designios que no podian ser ejecutados por medio de una larga guerra, que su reino no podia sostener.

No era un estado en decadencia lo que él queria echar por tierra, sino un imperio naciente. Los moscovitas se sirvieron de la guerra que él les hacia, como de una escuela. En cada derrota se acercaban mas a la victoria; i perdiendo en el esterior, aprendian a defenderse en el interior.

Cárlos se creia el señor del mundo en los desiertos de la Polonia, donde vagaba errante, i de los cuales la Suecia estaba como esparcida, miéntras que su principal enemigo se fortificaba, lo estrechaba, se establecia en el mar Báltico, destruia o tomaba la Livonia.

La Suecia se asemejaba a un rio cuyas aguas fueran cortadas en su oríjen para darles otro curso.

No fué Pultava lo que perdió a Cárlos: si no hubiese sido destruido en ese lugar, lo habria sido en cualquier otro. Los accidentes de la fortuna se reparan fácilmente; pero ¿cómo resistir a acontecimientos que nacen continuamente de la naturaleza de las cosas?

Pero ni la naturaleza ni la fortuna fueron tan fuertes contra él como lo fué él mismo.

No se rejia por la disposicion actual de las cosas, sino por cierto modelo que habia tomado; i aun lo siguió mui mal. No era Alejandro; pero habria sido el mejor soldado de Alejandro.

El proyecto de Alejandro no salió bien sino porque era sensato. El mal éxito de los persas en las invasiones que hicieron en Grecia, las conquistas de Ajesilao i la retirada de los diez mil, habian hecho conocer en su justo valor la superioridad de los griegos en su manera de combatir, i en el jénero de sus armas; i se sabia bien que los persas eran demasiado grandes para correjirse.

No podian ya debilitar a la Grecia por divisiones: estaba entónces reunida bajo un jefe que no podia tener mejor medio para ocultarle su servidumbre que ofuscándola con la destruccion de sus eternos enemigos i con la esperanza de la conquista del Asia.

Un imperio cultivado por la mas industriosa nacion del mundo, i que trabajaba las tierras por principio de relijion, fértil i abundante en todo, daba a un enemigo todo especie de facilidades para subsistir.

Se podia juzgar por el orgullo de sus reyes, siempre mortificados por sus derrotas, que precipitarian su caida dando siempre batallas, i que la lisonja no permitiria jamas que pudiesen dudar de su grandeza.

I no solo era cuerdo el proyecto sino que fué cuerdamente ejecutado. Alejandro, en la rapidez de sus acciones, en el ardor de sus mismas pasiones, tenia, si me atrevo a servirme de este término, una puntilla de razon que lo conducia, i que aquellos que han querido hacer una novela de su historia no han podido ocultarnos.

MONTESQUIEU (1),
Espíritu de las leyes, lib. XI, cap. XIII.

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 508.

IX.

CARLOS XII I PEDRO EL GRANDE.

El 8 de julio de 1709 se dió la batalla decisiva de Pultava, entre los dos mas sigulares monarcas que existiesen entónces en el mundo: Cárlos XII, ilustre por nueve años de victorias, Pedro Alexiowitz, famoso por nueve años de trabajos empleados en formar tropas iguales a las tropas suecas; uno glorioso por haber dado estados, el otro por haber civilizado los suyos; Cárlos que busca los peligros i que no combate mas que por la gloria, Alexiowitz que no evita el peligro i que no hace la guerra sino por sus intereses; el monarca sueco liberal por grandeza de alma, el moscovita que no da jamas sino con algun propósito; aquel de una sobriedad i de una continencia sin ejemplo, de un carácter magnánimo, i que no habia sido bárbaro mas que una sola vez (en la muerte de Patkul, embajador i jeneral del emperador de Rusia); éste que no se habia despojado de la rudeza de su educacion i de su pais, tan terrible para sus súbditos, como admirable para los estranjeros, i mui inclinado a los exesos que abreviaron sus dias. Cárlos tenia el título de *invencible*, que un momento podia quitarle; las naciones habian dado a Pedro Alexiowitz el nombre de *grande*, que una derrota no podia hacerle perder porque no lo debia a la victoria.

VOLTAIRE (1),
Historia de Cárlos XII, lib. IV.

X.

CORNEILLE I RACINE.

Corneille no puede ser igualado en los puntos en que sobresale; tiene entónces un carácter orijinal e inimitable; pero es desigual. Sus primeras comedias son secas, lánguidas i no hacian esperar que mas tarde fuese tan lejos, así como sus últimas piezas hacen que nos sorprendamos de que haya podido caer de tan alto. En algunas de sus mejores piezas hai faltas inescusables contra las costumbres dramáticas (2); un estilo declamador que retarda la accion i la hace languidecer: neglijencias en los versos i en la espresion que no se pueden comprender en un hombre tan grande. Lo que hai en él de mas eminente es el jenio inclinado a lo sublime, al cual es deudor de ciertos versos, los mas felices que jamas se hayan leido, de la marcha jeneral de la pieza, que algunas veces ejecutó

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 510.
(2) Se llaman costumbres dramáticas todos los rasgos que sirven para pintar el carácter de los personajes. Es menester que esos rasgos sean conformes a la tradicion o a la idea que el autor quiere dar de sus héroes. Toda infraccion de esta lei es una falta contra las costumbres dramáticas.

contra las reglas de los antiguos, i en fin de sus desenlaces, porque no siempre se ha sujetado al gusto de los griegos i a su gran sencillez; sino que por el contrario ha preferido recargar la escena con acontecimientos de que casi siempre ha salido con buen éxito. Su jenio es admirable sobre todo por la estremada variedad i por los pocos puntos de contacto que se encuentran en el gran número de obras que compuso.

Parece que hai mas puntos de semejanza en las de Racine, que tienden mas o ménos a un mismo objeto; pero es igual, sostenido, siempre el mismo en todas partes, sea en la marcha de sus piezas, que son precisas, regulares, estudiadas en el buen sentido i en la naturaleza; sea por la versificacion, que es correcta, rica en sus rimas, elegante, sonora, armoniosa; exacto imitador de los antiguos a quienes ha seguido escrupulosamente en la nitidez i en la sencillez de la accion. A Racine no le han faltado lo grande ni lo marabilloso, así como a Corneille lo conmovedor i lo patético. ¿Qué mayor ternura que la que está esparcida en todo *El Cid*, en *Polieuto* i en los *Horacios*? ¿Qué grandiosidad no se encuentra en en *Mitridátes*, en *Burrho*? Las pasiones favoritas de los antiguos, que los trájicos trataban de escitar en sus teatros, i que se nombran el terror i la compasion, han sido conocidas de estos dos poetas: Orestes en la *Andrómaca* de Racine i *Fedra* del mismo autor, así como el *Edipo* i los *Horacios* de Corneille, son la prueba de ello.

Sin embargo, si es permitido hacer una comparacion entre ambos i señalar en uno i en otro lo que han tenido de mas propio, de mas suyo i lo que brilla mas ordinariamente en sus obras, quizás se podria hablar así: Corneille nos somete a sus caractéres i a sus ideas, Racine se conforma a las nuestras; aquel pinta los hombres como debieran ser, éste los pinta como son. Hai en el primero mas de lo que se admira i mas de lo que se debe imitar; en el segundo hai mas de lo que se encuentra en los otros i de lo que se esperimenta en sí mismo. El uno eleva, sorprende, domina, instruye; el otro agrada, ajita, conmueve, penetra. Lo que hai de mas hermoso, de mas noble, i de mas imperioso en la razon, es manejado por el primero; i por el segundo lo que hai de mas halagüeño i de mas delicado en la pasion. En aquel se encuentran máximas, reglas, preceptos; en éste, gusto i sentimiento. Corneille es mas moral, Racine mas natural. Parece que el uno imita a Sófocles, i que el otro debe mas a Eurípides.

LA BRUYÈRE (1),
De las obras del espíritu.

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 498.

SECCION X.

Disertaciones.

Bajo este título vamos a reunir aquí ciertos asuntos de moral, filosofía, literatura, etc., que, si bien pueden tratarse por estenso, son susceptibles tambien de ser condensados en dos o tres pájinas. Esta clase de ejercicios literarios tiene una grande importancia, por cuanto habitúan a los jóvenes a meditar sobre cosas abstractas, i a poner en órden lójico sus pensamientos.

La primera condicion de este jénero de escritos es la claridad, no solo la claridad de las voces i de los jiros, sino esa que resulta del encadenamiento de las ideas, de la lójica en los raciocinios i en las deducciones. El objeto del escritor no es agradar, sino convencer; i para ello debe espresar sus pensamientos con una trasparencia que permita comprenderlos por entero. Es un error el creer que la declamacion, la vana palabrería, por mas fascinadora que se presente, tienen alguna importancia en trabajos de esta naturaleza. Los modelos que insertamos en seguida darán a conocer lo que vale la sencillez en la esposicion i la sobriedad en el estilo.

Los jóvenes que trabajen en esta clase de ejercicios, encontrarán a primera vista sin duda, áridos i secos los temas que se les proponen, creerán que no hai nada, o casi nada que decir sobre ellos; pero meditando un poco el asun-

to, verán nacer nuevas ideas, i el trabajo consistirá entónces en concentrar los pensamientos, desechando las ideas accesorias i ménos necesarias. Ninguno de los ejercicios propuestos anteriormente reclama mas atencion ántes de tomar la pluma.

TEMAS DE EJERCICIOS.

I.

Cuando el hombre contempla la naturaleza entera queda sorprendido i confundido. Llega entónces a despreciarse a sí mismo, así como a todas las cosas de la tierra. Si considera en seguida los seres mas pequeños, descubre en ellos todo un mundo i se pierde en el infinito. Tales espectáculos curan al hombre de la presuncion.

II.

Cuando se conoce el sistema planetario, se ve que los astros que jiran al rededor del sol obedecen a leyes fijas e inmutables. Este sistema, con todos los astros que lo componen, no es mas que un punto en el espacio. La observacion nos hace creer como verdad averiguada que cada una de las estrellas fijas es un sol que sirve de centro a otro sistema planetario, tan vasto o mas que aquel de que la tierra forma parte. Así como muchos de los planetas que jiran al rededor del sol arrastran consigo un sistema de satélites, se cree que del mismo modo el sol i las estrellas fijas forman un sistema en torno de un centro desconocido. La via láctea seria, pues, un conjunto de grandes planetas que jiran al rededor de ese centro. Pero, por podijiosa que nos parezca la estension de todo este sistema, es apénas perceptible en la inmensidad de los espacios infinitos; i por tanto fuera de este conjunto en medio del cual está el sol que nos alumbra, hai otras vias lácteas, otros conjuntos de estrellas que probablemente obedecen a las mismas leyes que rijen el curso de los astros que vemos. Nada puede darnos una idea mas aproximativa del poder infinito del Hacedor Supremo que esta inmensidad de los espacios, poblados de infinitos sistemas de astros rejidos por un mismo principio.

III.

El ateismo proviene de una ciencia a medias: una ciencia mas estensa fortifica en los hombres la idea de un Dios. El ateismo, es decir la negacion de un ser que recompensa la virtud i castiga el crímen, hace imposible la sociedad, porque quita a las acciones del hombre su verdadera sancion. La justicia humana es impotente para reprimir todos los crí-

menes; i si bien es verdad que hai hombres que no necesitan la idea de Dios para ser buenos, sin esa idea la mayoría del jénero humano se dejaria arrastrar por la pendiente del crímen.

IV.

El duelo nació en la época bárbara de la edad media i está basado en una preocupacion estravagante que coloca el honor del hombre en la punta de una espada. Segun esta preocupacion, el duelo lejitima las acciones mas indignas. Los antiguos no conocieron esta manera de arreglar las cuestiones de honor. Esto mismo, el hecho de que el duelo sea una institucion moderna, una moda a que no se sometieron los pueblos mas intelijentes i mas virtuosos de la tierra, revela de sobra lo absurdo que es. El hombre recto, cuya vida no tiene manchas, no necesita del duelo para mantener su honor: su vida entera es el mejor comprobante de su honorabilidad. Por el contrario, son los malvados los que ordinariamente apelan al duelo para cubrir con sus provocaciones la infamia de su vida.

V.

Parece que los hombres al fijar las doce de la noche como el momento de separacion entre dos dias, han querido ocultarse la marcha del tiempo para no hacer sensible el que dejan tras de sí. Esa hora, sin embargo, debe ser el oríjen de profundas meditaciones del espíritu. Ella nos marca el tiempo trascurrido i la mayor inmediacion a que nos hallamos de la muerte. Pero es que cada cual cree que si es natural que los demas mueran, porque eso lo vemos todos los dias, i porque nos habituamos fácilmente a ello, no podemos persuadirnos de que la muerte habrá de alcanzarnos a nosotros mismos.

VI.

El verdadero filósofo ve acercarse la muerte lleno de esperanzas. La ciencia le ha enseñado a purificar su alma, i le ha enseñado tambien que la vida no basta para conocer lo verdadero. A su juicio, no puede haber felicidad real sino en el conocimiento de la verdad, i éste no se alcanza sino despues de la muerte.

VII.

Cada una de las edades del hombre tiene caractéres diversos. En la juventud, el corazon se abre a todos los instintos jenerosos, si bien el ardor lo arrastra a verdaderos estravíos. El interes no existe para el jóven: la esperanza lo guia i lo engaña. La esperiencia, que no existe para él, no lo ha despojado aun de las ilusiones ni le ha hecho conocer el mundo bajos sus aspectos mas desagradables. En el viejo, por el contrario, se han helado esos sentimientos ardorosos. La esperiencia i los desengaños le han dado a conocer el mundo por su lado mas feo, han marchitado sus sentimientos i han apagado su entusiasmo. Aunque susceptible de ideas jenerosas, el interes guia ordinariamente sus pasos.

El hombre maduro ocupa el término medio entre estos dos estremos: está tan léjos del ardoroso entusiasmo de la juventud como del frio positivismo de la vejez.

VIII.

Se ha discutido mucho el mérito comparativo de los antiguos i de los modernos en materias literarias. Esta es cuestion de gusto i de apreciacion, pero que debe abordarse con conocimiento de causa. Los escritores antiguos cultivaron todos los jéneros literarios i en casi todos produjeron obras maestras. Si los modernos los sobrepujan no por eso es menor la gloria de aquellos; 1.° porque sus obras no pueden ser malas porque hai otras mejores, i 2.° porque los modernos los habrian vencido entónces tomándolos a ellos por modelos. Los defectos de los antiguos son reales i verdaderos; pero los justifican en cierto modo los errores de su filosofía, las supersticiones de su relijion i la ignorancia característica de los tiempos primitivos.

IX.

El cultivo de las ciencias no solo desarrolla la intelijencia de los hombres que se consagran a él, sino que propende al bienestar social i material de los pueblos i de los individuos. El hombre salvaje es incapaz de utilizar los beneficios con que le brinda la naturaleza. Es verdad que en los primeros tiempos, los progresos científicos fueron sumamente lentos, i aun mas tarde los inventores no previeron siempre todas las consecuencias de sus descubrimientos. Se pueden poner muchos ejemplos de esta verdad. Los descubridores de la electricidad no pudieron presumir que un cable eléctrico pusiera en comunicacion instantánea a la Europa con la América. Daguerre, al descubrir el daguerreotipo, no pudo sospechar que llegaria a tomarse la imájen fotográfica de los astros para estudiar la astronomía. Gutemberg, cuando inventó la imprenta, no pudo imajinarse que habria diarios a precio ínfimo i libros que esparciesen la ciencia por todo el mundo. El fraile aleman que inflamó por la primera vez una mezcla de azufre i salpetre, no pudo soñar en el fusil de aguja ni en los cañones rayados. Los marinos fenicios que hicieron vidrios con la arena de las playas de España, no podian pensar en el invento de los telescopios i de los microscopios. La ciencia, aunque no conozcamos todo el alcance de cada uno de sus progresos, ejerce la accion mas poderosa sobre la industria i las artes, i hasta sobre la riqueza pública.

X.

La proteccion que los príncipes han solido conceder a las letras ha sido de ordinario perjudicial. No se puede esperar de ellos que tengan el discernimiento necesario para distinguir a los hombres que son dignos de su proteccion; i por otra parte, sucede con frecuencia que sus favores no alcanzan mas que a los literatos que se prostituyen i los adulan. El ejemplo mas frecuente que presentan los partidarios de la proteccion es

el de Luis XIV, cuyo siglo contó una falanje numerosa i escojida de sabios i de literatos. Pero este ejemplo, examinado mas atentamente, es contraproducente. Los mas ilustres sabios de esa época, Pascal i Descartes entre otros, son verdaderamente anteriores a Luis XIV; i bajo el reinado de éste las ciencias brillaron mui poco. En las letras hai que advertir que los grandes poetas i los grandes prosadores de su siglo, a lo ménos en su mayor parte, habian sido educados i aun comenzaron a escribir, ántes que Luis XIV subiera al trono. La proteccion del rei los alcanzó, es verdad; pero luego que desapareció la jeneracion en que figuraban esos jenios, la literatura cayó en la mayor postracion apesar de que el rei mantuvo siempre su sistema protector.

XI.

Entre las infinitas marabillas operadas por la civilizacion no es la menor la confraternidad que reina entre todas las naciones del globo. En los tiempos mas remotos que recuerda la historia, los hombres vivian separados en tribus hostiles que pasaban en guerras constantes. Hoi no solo son hermanos los habitantes de una nacion entre sí, sino que todos los pueblos civilizados cultivan relaciones de amistad i de comercio. De aquí nace que cada cual se interese por lo que pasa en cualquier pais. Mediante el progreso jeneral en estas relaciones, un hombre puede gozar de los beneficios de la industria de su pais i de los pueblos estranjeros, procurarse mas comodidades que un rei de otros tiempos i decir sin exajeracion que para él trabajan los hombres de todos los pueblos i de todos los climas.

XII.

Los efectos de la ignorancia se hacen sentir de muchas maneras. El frenesí de las luchas i de las persecuciones relijiosas, las sublevaciones de los trabajadores contra las máquinas i las fábricas, a las cuales acusan de arrebatarles su trabajo, las sublevaciones contra los que venden víveres en las épocas de escasez, la credulidad en los remedios que venden los charlatanes son otros tantos signos de ignorancia. En ella se encuentra la esplicacion de las preocupaciones vulgares, de la creencia en maleficios, encantamientos i hechizos. Los que no conocen la causa de las cosas, estan dispuestos a esplicárselas por medio de los mayores absurdos.

XIII.

Juzgar a la humanidad absolutamente mala, es un sistema falso i peligroso. Es verdad que en el fondo del corazon del hombre se encuentra el amor a sí mismo; pero este instinto no es malo sino en cuanto es exajerado i esclusivo: dirijido prudentemente, viene a ser al contrario para la actividad humana, un útil resorte, porque los intereses bien entendidos del individuo no son sino los de la sociedad. La ciencia de la moral consiste, pues, en mostrar a los hombres que su verdadero interes está de acuerdo con el interes de sus semejantes.

XIV.

El envilecimiento de los romanos bajo la tiranía imperial, fué lento e insensible durante el gobierno de Augusto, pero se mostró en toda su desnudez bajo el reinado de su sucesor. El espionaje i la delacion reemplazaron a la antigua lealtad de las relaciones domésticas. Una tiranía espantosa, ejercida bajo las formas legales agobió al pueblo romano. El senado fué encargado de juzgar los delitos de lesa majestad, es decir, las palabras, los signos, los pensamientos contra el emperador. El pueblo se envileció hasta tolerar todo esto i aplaudir a sus opresores. Todas las conquistas, las grandes acciones, el heroismo de otros tiempos habian venido al fin a convertirse en la dominacion de algunos monstruos.

XV.

El apólogo tiene un fin moral. Por su gran sencillez está destinado a penetrar en el espíritu de los niños, i a comunicarles por medio de una ficcion agradable, una leccion que no les impresionaria si hubiera de comunicárseles de otro modo. Los hombres, por otra parte, bajo el nombre de los animales, ven reproducidos los rasgos distintivos del carácter humano. Los niños, por su lado, pueden aprender a conocer al hombre en una edad en que son incapaces de acometer un estudio serio. Ademas, las fábulas enseñan a los niños a conocer a los animales, i a distinguir sus diversos caractéres cuando no han podido verlos por sí mismos, ni mucho ménos hacer ningun estudio.

XVI.

Pocas máximas hai mas erróneas que aquella que llama voz de Dios a la voz del pueblo. Es un error del que nacen infinitos otros, pretendiendo que todas las preocupaciones vulgares, todos los absurdos que el pueblo cree, sean verdades. El valor de las opiniones debe computarse por su peso, i no por el número de los que las profesan. La gran mayoría de los hombres es formada de ignorantes, i no por ser éstos muchos mas que los hombres ilustrados, son ellos los que tienen la razon sobre éstos. No quiere decir esto que el pueblo sea el antípoda de la verdad; pero sí que no se debe tomar su opinion como la voz de la razon.

XVII.

El cultivo de las letras i de las ciencias lleva en sí la recompensa de los trabajos que exije. Sin hablar de la gloria inmortal que solo pueden conquistarse los grandes jenios, i contrayéndose a los beneficios que pueden hallar todos los que las cultivan, proporcionan grandes placeres i sacuden la inercia de nuestro espíritu. Le abren perspectivas desconocidas, lo acompañan en el retiro, debilitan el poder de las seducciones sensuales i acompañan al hombre, consolándolo en las mayores aflicciones de la vida. La historia nos recuerda el nombre de filósofos, de sabios, de poetas, que víctimas de injustas persecuciones hallaron en las

ciencias i en las letras el descanso de sus sufrimientos. Algunos de ellos endulzaron los últimos instantes ántes de subir al patíbulo que les prepararon sus enemigos.

XVIII.

Se pueden contar en la historia de la humanidad cuatro grandes siglos, en que las artes i las letras tuvieron un gran brillo, i en que el espíritu humano hizo grandes progresos. En el siglo de Perícles, se encuentran Sófocles, Aristófanes, Tucídides, Demóstenes, Platon i muchos grandes artistas; pero el movimiento estaba circunscrito solo a la Grecia. El siglo de Augusto fué ilustrado por Lucrecio, Ciceron, Tito Livio, Virjilio, Horacio, Ovidio. La literatura de este siglo es mui brillante; pero casi toda ella es de imitacion. En el siglo de Leon X se ve a los Médicis llamar a Florencia a los sabios griegos arrojados de Constantinopla por la conquista mahometana. Las artes se esparcen en toda la Europa; pero la Italia queda en este siglo superior a todas las otras naciones. El siglo XVII, denominado de Luis XIV, aprovecha los descubrimientos de los otros tres i los sobrepuja, sino siempre por el mérito absoluto de las obras, a lo ménos por la gran variedad. Aunque la Francia dirije este movimiento, la Inglaterra i la España produjeron tambien grandes jenios. Por lo demas, aunque estos cuatro siglos tienen un gran brillo literario, no estan mas esentos que los otros de las desgracias inherentes a la humanidad.

XIX.

El estilo es el órden i el movimiento que el escritor pone en sus pensamientos; estrechamente encadenados, lo hacen conciso i vigoroso; débilmente ligados entre sí, lo hacen difuso i vulgar. Antes de escribir, es menester formarse un plan: allí se determinan las ideas principales i las ideas secundarias con el desarrollo que conviene a unas i otras. Sin esta precaucion, el escritor se estravía, sus ideas se siguen sin órden, i su obra parece formada de piezas diferentes. Por vasto que sea un asunto, siempre es uno: en toda obra se necesita, pues, evitar o limitar en cuanto sea posible las divisiones i subdivisiones que interrumpen esa unidad. La unidad constituye la perfeccion de las obras de la naturaleza: el arte debe imitar a la naturaleza. Un plan bien formado da al talento del escritor mas soltura i mas libertad.

XX.

El hombre tiene en su conciencia un guia infalible. Cuando quiere hacer el mal, la conciencia se lo advierte. La conciencia inclina al hombre al bien, i le hace encontrar un placer en la práctica de la virtud: es una desgracia el sofocar en su corazon este sentimiento i el no dejarse mover mas que por el interes. No hai hombre bastante pervertido, cuya alma quede completamente cerrada a todos los instintos jenerosos. Las mismas ideas de justicia i honradez se encuentran en todas las naciones, aun en las mas salvajes: esas ideas provienen de la conciencia.

XXI.

Existen en todas las condiciones humanas grandes desigualdades: provienen unas del nacimiento, otras de las jerarquías de las diferentes clases de la sociedad. Es una insensatez el pedir cuenta a los hombres por esta desigualdad. Suponiendo restablecida la igualdad entre todos los hombres, seria destruida al dia siguiente por la violencia de los unos i por la insensatez o la pereza de los otros. La única igualdad posible es la igualdad ante la lei. Antes que existiese el órden establecido en la sociedad por la lei, los hombres vivian en un estado de guerra permanente, i el débil estaba sin cesar a merced del fuerte. La lei ha sustituido el órden a la anarquía.

XXII.

El amor a la patria es el mas noble de todos los instintos del hombre: este instinto es el que hace que el habitante de la zona tórrida i el habitante de la zona glacial queden adheridos al suelo natal, i que todos los hombres no se precipiten hácia los climas templados. Parece aun que el hombre ama a su pais tanto mas cuanto éste es mas pobre i atrasado. Así, los montañeses se adhieren mas a su choza que los ricos a su palacio: nadie es mas feliz que el esquimal en el horrible suelo de su patria. Cuando el hombre está alejado de su país, sufre, i trata de despertar en su espíritu la imájen de su patria ausente. Andrómaca, cautiva en Epiro, se consolaba dando nombres troyanos a los lugares de su destierro. Las causas que nos hacen amar así la tierra natal, son las mas veces los recuerdos de la infancia, circunstancias fútiles, que no bastarian para esplicar las acciones heroicas a que con frecuencia da lugar el amor a la patria.

XXIII.

El gusto, como sentido físico, es la sensacion de lo bueno i de lo malo: en el sentido moral es el sentimiento de las bellezas i de los defectos.

El gusto no es un sentimiento vago de lo bello: no existe sin el discernimiento neto i terminante de lo que es bello i de lo que no lo es. El sentimiento de las bellezas verdaderas se llama buen gusto; el mal gusto consiste en juzgar sin discernimiento, en tomar por bello lo que es adorno i afectacion. El gusto tiene frecuentemente necesidad de hábito para formarse; la educacion del gusto se hace por medio del estudio de los buenos modelos. Cuando se dice: *Entre gustos no hai disputas*, eso no puede ni debe aplicarse mas que al gusto puramente físico i a los objetos de fantasía, como las modas. El gusto se deteriora en los pueblos, cuando los espíritus se cansan de lo natural i se apasionan por lo brillante i lo nuevo. El gusto necesita para desarrollarse, que los hombres se comuniquen sus impresiones: no existe donde no hai sociedad.

XXIV.

La vida humana es corta, i la esperiencia que nos suministra es limitada: la historia añade a esa esperiencia la que han recojido las jenera-

ciones anteriores, i nos da de esta manera útiles lecciones. La historia es la escuela del jénero humano. Es útil primeramente a los príncipes, a quienes enseña la verdad que sus cortesanos les ocultan siempre. Los juicios de la posteridad sobre los príncipes que les han precedido, les enseñan lo que sus súbditos deben pensar de ellos. No es ménos útil a los hombres que desempeñan un papel en el estado, i aun a los simples particulares, a los cuales enseña sus deberes i obligaciones para con los inferiores. La historia forma, pues, un verdadero curso de moral. Bajo este punto de vista, es exelente para los niños, a quienes instruye despertando su interes. Por esta razon, es uno de los primeros estudios a que se les somete.

XXV.

Un orador serio trata de instruir i de convencer, miéntras que un declamador busca solo el brillo. Pero, para instruir a los otros, se necesita que el orador, por una larga preparacion, haya adquirido un gran fondo de conocimientos: esta preparacion jeneral le permitirá a lo ménos preparar cada discurso en particular. Se necesita que ante todo prevalezca el buen sentido. Hai declamadores que saben hablar con mas o ménos soltura sobre cualquier asunto, sin profundizar nada. Un orador serio se preocupa de los pensamientos, i son los pensamientos los que suministran las palabras: sus discursos forman un largo encadenamiento de hechos i de razones. Es menester encaminar todo el discurso a un principio único, de donde depende todo lo demas. Así es como se consigue la unidad en el discurso. La condicion mas esencial despues de la unidad, es el órden, i esta cualidad no se consigue sino despues de meditar mucho el asunto.

XXVI.

El pensamiento de la muerte léjos de todo peligro, turba nuestro espíritu, interrumpe nuestros goces, quebranta nuestra firmeza. Solo la resignacion relijiosa, la fé en la voluntad i en la justicia divina, tienen el poder de darnos firmeza. I sin embargo, la historia está llena de ejemplos brillantes que nos muestran que ha sido desafiada con audacia, provocada aun con entusiasmo. ¿De dónde proviene esta aparente contradiccion? ¿No es verdad que en presencia del peligro i de la muerte el alma se exalta i se exita, miéntras que en el aislamiento de la meditacion, privada del resorte del entusiasmo, se encuentra en frente de una amenazante realidad? Pascal ha dicho: "Es mas fácil soportar la muerte sin pensar en ella, que el pensamiento de la muerte sin peligro."

XXVII.

La lójica, la sensibilidad, la imajinacion, son cualidades eminentes en las obras literarias. Es fácil señalar cómo se manifiestan en los escritores que pueden servir de modelos. Estas cualidades pueden convertirse en defectos si no hai una cuarta lei para mantenerlas en equilibrio. Esta lei es la del gusto. El gusto es un fallo del juicio que no desconoce ni la imajina-

cion, ni la sensibilidad, ni la lójica, sino que las contiene en sus justos límites. Algunos ejemplos podrian demostrar lo que seria cada una de estas cualidades sin la intervencion del gusto.

XXVIII.

No es posible concebir una literatura libre de toda especie de reglas. Eso seria la confusion i el caos. Pero se ha protestado contra las reglas demasiado rigorosas, i señaladas como arbitrarias. Se ha reducido su número: algunos autores han suprimido las que eran mas embarazosas. Es menester distinguir las reglas necesarias de las que son puramente convencionales. Se comprende, sin entrar aquí en los detalles, que hai de esas dos especies. Uno o dos ejemplos bastarán. Evidentemente, las primeras deben ser respetadas: las otras pueden variar segun las épocas. Lo mas seguro es respetar las reglas establecidas, segun la esperiencia, por los grandes maestros en el arte de escribir, los grandes jenios: pero tomando en cuenta con imparcialidad las diferencias de época, de pais i de costumbres.

XXIX.

La literatura ha sido siempre el gran civilizador del mundo. Conserva la civilizacion popularizando las ideas nobles i jenerosas. El abatimiento de la literatura corresponde a un tiempo en que la civilizacion sufre cierta paralizacion. En vano las ciencias exactas i naturales querrian ocupar todo el lugar; ellas mismas tienen necesidad del socorro de la literatura. Los progresos i el triunfo esclusivo de la industria, serian funestos a una nacion. Todos los trabajos del espíritu se deben un apoyo mutuo; pero la literatura no presta solo un apoyo, sino que lleva en sí los destinos de la civilizacion.

XXX.

¿Puede un malvado tener jenio literario? ¿Puede ser gran poeta, gran orador? La historia dice que estos talentos no son incompatibles con la corrupcion del corazon. Sin embargo, el ideal del jenio no se presentará jamas separado del ideal de la virtud. ¿Puede señalarse el punto en que una crítica atenta reconoceria lo que falta, bajo el punto de vista literario, al hombre de talento que no hubiese sido un hombre de bien? ¿Puede tomarse al historiador Salustio por objeto de este estudio?

MODELOS DE EJERCICIOS.

I.

EL HOMBRE EN MEDIO DEL INFINITO.

La primera cosa que se presenta al hombre cuando se mira, es su cuerpo, es decir cierta porcion de materia que es de su propiedad. Pero, para comprender lo que es ella, es menester que la compare con lo que está encima de él i con lo que está debajo, para que reconozca sus justos límites.

Que no se detenga, pues, a mirar simplemente los objetos que lo rodean; que contemple la naturaleza entera en su alta i plena majestad; que considere ese brillante luminar, colocado como una lámpara eterna para alumbrar el universo; que la tierra se le presente como un punto comparada con la vasta vuelta que este astro describe, i que se sorprenda de que esta vasta vuelta no es en sí misma mas que un punto mui insignificante respecto de la que abrazan los astros que jiran en el firmamento. Pero, si nuestra vista se detiene allí, que nuestra imajinacion pase adelante. Primero se cansará ésta de concebir que la naturaleza de presentarnos objetos de admiracion. Todo lo que vemos en el mundo no es mas que un rasgo imperceptible en el amplio seno de la naturaleza. Ninguna idea se aproxima a la estension de sus espacios. Nos complacemos en elevar nuestros conceptos, i no creamos mas que átomos en comparacion a la realidad de las cosas. Es una esfera infinita cuyo centro está en todas partes, i la circunferencia en ninguna (1). En fin, es uno de los caractéres mas sensibles de la omnipotencia de Dios el que nuestra imajinacion se pierda en este pensamiento.

Que el hombre, reconcentrándose en sí mismo, considere lo que es el espacio al lado de lo que es él mismo; que se mire como estraviado en este pequeño canton de la naturaleza; i que desde lo que le parecerá este pequeño calabozo donde se encuentra hospedado, es decir este mundo visible, aprenda a estimar la tierra, los reinos, las ciudades, a sí mismo, en su justo valor.

¿Qué es el hombre en el infinito? ¿Quién puede comprenderlo? Pero, para presentarle otro prodijio igualmente sorprendente, que busque entre lo que conoce, las cosas mas delicadas. Que un arador, por ejemplo, le ofrezca en la pequeñez de su cuerpo algunas partes incomparablemente mas pequeñas, piernas con articulaciones, venas en esas piernas, sangre en esas venas, humores en esa sangre, gotas en esos humores, vapores en esas gotas: que, dividiendo aun estas últimas cosas, agote sus fuerzas i sus concepciones, i que el último objeto a que pueda llegar sea ahora el de nuestra consideracion. Pensará quizá que allí está la estrema pequeñez de la naturaleza. Quiero hacerle ver allí mismo un nuevo abismo, quiero pintarle no solo el universo visible, sino todo aquello que

(1) Se pretende que esta hermosa definicion del espacio, muchas veces esplicada i comentada, no es de Pascal, i que se encuentra mas o ménos terminantemente espresada en algunos de los filósofos de la antigüedad.

es capaz de concebir en la inmensidad de la naturaleza, en el recinto mismo de este átomo imperceptible. Que vea allí una infinidad de mundos, cada uno de los cuales tiene su firmamento, sus planetas, su tierra, en la misma proporcion que el mundo visible; en esta tierra, animales i en fin, aradores en los cuales encontrará lo mismo que los primeros han presentado, encontrando aun en los otros la misma cosa, sin fin i sin descanso. Que se pierda en estas marabillas tan sorprendentes por su pequeñez como por su estension. Porque ¿quién no admirará que nuestro cuerpo, que hace poco no era perceptible en el universo, imperceptible él mismo en el seno del todo, sea ahora un coloso, un mundo, o mas bien un todo, respecto de la última pequeñez adonde se puede llegar?

Quien se considere de esta suerte, se espantará sin duda de verse como suspendido en la masa que la naturaleza le ha dado entre estos dos abismos del infinito i de la nada de que está igualmente alejado. Temblará a la vista de estas marabillas; i creo que, cambiando su curiosidad en admiracion, estará mas dispuesto a contemplar en silencio que a buscarlas con presuncion.

Porque al fin, ¿qué es el hombre en la naturaleza? Nada respecto del infinito, todo respecto de la nada, un medio entre la nada i el todo. Está infinitamente alejado de los dos estremos, i su ser no está ménos distante de la nada, de donde ha salido, que de lo infinito adonde camina.

PASCAL (1),
Pensamientos.

II.

SISTEMA DEL MUNDO.

Por su inmensa grandiosidad, por la variedad i la belleza infinitas que revela bajo todos aspectos, el sistema del mundo nos sume en una muda sorpresa. Si el cuadro de toda esta perfeccion no conmueve mas que a la imajinacion, el entendimiento por su lado esperimenta otra especie de encantos, cuando considera que tanta grandeza i tanta magnificencia dependen, con un órden eterno i rigoroso, de una sola lei jeneral. El sistema planetario en que el sol, colocado en el centro de todas las órbitas, hace jirar en círculos eternos, por una atraccion poderosa, los globos habitados, está formado de la sustancia elemental del universo, esparcida primitivamente en en el espacio. Todas las estrellas fijas que el ojo descubre en las profundidades del cielo, i que parecen revelar una especie de prodigalidad, son soles i centros de sistemas semejantes.

Si todos los mundos i su organizacion reconocen un oríjen análogo, si la atraccion es jeneral i sin límites, así como la repulsion de los elementos; si con relacion a lo infinito, lo grande i lo pequeño son ámbos pequeños; ¿no es verdad que todos los sistemas de los mundos han debido recibir, los unos con relacion a los otros, una constitucion relativa, un

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 167.

enlace sistemático como el que presentan en pequeño los cuerpos celestes de nuestro sistema solar, que considerados aisladamente forman un sistema, i entran, sin embargo, como miembros en un sistema mas vasto? Si en el espacio inconmensurable en que se han formado todos los soles de la via láctea, se supone un punto al rededor del cual, por una causa que yo ignoro, la naturaleza ha comenzado a salir del caos, ha debido nacer allí un cuerpo de una masa tan enorme i de una atraccion tan poderosa, que todos los sistemas en via de creacion se han visto forzados a gravitar al rededor de él, como sobre su centro, i a constituir en grande lo que la materia cósmica elemental que formó los planetas, ha hecho en pequeño con relacion al sol. La observacion pone esta conjetura casi fuera de duda. Por el lugar que ocupa en un plan comun, el ejército de estrellas constituye un sistema, así como nuestro sistema planetario forma uno con relacion al sol. La via láctea es el zodíaco de estos vastos organismos cósmicos que se apartan de su zona lo ménos posible, i que alumbran siempre su banda con su luz, del mismo modo que el zodíaco de los planetas brilla aquí i allá, en ciertos puntos, raros es verdad, con la luz de estos globos. Cada uno de estos soles con los planetas que gravitan al rededor de él, forma un sistema particular; pero esto no les impide ser parte de un sistema mas vasto, así como Júpiter i Saturno, apesar de sus satélites, entran en un organismo cósmico mas considerable.

Ahora, si las estrellas fijas constituyen un sistema, cuya estension está determinada por la esfera de atraccion del cuerpo que está colocado en el centro, ¿no habrá otros sistemas solares, i por decirlo así, otras vias lácteas nacidas en los campos sin límites del espacio? Hemos visto con sorpresa en el cielo figuras que no son otra cosa que estos sistemas de estrellas fijas, que forman parte de un plan comun, vias lácteas, si puedo espresarme así, que en sus diversas posiciones con relacion al ojo i con una luz debilitada por una inmensa distancia, presentan formas elípticas. Son sistemas, cuyo diámetro es, por decirlo así, un número infinito de veces, mas grande que el diámetro de nuestro sistema solar, pero que sin duda alguna han nacido de la misma manera, estan rejidos i ordenados por las mismas causas, i se mantienen por las mismas leyes.

Pero; ¿dónde estará el fin de esta organizacion sistemática? ¿dónde cesa la creacion? Es fácil ver que para estar en relacion con el poder del Ser infinito, no debe tener límites. Sin duda, no está mas inmediata de la infinidad del poder creador de Dios, dándole una esfera que tuviese por radio la via láctea, que reduciéndola a un globo de una pulgada de diámetro, porque todo lo que tiene límite, una relacion determinada con la unidad, está igualmente alejado de lo infinito. Sin embargo, seria absurdo el limitar la accion de la divinidad a una parte infinitamente pequeña de su poder creador, e imajinarse sus fuerzas sin límites, tesoro productor de una infinidad de mundos, como ociosa i condenada a una falta eterna de ejercicio. ¿No es conveniente, o por mejor decir, no es necesario representarse la creacion en su conjunto, lo que debe ser para revelar esta fuerza que escapa a toda medida? Por este motivo, el campo de manifestacion de los atributos divinos es tan infinito como estos mismos atributos. Se puede entónces admitir lejítimamente que el órden i la organizacion del sistema del mundo tienen lugar gradualmente i en la serie de los tiempos; pero en cuanto a la materia cósmica primi-

tiva, cuyas propiedades i cuyas fuerzas son el oríjen de todos estos cambios, es la consecuencia inmediata de la esencia divina. Debe ser, pues, bastante rica para que, en la sucesion infinita de los tiempos, sus desarrollos i sus combinaciones puedan acomodarse al plan que encierra en sí todo lo que puede existir, escapar a toda medida, en una palabra, ser infinita.

KANT (1).

III.

EL ATEISMO.

Los ateos son en su mayor parte sabios atrevidos i estraviados que, no pudiendo comprender la creacion, el oríjen del mal i otras dificultades, han recurrido a la hipótesis de la eternidad de las cosas i de la necesidad. Hoi hai ménos ateos que nunca, desde que los filósofos han reconocido que no hai ningun ser que vejete sin jérmen, ningun jérmen sin causa final, i que el trigo no proviene de la podredumbre.

¿Por qué parece que es imposible una sociedad de ateos? porque se juzga que hombres que no tuviesen freno alguno no podrian vivir jamas en sociedad; porque las leyes no pueden nada contra los crímenes secretos; porque se necesita un Dios vengador que castigue en este mundo o en el otro a los malvados que se escapan a la justicia humana. Supongo, lo que Dios no quiera, que toda una gran nacion sea atea, por principios; convengo que podrán encontrarse muchos ciudadanos que, habiendo nacido bondadosos i suaves, bastante ricos para no tener necesidad de ser injustos, gobernados por el honor, i por consiguiente observadores de una buena conducta, vivan juntos en sociedad; podrán vivir en paz, en la inocente satisfaccion de las jentes honradas; pero el ateo pobre i violento, seguro de la impunidad, será un tonto si no os asesina para robar vuestro dinero. Desde entónces, todos los lazos de la sociedad se rompen, todos los crímenes secretos inundan la tierra, así como las langostas, que apénas se ven, vienen a asolar los campos: el bajo pueblo no será mas que una horda de bandidos. ¿Quién contendrá a los grandes i a los reyes en su venganza, en su ambicion a que quieren inmolarlo todo? Un rei ateo seria el mas peligroso de los hombres. La creencia de un Dios remunerador de las buenas acciones, castigador de las malas, perdonador de las faltas lijeras, es pues la creencia mas útil al jénero humano; es el único freno de los hombres poderosos que cometen con insolencia los crímenes públicos; es el único freno de los hombres que cometen con maña los crímenes secretos.

VOLTAIRE (2),
Diccionario filosófico.

(1) Manuel Kant, fundador de la filosofía alemana, nacido en Koenigsberg en 1724 i muerto en 1804; famoso no solo como filósofo, sino como astrónomo.

(2) V. las *Noc. de hist. lit.*, p. 510.—Un célebre escritor español, el padre benedictino Fr. Benito Feijoo ha tratado este mismo asunto en dos discursos diferentes de su *Teatro crítico* (Paradojas políticas i morales i Apolojía de algunos personajes famosos en la historia); pero, ¡cosa singular en un relijioso español del siglo XVIII! sostiene que el ateismo no es opuesto a la hombría de bien.

IV.

EL DUELO.

Guardaos de confundir el nombre sagrado del honor con esa preocupacion feroz que pone todas las virtudes en la punta de la espada i que no sirve mas que para hacer malvados valientes.

¿En qué consiste esta preocupacion? En la opinion mas estravagante i mas bárbara que jamas ha entrado en el espíritu humano, a saber, que todos los deberes de sociedad son suplidos por la bravura; que un hombre no es malvado, bribon, calumniador; que es urbano, humano, cortés, cuando sabe batirse; que la mentira se cambia en verdad, que el robo se hace lejítimo, la perfidia honrada, la infidelidad laudable, si se sostiene todo esto con un acero en la mano; que una afrenta queda siempre bien reparada con una estocada, i que jamas hai dificultad con un hombre, con tal que se le mate. Hai, lo confieso, otra especie de negocio donde la jentileza se mezcla a la crueldad, i donde no se matan los hombres sino por casualidad; es el duelo en que se bate a la primera sangre (1) ¡a la primera sangre, gran Dios!

¿Pensaron alguna vez los hombres mas valientes de la antigüedad en vengar sus injurias personales por medio de combates particulares? ¿Envió César un cartel a Caton, o Pompeyo a César por tantas afrentas recíprocas? ¿I se deshonró acaso el mas gran capitan de la Grecia por haberse dejado amenazar con un palo? Otros tiempos, otras costumbres, yo lo sé; pero el honor no es variable, no depende ni de los tiempos, ni de los lugares, ni de las preocupaciones; no puede pasar ni renacer: tiene su fuente eterna en el corazon del hombre justo, i en la regla inalterable de sus deberes. Si los pueblos mas ilustrados, los mas valientes, los mas virtuosos de la tierra no conocieron el duelo, digo que no es una institucion de honor, sino una moda horrible i bárbara, digna de su feroz oríjen. Queda por saber si cuando se trata de su vida o de la de otro, el hombre honrado debe rejirse por la moda, i si no hai entónces mas verdadero valor en desafiarla que en seguirla. ¿Qué haria aquel que quiere someterse a la moda en los lugares en que reina un uso contrario? En Mesina o en Nápoles iria a esperar a su enemigo a la vuelta de la esquina para puñalearlo por la espalda. Eso se llama ser valiente en ese país, i el honor no consiste allí en hacerse matar por su enemigo sino en matarlo. El hombre recto, cuya vida entera es sin mancha i que nunca dió ninguna señal de cobardía, se negará a manchar su mano con un homicidio. Siempre presto a servir a la patria, a protejer al débil, a llenar los deberes mas peligrosos i a defender, en todo encuentro justo i honrado aun a precio de su sangre, lo que le es caro, emplea en sus acciones esa inquebrantable firmeza que no se tiene sin el verdadero valor. En la tranquilidad de su conciencia, marcha con la cabeza levantada i no evita ni busca a su enemigo. Si las viles preocupaciones se levantan un instante contra él, todos los dias de su honorable vida son otros tantos castigos

(1) Se llaman duelos a primera sangre aquellos en que se estipula que el combate cese tan luego como uno de los adversarios haya sido herido.

que las recusan; i en una conducta tan uniforme se juzga de una accion por todas las otras.

Los hombres tan altaneros i tan prontos para provocar a los demas, son en su mayor parte malvados que, de miedo que se les muestre abiertamente el desprecio que inspiran, se empeñan por encubrir con algunos desafíos, la infamia de su vida entera.

Uno hace un esfuerzo i se presenta una vez, para tener el derecho de ocultarse el resto de su vida. El verdadero valor tiene mas constancia i ménos precipitacion: es siempre lo que debe ser; i no se necesita exitarlo ni contenerlo. El hombre de bien lo lleva a todas partes consigo: al combate, contra el enemigo: en una tertulia, en favor de los ausentes i de la verdad: en su lecho, contra los ataques del dolor i de la muerte. La fuerza de alma que lo inspira es de moda en todos los tiempos: pone siempre la virtud mas arriba de los acontecimientos, i no consiste en batirse sino en no temer nada.

Juan Jacobo Rousseau (1),
Emilio.

V.

MEDIA NOCHE.

El reloj del campanario de San Felipe tocó lentamente las doce de la noche: conté uno despues de otro cada golpe de la campana, i el último me arrancó un suspiro. "He ahí, me dije, un dia que acaba de escaparse a mi existencia, i aunque las vibraciones decrecientes del sonido resuenan todavía en mis oidos, la parte de mi viaje que ha precedido a la media noche está ya tan léjos de mí como el viaje de Ulíses o de Jason: en este abismo del pasado, los instantes i los siglos tienen la misma estension: ¿i el porvenir tiene acaso mas realidad? Son dos nadas, en medio de las cuales me encuentro en equilibrio como sobre el filo de un cuchillo. En verdad, el tiempo me parece algo tan inconcebible que estoi tentado a creer que no existe realmente, i que lo que se llama así no es otra cosa que un castigo del pensamiento.

Me regocijaba de haber encontrado esta definicion del tiempo, tan tenebrosa como el tiempo mismo, cuando otro reloj dió las doce de la noche, lo que me produjo un sentimiento desagradable. Me queda siempre un fondo de buen humor cuando me ocupo de un problema que no tiene solucion; i encontré mui fuera de tiempo este segundo aviso de la campana dirijido a un filósofo como yo; pero esperimenté decididamente un verdadero despecho cuando algunos segundos despues, oí una tercera campana que daba como maliciosamente las doce. "Lo sé, esclamé, estendiendo la mano al lado del reloj; sí, lo sé, sé que es media noche, lo sé demasiado bien."

Por un consejo insidioso del espíritu maligno, los hombres han encar-

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 510.

gado a esta hora que divida sus dias. Encerrados en sus habitaciones, duermen o se divierten cuando corta uno de los hilos de su existencia: el dia siguiente se levantan contentos sin pensar en que tienen un dia mas. En vano la voz profética del bronce les anuncia la aproximacion de la eternidad, en vano les repite tristemente cada hora que acaba de pasar: no oyen nada, o si oyen no comprenden. ¡Oh media noche!... ¡hora terrible!... Yo no soi supersticioso, pero esta hora me inspira siempre una especie de pavor, i tengo el presentimiento de que si muero alguna vez será a media noche. Pero ¿he de morir acaso? ¡Cómo! ¿Podré morir yo que hablo, yo que me siento, yo que me toco? Trabajo me cuesta creerlo; porque al fin que los otros mueran, nada es mas natural: eso se ve todos los dias: los vemos pasar, nos habituamos a ello; pero ¡morir yo mismo! nó, eso es demasiado. I vosotros, señores, que tomais estas reflexiones por galimatías, sabed que tal es la manera de pensar de todo el mundo i la vuestra tambien. Nadie piensa que debe morir: si existiese una raza de hombres inmortales, la idea de la muerte los espantaria ménos que a nosotros.

Javier de Maistre (1),
Viaje al rededor de mi cuarto.

VI.

LA MUERTE DEL FILÓSOFO.

¿Quereis saber por qué el verdadero filósofo ve acercarse la muerte lleno de esperanza? En qué se funda cuando la mira como el principio de una inmensa felicidad? El mayor número de los hombres lo ignora; i yo voi a enseñároslo. Porque la verdadera filosofía no es otra cosa que el estudio de la muerte; porque el sabio aprende sin cesar en esta vida, no solamente a morir, sino a quedar muerto. En efecto, ¿qué cosa es la muerte? ¿Es acaso otra cosa que la separacion del alma i el cuerpo? I no estamos convenidos en que la perfeccion del alma consiste, sobre todo, en eximirse cuanto es posible del uso de los sentidos i de los cuidados del cuerpo para contemplar la verdad en Dios? No estamos de acuerdo en que el mayor obstáculo para este ejercicio del alma, está en los objetos terrestres i en las seducciones de los sentidos? No está claramente demostrado para nosotros que el único medio de tener una débil nocion de lo verdadero, es considerarlo con los ojos del espíritu, cerrando los ojos del cuerpo i las puertas de los sentidos? Solo despues de la muerte podemos llegar a esta pura comprension de lo verdadero; i vosotros habeis reconocido conmigo que no hai, que no puede haber felicidad real para el hombre sino en el conocimiento de esta verdad, que solo Dios puede ser su principio i su fuente, i que su conocimiento no puede ser perfecto sino en él.

Esperemos, pues, i sin duda tenemos derecho para ello, esperemos que

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 580.

el que ha hecho de esta investigacion el grande objeto de su vida en la tierra, podrá acercarse despues de la muerte, a esa verdad eterna i celeste; sobre todo aquel cuyo corazon ha sido puro, porque nada impuro podrá acercarse a Aquel que es la pureza por escelencia.

Hé ahí porqué el sabio vive para meditar sobre la muerte, i porqué su proximidad no tiene nada de terrible para él; hé ahí los motivos i los fundamentos de esta confianza que le acompaña hoi en este pasaje que se me prescribe; i esta confianza tan apetecible, la tendréis como yo si teneis cuidado de prepararos como yo i de purificar vuestra alma.

PLATON (1),
Fedon.

VII.

LAS DIFERENTES EDADES DE LA VIDA.

Los jóvenes son ardientes en sus deseos, i prontos para satisfacerlos; entre los placeres de los sentidos, buscan sobre todos los del amor i se entregan a ellos con exceso. Inconstantes, se disgustan en breve de lo que anhelaban: sus deseos son violentos, pero de corta duracion; sus voluntades son imperiosas pero pasajeras, como el hambre i la sed de los enfermos. Coléricos, violentos, siguen fácilmente el movimiento que los arrastra i son incapaces de resistirle. Ávidos de honores, no sufren el desprecio, i su resentimiento estalla desde que se creen ofendidos. El honor los lisonjea, pero mas aun la victoria, porque la juventud quiere dominar, i la victoria es una especie de dominacion. Estas dos pasiones los ocupan demasiado para que piensen en las riquezas; la codicia no tiene el menor imperio sobre su alma: no han esperimentado todavía la indijencia.

Son virtuosos mas bien que malvados: el espectáculo de los vicios no ha manchado aun sus miradas; son crédulos: aun no los han desengañado numerosas perfidias; sus esperanzas son siempre lisonjeras, primero porque el ardor del carácter los mantiene en una especie de embriaguez, i segundo porque sus tentativas no han sido frustradas. No viven, por decirlo así, mas que de esperanzas; en efecto, la esperanza pertenece al porvenir, el recuerdo al pasado; i los jóvenes ven el porvenir delante de ellos: para ellos el pasado no es mas que un punto. Como estan en el primer dia de su vida, no tienen recuerdos i se atreven a esperarlo todo. De ahí viene que es fácil engañarlos, porque esperan fácilmente. La cólera i la esperanza a que se entregan, los hace valientes: la primera les quita el temor, la segunda les inspira confianza: el hombre encolerizado no teme nada; el hombre que espera el triunfo es siempre audaz.

Son susceptibles de vergüenza porque todavía no consideran honrado lo que no lo es, i no tienen otra regla que la costumbre i la educacion;

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 64.—Estas palabras forman parte de uno de los discursos que Platon pone en boca de Sócrates.

magnánimos, porque la vida no ha marchitado aun su alma, i porque ignoran las necesidades de los hombres: la magnanimidad consiste en creerse capaz de ejecutar grandes cosas, i semejantes sentimientos tienen su oríjen en la esperanza.

Prefieren el honor al interes, porque los guia el sentimiento mas bien que el raciocinio; el raciocinio conduce al interes, el sentimiento al honor. Sus amistades i sus relaciones son mas vivas que las de las otras edades, porque se complacen en vivir en sociedad, i porque desinteresados siempre, lo son hasta en la eleccion de un amigo.

Su defecto mas comun es no conocer límites; violan a cada instante la máxima de Quilon (nada en demasía); todo en ellos es exajerado: aman en exeso, aborrecen en exeso; lo mismo ocurre con las otras pasiones. Creen saberlo todo, hablan como maestros, i he aquí lo que hace exesivos todos sus sentimientos. Si hacen mal, es mas bien para insultar que para dañar. Son sensibles a la compasion, porque creen que todos los hombres son virtuosos i mejores de lo que son: esentos de maldad, juzgan a los otros por sí mismos, i se imajinan que aquellos sufren injustamente. Les gusta la alegría i por consiguiente la broma, manera artificiosa de insultar con gracia. Tales son las costumbres de los jóvenes.

Las costumbres de los viejos i de aquellos cuyo vigor ha pasado, son casi el reverso de las de los jóvenes. La esperiencia de una larga vida, la maldad de la mayor parte de los hombres, sus propios errores, sus desgracias mas numerosas que sus dichas, les impiden pronunciarse afirmativamente sobre cualquiera cosa: todas sus acciones estan acompañadas de una gran timidez. Dudan, i no saben nada de una manera positiva. En su incertidumbre añaden a todo lo que dicen: *quizas; ya veremos:* tal es su refran ordinario.

Son morosos, porque la calidad distintiva de tal carácter es ver bajo una luz desfavorable; desconfiados, porque son incrédulos; incrédulos, porque tienen esperiencia. Por la misma razon, el amor i el odio no tienen vivacidad en su corazon; pero, segun el precepto de Bias, aman como debian aborrecer en otro tiempo; i aborrecen como debian amar en esa época; su corazon es pequeño, porque la vida ha marchitado los sentimientos. Nada grande, nada sublime despierta sus deseos; no piensan mas que en lo que puede hacerlos vivir. Son avaros, porque la plata es necesaria para vivir, i la esperiencia les ha hecho ver cuán fácil es perder i cuán difícil adquirir.

Son tímidos, i temen todos los males ántes que lleguen. En efecto, su carácter helado es totalmente contrario al de los jóvenes, siempre inflamado; tambien la vejez trae consigo el temor, porque el temor es hielo. Tanto mas apegados a la vida, sobre todo cuando se acercan a su fin, cuanto se desea mas lo que ya se va a perder, hacen votos mas ardientes por aquello de que se nos priva. Son egoistas en exeso, defecto que nace tambien de un espíritu pequeño.

Son mas amigos de lo útil que de lo honesto, porque son egoistas, i porque lo útil les parece un bien real, miéntras que el honor no es para ellos mas que el honor. La vergüenza tiene poco imperio sobre su alma, que, ménos sensible a la gloria que al interes, no toma en cuenta la opinion. Rara vez se hartan de esperanzas: primero, porque la práctica de la vida les ha probado que no deben esperar mas que desgracias, porque la mayor parte de los acontecimientos tienen un desenlace desagra-

dable; segundo, porque son tímidos. Viven mas de recuerdos que de esperanzas; porque para ellos el porvenir no es nada en comparacion del pasado: i el porvenir es el dominio de la esperanza: así como el pasado es de los recuerdos. Tambien son grandes habladores, cuentan sin cesar los acontecimientos de otra época; tanto les encanta el recuerdo del pasado. Su cólera es ardiente, pero tiene un carácter de debilidad. Las pasiones los han abandonado o se han debilitado con la edad; si hai una que los ajite i presida sus acciones, es la de la ganancia. Parecen moderados, porque la pasion del interes absorbe en ellos todas las otras. Raciocinan mas que lo que sienten, porque el raciocinio conduce al interes, el sentimiento a la virtud. Si hacen mal, es mas bien por dañar que por insultar. Son inclinados a la compasion, pero no por los mismos motivos que los jóvenes: éstos son compasivos por humanidad; los viejos, porque son débiles, i se ven espuestos a sufrirlo todo: esta es una de las causas de que nace la compasion. De ahí nace que vivan tristes i que sean enemigos de la risa i de la broma. El humor triste i la risa son incompatibles. Tales son las costumbres de los viejos.

Es evidente que el carácter de los hombres formados se mantendrá en el justo medio entre él de los jóvenes i él de los viejos, i se alejará igualmente de los exesos del uno i del otro. No tienen una confianza ciega en sí mismos, que es el distintivo de la audacia; no son tampoco tímidos, porque guardan una justa proporcion. No dan ni rehusan indiferentemente su confianza a todo el mundo, sino que la verdad regla todos sus juicios. No obran solamente segun el honor, ni solamente segun el interes, sino segun ambos. Exentos de avaricia i de prodigalidad, la moderacion preside a su conducta; pone un freno a su cólera i a sus pasiones. Su prudencia no carece de valor, ni su valor de prudencia, cualidades divididas entre los jóvenes i los viejos: porque los jóvenes son valientes, pero temerarios; los viejos prudentes, pero tímidos. En jeneral, todo lo que la juventud i la vejez tienen de bueno separadamente, lo reune la edad madura, i todo lo que peca en estas dos edades, es reconcentrado en ésta en un prudente i justo medio. Por edad madura, entiendo, para el cuerpo el intervalo desde treinta hasta treinta i cinco años; i para el espíritu hasta los cuarenta i nueve años.

ARISTÓTELES (1),
Retórica.

VIII.

MÉRITO COMPARATIVO DE LOS ANTIGUOS I DE LOS MODERNOS.

Comienzo por manifestar mi deseo de que los modernos sobrepasen a los antiguos. Me encantaria ver en nuestro siglo i en nuestra nacion ora-

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 65.—Este hermoso fragmento puede dar una idea del estilo admirable del célebre filósofo griego. No se encuentran en él declamaciones ni adornos de ningun jénero, pero si se halla una habil condensacion del pensamiento i un encadenamiento lójico de las ideas, de tal manera que parece leerse una serie de raciocinios. Horacio ha imitado este pasaje en el Arte poética, verso 158 i sigs.

dores mas vehementes que Demóstenes i poetas mas sublimes que Homero. El mundo, léjos de perder con ello, ganaria mucho. Los antiguos no serian ménos exelentes de lo que lo han sido siempre, i los modernos darian un nuevo esplendor al jénero humano. Siempre quedaria a los antiguos la gloria de haber comenzado, de haber mostrado el camino a los otros, i de haberles dado con que enriquecerse a su costa. Habria un verdadero capricho en juzgar una obra por su fecha.

Si Virjilio no se hubiese atrevido a marchar por las huellas de Homemero, si Horacio no se hubiese propuesto seguir de cerca a Píndaro, ¡cuánto no habríamos perdido! Aun Homero i Píndaro no han llegado de repente a esta alta perfeccion: ántes de ellos ha habido sin duda otros poetas que les habian abierto el camino, i a quienes sobrepujaron al fin. ¿Por qué no abrigarian los nuestros la misma esperanza?

Confieso que la emulacion de los modernos seria peligrosa, si se contrajese a despreciar a los antiguos i a descuidar su estudio. El verdadero medio de vencerlos está en aprovechar todo lo que tienen de esquisito, i en tratar de seguir aun mas que ellos sus ideas sobre la imitacion de la naturaleza. Con gusto diria yo a todos los autores de nuestro tiempo, a quienes mas estimo i mas honro:—Si llegais a vencer a los antiguos, a ellos mismos deberéis la gloria de haberlos vencido.

No temo decir que los antiguos mas perfectos tienen imperfecciones: la humanidad no ha permitido en ningun tiempo el alcanzar a una perfeccion absoluta. Si estuviese obligado a no juzgar a los antiguos mas que por mi sola crítica, me veria mui embarazado. Los antiguos tienen una gran ventaja: por no conocer perfectamente sus costumbres, su lengua, su gusto, sus ideas, marchamos a tientas al criticarlos: habríamos sido quizás censores mas atrevidos si hubiésemos sido sus contemporáneos. Pero hablo de los antiguos, fundándome en la autoridad de los mismos antiguos. Horacio, este crítico tan penetrante i tan apasionado de Homero, me sirve de garantía cuando me atrevo a sostener que este gran poeta dormita algunas veces.

Si me es permitido pronunciar mi pensamiento, sin querer contradecir el de otras personas mas ilustradas que yo, confesaré que me parece ver diversos defectos en los antiguos mas estimables. Por ejemplo, yo no puedo aplaudir los coros en las trajedias, porque interrumpen la verdadera accion. No encuentro en ellos una exacta verosimilitud, porque ciertas escenas no deben tener una tropa de espectadores. Los discursos del coro son frecuentemente vagos e insípidos: sospecho siempre que estas especies de intermedios habian sido introducidas ántes que la trajedia alcanzase a cierta perfeccion. Ademas, encuentro en los antiguos algunas burlas que no son delicadas. Ciceron, el mismo gran Ciceron, hace algunos juegos de palabras mui frios. Con frecuencia, los antiguos tienen una afectacion semejante a lo que nosotros llamamos pedantería.

Confieso que los antiguos tienen una gran desventaja por los defectos de su relijion i por la grosería de sus doctrinas filosóficas. En tiempo de Homero, su relijion no era mas que un tejido monstruoso de cuentos tan ridículos, como los cuentos de hadas; su filosofía no contenia mas que principios vanos i supersticiosos. Los héroes de Homero no se asemejan a los hombres honrados, i aun los dioses de este poeta estan mas abajo que esos héroes. Nadie querria tener un padre tan vicioso como Júpiter, ni una mujer tan insoportable como Juno, i ménos aun una tan infame

como Vénus. ¿Quién queria tener un amigo tan brutal como Marte, o un criado tan ladron como Mercurio?

Es menester confesar que hai entre los antiguos autores exelentes, i que los modernos tienen algunos cuyas obras son preciosas. Cuando no leemos a los antiguos con una avidez de sabios, ni por la necesidad de instruirnos de ciertos hechos, nos limitamos por gusto a un pequeño número de libros griegos i latinos. Hai mui pocos exelestes, aunque estas dos naciones hayan cultivado tan largo tiempo las letras. Pero es menester tambien considerar lo que hai a favor de ellos. Ademas de que nos han dado casi todo lo que tenemos de mejor, debemos estimarlos aun en los pasajes que no están esentos de defectos. En realidad, ciertos rasgos descuidados de los grandes pintores, valen mucho mas que las obras relavadas de los pintores mediocres. Por otra parte, la grosería diforme de la relijion de los antiguos, i la falta de una verdadera filosofía moral en que estaban ántes de Sócrates, deben en cierto modo justificar a los escritores de la antigüedad. Homero debia pintar sus dioses como la relijion los enseñaba al mundo idólatra de su tiempo: debia representar a los hombres segun las costumbres que reinaban entónces en la Grecia i en el Asia menor. ¿No deben pues admirarse el órden, la proporcion, la gracia, la fuerza, la vida, la accion i el sentimiento que ha dado a todas sus pinturas? Miéntras mas monstruosa i ridícula era la relijion, mas debe admirarse que le haya dado realce con tan magníficas imájenes; miéntras mas groseras eran sus costumbres, mas debe marabillarnos el ver que haya dado tanta fuerza a lo que es en sí tan irregular, tan absurdo i tan chocante.

No ensalzo, pues, a los antiguos como modelos sin imperfecciones; no quiero quitar a nadie la esperanza de vencerlos: deseo, por el contrario, ver a los modernos victoriosos por el estudio de los mismos antiguos a quienes hayan vencido.

FENELON (1).

Carta sobre las ocupaciones de la Academia francesa.

IX.

LOS DESCUBRIMIENTOS EN LA CIENCIA.

Arrojado débil i desnudo a la superficie del globo, el hombre parecia creado para una destruccion inevitable; los males lo asaltaban por todas

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 493.—Durante la segunda mitad del siglo XVII i los primeros años del XVIII, se discutió mucho entre los escritores franceses, el mérito comparativo de los antiguos i de los modernos. Fué esta cuestion el orijen de muchos libros poco leidos ahora, i a ella se refiere Fenelon en el fragmento que hemos copiado. La erudicion i el buen gusto estuvieron en jeneral de parte de los defensores de la antigüedad; pero es preciso reconocer que rara vez la cuestion se colocó bajo su verdadero terreno. Aquella discusion, como debe suponerse, no llegó a una solucion definitiva; i aunque en nuestro tiempo no se haya renovado el debate, la crítica filosófica ha realzado el mérito de los escritores antiguos, sin deprimir por esto el de los modernos

pártes; los remedios permanecian ocultos, pero habia recibido el jenio para descubrirlos.

Los primeros salvajes cojieron en las selvas algunas frutas alimenticias i atendieron así a sus mas preciosas necesidades; los primeros pastores percibieron que los astros siguen una marcha regular, i se sirvieron de ellos para dirijir sus escursiones al traves de las llanuras del desierto: tal fué el orijen de las ciencias matemáticas i de las ciencias físicas.

Una vez asegurado de que podia combatir la naturaleza, el jenio no se dió reposo; examinó sin descanso; sin cesar hizo sobre ella nuevas conquistas, todas señaladas por alguna mejora en el estado de los pueblos.

Sucediéndose desde entónces sin interrupcion, espíritus meditativos, depositarios fieles de las doctrinas adquiridas, ocupados constantemente en encadenarlas, en vivificar las unas por medio de las otras, nos han conducido en ménos de cuarenta siglos, desde los primeros ensayos de estas observaciones agrestes a los profundos cálculos de Newton i de Laplace, a las enumeraciones sabias de Lineo i de Jussieu (1). Esta preciosa herencia, llevada de la Caldea al Ejipto, del Ejipto a la Grecia, oculta durante los siglos de desgracias i de tinieblas, recobrada en épocas mas felices, desigualmente desparramada entre los pueblos de Europa, ha sido seguida en todas partes de la riqueza i del poder: las naciones que la han recojido, han llegado a ser las señoras del mundo; las que la han descuidado, han caido en la debilidad i en la oscuridad.

Es cierto que durante largo tiempo, los mismos que tuvieron la fortuna de revelar algunas verdades importantes, no percibieron por completo las relaciones que las unian a todas ni las consecuencias infinitas que pueden deducirse de cada una.

No habria sido natural que esos marineros fenicios que vieron las arenas de las playas de la Bética trasformarse por medio del fuego en un vidrio trasparente, presintiesen inmediatamente que esta materia nueva pudiese prolongar para los viejos los goces de la vista, que ayudase al astrónomo a penetrar en las profundidades de los cielos i a contar las estrellas de la via láctea; que descubriese al naturalista un mundo pequeño, pero tan poblado, tan rico en marabillas como el otro que parecia haber sido concedido esclusivamente a sus sentidos i a su estudio; que al fin, su uso mas sencillo i mas inmediato, procuraria un dia a los riberanos del mar Báltico la posibilidad de construirse palacios mas magníficos que los de Tiro i de Ménfis, i cultivar, casi bajo los hielos del círculo polar, las frutas mas deliciosas de la zona tórrida.

Cuando un fraile en el fondo de un claustro de Alemania, inflamó por la primera vez una mezcla de azufre i de salitre, ¿qué mortal habria podido predecir lo que iba a resultar de su esperimento? Cambiar el arte de la guerra, sustraer al valor de la fuerza física, impedir que los paises civilizados puedan volver a ser la presa de las naciones bárbaras; tal era

(1) Jussieu es el apellido de una familia francesa que ha producido varios i mui notables botanistas. El autor se refiere aquí a Bernardo de Jussieu (1699-1777), autor de una clasificacion metódica de las plantas, basada en las afinidades naturales. Para los otros nombres, Newton, Laplace, i Lineo, véanse las *Noc. de hist. lit.* ps. 594, 525, i 616 (nota).

era el destino de una de las mas sencillas composiciones de la química (1).

Elevándose así encima de todo, la ciencia lo ha alcanzado todo con sus miradas: todas las ciencias le están sometidas; la industria la ha reconocido por su reguladora; ha seguido i protejido al hombre en todos sus estados, i se ha entrelazado, de la manera mas íntima i mas sencilla, a todas las manifestaciones de la sociedad. Ya ántes que hubiera llegado a esta altura de jeneralizacion, no habria sido difícil percibir que sus observaciones, las mas humildes, las mas indiferentes, podian hacer nacer cambios tan importantes como inesperados en las costumbres, en el comercio, en la fortuna pública.

Un botanista, del cual apénas se conoce el nombre, llevó a Europa el tabaco del nuevo mundo hácia el tiempo de la Liga (2). Hoi esta planta produce a la Francia la materia de un impuesto de cincuenta millones de francos (3). Los otros paises de Europa obtienen recursos proporcionados: hasta en el fondo de la Turquia i de la Persia, ha llegado a ser un grande artículo de comercio i de agricultura. Otro botanista (4), en la época de la rejencia, hizo pasar a la Martinica una plantita de café, de este arbusto de Arabia, que no habia comenzado a ser conocido en Europa sino en los últimos años del reinado de Luis XIV. Esta planta única ha dado todas las de la América, i ha enriquecido a muchos pueblos. El uso de este grano se ha hecho vulgar, i ciertamente ha sido mas poderoso que toda la elocuencia de los moralistas para destruir el abuso del vino en las clases superiores de la sociedad. ¿Quién podria responder

(1) Lo mismo se puede decir de todos los descubrimientos, si bien debe observarse que en los tiempos modernos sus trasformaciones son mucho mas rápidas. Así, por ejemplo, Galvani i Volta no pudieron sospechar que el descubrimiento de la electricidad habria de producir los telégrafos, i sin embargo ántes de setenta años de hechos los esperimentos del último, el cable eléctrico unia la Europa i la América. El vapor, el daguerreotipo i la fotografía, etc., dan lugar a las mismas reflexiones. Cuando Gutemberg en el siglo XV creó los tipos de imprenta para falsificar los libros manuscritos, ¿creeria que su invento marabilloso iba a civilizar al mundo por medio de la propagacion de los libros a un precio sumamente bajo i por millares de ejemplares? ¿Creeria acaso que dos siglos mas tarde habria diarios científicos i noticiosos que pusiesen al corriente a los hombres de lo que pasa en todo el mundo? ¿Se imajinaria acaso que mediante su invento cualquier hombre podria poseer con mui poco gasto una biblioteca mas numerosa i mas variada que la que en los tiempos atiguos i en la edad media podian reunir los reyes mas ricos i poderosos?

(2) La historia de la introduccion del tabaco en Europa es mucho mas oscura de lo que parecia creerlo Cuvier. Se ha atribuido a varios viajeros del siglo XVI, españoles unos, ingleses otros. Parece sin embargo, que comenzó a cultivarse en Portugal a fines del siglo XV, despues del segundo viaje de Colon. ¡Cosa singular! los europeos que llevaron tan pronto de América el cultivo del tabaco, tardaron mucho tiempo en conocer la cascarilla, i mas aun en jeneralizar en Europa el cutivo de la papa, que ofrece un alimento sano i abundante. Talvez Cuvier, al hablar del tabaco se refiere a Juan Nicot, que en 1560 llevó á Francia la semilla de esta planta, de donde le vino el nombre de *nicotiana*; pero Nicot la tomó en Portugal, donde servia de embajador.

(3) Del tiempo en que escribia Cuvier a nuestros dias, la renta producida por el tabaco a las naciones europeas se ha aumentado considerablemente, i en Francia se ha quintuplicado. En 1866 produjo 212 millones de francos.

(4) Gabriel de Clieu, oficial frances (1688-1774) que servia en la guarnicion de la Martinica con el grado de capitan de infantería. De vuelta de un viaje que hizo a Francia, obtuvo con gran dificultad un vástago de la planta de café que se cultivaba en conservatorio en el jardin del rei, hoi jardin de Plantas, i lo trasportó a la colonia, donde prosperó i se propagó rápidamente. Las dificultades que tuvo que vencer han sido celebradas en el poema de la *Navegation* de Esménard. El mismo De Clieu ha escrito una interesantísima relacion de su viaje, i de los cuidados que le exijió la preciosa planta.

que hoi mismo nuestros jardines no encierran alguna yerba despreciada, destinada a producir en nuestras costumbres o en nuestra economía política revoluciones igualmente grandes?

CUVIER (1),
Informe sobre el progreso de las ciencias naturales.

X.

MALES QUE LA PROTECCION DE LOS PRÍNCIPES OCASIONA A LA LITERATURA.

El dia en que cayó la ficcion del derecho divino de los reyes, el respeto que inspiraban cayó tambien. La veneracion supersticiosa de que se rodeaban en otro tiempo no existe ya; i hoi esa divinidad que percibíamos en sus personas, ha dejado de imponernos. Tenemos la conciencia de las reglas segun las cuales se les debe juzgar; es menester aplaudir su conducta cuando contribuyen a la felicidad de la nacion que les ha confiado el poder; pero tambien es preciso no olvidar que por la educacion que reciben, i por los homenajes pueriles de que son objeto, su juicio está falseado, i su espíritu imbuido en preocupaciones. Así, léjos de esperar que sean juiciosos protectores de las letras i que se coloquen a la cabeza de su siglo, debemos mostrarnos satisfechos cuando no se ponen en oposicion con el espíritu de la época, i cuando no tratan de detener la marcha de la sociedad. Porque a ménos que el soberano, apesar de la desventaja intelectual de su posicion, sea un hombre de espíritu vasto, debe suceder que recompensará, no a los mas capaces, sino a los mas complacientes, i que al mismo tiempo rehusará su proteccion a un pensador profundo e independiente, i la concederá al autor que acaricie sus antiguas preocupaciones i defienda los viejos abusos. Por esto es que la costumbre de conceder a los literatos recompensas honoríficas o pecuniarias, puede ser agradable sin duda a los que las reciben, pero tiene una tendencia manifiesta a debilitar el atrevimiento, la enerjía de sus pensamientos, i por consiguiente a disminuir el valor de sus obras. Podria probarse esto con la publicacion de la lista de las pensiones de literatos que han sido concedidas por algunos soberanos de Europa. Esta publicacion haria resaltar el mal que resulta de semejantes recompensas. Despues de un estudio concienzudo de la historia de la literatura, puedo afirmar que por un ejemplo de recompensa concedida por un soberano a un hombre, cuyas ideas simbolizan el progreso de su siglo, hai veinte

(1) Jorje Cuvier, uno de los mas grandes sabios de nuestro siglo, nacido en Montbeliard en 1769, i muerto en Paris en 1832. Como naturalista i como jeólogo, es mirado con justicia como una de las ilustres lumbreras de la ciencia. El ha creado la anatomía comparada, por medio de una serie de profundas observaciones que han conducido a los mas grandes descubrimientos. El es el que ha dado la lei segun la cual, estando en armonía todas las partes de una misma organizacion, basta conocer un órgano de un animal, para deducir los otros.

concedidas a hombres mas atrasados que su época. Resulta de aquí que en todos los países en que existe la proteccion real, las ideas en la literatura, en lugar de ser ideas de progreso, son siempre ideas reaccionarias. Los que dan, hacen alianza con los que reciben. El sistema de favores enjendra una clase necesitada i glotona, que tiene sobre todo hambre de pensiones, de empleos i de títulos; que pone, por consiguiente, el deseo de ganar mas arriba que la investigacion de la verdad, i vierte en sus escritos todas las preocupaciones de la corte en que se cobija. Así es como las muestras de favor se hacen los signos de servidumbre. Así es como el cultivo de la ciencia, el mas noble de todos los estudios, aquel que eleva más la dignidad del hombre, cae al nivel de las profesiones mas humildes, de aquellas en que el éxito se mide por la recompensa, i en que los mas altos honores dependen del que es por casualidad el ministro o el soberano del dia.

La verdad de este cuadro es manifiesta para los que han estudiado la historia de Luis XIV i sus relaciones con la revolucion francesa. Como el reinado de este príncipe duró mas de medio siglo, podemos presentarlo como el ejemplo mas perfecto que debe producir semejante protectorado. En ningun tiempo, los literatos fueron recompensados con tanta prodigalidad, i en ninguno fueron tan pequeños, tan serviles, tan completamente inferiores a la gran vocacion de apóstoles de la ciencia i de misioneros de la verdad. La reputacion de Luis XIV fué fabricada por el reconocimiento de los literatos. En apoyo de esa reputacion, se ha sostenido que a sus cuidados paternales se debe la literatura de su época, célebre con tan justo título; pero si analizamos el fondo de esta opinion, encontrarémos que, como la mayor parte de las tradiciones de que se compone la historia, no descansa sobre ninguna verdad. Encontrarémos desde luego dos hechos principales que prueban que el brillo de la literatura de su reinado no fué la obra de sus esfuerzos, sino de la jeneracion que le precedió, i que léjos de que la Francia se engrandeciese por sus munificencias, fué al contrario detenida en su desarrollo por su proteccion. Los hombres mas eminentes que contó la Francia en ciencias en el siglo XVII florecian precisamente ántes de la época en que Luis XIV puso en planta su sistema. Despues de la muerte de aquellos fué cuando el protectorado del rei comenzó a hacerse sentir sobre el espíritu nacional; i durante los cincuenta años que se siguieron, no se ve, con la sola escepcion de la acústica, ningun progreso importante en ninguna de las ciencias a las cuales se aplican las matemáticas. Los espíritus alejados de las ramos mas elevados de la ciencia, se aislaron en los ramos inferiores i se concentraron en asuntos de menor importancia, cuyo objeto principal no es el descubrimiento de la verdad, sino la belleza de la forma i de la espresion. El sistema de proteccion i de recompensa es tan esencialmente vicioso, que, despues de la muerte de los escritores i de los artistas, cuyas obras son la única cosa que dé una gloria sólida al reinado de Luis XIV, no se encontró a nadie que fuese capaz, aun de imitar sus grandes cualidades. Los poetas, los trájicos, los cómicos, los pintores, los músicos, los escultores, los arquitectos, habian sido casi sin escepcion, educados bajo el réjimen mas libre que existia ántes de su reinado. Cuando comenzaron sus trabajos, tuvieron el beneficio de una munificencia que fomentaba la actividad de su jenio. Pero al cabo de algunos años, una vez que esta jeneracion hubo desaparecido, la falsedad radical

del sistema fué demostrada claramente. Los hombres mas eminentes habian cesado de vivir mas de un cuarto de siglo ántes de la muerte de Luis XIV. Los autores de las obras inmortales que dieron tanta gloria a su reinado, habian cesado de escribir, i casi todos de vivir ántes de fines del siglo XVII. Tenemos derecho de preguntar a los admiradores de Luis XIV: ¿Cuáles fueron los hombres que sucedieron a esos grandes maestros? ¿dónde están sus nombres? ¿dónde se podrán encontrar sus obras? ¿quién lee ahora los libros de esos oscuros mercenarios que durante tantos años llenaron la corte del gran rei? ¿Era este el fruto de la liberalidad real? Si el sistema de recompensas i de proteccion es verdaderamente ventajoso a las artes i a las letras ¿cómo sucede que haya producido los mas miserables resultados despues de haber sido empleado tanto tiempo?

BUCKLE (1),
Historia de la civilizacion en Inglaterra, cap. X.

XI.

MARABILLAS DE LA CIVILIZACION.

La suerte de los habitantes actuales de este país (Inglaterra), es mui diferente de la de sus antepasados. Estos, divididos en pequeños estados o sociedades, tenian pocas relaciones pacíficas con las tribus que los rodeaban: sus pensamientos i sus intereses tenian en jeneral los mismos límites que sus territorios estrechos i sus costumbres groseras. Ahora, por el contrario, cada cual se mira como miembro de la gran sociedad civilizada que cubre la superficie de la tierra, i se interesa por lo que ocurre en todos los puntos del globo. Un ingles que no tiene mas que una pe-

(1) Enrique Tomas Buckle, filósofo e historiador ingles de una inmensa erudicion i de una profunda sagacidad, ocupa un puesto distinguido en la historia literaria de nuestra época. Nacido en Lee, en el condado de Kent en 1822, vivió consagrado al estudio, con una pasion de que se encuentran raros ejemplos. Despues de haber hecho las mas prolijas i concienzudas investigaciones, no solo en el campo de la historia i de la literatura, sino en el de las ciencias exactas i naturales, con el objeto de escribir una historia de la civilizacion, publicó dos tomos con el título de *Historia de la civilizacion en Inglaterra*, en que, sin detenerse particularmente en la historia especial de este país, discute varias cuestiones históricas referentes a diversos pueblos europeos. Buckle se aparta de todos los historiadores en la manera de comprender la historia, i ha creido abrir un camino nuevo que no puede ser recorrido sino por los hombres que poseen una ciencia inmensa. La naturaleza, el clima i la meteorolojía de un país tienen, segun él, influencia en el carácter del pueblo que lo habita: luego, dice, es menester estudiar las ciencias físicas con toda prolijidad para escribir la historia. La historia de la humanidad, añade, es incompleta si no se dan a conocer todas las manifestaciones de la actividad humana; luego debe comprender, mas bien que la relacion de los sitios i batallas, la historia detenida de todos los progresos de las ciencias físicas i sociales. La parte de la obra de Buckle que ha visto la luz pública, no es mas que un ensayo de historia comprendida de esta manera; pero un ensayo sumamente notable.—El exeso de trabajo enfermó al historiador. Para reparar sus fuerzas, emprendió un viaje a Oriente, al Ejipto i la Palestina, pero murió en Damasco, en mayo de 1862, atacado por el tifus.

queña fortuna, puede decir con verdad i con orgullo mirando a su alrededor:—"Tengo mas bienestar en la casa que habito que el que podia tener un rei hace algunos siglos. Las naves atraviesan los mares para traerme de todas las partes del mundo lo que puede serme útil. Para mí se cosecha el té en la China; para mí se cultiva el algodon en América; para mí se preparan el café i la azucar en las Antillas; para mí se crian los gusanos de seda en Italia; para hacer mi ropa se trasquilan los carneros en la Sajonia; en mi propia patria, poderosas máquinas de vapor hilan i tejen para mí, fabrican cuchillería para mí, i por medio de bombas sacan el agua de las minas para que se puedan estraer los metales de que yo tengo necesidad. Por modesto que sea mi patrimonio, yo tengo correos que atraviesan los caminos dia i noche para llevar mi correspondencia ; tengo caminos, canales, puentes para trasportar mi provision de carbon para el invierno; tengo ejércitos i escuadras que protejen i defienden mi feliz país, para asegurar mis goces i mi reposo. En fin, tengo editores e impresores que me envian cada dia la relacion de lo que pasa en el mundo entero, en todos los pueblos mis tributarios; i en el recinto de mi casa, tengo libros, verdadero prodijio entre tantas riquezas. Mas marabillosos que el bonete encantado de los cuentos árabes, ellos me transportan en un minuto a todos los lugares i a todos los tiempos. Por medio de ellos, puedo evocar, resucitar a la vida a todos los héroes i a todos los hombres de bien de la antigüedad; para mi satisfaccion personal, puedo hacerles recomenzar sus hazañas mas famosas: para mí los oradores discurren, los historiadores narran, los poetas cantan: en una palabra, desde el ecuador hasta el polo, i desde el oríjen del mundo hasta nuestros dias, yo puedo, gracias a mis libros, estar en donde quiera." Este cuadro, léjos de ser exajerado, podria desarrollarse mucho mas; porque tal es el milagro de la bondad i de la providencia divina, que de tantos millones de hombres civilizados que cubren la tierra, no hai uno que no pueda tener poco mas o ménos los mismos goces que si dispusiera soberanamente de todas las cosas.

Sir John Herschell (1),
Discurso preliminar sobre el estudio de las ciencias naturales.

XII.

EFECTOS DE LA IGNORANCIA.

La ignorancia es por sí misma una fuente habitual i fecunda de errores; estravía al hombre desgraciado; puede tener en mil circunstancias

(1) Célebre astrónomo ingles nacido en 1792, e hijo de otro astrónomo igualmente célebre, William Herschell. Aunque sir John se ha consagrado casi esclusivamente al estudio de las ciencias exactas i físicas, i particularmente a la astronomía en que han hecho importantísimos descubrimientos, es tambien un escritor notable por su sencillez i por el talento para adaptar sus ideas i sus investigaciones científicas a las intelijencias mas vulgares. Sir John Herschell ha muerto en 1871.

las consecuencias mas funestas, sea para el individuo, sea para la sociedad entera. ¡Ved esos frenéticos que se precipitan contra un infortunado, quizá mas sinceramente relijioso que ellos mismos, culpable ante ellos de no participar de su creencia, i que aplauden su suplicio, creyendo honrar al Dios de bondad i de verdad por este exeso de crueldad i de injusticia (1)! ¡Ved esas poblaciones estraviadas que, en el seno mismo de las ciudades, asesinan a los médicos que se sacrifican por la salud de los enfermos, acusándolos de producir por el veneno los males que tratan de curar i de evitar (2)! ¡Ved esos agrupamientos de jente que se encaminan a destruir las máquinas i las fábricas, creyendo conquistar los medios de trabajo por violencias que atacan la propiedad i la libertad de industria, sin comprender que los aparatos que producen una economía en los costos de fabricacion, dan mas trabajo aumentando el consumo, que el que suprimen por la facilidad de la produccion (3)! ¡Ved esa muchedumbre ciega que en los momentos de escasez, se precipita a los mercados, comete violencias con el mercader i con el propietario de los granos, pone tasa a su especie, saquea, creyendo destruir así los obstáculos que amenazan la subsistencia comun, i no comprendiendo que la libertad i la seguridad del comercio de granos es la única garantía segura de que no se repetirá la escasez! ¡Ved esas reuniones numerosas agrupadas en las plazas alrededor de un charlatan, escuchándolo con una crédula avidez, recibiendo toda clase de específicos, a espensas del bolsillo i de la salud! Por todas partes i en todo tiempo la ignorancia será juguete de las apariencias, de las sujestiones de aquellos que quieren engañarla; cederá a todas las influencias, i no desconfiará mas que de la esperiencia i de la razon.

La ignorancia es alternativamente desconfiada i presuntuosa; acoje todos los falsos rumores; rechaza los consejos; proscribe las mejoras; está prevenida contra las luces. En la ignorancia reconoceréis las causas de la mayor parte de las preocupaciones vulgares, tan esparcidas como obstinadas, cuyos efectos son tan funestos i tan deplorables. El que no conoce las causas reales de los acontecimientos, adopta, para esplicárselos, las primeras suposiciones arbitrarias que se le presentan, i rechaza en seguida la luz, porque cree saber. ¿La fe en la hechicería, en los encantamientos, en los maleficios, acaso es otra cosa que la consecuencia de la ignorancia de las leyes mas sencillas de la naturaleza? ¿I la superticion es acaso otra cosa que la ignorancia de las verdaderas relaciones que existen entre el hombre i su creador? ¿I esa rutina que se arrastra en las prácticas mas viciosas, esa imitacion servil que copia los

(1) El autor se refiere a las víctimas sacrificadas inhumanamente en las guerras relijiosas.

(2) Con frecuencia se ha visto durante las epidemias que las clases ignorantes han acusado a tales o cuales personas, i a veces a los mismos médicos, de ser la causa del mal, de haber envenenado las fuentes, los alimentos, etc.: de ahi se han orijinado matanzas inauditas i atroces.

(3) Estos ataques contra las fábricas i las máquinas han sido por desgracia demasiado frecuentes. En 1806, un hábil mecánico frances, Jacquart, estuvo a punto de ser arrojado al Ródano, en Lyon, por haber perfeccionado las máquinas de tejer haciendo mas cómodo i mas barato el trabajo. Hoi sus máquinas están adoptadas en todo el mundo; i su nombre es venerado como el de uno de los mas ilustres benefactores de las clases trabajadoras.

ejemplos mas erróneos, son acaso otra cosa que los frutos de una ignorancia que acepta todos los guias, en la impotencia de dirijirse por sí misma?

DE GÉRANDO (1),
Historia comparada de los sistemas de filosofía.

XIII.

LOS MORALISTAS QUE JUZGAN A LA HUMANIDAD ABSOLUTAMENTE MALA.

Hai ciertos escritos sobre moral en que se comienza por suponer que el hombre no es mas que un conjunto de miseria i de corrupcion, i que no puede producir nada estimable. Este sistema es tan falso como peligroso. Los hombres son igualmente culpables del bien i del mal; pueden correjirse puesto que pueden pervertirse; de otro modo ¿para qué castigar, para qué recompensar, para qué enseñar?

Los hombres, se dice, estan llenos de amor propio i tienen grande apego a su interes. Partamos de este principio. Estas disposiciones no tienen en sí mismas nada de vicioso: se hacen buenas o malas por los efectos que producen. Es la savia de las plantas; i no hai derecho para juzgar a éstas sino por sus frutos. ¿Qué importa, en efecto, que un hombre no se proponga en sus acciones mas que su propia satisfaccion, si la hace consistir en servir a la sociedad? ¿Qué importa que el entusiasmo patriótico haya hecho que Régulo encuentre satisfaccion en el sacrificio de su vida? ¿Produciria tales efectos la virtud puramente desinteresada, si ésta fuese posible? Este odioso sofisma de interes jeneral ha sido inventado por los que, buscando esclusivamente el suyo propio, querrian arrojar sobre la humanidad entera el reproche que ellos solos merecen. En vez de calumniar a la naturaleza, convendria que consultasen sus verdaderos intereses, i entónces los verian unidos a los de la sociedad.

Que se enseñe a los hombres a amarse entre sí, que se les pruebe la necesidad de ello para su propia felicidad. Se puede demostrarles que su gloria i su interes no se encuentran mas que en la práctica de sus deberes. Tratando de degradarlos, se les engaña, se les hace mas desgraciados: por la idea humillante que se les da de sí mismos, pueden ser criminales sin avergonzarse. Para hacerlos mejores no se necesita mas que ilustrarlos: el crímen es siempre un juicio falso. Hé ahí toda la ciencia de la moral, ciencia mas importante i tan segura como las que se apoyan en las demostraciones. Desde que se forma una sociedad, debe existir en ella una moral i principios seguros de conducta. Debemos a todos lo que nos debemos a nosotros: i nosotros se lo debemos igualmente,

(1) José María De Gérando, filósofo frances moderno (1772-1842). Entre muchas obras que escribió, es notable la que dejamos mencionada, por el saber que revela, i por la imparcialidad con que analiza los diversos sistemas filosóficos.

cualesquiera que sean las diferencias de estos deberes. Este principio es tan cierto en moral como es cierto en jeometría que todos los radios de un círculo son iguales, i se reunen en un mismo punto.

DUCLOS (1),
Consideraciones sobre las costumbres.

XIV.

ENVILECIMIENTO DE LOS ROMANOS BAJO LA TIRANÍA.

Así como se ve un rio minar lentamente i sin ruido los diques que se le oponen, i derribarlos en fin en un momento, i cubrir los campos que conservaba, así el poder soberano obró bajo Augusto insensiblemente, i lo destruyó todo violentamente bajo Tiberio.

Habia una lei de majestad para los que cometian cualquier atentado contra el pueblo romano. Tiberio se apoderó de esta lei i la aplicó, no a los casos para los cuales habia sido hecha, sino a todo lo que pudo servir a su odio i a sus desconfianzas. No eran solamente las acciones las que cayeron en el caso de esta lei, sino las palabras, los signos, los pensamientos aun; porque lo que se dice en las espansiones del corazon que la conversacion produce entre dos amigos, no puede ser mirado sino como pensamiento. No hubo ya pues libertad en los festines, confianza en la familia, fidelidad en los esclavos; el disimulo i la tristeza del príncipe se comunicaron por todas partes, la amistad fué mirada como un escollo, la injenuidad como una imprudencia, la virtud como una afectacion que podia recordar al espíritu de los pueblos la felicidad de los tiempos precedentes.

No hai tiranía mas cruel que aquella que se ejerce a la sombra de las leyes i con los colores de la justicia, cuando se va a ahogar a los desgraciados, por decirlo así, en la tabla misma en que se habian salvado.

I como no ha sucedido jamas que un tirano haya carecido de instrumentos de tiranía, Tiberio encontró siempre jentes prestas a condenar a todas las personas a quienes quizo presentar como sospechosas. Desde el tiempo de la república, el senado que no juzgaba en cuerpo sobre los negocios de los particulares, conocia por una delegacion del pueblo los crímenes que se imputaban a los aliados. Tiberio le sometió el juicio de todo lo que llamaba crímen de lesa majestad contra él. Este cuerpo cayó en un estado de bajeza que no puede espresarse. Los senadores iban delante de la servidumbre; a la época del favor de Sejano, los mas ilustres hacian el servicio de delator.

No puedo pasar en silencio nada que sirva para dar a conocer el jenio del pueblo romano. Se habia acostumbrado tanto a obedecer i hacer consistir toda su felicidad en la deferencia de sus señores, que despues de

(1) Cárlos Duclos, moralista e historiador frances del siglo pasado (1704-1772), es conocido por varias obras, las mas notables de las cuales son una *Historia de Luis XI*, i aquella de que sacamos el trozo que trascribimos en el testo.

la muerte de Jermánico hizo manifestaciones de duelo, de pesar i de desesperacion que no se han vuelto a repetir en la historia. Es menester ver a los historiadores describir la desolacion pública, tan grande, tan larga, tan poco moderada; i esto no era una farsa, porque el cuerpo entero del pueblo no finje, no lisonjea, no disimula. El pueblo romano, que ya no tenia participacion en el gobierno, compuesto casi de libertos o de jentes sin industria que vivian a espensas del tesoro público, no sentia mas que su impotencia, i se aflijia como los niños i las mujeres que se desolan por el sentimiento de su debilidad; colocó sus temores i sus esperanzas en la persona de Jermánico; i perdido éste, cayó en la desesperacion. No hai jentes que teman tanto las desgracias como aquellos a quienes la miseria de su condicion podia confortar. Hai en Nápoles mas de cincuenta mil hombres que viven con yerbas i que no tienen otros bienes que la mitad de un vestido de jerga; esas jentes, las mas desgraciadas de la tierra, caen en un abatimiento horrible a la menor humareda del Vesubio: tienen la tontera de temer el llegar a ser desgraciados.

Este es el caso de examinar el espectáculo de las cosas humanas. Que se vean en la historia de Roma tantas guerras emprendidas, tanta sangre derramada, tantos pueblos destruidos, tantas grandes acciones, tantos triunfos, tanta política, prudencia, constancia, valor: ¿para qué sirvió ese proyecto de invadirlo todo, tan bien formado, tan bien sostenido, tan bien llevado a cabo, sino para completar la felicidad de cinco o seis monstruos? ¡Qué! ese senado no habia hecho desaparecer el recuerdo de los reyes sino para caer en la mas baja esclavitud de alguno de sus mas indignos ciudadanos, i esterminarse por su propio fallo! ¡Entónces no se eleva a su poder sino para verlo derrocado! ¡Los hombres no trabajan en aumentar su poder sino para verlo caer contra ellos mismos en manos mas felices!

MONTESQUIEU (1),
Grandeza i decadencia de los romanos, cap. XIV.

XV.

UTILIDAD DE LA FÁBULA.

Platon ha desterrado a Homero de su República, pero ha dado a Esopo un lugar mui honroso (2). Desea que los niños mamen estas fábulas con la leche; recomienda a las nodrizas que se las enseñen; porque nunca es

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* páj. 508.

(2) Platon ha imajinado en una de sus obras, la *República*, el pais mejor gobernado que sea posible concebir; pero destierra a los poetas bajo pretesto de que sus cantos pueden debilitar el corazon o corromper la razon de los ciudadanos. Sin embargo, quiere que se les conduzca hasta las fronteras de su severa república coronados de flores. A juicio de Platon, los fabulistas debian quedar en aquel pais ideal, porque sus obras son de grande utilidad. Véanse sobre Esopo i sobre Platon las *Nociones de hist. lit.*, pájs. 47 i 64.

temprano para acostumbrarlos a la prudencia i a la virtud. Mas bien que vernos obligados a correjir nuestros hábitos, es menester trabajar para hacerlos buenos miéntras son indiferentes al bien o al mal. Pero ¿qué método puede contribuir mas útilmente que estas fábulas? Decid a un niño que Craso, habiendo ido a pelear contra los partos, se interiorizó en su país sin considerar como saldria de él; que esto lo hizo perecer a él i a su ejército, apesar de los esfuerzos que hizo para retirarse. Contad al mismo niño que el zorro i el cabro bajaron al fondo de un pozo para apagar su sed. que el zorro salió habiéndose servido de los hombros i de los cuernos de su camarada como de una escala: por el contrario, el cabro se quedó allí por no tener tanta prevision; i por consiguiente, que es menester considerar el fin en todas las cosas. Yo pregunto cuál de estos dos ejemplos hará mas impresion sobre el niño. ¿No se detendrá en el último como mas conforme i ménos desproporcionado que el otro a la pequeñez de su intelijencia? No puede alegarse que los pensamientos de la infancia son por sí mismos bastante infantiles, sin que haya necesidad de añadir nuevas futilezas. Estas futilezas no lo son sino en apariencias, porque en el fondo tienen un sentido mui sólido. I así como por la definicion del punto, de la línea, de la superficie, i por otros principios mui familiares, llegamos a conocimientos que miden en fin el cielo i la tierra, por los raciocinios i por las consecuencias que se pueden sacar de estas fábulas, se forman el juicio i las costumbres i se hacen capaces de grandes cosas.

Las fábulas no son únicamente morales, dan tambien otros conocimientos: las propiedades de los animales i sus diversos caractéres estan espresados en ellas, i por consiguiente los nuestros tambien, puesto que somos el resúmen de lo que hai de bueno i de malo en las criaturas irracionales. Cuando Prometeo quizo formar al hombre, tomó la cualidad dominante de cada animal: de estas piezas tan diferentes compuso nuestra especie. Así, estas fábulas son un cuadro en que cada uno de nosotros se encuentra pintado. Lo que ellas nos representan confirma a las personas de edad avanzada en los conocimientos que el uso les ha dado, i enseña a los niños los que es menester que sepan. Como estos últimos son recien venidos al mundo, ellos no conocen a sus habitantes, no se conocen a sí mismos: no se les debe dejar en la ignorancia sino el ménos tiempo posible: es menester enseñarles lo que es un leon i un zorro, para que compare algunas veces a ese hombre con ese zorro o con ese leon. A esto se encaminan las fábulas: las primeras nociones de estas cosas provienen de ellas.

La Fontaine (1),
Fábulas, prólogo.

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 474.

XVI.

LA OPINION VULGAR.

Aquella mal entendida máxima de que Dios se esplica en la voz del pueblo, autorizó a la plebe para tiranizar el buen juicio, i erijió en ella una potestad tribunicia capaz de oprimir la nobleza literaria. Es éste un error, de donde nacen infinitos; porque asentada la conclusion de que la multitud sea regla de la verdad, todos los desaciertos del vulgo se veneran como inspiraciones del cielo. Esta consideracion me mueve a combatir el primero este error, haciéndome la cuenta de que venzo muchos enemigos en uno solo, o a lo ménos de que será mas fácil espugnar los demas errores, quitándoles primero el patrocinio que les da la voz comun en la estimacion de los hombres ménos cautos.

El valor de las opiniones se ha de computar por el peso, no por el número de las almas. Los ignorantes, por ser muchos, no dejan de ser ignorantes. ¿Qué acierto, pues, se puede esperar de sus resoluciones? Antes es de creer que la multitud añadirá estorbos a la verdad, acreciendo los sufrajios al error. Si fué supersticion estravagante de los molosos, pueblos antiguos de Epiro, constituir el tronco de una encina por órgano de Apolo, no lo seria ménos conceder esta prerogativa a toda la selva Dodonea. I si de una piedra, sin que el artífice la pula, no puede resultar la imájen de Minerva, la misma imposibilidad quedará en pié, aunque se junten todos los peñascos de la montaña. Siempre alcanzará mas un discreto solo que una gran turba de necios: como verá mejor al sol una águila sola que un ejército de lechuzas.

Preguntando alguna vez el papa Juan XXIII, ¿qué cosa era la que distaba mas de la verdad? respondió que el dictámen del vulgo. Tan persuadido estaba a lo mismo el severísimo Focion, que, orando una vez en Aténas, como viese que todo el pueblo de comun consentimiento levantaba la voz en su aplauso, preguntó a los amigos que tenia cerca de sí: ¿que en qué habia errado? pareciéndole que en la ceguera del pueblo no cabia aplaudir sino los desaciertos. No apruebo sentencias tan rigorosas, ni puedo considerar al pueblo como antípoda preciso del hemisferio de la verdad. Algunas veces acierta; pero es por ajena luz, o por casualidad. No me acuerdo qué sabio compara el vulgo a la luna, a razon de su inconstancia. Tambien tenia lugar la comparacion, porque jamas resplandece con luz propia: no hai dentro de este vasto cuerpo luz nativa, con que pueda discernir lo verdadero de lo falso. Toda ha de ser prestada, i aun esa se queda en la superficie; porque su opacidad hace impenetrable a los rayos el fondo.

Es el pueblo un instrumento de varias voces, que si no por un rarísimo acaso, jamas se pondrán por sí mismos en el debido tono, hasta que alguna mano sábia las temple. Fué sueño de Epicuro pensar que infinitos átomos, vagueando libremente por el aire al ímpetu de el acaso sin el gobierno de alguna mente, pudiesen formar este admirable sistema del orbe. Pedro Gasendo, i los demas reformadores modernos de Epicuro, añadieron a ese confuso vulgo el réjimen de la suprema intelijencia. I aun supuesto ese, no se puede atender cómo sin formas que pulan la

rudeza de la materia produzca la tierra la mas humilde planta. Poco se distingue el vulgo de los hombres del vulgo de los átomos. De la concurrencia casual de sus dictámenes apénas podrá resultar jamas una ordenada serie de verdades fijas. Será menester que la suprema intelijencia sea intendente de la obra: pero ¿cómo lo hace? usando como de subalternos suyos, de hombres sabios, que son las formas que disponen i organizan esos materiales entes.

Los que dan tanta autoridad a la voz comun no preveen una peligrosa consecuencia, que está mui vecina a su dictámen. Si a la pluralidad de voces se hubiese de fiar la decision de las verdades, la sana doctrina se habia de buscar en el Alcoran de Mahoma, no en el Evanjelio de Cristo. No los derechos del Papa, sino los del Mustí habrian de arreglar las costumbres; siendo cierto que mas votos tiene a su favor en el mundo el Alcoran que el Evanjelio. Yo estoi tan léjos de pensar que el mayor número deba captar el asenso, que ántes pienso se debe tomar el rumbo contrario; porque la naturaleza de las cosas lleva que en el mundo ocupe mucho mayor país el error que la verdad. El vulgo de los hombres, como la ínfima i mas humilde porcion del orbe racional, se parece al elemento de la tierra, en cuyo seno se produce poco oro, pero muchísimo hierro.

FEIJOO (1),
Discurso 1.° *Voz del pueblo.*

XVII.

BENEFICIOS DEL CULTIVO DE LAS CIENCIAS I DE LAS LETRAS.

Las ciencias i la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos i vijilias que se les consagran. No hablo de la gloria que ilustra las grandes conquistas científicas; no hablo de la auréola de inmortalidad que corona las obras del jenio. A pocos es permitido esperarlas. Hablo de los placeres, mas o ménos elevados, mas o ménos intensos, que son comunes a todos los rangos en la república de las letras. Para el entendimiento, como para las otras facultades humanas, la actividad es en sí misma un placer; placer que, como dice un filósofo escoces (2), sacude de nosotros aquella inercia a que de otro modo nos entregaríamos en daño nuestro i de la sociedad. Cada senda que abren las ciencias al entendimiento cultivado, le muestra perspectivas encantadas; cada nueva faz que se le descubre en el tipo ideal de la belleza, hace estremecer deliciosamente el corazon humano, criado para admirarla i sentirla. El entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditacion las mil voces del coro de la naturaleza; mil visiones peregrinas revuelan en torno de la lámpara solitaria que alumbra sus vijilias. Para él solo se desenvuelve en una escala inmensa el órden de la naturaleza; para él solo se atavía la crea-

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 449.
(2) Tomas Brown.

cion de toda su magnificencia, de todas sus galas. Pero las letras i las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento i a la imajinacion, elevan el carácter moral. Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales; ellas desarman de la mayor parte de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son (despues de la humilde i contenta resignacion del alma relijiosa) el mejor preparativo para la hora de la desgracia. Ellas llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso. Sócrates, en vísperas de beber la cicuta, iluminaba su cárcel con las mas sublimes especulaciones que nos ha dejado la antigüedad jentílica sobre el porvenir de los destinos humanos. Dante compone en el destierro su *Divina Comedia*. Lavoisier (1) pide a sus verdugos un plazo breve para terminar una investigacion importante. Chenier (2), aguardando por instantes la muerte, escribe sus últimos versos, que deja incompletos para marchar al patíbulo.

"Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire,
Anime la fin d' un beau jour,
Au pied de l' échafaud j'essais encor ma lyre."
Cual rayo postrero,
cual aura que anima
el último instante
de un hermoso dia,
al pié del cadalso
ensayo mi lira.

Tales son las recompensas de las letras; tales son sus consuelos. Yo mismo, aun siguiendo de tan léjos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios i saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, i conservan todavía algunos matices al alma, como la flor que hermosea las ruinas. Ellas han hecho aun mas por mí; me alimentaron en mi larga peregrinacion, i encaminaron mis pasos a este suelo de libertad i de paz, a esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola.

Don Andres Bello (3),
Discurso de inauguracion de la Universidad de Chile.

(1) Antonio Lorenzo Lavoisier, el fundador de la química moderna, nacido en Paris en 1743 i guillotinado en la misma ciudad, por sentencia del tribunal revolucionario, el 18 de mayo de 1794.
(2) Andres Chenier, ilustre poeta frances, nacido en Constantinopla, donde su padre era cónsul de Francia, i guillotinado en Paris el 7 termidor (25 de julio) de 1794.
(3) Véase sobre don Andres Bello la nota de la p. 42.

SECCION XI.

Diálogos.

El diálogo es la imájen de la conversacion entre dos o mas personas.

Algunas veces se encuentran en medio de la narracion de un hecho, como sucede con frecuencia en la novela, i como suele hallarse en la historia. Otras veces forma el todo de una composicion literaria, como se verifica en el drama, en donde el autor no habla en su propio nombre, sino que hace que sus personajes se dejen conocer por sus palabras.

Pero hai ademas otro jénero de diálogos que forman una obra enteramente distinta, i que sirve a la filosofía, a la teoría oratoria i a toda cuestion de arte que se quiere ilustrar. Es una forma que quita al jénero didáctico su tono naturalmente imperativo. Entre estas composiciones es menester distinguir dos órdenes diferentes.

Con el nombre de diálogos filosóficos, algunos escritores han formado pequeñas escenas dramáticas, cuyos personajes son dioses de la mitolojía o algunos hombres ilustres que hablan familiarmente de moral o que recuerdan i esplican algunos hechos históricos. Entre éstos, los mas famosos son los *Diálogos de los muertos* de Luciano i de Fenelon. Suponen estos autores que sus personajes se encuentran en el otro mundo, i que allí hablan sobre los sucesos en que tomaron parte en la tierra.

En otras ocasiones, el diálogo es un cuadro injenioso i cómodo, en que se encuentran espuestos, bajo una forma mas interesante que la forma didáctica, diferentes puntos de filosofía, de política i de literatura, i que el autor trata estensamente. Tales son los *Diálogos* de Platon i de Ciceron, i los *Diálogos sobre la elocuencia* de Fenelon.

Todas estas diversas especies de diálogos están sometidas a las mismas reglas; pero como no es posible que los jóvenes se ejerciten en el diálogo tal como se encuentra en el drama i en la novela, i como no puede exijirse la composicion de un tratado completo en forma de diálogos, vamos a contraer nuestras observaciones al diálogo filosófico, en la persuasion de que ejercicios de esta naturaleza, al paso que sirven para dar facilidad i soltura al estilo, están destinados a grabar en el espíritu de los jóvenes ideas que conviene conocer.

En el diálogo filosófico, cada opinion toma la palabra, por decirlo así, i se personifica para sostenerse i defenderse. Toma un nombre, algunas veces un nombre famoso, el de un hombre que ha profesado cierta doctrina i representado cierta idea. Hai tantos interlocutores, cuantas son las opiniones que se discuten. Todos los interlocutores desarrollan su opinion i refutan las objeciones de sus adversarios: no deben decir nada que no se refiera directamente a la cuestion, i que no esté de acuerdo con el verdadero punto de vista. Los interlocutores, ademas, deben hablar con moderacion: no importa que se suponga un diálogo entre dos hombres que fueron mortales enemigos. Deben discutir razonadamente, sin reproches i sin ultrajes. Los escritores que han compuesto diálogos de esta naturaleza, han hecho intervenir a grandes personajes que en la tierra estuvieron divididos por odios profundos; i, sin embargo, discuten en la otra vida acerca de sus doctrinas i de sus acciones con templanza i con razon.

Hemos dicho que el diálogo es la imájen de la conversacion: como la conversacion, debe animarse cuando se trata del punto capital de la discusion, en que cada personaje

sostiene su opinion. Como la conversacion, tambien el diálogo debe ser cortado, es decir, que cada interlocutor debe tomar a su turno i frecuentemente la palabra, i estar atento i pronto a la respuesta: es menester evitar que el diálogo dejenere en una serie de monólogos.

El estilo del diálogo debe ser claro i sencillo, elegante sin afectacion, animado sin declamacion. Es necesario emplear en el tono cierta progresion, i hacer que los interlocutores cobren animacion por grados.

TEMAS DE EJERCICIOS.

I.

Aníbal i Alejandro disputan en los campos Eliseos sobre a cuál de los dos corresponde la preeminencia, i elijen a Mínos por juez de la disputa. Cada uno de ellos pasa en rápida revista la historia de su vida i de sus hazañas, i la manera cómo ambos se elevaron en la tierra a tan grande altura. En el momento de dar Mínos la sentencia, se presenta Escipion el africano haciendo valer sus títulos, i declarando que, si cede la preeminencia a Alejandro, él ha vencido a Aníbal, i debe estar ántes de éste. Mínos decide entónces dando el primer lugar a Alejandro, el segundo a Escipion i el tercero a Aníbal.

II.

Filipo i Alejandro se encuentran en los campos Eliseos. Alejandro refiere a su padre sumariamente sus conquistas. Filipo le reprueba su vanidad, su arrogancia, el desden que manifestó en vida por las conquistas de su padre, las injusticias cometidas con algunos de los jenerales macedonios, i sobre todo el haber pretendido hacerse pasar por hijo de Júpiter. A juicio de Filipo, la mejor accion que su hijo ejecutó en el mundo fué el haber respetado a la mujer de Darío, i el haber tomado bajo su proteccion a la madre i las hijas de su enemigo.

III.

Aquíles sostiene que Homero le debe su gloria, i pretende probarlo por la Odisea, que, a su juicio, es tan inferior a la Iliada como Ulíses es inferior a un héroe tal como el mismo Aquíles. Homero, por el contrario, demuestra que léjos de deber su gloria a su héroe, Aquíles se la debe a él. Podia elejir a cualquier otro guerrero, a quien habria ilus-

trado, en lugar de cantar a Aquiles. ¿Qué habria sido entónces de esta gloria de que Aquíles está tan orgulloso? Su mismo nombre habria quizas caido en el olvido.

IV.

Alcibiades, recien llegado a la mansion de los muertos, se encuentra con Perícles, i le pregunta si no hai medio de seducir o de ganarse a los jueces que en la otra vida fallan sobre las acciones humanas. Perícles le demuestra que la elocuencia, los atractivos personales, el talento, no pueden nada contra los jueces encargados de dar su sentencia. Alcibiades se arrepiente, aunque tarde de sus pasadas debilidades, i reconoce que los mas grandes talentos no valen nada en la otra vida sin la virtud.

V.

Aníbal i Fabio Máximo conversan sobre las campañas de la segunda guerra púnica. Aníbal reprocha al segundo el haber evitado los combates, deshonrándose así por su timidez, i haciendo perder la confianza de los aliados de Roma. Fabio sostiene que el jeneral de un ejército debe sacrificar su reputacion ante la salvacion de la república; porque esa reputacion se reconquista mas tarde con el primer triunfo. Esplica que tenia necesidad de dar aliento a las tropas romanas, desalentadas por los primeros contrastes; i que no queria consumar la ruina de la república aventurando nuevos combates. Por último le demuestra que, mediante este sistema, Roma pudo conservar algunas fuerzas; i que si Escipion el jóven consiguió echar a los cartajineses de Italia, fué debido en gran parte a la prudencia de Fabio para no destruir los recursos de la república. En la guerra no se puede juzgar de las cosas por el principio, es preciso esperar el fin, i el fin justifica a Fabio.

VI.

Luis XI reprocha al historiador Comines el haber escrito su historia sin ocultar nada, faltando así a la gratitud que le debia. El rei hubiera querido que Comines no diese a conocer su falsa devocion, su perfidia, ni ninguno de los hechos que lo deshonran; i cree que el historiador debe callar esos pormenores. Comines sostiene la independencia del historiador, cree que a la posteridad no se le debe ocultar nada, porque los hechos de los reyes son una leccion para el porvenir. Comines cree que ha cumplido con su deber i con la gratitud, no dando cabida en su historia a las acusaciones infundadas i desprovistas de prueba.

VII.

En 1523 i 1524, el ejército frances, mandado por el almirante Bonnivet, sufrió muchas derrotas en el Milanesado, i se retiraba precipitadamente. Bayardo, que cubria la retirada, fué herido mortalmente en Ro-

magnano (30 de abril de 1524). Mandaba el ejército del emperador Cárlos V, el condestable de Borbon, noble príncipe frances que habia abandonado las banderas de la Francia para vengar las injurias que habia recibido del rei Francisco I. Al ver herido a Bayardo, Borbon se detiene a saludarlo i le manifiesta cuánto sentia encontrarlo en aquel estado. Bayardo le contestó.—"Señor, no soi digno de lástima porque muero como hombre de bien; pero vos me inspirais compasion porque militais contra vuestra patria, vuestro rei i vuestro juramento." Sobre esta base estrictamente histórica, se pude formar un diálogo entre ambos personajes.

Miéntras Bayardo está tendido i moribundo, se le acerca el condestable de Borbon, lo compadece, promete tratarlo con miramiento, i le hace esperar que podrá ser curado. Bayardo responde con una altanería llena de moderacion a estas muestras de interes. El condestable se sorprende: Bayardo le declara que prefiere su suerte a la del vencedor, porque muere cumpliendo con su deber, miéntras el condestable ha traicionado a su patria. El condestable se escusa con la ingratitud del rei: Bayardo le responde que la Francia no era culpable de la injusticia del rei, i que no hai nada que pueda autorizar a un hombre a traicionar a su patria.

VIII.

Raimundo Lulio, célebre sabio de la isla de Palma, que vivia en el siglo XIII, que se ocupó mucho en buscar la piedra filosofal, esto es, la ciencia de convertir en oro los otros metales, habla con Artemisa, la famosa reina de Caria. Artemisa le pregunta si cree en una ciencia que pueda conducir a un resultado tan singular. Raimundo Lulio dice que no; pero sostiene que todas las ciencias deben tener un límite ideal al cual no se puede llegar; pero que despierte la actividad i estimule al trabajo, en la confianza de que anhelando llegar a ese término, el espíritu ha de recorrer un vasto campo, i ha de encontrar muchas verdades.

IX.

Hernan Cortes se burla de la credulidad de los indios de América que tomaron a los españoles por hombres de una naturaleza superior i bajados del cielo. Moctezuma, que en la rejion de los muertos ha estudiado la historia, sale a la defensa de sus compatriotas, i manifiesta a Cortes que los países mas adelantados de la tierra cayeron en errores mas singulares todavía. Así, por ejemplo, los atenienses tomaron por la diosa Minerva a una mujer de que se hizo acompañar el tirano Pisistrato para volver a su patria, de donde habia sido desterrado; i creian que los oráculos revelaban el porvenir. Viéndose derrotado con estos ejemplos, Cortes sostiene que la ventaja de la civilizacion europea consiste principalmente en la moral, que ha puesto a los pueblos en el deber de respetarse unos a otros, i de no apelar a la guerra sino cuando la lei moral o la relijion les manifestaba la justicia de su causa. Moctezuma rebate este argumento recordando la misma conquista de Méjico.

X.

Un admirador de Cervantes va a verlo a la mansion en que reside su espíritu, i traba con él una conversacion. Cervantes pide noticias de la tierra, i del caso que por acá se hace de sus libros. Su interlocutor le refiere que miéntras han caido casi en completo olvido muchas de sus obras, el *Quijote* goza de una popularidad i de una fama que no perderá jamas. El secreto de esto consiste en que esa obra es fruto espontáneo de su intelijencia, i fué escrita sin pretensiones de parecer sabio. Refiere ademas a Cervantes que muchos eruditos i críticos se han propuesto comentar i esplicar el *Quijote*, interpretando las intenciones del autor, i hallando en él pensamientos ocultos i satíricos. Cervantes se rie de sus afanes, declarando que en su libro no hai nada oculto. Se le cuenta que en la tierra se ha publicado un libro titulado *Buscapié*, que se atribuye a él, como si hubiera sido escrito con el propósito de defender el *Quijote*. Cervantes declara que él no ha escrito el tal libro, porque el *Quijote* no necesitaba defensas.

XI.

Dos filósofos de la antigüedad, Demócrito i Heráclito, que vivian en el siglo V ántes de la era cristiana, se han hecho famosos por su manera opuesta de ver las cosas del mundo. Observando las miserias de la vida humana, Demócrito rie i Heráclito llora. Se les puede hacer hablar: cada uno pretende tener razon para tomar las cosas de la manera que lo hace. Los dos, sin embargo, están de acuerdo en la locura de sus semejantes. Heráclito se funda en esto mismo para sostener que es mas humano llorar que reir.

XII.

Pirron era un filósofo griego que vivia en el siglo IV ántes de Jesucristo. Sostenia que no se puede tener sobre nada ninguna certidumbre, i de ahí proviene que la palabra *pirronismo* es sinónima de escepticismo absoluto. Un vecino suyo va a verlo, i le pide que lo admita en el número de sus discípulos. Trata de imponerse sobre lo que se le va a enseñar, i sabe que es dudar de todo por principio. El buen sentido del vecino se rebela contra el absurdo de esta doctrina i le opone este argumento: dudar es pensar: si pensais es cierto que existis. Pirron no puede rebatirlo.

XIII.

Algunos dias despues de su abdicacion, Sila conversa con el filósofo Eucrátes. Este se sorprende de que Sila haya podido renunciar a la dictadura. Sila le responde que ha creido terminada su mision, i que no tiene gusto por un poder que nadie le disputa. Lo que ha amado siempre es la actividad i la lucha, porque estima mucho su gloria para ser colocado en el rango de los tiranos vulgares. ¿Quién habria creido, dice Eucrátes, que Sila pudiese deponer jamas un poder al cual lo habia sa-

crificado todo, i por el cual habia vertido tanta sangre? Sila responde que sin las crueldades que han precedido a su abdicacion, este acto seria mucho ménos glorioso. ¿Pero cómo no ha temido Sila las venganzas? su determinacion es mui imprudente. No, responde Sila, para defenderme tengo mi nombre i la sorpresa que he causado a los romanos.

XIV.

Horacio i Virjilio se encuentran en los campos Elíseos i se felicitan por sus obras. No están celosos el uno del otro a causa de la diversidad de sus talentos. Gracia, vehemencia, rapidez de las odas de Horacio; sencillez, naturalidad, finura de sus sátiras i de sus epístolas; grande instruccion i fuerza de talento que deja ver en su *Arte poética*. Ternura natural de las *Eglogas* de Virjilio; risueñas pinturas de las *Jeórjicas;* órden, magnificencia, vigor, sublimidad de la *Eneida*. Los dos poetas hablan de todo esto con naturalidad i con modestia, reconociendo ambos sus defectos. Defectos de Virjilio: los últimos libros de la Eneida son descuidados; Virjilio queria destruirlos, lo que habria sido una gran pérdida. Virjilio es mas culto, mas delicado, pero ménos sencillo i ménos natural que Homero. Defectos de Horacio: las odas contienen algunas cosas inútiles, algunas faltas contra la armonía o contra la sencillez de la pasion; ciertos pasajes tienen pretensiones visibles de orijinalidad.

XV.

Camilo recuerda a Temístocles su gloria i su destierro. Se felicita de haber tenido, como él, el honor de esa proscripcion popular. Temístocles, lleno de indignacion al recordar las injusticias de Aténas, traza el retrato de esa democracia turbulenta, inquieta, mas desconfiada i mas ingrata que un déspota. Alaba la virtud de Camilo, pero justifica el resentimiento que lo condujo a él a la corte del rei de Persia. Camilo se muestra mas inflexible acerca de los deberes del ciudadano para con su patria; en seguida, en medio de su entusiasmo por el jenio de los grandes hombres, cree que se vengan sobradamente abandonando para siempre la patria que los proscribe. Confiesa que él mismo habria cumplido esta venganza i no habria vuelto a Roma, sin los galos. Temístocles reconoce ese piadoso respeto que el ciudadano desterrado debe a su país. Confiesa que él mismo es un grande ejemplo de la fuerza del sentimiento que se le atribuye haber desconocido. Durante tres años solicitó la venganza del gran rei: se prometia tomar su parte en ella. Se creia firme en su cólera i en su odio; pero, cuando llegó el momento de la ejecucion, sintió su corazon cambiado; i para castigarse de lo que habia comenzado, i de lo que no tenia fuerza de acabar, se dió la muerte.

XVI.

San Martin i Bolívar recuerdan sus campañas militares, i reconocen que la mision de cada uno de ellos ha completado la del otro. Cada uno tuvo un modo diferente de concebir i de ejecutar la guerra; pero su diverjencia era mayor todavía en la manera de comprender la direccion

de los negocios políticos. Ambos creian que los americanos no estaban preparados para la vida republicana. San Martin pensaba que era necesario buscar un príncipe europeo. Bolívar critica este pensamiento, diciendo que ese príncipe vendria a ser en América el rei de las ranas de la fábula, i que nadie le haria caso. Bolívar piensa que el que ha hecho la independencia de un país, es el que debe gobernarlo para sentar sus instituciones, ya sea como monarca, ya sea como dictador. San Martin combate este pensamiento, diciendo que en el siglo XIX no se puede aceptar como rei o como dictador al hombre que se ha conocido en el campamento como camarada. Los dos jenerales reconocen al fin el defecto de sus sistemas respectivos, i convienen en que solo la república democrática puede ser una solucion lójica de este problema.

MODELOS DE EJERCICIOS.

I.

ALEJANDRO, ANÍBAL, MÍNOS, ESCIPION.

Alejandro.—Es justo, africano, que yo tenga la preferencia sobre tí: tú no vales lo que yo.

Aníbal.—¡Cómo! a mí me pertenece.

Alejandro.—¡Pues bien! tomemos a Mínos por juez.

Mínos.—¿Quienes sois vosotros?

Alejandro.—Este es Aníbal el cartajines: yo soi Alejandro hijo de Filipo.

Mínos.—¡Por Júpiter! Ambos sois bien ilustres. Pero ¿cuál es el objeto de vuestra disputa?

Alejandro—¡La preeminencia! Este pretende haber sido mejor jeneral que yo; i yo, como todos lo saben, sostengo que he sobrepujado en talentos militares no solamente a él sino a casi todos los que me han precedido.

Mínos.—¡Pues bien! hable cada uno a su turno. Comienza tú, africano.

Aníbal.—Digo que sobre todos son dignos de elojios aquellos que, no siendo nada en el principio, se han elevado por sí mismos al primer rango, han conquistado el poder i han sido revestidos de la autoridad suprema. Yo, por ejemplo, habiendo desembarcado en España con algunos soldados, como lugar teniente de mi cuñado, fuí considerado en breve capaz de las mas grandes proezas i nombrado jeneral en jefe. Reduje entónces a los celtíberos, triunfé de los galos occidentales, i pasando altas montañas, recorrí como vencedor toda la comarca que riega el Erídano, destruyendo un gran número de ciudades, sometiendo toda la parte plana de la Italia, i llegando hasta los alrededores de la capital; maté tantos soldados en un solo dia que medí sus anillos por costales, i eché

sobre los rios puentes de cadáveres. He hecho todo esto sin hacerme llamar hijo de Júpiter Ammon, sin presentarme como un dios, sin referir los sueños de mi madre, confesando que era hombre, i teniendo que luchar contra los jenerales mas consumados, peleando en los combates contra los mas bravos soldados, i no contra medos i armenios, jentes que huyen ántes que se les persiga i que ceden la victoria ante la audacia.

Alejandro, es verdad, ha aumentado la herencia que habia recibido de su padre; ha ensanchado sus límites, llevado en alas de la fortuna; pero apénas fué vencedor, apénas triunfó del cobarde Darío, cerca de Iso i en Arbeles, cuando renunció a las instituciones de su patria, se hace adorar como un dios, adopta las costumbres de los medos, mata a sus amigos en los festines, o los hace condenar a muerte. Yo he mandado en mi patria con equidad; i cuando me llamó para servir contra la numerosa escuadra de nuestros enemigos que se dirijia al Africa, obedecí al instante, volví a ser simple particular, i la condenacion que se lanzó contra mí, me encontró lleno de calma. Esto es lo que he hecho yo, siendo un bárbaro, sin versacion en la ciencia de los griegos, yo que no cantaba como Alejandro los versos de Homero, i que no habia sido educado por Aristóteles; pero me dejaba arrastrar por mi buen natural: en esto es en lo que yo pretendo ser mejor que Alejandro. Si él parecia mas hermoso que yo, porque su cabeza estaba coronada con una diadema, quizá ese sea un título a los ojos de los macedonios; pero no es una razon para que se coloque mas arriba que un hombre valiente, que un jeneral hábil, que debe mas a su consejo que a la fortuna.

Mínos.—Ha defendido su causa con bastante nobleza i mejor de lo que se podia esperar de un africano. I tú, Alejandro, ¿qué respondes?

Alejandro.—Debia, Mínos, no responder nada a un hombre tan audaz. La fama solo basta para enseñarte qué monarca fuí yo, i qué bandido era éste. Ya verás como yo lo sobrepujo. Habiendo subido mui jóven aun al poder, di consistencia a un trono mal afirmado; perseguí a los asesinos de mi padre, espanté a los griegos con la ruina de Tébas, i fuí proclamado jeneralísimo de la Grecia. Entónces no me contenté con la Macedonia, ni con los otros estados que mi padre me habia dejado. Formé el proyecto de conquistar toda la tierra, no pudiendo resignarme a no ser el soberano del universo. Me lanzo sobre el Asia con algunos soldados, soi vencedor en un gran combate cerca del Gránico; tomo la Lidia, la Jonia i la Frijia; en breve, subyugando todo lo que está en mi camino, marcho hácia Iso, donde Darío me esperaba a la cabeza de un ejército innumerable.

Tu sabes, Mínos, cuántos muertos te envié ese dia; el barquero dice que su chalupa no podia dar abasto, i que fué obligado a construir balsas para pasar un gran número. En todas estas hazañas yo era el primero en presentar mi cuerpo al peligro, i me honraba con mis heridas. En seguida, para no hablar ni de Tiro ni de Arbeles, penetré hasta la India, haciendo del océano los límites de mi imperio; he tomado sus elefantes, he sometido a Poro, he derrotado a los escitas, guerreros que no son despreciables, he atravesado el Tánais, i conseguido la victoria en un gran combate de caballería. He hecho bien a mis amigos, mal a mis enemigos. Si los hombres me han creido un Dios, es menester perdo-

narles un error que esplica la grandeza de mis hazañas. En fin, he muerto en el trono, miéntras que éste, arrojado de su patria, ha muerto al lado de Prusias de Bitinia, como correspondia a un hombre malvado i cruel. No quiero decir como ha triunfado de los italianos; pero no ha sido por el valor, sino por la maldad, la perfidia i la astucia. En su lucha no ha habido nada justo, nada franco. Me reprocha mi molicie; pero ha olvidado lo que hacia en Capua, cuando en brazos de las cortesanas, este buen jeneral perdia en los placeres un tiempo precioso para la guerra. Desdeñando la conquista de occidente, me volví contra las naciones orientales. ¿Qué cosa grande habria hecho si hubiese sometido sin disparar un dardo, la Italia, la Libia i las comarcas que se estienden hasta Cádiz? Esos paises, que estaban temblorosos i prestos a reconocer un señor, no me parecieron dignos de mis armas. He dicho. A tí te toca decidir, Mínos. Creo que no es necesario decir mas.

Escipion.—No pronuncies tu fallo ántes de oirme.

Mínos.—¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria?

Escipion.—Soi italiano; Escipion, el jeneral que ha destruido a Cartago i sometido el Africa despues de grandes combates.

Mínos.—Está bien, ¿qué quieres decir?

Escipion.—Que cedo la preferencia a Alejandro, pero que estoi mas arriba que Aníbal, porque yo lo he vencido, perseguido i condenado a una fuga vergonzosa. Su imprudencia es grande en disputar el paso a Alejandro, cuando yo, Escipion, su vencedor, me coloco detras de este príncipe.

Mínos.—¡Por Júpiter! tienes razon, Escipion. El primer rango es de Alejandro i el segundo es tuyo: Aníbal, si quiere, tendrá el tercero, i su parte no es digna de desden.

LUCIANO (1),
Diálogos de los muertos, diálogo XII.

II.

FILIPO I ALEJANDRO.

Filipo.—Ahora, Alejandro, ya no puedes decir que no eres mi hijo; porque no habrias muerto si fueras hijo de Júpiter Ammon (2).

Alejandro.—Yo sabia, padre mio, que era hijo de Filipo; pero aceptaba el oráculo porque lo creia útil a mis designios.

Filipo.—¿Cómo dices? ¿Creias útil el dejarte engañar por los profetas?

Alejandro.—No digo eso. Pero los bárbaros me tenian miedo; ningu-

(1) V. las *Nociones de hist. lit.* p. 85.

(2) En tiempo de Alejandro se creyó vulgarmente que este célebre conquistador era hijo de Júpiter Ammon, el cual habia bajado a la tierra en forma de una serpiente. Para comprender todas las alusiones de este diálogo, conviene recordar la historia de Filipo i de Alejandro, i leer el paralelo que ha hecho el historiador Justino entre estos dos reyes. Vease la p. 218 de este libro.

no me resistia, creyendo tener que hacer con un dios, i tuve poco trabajo para vencerlos.

Filipo.—¿I qué hombres has vencido contra los cuales se pudiese pelear, tú que no has luchado jamas mas que con cobardes, siempre prestos a arrojar sus arcos, sus jabelinas i sus escudos? ¡Otra cosa es someter a los griegos, los beocios, los focenses, los atenienses! Pero los medos, los persas, los caldeos, raza brillante por el oro i afeminada: ¿no sabes que ántes que tú los diez mil conducidos por Clearco los han batido, sin que hayan esperado los dardos de los griegos para tomar la fuga?

Alejandro.—Sin embargo, padre mio, los escitas i los elefantes indios no son enemigos que deban desdeñarse; i sin embargo, yo los he vencido sin sembrar entre ellos la discordia, sin comprar la victoria con traiciones. Jamas he hecho falsos juramentos, traicionado la palabra empeñada, cometido la menor perfidia para ser vencedor. He sometido una parte de la Grecia sin verter sangre; pero, por lo que toca a Tébas, ya sabes, sin duda, como me vengué.

Filipo.—Lo sé todo: Clito me lo ha contado, Clito a quien mataste de una lanzada en medio de un festin, porque tenia la audacia de alabar mis proezas comparadas a las tuyas.

Pero parece que tú dejaste a un lado la clámide macedónica para vestir la toga pérsica, i te cubriste la cabeza con una tiara i que quisiste hacerte adorar por los macedonios, que son hombres libres; que en fin, lo que es el colmo del ridículo, adoptaste las costumbres de los vencidos. No hablo aquí de tus otras proezas, como aquella de encerrar con los leones a los hombres distinguidos por su sabiduría. No hai mas que un rasgo que yo haya aprobado al saberlo, i es el que hayas respetado a la mujer de Darío, que era hermosa, i el que tomases a tu cargo a la madre i las hijas de tu enemigo. Eso es obrar como rei.

Alejandro.—¿I no alabas ese ardor que me hacia desafiar el peligro, ni ese valor para escalar el primero las murallas i para recibir tantas heridas?

Filipo.—No, yo no apruebo eso, Alejandro. No porque no sea algunas veces glorioso a un rei el ser herido, i el hacer frente al peligro; pero en el caso presente, una conducta semejante no te traia ninguna ventaja. La idea de que tú eras un dios, en el caso de que hubieras sido herido i llevado a la vista de todos fuera del combate, cubierto de sangre i quejándote de tus heridas, habria dado materia a la risa de los espectadores. Ammon quedaba convencido de charlatanismo i de impostura, i sus profetas de adulacion. ¿Qué medio habria para no reir cuando se viera al hijo de Júpiter implorando el socorro de los médicos? ¿Ahora que estás muerto, crees que la muchedumbre no se ria amargamente de esta comedia, viendo al hijo de un dios tendido en el féretro, entregado a la podredumbre e hinchado como todos los otros cadáveres? Por otra parte, Alejandro, esta pretendida utilidad del oráculo, que, segun dices, te facilitaba la victoria, te ha quitado en gran parte la gloria de tus empresas; todas parecen menores viniendo de un dios.

Alejandro.—No es eso lo que los hombres piensan de mí; por el contrario, me ponen en paralelo con Hércules i Baco; i apesar de todo, yo soi el único que haya tomado la roca Aornos, de que ninguno de los dos pudo apoderarse.

Filipo.—Ya lo ves: todavía hablas como si fueses el hijo de Ammon, i te comparas a Hércules i a Baco. ¿No tendrás nunca vergüenza, Alejandro? ¿No te desprenderás de esa vanidad? ¿No te conocerás jamas a tí mismo, i no comprenderás al fin que has muerto?

LUCIANO (1),
Diálogos de los muertos, diál. XIV.

III.

AQUILES I HOMERO.

Aquíles.—Mucho celebro, gran poeta, el haber servido para inmortalizarte. Mi querella con Agamenon, mi dolor por la muerte de Patroclo, mis combates contra los troyanos, la victoria que conseguí sobre Héctor, han dado para un poema el mas hermoso asunto que jamas se haya visto.

Homero.—Confieso que el asunto es excelente, pero yo habria podido encontrar otro. La prueba de que hai otros, es que yo he encontrado efectivamente uno. Las aventuras del prudente Ulíses valen bien la cólera del impetuoso Aquíles.

Aquíles.—¡Cómo! ¡comparar al astuto i artificioso Ulíses con el hijo de Tétis, mas terrible que Marte! Vete, poeta ingrato, tú sentirás...

Homero.—Tú has olvidado que las sombras no deben encolerizarse. La cólera de las sombras no es temible. No tienes otras armas que emplear que las buenas razones.

Aquíles.—¿Por qué vienes a negarme que me debes la gloria de tu mas hermoso poema? El otro no es mas que un monton de cuentos de viejas; allí todo es lánguido, todo deja ver al anciano cuya vivacidad se ha estinguido i que no sabe concluir.

Homero.—Tú te asemejas a muchas personas que, por no conocer los diversos jéneros literarios, creen que un autor no se sostiene cuando pasa de un jénero vivo i rápido a otro mas suave i mas moderado. Deberian saber que la perfeccion consiste en observar siempre los diversos caractéres, en variar su estilo segun los asuntos, en elevarse o abajarse a tiempo, i en pintar, por este contraste, caractéres mas marcados i mas agradables. Es preciso saber tocar la trompeta, la lira, i a veces la flauta campestre. Creo que tú querrias que yo pintase a Calipso con sus ninfas en su gruta, como los héroes i los dioses que combatian en las puertas de Troya. Habla de guerra, ese es tu oficio; pero no te metas a decidir sobre la poesía en mi presencia.

Aquíles.—¡Qué orgulloso eres, pobre ciego! Te prevales de mi muerte.

Homero.—Me prevalgo tambien de la mia. Tú no eres mas que la sombra de Aquíles, i yo no soi mas que la sombra de Homero.

Aquíles.—¡Ah! ¡Que no pueda hacer sentir mi antigua fuerza a esta sombra ingrata!

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 85.

Homero.—Puesto que me hablas tanto de ingratitud, quiero al fin desengañarte. Tú no me has suministrado mas que un asunto que yo podia encontrar en otra parte; pero yo, yo te he dado una gloria que ningun otro podia darte, i que no se borrará jamas.

Aquíles.—¡Cómo! ¿Te imajinas que sin tus versos el grande Aquíles no seria admirado por todas las naciones i por todos los siglos?

Homero.—¡Curiosa vanidad, por haber derramado mas sangre que ningun otro en el sitio de una ciudad que no ha sido tomada sino despues de tu muerte! ¡Cuantos héroes hai que han vencido grandes pueblos i conquistado grandes reinos! Sin embargo, estan en las tinieblas del olvido; no se saben ni siquiera sus nombres. Solo las musas pueden inmortalizar las grandes acciones. Un rei que ama la gloria, debe buscarla en estas dos cosas: primero, merecerla por la virtud; segundo hacerse amar por los hijos de las Musas que pueden cantarlo para toda la posteridad.

Aquíles.—Pero no depende siempre de los príncipes el tener grandes poetas; solo por casualidad concebiste, mucho tiempo despues de mi muerte, el designio de componer tu *Iliada.*

Homero.—Es verdad: pero cuando un príncipe ama las letras, se forman durante su reinado muchos poetas. Sus recompensas i su estimacion escitan entre ellos una noble emulacion; el gusto se perfecciona (1). Basta amar i favorecer a las musas, ellas harán aparecer en breve hombres inspirados para alabar todo lo que hai de laudable. Cuando un príncipe carece de un Homero, es porque no es digno de tenerlo. Su falta de gusto produce la ignorancia, la grosería i la barbarie. La barbarie deshonra a toda una nacion, i quita toda esperanza de gloria duradera al príncipe que reina. ¿No sabes que Alejandro, que desde hace poco se encuentra entre nosotros, lloraba de no haber tenido un poeta que hiciese por él lo que yo he hecho por tí? Es porque él tenia el gusto por la gloria. Por lo que a tí toca, tú me lo debes todo, ¡i no tienes vergüenza de tratarme de ingrato! Este no es tiempo de encolerizarse: tu cólera delante de Troya era a propósito para suministrarme el asunto de un poema. Acuérdate solamente que la Parca te ha quitado todas las otras ventajas, i no te queda mas que el gran nombre que te he dado en mis versos. Adios. Cuando estés de mejor humor, vendré a cantarte en este bosque ciertos pasajes de la Iliada, por ejemplo la derrota de los griegos durante tu ausencia, la consternacion de los troyanos desde que te vieron aparecer para vengar a Patroclo, los mismos dioses sorprendidos de verte como Júpiter Tonante. Despues de esto, dime, si te atreves, que Aquíles no debe su gloria a Homero.

FENELON (2),
Diálogos de los muertos, diálogo IV.

---

(1) Todo este pasaje es débil por el raciocinio. Si basta que un príncipe ame las letras para que se produzcan Homeros, i si Alejandro las amó, como dice Fenelon, es claro que Alejandro debió tener un Homero. En justificacion de Fenelon, debe decirse que sus *Diálogos de los muertos* fueron compuestos para la educacion del Delfin, nieto de Luis XIV, i que no es estraño que quisiera imbuirle el amor a las letras, aun exajerando la influencia que sobre ellas puede ejercer un príncipe. Véase sobre esto el modelo de disertacion número 10, p. 252 de este libro.

(2) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 493.

IV.

PERÍCLES I ALCIBÍADES.

Perícles.—¡Cuánto celebro verte, mi querido sobrino. Siempre te he tenido cariño.

Alcibíades.—Así me lo manifestaste desde la infancia. Pero nunca he tenido tanta necesidad de tu ausilio como al presente. Sócrates, a quien acabo de encontrar, me hace temer a los tres jueces, ante los cuales debo comparecer.

Perícles.—¡Ah! mi querido sobrino, ya no estamos en Aténas. Esos tres ancianos inexorables no hacen ningun caso de la elocuencia. Yo mismo he esperimentado su rigor, i segun preveo, no te eximirás de él.

Alcibíades.—¡Cómo! ¿no hai medio de ganarse a esos tres hombres? ¿Son acaso insensibles a la lisonja, a la compasion, a la elegancia del discurso, a la poesía, a la música, a los raciocinios sutiles, a la narracion de las grandes acciones?

Perícles.—Tú sabes bien que si la elocuencia hubiera de tener aquí algun poder, sin vanidad, mi condicion debia ser tan buena como la de cualquiera otro; pero aquí no se gana nada con hablar. Esos rasgos lisonjeros que entusiasmaban al pueblo de Aténas, esos jiros convincentes, esas maneras insinuantes que toman los hombres, no se usan aquí: los oídos están tapados, i los corazones son de fierro. Yo, que he muerto en esta desgraciada guerra del Peloponeso, no dejo de estar castigado. Debia perdonárseme una falta que me ha costado la vida; i aun tú mismo fuiste quien me instigó a cometerla.

Alcibíades.—Es verdad que yo te aconsejé que empeñases la guerra mas bien que dar satisfaccion. ¿No es así como se hacen siempre las cosas cuando se gobierna un estado? Se comienza por sí, por su comodidad, por su reputacion, por su interes; el público marcha como puede: de otro modo ¿quién seria el tonto que se diese la pena de gobernar, por velar dia i noche para hacer dormir bien a los otros? ¿Encuentran esto malo los jueces de esta mansion?

Perícles.—Sí, tan malo, que despues de haber muerto de la peste en esta maldita guerra en que perdí la confianza del pueblo, he sufrido aquí grandes suplicios por haber turbado la paz sin motivo. Juzga por esto, mi pobre sobrino, si te irá bien a tí.

Alcibíades.—Esas son malas noticias. Los vivos, cuando están incómodos, dicen: querria estar muerto. Por el contrario, yo digo ahora: querria estar en buena salud.

Perícles.—Ya no es tiempo de esa túnica de púrpura que te arrastraba, i con la cual encantabas a todas las mujeres de Aténas i de Esparta. Tú serás castigado, no solo por lo que has hecho, sino por lo que me has aconsejado que yo haga.

FENELON (1),
Diálogos de los muertos, diál. XIX

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 493

V.

FABIO MÁXIMO I ANÍBAL.

Aníbal.—Te he hecho pasar malos dias i malas noches. Confiésalo de buena fe.

Fabio.—Es verdad; pero he tenido mi desquite.

Aníbal.—Vamos por partes, tú no hacias mas que retroceder delante de mí, mas que buscar campamentos inaccesibles en las montañas; vivias siempre en las nubes. Mostrando tanto temor, no se podia salvar la reputacion de los romanos.

Fabio.—Es preciso atender lo que mas urje. Despues de tantas batallas perdidas, yo habria acabado la ruina de la república aventurando nuevos combates. Era menester levantar el valor de nuestras tropas, acostumbrándolas a tus armas, a tus elefantes, a tus astucias, a tu órden de batalla; dejarte perder en los placeres de Capua, i esperar que cansases tus fuerzas.

Aníbal.—Pero, sin embargo, tú te deshonrabas con tu timidez. ¡Hermoso recurso para la patria, despues de tantas desgracias, el de un capitan que no se atreve a acometer nada, que tiene miedo de su sombra, como una liebre, que no encuentra rocas bastante escarpadas para colocar sus tropas siempre temblorosas! Eso era mantener la cobardía en tu propio campo, i aumentar la audacia en el mio.

Fabio.—Valia mas deshonrarse por esta cobardía, que hacer matar toda la flor de los romanos, como lo hizo en Canas Terencio Varron. Lo que sirve para salvar la patria i para hacer inútiles las victorias de los enemigos, no puede deshonrar a un capitan; se ve que ha preferido la salud pública a su propia reputacion, que le es mas cara que su vida; i este sacrificio de su reputacion debe traerle otra mas grande todavía. Poco importa el dejar hablar a la jente que no mira sino el presente i lo que brilla. Cuando por medio de tu paciencia hayas obtenido un triunfo, las personas que te han condenado serán las primeras en aplaudirte. No juzgan sino por el resultado: si lo consigues, te colmarán de alabanzas.

Aníbal.—Pero ¿qué querias que pensasen tus aliados?

Fabio.—Yo les dejaba pensar todo lo que quisieran a trueque de salvar a Roma; en la seguridad de que quedaria justificado de todas sus críticas cuando hubiera conseguido alguna ventaja sobre tí.

Aníbal.—¡Sobre mí! Pero no has tenido nunca esa gloria. Una sola vez cambié mi campamento delante de tí, i en esto mostré que sabia burlarme de toda tu ciencia en el arte militar, porque con antorchas amarradas a los cuernos de un gran número de bueyes, te engañé, cambié mi campamento durante la noche, miéntras que tú te imajinabas que estaba cerca de tu campo.

Fabio.—Esas astucias pueden sorprender a todo el mundo; pero no decidieron nada entre nosotros. En fin, no se puede negar que yo te debilité, que recobré las plazas i que repuse el ánimo de las tropas romanas; i si el jóven Escipion no me hubiese arrebatado la gloria, yo te habria arrojado de Italia. I si Escipion ha conseguido su objeto, es por-

que Fabio habia salvado a Roma con su lentitud. Déjate de burlarte de un hombre que retrocediendo un poco delante de tí, es causa de que tú hayas abandonado toda la Italia i de que haya perecido Cartago. No se trata de cegar a la jente con brillantes comienzos; lo esencial es acabar bien.

FENELON (1),
Diálogos de los muertos, diálogo 36.

VI.

LUIS XI I FELIPE DE COMINES.

Luis.—Me dicen que habeis escrito mi historia.

Comines.—Es verdad, señor; i he hablado como buen criado.

Luis.—Pero se me asegura que habeis contado muchas cosas que yo habria querido que quedasen en silencio.

Comines.—Así será; pero en resúmen yo he hecho un retrato vuestro mui ventajoso. ¿Habriais querido que yo hubiese sido un adulador perpetuo en lugar de ser un historiador?

Luis.—Debiais hablar de mí como un súbdito colmado de favores por su señor.

Comines.—Ese habria sido el medio de no ser creido por nadie. El reconocimiento no es lo que se busca en un historiador; por el contrario, es lo que lo hace sospechoso.

Luis.—¿Qué necesidad hai de que haya personas que tengan comezon de escribir? Es menester dejar a los muertos en paz i no manchar su memoria.

Comines.—La vuestra estaba ya singularmente ennegrecida: yo he tratado de suavizar las impresiones anteriores, he dado realce a todas vuestras buenas cualidades: os he descargado de todas las cosas odiosas que se os imputaban sin pruebas. ¿Qué cosa mejor podia hacer?

Luis.—O callaros o defenderme en todo. Se dice que habeis representado todas mis jesticulaciones, todas mis contorsiones cuando hablaba a solas, todas mis intrigas con la jente baja. Me dicen que habeis hablado del prestijio de mi prevoste, de mi médico, de mi barbero i de mi sastre: habeis sacado a luz toda mi ropa vieja. Me dicen que no habeis olvidado mis pequeñas devociones, sobre todo al fin de mis dias; mi empeño por reunir reliquias; por hacerme frotar desde la cabeza hasta los pies con el óleo de la santa ampolleta; i por hacer peregrinaciones al lugar donde creia encontrar la salud. Habeis hecho mencion de la cinta de mi sombrero cargada de santitos, i de la pequeña vírjen de plomo que yo besaba cuando queria hacer una mala jugada; en fin, de la cruz de San Lo, sobre la cual no queria hacer ningun juramento que no hubiera de guardar fielmente, porque temia morir en el mismo año si lo violaba. Todo eso es mui ridículo.

(1) V. las *Noc. de hist. li.* p. 493.

Comines.—¿Pero no es verdad todo eso? ¿Podia callarlo?

Luis.—Podiais no decir nada.

Comines.—Pero vos podiais no haber hecho nada.

Luis.—Pero ya estaba hecho, i no era necesario decirlo.

Comines.—Pero ya estaba hecho, i no podia ocultarlo a la posteridad.

Luis.—¡Cómo! ¿No se pueden ocultar ciertas cosas?

Comines.—¡Ah! ¿Creeis que un rei puede ser ocultado despues de su muerte como vos ocultabais ciertas intrigas durante vuestra vida? Mi silencio no os habria servido de nada, i yo me habria deshonrado. Contentaos con que yo habria podido decir algo peor, i se me habria creido; pero no he querido hacerlo.

Luis.—¡Cómo! ¿La historia no debe respetar a los reyes?

Comines.—¿I los reyes no deben respetar la historia i la posteridad, a cuya censura no pueden escapar? Los que quieren que no se hable mal de ellos, no tienen mas que un solo recurso, que es el obrar bien.

Fenelon,
Diálogos de los muertos, diál. 59.

VII.

EL CONDESTABLE DE BORBON I BAYARDO.

El condestable.—¿No es el pobre Bayardo el que veo al pié de ese árbol, tendido sobre la yerba i atravesado por una herida? Sí, es él mismo. ¡Ah! Lo compadezco. Hé ahí dos que perecen hoi por nuestras armas, Vandenesse i él. Estos dos franceses eran por su valor dos adornos de su nacion. Siento que mi corazon palpita todavía por su patria. Pero, avancemos para hablarlo. ¡Ah! mi pobre Bayardo, ¡con cuánto dolor os veo en este estado!

Bayardo.—Tambien os veo con dolor.

El condestable.—Comprendo que te desagrade el verte en mi poder por la suerte de la guerra; pero no quiero tratarte como prisionero: quiero tenerte a mi lado como un buen amigo, i encargarme de tu curacion, como si fueses mi propio hermano. Así, pues, no debes molestarte de verme.

Bayardo.—¿Creeis que no me molesta el deber favores al mayor enemigo de la Francia? No es mi cautividad ni mi herida lo que me hace sufrir. Moriré en un momento mas: la muerte va a libertarme de vuestras manos.

El condestable.—No, ¡mi querido Bayardo! Espero que mis cuidados conseguirán curarte.

Bayardo.—No es eso lo que quiero: moriré contento.

El condestable.—¿Qué es lo que tienes? ¿No podrás acaso consolarte de haber sido vencido i hecho prisionero en la retirada de Bonnivet? Esta no es tu falta, es la suya: las armas son inconstantes. Tu gloria está

bastante bien establecida por tantas grandes acciones. Los imperiales no podrán olvidar jamas tu vigorosa defensa de Mézières.

Bayardo.—Por lo que a mí toca, yo no puedo olvidar nunca que vos sois ese gran condestable, ese príncipe de la sangre mas noble que hai en el mundo, que trabaja por desgarrar con sus propias manos su patria i el reino de sus mayores.

El condestable.—¡Cómo, Bayardo! ¡Yo te ensalzo i tú me condenas! ¡Yo te compadezco i tú me insultas!

Bayardo.—Si vos me compadeceis, yo tambien os compadezco, i os encuentro mas digno de compasion que yo. Dejo la vida sin mancha; muero por mi patria i por mi rei, estimado por los enemigos de la Francia i sentido por todos los buenos franceses. Mi estado es digno de envidia.

El condestable.—I yo: yo estoi victorioso de un enemigo que me ha ultrajado; lo arrojo del Milanesado, i hago sentir a la Francia cuan desgraciada es por haberme perdido, precipitándome a abandonar sus armas. ¿Llamas esto ser digno de compasion?

Bayardo.—Sí, siempre es digno de compasion el que obra contra su deber. Vale mucho mas perecer combatiendo por la patria que alcanzando victorias sobre ella. ¡Ah! qué horrible gloria se alcanza destruyendo su propio país!

El condestable.—Pero mi patria habia sido ingrata despues de tantas victorias como le presté. La reina madre me ha hecho tratar indignamente por despecho. El rei, por debilidad hácia ella, ha cometido conmigo una injusticia enorme: han quitado de mi lado hasta a Matignon i d'Argonges, mis criados. Para salvar mi vida, me he visto reducido a huir casi solo. ¿Qué querias tú que hiciese?

Bayardo.—Que sufrieseis toda especie de males, mas bien que faltar a la Francia i a la grandeza de vuestra casa. Si la persecucion era mui violenta, podiais retiraros. Valia mas permanecer pobre, oscuro, inútil para todo que tomar las armas contra nosotros. Vuestra gloria habria llegado a su colmo en la pobreza i en el mas miserable destierro.

El condestable.—Pero ¿no ves que la venganza se ha unido a la ambicion para arrojarme a estos estremos? He querido que el rei se arrepintiese de haberme tratado tan mal.

Bayardo.—Era menester hacerlo que se arrepintiera, manifestándole una paciencia a toda prueba, que en un héroe es una virtud no ménos grande que el valor.

El condestable.—Pero el rei, tan injusto i tan ciego por su madre ¿merecia acaso que yo tuviese tan grandes consideraciones?

Bayardo.—Si el rei no lo merecia, la Francia entera lo merecia; la dignidad de la corona de que sois uno de los herederos, lo merecia tambien. Vuestro deber os aconsejaba no hacer nada contra la Francia, de la cual vos podiais ser rei mas tarde.

El condestable.—¡Pues bien! conozco mi error i lo confieso. Pero ¿sabes cuánto tienen que sufrir los mejores corazones para resistir a su resentimiento?

Bayardo.—Bien lo sé; pero el verdadero valor consiste en resistir. Si conoceis vuestra falta apresuraos a repararla. Por lo que a mí toca, yo muero, i os encuentro mas digno de lástima en vuestras prosperidades, que yo en mis sufrimientos. Aun cuando el emperador no os engañase,

aunque os diese a su hermana en matrimonio, i aunque dividiese con vos la Francia, no borraria la mancha que deshonra vuestra vida. ¡El condestable de Borbon rebelde! ¡ah! ¡qué vergüenza! Escuchad a Bayardo que muere como ha vivido, i no cesa de decir la verdad.

FENELON,
Diálogos de los muertos, diál. 62.

VIII.

ARTEMISA I RAIMUNDO LULIO (1).

Artemisa.—Decis que hai un secreto para cambiar los metales en oro, i que ese secreto se llama la piedra filosofal, o la grande obra.

Lulio.—Sí, lo he buscado largo tiempo.

Artemisa.—¿Lo habeis encontrado?

Lulio.—No; pero todo el mundo ha creido en su existencia. La verdad es que ese secreto no es mas que una quimera.

Artemisa.—Pero ¿por qué lo buscan? ¿i vos mismo que pareceis un hombre de buen sentido os habeis entregado a esas ilusiones?

Lulio.—Es verdad que no se puede encontrar la piedra filosofal; pero es bueno que la busquen. Buscándola se encontrarán otros secretos que no se buscaban.

Artemisa.—¿No seria mejor buscar esos secretos que se pueden encontrar, que pensar en los que no se encontrarán jamas?

Lulio.—Todas las ciencias tienen su quimera, tras de la cual corren sin poder alcanzarla; pero en su camino alcanzan otras cosas mui útiles. Si la química tiene su piedra filosofal, la jeometría tiene su cuadratura del círculo, la astronomía sus lonjitudes (2), la mecánica su movimiento perpetuo: es imposible encontrar todo esto; pero es mui útil buscarlo. Os hablo en un idioma que talvez no comprendeis; pero comprenderéis mucho ménos que la moral tiene tambien su quimera, que es el desinteres, la amistad perfecta. Jamas se llegará a conseguirla; pero es bueno que se pretenda llegar hasta ella. A lo ménos, pretendiéndolo se llega a

(1) Artemisa es la reina de Caria, que se hizo célebre por el espléndido monumento que elevó a la memoria de su esposo Mausolo. Raimundo Lulio (Véanse sobre él las *Nociones de hist. lit.*, p. 219) hizo importantes descubrimientos químicos buscando la piedra filosofal, esto es, el secreto de sacar oro de otros metales. Fontenelle supone entre ambos un estenso diálogo, que hemos abreviado al trascribirlo aquí, dejando, sin embargo, la idea principal, que conviene que los hombres, en el cultivo de las ciencias, aspiren ir mas léjos del punto a que pueden llegar, porque en su camino encontrarán muchas verdades que no esperában descubrir.

Aunque Raimundo Lulio i sus trabajos han sido bastante estudiados, i aunque sobre él se pueden encontrar interesantes noticias en casi todas las compilaciones biográficas, queremos indicar aquí que el historiador español Mariana ha destinado a este célebre personaje el cap. IV del lib. XV de su *Historia jeneral de España*, pero que lo juzga poco favorablemente, declarando que no comprende el mérito de sus obras.

(2) La cuestion de fijar las lonjitudes terrestres, sobre todo durante las navegaciones, se creyó un problema irresoluble. A principios del siglo XVI se consideraba jeneralmente que el ocuparse de estas cuestiones tenia algo de locura.

muchas otras virtudes, o acciones dignas de alabanza i de estimacion.

Artemisa.—Apesar de todo, soi siempre de opinion de que se abandonen todas las quimeras, i de que no nos contraigamos mas que a la investigacion de la verdad.

Lulio.—Quizá no lo creereis; pero es menester que en todas las cosas, los hombres se propongan un punto de perfeccion mas allá de su alcance. Jamas se pondrian en camino si creyesen que no han de llegar mas allá de donde llegarán efectivamente: es menester que tengan ante sus ojos un término imajinario que los aliente. Si se me hubiera dicho que la química no habia de enseñarme a hacer el oro, la habria descuidado.

FONTENELLE (1),
Diálogos de los muertos, part. 2.ª, diálogo 8.°

IX.

HERNAN CORTES I MOCTEZUMA.

Cortes.—Confesad la verdad. Erais mui ignorantes vosotros los americanos cuando tomasteis a los españoles por hombres bajados del sol porque tenian cañones, i cuando sus naves os parecian pájaros que volaban sobre el mar.

Moctezuma.—Convenido. Pero deseo que me digais si el pueblo ateniense era bárbaro o culto.

Cortes.—¡Cómo! Son ellos los que han enseñado la cultura al resto de los hombres.

Moctezuma.—¿I que deciis del medio de que se valió el tirano Pisistrato para volver a la ciudadela de Aténas, de donde habia sido arrojado? ¿No vistió a una mujer con el traje de Minerva (porque me dicen que Minerva era la diosa que protejia a Aténas)? ¿No subió en un carro con esa diosa de su invencion, que atravesó toda la ciudad con él llevándolo por la mano i gritando a los atenienses: "Hé aquí a Pisistrato: yo os lo traigo, i os ordeno que lo recibais?" ¿I este pueblo tan hábil i tan espiritual, no se sometió a este tirano para complacer a Minerva?

Cortes.—¿Quién os ha enseñado tantas cosas sobre los atenienses?

Moctezuma.—Desde que estoi aquí, me he puesto a estudiar la historia en las conversaciones que he tenido con otros muertos. Pero al fin, convendreis en que los atenienses eran un poco mas inocentes que nosotros. Nosotros no habiamos visto nunca buques ni cañones: ellos habian visto mujeres; i cuando Pisistrato quiso reducirlos a su obediencia por medio de su diosa, les manifestó sin duda ménos estimacion que la que vosotros nos manifestasteis subyugándonos con vuestra artillería.

Cortes.—No hai pueblo que no pueda caer una vez en un error gro-

(1) Bernardo Fontenelle, nacido en Rouen en 1657 i muerto en Paris en 1757, era sobrino del célebre trájico Corneille. Es autor de muchas obras, la mas famosa de las cuales es la que lleva por título *Conversaciones sobr la pluralidad de los mundos*, en que ha espuesto con un estilo claro i elegante las verdades i los secretos de la ciencia astronómica. Sus *Diálogos de los muertos* son mucho ménos notables que los de Fenelon.

sero. Viene primero la sorpresa; en seguida la muchedumbre arrastra a la jente de buen sentido.

Moctezuma.—¿Entónces por sorpresa creyeron los griegos durante muchos siglos que la ciencia del porvenir estaba encerrada en un agujero subterráneo de donde salian exhalaciones? ¿I con qué artificio se les persuadió que cuando la luna estaba eclipsada podian hacerla volver de su desmayo por medio de un ruido espantoso? ¿I por qué habia un número tan reducido de personas que se atreviesen a decir al oido que estaba oscurecida por la sombra de la tierra? No digo nada de los romanos i de esos dioses a quienes convidaban a comer en los dias de regocijo, ni de esas aves sagradas cuyo apetito decidia de todo en la capital del mundo. En una palabra, no podeis señalar una sola tontera de nuestros pueblos de América, sin que yo muestre una mayor de vuestros países; i aun yo me comprometo a no mostraros mas que tonteras griegas o romanas.

Cortes.—Apesar de esas tonteras, los griegos i los romanos han inventado todas las artes i todas i las ciencias, de que vosotros no teniais la menor idea.

Moctezuma.—Nosotros éramos bien felices ignorando que hubiese ciencias en el mundo. La América habia encontrado el medio de salvar este inconveniente por medio de prácticas mas admirables quizas que las artes i las ciencias de Europa. Es fácil hacer historias cuando se sabe escribir; pero nosotros no sabíamos escribir i hacíamos historias. Se pueden hacer puentes cuando se sabe construir sobre el agua; pero la dificultad está en no saber construir i hacer puentes. Debeis recordar que los españoles encontraron en Méjico enigmas que no pudieron comprender, por ejemplo piedras prodijiosas elevadas a una grande altura sin el ausilio de máquinas. ¿Qué decis de todo esto? Me parece que hasta el presente no me habeis probado mui bien las ventajas de la Europa sobre la América.

Cortes.—Estan bastante probadas con todo lo que puede distinguir los pueblos cultos de los pueblos bárbaros. La civilizacion reina entre nosotros; la fuerza i la violencia no tienen lugar, todos los poderes estan moderados por la justicia; todas las guerras estan fundadas en causas lejítimas; i aun, ved hasta que punto somos escrupulosos, nosotros no fuimos a llevar la guerra a vuestro pais sino despues que hubimos examinado rigorosamente si teníamos derecho para ello, i de haber decidido esta cuestion en nuestro favor.

Moctezuma.—¡Ah! ¡Qué lástima que nosotros no hubiésemos tenido buques para ir a descubrir vuestras tierras i que no hubiésemos decidido que ellas nos pertenecian! Habriamos tenido tanto derecho para conquistarlas como tuvisteis vosotros para conquistar las nuestras.

FONTENELLE (1),
Diálogos de los muertos, 2.ª parte, diál. XVIII.

(1) Véase la nota puesta al fin del diálogo anterior.—Al trascribir este diálogo, lo hemos abreviado, dejando en él sus ideas mas culminantes. En jeneral, los *Diálogos* de Fontenelle son algo estensos, i contienen ademas el desarrollo de ideas enteramente paradojales, que si revelan injenio de parte del escritor, no pueden presentarse a los jóvenes como modelos de raciocinio sólido i fundamental. Bastará recordar que en uno de los mas injeniosos hace hablar a Erostrato con Demetrio de Falero, i que el pri-

X.

CERVANTES.

—Señor Miguel Cervantes Saavedra ¿estais visible?

—Sí lo estoi.

—Pues venid, que nuevas del otro mundo os aguardan.

—¿Aun se acuerdan de mí por allá?

—Hebeis dejado un libro de caballerías que hará eterna vuestra memoria.

—¡Tanto gusta el loco manchego! Yo preferia el *Pérsiles* (1).

—Pues os equivocasteis grandemente. En *D. Quijote* tomasteis bien la embocadura. ¡Cómo corre llanamente la narracion! *En un lugar de la Mancha*... Por el contrario, en *Pérsiles* aquello de *Voces daba el bárbaro Cursicurbo* me ha hecho siempre mal efecto. *Pérsiles* no se lee, i *D. Quijote* adquiere de dia en dia mayor celebridad.

—¿No sabeis, hermano, en que debe consistir? En que el *Quijote* salió espontáneo de mi cabeza, i *Pérsiles* fué rebuscado. I no creais, como dicen los doctos, que traté de imitar el asno de oro de Apuleyo, no. Pinté un loco discreto, traté de acabar con los perniciosos libros de la andante caballería, copié costumbres i caractéres que tenia presentes, i dejé correr mi jenio en la mas amplia libertad. En *Pérsiles* quise pasar por docto, escribí ampuloso i culto, i, por lo que veo, no he logrado dar gusto a aquellos señores. ¿I mi *Galatea?*

—Ya se acabó el mundo ideal. Los pastores i pastoras no son de moda. Con todo, no falta quien admire vuestra divina prosa, i se adormezca con vuestros versos.

—Yo he creido siempre que no eran buenos; ¡pero tan malos!... ¿I mis comedias?

—Mudemos de conversacion. Básteos saber que la historia de D. Quijote, como habiais vaticinado, *unos la toman si otros la dejan, los niños la manosean, los mozos la leen, los jóvenes la estudian, los hombres la entienden i los viejos la celebran.*

—¿I se ha impreso muchas veces?

—Infinitas. Con sumo acierto se os traslucia que no habria de haber nacion ni lengua donde no se tradujera.

—¿Pero no la habrán comentado?

—¡Cómo que no! i dos sabios, Pellicer i Clemencin.

—Creo que he visto a esos señores por estas tierras.

—Pellicer se limitó a notas eruditas, en corto número i casi siempre oportunas. Clemencin muchas veces no os entiende: como escribió siendo anciano, ya no sentia las bellezas de vuestro libro, deslie las gracias a fuerza de comentarlas, i armándose de autoridad censoria i a veces ri-

mero demuestra que tuvo mucha razon para querer inmortalizar su nombre incendiando el templo de Diana. Por este motivo, hemos preferido abreviar los dos diálogos de Fontenelle que dejamos trascritos en este libro.

(1) Para comprender todas las ideas de este diálogo, los jóvenes que no conocen la historia de Cervantes, pueden leer lo que acerca de él se dice en las *Nociones de hist. lit.*, p 410 i siguientes.

dícula, os acusa de falto de memoria i de pecar contra la frase castellana (1).

—¡Tambien eso!

—No tuvo presente que cuando se examinan las imájenes con ojos de artista, se pone la rodilla en tierra. Tambien os moteja de escesivamente libre en algunos pasajes.

—I a fé que no le falta razon, dijo Cervantes, exhalando un ¡ai! lastimero.

—Tambien un literato andaluz ha desenterrado vuestro célebre Buscapié (2).

—No os entiendo.

—Sí: aquel libro que dicen escribisteis para manifestar que D. Quijote es una sátira contra el emperador i los principales señores de la corte.

—Nunca voló la humilde pluma mia por la rejion sátirica...

—Pues a vos lo atribuyen.

—¡A mí!...

—I si no, ahí teneis al buen D. Adolfo de Castro que os convencerá.

—¿I qué cosa es el tal Buscapié que publicó ese mancebo?

—Un librejo baladí, taracea de palabras i jiros, que empleasteis en el Quijote i en la adjunta al Parnaso, mal hilbanados, sin injenio, sin invencion, sin gracia... Un *tour de force* del Sr. D. Adolfo.

—¿I qué objeto podia tener yo?...

—Acreditar i vender vuestro libro.

—¡Pues qué! ¿ignora ese pecador la suerte feliz que tuvo i las ediciones que de el se hicieron?... Pero dejemos eso: supongo que me habrán defendido...

—No, a fé: unos con el mayor candor han chupado el dedo que les dió a mamar D. Adolfo, i otros han callado lamentando el estado en que se hallan las letras en España. Mas, decis bien, dejemos esto; entre las grietas de los palacios crecen los jaramagos.

—Mas decidme, buen hermano, ¿mi libro logró desterrar las rancias consejas de la andante caballería?

—I acabó ademas con los caballeros. Ya no hai desfacedores de agravios, i cada dia hai mas agravios que desfacer; ya no se encuentran doncellas recatadas, padres severos, maridos puntillosos... Al pundonor, al respeto a las leyes del decoro, se les da hoi el nombre de *Quijotadas*, i to-

(1) Don Juan Antonio Pellicer (1740-1806) i don Diego Clemencin (1765-1834) eruditos españoles que han comentado el *Quijote*.

(2) En el siglo pasado, uno de los editores del *Quijote*, don Vicente de los Rios, dijo que por tradicion se sabia que despues de la publicacion de la primera parte del *Quijote*, Cervantes habia publicado un librito titulado *Buscapié*, en el cual defendia aquella obra, para darla a conocer mejor en el mundo de las letras. En 1847, don Adolfo de Castro dió a luz en Cádiz un pequeño volúmen con el título de *Buscapié*, i que se suponia ser el mismo libro de que se hablaba en el siglo pasado. Durante dos años, el *Buscapié* publicado por don Adolfo de Castro, dió mucho que hablar a los literatos que en España i en el estranjero tenian admiracion por la gloria de Cervantes. Muchos, de ellos creyeron en la autenticidad del *Buscapié*, i aun estaban persuadidos de que reconocian la frase suelta i graciosa i el jenio poderoso del autor del *Quijote*. La crítica sin embargo, comenzó a abrirse camino; i hoi nadie piensa que el *Buscapié* sea otra cosa que una inocente superchería fraguada por un hombre de injenio para reirse de los crédulos. El estudio filolójico de ese libro i el exámen crítico de los hechos a que en él se hace referencia, han revelado no solo que no es de Cervantes, sino que no ha podido componerse durante la vida de aquel insigne escritor.

do es infame behetria (1)... Hai que tener mucho cuidado cuando se combaten los abusos, porque está mui cerca el uso lejítimo. Cuando el escalpelo pasa entre la epidermis i la carne, es mui fácil que brote sangre.

—Ya lo he sabido con dolor, i talvez a esto deba el estar mas de dos siglos en este punto.

—¿Ya tendreis noticia de que os han levantado una estatua?

—Cuando viví, me dejaron en la miseria; hoi me levantan estatuas que no necesito i no me hacen sufrajios que tanto anhelo.

—Pues eso cabalmente vengo a deciros. Uno de vuestros apasionados, hombre de fé i corazon, ha mandado hacer sufrajios por vuestra alma el 23 de abril de 1856, aniversario de vuestra muerte.

—¡Hombre piadoso!

—I en la capilla del oratorio del Olivar.

—¿De donde fuí hermano?

—Exactamente. Allí se dirán las preces de la Iglesia i se elevará la hostia consagrada en satisfaccion de vuestras culpas. Ademas asistirán a orar los literatos de la corte.

—¡I por aquí se susurraba que no eran mui apasionados a cosas de Iglesia!

—De todo hai.

—Dadles gracias en mi nombre, i decidles que en este lugar donde resido huele mejor el aroma del incienso, que el humo de las alabanzas.

CAVANILLES (2),
Diálogos, diál. 2.°.

(1) Se daba este nombre antiguamente a ciertas ciudades cuyos vecinos tenian derecho para darse sus gobernantes. En los tiempos posteriores ha pasado a significar desórden i confusion.

(2) Don Antonio Cavanilles, escritor español contemporáneo, muerto en 1865, es autor de una estimada *Historia de España*, de que solo dejó publicados cinco tomos, que alcanzan hasta Felipe II, i de un pequeño volúmen dado a luz en Madrid en 1857 con el título de *Diálogos*. En ellos trata con cierta soltura diversas cuestiones sociales, históricas i literarias. El mejor talvez, es el que dejamos trascrito.

SECCION XII.

Análisis literario.

El análisis literario consiste en el exámen atento i detenido de las bellezas i de los defectos de un fragmento o de una obra. En literatura, como en la química, solo por el análisis se llega a separar lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso. El análisis nos enseña a penetrar en el secreto de una composicion literaria, a conocer todos sus resortes, a adivinar lo que el autor ha hecho para producir el conjunto, i por que medios ha conseguido enternecer, interesar, exitar la risa o el terror, exitar, sostener i aumentar la curiosidad; nos enseña a descubrir por que sabia alianza de los diversos sentimientos, ha sabido modificarlos, suavizar los unos por medio de los otros o darles mas vigor.

Por medio del análisis se aprende a juzgar las obras de los grandes maestros, a admiralas, a imitarlas. No se comprende bien la maquinaria de un reloj sino despues de haber desmontado sus ruedas: solo entónces se concibe cómo su injenioso conjunto produce el movimiento. Así tambien, el análisis nos conduce a comprender todo el mérito de las obras del jenio. El espíritu de análisis es tan indispensable a las personas que quieren instruirse como a las que quieren juzgar sanamente de las cosas. El análisis es tan favorable a las buenas obras, en las cuales indica i descubre continuamente nuevas bellezas, como es funesto a las producciones

defectuosas, cuya nulidad revela, haciendo percibir los vicios de la ejecucion o la incorreccion del plan, señalando el falso brillo, los adornos parásitos, i el vano lujo que deslumbran los ojos acostumbrados a no detenerse mas que en la superficie de las cosas. Así, se dice ordinariamente de una obra lijera, que luce por rasgos vivos i espirituales i por apariencias poco sólidas, que no resiste al análisis.

El análisis se aplica al estilo, a los pensamientos de una obra, como tambien a la composicion principal. Reduciendo un pensamiento a su mas sencilla espresion, separándolo de las grandes palabras que lo adornan, nos sucede que lo encontramos falso. Examinando de cerca el estilo de un escritor, se le encuentra difuso, seco, pretensioso, hinchado. El análisis, reduce de ordinario a mui poca cosa el estilo nebuloso, i el que está recargado de adornos i de figuras: es un rayo de sol que disipa los vapores formados en la noche (1). Por el contrario, hace resaltar el mérito de aquellos escritos en que el estilo posee un valor propio, en que los pensamientos están estrechamente encadenados, i en que el lenguaje corresponde a las ideas.

El análisis literario puede hacerse de viva voz o por escrito. El profesor puede esplicar a sus alumnos las bellezas i defectos de un fragmento cualquiera, o puede exijir de sus discípulos que pongan por escrito el resultado de su propia observacion, contraida al exámen de ese fragmento. Ese análisis no debe estraviarse en jeneralidades abstractas, ni tampoco fraccionarse indefinidamente en observaciones de detalle. Sin embargo, cuando se trata de aprender, parece preferible insistir en las minuciosidades mas bien que perderse en las nubes. Por otra parte, no creemos difícil el conciliar estos dos sistemas. Puede comenzarse el análisis por algunas reflexiones jenerales sobre el fondo, es decir, el plan, la eleccion i la sucesion de las ideas, i sobre el efecto que ese órden produce en el conjunto; i entrar en seguida

(1) Tomamos todas estas observaciones de un exelente articulo escrito por M. E. Dupati.

en el análisis del estilo, para examinar en él el movimiento, las imájenes, las palabras i los jiros.

En la presente seccion hemos reunido algunos fragmentos de análisis literarios estractados de diversos escritores; pero para su distribucion, hemos seguido un sistema diferente del adoptado en las otras secciones de este libro; si bien despues de los fragmentos literarios que trascribimos acompañados de sus análisis, reunimos algunos otros que así como los que se hallan distribuidos en otras secciones, pueden ser sometidos al análisis en una clase de literatura.

MODELOS DE ANÁLISIS.

I.

VIDA DEL CAMPO.

(Oda).

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal rüido,
I sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera:
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta a mi contento
Si soi del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh monte! ¡oh fuente! ¡oh rio!
¡O secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,

A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre, quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De a quien la sangre ensalza, o el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.
I como codiciosa
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.
I luego sosegada
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo
I con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
I ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro i del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confian:
No es mio ver el lloro
De los que desconfian
Cuando el cierzo i el ábrego porfían.
La combatida antena
Cruje, i en ciega noche el claro dia
Se torna: al cielo suena
Confusa vocería
I la mar enriquecen a porfía.
A mí una probrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me basta, i la vajilla
De fino oro labrada

Sea de quien la mar no teme airada.
I mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo a la sombra esté cantando.
A la sombra tendido
De hiedra i lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

FRAI LUIS DE LEON (1).

Bellísima composicion, llena de agrado, de seso i de dulzura; que deja mui atras a todas las que se han hecho en alabanza de la vida rústica, sin esceptuar la de Horacio *Beatus ille,* que ha sido el modelo de todas. El poeta latino, que sin duda tiene mas poesía de estilo que su imitador, no ofrece la misma variedad ni el mismo interes, i destruye al fin el efecto de su descripcion con el rasgo satírico que la termina, tomando su poema en aquel punto el carácter de una declamacion artificiosa. Con otra injenuidad, otra efusion i otro efecto, habla Horacio del campo cuando esclama en la sátira de los votos: *O rus, quando ego te adspiciam?* La oda castellana no se recomienda ni por lo sonoro de la versificacion, ni por la elevacion i pompa del lenguaje. Todo en ella es sencillo, sin ambicion ni aparato. Pero ¡qué raudal tan puro, tan copioso i tan fácil! ¡cómo se conoce que el poeta tiene todo su placer en la medianía, en el estudio i en el retiro! ¡cómo los hace amar sin otro secreto que el de amarlos él, i concertar sus pensamientos, sus imájenes i su espresion con el sentimiento que le inspira, i con los objetos que canta! Nada de mas, nada de ménos, i todo en el modo propio i conveniente. Es una música suave i deliciosa que sale del corazon, i va derecho al corazon sin esfuerzo i sin estudio. La imitacion de esta poesía requiere un talento i un gusto el mas esquisito: a nada que suba ya no es ella; a nada que baje ya no es poesía.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA (2),
Notas al Parnaso Español.

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 286.
(2) V. la nota de la p. 35 de este *Manual.*

II.

PROFECÍA DEL TAJO.

(Oda).

Folgaba el rei Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
De Tajo sin testigo;
El pecho sacó fuera
El rio, i le habló de esta manera:
En mal punto te goces,
Injusto forzador, que ya el sonido
Oyo ya, i las voces,
Las armas i el bramido
De Marte, de furor i ardor ceñido.
¡Ai! esa tu alegría
¡Qué llantos acarrea! i esa hermosa
Que vió el sol en mal dia
A España, ¡ai! ¡cuán llorosa,
I al cetro de los godos cuán costosa!
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras;
Trabajos inmortales
A tí i a tus vasallos naturales:
A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, a los que baña
El Ebro, a la vecina
Sansueña, a Lusitaña,
A toda la espaciosa i triste España.
Ya dende Cádiz llama
El injuriado conde a la venganza
Atento, i no a la fama,
La bárbara pujanza
En quien para tu daño no hai tardanza.
Oye, que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro a la bandera,
Que al aire desplegada va lijera.
La lanza ya blandea
El árabe cruel, i hiere el viento
Llamando a la pelea:
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la jente el suelo,
Debajo de las velas desparece

La mar, la voz al cielo
Confusa i varia crece,
El polvo roba el dia i le oscurece.
¡Ai! que ya presurosos
Suben las largas naves: ¡ai! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, i encienden
Las mares espumosas por do hienden.
El Éolo derecho
Hinche la vela en popa, i larga entrada
Por el hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da a la armada.
¡Ai triste! ¿i aun te tiene
El mal dulce regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿ocupado
No ves ya el puerto a Hércules sagrado?
Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz a la mano,
Menea fulminando el hierro insano.
¡Ai cuanto de fatiga,
Ai cuánto de dolor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres i caballos juntamente!
I tú, Bétis divino,
De sangre ajena i tuya amancillado,
Darás al mar vecino,
¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!
El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena
Igual a cada parte;
La sesta ¡ai! te condena,
Oh cara patria, a bárbara cadena.

Frai Luis de Leon (1).

Otra imitacion de Horacio mas rigorosa i ajustada a su orijinal que la anterior, pero aplicada a objetos i tiempos diferentes. La justa celebridad que disfruta es consiguiente a la maestría con que está ejecutada. No se puede negar, sin embargo, que considerada por algunos aspectos, queda inferior a la oda latina. El ritmo escojido por Luis de Leon es mas gracioso que robusto, i el argumento pedia que fuese mas robusto que gracio-

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 386.

so. Los objetos que pinta el español son mas jenerales, i, por consiguiente, mas vagos: en él se ve el movimiento i aparato en grande de la invasion proyectada; en el latino los campeones que han de buscar i castigar a Páris. Esto es mas determinado, i la fantasía lo concibe i se lo imajina mejor. En toda composicion en que se trata de hombres, es preciso ver hombres, i en la oda española no se ven. El conde don Julian *atento a la venganza i no a la fama*, único personaje que señala el Tajo en contraposicion con Rodrigo, no es figura que pueda sufrir comparacion con los dioses i con los héroes señalados por Nereo, i contrastados en su vaticinio con el afeminado troyano.

> Jam galeam Pallas et aegida
> Currusque et rabiem parat...
> Urgent impavidi te Salaminius
> Teucerque, et Sthenelus sciens
> Pugnae.
> Ecce furit te reperire atrox
> Tydides, melior patre.

Esta desventaja está compensada en Luis de Leon con haber dado al vaticinio i al vaticinador un interes que no tiene el de Horacio. El rio que habla ha de padecer en la invasion, i su lenguaje, su acento, sus afectos son consiguientes a esta posicion bien entendida, de que resulta en la oda española un tono mas vivo i mas apasionado.

Marmontel en el artículo *Lírica* de la Enciclopedia, ha hecho mencion de ella con elojio; i aun da a entender, para encarecerla mas, que sirvió de modelo a Camoens para su célebre prosopopeya del jigante Adamastor. Es de presumir que el literato frances no hablase aquí sino de oidas, i sin haber leido por sí mismo la composicion de que trata, pues a haber sido así, la hubiera dado por lo que era, por una bella imitacion de la oda de Horacio, i no otra cosa. El supone a Camoens posterior a frai Luis de Leon, i en eso tambien se engaña, porque fueron exactamente contemporáneos, i el español murió catorce años despues que el portugues. Ignoraba igualmente que las poesías de aquel fueron impresas por primera vez cerca de medio siglo despues del fallecimiento de Camoens, i por consiguiente que, aun dado caso que el episodio de la Lusíada se hubiese escrito despues de la oda, no es por ningun aspecto probable que el poeta épico, ni en Europa, donde se cree que compuso los primeros cantos de su inmortal poema, ni en las estremidades del Asia donde le acabó, tuviese noticia de la composicion castellana. A tales equivocaciones se espone un escritor, aunque sea del mérito de Marmontel, cuande trata de una literatura que no conoce. Estos desaciertos eran entónces mui comunes en los estranjeros que hablaban de nuestras cosas: hoi dia las estudian i las conocen mejor.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA,
Notas al Parnaso español.

III.

A LA BATALLA DE LEPANTO.

(Cancion).

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero;
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud i gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas i la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero:
Sus escojidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, i descendieron,
Cual piedra, en el profundo; i tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.
El soberbio tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
I las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas escelsos de la cima,
I el árbol, que mas yerto se sublima,
Bebiendo ajenas aguas, i atrevido
Pisando el bando nuestro i defendido.
Temblaron los pequeños confundidos
Del ímpio furor suyo; alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, i con semblante
I con pecho arrogante,
I los armados brazos estendidos,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Hesperias que el mar baña;
Porque en ti confiadas le resisten,
I de armas de tu fe i amor se visten.
Dijo aquel insolente i desdeñoso:
¿No conocen mis iras estas tierras,
I de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el húngaro medroso,
I de Dalmacia i Rodas en las guerras?
¿Quién los pudo librar? ¿Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria i los jermanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallos de mi diestra vencedora?
Su Roma, temerosa i humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte:
Ella i sus hijos tristes mi ira esperan

Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordias quebrantada,
I en España amenaza horrible muerte
Quien honra de la luna las banderas;
I aquellas en la guerra, jentes fieras
Ocupadas estan en su defensa:
I aun que no; ¿quién hacerme puede ofensa?
   Los poderosos pueblos me obedecen,
I el cuello con su daño al yugo inclinan,
I me dan, por salvarse, ya la mano,
I su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen;
Sus fuertes a la muerte ya caminan;
Sus vírjenes están en cautiverio;
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio,
Del Nilo a Eufrátes fértil e Istro frio,
Cuanto el sol alto mira, todo es mio.
   Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima.
Prevaleciendo en vanidad i en ira;
Este soberbio mira
Que tus aras afea en su victoria;
No dejes que los tuyos así oprima,
I en sus cuerpos cruel las fieras cebe
I en su esparcida sangre el odio pruebe:
Que hechos ya su oprobio, dice: ¿dónde
El Dios de estos está? ¿de quién se esconde?
   Por la debida gloria de tu nombre;
Por la justa venganza de tu jente;
Por aquel de los míseros jemido
Vuelve el brazo tendido
Contra éste, que aborrece ya ser hombre,
I las honras, que celas tú, consiente;
I tres i cuatro veces el castigo,
Esfuerza con rigor a tu enemigo,
I la injuria a tu nombre cometida
Sea el yerro contrario de su vida.
   Levantó la cabeza el poderoso,
Que tanto odio te tiene, en nuestro estrago,
Juntó el consejo; i contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
Venid, dijeron, i en el mar ondoso
Hagamos de su sangre un grande lago;
Destruyamos a estos de la jente,
I el nombre de su Cristo juntamente;
I dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.
   Vinieron de Asia i portentosa Ejipto
Los árabes i leves africanos,
I los que Grecia junta mal con ellos,
Con los erguidos cuellos.

Con gran poder, i número infinito;
I prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines, i dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender i las doncellas,
I la gloria manchar i la luz de ellas.
Ocuparon del piélago los senos,
Puesta en silencio i en temor la tierra,
I cesaron los nuestros valerosos,
I callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de sarracenos,
El señor elijiendo nueva guerra,
Se opuso el jóven de Austria jeneroso
Con el claro español i belicoso;
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.
Cual leon a la presa apercibido,
Sin recelo los ímpios esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo:
Que el corazon desnudo
De pavor, i de fe i amor vestido,
Con celestial aliento confiaban:
Sus manos a la guerra compusiste
I sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, i con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, i desmayaron;
I tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, a estos injustos;
Que mil huyendo de uno se pasmaron:
Cual fuego abrasa selvas cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira i tempestad seguiste,
I su paz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,
I sus brazos terribles no vencidos:
Que con hondos jemidos
Se retira a su cueva, do silbando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas,
Que, saliendo de España, dió un rujido,
Que lo dejó asombrado i aturdido.
Hoi se vieron los ojos humillados
Del sublime varon i su grandeza,
I tú solo, Señor, fuiste exaltado;
Que tu dia es llegado,
Señor de los ejércitos armados,

Sobre la alta cerviz i su dureza,
Sobre derechos cedros i estendidos,
Sobre empinados montes i crecidos,
Sobre torres i muros, i las naves
De Tiro que a los tuyos fueron graves.
Babilonia i Ejipto amedrentada
Temerá el fuego i la asta violenta,
I el humo subirá a la luz del cielo,
I faltos de consuelo,
Con rostro oscuro i soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde a la esperanza
Ejipcia, i gloria de su confianza;
Triste, que a ella pareces no temiendo
A Dios, i a tu remedio no atendiendo.
Porque ingrata tus hijas adornaste,
En adulterio infame a una ímpia jente,
Que deseaba profanar tus frutos;
I con ojos enjutos,
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida i mal presente,
Dios vengará sus iras en tu muerte;
Que llega a tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya: ¿quién, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar, tú. escelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa
I el término espantabas de la tierra,
I si hacias guerra,
De temor la cubrias con suspiro;
¿Cómo acabaste, fiera i orgullosa?
¿Quién pensó a tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto,
I derribar tus ínclitos i fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia i pensamiento:
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera en vicios sumerjida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por tí? Que a Dios enciende
Tu ira i la arrogancia, que te ofende;
I tus viejos delitos i mudanza
Han vuelto contra tí a pedir venganza.
Los que vieron tus brazos quebrantados
I de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbaron i llanura;
Viendo tu muerte oscura,
Dirán de tus estragos quebrantados:
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano

Por la fe de su príncipe cristiano,
I por el nombre santo de su gloria
A su España concede esta victoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas i castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escojidos;
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre, o nuestro Dios, nuestro consuelo;
I la cerviz rebelde condenada,
Perezca en bravas llamas abrasada.

FERNANDO DE HERRERA (1).

Esta es ya la verdadera oda; no un remedo de la poesía griega o latina, fundado en su mitolojía, i por lo mismo atenido a recursos ficticios o alegóricos, i a medios indirectos i de convencion. Aquí el poeta, lleno de un entusiasmo ferviente i relijioso, se considera el órgano de todo el pueblo cristiano, i eleva a la divinidad los sentimientos de alegría, de gratitud i marabilla que le exaltan por la victoria conseguida sobre los turcos en las aguas de Lepanto. El carácter en gran parte, i las espresiones están tomados de la poesía hebraica, i apropiados al argumento i a la situacion del modo mas feliz. Herrera fué el primero que ensayó este gusto en nuestra poesía, i le ensayó con una composicion majistral. Es de ver en el mismo poema, i estudiarse con cuidado el artificio oculto con que el escritor desde la proposicion clara i sencilla de su argumento pasa con un desórden aparente de un afecto o otro, del odio a la indignacion, del recelo a la confianza, de la execracion a las bendiciones, de la arrogancia del bárbaro i sus campeones, que está pintada a marabilla, al valor de España i de su héroe, mas grande aquí en solo dos versos que en todos los encarecimientos i ficciones de la oda *A don Juan de Austria* del mismo autor. Pero desde el principio hasta el fin predomina en la obra el sentimiento relijioso que la inspira, i Dios es siempre a quien el poeta viene a parar como el asilo, el escudo, el vengador de su pueblo. Las formas que la poesía toma son líricas, descriptivas o dramáticas, segun conviene a los objetos que alternativamente conmueven la fantasía del poeta, i dan a su obra una admirable variedad. ¡Qué tesoro de espresiones nuevas i enérjicas!—*Prevaleciendo en vanidad i en ira.—Que sus aras afea en su victoria.—En el mar ondoso.—Hagamos de su sangre un grande lago.—I de sus pinos ir el mar desnudo;* i otras ciento de igual o mayor atrevimiento i viveza.

Despues de considerar tantos i tan admirables aciertos, ¿podríamos llevar la atencion a esta u otra locucion penosa, o a algun otro verso algo desmayado por falta de fuerza en la rima, o de número i cadencia en el sonido? Semejante exámen en una obra de este mérito i carácter tocaria por ventura en irreverencia i sacrilejio.

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 387.

I el árbol que mas yerto se sublima.—Aquí la palabra *yerto* se toma por *erguido,* del latino *erectus,* de donde los italianos tomaron su *erto* i nosotros *yerto,* usado frecuentemente en este sentido por Herrera, por Francisco de la Torre, i otros poetas del siglo XVI. Tambien ha de hallarse en la misma acepcion en alguna de las crónicas del siglo XV, quizá en la de don Alvaro de Luna.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA,
Notas al Parnaso español.

IV.

AL SUEÑO.

(Soneto).

Imájen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
O el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa o con violento insulto;
I déjale al amor sus glorias ciertas.

LUPERCIO LEONARDO DE ARJENSOLA (1).

Esto es el mejor soneto de Arjensola, i no se ponderará nada aunque se diga que es el mejor de la lengua castellana. La idea principal, los accesorios que la enriquecen, la bella distribucion de las partes, la enerjía de la espresion, la escelencia de los versos, todo es admirable, i hace que este pequeño poema entre en el cortísimo número de aquellos que desesperan por su perfeccion. Si Lupercio no hubiese escrito, o no tuviésemos de él mas que estos catorce versos, formaríamos de su talento una idea infinitamente mejor que la que resulta de sus demas composiciones.

O el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* páj. 432.

Este *angosto lecho*, este *sudor*, este *temblar* no tienen por su fuerza i por su viveza nada que las iguale en las demas obras del poeta, ni que las esceda en castellano.

QUINTANA,
Notas al Parnaso español.

(OTRO ANÁLISIS DEL MISMO SONETO).

Examinemos uno por uno todos los epítetos que contiene este bellísimo soneto, i veamos cuán bien aplicados estan. *Imájen espantosa de la muerte;* epíteto propio i mui propio del sueño, porque en efecto este es la única cosa que nos da alguna idea de la no existencia. I aunque con decir solo *imájen de la muerte*, se calificaba bastante el sueño, añadiendo al sustantivo *imájen* el adjetivo *espantosa*, el epíteto entero se hace mas enérjico. *Sueño cruel;* otro epíteto dado al sueño con toda oportunidad, porque habla de él en cuanto le habia aflijido: i personificándole, debe representarle como un personaje cruel que se complace en atormentarle. Nudo *estrecho:* epíteto no inútil, porque la palabra nudo no escita suficientemente la idea de apretado, pudiendo aquel ser *flojo*. Muro *fuerte*, tampoco es inútil: porque aunque la idea de muro envuelve la de resistencia i fuerza; como ésta es la que aquí tiene relacion directa con la circunstancia de ser el muro de un tirano, conviene reforzarla e insistir en ella. Las dos circunstancias de que las *paredes son de jaspe i el techo de oro*, la fortifican aun mas. *Rico avaro:* epíteto necesario, porque el rico, si no es avaro, no sentirá, hasta el punto de temblar con sudor, la pérdida de sus riquezas; i el avaro, si es pobre, tampoco se incomodará tanto, como si tuviese mucho que perder. *Angosto* lecho: este epíteto, que en un solo rasgo pinta el mal trato que se dan los avaros, la sordidez con que viven, etc., no solo es bueno, es felicísimo, poético, i sobremanera enérjico. "Romper con furia las *herradas puertas*," circunstancia i epíteto que mutuamente se fortifican i que pintan cuán grande debe ser el sobresalto del tirano, al soñar que el pueblo atumultuado acomete a su casa con tal *furia* que no bastan las *herradas* puertas para impedirle la entrada. "*Sobornado* siervo hierro *oculto*" no pueden ser mas oportunos para lo que se trata, que es del temor de un tirano. Ya se sabe que los que usurpaban el poder supremo en las antiguas repúblicas, que son de los que habla el poeta, estaban siempre temiendo que un siervo sobornado los asesinase. *Llave falsa, violento insulto:* circunstancias bien escojidas; son los dos medios de robar. Me he detenido a hacer este prolijo exámen, para que se vea cuánto hai que estudiar i admirar en una composicion bien escrita, por corta que sea.

D. JOSÉ GOMEZ DE HERMOSILLA (1),
Arte de hablar, parte 1.ª, lib. IV, cap. II.

(1) Célebre preceptista español nacido en 1771 i muerto en 1837. Es autor de varias obras, las mas notables de las cuales son la que dejamos citada, que forma el mejor libro que se haya publicado en España sobre la retórica i la poética, i una traduccion en verso de la *Iliada* de Homero.

V.

EPÍSTOLA MORAL.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
I donde al mas astuto nacen canas;
I el que no las limare o las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo i abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caido:
Que el corazon entero i jeneroso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse. la fortuna,
Que al que esperó obstinada i locamente.
Esta invasion terrible e importuna
De contrarios sucesos nos espera,
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dejémosla pasar, como a la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.
Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Austria fué, cuanto rejia
Con su temida espada i fuerte lanza.
El oro, la maldad, la tiranía
Del inícuo procede i pasa al bueno;
¿Qué espera la virtud, o en qué confia?
Ven i reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será mas humano i mas sereno;
A donde por lo ménos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea, al derramarla encima;
Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro,
O cuando su pavon nos niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce i caro,
Como en la oscura noche, del Ejeo
Busca el piloto el eminente faro.
Que si acortas i ciñes tu deseo,
Dirás: lo que desprecio he conseguido;
Que la opinion vulgar es devaneo.

Mas precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma i leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto i escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algun príncipe insine, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.
¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado!
Cese el ansia, i la sed de los oficios,
Que acepta el don, i burla del intento
El ídolo a quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
I no te pasarás de hoi a mañana,
Ni quizá de un momento a otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica: ¿i esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado i romana monarquía
Murieron i pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida mas que un breve dia
Do apénas sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué es mas que el heno, a la mañana verde,
Seco a la tarde? ¡o ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, i que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?
Como los rios en veloz corrida
Se llevan a la mar, tal soi llevado
Al último suspiro de mi vida.
De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo a dicha en la que espero
Sin ninguna noticia de mi hado?
¡Oh si acabase, viendo como muero,
De aprender a morir, ántes que llegue
Aquel forzoso término postrero!
Antes que aquesta miés inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
I a la comun materia se la entregue.
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.
Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron, i nosotros a porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos.
Temamos al Señor que nos envía
Las espigas del año i la hartura,
I la temprana pluvia i la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo i al arado,
Ni a la vid cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
I el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh quien así lo entiende, cuánto yerra!
Esta nuestra porcion alta i divina
A mayores acciones es llamada,
I en mas nobles objetos se termina.
Así aquella que solo al hombre es dada,
Sacra razon i pura me despierta,
De esplendor i de rayos coronada;
I en la fria rejion dura i desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
I la luz vuelve a arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,
I callado pasar entre la jente;
Que no afecto los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro i luciente,
Apénas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo mesma ruega a todos.
¡Pobre de aquel que corre i se dilata
Por cuantos son los climas i los mares,
Perseguidor del oro i de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro i un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco i al discreto,
I algun manjar comun, honesto i leve.
No porque así te escribo hagas conceto
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que aun esto fué difícil a Epicteto.
Basta al que empieza aborrecer el vicio,
I el ánimo enseñar a ser modesto,
Despues le será el cielo mas propicio.
Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.
Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz i del reposo.
No sazona la fruta en un momento
Aquella intelijencia que mensura
La duracion de todo a su talento:

Flor la vimos primero, hermosa i pura,
Luego materia acerba i desabrida,
I perfecta despues, dulce i madura.
Tal la humana prudencia es bien que mida
I dispense i comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:
Esos inmundos, trájicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infaustos i oscuros monumentos.
¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula i sonante por las cañas!
Qué muda la virtud por el prudente!
Qué redundante i llena de ruido
Por el vano ambicioso i aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo a los mejores,
Sin presumir de roto i mal ceñido.
No resplandezca el oro i los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun i moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrino preciado.
I alguno tan ilustre i jeneroso
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal trasparente i luminoso.
Sin la templanza ¿viste tú perfecta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada
Como sueles venir en la saeta;
No en la tonante máquina preñada
De fuego i de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, i mi albedrío
Con ella se compone i se concierta.
No te burles de ver cuanto confío;
Ni al arte de decir vana i pomposa
El ardor atribuyas de este brio.
¿Es por ventura ménos poderosa
Que el vicio, la virtud? ¿es ménos fuerte?
No la arguyas de flaca i temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira a las espadas,
I la ambicion se rie de la muerte.

¿I no serán siquera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres jenios ayudadas?
Ya, dulce amigo huyo i me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos:
Ven i verás al alto fin que aspiro
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

DON FRANCISCO DE RIOJA (1).

Es bien glorioso para Rioja que lo poco que se conserva suyo sea siempre clásico i majistral. Su mejor obra es esta epístola; la mas perfecta sin duda que hai de su jénero en la antigua poesía castellana. Cualquiera que esté versado en las obras de Séneca el filósofo, advertirá fácilmente lo mucho que nuestro autor le debe en máximas i pensamientos: pero estan puestos en castellano con un tacto i un gusto tan fino, que no se resienten nunca de aquel carácter de afectacion i de hipérbole que tienen por lo comun en el moralista latino; mui diferente de lo que sucede a Quevedo, que en sus imitaciones de Séneca se muestra frecuentemente no ménos contajiado con los vicios de estilo de su modelo, que penetrado de su doctrina.

Por mas que se encarezca el mérito de esta epístola, todo parece poco, cuando una vez leida se consideran las bellezas que en sí tiene. El intento es noble i elevado, los pensamientos con que le desempeña son igualmente nobles, selectos i oportunos; las máximas i las sentencias sorbremanera puras i virtuosas, las imájenes, en fin, las alusiones, todo el ornato, aplicados con la mayor sobriedad i con la mas sábia intelijencia. Póngase la atencion despues en el modo con que todo está ejecutado, i admirará mas todavía el valiente desembarazo, la sin igual destreza con que el poeta, a pesar de la sujecion a que lo obliga el difícil metro que ha elejido, anda, vuela, sube, desciende, segun su argumento i sus ideas lo requieren, sin divagar nunca, sin decaer jamas, sin entregarse a una lozanía importuna por buscar la amenidad, sin dar en sequedad por buscar la sencillez. La pesada cadena del terceto, que ordinariamente es tan ardua para los poetas como penosa para los lectores, parece aquí un juguete i un adorno que sirve a la grandeza i al movimiento. Ni un ripio de palabra, ni un ripio de idea, ni una frase impropia, ni una voz que no esté en su lugar. Nada hai aquí que escojer; todo es igualmente bello, todo igualmente nervioso: si un terceto sorprende por la idea, el otro agrada por la imájen; éste se hace valer por la espresion, aquel por una limpieza i resolucion que le constituye proverbial. Perfeccion sublime que eleva i enajena el ánimo, i que igualmente le desespera.

¿Nos atreverémos, sin embargo, como en desquite de esta admiracion, a buscar algun lunar en una obra tan bien acabada? Si esto es permitido, yo diria que aquellos versos

(1) V. las *Nociones de hist. lit.* p. 131.

No porque así te escriba hagas concepto
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que aun esto fué difícil a Epicteto,

bajan algun tanto del tono jeneral de la epístola, i en mi dictámen tocan en prosaicos.

Quintana,
Notas al parnaso español.

VI.

A LAS RUINAS DE ITÁLICA.

(Cancion).

Estos, Fabio, ¡ai dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fué: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, i lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible jente.
Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apénas quedan las señales:
Del jimnasio i las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Ímpio honor de los dioses cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido a trájico teatro
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza, i es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues, fieras hai, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos

Espectáculos fieros a los ojos,
I miran tan confuso lo presente.
Que voces de dolor el alma siente.
   Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España.
Pio, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del sol la cuna, i la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino,
Rodaron de marfil i oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales i lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ai! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares murieron,
I aun las piedras que de ellos escribieron.
   Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles i arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
I ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así a Troya figuro,
Así a su antiguo muro.
I a tí, Roma, a quien queda el nombre apénas,
¡Oh patria de los dioses i los reyes!
I a tí, a quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sábia Aténas:
Emulacion ayer de las edades,
Hoi cenizas, hoi vastas soledades:
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ai! ni por sábia a tí, ni a tí por fuerte.
   Mas ¿para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente;
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoi, hoi ronco acento.
Tal jenio, o relijion fuerza la mente
De la vecina jente,
Que refiere admirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando
Cayó Itálica, dice, i lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opone resonando,
Itálica, i el claro nombre oido

De *Itálica*, renuevan el jemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
Tanto aun la plebe a sentimiento inclina.
  Esta corta piedad que agradecido
Huésped a tus sagrados manes debo,
Te doi i consagro, oh Itálica famosa:
Tú, si el lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permíteme piadosa
Usura a tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Jeroncio tu mártir i prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
I cavaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo:
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo i las estrellas.

DON FRANCISCO DE RIOJA (1).

Esta composicion bellísima es en la opinion jeneral, una de las joyas mas preciosas de nuestro Parnaso, i en concepto de muchos la mejor. Todo en ella es igualmente grande i majestuoso; el asunto, la idea, la contestura, la ejecucion. El aspecto i contemplacion de las ruinas de cualquier pueblo célebre, previenen por sí mismos el ánimo a la meditacion i a la melancolía; mucho mas si tiene motivos particulares de interes para el que le contempla. Aquí el poeta se muestra desde el principio conmovido tristemente con los objetos que tiene delante de sí, i los recorre i describe con el acento solemne i doloroso que conviene a los sentimientos que le ajitan. Lo primero es lo material de las ruinas: des-

(1) Esta cancion, considerada por los críticos como la mejor pieza lírica de toda la poesía española, ha sido publicada siempre con el nombre de don Francisco de Rioja, que debe a ella una gran parte de su reputacion. Sin embargo, existia otra composicion a las ruinas de Itálica escrita por Rodrigo Caro, escritor andaluz del siglo XVII, que ofrece muchas semejanzas con la cancion de Rioja. Los críticos esplicaban estas analojías diciendo que Rioja habia imitado, o mas bien rehecho la obra de Caro, perfeccionándola de tal manera, que de una composicion poética de no escaso mérito, habia hecho la mejor pieza lírica del Parnaso español. Para los jóvenes que deseen comparar ambas obras, diremos que la de Caro está publicada en la p. 386 del tomo XXXII de la *Coleccion de autores españoles* que da a luz en Madrid don Manuel Rivadeneyra.

Recientemente, nuevas investigaciones han hecho creer que la *Cancion a las ruinas de Itálica* en su forma mas perfecta, i tal como la publicamos en el testo, es la obra de Rodrigo Caro, i que solo por un error del compilador López de Sedano, que en el siglo pasado publicó una estensa coleccion de poesías castellanas, se ha podido atribuir a Rioja una obra que no es suya. Nosotros asentamos esta noticia sin dar por difinitivamente resuelta la cuestion.

Rodrigo Caro era un eclesiástico mui erudito que dejó algunas obras en prosa bastante estimadas. Segun noticias publicadas últimamente en España, nació en 1585 i murió en 1648.

pues el movimiento, el concurso de jentes, i los espectáculos que animaban aquellos sitios tan desiertos ahora: luego los grandes nombres de Trajano, Adriano i Teodosio vienen a ennoblecer el argumento, que acaba de tomar todo su realce con la comparacion que hace el poeta de aquellas ruinas con las de Aténas i Roma, cuyo aplauso i lamento entreteje en su obra con inimitable maestría. La fantasía así exaltada, ya no se satisface con estos grandes i dolorosos recuerdos, i hace intervenir a los númenes en el interes de la catástrofe que llora. Una voz sobrenatural lamentará en medio del silencio de la noche la caida de Itálica, los ecos del contorno repetirán tristemente aquel ilustre nombre, i las sombras que yacen entre sus ruinas les responderán con jemidos.

La poesía no alcanza a mas. I si de esta disposicion tan magnífica i poética al mismo paso que natural i sencilla, se pasa a los primores de ejecucion, el escritor se nos presenta todavía mas grande, i toda alabanza que se le dé parece escasa i superflua. ¡Qué gravedad i nobleza en aquellas largas estancias donde se espacía a su placer el raudal numeroso de los períodos poéticos que en ellas se comprenden! ¡Con qué gusto están puestos en medio aquellos tres versos cortos como para amenizar algun tanto con su gracia i harmonía la sobrada austeridad que resultaria si todos fueran mayores! I en medio de la llanura i curso de la versificacion, nótese cómo en la primera estancia le rompe con aquella trasposicion enfática del principio, i con las bellas pausas i apoyaturas que se ven en la misma estancia, en la siguiente, i en los ecos de la penúltima; todas convenientes i propias para espresar, ya el dolor que le embarga, ya el agolpamiento de los objetos que se le presentan a la vez, ya, en fin, la importancia de la idea a que corresponde la palabra en que se para.

Fuera por demas hablar de la parte de fantasía, puesto que hasta el ménos intelijente percibe la vivacidad, la riqueza i la variedad de las imájenes en que abunda este poema; las cuales, hallándose incorporadas en la diccion, no parecen buscadas ni traidas como por fuerza a enriquecer un asunto de suyo estéril i seco. ¿Qué necesidad tenia el poeta de valerse aquí de este arbitrio? Su asunto le basta, su dolor le inspira, su imajinacion le pinta cuanto escribe. Así es que todo en esta composicion siendo tan grande i tan escojido, parece hecho sin esfuerzo i sin artificio. Una vez situado el poeta delante de su objeto, i hallada la relacion que que hai entre uno i otro, lo demas nace espontáneamente sin el menor indicio de fatiga. Lo mas notable es la facilidad de algunas espresiones i palabras que, siendo en lo comun bajas i triviales, aquí por el lugar en que están puestas i por los accesorios que las acompañan, se hacen tan nobles como espresivas. *El amarillo jaramago* afrentará los templos de las falsas divinidades; el *vil lagarto* hará su morada en las mismas casas donde rodaron las cunas de oro i marfil de los Césares, i donde ellas en otro tiempo se veian adornadas con jazmines o con laureles.

Este despedazado anfiteatro.—Solo el que haya visto el local a que se refiere, puede penetrarse bastantemente de la propiedad que hai en esta espresion enérjica: porque el aspecto que tiene aquel monumento no es tanto de una casa destruida por la accion lenta del tiempo, como de haber sido rota i dispersada por las manos de la venganza i del furor.

Las torres que desprecio al aire fueron.—Este verso es el único que a mi parecer desdice algun tanto de los demas. En su sentido obvio i na-

tural quiere decir que las torres eran despreciadas del aire, i esto no es consiguiente a la intencion del escritor. Si quiso decir que las torres despreciaban los ímpetus i embates del viento, como parece mas natural, ya entónces la frase es oscura, i tiene sus visos de gongorismo. Acaso el autor escribió *hicieron* en lugar de *fueron,* i el sentido así presentaria ménos dificultades.

La última estancia no pertenece ya a la obra; i por su objeto, su ejecucion i su estilo está enteramente fuera del cuadro que el autor se propuso. Nosotros ignoramos la historia de este poema: talvez encargado Rioja de escribir versos al mártir san Jeroncio, prelado de Itálica, le sirvió esto de ocasion i materia para emplear su fantasía en las ruinas i antigüedades del pueblo, i no tuvo arte ni voluntad para enlazar lo uno con lo otro. En tal caso esta mala estancia habrá sido la causa del poema, i como sin ella no le tendríamos, podríamos llamarla *feliz culpa.*

Itálica pereció; lo poco que el tiempo i los hombres han dejado de ella será al fin devorado tambien; pero esta cancion durará, i con ella el nombre de su autor; i mostrará a cuantos hombres de gusto i de imajinacion lean en lo venidero versos castellanos, los bellos i grandes sentimientos que aquellas múdas ruinas supieron inspirar al jenio poético de la Andalucia.

Sunt lacrymae rerum, et mentem mortalia tangunt.

QUINTANA,
Notas al parnaso español.

(OTRO ANÁLISIS).

Despues de la época de Juan de Mena, nuestros poetas del siglo XVI mostraron hasta dónde consiente nuestra lengua un *hipérbaton* natural i bello sin incurrir en oscuridad ni afectacion: sirvan por todos los demas los siguientes ejemplos. Rioja empieza de esta manera su *Cancion a las ruinas de Itálica:*

Estos, Fabio, ¡ai dolor! que vez ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.

Es imposible presentar desde luego un cuadro magnífico con colores que hieran mas vivamente la imajinacion; pero adviértase que gran parte de este efecto singular lo produce la artificiosa colocacion de las palabras. ¡Cuánto tino, cuánta filosofía mostró en ella el poeta! Lo primero que ocupa su ánimo es el triste espectáculo que tiene ante sus ojos; va a empezar a describirlo; suelta apénas una palabra, i se vuelve involuntariamente al amigo que tiene al lado, como acontece a todo el que esperimenta una sensacion fuerte, que necesita comunicarla; mas la sensacion que esperimenta, le causa una pena tan profunda que le arranca una

esclamacion dolorosa ántes de proseguir: seis palabras están interpuestas entre un pronombre i un nombre concertados; i sin embargo, nada nos parece mas natural, nada ménos oscuro, i léjos de incomodarnos la inversion del réjimen gramatical, sentimos placer con la suspension en que el poeta pone nuestro ánimo. Así nos prepara a recibir la impresion dolorosa que él mismo esperimenta; en el segundo verso reduplica las imájenes tristes, por si una sola no era bastante: i cuando ya nos supone contemplando aquel terreno con el recojimiento que inspiran unos campos solitarios i un monte árido i desnudo, presenta a nuestra vista el mas vivo contraste, diciendo que en aquel lugar, en aquel mismo sitio existió antiguamente Itálica. Si hubiera soltado este nombre en el primero o en el segundo verso, satisfecha ya la curiosidad, prestaríamos ménos atencion a las circunstancias posteriores; pero reservando el objeto principal para el fin, i añadiéndole un epíteto espresivo para producir mas fuerte vibracion en nuestra alma, el poeta ha apurado todos los recursos para lograr cumplidamente su objeto.

MARTINEZ DE LA ROSA (1).
Anotaciones a la poética, canto II.

AL CÉFIRO.

(Oda).

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido.
Vital aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando;

Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, i a mi ninfa díle,
Díle que muero.

Fílis un tiempo mi dolor sabia,
Fílis un tiempo mi dolor lloraba,
Quísome un tiempo; mas agora temo,
Temo sus iras.

Así los dioses con amor paterno,
Así los cielos con amor benigno,
Nieguen al tiempo, que feliz volares.
Nieve a la tierra.

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 451.

Jamas el peso de la nube parda,
Cuando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

DON ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS (1).

Esta oda muestra las felices disposiciones del autor i la flexibilidad de su talento. Parece griega, no solo por el metro sino por la pureza del gusto, por la gracia, por la elegancia, i por la sencillez del pensamiento único que le sirve de base: prueba manifiesta de que no era el talento lo que faltaba a Villegas para seguir puntualmente a sus modelos, sino la inclinacion i el gusto. Tiene esta oda la particularidad de ser los primeros buenos sáficos que se han hecho en castellano, i el ensayo mas feliz de las imitaciones métricas en que se ejercitó nuestro poeta. Otros le han seguido en esto con mas o ménos acierto, segun han sabido escojer su asunto i dar a sus composiciones la conveniente estension; porque ni este metro es bueno para todos los argumentos líricos, ni tampoco sufre ser empleado en poemas algo dilatados: hasta aquí las odas sáficas que han hecho mas fortuna son las mas cortas. El mismo Villegas en sus sáficos a la *Paloma*, Cadalso i Melendez en varias odas, i algun otro mas, han querido suplir con el asonante o con la rima la perfeccion de la prosodia exacta que no les era asequible; pero, hasta ahora estos ensayos no han sido felices, sea por falta de tino, sea por falta de oido, sea que el metro no se preste a ello.

QUINTANA,
Notas al Parnaso español.

(1) Nacido en Najera (Rioja, en España) por los años de 1595, i muerto en 1669. Sus poesías, todas del jénero erótico, son la obra de su juventud. Mas tarde se dedicó a trabajos mas serios, que, sin embargo, no le granjearon la reputacion que se conquistó con sus ensayos poéticos. "No hai nada en la literatura moderna que se pueda comparar a la gracia voluptuosa de Villegas, dice Bouterwerk en su *Historia de la literatura española*; i ningun poeta en jeneral ha conseguido mejor fundir la poesía antigua en la moderna. Verdad es que no siempre tiene esa precision, esa correccion de pensamiento de los clásicos antiguos, cuyo constante respeto le habria parecido, como a la mayor parte de los poetas españoles, una esclavitud inútil i calculada para embarazar al jenio. Pero los lunares son raros en las poesías de Villegas, i su gracia es tan seductora que apénas permite notar los abusos de que no ha podido preservarse por completo.

VIII.

A LA BARQUILLA.

(Odas).

I.

Pobre barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
I entre las olas sola;
¿A dónde vas perdida?
¿A dónde, dí, te engolfas?
Que no hai deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
I al fiero mar te arrojas
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas,
Incitas a las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufrajio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa a costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas:
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
A donde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla,
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van i tornan:
Que a muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas
Azote son del viento
I de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva,
Del mar incultas orlas?
¿En qué celajes fundas
Que es bien echar la sonda,
Cuando perdido el rumbo
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Qué sirve fama heroica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
Ramas verdes o rojas,
Que en selvas de corales
Salado césped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo,
Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El Céfiro bullia
I suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.

Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes
A la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo ¿qué importa?
Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la Aurora,
Mas peces te llenaban,
Que ella lloraba aljófar.
Al bello sol que adoro,
Enjuta ya la ropa
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleito, sin disguto,
La muerte nos divorcia;
¡Ai de la pobre barca,
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre la arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien a su bien no torna,
Si con eternas plantas
Las fijas luces dora,
¡Oh dueño de mi barca!
I en dulce paz reposas,
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que adonde estas me lleve
Mas pura i mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue:
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
¡Mas ai que no me escuchas!
Pero la vida es corta;
Viviendo todo falta,
Muriendo todo sobra.

II.

Para que no te vayas,
Pobre barquilla, a pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundamento triste.
¿Pero tan grave peso
Cómo podrás sufrirle?
Si fuera de esperanzas,
No fuera tan difícil.
De viento fueron todas,
Para que no te fies
De grandes océanos,
Que las bonanzas finjen.
Halagan las orillas
Con ondas apacibles,
Peinando las arenas
Con círculos sutiles.
Serenas de semblante
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos,
Porque no los avisen;
Pero en llegando al golfo,
No hai monte que se empine
Al cielo mas jigante
A donde tanto jimen.
Traidoras son las aguas;
Ninguna se confie
De condicion tan fácil,
Que todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
A las gavias permite,
Como que los abismos
Las rotas quillas pisen.
Ya, pobre leño mio,
Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas,
Por Scilas i Caribdes;
Es justo que descanses,
I en este tronco firme
Atado como loco
Del agua te retires.
No intentes nuevas tablas,
Ni al viento desafíes:
Que rüinas del tiempo
Ninguna enmienda admiten,
Miéntras te cuelgo al templo
Victorioso apercibe
Para injustos agravios
Paciencias invencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escribe:
Ninguna fuerza humana
Al tiempo se resiste.
No te anuncien las aves
Tempestades terribles,
Ni el ver que entre las ramas

Airado el viento silbe.
No admires los que salen,
Ni barco nuevo envidies,
Porque te adornen jarcias
I velas le entapicen.
A climas diferentes
La ferrada proa inclinen
Las poderosas naves
De Césares Felipes:
Antárticos tesoros
Alegres soliciten,
Diamantes orientales,
Záfiros i amatistes:
Las armas de las popas
Con jenerosos timbres
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren:
I tú, de solo el cielo
Cubierta, no porfíes
A volver a las ondas
De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas
Siendo al furor de Aquíles
Eneas el silencio,
I la virtud Anquises.
Cuando tu dueño i mio
En esta orilla viste,
Saliendo de las aguas,
Salir a recibirme,
Aun no mostraba el alba
Sus cándidos perfiles
Riendo en azucenas,
Llorando en alelíes.
Cuando a buscar regalos
Eras pomposo cisne
Por las ocultas sendas
Del reino de Anfitrite;
Ni temias tormentas,
Ni encantadoras Circes:
Que ya para sirenas
Era mi amor Ulíses.
I aun me vieron a veces
Sus cristalinas sirtes
Búzano de las perlas,
I de los peces lince.
¿Qué pesca no le truje
Cuando la noche viste,
De sombras estos montes,
Que con mi amor compiten?
I no en luciente plata,
Sino en tejidas mimbres;
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No hai cosa entre dos pechos
Que mas el alma estime,
Que verdades discretas
En apariencias simples.
Ya la temida parca,
Que con igual pié mide
Los edificios altos,
I las chozas humildes,
Se la robó a la tierra,
I con eterno eclipse
Cubrió sus verdes ojos,
Ya de los cielos Iris.
Aquellas esmeraldas,
Que con el sol dividen
La luz i la hermosura,
En otro cielo asisten:
Aquellos que tuvieron,
Riéndose apacibles,
La honestidad por alma,
Que no el despejo libre.
Ya de su voz no tienen,
Que propiamente imiten,
Dulcísimos pasajes,
Los ruiseñores tiples.
No sé cuál fué de entrambos,
Bellísima Amarilis,
Ni quién murió primero
Ni quién agora vive.
Presumo que trocamos
Las almas al partirte:
Que pienso que es la tuya
Esta que en mí reside.
Tendido en esta arena
Con lágrimas repite
Mi voz tu dulce nombre,
Porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan,
Que en los opuestos fines
Con tristes ecos suenan,
I lo que digo dicen.
No hai roca tan soberbia
Que de verme i oirme,
No se deshaga en agua,
Se rompa i se lastime.
Levantan las cabezas
Las focas i delfines
A las amargas voces
De mis acentos tristes.
No os admireis, les digo,

Que llore i que suspire
Aquel barquero pobre
Que alegre conocisteis.
Aquel que coronaban
Laureles por insigne,
Si no miente la fama
Que a los estudios sigue,
Ya por desdichas tantas
Que le humillan i oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
De verle me despide:
Su muerte es esta vida
Que me gobierna i rije.
Ya mi amado instrumento,
Que hazañas invencibles
Cantó por admirables,
Lloró por infelices,
En estos verdes sauces.
Ayer pedazos hice;
Supiéronlo barqueros,
Enojados me riñen.
Cual toma los fragmentos
I a unirlos se apercibe;
Pero difunto el dueño,
¿Las cuerdas de qué sirven?
Cual le compone versos:
Cual porque no le pisen
Le cuelga de las ramas,
Trasformacion de Tisbe.
Mas yo, que no hallo engaño
Que tu hermosura olvide,
A cuanto me dijeron
Llorando satisfice.
Primero que me alegre
Será posible unirse
Este mar al de Italia
I el Tajo con el Tibre
Con los corderos mansos
Retozarán los tigres,
I faltará a la ciencia
La envidia que la sigue.
Que quiero yo que el alma
Llorando se destile,
Hasta que con la suya
Esta unidad duplique.
Que puesto que mi llanto
Hasta morir porfíe,
Tan dulces pensamientos
Serán despues fenices.
En bronce sus memorias
Con eternos buriles
Amor, que no con plomo
Blando papel imprime.
¡Oh luz que me dejaste,
Cuándo será posible
Que vuelva a verte el alma,
I que esta vida animes!
Mis soledades siente;
¡Mas ai! que donde vives
De mis deseos locos
En dulce paz te ries.

LOPE DE VEGA.

En ningunas composiciones ha mostrado Lope mas libertad e independencia de carácter poético que en éstas: no se sabe a qué jénero referirlas; odas por la forma i por el metro, alegorías en su título, elejías por el fondo i por el tono. De aquí la variedad de estilo, las diferentes clases de belleza que presentan, i sus muchos e inconcebibles efectos; digo inconcebibles, porque no se concibe cómo un ánimo poseido del sentimiento melancólico que reina en las tres odas, se pueda entretener en las cavilaciones injeniosas, ponderaciones insufribles, i juegos de palabras pueriles que abundan en ellas, viciosos siempre en toda poesía, pero mucho mas opuestos a la que se supone inspirada por la melancolía i la afliccion. El empieza a hablar con su barquilla *desvelada* i sin *velas* i *sola* entre las *olas;* pero despues la vemos que la llevan a estrellarse en-

entre las rocas de la soberbia envidia, *naufrajio de las honras;* i luego tiene cuidado de advertirla que no lleva *velas de mentiras, remos de lisonjas.* En la segunda oda *lastra de desdicha* el fondo de su barquilla, i la aconseja que huya de Troyas abrasadas;

Siendo al furor de Aquíles
Eneas el silencio,
I la virtud Anquíses;

mas adelante para ponderar lo que llora, aconseja a los que van al mar *que se embarquen en sus ojos i le tendrán mas cerca.* Otros cien despropósitos hai como estos, los cuales si reunidos aquí causan lástima o risa, cuando se encuentran diseminados en la obra ofenden sobremanera por el raudal de bellezas que interrumpen o que afean.

A estos vicios de estilo se agrega el no haber en estos poemas composicion propiamente dicha: en vano se buscará en ellos el artificio i graduacion correspondiente, de manera que formen un todo que tenga su principio, medio i fin, i produzcan el interes progresivo que debe llevar consigo toda obra de injenio. Los pensamientos salen por lo comun como por casualidad, i no naturalmente unos de otros como debieran: inviértase su órden, i se hallará que los mas estarian tan bien en cualquiera otro lugar como en el que actualmente ocupan. Los preceptistas hablan mucho del valor que tiene una palabra puesta en su lugar: pues todavía es mejor el de los pensamientos colocados con la oportunidad poética necesaria para que contenten la razon al mismo tiempo que hieran la fantasía. *Tantum series juncturaque pollet!*

¿En qué pues consiste, se dirá, que unas obras tan defectuosas en invencion, en disposicion i en estilo, tengan un lugar tan distinguido entre las obras de Lope, se lean con tanto agrado, se citen con tanto aprecio? La causa de esto estriba en que el talento i las bellezas que hai en ellas son mas sobresalientes que sus descuidos i sus defectos, por grandes que estos sean. En las obras de sentimiento, el sentimiento es lo mas, i los buenos trozos que aquí se encuentran son tan tiernos i patéticos, i el dolor del poeta, por la gran pérdida que llora, se esplaya con acentos tan naturales i verdaderos, que penetra el corazon, i no puede ménos de interesar i conmover. A este mérito esencial se añaden la elegancia, la gracia i la cadencia, propias del metro elejido, i usadas por Lope con gran maestría en muchos pasajes de estas odas; igualmente que la variedad de tonos que en ella se observa, desde el mas llano sin ser trivial, hasta el mas alto sin ser hinchado ni importuno. Ejemplo mui notable de ello es aquel trozo de su oda segunda que empieza *A climas diferentes*, en que hai una pompa i una grandeza de que no se creyera susceptible el poema, si por la oportunidad i el arte con que está puesto no pareciera allí como nacido. Resulta, por consiguiente, que los defectos de estas composiciones son como introducidos por fuerza, i ajenos i estraños a ellas, mientras que las dotes i buenas prendas les son propias i nativas. ¿Qué hai que estrañar, pues, que en último resultado sean estas las que inclinen la balanza, i hagan pronunciar el juicio definitivamente en su favor? Cadalso en sus momentos de entusiasmo por la poesía, solia decir *que mas quisiera ser autor de las Barquillas que comendador de*

Santiago; i aunque su gusto a la verdad no fuese el mas escrupuloso todavía cuantos amen la poesía natural, fácil, abundante i tierna con que están ejecutadas estas odas, le acompañarán en su aficion i le aplaudirán la preferencia.

QUINTANA,
Notas al Parnaso español.

IX.

PRÍAMO I AQUÍLES.

(*Iliada,* canto XXIV).

Príamo, monarca derribado de la cumbre de la gloria, i cuyos favores habian solicitado los poderosos de la tierra, *dum fortuna fuit;* Príamo, cubierta la cabeza de ceniza i anegado en llanto el semblante, sale de Troya en medio de la noche, i penetra en el campo de los griegos. Prosternado a los piés del implacable Aquíles, besa las manos terribles, las manos "que devoran a los hombres," i que humearon tantas veces con la sangre de sus hijos, reclama el cadáver de su Héctor, i dice:

"Acuérdate de tu padre, ¡oh Aquíles, semejante a los dioses! Tu padre está encorvado como yo bajo el peso de los años, i toca como yo el último término de la vejez. Talvez se ve en estos momentos acosado por enemigos poderosos, sin tener a su lado un hombre animoso que le defienda. I no obstante, cuando sabe que estás lleno de vida, se regocija en lo íntimo de su corazon; i espera todos los dias tornar a ver a su hijo, de regreso de Troya. Mas yo, el mas infeliz de los padres, no creo me quede uno de tantos hijos como contaba en la poderosa Ilion. Tenia cincuenta cuando los griegos desembarcaron en estas playas; diez i nueve habian salido de las mismas entrañas, i diferentes esclavas me habian dado los demas; la mayor parte ha sucumbido al poder de Marte. Pero aun me quedaba uno que defendia a sus hermanos i a Troya; mas tú acabas de darle muerte, cuando combatia por su patria... era Héctor; por él vengo a la flota de los griegos, i para recojer sus restos te traigo un inmenso rescate. Respeta a los dioses, ¡oh Aquíles! compadécete de mí i acuérdate de tu padre. ¡Oh! ¡cuán desgraciado soi! ¡He hecho lo que ningun hombre habria podido hacer; he podido acercar mis labios a las manos que han vertido la sangre de mis hijos!"

"Estas palabras despiertan en el corazon de Aquíles un recuerdo doloroso: toma la mano del anciano i la aleja suavemente. Ambos, recordando a los que amaban, tenian los ojos anegados en lágrimas. Príamo, prosternado a los piés del vencedor, lloraba al valiente Héctor: Aquíles se enternecia por el recuerdo de su padre, i a veces por el de Patroclo, i sus suspiros se confundian en la tienda silenciosa."

¡Cuántas bellezas encierra la súplica de Príamo! ¡Qué escena desplega a los ojos del lector! La noche, la tienda de Aquíles, este héroe que llora a Patroclo al lado del fiel Automedonte, Príamo que se presenta en me-

dio de las sombras, los carros cargados con los presentes del rei de Troya; i a escasa distancia, los desfigurados restos del jeneroso Héctor yacen insepultos sin honor en las playas del Helesponto.

Estudiad los discursos de Príamo, i vereis que la segunda palabra que este desventurado monarca pronuncia es la de *padre;* el segundo pensamiento en el mismo verso, es un elojio al orgulloso Aquíles: "Aquíles semejante a los dioses." Gran violencia debe hacerse Príamo al hablar así al matador de Héctor; en todo esto brilla un profundo conocimiento del corazon humano.

El recuerdo mas tierno que podia hacerse al hijo de Peleo, despues del de su padre, era sin duda la edad de éste. Hasta allí Príamo no se habia atrevido a proferir una palabra acerca de sí mismo; pero de repente se le presenta una semejanza de que se apodera con tierna sencillez: "toca como yo, dice, al último término de la vejez." Así Príamo no habla de su persona sino confundiéndola con la de Peleo, obligando por este medio a Aquíles a ver a su propio padre en un rei suplicante e infortunado. La imájen del abandono del rei Peleo, "talvez acosado por enemigos poderosos" en la ausencia de su hijo; la pintura de sus pesares súbitamente olvidados al saber que Aquíles está lleno de vida; i por último, la comparacion de las penas pasajeras de Peleo con los irreparables males de Príamo, presentan una mezcla admirable de dolor, de prevision, de buen sentido i de dignidad.

¡Con cuán respetable i santa oportunidad inclina luego el anciano de Ilion al soberbio Aquíles a escuchar tranquilamente hasta el elojio de Héctor! Abstiénese primero con esquisito tacto de nombrar al héroe troyano, i se limita a decir, "me quedaba un hijo;" i solo nombra a Héctor a su vencedor despues de haberle dicho que acababa de darle muerte cuando combatia por su patria; entónces pronuncia simplemente la palabra Héctor. I nótese que este nombre aislado ni aun está comprendido en el período poético, pues relegado al principio de un verso, cuya medida corta, suspende el alma i el oido, i forma un sentido completo, aunque en nada se enlaza con lo que sigue.

Merced a tan delicados artificios, el hijo de Peleo se acuerda de su venganza ántes que de su enemigo. Si Príamo hubiese desde luego nombrado a Héctor, Aquíles habria pensado en Patroclo; pero no le presenta ya a Héctor, sino un cadáver mutilado, unos miserables despojos, presa de perros i buitres; i aun así no se los presenta sino con una plausible escusa: combatia por su patria. El orgullo de Aquíles queda satisfecho de haber triunfado de un héroe que defendia por sí solo a sus hermanos i a Troya.

Finalmente, despues de haber hablado de los hombres al hijo de Tétis, Príamo le nombra los *justos* dioses, i le atrae por última vez a la memoria de Peleo. El rasgo que da fin a la súplica del monarca de Ilion, es uno de los mas sublimes en el jénero patético.

CHATEAUBRIAND,
Jenio del cristianismo, part. II, lib. II, cap. IV.

X.

ULISES I PENELOPE.

(Odisea, canto XXIII).

Habiendo Ulíses dado muerte a los príncipes, que pretendian su trono i la mano de su esposa, Euriclea, la nodriza de la reina de Itaca, corre a despertar a ésta, que se niega por largo rato a creer la noticia de la vuelta de Ulíses. No obstante se levanta, i "bajando las escaleras, salva el dintel de piedra i va a sentarse al resplandor del fuego en frente de Ulíses, que sentado tambien al pié de una columna, i con la vista fija en el suelo, esperaba impaciente las primeras palabras de su esposa. Pero ésta permanecia muda, pues el asombro embargaba sus facultades."

Telémaco increpa a su madre por su frialdad; Ulíses se sonrie i disculpa a Penélope. La princesa duda aun, i para cerciorarse de si aquel desconocido era su esposo, manda preparar el tálamo de Ulíses fuera del aposento nupcial. Al oir estas palabras, el héroe esclama presuroso: "¿Quién ha trasladado mi lecho? No está ya a la sombra del olivo en cuyo alrededor habia fabricado con mi propia mano una sala en el patio?"

"Dice: i súbitamente siente Penélope que le faltan su corazon i sus rodillas al reconocer a Ulíses en tan inequívoca señal. Corre desalada a él, vertiendo copiosas lágrimas, estrecha en sus brazos el cuello de su esposo, i besando su frente sagrada esclama: "¡No te irrites, tú que siempre te mostraste el mas prudente de los hombres!"

"......No te irrites ni te indignes, si he dudado en arrojarme a tus brazos. Mi corazon se estremecia temiendo que un estranjero viniese a sorprender mi fé, valiéndose de artificiosos discursos. Ahora tengo una prueba segura de que eres mi esposo, en lo que acabas de decir de nuestro tálamo; ningun hombre sino tú lo ha visitado, i solo lo conocemos los dos i la esclava Actoris, que mi padre me dió cuando vine a Itaca, i ella guarda las puertas de nuestro aposento conyugal. Tú restituyes a mi corazon esa dulce confianza que le fué robada por tantas amarguras."

"Estas palabras exitan en el héroe el deseo de llorar: llora estrechando sobre su corazon a aquella casta i prudente esposa, cuya alma abriga todas las virtudes. Así como los marineros contemplan llenos de gozo la tierra deseada, cuando Neptuno ha destrozado su raudo bajel, juguete de los vientos i de las olas inmensas, i un escaso número, flotando sobre el inmenso mar, nada, i cubierto de salobre espuma, aborda lleno de alegría a las playas, libre ya de la muerte; así Penélope fija sus amorosas miradas en Ulíses, sin poder arrancar sus brazos del cuello del héroe; la Aurora, la diosa del manto de rosas, hubiera visto las lágrimas de los tiernos esposos, si Minerva no hubiese prolongado los límites de la larga noche, reteniendo a la Aurora al otro lado del océano...

"Eurimona precede con una antorcha los pasos de Ulíses i de Penélope, i los conduce al aposento conyugal...

"Los esposos, despues de haberse entregado a las primeras emociones

de su cariño, se entregaron a la grata narracion de sus recíprocos pesares...

"No bien acababa Ulíses las últimas palabras de su historia, cuando un sueño benéfico se insinuó en sus fatigados miembros, concediendo amiga tregua a los desvelos de su alma."

Este reconocimiento de Ulíses i de Penélope es acaso una de las mas hermosas concepciones del jenio antiguo. Penélope sentada en silencio; Ulíses inmóvil al pié de una columna; Telémaco acusando de tibieza a su madre; la escena iluminada por la dudosa luz del hogar; hé aquí un cuadro formado como de intento para un pintor, cuadro en que la grandeza iguala a la sencillez de la composicion. Mas ¿cómo se verificará el reconocimiento? Por medio del recuerdo de una circunstancia relativa al lecho nupcial. I es una nueva belleza ese lecho obra de la mano de un rei, colocado a la sombra de un olivo, árbol de paz i de sabiduría, digno por cierto de cobijar el tálamo "no visitado por otro hombre que por Ulíses." Los arranques de júbilo que siguen al reconocimiento de estos esposos; el tierno símil de una viuda que vuelve a hallar a su consorte, con un marinero que descubre la tierra en el momento del naufrajio; la feliz pareja conducida al resplandor de una antorcha al aposento teatro de su amor; los placeres de éste seguidos de las alegrías de dolor, o del mutuo relato de las pasadas zozobras; la doble delicia de la felicidad presente i de los contratiempos que el porvenir anuncia; el sueño que acude a cerrar gradualmente los párpados i los labios de Ulíses, miéntras narra sus aventuras a Penélope, que atenta le escucha, son otros tantos peregrinos rasgos del gran maestro, rasgos que nunca serán suficientemente admirados.

Pudiera hacerse sobre el particular un interesante estudio, cuyo objeto fuese descubrir de qué modo habria espresado un autor moderno este pasaje de las obras de un autor antiguo. Puede mui bien suponerse que en el cuadro de que hablamos, la escena, en lugar de ocurrir en accion entre Ulíses i Penélope, habria sido referida por el poeta, quien no hubiera dejado de atestar su relato de reflexiones filosóficas, de versos mui sonoros i de frases injeniosas. Mas acertado Homero, en lugar de recurrir a este medio brillante i laborioso, nos presenta dos esposos que vuelven a encontrarse despues de veinte años de ausencia, i que sin prorrumpir en gritos, parece se han separado la víspera. ¿Dónde está, pues, la belleza de esta pintura? En la verdad.

Los modernos son en jeneral mas eruditos, mas delicados, mas minuciosos, i aun muchas veces mas interesantes en sus composiciones que los antiguos; pero éstos son mas sencillos, mas solemnes, mas trájicos, mas creadores, i sobre todo mas verídicos que los modernos. Tienen un gusto mas seguro i una imajinacion mas noble; atiénense únicamente al conjunto, i desdeñan los adornos accesorios; un pastor que se lamenta, un anciano que refiere, un héroe que combate: hé aquí para ellos todo un poema; i no se sabe por qué arte este poema, donde nada hai a primera vista, está, sin embargo, mas lleno que nuestras novelas, recargadas de incidentes i de personajes. Parece que el arte de escribir ha seguido las huellas de la pintura: la paleta del poeta moderno se cubre de infinita variedad de colores i matices: el poeta antiguo compone sus cuadros con los tres colores de Polignoto. Los latinos, colocados entre la Grecia i nosotros, participan de ambos estilos: del griego, por la sencillez

de sus argumentos; del nuestro, por el arte de los pormenores. Esta feliz armonía de entrambos gustos constituye talvez la perfeccion de Virjilio.

CHATEAUBRIAND,
Jenio del cristianismo, part. II, lib. II, cap. II.

XI.

EL CICLOPE I GALATEA.

(Idilio de Teócrito (1).

Tomarémos por objeto de comparacion entre los antiguos, en los amores campestres, el idilio del Ciclope i de Galatea. Este poema es una de las obras maestras de Teócrito, i aunque otro de sus idilios es quizás superior por la vehemencia de la pasion, es ménos pastoril.

El Ciclope, sentado en un peñasco, a orillas del mar de Sicilia, canta en estos términos sus penas, recorriendo con la vista las olas:

"¡Encantadora Galatea! ¿por qué rechazas los desvelos de un amante, tú, cuyo rostro es tan blanco como la leche que encierran mis cestas de junco; tú, mas tierna que el corderillo, mas voluptuosa que la ternera, mas fresca que el racimo no sazonado aun por los rayos del sol! Tú te deslizas por estas playas, cuando el dulce sueño me aprisiona, huyes cuando el dulce sueño se aleja de mí, i me temes como el cordero teme al lobo encanecido por los años. Yo no he dejado de adorarte desde el dia en que viniste con mi madre a despojar la montaña de sus tiernos jacintos; yo te trazaba el camino. Desde aquel momento, despues de aquel momento, i aun hoi, me es imposible vivir sin tí. I no obstante, ¿te curas de mis ansias? En nombre de Júpiter, ¿te curas de mis ansias?.. Empero, aunque soi tan horroroso, tengo no obstante mil ovejas, cuyas ricas ubres ordeña mi mano, i cuya espumosa leche bebo. El verano, el otoño i el invierno hallan siempre numerosos quesos en mi gruta, i mis redes están siempre llenas de esquisita pesca. Ningun ciclope podria, con mejor título que yo, cantarte en la flauta. Ninguno podria celebrar tus atractivos con tanto arte como yo, durante la noche i las tempestades.

"Alimento para tí once ciervas próximas a dar a luz sus cervatillos. Crio tambien cuatro pequeños osos, robados a sus montaraces madres; ven, que tuyas serán tantas riquezas. Deja que el mar se estrelle iracundo en estas riberas; tus noches serán mas felices, si las pasas a mi lado en la caverna. Frondosos laureles i altos cipreses murmuran a su entrada, i la negra yedra i la viña cargada de racimos cubren su oscuro interior; no léjos murmura un fresco arroyuelo que el cano Etna derrama de sus nevadas cumbres i de sus laderas cubiertas de pardos bosques.

(1) V. las *Noc de hist. lit.* p. 77.

¡Cómo! ¿Preferirias aun los mares i sus inconstantes olas? Si mi erizado pecho ofende tu vista, tengo robustas encinas, i un agradable fuego oculto en la ceniza; quema, que todo me será dulce si procede de tu mano, quema si quieres hasta mi único ojo, este ojo que tengo en mas que mi vida. ¡Ah! ¿Por qué no me dió mi madre lijeros remos como al pez para hender las mansas ondas? ¡Oh! ¡Cuán gozoso bogaria hácia mi Galatea! ¡Con cuánto amor besaria su mano, si me negaba sus labios! Sí; yo le llevaria o blancas azucenas, o tiernas adormideras de purpurinas hojas; aquellas crecen en estío, florecen éstas en invierno; por esto no podria ofrecértelas al mismo tiempo..."

No de otro modo aplicaba Polifemo a la herida de su corazon el díctamo inmortal de las Musas, aliviando así su vida mas dulcemente que a beneficio de todo lo que se compra a peso de oro.

Este idilio respira amor. El poeta no podia hacer una eleccion de palabras mas delicadas i armoniosas. El dialecto dórico añade a sus versos un tono de sencillez que no puede conservarse en los modernos idiomas. Mediante el juego de multitud de autores, i de una pronunciacion larga i abierta, se cree sentir la calma de los cuadros de la naturaleza i oir el habla sencilla de un pastor.

Obsérvese la naturalidad de las quejas del Ciclope. Polifemo habla del corazon, i no puede dudarse ni un momento que sus suspiros son la imitacion de un poeta. Mas, ¡con cuán apasionada sencillez no hace el desventurado amante la pintura de su fealdad! No hai circunstancia, hasta la del ojo espantoso, de que Teócrito no haya sabido sacar un brillante partido; tan cierta es la observacion de Aristóteles, tambien traducida por Boileau, que tuvo jenio a fuerza de tener razon: "El hábil artista con su pincel delicado, sabe hacer agradables los objetos mas feos."

CHATEAUBRIAND,
Jenio del cristianismo, part. II, lib. III, cap. VI.

XII.

LAOCOON.

(Eneida lib. II).

"Laocoon, gran sacerdote de Neptuno, ofrecia un sacrificio solemne a este dios de los troyanos. Hé ahí que de repente dos serpientes salidas de Ténedos (tiemblo de horror al referirlo), arrastran sus inmensos anillos sobre la superficie plana de los mares. i avanzan de frente hácia la ribera. Sus pechos se levantan en medio de las olas, el resto de su cuerpo toca apénas la superficie de las aguas, i sus movibles espaldas se levantan i se encorvan en pliegues de un tamaño desmesurado. La ola espumosa resuena con sus silbidos. Ya estos monstruos ocupan los campos troyanos, se les ve avanzar con los ojos ardientes, rojos de sangre i de fuego; los

dardos rápidos de sus lenguas lamen silbando sus gargantas entreabiertas. A su vista, nosotros huimos pálidos de terror. Los monstruos siempre de frente i sin desviarse en su camino, van derecho sobre Laocoon. Primero abrazan con sus flexibles anillos a los dos hijos del gran sacerdote, los desgarran con sus mordeduras i se hartan con sus miembros. Laocoon, con la espada en la mano, vuela en socorro de sus hijos; los dragones lo toman a él mismo i lo encadenan con sus tortuosos pliegues. Ya lo han abrazado dos veces por la mitad del cuerpo, dos veces han estrechado sus escamosos anillos alrededor de él, i sin embargo sus frentes chispeantes i sus crestas soberbias se elevan todavía mas arriba de la cabeza de Laocoon. En vano, este desgraciado padre se empeña por arrancar con sus dos manos los nudos que lo rodean: una sangre corrompida i un negro veneno inundan las vendas sagradas que ciñen su cabeza. Al mismo tiempo, lanza hácia el cielo clamores horribles, como los mujidos de un toro que, herido por el sacrificador, se escapa del altar i arroja de su cuello el hacha insegura. Entónces los dos dragones se lanzan con gran rapidez hácia el templo de Minerva; entran a la ciudadela de la cruel diosa, i se ocultan a sus piés bajo la órbita de su escudo."

La aprobacion de los siglos ha consagrado este episodio. Jamas se llevó mas léjos el arte de pintar i de producir una ilusion completa. Es menester el socorro de la reflexion para acordarse del poeta, porque los ojos, la atencion, el pensamiento estan vigorosamente ocupados por la situacion. No es éste una narracion o un cuadro; es una serie de escenas terribles i conmovedoras que pasan en nuestra presencia.

Hemos visto partir de Ténedos a los dos monstruos enviados por Pálas. Su primer aspecto, tan espantoso aun a la distancia que los agranda ante los ojos de la imajinacion, sus formas que pertenecen a una naturaleza desconocida, su talla desmesurada, sus crestas del color de la sangre con que se alimentan, el ruido con que hacen resonar las olas espumosas, todo anuncia en ellos a los ajentes de una venganza del cielo. La calma de las olas aumenta el terror que inspiran los dragones; el efecto de la escena habria desaparecido o se habria debilitado mucho si el poeta los hubiese hecho arrojar sobre la ribera por una tempestad. Era menester que los troyanos pudiesen contemplarlos i hartarse con el espectáculo que causaba su espanto. Este crece por grados siguiendo todos los movimientos de los monstruos sobre las aguas. Se acercan. Sus ojos lanzan relámpagos siniestros como los que preceden al rayo: anuncian la desgracia que se prepara. Los horribles silbidos que redoblan sus lenguas ávidas de beber la sangre que han venido a buscar de tan léjos, son la señal de fuga para los mas intrépidos. Laocoon, sea por confianza en los dioses, sea por respeto al ministerio augusto que entónces desempeñaba, sea por inspiracion del amor paterno, queda solo con sus hijos en presencia de la muerte. Todas estas circunstancias, tan hábilmente encadenadas, son mui aparentes para conmover a la muchedumbre; pero la marcha firme de las serpientes hácia el gran sacerdote, asegurando a cada cual sobre sus propios peligros, viene a ser para todos la señal manifiesta de la cólera divina. Laocoon es la víctima escojida por el cielo; hé ahí lo que piensa el ejército entero.

Sigamos la admirable gradacion que el pintor ha observado en el resto del cuadro. Los reptiles abrazan primero a los dos hijos de Laocoon; este desgraciado padre se siente ya morir en lo que tiene de mas caro

en el mundo; sin embargo, vuela al socorro de sus hijos: tal es el primer movimiento de la naturaleza. Pero inmediatamente, encadenado él mismo por esos monstruos, ve sus cabezas sangrientas dominar la suya i las de sus hijos, inocentes víctimas, que no pudiendo tender sus brazos a su padre, vuelven hácia el sus dolorosas i últimas miradas. Todos los sufrimientos del cuerpo, todos los dolores del alma se agrupan sobre él; pero él se estrecha contra ellos i se esfuerza en romper los invencibles nudos que le impiden defender a sus hijos. Este espectáculo nos penetra de un terror que hace que nuestra compasion sea muda, i detiene nuestras lágrimas; estamos demasiado horrorizados para poder llorar; aunque cada uno de los gritos del gran sacerdote resuena en nuestro corazon. Virjilio ha descuidado de pintar los últimos momentos del sacrificador i de su familia: ha hecho bien: la imájen de su muerte no habria sido tan espantosa como el aspecto de su dolor en los horribles abrazos de los monstruos. Hai cosas que parecen indispensables al vulgo i que el talento desecha por un consejo del jenio.

¿Qué necesidad habia de que la comparacion del gran sacerdote con el toro herido que huye del altar i sacude el hacha insegura con que ha sido herido, venga a interrumpir un momento el placer doloroso de un terror tan profundo, i a desengañarnos mostrándonos al poeta tan bien oculto hasta entónces? Solo un escritor podia cometer la falta de Virjilio; jamas un testigo de la escena, de cualquiera clase que se le escoja, habria pensado en el toro del sacrificio al trazar los últimos sufrimientos de Laocoon. La comparacion carece de nobleza, de oportunidad i de verdad. Se podria decir, continuando el paralelo de las imájenes, que Laocoon ha podido salir vivo del mas cruel de los suplicios; pero si así fuese, este desgraciado padre no huiria; inspirado por el amor paterno, vendria a exhalar los restos de su vida cerca de sus hijos privados de luz.

Casi aflijidos por haber encontrado un lunar en una creacion tan admirable, apresurémonos a añadir que la retirada de las serpientes que se refujian bajo la órbita del escudo de Pálas, termina el prodijio i pone el colmo a las impresiones que el poeta ha querido producir.

TISSOT (1),
Estudios sobre Virjilio, Eneida, lib. II.

(1) Pedro Francisco Tissot, poeta i crítico contemporáneo (1768-1854), ha hecho un análisis tan prolijo como concienzudo de Virjilio, estudiando detenidamente cada uno de sus pasajes i comparándolos con otros de los poetas antiguos i modernos, en que han cantado asuntos análogos. Los jóvenes encontrarán en ese libro verdaderos modelos de análisis literario, hechos con un buen gusto i con una erudicion mui distinguidos. La obra de Tissot es un guia excelente para aprender a apreciar i a admirar en su conjunto i en todos sus detalles la grandiosa epopeya latina. Aunque ésta ha sido el objeto de otros comentarios notables por el saber i por la crítica, los *Estudios* de Tissot enseñan mas que cualquier otro libro la interpretacion literaria de Virjilio.

XIII.

UN FRAGMENTO DE DON QUIJOTE.

No es fácil fijarse en la eleccion de un episodio del Quijote. Todos presentan títulos del mejor derecho: i como en todos puede hallar lugar la crítica, yo he preferido el episodio del caballero del verde gaban, como le llamaba don Quijote, por ofrecer un ejemplo de hospitalidad en la afabilidad, i el cortes trato de don Diego de Miranda i su familia. Este trato i la casa de don Diego pinta Cervantes en el cap. XVIII de la II parte. de esta manera:

"Halló don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda, ancha como de Aldea; las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, i muchas tinajas a la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada i transformada Dulcinea: i suspirando i sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dijo:

¡O dulces prendas por mi mal halladas!
Dulces i alegres, cuando Dios queria.

¡O tobosescas tinajas, que me habeis traido a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!" Cervantes comienza, i no acaba la descripcion de la casa de don Diego, porque le sale al paso naturalmente la locura de don Quijote; deteniendo a éste el objeto en que su exaltada fantasía le hace olvidar todo lo demas. Tan propio como es este corte, seria impropia una descripcion completa; porque en un asunto de no mayor importancia hubiera sido fria e insulsa, como lo da despues a entender. Si es de alabar esta economía, no es para recomendarse la propiedad de los términos, i aun el órden de la descripcion. Decimos de una casa que es grande, o espaciosa, pero no *ancha;* las dos partículas adversativas, *empero*, i *aunque* casi de igual naturaleza, estarian mejor separadas una de otra; i aunque la partícula *empero* en la idea de Cervantes modifica a la sobrepuerta o fachada de la casa, como para denotar con una sola palabra la vanidad de un hidalgo lugareño, por su posicion se estiende a todos los particulares que describe; lo cual es una impropiedad.

En el último término de la descripcion es tambien defectuoso el órden. El portal en todas las casas de aquel país está ántes del patio; i debió notarse primero lo que primero se encuentra: las tinajas estaban a la redonda, no del portal, sino del patio; i por esto debió decir "la cueva en el portal, la bodega en el patio, i muchas tinajas a la redonda." Talvez pudiera añadirse que como solo en el primer miembro de la descripcion hai verbo espreso, "halló ser," falta una preposicion en el otro para que no se suponga implícito éste, que no puede cuadrarle; pues que no podemos decir: "las armas empero..... *ser* encima de la puerta de la calle, la bodega *ser* en el patio, la cueva *ser* en el portal:" i todo se remediaba rijendo la preposicion *con* las armas, la bodega, la cueva i las tinajas. Para no omitir nada, diré que como el relativo *que* recae sobre las tina-

jas, hubiera habido mas union i rotundidad, diciendo: "i a la redonda muchas tinajas, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada i transformada Dulcinea." En el mismo punto en que desaparecen los descuidos de estilo, comienzan las bellezas de su locucion. Los dos epítetos *encantada* i *transformada* son aquí mui felices, espresando un acaecimiento terrible para el enamorado corazon de don Quijote, que para él solo vió tan principal señora mudada en una labradora pobre. Al tropezar su vista con tan tristes recuerdos, suspirando, i sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dijo:

"¡O dulces prendas por mi mal halladas!
Dulces i alegres, cuando Dios queria.

¡O tobosescas tinajas, que me habeis traido a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!" Los dos versos de Garcilaso vienen aquí mui bien para caracterizar a don Quijote; a quien leyendas de historias caballerescas, i de poesías tenian rematado el juicio; i la esclamacion con que los perifrasea, es bella por el antítesis, i por la estension i rotundidad del período. Las observaciones que me han ocurrido al examinar este primer trozo muestran claramente, que se pueden hallar muchos descuidos en las obras de un escritor injenioso i de distinguidos talentos. I aunque las bellezas pueden ser tantas, que apesar de estos descuidos el estilo sea agradable en el todo, bueno es que todo escritor evite en cuanto pueda descuidos de cualquiera clase.

"Oyóle decir esto el estudiante poeta, hijo de don Diego, que con su madre habia salido a recibirle; i madre i hijo quedaron suspensos de ver la estraña figura de don Quijote." Estraña figura hace tambien en esta sentencia aquel, "oyóle decir esto;" porque huelga enteramente en ella: la suspension del estudiante poeta, hijo de don Diego, que con su madre habia salido a recibir a don Quijote, no se dice que fué por haberle oido aquellos versos i aquella esclamacion sentida, sino por haber visto su estraña figura. Bien se deja entender que en el estudiante poeta haria otra sensacion que en su madre lo que uno i otro i cuantos a la vista estaban, oirian a don Quijote: pero por entónces no era del caso indicar nada de esto; puesto que aun no habia pasado, como suele decirse, del umbral don Quijote.

"El cual apeándose de Rocinante fué con mucha cortesía a pedirle las manos para besárselas." No se sabe a quién fué a pedirle las manos: porque estaban allí el estudiante poeta i su madre, que habian quedado suspensos al ver su estraña figura.

"I don Diego dijo: recibid, señora, con vuestro sólito agrado al señor don Quijote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero, i el mas valiente i el mas discreto que tiene el mundo." Don Diego que, desde su encuentro con don Quijote, habia estado todo atento a mirar i notar sus hechos i palabras, i que por esto i por la confesion misma de don Quijote lo tenia por un hombre disparatado i loco, i habia ya conocido el pié de que cojeaba, debió presentarlo a su esposa segun el humor que en él advertia: por esto, i porque al cabo era un hidalgo el que presentaba a su esposa a don Quijote, conformándose con el estilo caballeresco, dijo mui bien: "Recibid, señora, con vuestro sólito agrado al señor don Quijote de la Mancha, que es el que teneis delante." Sién-

tese tambien alguna gracia por el sabor a las maneras de este mismo estilo en la inversion de *andante* caballero, i la posicion del epíteto inmediato a la partícula *delante*. Pero donde se descubre mas filosofía es en la repeticion del artículo, calificando a su huesped de *el* mas valiente i *el* mas discreto que tiene el mundo. Como la valentía se distingue enteramente de la discrecion, i a veces contrasta con ella, no dijo el mas valiente i discreto: ni se contentó con decir el mas valiente i mas discreto; sino que para denotar fuertemente dos calidades a veces encontradas, que se reunian en alto grado en su huésped, cargó sobre el artículo, haciendo con esto parar la atencion de doña Cristina en cada una de las prendas, que hacian tan singular a don Quijote.

"La señora, que doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor i cortesía: i don Quijote se le ofreció con asaz de discretas i comedidas razones." A primera vista se advierte haber puesto equivocadamente Cervantes un caso por otro; el dativo por el acusativo; pues cualquiera conoce que debió decir: "La señora *lo* recibió;" i si hubiese quien dudase de esto, o lo tuviere a nimiedad, vea el sentido vago i aun torpe que haria el segundo miembro del período, si en lugar de decir: "i don Quijote se *le* ofreció," hubiera dicho se *lo* ofreció. Aquí don Quijote se ofreció a sí mismo a doña Cristina: i el pronombre debió estar como está en dativo: allí doña Cristina recibió a don Quijote con mucho amor i cortesía, i por consiguiente debió estar en acusativo.

DON JOSÉ LUIS MUNARRIZ (1).

XIV.

EL SATANAS DE MILTON.

(Paraiso perdido, fragmentos de los libros I i IV (2).

El Dante i el Taso pintaron, ántes que el poeta ingles, al monarca del infierno. La imajinacion del Dante, agotada por nueve círculos de tormento, hizo de Satanas un monstruo abominable, aherrojado en el centro de la tierra, miéntras el Taso lo hizo ridículo al armarle de cuernos. Arrastrado por estas autoridades, Milton tuvo por un momento el mal gusto de fijar dimensiones a su Satanás; pero en verdad que se levanta de su caida de una manera sublime. Escuchad al príncipe de las ti-

(1) Munarriz, que fué miembro de la Academia española, tradujo al castellano las *Lecciones sobre la retórica i las bellas letras* de Hugo Blair; i reemplazó las lecciones XX i XXI del orijinal en que el autor analiza el estilo de algunos de los mas ilustres escritores ingleses, por otras en que el traductor estudia el estilo de Cervantes i de don Diego Saavedra Fajardo. Las observaciones de Munarriz, aunque algo difusas, son jeneralmente juiciosas, si bien a veces pecan de purismo o incurre en algunos errores. Así, por ejemplo, critica a Cervantes el empleo del relativo *quien* como reproductivo de un plural, sin haberse fijado en que los escritores españoles hasta principios del siglo XVII emplearon a *quien* como indeclinable, i, como hemos dicho en otra parte, servia indiferentemente para reproducir el singular i el plural.

(2) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 559.

nieblas esclamar, en la cumbre de la montaña de fuego desde donde por vez primera contempla su imperio:

"¡Adios, campos afortunados, mansion de las eternas alegrías! ¡Horrores! ¡yo os saludo! ¡Yo te saludo, mundo infernal! ¡Abismo! ¡recibe a tu nuevo monarca, que te trae un espíritu que ni los tiempos ni los lugares cambiarán jamás! A lo ménos, aquí serémos libres, aquí reinarémos! ¡El reinar, aun en los infiernos, es digno de mi ambicion!"

¡Qué modo de tomar posesion en los abismos del infierno!

Habiéndose congregado el consejo infernal, el poeta representa a Satanas en medio de su senado:

"Sus formas conservaban parte de su primitiva majestad; no parecia un arcánjel caido, sino una gloria algo oscurecida, como cuando el sol en su oriente lanza un rayo horizontal al traves de las nieblas de la mañana; o como cuando en un eclipse, oculto este astro detras de la luna, derrama sobre la mitad de los pueblos un crepúsculo funesto, i atormenta a los reyes con el temor de terribles revoluciones. Tal parece el arcánjel; aunque oscurecido, brillaba sobre sus compañeros de caida; no obstante, su frente se mostraba cicatrizada por el rayo, i las amarguras eran ya mui antiguas en sus pálidas mejillas."

Acabemos de conocer el carácter de Satanás. Habiendo huido del infierno, llega a la tierra, i sintiéndose poseido de negra desesperacion al contemplar las marabillas del universo, apostrofa en estos terminos al sol:

"¡Oh tú, que coronado de inmensa gloria, dejas caer tus miradas desde lo alto de tu solitaria dominacion, cual Dios de este nuevo universo: tú en cuya presencia las estrellas se ocultan humilladas, yo elevo una voz hácia tí; no, empero, una voz amiga: no pronuncio tu nombre, ¡oh sol! sino para decirte cuán odiosos me son tus rayos. ¡Ah ellos me recuerdan la altura de que he sido despeñado, i cuán glorioso brillaba un dia, viendo tu esfera jirar a mis piés! El orgullo i la ambicion me han precipitado, pues me atreví a declarar la guerra al Rei del cielo, en el cielo mismo. I en verdad que no merecia tan desleal recompensa, pues me habia hecho todo lo que era en una elevada jerarquía... Colocado a tanta altura, me negué a la obediencia, pues creí que un paso mas me llevaria al rango supremo, i me descargaria en un momento de la inmensa deuda de una gratitud eterna. ¡Oh! ¿Por qué su omnipotente voluntad no me creó en la categoría de algun ánjel inferior? Feliz seria aun, pues mi ambicion no se habria alimentado con una ambicion ilimitada..... Miserable! ¿Dónde huiré de una cólera infinita i de una infinita desesperacion? El infierno me acompaña a todas partes, yo mismo soi el infierno..... ¡Oh Dios! ¡mitiga tus golpes! ¿No has dejado algun camino al arrepentimiento i a la misericordia, fuera de la obediencia? ¡La obediencia! El orgullo me prohibe pronunciar esta palabra, que me avergonzaria ante los espíritus del abismo. No les seduje por medio de promesas de sumision, cuando me atreví a ofrecerles que avasallaria al Omnipotente. ¡Ah! Miéntras me adoran en el trono de los infiernos, ignoran cuán caras pago aquellas palabras soberbias, i cuánto jimo interiormente bajo el peso de mis dolores..... Pero, ¿i si me arrepintiese, o si por un rasgo de la gracia divina, reconquistase mi primitiva condicion?..... Una clase elevada volveria a escitarme en breve ambiciosos propósitos, i los juramentos de una finjida sumision no tardarian en ser desmentidos.

El tirano lo sabe: i está tan léjos de concederme la paz, cuanto yo lo estoi de pedirle gracia. ¡Adios, pues, esperanza, adios, temor e importunos remordimientos! todo está perdido para mí..... ¡Mal, sé tú mi único bien! A lo ménos, merced a tí, compartiré el imperio con el rei del cielo, i aun talvez reinaré sobre mas de la mitad del universo, como lo echarán de ver en breve el hombre i este nuevo mundo."

Por grande que sea nuestra admiracion por Homero, debemos confesar que nada puede compararse con este pasaje de Milton. Cuando a la grandeza del asunto, a la hermosura de la poesía i a la natural elevacion de los personajes se añade un conocimiento tan profundo de las pasiones, nada mas debe exijirse al jenio. Satanás, arrepintiéndose a la vista de la luz que detesta, porque recuerda cuán superior le ha sido; deseando luego haber sido creado en mas humilde jerarquía; endureciéndose despues en el crímen por orgullo, por vergüenza, i hasta por desconfianza de su carácter ambicioso; i por último, encargándose del imperio del mal durante toda una eternidad, por único fruto de sus reflexiones, i como para expiar un momento de arrepentimiento; hé aquí ciertamente si no nos equivocamos, una de las mas sublimes i patéticas concepciones que ha brotado en tiempo alguno el cerebro de un poeta.

CHATEAUBRIAND,
Jenio del cristianismo, part. II, lib. IV cap IX.

XV.

ADAN I EVA.

(Milton, Paraiso perdido—fragmento del lib. IV).

Satanas ha penetrado en el Paraiso. En medio de los animales de la creacion, descubre dos seres de forma mas noble, de recta i elevada estatura, como la de los espíritus inmortales. "En toda la primitiva honestidad de su nacimiento, les cubre una majestuosa desnudez; pudiera creérseles monarcas de aquel nuevo universo, i parecen dignos de serlo. En sus miradas llenas de nobleza, brillan los atributos de su glorioso Criador: la verdad, la sabiduría i la santidad rĳida i pura, virtud de que emana la autoridad real del hombre. No obstante, aquellas criaturas celestiales se diferencian entre sí, como lo declara su sexo. El ha sido formado para la contemplacion i el valor; Ella ha sido criada para los deleites i las gracias: El para Dios solamente; Ella para Dios en él. La despejada frente i el sublime aspecto del primero, anuncian el poder absoluto; sus cabellos, que se dividen sobre su cabeza, penden noblemente en rizos a entrambos lados, pero sin flotar sobre sus anchos hombros. No así su compañera: ésta deja colgar, a semejanza de un velo de oro, sus largas trenzas sobre su cintura, donde forman caprichosos anillos: no de otro modo enrosca la vida sus tiernos vástagos en derredor de un frájil apoyo; símbolo de la sumision en que ha nacido nuestra

madre; sumision a un cetro harto lijero; obediencia concedida por Ella, i recibida mas bien que exijida por Él; imperio cedido voluntariamente, i no obstante, con ciertas reservas, cedido con modesto orgullo i amorosas resistencias, llenas de temor i de encantos. Ni tampoco vosotras, misteriosas obras de la naturaleza, estabais ocultas entónces, porque en aquellos dias eran desconocidas toda vergüenza culpable, toda aspiracion criminal. Hijo del pecado, Pudor impúdico, ¡cuántas veces has emponzoñado las horas del hombre con una vana apariencia de pureza! Tú has desterrrado de nuestra vida lo único que constituye la verdadera vida, esto es la sencillez i la inocencia. Así recorrian desnudos aquellos dos felices esposos el solitario Eden, no evitando las miradas de Dios ni las de los ánjeles, porque no conocian el mal; así paseaba asida de las manos la mas hermosa pareja que se unió en tiempo alguno con los lazos del amor: Adan, el mejor de todos los hombres que formaron su posteridad, i Eva, la mas hermosa de cuantas mujeres tuvo por hijas."

Nuestros primeros padres se retiran a la sombra, a la márjen de una fuente, i toman su alimento en medio de los animales de la creacion, que se solazaban en derredor de su rei i de su reina. Satanas, oculto bajo la forma de uno de ellos, contempla a los dos esposos, i siéntese casi enternecido al aspecto de su hermosura i de su inocencia, i por el presentimiento de los males con que se dispone a reemplazar tanta ventura. Este rasgo es admirable. No obstante, Adan i Eva, permanecen con ánimo tranquilo a orillas de la fuente, i Eva razona de esta suerte con su esposo:

"Recuerdo muchas veces aquel dia en que, al salir del primer sueño, me encontré oculta entre las flores, bajo la espesura, ignorando dónde me hallaba, i cuándo i cómo habia sido traida a estos lugares. No léjos de allí murmuraba una corriente en el hueco de un peñasco. Aquel arroyuelo se desplegaba a la manera de un lago, i luego detenia sus ondas puras como los espacios del firmamento. Adelantéme hacia aquel lugar, cediendo a un vago pensamiento, i me senté en las verdes márjenes para mirar las trasparentes aguas, que parecian otro cielo. No bien me incliné sobre ellas, aparecióse una sombra en el líquido cristal, inclinandose hácia mí como yo hácia ella. Me estremecí, i se estremeció; adelanté segunda vez la cabeza, i la dulce aparicion tornó a presentarse al punto, dirijiéndome miradas de simpatía i de amor. Fijos permanecian aun mis ojos en aquella imájen; consumido hubiérame en un vano deseo, si no hubiese resonado esta voz en el desierto: "El objeto que admiras, hermosa criatura, eres tú misma; contigo huye, contigo reaparece. Sígueme, que yo te conduciré a un lugar donde una sombra falaz no burle tus abrazos; a un lugar donde halles al ser que es tu imájen; tuyo será para siempre, i tú le darás multitud de hijos semejantes a tí misma, i por ello serás apellidada *la Madre del jénero humano.*

"¿Qué podia hacer despues de oir estas palabras? Obedecer i marchar invisiblemente conducida. No tardé en verte debajo de un plátano. ¡Oh! ¡Cuán apuesto i jentil me pareciste! I no obstante, te juzgué ménos hermoso, ménos tierno que el gracioso fantasma encadenado en los movibles pliegues de las aguas. Quise huir, pero tú me seguiste, i alzando la voz esclamaste: "Vuelve, encantadora Eva; ¿sábes de quien huyes? Tú eres la carne i los huesos del ser de quien te alejas. Para darte la vida, la he sacado de mi mismo, tomándola de mi propio corazon, para

tenerte eternamente a mi lado. ¡Oh mitad de mi alma, con cuánto amor te busco! Tu otra mitad te reclama." I así diciendo, tu mano estrechó la mia; ¡cedí! i desde entónces he conocido cuán superiores son a las tímidas gracias una hermosura varonil i la sabiduría, única hermosura verdadera."

"Así habló la madre del linaje humano. I entregándose con miradas de amor a un tierno abandono, inclinóse sobre Adan i le abrazó con dulce indecision. La mitad de su seno, en voluptuosa desnudez, tocó misteriosamente, al elevarse bajo el oro del suelto cabello, el desnudo seno de su esposo. Adan, vencido por su hermosura i por sus dóciles gracias, sonrió con un amor sublime: tal es la sonrisa que el cielo deja caer en la primavera sobre las nubes, para infundirles la vida cuando encierran fecundàs la semilla de las flores. Adan imprime luego un beso purísimo en los vivificantes labios de la madre de los humanos."

....

"El sol se habia ocultado en el horizonte de las Azores: ora sea que esta principal lumbrera del cielo hubiese jirado con increible rapidez hácia aquellas playas, ora la tierra, ménos rápida, retirándose al Oriente por un camino mas corto, hubiese dejado al astro del dia a la izquierda del mundo. Ya habia revestido de púrpura i de oro las nubes que flotan en derredor de su trono occidental; la noche se adelantaba tranquila, i un apacible crepúsculo envolvia los objetos en sus uniformes tinieblas. Las aves del cielo descansaban en sus nidos, i los animales de la tierra en sus guaridas: todo callaba, esceptuando el ruiseñor, amante de las sombras, que llenaba la noche con sus amorosas quejas, embeleso del silencio. Poco despues, el firmamento se tachonó de resplandecientes záfiros; la estrella vespertina, a la cabeza del ejército de los astros, se mostró largo rato la mas brillante, hasta que levantándose majestuosa la reina de las noches a traves de las nubes, derramó su dulce claridad i tendió su arjentado manto sobre las sombras.

"Adan i Eva se retiraron al albergue conyugal, despues de ofrecer sus preces al Eterno. Penetran en la oscuridad de la espesura, i tiéndense sobre un lecho de flores..."

Al llegar aquí, Milton queda como a la puerta del misterioso retiro, i entona a la faz del firmamento i del polo cargado de estrellas, un canto al Himeneo, i empieza su magnífico epitalamio sin preparacion, cediendo a un movimiento inspirado, a estilo antiguo:

"¡Salve, amor conyugal, lei misteriosa, fuente de la posteridad!" Así canta súbitamente el ejército griego, despues de la muerte de Héctor: "¡Hemos alcanzado una gloria señalada! ¡Hemos dado muerte al divino Héctor!" Así los sabios esclaman bruscamente en Virjilio, al celebrar la fiesta de Hércules: *Tu nubigenas, invicte, bimembres*, etc. "Tú venciste los dos centauros, hijos de una nube, etc."

Este himeneo es la última pincelada del cuadro de Milton, i termina la pintura de los amores de nuestros primeros padres.

No tememos que se nos acuse por la estension de esta cita. "En todos los demas poemas, dice Voltaire, el amor es considerado como una flaqueza; solo en Milton es una virtud. El poeta ha sabido levantar con mano casta el velo que cubre en otros lugares los placeres de esta pasion; i al trasladar al lector al jardin de las delicias, parece hacerle gustar los puros deleites a que se abandonan Adan i Eva. No se eleva sobre la

naturaleza humana, sino sobre la naturaleza humana corrompida; i como no hai otro ejemplo de semejante amor, no lo hai de semejante poesía."

Comparando ahora los amores de Ulíses i Penélope con los de Adan i Eva, veremos que la sencillez de Homero es mas injenua, i la de Milton mas magnífica. Ulíses, aunque rei i héroe, es, no obstante, algo rústico: sus astucias, sus maneras i sus palabras tienen un carácter agreste i sencillo. Adan, aunque apénas nacido i falto de esperiencia, es ya el acabado modelo del hombre: adviértese desde luego que no ha nacido de las débiles entrañas de una mujer, sino de las manos vivas de Dios. Muéstrase noble, majestuoso, i a la vez lleno de inocencia i de jenio: es tal cual lo pintan los libros santos, digno del respeto de los ánjeles, i de pasear en la soledad con su Criador.

Por lo que respecta a los dos esposos, si Penélope es mas reservada, i luego mas tierna que nuestra primera madre, esto consiste en que ha sido acrisolada por la desgracia, i ésta nos hace desconfiados i sensibles. Eva, por el contrario, se abandona, i es comunicativa, seductora, i aun tiene cierto grado de coquetería. ¿I por qué se mostraria circunspecta i prudente como Penélope? ¿No le sonrie la creacion? Si el infortunio cierra el alma, la felicidad la dilata; en el primer caso, no hallamos desiertos que basten a ocultar nuestros pesares; en el segundo, no encontramos bastantes corazones a quienes comunicar nuestros placeres. Sin embargo, Milton no quiso pintar perfecta a su Eva, sino representarla irresistible por sus encantos, pero un tanto indiscreta i locuaz, para que el lector previese desde luego la catástrofe en que va a precipitarla este defecto. Por lo demas, los amores de Penélope i Ulíses son puros i severos como deben serlo los de los cónyujes.

Este es el lugar oportuno de advertir que la mayor parte de los poetas antiguos se espresan, al pintar los placeres, con una desnudez i una castidad que escitan la admiracion. Nada es mas púdico que su pensamiento, nada mas libre que sus descripciones; nosotros, por el contrario, contemporizamos demasiado con los sentidos, i los alarmamos. ¿De dónde procede esa májia de los antiguos, i por qué una Vénus de Praxíteles, enteramente desnuda, seduce mas nuestro espíritu que nuestra vista? La razon de este hecho estriba en que hai un bello ideal que afecta mas al alma que a la materia. Entónces solo el jenio, i no el cuerpo, se enamora i arde en deseos de unirse estrechamente con aquella obra maestra. Todo fuego terreno se apaga, i es reemplazado por un amor divino; el alma apasionada se reconcentra en el objeto amado, i espiritualiza hasta los términos groseros de que se ve precisada a valerse para espresar su pasion.

Pero ni el amor de Penélope i Ulíses, ni el de Dido por Eneas, ni el de Alcestes por Admeta, pueden ser comparados al sentimiento que recíprocamente se inspiran los dos nobles personajes de Milton: solo la verdadera relijion pudo imprimir el sello de tan santa, de tan sublime ternura. ¡Qué enlace de ideas! El universo nace; los mares se asustan, por decirlo así, de su propia inmensidad; los soles titubean en sus nuevas órbitas; los ánjeles son atraidos por estas marabillas; Dios contempla aun sus obras; i dos seres, medio espíritu i medio barro, al admirar sus cuerpos i aun mas sus almas, hacen a la par el primer ensayo de sus primeros pensamientos i de sus primeros amores.

Para hacer perfecto este cuadro, Milton tuvo la feliz ocurrencia de colocar en él al espíritu de las tinieblas, como una gran sombra. El ánjel rebelde acecha a los dos esposos, i al oir de sus labios el fatal secreto, se regocija de su futura desgracia, pues toda esta pintura de la felicidad de nuestros primeros padres es realmente el primer paso hácia horrorosas calamidades. Penélope i Ulíses recuerdan un infortunio pasado, al paso que Eva i Adan anuncian próximas desventuras. Todo drama peca esencialmente por su base, si presenta alegrías sin mezcla de pesares pasados, o en perspectiva. Una felicidad absoluta nos causa hastío; una desgracia absoluta nos repugna; la primera está destituida de recuerdos i de lágrimas; lo está la segunda, de esperanzas i de sonrisas. Cuando el poeta sube del dolor al placer, como en la escena de Homero, es mas tierno i melancólico. porque el alma no hace sino meditar en lo pasado i descansar en lo presente; si, por el contrario, desciende de la prosperidad al llanto, como en la pintura de Milton, es mas triste, mas desgarrador, porque el corazon se detiene apénas en lo presente i anticipa los males que le amenazan. Es, por consiguiente, indispensable unir siempre en nuestros cuadros la prosperidad al infortunio, i presentar la suma de los males un poco mayor que la de los bienes. porque así acontece en la naturaleza. Dios ha mezclado dos licores en la copa de la vida, uno dulce, amargo el otro; pero la amargura del segundo se aumenta con las heces que entrambos licores depositan en el fondo de aquella.

CHATEAUBRIAND,
Jenio del cristianismo, part. II, lib. II, cap. III.

XVI.

CAUSAS DE LA DECADENCIA DE ROMA, POR MONTESQUIEU.

(Montesquieu, consideraciones sobre las causas de la grandeza i de la decadencia de los romanos, cap. IX).

"Cuando la dominacion de Roma estaba limitada a la Italia, la república podia subsistir fácilmente. Todo soldado era igualmente ciudadano, cada cónsul levantaba un ejército, i otros ciudadanos iban a la guerra bajo el mando de aquel que les sucedia.

"Como el número de las tropas no era exesivo, habia cuidado de no recibir en la milicia mas que a personas que poseyesen algunos bienes para que tuviesen interes en la conservacion de la ciudad. En fin; el senado vijilaba de cerca la conducta de los jenerales i les quitaba el pensamiento de hacer algo contra su deber. Pero cuando las lejiones pasaron los Alpes i el mar, los soldados, a quienes era necesario dejar durante muchas campañas en los paises que se queria someter, perdieron poco a poco el espíritu de ciudadanos; i los jenerales que dispusieron de los ejércitos i de los reinos, sintieron su fuerza i ya no pudieron obedecer. Los soldados comenzaron pues a no reconocer mas que a sus jenerales,

a fundar todas sus esperanzas en ellos i a ver mas léjos la ciudad. Dejaron de ser soldados de la república para serlo de Sila, de Mario, de Pompeyo, de César; Roma no pudo ya saber si el que estaba a la cabeza de un ejército en una provincia era su jeneral o su enemigo.

"Miéntras el pueblo romano no fué corrompido mas que por sus tribunos, a quienes no podia concederles mas que su propio poder, el senado pudo defenderse con facilidad, porque trabajaba constantemente, en vez de que el populacho pasaba de la estremidad del ardor a la estrema debilidad; pero cuando el pueblo pudo dar a sus favoritos una formidable autoridad en el esterior, toda la prudencia del senado se hizo inútil, i la república fué perdida."

Es menester observar en este estilo la dignidad, el fondo, la penetracion i ese poder de pensamiento que parece condensarse en cada espresion hasta llegar a ser inseparable de ella. Todo lo anterior puede reducirse a esta doble idea:

1.° Roma, ántes que hubiese salido de Italia, tenia sus ejércitos disciplinados;

2.° Roma, desparramada mas allá de los mares, no tenia mas que ejércitos independientes de las leyes de la república, que pertenecian a sus propios jefes, i prontos a convertirse en sus manos en instrumentos de tiranía; de ahí el abatimiento del senado delante de los favoritos del pueblo sostenidos por los ejércitos.

Examínese todo el detalle de las frases que desenvuelven este tema, i se encontrará un tejido firme, apretado, de mallas de acero, que no se doblegan, de suerte que cada proposicion robustece a la precedente, i a su vez es sostenida i sostiene a la que se sigue.—"Los jenerales que dispusieron de los ejércitos i de los reinos, sintieron su fuerza i ya no pudieron obedecer." Hai algo de delicado al mismo tiempo que de vigoroso en este último rasgo; basta sentir su fuerza para que un poder irresistible impida obedecer. I en esta otra frase, "Cuando el pueblo pudo dar a sus favoritos" etc. se ve la ruptura de equilibrio del pueblo i del senado; i esto está espresado de una manera tan clara, que la conclusion "la república fué perdida" no tiene nada de sorprendente.—Prosigamos.

"Lo que hace que los estado libres duren ménos que los otros, es que las desgracias i los triunfos les hacen casi siempre perder la libertad, en lugar de que los triunfos i las desgracias de un estado en que el pueblo está sometido, afirman igualmente su servidumbre. Una república sabia no debe aventurar nada que la esponga a la buena o mala fortuna; el único bien a que debe aspirar, es la perpetuidad de su estado.

"Si la grandeza del imperio perdió la república, la grandeza de la ciudad no la perdió ménos. Roma habia sometido todo el universo con el ausilio de los pueblos de Italia, a los cuales habia dado en diferentes tiempos diversos privilejios. La mayor parte de esos pueblos no se habia cuidado mucho del derecho de ciudadanía romana, i algunos prefirieron guardar sus usos. Pero cuando este derecho fué el de la soberanía universal; cuando no se era nada si no se era ciudadano romano, i cuando con este título se era todo, los pueblos de Italia resolvieron perecer o ser romanos; no pudiendo conseguir su objeto con ruegos, tomaron las armas; se sublebaron en toda esa parte que mira al mar jónico; los otros aliados iban a seguirlos; Roma, obligada a combatir contra los que eran, por decirlo así, las manos con que encadenaba a todo el universo, estaba

perdida, iba a ser reducida a sus murallas; concedió este derecho tan deseado a los aliados que siempre habian sido fieles, i poco a poco lo concedió a todos."

La filosofía, la política de la historia, en las obras que le son consagradas, proceden haciendo alternar los principios abstractos i las aplicaciones puramente históricas. Montesquieu acaba de plantear el principio, en apariencia paradojal, de que las repúblicas no pueden tener impunemente grandes triunfos i grandes reveses; los reveses matan, los triunfos corrompen. Planteado este principio, el autor que ha demostrado ya en la grandeza de los ejércitos i la independencia de los jenerales, una causa de ruina para la república, insiste en la prosperidad de esta misma república como causa mayor de su caida. Todo el pasaje siguiente, en que el autor prueba históricamente su tésis, es mui hermoso, lleno de hechos i concluyente. El pensamiento que reina en él es la lucha de Roma contra todas las naciones italianas que quieren el derecho de ciudadanía romana para participar de la dominacion universal, que era el patrimonio de los romanos. Roma se hace arrancar este derecho poco a poco, lo concede primero a los aliados i despues a todos. Una imájen marabillosamente vigorosa i nueva, es aquella de Roma, "obligada a combatir contra aquellos que eran, por decirlo así, las manos con que encadenaba al universo."

MAZURE (1),
Manual de análisis literario, cap. XI.

XVII.

NATURALEZA SALVAJE I NATURALEZA CULTIVADA.

(Buffon (2), Historia natural, la tierra).

"La naturaleza es el trono esterior de la magnificencia divina; el hombre que la contempla, que la estudia, se eleva por grados al trono interior de la omnipotencia; hecho para adorar al Creador, él manda a todas las creaturas; vasallo del cielo, rei de la tierra, él la ennoblece, la puebla i la enriquece; establece entre los seres vivientes el órden, la subordinacion, la armonía; embellece a la misma naturaleza, la cultiva, la estiende i la pulimenta, estirpa de ella el cardo, los zarzales, multiplica la vid i la rosa. Ved esas playas desiertas, esas tristes comarcas en que el hombre no ha residido jamas, cubiertas, o mas bien erizadas de bosques espesos i oscuros en todas las partes elevadas; árboles sin corteza i sin

(1) M. Adolfo Mazure, profesor i literato frances, nacido en 1800, es autor de muchas obras de filosofía, de historia i de preceptos i crítica literaria. El *Manual* de que tomamos el fragmento que trascribimos en el testo es un libro excelente para los profesores i los alumnos que quieran ejercitarse en el análisis literario.

(2) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 526.

cima, encorvados, rotos, cayendo de vejez; otros, en mayor número, tendidos a los piés de los primeros, para podrirse sobre montones ya podridos, ahogan, sepultan los jérmenes prestos a producir. La naturaleza que en cualquiera otra parte brilla en su juventud, parece aquí decrépita; la tierra cargada por el peso, agobiada por los restos de sus producciones, no ofrece en lugar de una verdura floreciente mas que un espacio cubierto de escombros, atravesado por árboles viejos cargados de plantas parásitas, frutos impuros de la corrupcion. En todas las partes bajas, aguas muertas, espesas, porque no se les ha dado curso ni direccion; terrenos fangosos que no siendo ni sólidos ni líquidos, son inabordables i permanecen igualmente inútiles para los habitantes de la tierra i de las aguas; pantanos que, cubiertos de plantas acuáticas i fétidas, no alimentan mas que insectos venenosos i sirven de asilo a animales inmundos."

Se reconocen desde el principio las bellezas del estilo de Buffon. "Por la elevacion del punto de vista en que se colocó, dice Cuvier en su *Elojio* de este grande escritor, por la pompa i la majestad de sus imájenes, por la noble gravedad de sus espresiones, por la armonía sostenida de su estilo, no ha sido igualado por nadie." La primera frase ha sido citada con frecuencia; i en efecto, no se podia hacer comprender mejor la grandeza que hai en el hombre, elevándose a la contemplacion de Dios por el intermediario de la obra divina. Es una grande imájen ese trono interior, en cierto modo velado por "el trono esterior de la magnificencia divina." La dignidad del hombre en la escala de los seres, está perfectamente establecida por la antítesis "hecho para adorar al Creador." Vasallo del cielo, rei de la tierra, recuerdo del lenguaje feudal; las cosas dependen del hombre que a su vez es vasallo de Dios. El la ennoblece; la tierra se hace noble por el trabajo del hombre. El órden indica el plan jeneral; la subordinacion indica la dependencia mútua de las partes de la naturaleza, de los jéneros i de las especies; la armonía señala la belleza, la justa proporcion que resulta de este órden i de esta subordinacion; estas tres palabras son, pues, perfectamente graduadas. "La cultiva, la fertiliza, la estiende, la pulimenta;" la misma progresion se observa en estos verbos; es la perfeccion añadida al cultivo. El cardo i los zarzales, la vid i la rosa; plantas bien escojidas para indicar frutos i flores de calidades opuestas. "Ved esas playas desiertas." Aquí comienza el cuadro de la naturaleza salvaje; una playa es un suelo descubierto a orillas del mar; esta palabra está tomada aquí en el sentido jeneral de comarca. Se concibe tan bien al hombre como señor de la naturaleza, que la soledad parece abandonada por él, aunque nunca haya residido en ella. Bosques espesos i oscuros, epítetos que constituyen una imájen. Árboles sin corteza i sin cima; esto pinta marabillosamente los árboles seculares, cuya cabeza ha sido despojada por el tiempo. Ahogando, sepultando; gradacion perfecta; son muertos i matan, i despues de haber muerto i ahogado sepultan; cubren los jérmenes prestos a producir. Cargada por el peso, agobiada por los restos, etc., enerjía, precision, armonía imitativa. Floreciente, epíteto que completa cuanto hai de hermoso en la verdura. Parásitas, plantas que vejetan sobre otra planta i se alimentan con su sustancia. La armonía imitativa, sensible en la pintura de los árboles que cubren la soledad, es mas notable aun en la de los terrenos fangosos que el naturalista va a describir. Alimentan i sirven de reparo, todo está

allí; el naturalista ha dado cuenta de un país cuando ha dicho lo que alimenta i lo que abriga.

"Entre esos pantanos infectos que ocupan los lugares bajos, i las selvas decrépitas que cubren las tierras elevadas, se estienden ciertas especies de landas, sábanas que no tienen nada de comun con nuestras praderas; las malas yerbas crecen ahí marabillosamente i sofocan a las buenas; no es ese césped fino que parece ser la plumilla de la tierra; no es esa pelusa esmaltada que anuncia su brillante fecundidad; son vejetales agrestes, yerbas duras, espesas, entrelazadas unas en otras, que parecen adherirse ménos a la tierra que lo que se adhieren entre sí, i que secándose i brotando sucesivamente las unas sobre las otras, forman una borra tosca que tiene muchos piés de espesor.

"Ningun camino, ninguna comunicacion, ningun vestijio de intelijencia en esos lugares salvajes; el hombre, obligado a seguir los senderos de las bestias feroces, si quiere recorrerlos; forzado a velar sin descanso para evitar el ser la presa de ellas; espantado por sus rujidos, sobrecojido por el silencio mismo de esas profundas soledades, deshace el camino andado i dice: "La naturaleza bruta es horrible i parece moribunda; soi yo, yo solo quien puede hacerla agradable i viva; desequemos estos pantanos, animemos estas aguas muertas haciéndolas correr; formemos arroyos, canales; empleemos este elemento activo i devorador que se nos habia ocultado, i que no debemos mas que a nosotros mismos; pongamos fuego a esta borra superflua, a estas viejas selvas medio consumidas; acabemos de destruir con el acero lo que el fuego no haya podida consumir. Mui luego, en lugar del junco idel nenúfar, con que el reptil componia su veneno, veremos aparecer el renuclo, el trebol, las yerbas suaves i saludables; rebaños de animales recorrerán esta tierra impracticable hasta ahora; en ella encontrarán una sustancia abundante, un pasto siempre renaciente; se multiplicarán para multiplicarse aun: sirvámosnos de estos nuevos ausiliares para acabar nuestra obra; que el buei sometido al yugo, emplee sus fuerzas en surcar la tierra: que ella rejuvenezca por el cultivo; una naturaleza nueva va a salir de mis manos."

Despues de haber caracterizado la naturaleza salvaje en las selvas vírjenes i en los pantanos, Buffon pasa a examinarla en las landas estériles donde no crecen mas que matorrales, en las sábanas o las pampas de América, desiertos de altas yerbas, cuyas producciones están pintadas aquí en rasgos rápidos i espresivos. La plumilla de la tierra; espresion injeniosa porque da animacion i vida a la tierra revistiéndola de un césped semejante a la pluma; la pelusa es literalmente el pelo corto i rojo de la tierra. Esmaltada, brillante, agreste; hermosa eleccion de epítetos. Hai una regla para los epítetos redoblados: cada uno debe añadir una cualidad nueva i distinta a los que preceden. Que parecen, etc.; el mismo jénero de armonía que mas arriba; frases embarazadas como esas yerbas que se estrechan i parecen no adherirse a la tierra. Ningun camino, etc.; aquí Buffon vuelve sobre los tres jéneros de naturaleza salvaje sin distincion. El hombre obligado, etc.; hai aquí una elipsis del verbo principal, jiro bastante frecuente en Buffon, i que ha podido contribuir a hacer que se le reproche cierta falta de flexibilidad en el estilo. Espantado por el rujido i sobrecojido por el silencio; empleo preciso de dos participios. I dice: hai mucha elocuencia en esta especie de prosopopeya. La naturaleza bruta es horrible i parece moribunda; la idea de

la muerte supone la de la vida: segun Buffon la naturaleza vive, por eso es que se la puede considerar como moribunda. En el mismo sentido, esta hermosa espresion: "animemos estas aguas muertas." "Medio consumidas no ha podido consumir;" neglijencia; un poco de descuido en la forma. Rebaños de animales; el estilo se reviste de elegancia a medida que el autor describe los efectos del trabajo del hombre sobre la naturaleza que quiere someter. Que el buei sometido al yugo; estilo pintoresco. El hombre se exalta ante la idea de su poder; quiere hacer rejuvenecer la naturaleza; es menester que una "naturaleza nueva salga de sus manos." Así habla el hombre, i sin transicion, Buffon va a mostrarnos las marabillas de la naturaleza cultivada.

"¡Qué bella es la naturaleza cultivada! ¡Cuán brillante i pomposamente adornada queda por los cuidados del hombre! El mismo es el principal adorno; él la produccion mas noble: multiplicándose, multiplica el jérmen mas precioso. Ella misma parece manifestar todo su poder con la ayuda del hombre; por su arte, él da a luz todo lo que ella encerraba en su seno. ¡Qué de tesoros ignorados, qué de riquezas nuevas! La flores, las frutas, los granos perfeccionados, multiplicados hasta el infinito, las especies útiles de animales trasportadas, aumentadas sin número; las especies dañinas reducidas, confinadas, relegadas; el fierro, mas necesario que el oro, sacado de las entrañas de la tierra; los torrentes contenidos, los rios dirijidos, encerrados; el mismo mar sometido, esplorado, atravesado de un hemisferio a otro; la tierra accesible por todas partes, por todas partes hecha viva i fecunda; en los valles praderas risueñas, en las llanuras ricos pastos o mieses mas ricas aun; las colinas cargadas de viñas i de frutas, sus cimas coronadas por árboles útiles i por selvas nuevas; los desiertos convertidos en ciudades habitadas por un pueblo inmenso que circulando sin cesar se estiende hasta las estremidades de estas comarcas; por todas partes caminos abiertos i frecuentados, comunicaciones establecidas como otros tantos testigos de la fuerza i de lá union de la sociedad; otros mil monumentos de poder i de gloria demuestran bastante bien que el hombre, señor del dominio de la tierra, ha cambiado, renovado su superficie entera, i que en todo tiempo divide el imperio con la naturaleza."

El principio de este cuadro de la naturaleza cultivada es un himno; se ve, se siente aparecer la naturaleza, brillante i pomposamente adornada, tal como la ha hecho el trabajo del hombre. Tesoros ignorados: aquí, tesoros está tomado en su sentido etimolójico, palabra griega que significa objeto guardado, enterrado. La enumeracion que sigue es completa; toda la tierra, con sus flores, sus valles, sus mares, sus rios, sus colinas, pasa alternativamente a nuestra vista para ostentar las marabillas del cultivo. Toda esta vejetacion es viva, las selvas nuevas que coronan las colinas estan animadas. El naturalista se acuerda aquí que es filósofo. De la naturaleza pasa al hombre que puebla los desiertos, al hombre que esparce por todas partes los monumentos de su poder i de su gloria. Aquí el estilo se ensancha con las ideas, se respira el gran soplo de la naturaleza; se siente el combate de esa naturaleza que resiste i cede al esfuerzo del hombre. Pero la naturaleza puede dejenerar en sus manos: el autor pasa a describir este estado funesto.

"Sin embargo, el hombre no reina sino por derecho de conquista: goza i no posee; i solo conserva por cuidados renovados incesantemente:

si cesan, todo languidece, todo se altera, todo cambia, todo vuelve a entrar en manos de la naturaleza; recobra sus derechos, borra las obras del hombre, cubre de polvo i de musgo sus mas fastuosos monumentos, los destruye con el tiempo, i no le deja mas que el pesar de haber perdido por su falta lo que sus antepasados habian conquistado por su trabajo. Estos tiempos en que el hombre pierde su dominio, estos siglos de barbarie durante los cuales todo perece, son preparados siempre por la guerra o llegan con la escasez i la despoblacion. El hombre, que no puede nada sino por el número, que no es fuerte sino por la asociacion, que no es feliz sino por la paz, tiene el furor de armarse para su desgracia i de combatir para su ruina; escitado por su insaciable avidez, cegado por la ambicion mas insaciable aun, renuncia a los sentimientos de humanidad, vuelve todas sus fuerzas contra sí mismo, trata de destruirse i se destruye en efecto; i despues de estos dias de sangre i de carniceria, cuando el humo de la gloria se ha disipado, ve con un ojo triste la tierra devastada, las artes sepultadas, las naciones dispersas, los pueblos debilitados, su propia felicidad arruinada i su poder real destruido."

El período que comienza este párrafo es de una construccion acabada. La idea es mui elevada: se trata de establecer que el reinado del hombre sobre la naturaleza no es mas que prestado: el desarrollo del autor sobre este tema es admirable. Si cesa, todo languidece: los incisos van creciendo: se cree ver el progreso de la barbarie que lo invade todo; la gradacion de los tres verbos es perfecta: la destruccion operada por la naturaleza es progresiva pero segura. Borra las obras del hombre, cubre de polvo i de musgo, etc.: el poder del hombre no es nada por sí mismo: un poco de polvo i de musgo da cuenta de sus mas fastuosos monumentos. Armarse para su desgracia, combatir para su ruina; hermosas alianzas de palabras. Las naciones; el pueblo: nótese la precision i la coherencia de los términos: la nacion es la raza, es la familia engrandecida que puede ser dispersada; pero el pueblo es inseparable del suelo, no se le dispersa sino que se le debilita. Nótese bien el arte con que Buffon mezcla las consideraciones morales a sus estudios sobre la naturaleza.

MAZURE (1),
Manual de análisis literario, cap. XIII.

TEMAS DE EJERCICIOS.

I.

ADIOSES DE HÉCTOR I DE ANDRÓMACA.

Héctor sale inmediatamente de su palacio, i recorriendo las calles, llega al traves de la gran ciudad a las puertas de Sce, pordonde debe sa-

(1) Véase la nota del fragmento anterior.

lir a la llanura. Entónces corre a su encuentro su esposa Andrómaca. Acompáñala una sirviente llevando en su seno al tierno niño que no habla todavia, vástago querido, hermoso como la estrella mas brillante. Al ver a su hijo, el héroe se sonrie en silencio, miéntras que Andrómaca, deshaciéndose en lágrimas, se acerca, le toma la mano i esclama:

"Cruel, tu valor te perderá; no tienes compasion de tu hijo, ni de mí, desgraciada, que en breve seré viuda, porque los griegos no tardarán en matarte atacándote todos juntos. ¡Valdria mas bajar a la tumba cuando te haya perdido! No me quedará ningun placer cuando hayas sufrido tu suerte, pero sí me quedará la aflixion: ya he perdido a mi padre i a mi augusta madre. El divino Aquíles, despues de haber desvastado la ciudad de los cilicios, Tebas, la de las soberbias puertas, mató a mi padre Etion. En nuestros palacios yo tenia siete hermanos; en un solo dia todos fueron precipitados a la mansion de Pluton. El impetuoso Aquíles los inmoló cuando guardaban nuestros toros i nuestras blancas ovejas. En seguida, condujo aquí a mi madre con todo el botin; i si le dió la libertad en pago de presentes infinitos, Diana la hirió con sus flechas en el palacio paterno. Héctor, tú eres para mí mi padre, mi madre venerable, mi hermano i mi esposo. Compadécete de Andrómaca, defiéndete desde lo alto de nuestras torres, no hagas huérfano a tu hijo i viuda a tu esposa. Coloca el ejército cerca de esa higuera silvestre. De este lado sobre todo, se puede escalar la ciudad; la muralla se abaja, i tres veces los mas valientes de los griegos han intentado el asalto, sea que un hábil adivino les haya dado informes, sea que los haya arrastrado su propio ardor."

El magnánimo Héctor le responde en estos términos:

"Tus pesares, Andrómaca, son los mios; pero yo me avergonzaria delante de los troyanos i de las troyanas, si como un cobarde evitase las batallas. Mi alma por otra parte se resiste a ello. ¿No he aprendido a conducirme como valiente, a combatir en la primera fila, para conservar la gloria de mi padre i la mia? Sin embargo, mi corazon, mi razon me lo dicen: dia vendrá en que sucumbirán la santa Ilion, i Príamo, i el pueblo del belicoso Príamo. Pero el dolor que sufrirán entónces los troyanos, el de la misma Hecuba i el del rei mi padre, el de mis hermanos que, tan valientes i tan numerosos, caerán en el polvo a manos de los enemigos, no me llegarán tanto al corazon como tu dolor, cuando uno de los griegos te lleve, bañada en lágrimas, despues de haberte arrebatado la libertad. Entónces, en Argos, tú tejerás la tela para otro; con el corazon lleno de amargura, tú acarrearás el agua de la fuente, i una dura necesidad pesará sobre tí. Entónces, el pasajero viendo tus lágrimas esclamará: "Hé ahí a la esposa de Héctor, aquel que entre los troyanos sobresalia en el combate, cuando al rededor de Ilion se daban esas grandes batallas." Tales serán sus palabras, i ellas renovarán tu dolor, porque entónces no tendrás un esposo para preservarte de la esclavitud. ¡Ah, ojalá que yo esté muerto i sepultado bajo la tumba, ántes que oiga tus gritos cuando tú seas arrastrada al cautiverio!"

Al terminar estas palabras, el ilustre Héctor tiende los brazos para tomar a su hijo: pero el niño se da vuelta i se oculta llorando en el seno de su nodrisa: turbado por el aspecto de su padre, tiene miedo al bronce i al penacho que ha visto flotar terriblemente en la cima de su casco; su padre i su augusta madre se sonrien, i en el acto el héroe quita de su cabeza el casco resplandeciente i lo coloca en la tierra: da un beso a su

hijo querido, lo mece en sus brazos i dirije este ruego a Júpiter i a los otros dioses inmortales.

"Júpiter i vosotras divinidades, concededme que este niño, que mi hijo, se señale como yo entre los troyanos, que sea como yo, fuerte, i que reine poderosamente en Ilion; que se diga un dia cuando vuelva del combate: "Es mas valiente que su padre;" que recoja los despojos ensangrentados del enemigo que mate, i que su madre se regocije en su alma."

Despues de esta súplica, coloca el niño en manos de su esposa querida, que lo acerca a su seno perfumado i se sonrie llorando. El héroe conmovido de compasion, la acaricia con la mano i le dice:

"No te aflijas por mí, amiga mia; nadie me precipitará a la mansion de Pluton ántes que llegue el término fatal. Pienso que nadie, entre los humanos, cobarde o valiente, desde que ha visto la luz del dia, puede escapar al destino. Vuelve, pues, a mi palacio; cuida de tus trabajos, del huso i de los tejidos, distribuye su tarea a tus mujeres. Para los hombres nacidos en Ilion, i sobre todo para mí, están reservados los peligros de la guerra."

Dice, i toma su casco de penacho flotante. Su esposa querida, mirando hácia atras, i deshaciéndose en lágrimas, vuelve al palacio de Héctor. En breve pasa las puertas soberbias, se reune en los aposentos interiores a sus numerosas sirvientes, i las hace prorrumpir en sollozos. De este modo, en la mansion de Héctor todavía lleno de vida, ellas lo lloran amargamente; porque no esperan que vuelva de esta terrible guerra, salvándose del furor i del brazo de los griegos.

HOMERO,
Iliada, canto VI.

II.

MUERTE DE LEANDRO I DE HERO.

(Hero era una sacerdotiza de Vénus, que servia en el templo de Sestos, en la ribera europea del Helesponto: con frecuencia su esposo pormetido Leandro, saliendo de Abidos, atravesaba a nado el estrecho praa ir a verla).

A media noche, en el momento en que las olas están furiosamente ajitadas por los vientos, en que todo jime bajo el aliento glacial, en que las olas, violentamente sacudidas, vienen a azotar las dos riberas del estrecho, Leandro, arrastrado por el deseo de ver una vez mas a su tierna esposa, se precipita a nado en la inquieta superficie de las aguas. Pero las olas corren i se amontonan, i parecen querer desafiar a las nubes: los vientos se declaran una guerra encarnizada con que resuena el espacio: el euro combate al céfiro: el boreal lanza todo su poder contra el noto: las abismos del mar resuenan con el choque espantoso de la tempestad.

Solo i desarmado en este horrible desórden, Leandro llama en su ausilio a Vénus, la hija del mar, i a Neptuno, el dios de las tempestades;

invoca al mismo Bóreas. Pero todos los dioses estaban sordos a sus ruegos, ninguno vino a impedir que se cumpliese la voluntad del destino. El desventurado no puede resistir ya al sacudimiento de las olas, que lo arrastran a merced de su capricho: sus piés pierden la elasticidad, sus brazos agotados se resisten a hacer nuevos esfuerzos. Ya la onda amarga penetra en su boca entreabierta; el desdichado traga el funesto brevaje: entónces, los vientos desencadenados soplan i estinguen la péfida antorcha (1), i ponen un término a la vida i a la ternura del desgraciado Leandro.

Sin embargo, Hero, impaciente por la vuelta de su esposo, permanece con la vista atentamente fija i con el corazon destrozado por las mas sombrías inquietudes. La aurora la encuentra esperando aun: ¡ah! no ha percibido nada: por última vez recorre con la vista la inmensa llanura de las aguas, para ver si Leandro estraviado, no viendo brillar la señal, se ha perdido en el dédalo de las olas. El triste objeto que reconoce al fin abajo de la torre, es el cuerpo de su esposo privado de vida, de Leandro, a quien las asperezas de las rocas han destrozado. Entónces, desgarra los magníficos vestidos que la cubren, lanza un grito i se deja caer al pié de la torre. Hero exhaló así el último supiro sobre el cadáver de su esposo, i quedaron unidos hasta en la muerte.

MUSEO EL GRAMÁTICO (2),
Hero i Leandro.

III.

NISO I EURÍALO.

(Cuenta Virjilio en el libro IX de la *Eneida* que habiendo desembarcado los troyanos en las orillas del rio Tíber, i miéntras Eneas habia ido a buscar a Evandro, rei de los arcadios, Turno, soberano de los rútulos, fué a atacar a los invasores en su campamento atrincherado. Entónces tuvo lugar el suceso que trascribimos en seguida, i que forma uno de los episodios mas admirables de la célebre epopeya).

Guardaba una de las puertas el jóven Niso, afamado por su valor i por su destreza para lanzar los venablos i las flechas. A su lado se hallaba su compañero Euríalo, mas jóven aun, a quien nadie sobrepujaba en belleza entre los troyanos. Unidos con una estrecha amistad, ambos corrian juntos al combate; i en este momento ambos desempeñaban el mismo deber en la misma puerta.

Niso dijo: "¿Son acaso los dioses, Euríalo, los que me inspiran el ardor de que me siento inflamado, o soi como tantos otros que toman como una inspiracion del cielo el entusiasmo que los arrastra? No puedo permanecer tranquilo, ardo en deseos de acometer una grande empresa,

(1) La antorcha encendida en la ribera opuesta para que le sirviera de guia.
(2) V. las *Noc. de hist. lit.* páj. 184.

de hacer frente a algun peligro. Ve cuál es la presuntuosa neglijencia de los rútulos: en su campo brillan apénas algunos fuegos esparcidos; están sumidos en el vino i en el sueño, a lo léjos reina un profundo silencio. Oye la idea que me ajita i me persigue. La vuelta de Eneas es aquí el objeto de todos los deseos; todos, jefes i soldados, piden que vaya alguien a informarle de nuestros peligros i a apresurar su vuelta. Si se me prometen las recompensas que yo pediré para tí, porque a mí me bast la gloria, me parece que pasando por el pié dė esos collados, encontraré un camino que me lleve hasta Palanteo."

Sobrecojido de entusiasmo al oir estas palabras, Euríalo responde a su fogoso amigo: "¡I yo! Niso, ¿rehusas acaso asociarme a tus jenerosos proyectos? Yo no dejaré que corras solo tan grandes peligros: ¡ah! esas no son las lecciones ni los ejemplos que me ha dado mi padre durante el sitio de nuestra patria; no es eso lo que tú me has visto hacer desde que juntos nos hemos asociado a los nobles infortunios de Eneas. Yo tambien tengo un corazon que sabe despreciar la vida; i yo tambien rescataré con mi sangre el honor a que aspiras."

Niso le respondió: "No, yo no he dudado de tí: presérveme el cielo de ello. ¡Ojalá Júpiter o cualquiera otro dios favorable a este proyecto me traiga triunfante cerca de tí! Pero tú comprendes que esta empresa es mui peligrosa; i si alguna casualidad contraria, si alguna divinidad enemiga me arrastra a la desgracia, quiero al ménos que tú me sobrevivas: tú eres mas jóven, i tus dias son mas preciosos aun. Quiero que al ménos haya uno que quite mi cadáver a los enemigos, o que lo rescate, que me erija una tumba i tribute a mis cenizas los fúnebres honores. No, hijo, no quiero causar tan gran dolor a tu madre, a tu madre que sola entre todas las troyanas, ha desdeñado el asilo ofrecido por Acestes i ha querido seguir a su hijo."

"Euríalo replica: "No me opones mas que vanos pretestos; persisto. Apresurémonos." Despierta a los soldados que se encargan de guardar el puesto, i ambos se dirijen a la tienda de Ascanio.

Era avanzada la noche: era la hora en que todos los seres animados, sumerjidos en el sueño, descansan de sus trabajos i olvidan sus fatigas: solo los jefes de los troyanos velaban aun: en medio de su campamento, deliberaban sobre los peligros de la patria. ¿Qué hacer? ¿Cómo comunicarse con Eneas? Todos están de pié, apoyados en sus largas lanzas i con el escudo al brazo. Niso i Euríalo piden que se les deje entrar porque se trata de un asunto mui importante, i los momentos son preciosos. Yulo (1), el primero, los recibe i manda a Niso que hable.

Éste dijo: "Escuchadnos con benevolencia ¡oh jefes de los troyanos! i no juzgueis por nuestra edad de la empresa que venimos a proponeros. En el campo de los rútulos reina un profundo silencio: vencidos por el vino, son presa del sueño. Tenemos nóticia de un lugar por donde es posible atravesar su campamento: está cerca de la puerta mas vecina al mar, ahí donde el camino se divide en dos. Los fuegos de su campamento están casi estinguidos, i arrojan al aire negras humaredas: si nos permitís aprovecharnos de esta ocasion, iremos a Palanteo, i pronto vereis a Eneas que vuelve cargado con sus despojos i cubierto con su sangre. No tememos estraviarnos: en nuestras continuas cacerías, hemos reco-

(1) Yulo Ascanio, a quien Virjilio designa con cualquiera de estos nombres.

rrido todas las orillas del rio, i en el oscuro horizonte, mas allá de los valles, hemos divisado los alrededores de la ciudad."

Al oir estas palabras, uno de los jefes, Aletes, venerable por su edad i por su consumada prudencia, esclama: "¡Oh dioses de nuestros padres, oh dioses protectores de Troya, vosotros no nos habeis condenado a perecer, puesto que nos habeis dado jóvenes de un corazon tan jeneroso i de tanta intrepidez!" I al pronunciar estas palabras estrechaba a los dos entre sus brazos i bañaba sus rostros con sus lágrimas. "¡Qué recompensas se pueden ofrecer que sean dignas de vosotros! ¡Ah! la mas hermosa de todas está en vuestra propia virtud: os la darán los dioses i vuestra propia conciencia; pero no faltarán las otras recompensas: esperadlo todo del piadoso Eneas i de su digno hijo, cuyo reconocimiento por semejante servicio será eterno."

"Sí, esclamó Ascanio; yo que no espero la salvacion sino en la vuelta de mi padre, yo suplico a ámbos en nombre de los dioses protectores de la familia i de la patria que llameis a mi padre para poner fin a nuestras desgracias. Mi esperanza, mi porvenir, mi vida, todo está en vuestras manos. Yo os daré dos copas de plata admirablemente cinceladas que mi padre recibió en la toma de Arisba, dos trípodes, dos grandes talentos de oro, i la antigua taza que me obsequió la reina Dido. Mi padre os dará doce esclavos escojidos, doce cautivos con sus armas. I si nosotros nos hacemos dueños de este país, si despues de la victoria nos repartimos a la suerte el botin, el caballo que montaba Turno, su armadura de oro, su escudo, ese casco con un penacho de púrpura, no entrarán en el reparto: todo lo prometo a tí, Niso: desde ahora míralos como tuyos. Os daremos ademas el territorio que pertenece al rei latino. I a tí, noble niño, cuya edad es casi igual a la mia, yo te doi todo mi corazon: desde este momento, tú serás el inseparable compañero de mi vida; jamas buscaré la gloria sin tí; en la guerra, en la paz, serás el compañero de todas mis empresas, el confidente de todos mis pensamientos."

Euríalo responde: "Ojalá que yo no desmienta jamas la esperanza que fundais en mí, si al ménos la fortuna me favorece i no me traiciona en mis primeros pasos! Pero te pido un favor, uno solo, mas precioso para mí que todos tus obsequios. Tengo una madre, del antiguo linaje de Príamo; para seguirme, ella lo ha abandonado todo: nada ha podido detenerla, ni la tierra de Ilion ni las murallas del rei Acestes. I ahora voi a abandonarla, i ella ignora a qué peligros me espongo, i no le he dado mi adios. No, pongo al cielo por testigo, yo no habria podido resistir a las lágrimas de mi madre. Te suplico que le sirvas de apoyo en su miseria, que la consueles en su abandono. Déjame llevar conmigo esta esperanza: así acometeré con mayor audacia todos los peligros."

Al oir estas palabras, los ojos de los jefes troyanos se humedecieron. Yulo, cuyo corazon se sintió profundamente conmovido por este rasgo de amor filial, dijo: "Sí, yo te lo prometo. Ella será para mí mi madre; i cualquiera que sea tu suerte, será dignamente recompensada por haber tenido un hijo semejante. Todas las promesas que te he hecho si sales bien en tu empresa i si vuelves de ella, las cumpliré en tu madre i en tu familia." Hablando así con los ojos bañados en lágrimas, desata de su tahalí su espada guarnecida de oro i encerrada en una vaina de marfil, i se la da. Mnesteo da a Niso la piel de un leon enorme, i Aletes cambia el casco con el suyo.

Armados de esta manera, ambos se ponen en camino. Todos, viejos i jóvenes, los acompañan hasta las puertas, haciendo mil votos por su triunfo. El hermoso Ascanio les confia muchas instrucciones importantes para su padre: ¡vanas palabras que se lleva el viento!

Salen, pasan los fosos i a favor de las sombras de la noche, entran al campo de los enemigos, donde ántes de morir darán muerte a muchos guerreros. Por todas partes ven guerreros tendidos sobre la yerba, sumidos en el sueño de la embriaguez, los carros cerca de la ribera, i sus conductores acostados entre los arneses i las ruedas, armas esparcidas aquí i allá entre las copas desparramadas.

"Euríalo, dijo Niso, es menester acometerlo todo; la ocasion nos convida. Para que no vengan a sorprendernos i atacarnos por la espalda, colócate de centinela i obsérvalo todo. Voi a acometer al enemigo i a abrirte un ancho paso." Dicho esto, se calla, i con la espada en la mano, carga sobre el orgulloso Ramnetes, que recostado sobre ricos cojines, dormia profundamente: era un jefe poderoso i un célebre agorero, querido de Turno; pero su ciencia no pudo preservarlo de la muerte. Bajo los golpes de Niso sucumben tres de sus soldados que estaban tendidos en medio de sus armas. Niso hace lo que un leon hambriento que penetrando en un vasto pesebre, desgarra los rebaños mudos de terror. Euríalo lo imita abandonándose al furor que lo anima; e inmola una multitnd de guerreros oscuros. Reto tenia los ojos abiertos i lo veia todo; pero temblando de espanto se ocultaba detras de un enorme tonel. Euríalo se acerca a él; el cobarde quiere huir; el jóven troyano le sume en el pecho su espada i la saca humeante. El alma de Reto se escapa en olas purpurinas de sangre i de vino. Inflamado por esto, i como embriagado por la carnicería, Euríalo se dirijia a la tienda de Mesapo, donde los fuegos arrojaban una luz moribunda i donde los caballos comian libre i tranquilamente. Pero Niso lo detiene. "Suspendamos, le dice; el dia va a aparecer en breve: hemos hecho bastante mal a nuestros enemigos i nos hemos abierto en medio de ellos un ancho camino."

Abandonan sin tocarlos una multitud de objetos preciosos esparcidos en el suelo: Euríalo se apodera del precioso tahalí de Ramnetes, adornado de chapas de oro: toma tambien el casco de Mesapo adornado con un briliante penacho i lo coloca en su cabeza. Ambos salen del campo i toman un camino mas seguro.

Entretanto, trescientos jinetes, todos con sus broqueles, i mandados por Volscente, habian salido de Laurento para reforzar el ejército de Turno. Acercábanse ya al campo de los rútulos cuando de léjos divisan a los dos jóvenes que torcian hácia la izquierda: en ese momento, la primera luz del alba cae sobre el casco de Euríalo haciéndolo brillar en medio de las tinieblas.

"No me engañaba, esclama Volscente a la cabeza de un escuadron. Deteneos quienesquiera que seais: ¿Qué haceis en estos lugares? ¿A dónde vais?"

Los fujitivos no responden nada; ántes por el contrario, apuran el paso, se arrojan en el bosque i ponen toda su esperanza en la oscuridad de la noche i de la selva. Los jinetes van a cerrarles todas las salidas que les son conocidas. La selva era espesa, tupida, embarazada por todas partes con arbustos espinosos, i apénas entrecortada por algunos estrechos senderos. En medio de las tinieblas, Euríalo se siente a cada paso

detenido en su fuga, i el botin de que va cargado lo embaraza. El sobresalto lo hace perder el camino.

Mas feliz que él, Niso ha podido salir de la selva, está fuera del alcance de los enemigos, se encuentra en el lugar en que Alba fué fundada mas tarde, i donde el rei latino poseia inmensos ganados. Se detiene, percibe que está solo i esclama: ¡"Ah desgraciado Eurίalo! ¿Dónde te he perdido? ¿dónde te he de buscar?" Vuelve a la selva, se interna de nuevo en sus intrincados senderos, trata de reconocer la huella de sus pasos, vaga bajo esas sonmbras espesas, pone atento el oido; pero por todas partes no percibe mas que un profundo silencio. De repente, oye un ruido de caballos, de armas, de jinetes que persiguen a alguien. Al mismo instante un grito llega a sus oidos, i distingue a Eurίalo que traicionado por la oscuridad, por los embarazos del camino, por la turbacion de un ataque repentino, ha sido tomado por los rútulos i se bate en vano con los enemigos que lo arrastran.

¿Qué hacer? ¿Por qué medio, con qué armas podrá Niso quitarles su presa? ¿Irá a arrojarse desesperado en medio de las espadas enemigas buscando en ellas una gloriosa muerte? Al momento, blandiendo un venablo, i levantando sus ojos hácia el astro de la noche que brillaba en lo alto del cielo, pide su proteccion en estos términos: "¡Oh diosa, hija de Latona, reina de las estrellas, guardadora de las selvas! ayúdame en este trance. Si alguna vez mi padre ha cargado tus altares con sus ofrendas, si frecuentemente yo he añadido mis tributos a los suyos i suspendido los productos de mi caza en las bóvedas sagradas de tus templos, protéjeme; haz que yo disipe esa muchedumbre enemiga, i dirije mis dardos por los aires."

Dice, i con todo el esfuerzo de su brazo, lanza la flecha; ésta silba i brilla al traves de las tinieblas, va a clavarse en la espalda de Sulmon, se rompe i sale por el pecho. Sulmon cae bañado en su sangre. Los rútulos espantados dirijen sus miradas por todas partes. Inflamado por el buen éxito de su primer golpe, Niso lanza un segundo dardo: los rútulos lo sienten silbar: palidecen: uno de ellos, Tago, cae con el cerebro atravesado.

El bárbaro Volscente se abandona a todo su furor: no sabe ni de dónde han salido las flechas ni quién las ha lanzado, ni sobre quién descargar su rabia: "Pues bien, esclama, tu sangre va a pagar la de mis soldados;" i con la espada desnuda en la mano carga sobre Eurίalo. Al ver esto, Niso, espantado, fuera de sí, lanza un grito; no puede ocultarse mas tiempo ni resistir al exceso de su dolor. "Soi yo, soi yo quien lo ha hecho todo. Volved vuestras espadas contra mí. Yo solo he formado este plan; ese niño no ha hecho nada; no podia hacer nada contra vosotros; lo juro por el cielo, por esas estrellas que lo han visto todo. No ha hecho mas que querer mucho a su desgraciado amigo."

Así hablaba Niso; pero ya el acero, blandido por un brazo furioso, ha desgarrado el blanco pecho de Eurίalo. Cae moribundo sobre el polvo; la sangre inunda su hermoso cuerpo; su cabeza se inclina sobre su hombro, del mismo modo que una flor cortada por el filo del arado, languidece i muere.

Pero Niso se lanza en medio de los enemigos: entre todos busca a Volscente: a Volscente solo quiere matar. En vano los rútulos se agrupan al rededor de su jefe para libertarlo de este terrible ataque: la espada del

jóven troyano jirando en su mano con la rapidez del rayo, los separa, i en el momento en que Volscente espantado lanzaba un grito, se la clava en la boca; i ántes de morir quita la vida a su enemigo. Entónces, cubierto de heridas, se arroja sobre el cuerpo inanimado de su amigo i se duerme en la paz del último sueño.

¡Felices amigos! Si mis versos tienen algun poder, vuestros nombres no se borrarán jamas de la memoria de los mortales, miéntras los descendientes de Enéas ocupen la roca eterna del Capitolio, miéntras Roma dé sus leyes al universo.

Los rútulos cargan los despojos de sus víctimas i los llevan al campamento con el cadáver de su jefe; lloraban su muerte; pero el duelo no era ménos grande en el campamento mismo. La muchedumbre se estrechaba al rededor de los restos ensangrentados de Ramnetes i de tantos otros; examinaban, reconocian el casco brillante de Mesapo i el tahalí dorado de Ramnetes.

Ya la aurora alumbraba a la tierra con sus primeros rayos: Turno está sobre las armas i llama a los guerreros al combate. Todos se aprestan llenos de furor: en picas elevadas han clavado las cabezas de Euríalo i de Niso, i lanzan a su alrededor horribles clamores. Los troyanos cargan todas sus fuerzas a la izquierda de la ciudad: la derecha está defendida por el rio: alineados a lo largo de sus fosos profundos, colocados en la cima de sus elevadas torres, contemplan con una dolorosa emocion esas dos cabezas conocidas, pálidas i chorreando una sangre negra. La lijera fama va a llevar ese funesto rumor a la ciudad entera: llega a los oidos de la madre de Euríalo.

Al oir esta noticia, la desventurada siente que el calor abandona su cuerpo; la rueca cae de sus manos desfallecidas, la lana se desliza a sus piés. Se precipita lanzando gritos desgarradores i arrancándose los cabellos: fuera de sí corre a las trincheras i al medio de las filas mas avanzadas: no piensa ni en los hombres que la rodean, ni en el peligro que la amenaza, ni en los dardos que llueven por todas partes, i llena el aire con sus quejas.

"¡Eres tú, Euríalo, tú, el consuelo i la felicidad de mi vejez! ¡I tú, cruel, has podido dejarme sola! ¡I cuando ibas a acometer tan espantosos peligros, tu madre no ha podido decirte adios! ¡Ah tu cuerpo yace en tierra desconocida, como presa abandonada a las aves i a los perros del Lacio, i tu desventurada madre no ha podido llenar sus últimos deberes ni cerrarte los ojos, ni lavar tus heridas, ni cubrirte con esa tela preciosa que me apresuraba a concluir para tí, trabajo que ocupaba mis dias i mis noches, i que alegraba los fastidios de mi vejez. ¿Dónde buscarte? ¿En qué lugar encontrar tus miembros desgarrados, tu cuerpo hecho pedazos? He ahí, hijo mio, todo lo que puedo ver de tu existencia; i para esto te he seguido por tierra i por mar. Matadme, oh rútulos, si os queda todavía alguna compasion; lanzad contra mí todos vuestros dardos; asesinadme la primera; o bien, tú, poderoso dios de los dioses, compadécete de mí, hiéreme con tu rayo, precipítame en el negro Tártaro, puesto que no puedo libertarme de otra manera de una vida odiosa."

Estas quejas llegan a todos los corazones i ajitan el valor de todos.

Por órden del prudente Ilioneo i de Ascanio, que lloraba de dolor, dos heraldos se acercan a ella, la toman suavemente en sus brazos i la trasportan moribunda a su mansion solitaria.

(El poeta sigue refiriendo los combates que tuvieron lugar entre troyanos i latinos hasta la vuelta de Eneas, i el combate singular en que éste da muerte al rei Turno, con lo que se termina el poema).

VIRJILIO (1).
Eneida, lib. IX.

IV.

EL RODABALLO.

El último de los Flavios (Domiciano) desgarraba el universo próximo a espirar: Roma jemia bajo el yugo de este Neron calvo, cuando en el mar Adriático un rodaballo monstruoso fué cojido por un pescador. Marabillado éste al ver su presa, la destina al soberano pontífice. ¿Quién se habria atrevido a venderla o a comprarla? Las playas vecinas estaban cubiertas de delatores, i los inspectores de la costa no habrian dejado de promover un proceso al pobre pescador: ellos habrian probado que ese rodaballo, alimentado largo tiempo en los estanques de César, se habia escapado de allí, i debia volver a su antiguo dueño. Si se cree a Palfurio i a Armilato, el mar no tiene nada de hermoso, nada de raro, en cualquier paraje que sea, que no pertenezca al fisco. ¿Qué hacer con el pescado? Darlo para no perderlo todo. Aunque los vientos del invierno silbaban en esa época i preservaban de la corrupcion a la reciente presa, el pescador se pone en marcha apresuradamente como si tuviese que temer los vientos del estío.

Apenas ha pasado el lago vecino de Alba, cuando se ve demorado un momento por la muchedumbre marabillada: ésta se desliza al fin, i las puertas del salon imperial se abren delante de él. Los senadores esperan en la parte de afuera que su señor haya recibido la ofrenda. El pescador se acerca al nuevo Atrida i le dice: "Recibid un pescado demasiado grande para las mesas vulgares; consagrad este dia a vuestro buen jenio, i que vuestro estómago, vacío en este momento, se harte a su antojo con este rodaballo que los dioses reservaban a nuestro siglo: se ha colocado voluntariamente en mi red." ¿Hai algo mas grosero que esto? Sin embargo, el César está orgulloso. El poder supremo lo cree todo cuando se le lisonjea.

Pero ¿dónde encontrar un fondo capaz de contener este pescado? Este punto merecia que se deliberase. Los grandes son convocados en nombre del emperador; los grandes a quienes detestaba, i cuya frente

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 106.—Para facilitar el trabajo que me ha demandado esta compilacion, habria podido copiar este fragmento de la traducion castellana que en 1869 ha publicado en Madrid don Eujenio de Ochoa; pero esa traduccion, demasiado literal, es por esto mismo larga i difusa, i no refleja perfectamente el colorido del poeta latino. He preferido, pues, hacer por mí mismo la traduccion de este fragmento, abreviándolo en cuanto es posible, sin suprimir, sin embargo, ninguna de sus ideas capitales.

pálida llevaba el sello de la desconfianza, compañera inseparable de relaciones tan elevadas i tan temibles. El primero que se presentó fué Pegaso, que se apresuraba a llegar acomodándose la túnica. Era el mas honrado de todos los cortesanos, el mas íntegro de todos los majistrados, aunque en estos dias desastrosos creyese necesario quitar a Témis su balanza i su espada. Venia en seguida Crispo, ese anciano agradable cuyo carácter i cuyas costumbres, conformes a su elocuencia, respiraban suavidad: ¿Quién mereceria mejor ausiliar con sus consejos al señor del universo, si hubiese sido permitido, bajo este azote del jénero humano, censurar la crueldad i dar un consejo jeneroso? Pero no hai nada mas fácil de irritarse que el oido de este tirano que sacrificaba a sus amigos por una sola palabra, si le hablaban de otra cosa que de las lluvias del otoño o de las tempestades de la primavera. Crispo conoció, pues, que era inútil oponerse al torrente, cuando cada cual encerraba en su seno la verdad cautiva, i no se atrevia a decirla sin peligro de su vida. Por esto fué que vió tantas veces al sol recomenzar su carrera, i que llegó a su décimo sesto lustro. La misma conducta observó Acilio en medio de esta corte peligrosa: casi de la misma edad que Crispo, acudia acompañado de un jóven que no merecia la muerte cruel que lo esperaba; pero la víctima estaba ya reservada a la espada imperial. Desde largo tiempo es un prodijio ver a un noble que llega a la vejez. No sirvió de nada a ese desgraciado jóven el haber afrontado solo en las arenas de Alba el furor de los leones de Numidia. ¿Quién no penetra hoi los motivos secretos de nuestros patricios? ¿Quién seria, oh Bruto, el juguete de tu vieja estratajema? Era mas fácil sin duda engañar a nuestros antiguos reyes.

Apesar de la bajeza de su estraccion, Rubino llegaba con la misma seguridad. Se sentia culpable de un antiguo ultraje que le era preciso ocultar; i sin embargo tenia la desvergüenza de un libertino que escribe contra las costumbres del siglo. Viéronse tambien aparecer a Montano, a quien su enorme vientre impedia andar lijero, i a Crispino, que destilaba mas perfumes de los que eran necesarios para embalsamar dos cadáveres. Venia tambien Pompeyo, mas cruel que los anteriores, hábil en hacer correr la sangre por medio de secretas calumnias, i Fusco, que debia llevar en breve sus entrañas a los buitres de la Dacia, despues de haber meditado en vano el arte de la guerra en medio de los mármoles de su casa de recreo. El artificioso Vejenton acompañaba al asesino Catulo, monstruo de infamia aun en nuestro siglo, adulador aunque ciego, que de mendigo se hizo satélite, i que no merecia mas que seguir pidiendo limosna, a los carros que bajaban de la colina de Arisia. Nadie pareció mas admirado al aspecto del rodaballo: el pescado está a la derecha, él lo admira a la izquierda. Vejenton, no ménos ardoroso que Catulo, i como un fanático unjido por los aguijones de Belona, pronuncia este oráculo: "Príncipe, hé aquí el presajio seguro del triunfo mas memorable i mas brillante: hareis prisionero algun rei, o bien Arvirago caerá del trono británico. ¿Veis de qué dardos está herizada su espalda?" No faltaba a Vejenton mas que señalar el país i la edad del rodaballo.

"¿Cuál es vuestro parecer, pregunta el emperador? ¿Convendrá cortarlo en pedazos?"—"Guardémonos, respondió Montano, de hacerle tal ultraje: que se fabrique un fondo bastante grande i que sea bastante ancho para recibirlo todo entero. Esta grande obra exije el arte i la actividad de un nuevo Prometeo. Que se preparen los materiales lo mas

pronto posible. Desde hoi, César, los alfareros deben estar en vuestro campamento." Este parecer, digno del autor, fué aceptado. Montano se acordaba de la intemperancia de los primeros emperadores, i de las orjías que prolongaba hasta media noche ese Neron que sabia renovar el hambre en su estómago cargado de alimentos, i cuando sus pulmones estaban abrasados por el vino de Falerno. Nadie en nuestro tiempo tuvo un tacto mas fino ni un paladar mas delicado: distinguia en el primer bocado la ostra de Circe de la de las rocas de Lucrino; a la primera mirada, podia decir de qué paraje venia un erizo del mar.

Todos se levantan: el consejo ha terminado, i se manda salir a todos estos grandes a quienes su sublime señor habia obligado a acudir en desórden i llenos de terror a la ciudadela de Alba, como si se tratase de los Catos o de los Sicambros; como si hubiesen llegado súbitamente terribles noticias de los cuatro puntos del mundo. ¿Por qué no consumió en estas estravagancias la duracion de un reinado que ultrajó a la patria sin que se levantase un vengador de tantos ciudadanos ilustres i jenerosos? Pero pereció a su turno, cuando los últimos ciudadanos comenzaron a temerle. Eso fué lo que purgó a la tierra de un monstruo cubierto de sangre.

JUVENAL (1),
Sátira IV.

V.

FRANCISCA DE RÍMINI.

(Al visitar el segundo círculo del infierno, Dante llega a "un lugar que carecia de luz, i que rujia como el mar tempestuoso cuando está combatido por vientos contrarios. Una ráfaga infernal, que no se detiene nunca, envuelve en su torbellino a los espíritus; los hace dar vueltas continuamente, los hiere i los molesta. Cuando se encuentran ante su soplo, son los llantos, los gritos, los lamentos i las blasfemias contra la virtud divina." El poeta supone que están condenados a este tormento los pecadores que sometieron la razon a sus lascivos apetitos. Allí encontró a Francisca de Polenta, hija del señor de Ravena. Amada por el jóven Pablo de Rímini, a quien ella correspondia, se casó, sin embargo, con el hermano mayor de éste, Lanciotto, príncipe cojo i deforme. Los dos amantes no pudieron olvidar su primera inclinacion. Un dia que leian juntos un mismo libro, el marido que los espiaba, los atravesó de una misma estocada. Este pasaje del Dante ha sido el objeto de algunos cuadros famosos, de tal manera que las artes han popularizado mas a aquellos desventurados amantes).

Espera que estén mas cerca de nosotros, dijo Virjilio; suplícales entónces por ese amor que los guia i ellos se acercarán a tí.

Tan pronto como el viento los inclinó hácia nosotros, levanté la voz:—Almas atormentadas, les dije, venid a responderme, si nadie se opone a ello.

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 131.

Así como las palomas, atraidas por su deseo, vuelan hácia el dulce nido con alas que se abren i se cierran, i llevadas por una misma voluntad,

Así las dos sombras salieron del grupo en que estaba Dido, acercándose a nosotros al traves del aire emponzoñado.

—Hombre compasivo, dijeron, que vienes a visitarnos en estas tinieblas a nosotros que hemos teñido el mundo con nuestra sangre;

Si fuésemos amados por el rei del universo, nosotros le pediríamos por tu reposo. Todo lo que quieras oir i decir, nosotros lo oiremos i lo diremos de todo corazon, puesto que el viento que nos arrastra se ha calmado un instante.

La tierra en que nací, dijo la jóven, está situada sobre el golfo en que el Pó desciende con todos los rios que lo siguen, para descansar en el mar.

El amor que se apodera pronto de todo noble corazon, adhirió al que tú ves a mi lado a esa forma hermosa que me ha sido arrebatada, i cuya pérdida siento todavía.

El amor que obliga a amar al que os ama, me unió tan estrechamente a la felicidad con que me embriagaba Pablo, que, como lo ves, la muerte misma no ha podido separarme de él.

El amor nos condujo a la misma muerte. Allí, el círculo de Cain espera al que nos hirió a los dos.—Tales fueron las palabras de la sombra.

Desde que hube oido a esta alma herida, doblegué la cabeza i mantuve el rostro inclinado tanto tiempo, que Virjilio me dijo:—¿En qué piensas?

Yo le respondí:—¡Ah! cuántos dulces pensamientos, cuántas emociones los han conducido a este sitio doloroso.

En seguida, me volví hácia ellos i les dije:—Francisca, tu desgracia me colma de tristeza i me hace llorar.

Pero, dime, allá en el tiempo de los dulces suspiros, por qué signo i cómo el amor os ha permitido comprender las oscuras turbaciones de vuestra alma.

I ella respondió:—No hai dolor mas grande que el de recordar en la miseria los dias que fueron felices.

Pero si tienes gran deseo de saber cuál ha sido la primera raiz de nuestro amor, yo haré lo de aquel que llora i que cuenta a la vez.

Leíamos un dia juntos las aventuras del Lancelote del lago (1) i la manera como éste habia sido dominado por el amor: estábamos solos i no abrigábamos ninguna desconfianza.

Muchas veces, en esta lectura, nuestros ojos se buscaron i nuestro rostro cambió de color; pero fué un solo pasaje el que decidió de nosotros.

Cuando vimos la dulce sonrisa de la amante interrumpida por el beso del amante, el que jamas se ha separado de mí,

Tocó mis labios con los suyos que estaban temblorosos; el libro i el que lo escribió nos habian perdido. Ese dia no leimos mas.

I miéntras que uno de los espíritus hablaba así, el otro lloraba tan fuerte que me sentí turbado como si fuese a morir.

DANTE (2),
Divina comedia, Infierno, cant. V.

(1) Famoso libro de caballerías, mui leido en la edad media, en que se cuentan las aventuras de un célebre caballero criado en un palacio encantado que habia en el fondo de un lago, i que mas tarde se enamoró de Jeniebra, hermana del rei Arturo.

(2) V. las *Nociones de hist. lit.*, p. 291.

VI.

UGOLINO.

(Al llegar al noveno círculo del infierno, Dante encuentra a los traidores a sus deudos, sumerjidos en un lago helado, "produciendo con sus dientes el mismo sonido que la cigüeña con su pico. Tenia cada cual el rostro vuelto hácia abajo: su boca daba muestras del frio que esperimentaban, así como sus ojos dejaban ver la tristeza de su corazon." Allí vió al conde Ugolino, de quien hemos dado noticias en la nota de la páj. 100).

Vi dos pecadores helados en una misma fosa, i colocados de tal manera que la cabeza del uno servia de sombrero al otro; i así como un hombre hambriento muerde el pan, así el condenado que tenia al otro debajo, clavó su diente en el lugar en que el cerebro se une a la nuca.

—O tú que demuestras por ese feroz encarnizamiento tu odio contra aquel a quien devoras, dime cuál es su motivo; porque

Si tienes razon para aborrecerlo, sabiendo yo quiénes sois i cuál ha sido su crímen, yo te vengaré a tí, si mi lengua no se seca.

El pecador levantó la boca de su horrible comida, i la limpió con los cabellos de la cabeza que habia devorado en parte.

En seguida habló en estos términos:—¿Quieres que renueve un dolor desesperado que oprime mi corazon al pensar en él i aun ántes de hablar?

Pero, si mis palabras son una semilla de infamia para el traidor a quien devoro, verás llorar i hablar al mismo tiempo.

Yo no sé quién eres, ni cómo has podido llegar hasta aquí; pero al oirte me parece que eres florentino.

No debes ignorar que yo soi el conde Ugolino, i éste el arzobispo Ruggieri: ahora sabrás por qué lo trato así.

No es necesario decirte que por efecto de sus malos pensamientos, yo que me fiaba en él fuí preso i en seguida muerto.

Pero lo que no puedes haber sabido, es cuán cruel fué mi muerte. Escucha i sabrás si me ha ofendido.

Una pequeña abertura al traves de la torre, que por mi causa se llama la torre del hambre, i en la que deben ser encerrados muchos otros todavía,

Me habia dejado ver que la luna se habia renovado muchas veces, cuando tuve el sueño horrible que descorrió para mí el velo del porvenir.

Cuando desperté ántes de la aurora, porque oí la voz de mis hijos que estaban prisioneros conmigo: lloraban entre sueños i me pedian pan.

Eres mui cruel si desde luego no te enterneces pensando en lo que se anunciaba a mi corazon; i si ahora no lloras ¿qué es lo que podrá exitar tus lágrimas?

Estábamos despiertos, i se acercaba la hora en que acostumbraban traernos nuestro alimento; pero todos dudábamos, porque todos habíamos tenido un sueño semejante.

Oí clavar la puerta de la horrible torre i miré a mis hijos sin decir una palabra.

No podia llorar porque estaba como petrificado. Ellos lloraban, i el niño Anselmo me dijo:—¿Qué tienes, padre mio? ¿Por qué nos miras así?

Sin embargo, no lloré ni respondí una palabra en todo aquel dia ni en la noche siguiente, hasta que otro sol alumbró de nuevo al mundo.

Cuando entró en la dolorosa prision uno de sus débiles rayos, i contemplé en aquellos rostros el aspecto que debia tener el mio,

Me mordí las dos manos de desesperacion, i mis hijos, pensando que era de hambre, se levantaron con presteza.

I dijeron:—Padre, nuestro dolor será mucho menor si nosotros te servimos de alimento: tú nos diste nuestra miserable carne: despójanos, pues, de ella.

Entónces yo me tranquilicé para no entristecerlos mas. Aquel dia i el siguiente permanecimos mudos. ¡Ah! dura tierra ¿porqué no te abriste entónces?

Cuando vino el cuarto dia, Gaddo cayó i se tendió a mis piés diciendo:—Padre mio ¿por qué no me auxilias? Allí murió; i así como tú me ves, yo los vi caer a los tres uno en pos de otro, entre el quinto i el sesto dia.

En fin, ciego ya, me puse a buscarlos a tientas al uno despues del otro, i los llamaba todavía dos dias despues que habian muerto: en seguida el hambre tuvo mas poder que el dolor.

Cuando hubo pronunciado estas palabras revolviendo los ojos, cojió de nuevo el miserable cráneo donde sus dientes, como los de un perro furioso, penetraron hasta el hueso.

DANTE,
Divina comedia, Infierno, cant. XXXII i XXXIII.

VII.

VIAJE DE ASTOLFO A LA LUNA.

San Juan unció al carro cuatro corceles que lanzaban llamas resplandecientes: se colocó allí con el paladin, i tomando en sus manos las riendas, hendió los aires i se elevó a los cielos. Atravesaron toda la esfera de fuego sin ser incomodados, porque el apóstol moderó el ardor. Al fin, llegan a la luna. La mayor parte de este planeta les pareció semejante a un acero pulimentado; i pensaron que seria ésta de un tamaño casi igual a la tierra.

Astolfo quedó doblemente sorprendido de encontrar a la luna tan grande, apesar de lo que parece; i de que la tierra, que no es luminosa por sí misma, se viese desde aquel lugar tan pequeña que apénas se podia distinguir. Descubre lagos, rios, campos, llanuras i montañas diversas de las nuestras; ciudades con castillos i casas tan grandes como nunca habia visto semejantes. Ofreciéronse a su vista bosques espesos i vastas selvas donde las ninfas cazan todo el dia.

El paladin, que no habia ido allí para observar todas estas cosas, no se detuvo en lo que llamaba su atencion. El santo apóstol lo condujo a un valle encerrado entre dos montañas, en el cual estaba guardado todo lo que se pierde en la tierra, sea que se pierda por desgracia o por negligencia, sea que el tiempo borre su memoria: todo, sin escepcion, se encontraba allí marabillosamente reunido. No hablo únicamente de las grandezas i de las riquezas que están sometidas a la instabilidad de la fortuna; me refiero a todas las cosas, aun a aquellas sobre las cuales la fortuna no tiene ningun poder. Allí están las brillantes reputaciones que el tiempo carcome poco a poco i que al fin devora. Ahí se encuentran todos los ruegos impremeditados que nosotros miserables mortales dirijimos al cielo. Se ven las horas que se emplean inútilmente en el juego, i todas aquellas de que nosotros ignorantes ociosos hacemos tan mal uso. Los proyectos ridículos que no llegan a ejecutarse se encuentran tambien allí. Los deseos frívolos, cuyo número es inmenso, llenan la mayor parte del valle. En una palabra, todo el que ha perdido alguna cosa no tiene mas que subir a ese astro i buscarla en ese valle: allí la encontrará.

Astolfo tenia cuidado de hacerse esplicar por su guia todo lo que se ofrecia a sus miradas. Vió un gran monton de vejigas infladas, de donde parecia salir mucho ruido, i supo que eran las antiguas monarquías de los asirios, de los persas, de los medos i de los griegos, mui famosas en otro tiempo, i reducidas hoi a un vano nombre. Percibió un gran monton de anzuelos de oro i de plata; son los presentes que se hacen a los príncipes avaros i a todos aquellos de quienes dependemos, con el objeto de recibir algun favor. Las lisonjas tenian forma de lagos cubiertos de flores; i los versos que se hacen en alabanza de los grandes tenian la figura de cigarras reventadas. Unas garras de águilas representaban la grande autoridad que ciertos soberanos dejan tomar a algunos de sus súbditos. Fuelles inflados de viento, representan ese favor pasajero que los príncipes conceden a sus favoritos, i que se estingue siempre con la estimacion que tienen por ellos.

Observó tambien Astolfo ruinas de ciudades i de castillos mezcladas con muchas riquezas, i supo que eran las coaliciones débiles i las conjuraciones que se frustran por falta de secreto. Bajo la figura de serpientes con cabeza de mujer, estaban ocultas todas las bellaquerías de los ladrones i de los monederos falsos. La miserable esclavitud de los cortesanos estaba representada por botellas de toda especie, pero todas rotas. El paladin vió todavía una cantidad de sopas esparramadas: "Esas son, le dijo San Juan, las limosnas que muchas personas mandan se hagan despues de su muerte." No acabaria nunca si quisiera referir en detalle todo lo que vió el príncipe ingles. Baste decir que ahí no faltaba nada de lo que se puede imajinar, escepto lá locura que no se encuentra en la luna, porque nunca abandona nuestro globo. Ausiliado por su conductor, pudo ver tambien algunas de sus acciones i algunos dias que habian empleado mal.

En seguida Astolfo vió una cosa de que todos creemos estar mui bien dotados i que nadie piensa pedir al cielo: el sentido comun. Habia allí una cantidad prodijiosa, mas grande que todas las demas juntas. Era como una especie de licor sutil que se evapora mui pronto si no se le guarda con mucho cuidado. Este licor estaba guardado en botellas mas o ménos grandes segun la necesidad, i la mas grande de todas contenia

el juicio del conde de Angers. Astolfo lo reconoció sin trabajo por estas palabras que estaban escritas encima: "Sentido comun del paladin Orlando." Las otras botellas tenian igualmente etiquetas con los nombres de aquellos a quienes pertenecia el juicio; i el príncipe ingles observó una en que estaba guardada una gran parte del suyo. Pero lo que mas le sorprendió fué el encontrar allí una gran cantidad de botellas que estaban llenas con razon de muchas personas a quienes creia mui sensatas.

La ambicion hace perder el juicio a unos; muchos se vuelven locos por el deseo de enriquecerse, que les hace correr el mundo: otros adhiriéndose tontamente a los grandes señores, algunos entregándose a las impertinencias de la majia, otros siguiendo el gusto que tienen por los cuadros i por otras cosas raras: cada cual se enloquece abandonándose indiscretamente a su inclinacion. Veíase en este lugar el sentido comun de muchos sofistas, de muchos astrólogos, i de una gran cantidad de poetas.

Astolfo se apoderó de la botella que contenia el suyo; i con el permiso que le dió el autor del Apocalípsis, la aplicó a sus narices i respiró el licor. Parece que entónces le volvió el juicio, porque Turpin declara que despues de esta operacion fué prudente durante mucho tiempo; pero el mismo autor nos enseña que, habiendo hecho mas tarde una nueva tontería, volvió a ser tan tonto como lo era ántes. El paladin tomó en seguida la botella en que estaba el juicio del conde de Angers; ninguna pesaba tanto. Antes de abandonar la luna, San Juan condujo al príncipe de Inglaterra a otras partes del satélite, donde le mostró otras marabillas alegóricas.

ARIÓSTO (1),
Orlando furioso, canto XXXIV.

VIII.

HERMINIA ENTRE LOS PASTORES.

(Entre los personajes de la *Jerusalen libertada* figura en primera línea Herminia, hija del sultan de Antioquía, la cual se halla entre los defensores de la ciudad santa, aunque ha concebido un amor profundo por Tancredo, el mas heroico de los cruzados. En un combate singular que se verificó en frente de las murallas de Jerusalen entre Tancredo i el sarraceno Argante, los dos guerreros estaban igualmente heridos cuando la

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 350.—El *Orlando furioso* ha sido traducido en verso castellano por don Augusto de Burgos, i esa traduccion no carece de soltura i elegancia; pero me ha parecido preferible trascribir aquí una traduccion en prosa que dé a conocer mejor, con mas claridad, i mas por entero, el pensamiento del autor.

Hai en el poema del Ariosto otro episodio igualmente célebre, el de Medoro i Cloridano (canto XVIII i XIX), imitacion del de Niso i Eurialo de Virjilio, que hemos trascrito mas atras. La comparacion de estos dos fragmentos, hará ver la gran superioridad del autor de la *Eneida* sobre casi todos los poetas cuando se trata de asuntos tiernos i patéticos

noche vino a poner término al combate. Herminia, encargada de prestar a Argante los cuidados que en los siglos de caballería las mujeres prestaban a los guerreros enfermos, lamenta no socorrer mas bien al héroe a quien ella ama. Al fin se determina a ir a reunirse con él en el campo de los sitiadores. Unida por una estrecha amistad con la guerrera Clorinda, se aprovecha de estas relaciones para vestirse con sus armas. En seguida se hace abrir en nombre de Clorinda las puertas de la ciudad.

El duro acero oprime i lastima su cuello delicado i su cabellera dorada; su débil mano toma el escudo, carga demasiado pesada para ella; todo su cuerpo está revestido de fierro, brilla a su alrededor; i con un aire marcial se esfuerza en dominarse a sí misma. El Amor está presente; juega i se rie a escondidas, como el dia en que vistió al Cid con un traje de mujer.

¡Con cuánto trabajo sostiene este peso desigual, miéntras avanza con un paso lento! Se apoya en su fiel compañera, a quien hace marchar adelante. Pero el amor i la esperanza reaniman su espíritu i dan vigor a sus miembros fatigados: llega en fin al lugar en que la esperaba su escudero, i ahí monta a caballo.

(Así que se hubo alejado de la ciudad, envió adelante a su escudero a prevenir a Tancredo i a pedir un salvoconducto para entrar al campamento de los latinos. Durante este tiempo, i para calmar su impaciencia, encima una altura desde donde divisa las tiendas de campaña en que debia hallarse Tancredo.

La noche reinaba aun: ninguna nube oscurecia su frente cargada de estrellas: la luna naciente esparcia su dulce claridad: la enamorada belleza toma al cielo por testigo de su amor; el silencio i los campos son los confidentes mudos de sus penas. Dirije sus miradas a las tiendas de los cristianos i esclama:

"¡Oh campo de los latinos! ¡objeto caro a mi vista! ¡Qué aire se respira ahí! ¡cómo reanima i recrea mis sentidos! ¡Ah! Si alguna vez el cielo concede un asilo a mi vida ajitada, yo no lo encontraré sino en este recinto: no, solo en medio de las armas espero el reposo.

"¡Oh campo de los cristianos! recibe a la triste Herminia; que alcance en tu seno esa compasion que Amor le prometió, esa compasion que, cuando era cautiva, encontró en el alma de su jeneroso vencedor. Yo no reclamo mis estados; yo no reclamo el cetro que se me arrebató: ¡oh cristianos! seré mui feliz si puedo servir bajo vuestras banderas."

Así hablaba Herminia: ¡ah! ella no preve los males que le prepara la fortuna. Algunos rayos de luz reflejados por sus armas, van a herir las miradas a lo léjos: su ropa blanca, el tigre de plata que brilla sobre su casco, anuncian a Clorinda.

(No léjos de aquel sitio hai una guardia avanzada de los latinos, mandada por dos hermanos, Alcando i Poliferno. El último creyendo reconocer a Clorinda, corre hácia ella para combatir. La guerrera finjida huye; i Tancredo prevenido de que se ha visto a Clorinda en acecho cerca del campo, cree que el mensaje que ha recibido venia de ella, i así herido como estaba sale en su persecucion para defenderla contra sus propios soldados).

Entretanto Herminia, casi exánime, es llevada por su corcel a la espesura de una antigua selva. Sus manos temblorosas han dejado de manejar las riendas. El corcel huye, se precipita, da tantos rodeos, que al

fin desaparece a las miradas de sus enemigos, cuyos esfuerzos pasan a ser inútiles.

Llenos de cólera, agotados de cansancio, con la vergüenza en la frente, vuelven a su puesto, así como despues de una partida de caza larga i difícil, los perros que han perdido en el bosque la huella del animal que perseguian, vuelven llenos de fatiga i desaliento. Herminia no se detiene: temerosa, espantada, no se atreve a mirar atras para ver si todavía se la amenaza.

Toda la noche, todo el dia, vaga sin rumbo i sin guia, no viendo mas que sus lágrimas, no oyendo mas que sus gritos. En fin, a la hora en que el sol quita los corceles de su carro luminoso para sumirse en el seno de las olas, Herminia llega a las orillas del límpido Jordan, pone sus piés en tierra i se recuesta en la ribera.

No busca descanso sino para sus males, ni alivio sino para sus lágrimas. Pero el sueño, este dulce consolador de los mortales, que les procura el descanso i el olvido de sus penas, viene a adormecer sus sentidos i la cubre suavemente con sus alas bienhechoras. Sin embargo, el amor bajo mil formas diversas, turba aun la paz de su corazon.

Despierta en el momento en que las aves saludan con su canto la vuelta de la aurora; oye el murmullo de las aguas i del follaje, i el céfiro que se juega con la onda i con las flores. Abre sus lánguidos ojos i lleva sus miradas a las cabañas solitarias de los pastores; cree oir a traves del rio i de las ramas una voz que se une a sus quejas i a sus suspiros.

Sus lágrimas corren. De repente sus jemidos son interrumpidos por cantos mezclados a la música de instrumentos campestres. Se levanta, se acerca a pasos lentos i ve sentado a la sombra de un árbol a un anciano rodeado de su rebaño. Teje cestos de mimbre i escucha los cantos de tres jóvenes pastores.

La presencia repentina de un guerrero desconocido los espanta; pero Herminia, descubriendo su cabellera de oro i sus hermosos ojos, los saluda con gracia i los tranquiliza. "¡Felices pastores, mortales queridos de los dioses! les dijo, continuad vuestros pacíficos trabajos. Yo no os traigo la guerra, yo no vengo a turbar vuestros placeres ni a interrumpir vuestros afanes.

"¡O padre mio! añade ¿cómo en medio del vasto incendio que devora estas comarcas, podeis vivir tranquilo en esta mansion, sin sufrir nada por los furores de la guerra?"—Hijo mio, le responde el anciano, mi familia i mis rebaños han escapado hasta aquí a los ultrajes i a la desolacion. El ruido de los combates no ha traido todavía el espanto a nuestra soledad.

"El cielo vela por la humilde inocencia de los pastores i los proteje. Quizá semejante al rayo que hiere las cimas de las montañas i perdona los valles, el furor de las armas estranjeras no ataca mas que la cabeza de los reyes. Nuestra pobreza vil i despreciada no tienta a los ávidos soldados.

"Esta pobreza tan desdeñada es, sin embargo, tan querida a mi corazon que yo no deseo ni cetros ni riquezas. Los tormentos de la ambicion, los pesares de la avaricia no han penetrado jamas en mi alma tranquila. Esta agua límpida calma mi sed, i no temo que una mano estranjera venga a envenenarla. Mis ovejas, mi jardin, suministran a mi mesa alimentos frugales que no me han costado mas que lijeros trabajos.

"Nuestras necesidades son limitadas porque tenemos pocos deseos. No tengo esclavos: mis hijos me ayudan i son los guardianes fieles de mis rebaños. En este retiro apartado, donde se deslizan mis dias tan felices, veo a los ciervos i cabritillos saltar en la llanura, a los peces jugar en las ondas i a las aves revolotear en los aires.

"Entregado en otro tiempo a las ilusiones de la juventud, conocí otras pasiones; desprecié el cayado de los pastores, abandoné el lugar de mi nacimiento; viví algun tiempo en Ménfis. Servidor del rei, fuí admitido en el palacio, i aunque simple administrador de los jardines, ví, conocí la injusticia de las cortes.

Estraviado por una esperanza engañadora, soporté largo tiempo los contrastes i los disgustos; mas tarde, junto con mi juventud, se desvanecieron mi esperanza i mi presuncion. Sentí la pérdida de los placeres de esta vida modesta; suspiré por el reposo que habia perdido; dije adios a las grandezas, i de vuelta a estos bosques amigos, encontré de nuevo dias felices."

Miéntras hablaba, Herminia inmóvil, atenta, escucha este sabio i pacífico discurso. Su alma se siente conmovida, el sonido de esta voz calma la ajitacion de sus sentidos. En seguida, despues de largas reflexiones, se resuelve a permanecer en esta soledad, a lo ménos hasta que el destino proteja su vuelta.

"¡O anciano bondadoso, qué feliz eres por haber conocido en otro tiempo la desgracia! Si el cielo no te envidia este dulce destino, ten compasion de mis desventuras; recíbeme en este asilo, quiero vivir a tu lado. Quizá bajo esta sombra, mi corazon se sentirá aliviado del peso que lo agobia."

"Si apeteces el oro i las piedras preciosas que el vulgo adora, yo podré satisfacer i colmar tus deseos." Al decir estas palabras, las lágrimas se desprenden de sus hermosos ojos. Cuenta una parte de sus aventuras, i el anciano compasivo llora tambien.

En seguída la consuela dulcemente, le manifiesta la ternura de un padre, i la conduce cerca de su anciana esposa, a quien el cielo habia dotado de un corazon semejante al suyo. La hija de los reyes se viste con trajes rústicos, i cubre sus cabellos con un tosco velo. Pero en su mirada, en su aire se descubre que no tiene costumbre de habitar estas selvas.

Estos humildes vestidos no desvanecen su brillo, su gracia, su arrogancia. La majestad se deja ver todavía en su rostro, en sus movimientos, en medio de estos humildes trabajos. Con el cayado en la mano, conduce el rebaño a la pradera, i lo vuelve al aprisco.

TORCUATO TASSO (1),
Jerusalen libertada, cant. VI i VII.

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.* p. 347.

IX.

EL JIGANTE ADAMASTOR.

Cinco soles serian ya pasados
Desque de allí salimos, dividiendo
Los mares por ninguno navegados,
El viento siempre próspero teniendo:
Cuando una noche estando descuidados,
Aunque todos velando i no durmiendo,
Sobre nuestras cabezas aparece
Una nube que todo lo oscurece.
Iba tan espantosa i tan cargada,
Que al corazon el miedo frio toca:
Brama la negra mar alborotada,
Como si diese contra alguna roca.
"¡Oh, potestad etérea sublimada!
(Dijo mi corazon i helada boca)
¿Qué castigo este mar nos representa,
Pues esto es algo mas que una tormenta?"
Antes de decir mas, una figura
En el aire se muestra tosca i válida,
De disforme i grandísima estatura,
Con el rostro cargado i barba escuálida:
Los ojos escondidos, la postura
Espantosa, la cara toda pálida;
Crespo el cabello, secos los carrillos,
Negra la boca i dientes amarillos.
Su cuerpo era tan grande i tan monstruoso
Que bien pudo decir que era el segundo
De Rodas enormísimo coloso,
Que uno de los prodijios fué del mundo.
Con un tono de voz fuerte, espantoso,
Que pareció salir del mar profundo,
Comenzó a hablar: las carnes i el cabello
Erizáronsenos de oillo i vello.
I dijo: "Oh jente osada, mas que cuantas
En el mundo intentáron grandes cosas,
Que ni de empresas ásperas te espantas,
Ni de proyectos bélicos reposas!
Pues los vedados términos quebrantas,
I navegar los largos mares osas
De que ha ya tantos años soi yo el dueño,
I nunca ha arado estraño o propio leño;
"Pues quieres que te sean conocidos
Los secretos del húmedo elemento,
A ningun hombre grande concedidos
De noble e inmortal merecimiento:
Oye, oye los males prevenidos

A tu orgulloso loco atrevimiento,
Por todo el ancho mar, i por la tierra
Que aun has de sojuzgar con dura guerra.

"Sabe que cuantas naves este viaje
Que tú emprendes, hicieren atrevidas,
Enemigo tendrán este paraje
Con vientos i tormentas desmedidas:
I en la primera escuadra (1), que el pasaje
Haga por estas ondas mal sufridas,
He de hacer de repente atroz castigo
Como inhumano, cruel, fiero, enemigo.

"Aquí espero tomar, si no me engaño,
De quien me descubrió (2), suma venganza:
Mas no se acabará con esto el daño
De vuestra porfiada confianza;
Pues vuestras naves sufrirán cada año,
Si es cierto lo que aquí mi ciencia alcanza,
Naufrajios i desgracias, de tal suerte
Que el trabajo menor será la muerte.

"I del primer ilustre (3) que ventura
Hará ser hasta el cielo conocido,
Seré nueva i eterna sepultura,
Por juicio alto del Dios nunca entendido.
Dejará aquí el trofeo, que en la dura
Campaña contra el Turco habrá obtenido:
Pues conmigo en sus daños le amenaza
La arruinada Quiloa con Mombaza.

"Otro tambien vendrá de honrada fama
Liberal, caballero, enamorado,
I consigo traerá la hermosa dama
Que Amor por gran merced le habrá otorgado (4).

(1) Bartolomé Diaz dobló el cabo de Buena Esperanza el año de 1486 i Gama en 1497; pero como ambos no eran mas que descubridores, no se podia dar el nombre de escuadra a los pocos buques que los acompañaron. La primera escuadra propiamente tal que dobló el cabo, fué la que Pedro Alvarez Cabral llevó el año de 1500, compuesta de trece buques; pero el 25 de junio sobrevino una tempestad tan horrorosa, que el mar se tragó repentinamente cuatro buques, estrelló tres contra las rocas i dispersó a los seis restantes, de tal modo que sólo a mediados de julio pudieron reunirse, i entónces estaban mui maltratados.

(2) En una de las cuatro naves que se tragó el mar en 1500, segun se ha dicho en la nota anterior, iba de capitan Bartolomé Diaz, primer descubridor del cabo de Buena Esperanza.

(3) Don Francisco de Almeida, primer virei de la India. Ausiliado por su hijo don Lorenzo, consumó la conquista de ese país; pero murió miserablemente en el cabo de Buena Esperanza. Camoens recuerda mas detenidamente a ambos en el canto X, octavas XXVI i XXVII de su poema.

(4) Don Manuel de Sousa, que se casó en la India con la hermosísima doña Leonor de Saa, i fue muchos años gobernador de Diu. El año de 1552 volvia del oriente con su mujer i sus riquezas, pero el buque se estrelló contra el cabo de Buena Esperanza. De 500 hombres que iban en él, cien se ahogaron: los 400 restantes pudieron salvarse con don Manuel, su mujer i sus hijos. Viéndose en aquel abandono, resolvieron atravesar a pié toda el Africa para llegar a alguno de los puertos de la Guinea, donde tenian comercio los portugueses. En esta atrevidísima empresa perecieron casi todos los náufragos, i solo diez i seis llegaron a un puerto de Etiopia, de donde pasaron a Portugal. Por la relacion que éstos hicieron, un poeta portugues, llamado Jerónimo Cortereal, compuso un poema sobre tan trájica historia.

Ventura triste i hado atroz los llama
A mi duro terreno, donde airado
Los dejará tras un naufrajio vivos,
Porque sufran trabajos excesivos.
"Verán de hambre morir sus hijos caros,
Con tanto amor criados i nacidos:
Verán los cafres ásperos i avaros
Que a la dama le quitan sus vestidos:
I sus alabastrinos miembros claros
Con el frio i calor verán curtidos
Despues de haber pisado largamente
Con delicados piés la arena ardiente.
"Verán tambien los ojos que escaparse
Puedan de tanto mal i desventura,
A los amantes míseros quedarse
En la implacable i férvida espesura.
Allí, despues que lleguen a ablandarse
Las mismas peñas con su angustia dura,
Con grande amor teniéndose abrazados
Muertos se quedarán los desdichados."
Aun iba a proseguir el monstruo horrendo
Contando nuestros hados, cuando alzado
Dije: "¿Quién eres tú? que ese estupendo
Cuerpo me tiene asaz marabillado!"
La boca i negros ojos retorciendo,
Un grito dió espantoso i destemplado;
I respondió con voz triste i pesada,
Como que la pregunta no le agrada:
"Yo soi aquel oculto i grande cabo
A quien llamais vosotros Tormentorio (1),
Que ni a Pomponio, Tolomeo, Estrabo,
Ni a ningun otro antiguo fuí notorio.
Toda la costa de África aquí acaba
En este nunca visto promontorio,
Que hácia ese polo antártico se estiende
A quien vuestra osadía tanto ofende.
"Uno fuí de los hijos de la tierra,
Como Encélado, Ejeo, el Centuriano (2):
Llaméme Adamastor, e hice la guerra
Al que lanza los rayos de Vulcano:
Pero no alzando sierra sobre sierra,
Mas venciendo las olas del Océano:
Fuí capitan del mar por donde andaba
La escuadra de Neptuno que buscaba.

(1) Cuando Bartolomé Diaz descubrió este cabo, como debe recordarse, le dió el nombre de cabo de las Tormentas, porque en aquel mar padeció grandes borrascas. El rei Juan II le dió un nombre mas favorable por la esperanza que concibió de descubrir el camino que habia de llevar a los portugueses a la India.

(2) Ejeo es Briareo, jigante marino, hijo del Cielo i de la Tierra, i que en compañía de sus hermanos se rebeló contra Júpiter. Como la fábula refiere que tenia cien brazos, se le conoce con el nombre de Centimano.

"Amores de la esposa de Peles
Me hicieron emprender tamaña empresa;
Todas las diosas despreció el deseo,
Por amar de las aguas la princesa.
Desnuda entre las hijas de Nereo
En la playa la ví; i al punto presa
Quedó mi voluntad de tal manera,
Que aun ahora no hai cosa que mas quiera.
"Mas, siéndome imposible el alcanzarla
Por mi cara tan fea i mal dispuesta,
Determiné por armas conquistarla:
Mi intencion hice a Dóris manifiesta:
I Dóris por temor tuvo que hablarla.
Tétis le respondió con risa honesta:
"¿Qué ninfa habrá que tenga amor bastante
A poder sustentar el de un jigante?
"Pero por evitar el mal estraño
Que en el mar hace, buscaré manera,
De salvar mi honra i evitar el daño."
Esto me respondió la mensajera.
Yo no pude caer en el engaño;
Que es grande en los amores la ceguera!
I lleno de una loca confianza,
Quedé fuera de mí con la esperanza.
"Dejo de hacer la guerra al mar horrendo;
I la noche de Dóris prometida,
Se me fué desde léjos descubriendo
El rostro de mi Tétis tan querida.
Como loco corrí tras ella, abriendo
Los brazos por cojer lo que es mi vida:
Comiénzole a besar los ojos bellos,
La boca, las mejillas, los cabellos.
"Mas, de rabia no sé como lo cuente!
Pues pensando abrazar a la que amaba,
A una roca abrazaba estrechamente
Que de zarzas i espinos llena estaba;
I a una peña apretaba yo mi frente,
Que como el rostro anjélico besaba.
Atónito quedé con aquel chasco,
I al lado de un peñasco otro peñasco.
"Ninfa la mas jentil del Oceáno!
Ya que esta mi presencia no te agrada,
¿Por qué no continuaste el juego vano,
O fuese monte, o nube, o sueño, o nada?
Apartéme furioso i casi insano
Por la pena i deshonra allí pasada,
A buscar otro mundo, do no viese
Quien de mi mal i llanto se riese.
"Pero entretanto todos mis hermanos
Ya eran vencidos i en miseria puestos:
Crecidos montes por los dioses vanos

Eran a sus cabezas sobrepuestos:
I como contra Dios no valen manos,
Yo que lloraba enojos tan molestos,
Fuí sintiendo del cruel hado enemigo
Por mis atrevimientos el castigo.
"Convirtióse mi carne en tierra dura,
Mis piés i manos peñas se volvieron;
Este cuerpo que veis, esta figura
Por esas hondas aguas se estendieron.
En fin, esta grandísima estatura
Los dioses en un monte convirtieron;
I para aumentar mas pena tamaña
Tétis en torno me rodea i baña."
Aquesto nos contó; i con triste lloro
Súbito de la vista se apartaba:
La nube se deshizo, i con sonoro
Bramido el agua léjos resonaba.
Alcé las manos al celeste coro,
I al Anjel le pedí que nos guiaba,
Que nos librase de los casos duros
Que Adamastor profetizó futuros.

CAMOENS (1),
Los Lusiadas, cant. V.

X.

MUERTE DE ADÓNIS.

Con su mano delicada, Adónis lanza del mejor modo que puede el duro fierro contra el jabalí; pero un brazo mas robusto i mas seguro que el suyo no podria penetrar allí donde dió el golpe. El afilado acero, como si hubiese chocado contra una sólida muralla, o contra una roca escarpada, o como si hubiese dado contra un yunque, vuelve atras sin haberse enrojecido con una sola gota de sangre.

Cuando ve esto, Adónis se reconcentra en sí mismo; se arrepiente demasiado tarde, i aconsejándose mejor, piensa en escaparse, si le es posible. Siente terror, i se determina a huir, porque viendo de cerca a este animal feroz, descubre entre sus horribles párpados, esa misma luz es-

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 539.—He tomado este episodio de la traduccion castellana del poema de Camoens, hecha por don Lamberto Gil i publicada en Madrid en 1818. Esta traduccion aunque no siempre armoniosa i elegante, es bastante fiel. El mismo traductor ha dicho en el prólogo de su obra que este trabajo no presentaba grandes dificultades. "En efecto, dice, solo con mudar la ortografía quedará la mitad del poema en castellano; i no se necesita mas que traducir la otra mitad, que es lo que nosotros hemos procurado hacer."

No hemos encontrado ninguna noticia biográfica acerca del traductor, i solo sabemos que era eclesiástico.

pantosa que algunas veces muestra el cielo cuando con un tridente de fuego entreabre las noches en medio de las nubes destrozadas.

(Sin embargo, el jabalí persigue a Adónis, i Marini, por una estravagancia de su imajinacion, i que puede servir de ejemplo de su mal gusto, supone que el monstruo feroz queda encantado al observar la belleza del cazador que huye delante de él.)

Con su gruñido cruel, quiere aplicar un beso sobre ese costado que aventaja en blancura a la misma nieve; i creyendo acariciar el delicado marfil, imprime en él las huellas de sus terribles dientes. Esas heridas son manifestaciones de su ternura; porque la naturaleza no le habia enseñado otros movimientos, otras caricias para atestiguar su amor.

(De nuevo quiere Adónis rechazar al monstruo con su lanza: es echado por tierra, i el jabalí, pasando i repasando sobre él, desgarra sus costados con grandes heridas.)

¡Con cuánta dulzura espira! ¡con cuánta dulzura languidece! ¡Qué suave palidez emblanquece su rostro! Este no tiene nada de horrible; porque en medio del horror i de la sangre, la risa i el placer se encuentran reunidos. Sobre sus párpados vacíos i privados de sangre, en sus ojos apagados, el amor sepultado reina todavía: estas dos estrellas estinguidas i cerradas lanzan aun relámpagos, i la muerte es hermosa en tan hermoso rostro.

Las frias fuentes arden de compasion, los pinos i las encinas tan duras se enternecen; las alturas de los Alpes vierten de sus fuentes cubiertas de follaje, arroyos de lágrimas; se oyen a las ninfas que jimen i lloran en las montañas i en las profundas cavernas de las inmediaciones; las Diadas i las napeas, amantes unas de los bosques i otras de los rios, inundaron sus ojos en lágrimas.

JUAN B. MARINI (1),
Adónis, cant. XVIII.

XI.

EL CONSEJO DE LOS DIOSES.

Entretanto, la fama desplegando sus alas, llega al cielo contando lo que pasa en Italia, i hace saber al alto Júpiter las calamidades que de un cubo iba a sacar la suerte. Júpiter, amigo de los mortales, i que se aflije sinceramente de los males que los amenazan, hace sonar las campanas de su imperio i convoca a consejo a todas las divinidades de Homero.

Inmediatamente sale de las cocheras del cielo una multitud de carruajes con ruedas en forma de estrellas, mulas, literas, caballos con

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 365.—Este pasaje, uno de los mas notables del afamado poema de Marini, en que el poeta ostenta toda la armonia i riqueza de su versificacion, puede servir de modelo de la falta de naturalidad con que aquel empañó sus escritos. Esta forma poética, mui aplaudida un momento en toda la Europa, es denominada todavia *marinesca*.

ricas bridas i sillas recamadas. Mas de cien criados llevando magníficas libreas, seguian a sus señores.

El príncipe de Délos, ántes que todos sus compañeros, llegó corriendo en un carruaje de campo que tiraban seis caballos color castaño. Traia una capita rosada i un sombrero de terciopelo, i llevaba al cuello el toison de oro del rei de España: detras de él corrian veinticuatro doncellas calzadas con escarpines.

Palas, a caballo en una yegua inglesa, avanzaba con un aire orgulloso i despreciativo; estaba vestida mitad a la griega, mitad a la española: la pollera le llegaba a media pierna, i una parte de su cabellera estaba recojida i la otra suelta; llevaba sobre la oreja derecha una hermosa pluma de garza, i su cimitarra colgaba del arzon de la silla.

Seguia Vénus con dos carruajes: en el primero, donde se ostentaba el oro i la púrpura, brillaba ella con su hijo i las tres Gracias; en el otro estaban sus cortesanos con túnica i espada, su escudero, el preceptor del príncipe i el cocinero mayor.

Saturno, viejo i acatarrado, i que ántes de partir se habia hecho dar un remedio, venia en litera cerrada con una escupidera debajo del asiento. Marte estaba montado en un caballo que daba saltos sobrenaturales; este dios tenia medias listadas i un penacho rojo en el sombrero.

La diosa de las cosechas i el dios del vino vinieron juntos en amistosa conversacion. Neptuno se hizo trasportar por aquel delfin que no teme navegar al traves de las ondas del cielo: el pobre estaba desnudo, lleno de algas i de fango, lo que a su madre no causa ningun pesar; i acusa a su desapiadado hermano que lo trata como si fuera un pescador.

Diana no se presentó: se habia levantado mui temprano para ir a lavar su ropa a un arroyo, en un bosque situado en la frontera de Toscana. Volvió cuando era entrada la noche, i se presentó a su madre a escusarse por su falta, trabajando unas calcetas con unos fierrecitos.

Juno Lucina, que queria lavarse la cabeza, no pudo asistir. Menipo, sobrestante de la cocina de Júpiter, escusó a las Parcas, porque en esa mañana tenian que amasar el pan i que hilar mucha estopa. Sileno se quedó afuera para terciar con agua el vino de los criados.

Las puertas de las rejas del Olimpo, jirando sobre goznes de oro, se abren con un ruido semejante al trueno, i los dioses pasan del soberbio patio a la sala real del consejo. Allí es donde brillan esos lujosos e inmortales tapices inaccesibles al rayo; allí es donde el diamante, la esmeralda, todo lo que el oriente encierra de rico i de precioso pierden su brillo i su valor.

Los habitantes de este afortunado reino, tomaron su asiento en bancos sembrados de estrellas: los timbales i las trompetas anuncian la llegada del rei de los dioses. Sus chamberlanes, sus pajes i sus criados, en número de ciento, abrian la marcha; los próceres venian en seguida; detras de ellos marchaba Hércules, capitan de la guardia de la fortaleza, armado con una maza. Como aun no estaba completamente curado de su locura, separaba la jente a mazasos para dar paso al rei, como puede hacerlo un sacristan ébrio, que precediendo a un gran señor un dia de fiesta, rompe brutalmente al uno la cabeza i al otro un brazo.

Mercurio lo seguia llevando el sombrero i los anteojos de Júpiter. En su mano tenia una gran bolsa donde guardaba todas las súplicas de los mortales, para distribuirlas en seguida en dos cajas agujereadas que Jú-

piter tenia en su gabinete. Ahí, ordinariamente dos veces por dia, el padre de los dioses i de los hombres imprime con mucha atencion i cuidado su augusta firma.

Júpiter llega al fin en traje real trayendo su cabeza coronada con las estrellas que se han descubierto. De sus hombros colgaba un manto imperial que solia llevar los dias de fiesta. Su baston pastoral i sus zapatillas eran de oro; i bajo el manto tenia una túnica de seda, obsequio del emperador de la China, cuya cola llevaba en sus manos Ganimedes.

Al presentarse el rei, el senado inmortal se levantó de los eternos asientos, i permaneció con la cabeza reverente i humildemente inclinada hasta que Júpiter se sentó en su trono. A su izquierda, i en un lugar eminente, se sentó la Fortuna, i a la diestra el Destino. La Muerte i el Tiempo, que por su palidez parecian estar enfermos, le servian de grada.

Echa una mirada a su alrededor: al oir su divina voz, los vientos se tranquilizan, el aire se serena, la tierra se conmueve, el océano se ajita hasta el seno de sus profundos abismos. Comenzó por la narracion de los horribles combates que en otro tiempo se dieron las ranas i los ratones.

TASSONI (1),
El cubo robado, canto II.

XII.

COMBATE EN UNA LIBRERÍA.

Sin embargo, léjos del bullicio, los canónigos estan sentados a la mesa, inmolan treinta guisos a su hambre indomable. Su fogoso apetito, escitado por las circunstancias, recorre todos los rincones de un pastel enorme. La sed se inflama con la sal irritante. En ese momento, la rápida fama, sembrando por todas partes el terror, se acerca al chantre desalentado para referirle la respuesta del oráculo. Éste se levanta inflamado por el vino i por la bílis, i pretende a su turno consultar a la Sibila (2). Evrard se lamenta de que abandonen la comida; pero él mismo es arrastrado afuera por el mayor número.

Por los estrechos pasadizos de una barrera oblicua, ganan una antigua pieza donde amontonando sin descanso buenos i malos libros, Barbin vende a los que pasan autores a todo precio. Allí, el chantre llega con gran ruido i se hace lugar en el instante funesto en que con la misma audacia el prelado i su tropa bajaban la escalera tortuosa del palacio. Ambos rivales deteniéndose al pasar, se miden con la vista. Un mismo furor anima sus almas. Pero Evrard, al pasar codeándose con Boisrude, no puede contener su rabia. Entra a casa de Barbin i cojien-

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 347.
(2) La diosa de la chicana, a la cual el prelado, enemigo del chantre, acababa de consultar.

do con un brazo irritado un volúmen trunco del Ciro (1), lanza sobre el sacristan el terrible tomo. Boisrude evita el golpe; pero el libro va derecho i silbando a herir en el estómago al infortunado Sidrac. El viejo, agobiado por el horrible Artaménes, cae sin pulso i sin aliento a los piés del prelado. Su tropa lo cree muerto, i cada cual cree que le ha tocado el golpe que lo hirió.

Inmediatamente, se lanzan veinte campeones contra Evrard; los canónigos avanzan para sostener el choque: la discordia triunfa, i con un grito da la terrible señal del funesto combate. Todos entran i se confunden en la casa del librero ausente. Los libros caen sobre Evrard como el granizo que en un gran jardin derriba con golpes impetuosos los brotes nacientes. Cada uno se arma de carrera con el libro que encuentra: uno toma el Edicto de Amor (2), el otro el Reloj; uno se apodera de Jonas que ha visto encuadernado, el otro de un Tasso frances, muerto al nacer. El dependiente de la librería trata en vano de oponerse a su furor: los volúmenes, lanzados a la cabeza sin eleccion, vuelan por todos lados en la escala empolvada. Allí, cerca de un Guarini, Terencio cae por tierra: Jenofonte se choca en el aire con un La Serre (3).

¡O! ¡Cuántos escritos oscuros, cuántos libros ignorados fueron sacados del polvo en este gran dia! Vosotros, Armerindo, i Simandro, fuisteis lanzados; i tú, desconocido Caloandro (4), sorprendido en tu reposo por Gaillerbois, segun se dice, viste entónces la luz por primera vez. Cada golpe deja una magulladura en la carne. Ya mas de un guerrero se queja de sus heridas. Giraud es echado al suelo por un enorme Led Vayer (5); Marineau herido en el hombro por un Brébeuf (6), siente un terrible dolor en todo el brazo i maldice la Farsalia tan popular en otras provincias. Dodillon aturdido por un Pinchêne (7) en cuarto, tiene por mucho rato el rostro pálido i el corazon abatido. El capellan Garagne, herido arriba de la frente en lo mas reñido del combate por un Carlomagno ¡efecto prodijioso de los versos de este poema! se encuentra próximo a dormirse, bosteza i cierra los ojos (8). A mas de un combatiente es fatal la Clelia (9): con ella, Giroux brilla i se señala diez veces.

Pero todo cede a los esfuerzos del canónigo Fabri. Este guerrero, alimentado en las querellas de la iglesia, es robusto de cuerpo, terrible de rostro: jamas se le ha visto poner agua en su vino. El solo echa por tie-

(1) *Artaménes o el gran Ciro*, novela de Mademoiselle de Scudéry, impresa en volúmenes enormes. V. las *Noc. de hist. lit.*, p. 500.

(2) *El edicto de Amor*, opúsculo en verso del abate Regnier-Demarais. *El reloj* de Bonnecorse. *Jonas*, poema por Coras. El Taso frances es la traduccion incompleta de Leclerc.

(3) La Serre es un escritor desconocido. Boileau, buscando el contraste, lo hace chocar con Terencio; así como a Guarini, poeta mui poco natural, lo opone a Terencio, que es la misma naturalidad.

(4) *Almerindo i Simandro*, tal es el título de una novela impresa en 1646, desconocida ahora. *Caloandro* es una novela italiana que tradujo al frances Mademoiselle de Scudéry.

(5) La Mothe Le Vayer, célebre erudito i escritor sobre muchas materias, que floreció en la primera mitad del siglo XVII. Sus obras habian sido reunidas en dos volúmenes enormes.

(6) Poeta frances que floreció en la primera mitad del siglo XVII. Tradujo la *Farsalia* de Lucano en verso frances, i compuso muchas otras poesías, notables por su hinchazon. Las burlas de Boileau acabaron con su fama.

(7) Escritor vulgar i desconocido ahora.

(8) Poema insoportable de Luis Le Laboureur.

(9) *Clelia* es una novela en diez tomos de Mademoiselle de Scudéry.

rra a Guibert i a Gr..sset, a Gorillon el bajo i a Grandin el falsete, a Gervois el agradable i a Guérin el insípido. La tímida brigada de los chantres se aparta i toma el camino del palacio, como a la vista del lobo, terror de los campos vecinos, el rebaño balador de los corderos espantados, o como delante de Aquíles en las campañas del Janto, los troyanos se salvaban al abrigo de sus torres. Entónces Brontin dirije a Boisrude este discurso:

"¡Ilustre crucero (1), en cuyas manos jamas ha dado un paso atras nuestra bandera! ¿será posible que un solo canónigo triunfe del prelado, i que a nuestra vista empañe el brillo del roquete? No, no; para ponerte a salvo de su terrible mano, acepta la proteccion de mi cuerpo rollizo: ven; i en esta trinchera, contra ese guerrero orgulloso, haz volar este Quinault (2) que me queda en la mano." I diciendo estas palabras, le pasa la obra suave i tierna. El sacristan, ardiendo en celo i en valor, la toma, se oculta, se acerca, i con el noble escrito da entre los dos ojos al audaz atleta. Sin embargo, eso no basta para hacerlo vacilar: el libro, sin fuerza, no lastimó su cabeza. El canónigo lo ve, i ardiendo en cólera les dice: "Aguardad, pareja cobarde i astuta, i juzgad si mi mano, novicia en las grandes hazañas, lanza a mis enemigos un libro que no haga mal."

Diciendo estas palabras, toma un viejo *Infortiat* aumentado con las visiones de Accurse i de Alciat (3); monton inútil de escritura gótica, cuyas tapas eran formadas por cuatro tablas mal unidas, forradas a medias con pergamino negro, de donde colgaban pendientes de tres clavos, los restos de una cerradura. En el estante que lo sostiene, cerca de un Aviceno (4), dos mortales formidables apénas lo moverian. El canónigo, sin embargo, lo levanta sin esfuerzo, i sobre la pareja pálida i medio muerta, deja caer con las dos manos el terrible rayo. Con este golpe, los dos guerreros miden la tierra; i los clavos i las tablas rotos i destrozados, ruedan largo rato en las gradas de la escalera.

Ante el sorprendente espectáculo de esta caida imprevista, el prelado lanza un grito que llega hasta las nubes: maldice en su corazon al demonio de los combates, i por el horror del golpe retrocede seis pasos; pero en breve, recordando sus antiguas proezas, saca del manteo su diestra vengadora. Se marcha, i con sus dedos santamente estirados, bendice a la jente de la calle, formada en dos filas. Sabe que el enemigo va a sorprenderse con este golpe, i que a su vista todo el pueblo enfervorizado va a gritar a los combatientes: "¡Profanos, de rodillas!"

El chantre que, desde léjos ve acercarse la tempestad, busca en vano el valor en su alma trastornada: abandónalo su altivez, tiembla, cede, huye: su brigada lo sigue a lo largo de la pared. Al instante, todos se apartan, pero ninguno se salva: por todas partes, el dedo vengador los sigue i los atrapa. Evrard solo, retirado prudentemente en un rincon, se creia a cubierto del sagrado insulto; pero el prelado se encamina hácia

(1) El crucero o crucifero es el monacillo que, llevando la cruz alta, abre la procesion.
(2) Célebre poeta frances del siglo XVII, creador, puede decirse así, del drama lírico, i cuyas obras son leidas todavía.
(3) Accurse i Alciat son dos célebres jurisconsultos italianos, que comentaron el *Infortiat*, nombre que se daba a la segunda parte del *Dijesto*, código de Justiniano.
(4) Autor árabe que ha escrito sobre medicina.

él mañosamente, lo observa con la vista como si se dirijiera a la derecha; pero, de improviso, vuelve a la izquierda, i con un brazo afortunado, bendice repentinamente al consternado guerrero. El canónigo sorprendido por este rayo mortal, se endereza i levanta en vano su cabeza rebelde: temblando a este aspecto, cae de rodillas, i paga al miedo lo que debe al respeto. El prelado, lleno de gloria, va inmediatamente al templo a saborear los dulces frutos de su santa victoria; i los canónigos, castigados de sus vanos proyectos, vuelven a sus casas desatentados i benditos.

BOILEAU (1),
El facistol, cant. V.

XIII.

LA SUIZA.

¡Bendito seas, pueblo feliz! Da gracias al destino que te ha negado, junto con la opulencia, las fuentes de los vicios. Para aquel que está satisfecho con su posicion, la misma pobreza es una condicion de felicidad, miéntras que el lujo i la voluptuosidad carcomen los cimientos de los estados. Cuando Roma contaba todavía tantas victorias como batallas, una pobre salza era el alimento de los héroes, i los dioses tenian templos de madera; pero cuando sus riquezas no tuvieron límites, el mas débil enemigo heló de espanto al guerrero dejenerado. Guárdate, pues, de estender la esfera de tus deseos: tu prosperidad durará miéntras conserves tu sencillez.

La naturaleza, es verdad, cubre de piedras tus rudas campiñas; pero el arado pasa al traves de ellas, i tus siembras prosperan. La naturaleza ha levantado la barrera de los Alpes para separarte del resto del mundo, porque los hombres son, unos para otros, el peor azote. Tu bebida es el agua pura; la leche es tu alimento mas rebuscado; pero el apetito i la alegría sazonan hasta las bellotas. Los profundos abismos de tus montañas no producen mas que fierro. ¡Ah! ¡cómo quisiera el Perú (2) ser tan pobre como tú! porque donde reina la libertad todas las penas se minoran, las mismas rocas se cubren de flores i el viento boreal se suaviza.

Un agradable hacinamiento de montañas, de rocas i de lagos se descubre poco a poco: sus formas, al principio pálidas e indecisas, acaban por presentarse claras i distintas. El horizonte azulejo está limitado por un círculo de cimas brillantes, donde negras selvas detienen los rayos del sol. A veces, una cadena inmediata muestra la suave pendiente de sus colinas, desde donde el bramido de las vacas es repetido por el eco

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 477.
(2) En el siglo pasado, el Perú tenia en Europa la reputacion de ser un país cuajado de oro i de plata. Parece inútil recordar que cuando Haller escribió su poema, el Perú estaba sometido a la dominacion española.

del valle; a veces, se percibe un lago, espejo inmenso, cuya superficie uniforme refleja las luces temblorosas de la aurora; a veces, en fin, se abre una larga serie de verdes valles que, serpenteando aquí i allá, se pierden estrechándose a lo léjos.

Allí, una montaña desnuda amenaza al cielo con su cima formada por el hielo acumulado por los siglos, i tiende hácia abajo sus costados pulimentados, i cuyo frio cristal resiste a todos los rayos del sol, i desafía los asaltos del calor abrasador de Cáncer. No léjos del hielo, una montaña fértil estiende su ancha espalda cubierta con ricas praderas. Las mieses se ostentan i maduran en sus suaves pendientes, i cien rebaños pacen en sus colinas. Un valle estrecho, cubierto por frescas sombras, separa las producciones de las diferentes zonas.

Aquí, una montaña escarpada eleva sus picos como altas murallas; un rápido torrente se escapa de ella i se precipita en cascadas. Cubierto por una espesa espuma, se abre paso al traves de las hendiduras de las rocas, i con un salto impetuoso, vence todos los obstáculos que se oponen a su furia. La altura i la rapidez de su caida, dividen sus aguas; en el aire condensado, se estiende i se ajita un vapor oscuro; el arco íris se deja ver en esa agua reducida a polvo, i el lejano valle se riega con un rocío continuo. El viajero marabillado, ve correr en los aires torrentes que se escapan de las nubes para echarse en otras nubes.

Aun en los lugares en que no penetra jamas la luz benéfica del sol, donde escarchas continuas despojan de follaje al valle desierto, las grietas de las rocas están adornadas con gran magnificencia al abrigo de los ultrajes del tiempo i de los rigores del invierno. En el fondo de esos abismos subterráneos, que no han visto jamas la luz, la húmeda arcilla, rodeada en forma de bóveda, se cubre con un cristal brillante. Ese cristal, de vivos resplandores, sale de las aberturas de la roca, brilla en la sombra como el relámpago, i lanza sus rayos por todos lados. ¡Oh riqueza de la naturaleza! Ocultaos, vosotros diamantes enanos de la India; el diamante de Europa se deja ver en estos lugares, i toma las proporciones de una montaña.

En medio de un valle que alza hasta los cielos sus murallas de escarcha, i donde el salvaje Boreas ha establecido su trono helado, saltan murmurando las olas apretadas de un abundante arroyo que humea al atravesar la yerba marchita i quema todo lo que riega. Sus aguas puras, que corren con metales líquidos, están doradas por sales saludables; calentadas en golfos subterráneos, saltan i hierven por la lucha de las sales que se mezclan en su seno. En vano el viento i la nieve se desencadenan contra sus olas ardientes; el fuego es su esencia, i sus aguas son llamas.

Mas léjos, allí donde veis el sombrío torrente que se arrastra con furor, en sus torbellinos de espuma, las selvas desarraigadas, las fuentes subterráneas filtran al traves de la montaña, i este sudor ácido disuelve las sales de las rocas. El costado de la montaña, abierto en forma de bóveda de alabastro, encierra, es verdad, este pequeño mar en sus profundas cavidades; pero el agua corrosiva carcome el piso de mármol, i deseosa de servir a las necesidades del hombre, huye al traves de las hendiduras de las rocas: el elemento que vivifica la naturaleza i fertiliza los campos, se presenta por sí mismo al hombre i corre a su encuentro.

En la cima helada del Schrreckhorn, no hai division entre los grandes rios que riegan la Europa i llevan a los dos mares el tributo de sus aguas. De allí se lanza el Aar Nuchterland. Abriéndose paso al traves de las rocas escarpadas, emblanquecidas con su espuma, salta en rápida cascada con un ruido formidable. Los ricos tesoros que la montaña encierra en su seno, doran sus olas; el mineral real colora la blancura de sus ondas, i cargado con el precioso metal, el rio, en lugar de la arena vulgar, arroja sobre la orilla pajitas de oro nativo. El pastor ve ese tesoro que corre a sus piés i ¡qué ejemplo para el mundo! lo ve i lo deja llevar por las aguas.

Jamas, pueblo feliz, el negro dominio de los vicios ha tomado el primer lugar en vuestras almas. Sin correr tras esos bienes refinados de que la vanidad hace una carga i la sociedad un disgusto, os contentais con los sencillos dones de la naturaleza. No teneis enemigo interior que desgarre vuestro seno, no pagais los goces con sangriento remordimiento; que ese torrente de deseos de toda especie, contra los cuales la razon no tiene sino vanas máximas, no haga estragos en vuestros corazones. Que nada os abaje, que nada os eleve: vuestra existencia es uniforme, i vosotros debeis morir como habeis vivido.

¡Feliz aquel que, como vosotros, labra el campo heredado de sus padres con los bueyes que el mismo ha criado! La lana forma sus vestidos, una corona de hojas su adorno, alimentos sencillos i la leche de sus rebaños bastan a sus necesidades. Bajo el soplo del céfiro, bajo el fresco de las cascadas, saborea, tendido sobre la tierna yerba, un sueño que los afanes no vienen a turbar. Jamas sacudido por los mares, se ve despertado por el mujido de las olas enfurecidas; jamas, en los dias de alarma, viene a herir su oido. ¡Feliz aquel que, contento con su suerte, no desea mejorarla!

HALLER (1),
Los Alpes.

XIV.

TEMPESTAD DE VERANO.

Mira la espesa oscuridad que se prepara i se fija en las selvas; se estiende i se dilata sobre todo el firmamento recargado de vapores malignos, atraidos de los lechos secretos en que descansan las jeneraciones minerales. En esa triste nube, la oscuridad se enrojece i viene a ser una fuente de males. Esa masa escitada por el tacto etéreo, por el choque de las nubes i la guerra de los vientos irritados, se lanza al fin con furor

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* páj. 595.—Esta última parte, como es fácil reconocerlo, es una imitacion del *Beatus ille* de Horacio.

miéntras que la calma domina en la superficie de la tierra. Un silencio fatal reina en el sombrío espacio; no se oye mas que un ruido sordo que sale de las montañas, que anuncia la borrasca, corre murmurando sobre la tierra, turba los rios i hace temblar la hoja de las selvas sin un soplo de viento. Los habitantes del aire se precipitan en los mas profundos valles. El cuervo que busca la tempestad, se atreve apénas a volar con esta luz incierta. Las bestias se paralizan de terror, i arrojan una mirada lamentable sobre el cielo enfurecido; el hombre las abandona i huye a la cabaña llena ya de pastores, o busca el abrigo de una caverna profunda.

Todo está sumido en la sorpresa, el temor i el silencio, cuando de repente el relámpago se muestra al sur al ojo aterrorizado. El trueno que lo sigue mas lentamente, hace oir su voz terrible al traves de las nubes en la vasta estension. La tempestad brama i resuena en los cielos. Pero cuando la borrasca se acerca, cuando arrastra su terrible carga sobre los vientos, los relámpagos forman entónces surcos mas anchos i el ruido redobla. Inmediatamente, una llama lívida se despliega sobre la cabeza: la nube se abre i se cierra sin cesar, se cierra i se abre nuevamente, se estiende i lo envuelve todo en un mar de fuego i el ruido sigue de cerca, aumenta, rompe sus lazos, se hace mas profundo i lo confunde todo; el golpe repetido parece destrozar el cielo i la tierra.

Un diluvio de bullicioso granizo i de lluvia se precipita; las nubes entreabiertas derraman un rio entero: sin embargo, la antorcha del relámpago invencible no se estingue todavía. Hace nuevos esfuerzos. El rayo, jirando en líneas rojas, desgarra orgullosamente e inflama las montañas con una rabia redoblada. El pino destrozado i ennegrecido por un golpe, queda convertido en un tronco informe i horrible. Los rebaños heridos, permanecen tendidos como un grupo inanimado. Aquí, las suaves ovejas, con la mirada siempre inocente, parecen vivas i rumiar todavía: se creeria que el toro frunce el ceño i que el buei trata de levantarse. La roca escarpada es herida por el mismo golpe, así como la torre venerable que cae i pierde para siempre su antiguo orgullo. Los bosques oscuros tiemblan a la luz del relámpago; los árboles mas antiguos se conmueven hasta en sus profundas raices. El rujido furioso resuena en medio de las montañas. Los culpables espantados escuchan: sus pensamientos se turban; sin embargo, no siempre el golpe fatal cae sobre la cabeza criminal.

Al fin, las nubes dispersas en la superficie de los cielos, vagan en desórden. El firmamento sin límites se deja ver i estiende sobre el mundo un azul mas puro. La naturaleza, despues de la tempestad, se adorna de nuevo; el brillo i la calma se estienden en un instante al traves del aire que se aclara: una faja brillante de alegría, adornada por un rayo amarillo, signo del peligro pasado, rodea los campos bañados aun despues de la borrasca.

Todo es belleza i cantos agradables por todas partes. El bramido de los toros se une al balido de las ovejas que van en grupos a comer el pasto del valle. El hombre ingrato, cuya voz articulada debia conducir el coro de accion de gracias, el hombre, el mas favorecido de todos ¿será acaso el único que se niegue a tributar este homenaje universal? Apénas su débil corazon ha perdido el temor, cuando se siente pronto a olvidar la mano que encadena el rayo i que tranquiliza el firmamento. ¿Sentirá

acaso apagarse la chispa de los remordimientos que la tempestad ha encendido, i el sentimiento de respeto por ese poder que puede anonadarlo con un soplo?

THOMPSON (1),
Las Estaciones, El Verano.

XV.

LA VIDA DE LOS PASTORES.

Desde que el áspero viento del norte abandona el imperio de los aires, i cuando la savia reanimada circula en todos los seres; cuando el seno de la tierra se embellece con los nuevos adornos que un suave céfiro le trae en sus alas embalsamadas, los pastores abandonan las rejiones bajas en que la nieve comienza a deshacerse en ondas turbulentas, i corren a los Alpes para encontrar la primera yerba, cuyo brote se eleva al traves de los hielos. Los rebaños dejan los establos i saludan con alegría la montaña, donde la naturaleza i la primavera se unen para proporcionarles su placer. Cuando la alondra, celebrando el alba matinal, anuncia al mundo la primera mirada de la luz, el pastor se aparta de los brazos de su compañera que maldice el instante de la partida, apesar de que está preparada para ello. Una manada de terneros con su marcha pesada, trepa en medio de alegres mujidos por el sendero lleno de rocío: vaga lentamente donde abunda el trébol, i siega con su lengua ávida el tierno pasto, miéntras que el pastor, sentado cerca de una cascada, hace resonar los ecos con el sonido de su zampoña. Cuando las sombras comienzan a alargarse i cuando el astro del dia se inclina hácia su fresco asilo, los rebaños, hartos de pasto, vuelven a tomar en medio de confusos balidos el camino del conocido establo. La esposa del pastor acoje la vuelta de éste con una dulce sonrisa. La alegre tropa de niños rodea al padre i juega a su alrededor. La dulce espuma de la leche es esprimida entre los dedos de la esposa, la comida de la tarde está preparada, la familia feliz la rodea, el trabajo i el hambre sazonan lo que la sencillez ha preparado; en fin, el sueño i su divino reposo les proporcionan descanso en su rústica cama.

HALLER (2),
Los Alpes.

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 568.
(2) Véanse las *Nociones de hist. lit.* p. 595.

XVI.

LA PRIMERA NOCHE DE ADAN I EVA FUERA DEL PARAISO.

(Adan refiere a sus hijos la manera cómo fué arrojado del paraiso terrenal i sus primeros padecimientos en la tierra.)

Marchamos a la sombra de esos álamos, i habiendo penetrado hasta la roca, la encontramos hueca: su cavidad formal a una gruta.—"Mira, cuántas comodidades nos ofrece la naturaleza. Ve esta risueña gruta i este arroyo puro que corre al lado con dulce murmullo. Preparemos aquí nuestro asilo; pero, querida Eva, es menester que yo cierre la entrada para evitar las sorpresas nocturnas de los enemigos."—"¿Qué enemigos?" preguntó Eva con emocion.—"¿No has notado, le dije, que la maldicion ha alcanzado a todo lo que existe, que están rotos los lazos de amor entre los seres vivientes, i que el mas débil es la presa del mas fuerte? Allá abajo, en la campiña, he visto un leon jóven i vigoroso perseguir con un funesto rujido a un cabritillo aterrorizado; he visto la guerra entre las aves que pueblan el aire. Ya no tenemos poder para mandar a los animales, a no ser a aquellos cuyas fuerzas son inferiores a las nuestras. Los que hace poco jugaban a nuestro alrededor con un aire cariñoso i sumiso, el tigre manchado i el leon de larga melena, lanzan ahora espantosos rujidos contra nosotros, i tienen en los ojos un fuego amenazador. Es cierto que por la suavidad nosotros nos ganaremos a los mas pacíficos, i que por nuestro arte i nuestra destreza, nos precaveremos de los mas feroces. Voi a entrelazar algunas ramas delante de la entrada de la gruta." Inmediatamente, acometí el trabajo. Eva, sin embargo, tímida i sin perderme de vista, fué a cojer algunas flores i algunas hojas para formarnos una cama, i puso a contribucion para nuestra mesa, los árboles i los arbustos de las inmediaciones. Habiendo hecho su provision, volvió de carrera i la colocó delante de mí en la tierna yerba.

Entónces nos sentamos en la gruta en asientos tapizados de flores. Comenzábamos nuestra frugal comida, cuando una nube sombría vino de repente a oscurecer el sol en su ocaso, i se estendió sobre nuestras cabezas. El sombrío velo con que cubrió la tierra parecia ser para sus habitantes i para toda la naturaleza un presajio de destruccion. Un viento tempestuoso que se levantó en seguida, bramó al traves de las montañas i trastornó todas las selvas; salieron llamas del seno de las nubes; i el estrépito del trueno vino a aumentar el horror i el espanto. Eva, aterrorizada, se arrojó en mis brazos i se estrechaba en mi pecho respirando apénas.—"Viene, decia ella, viene el Juez Supremo..... ¡Qué terrible está! Viene a traernos la muerte, a nosotros i a toda la naturaleza, a causa de mi prevaricacion. ¡O Adan, Adan!" Diciendo estas palabras, permaneció temblorosa i muda, apoyada siempre en mí.—"Tranquilízate, le dije, esposa querida; pongámonos de rodillas en la gruta, i adoremos a ese Dios terrible que domina las nubes i manda los relámpagos i los rayos. I tú ¡gran Dios! que tiemplas con tanta bondad el brillo de tu divinidad para comunicarte conmigo desde que abrí los ojos, al salir de tus manos creadoras, ¡qué terrible es cuando vienes a juzgar a tu criatu-

ra!" E inmediatamente nos prosternamos delante de la gruta, donde con el rostro pálido i las manos temblorosas, hicimos humildemente nuestra oracion, esperando que el soberano Juez, dominando sobre nuestras cabezas, nos diria por medio de su trueno:—"Morid ¡ingratos! que la tierra que habeis pisado, desaparezca ante mi furor." El cielo entretanto no derramaba sus aguas; pero ya no salian llamas de las nubes, i el trueno no rujia sino a lo léjos. Entónces levanté la cabeza, diciendo:—"El Señor ha pasado cerca de nosotros, querida Eva; de otro modo ¿cómo cumpliria su promesa si nos destruyese, i con nuestras personas a nuestros descendientes?" La eterna sabiduría no se arrepiente de las promesas que ha hecho. Cobramos confianza, las nubes se disiparon, i el sol en su ocaso esparció un brillo admirable sobre los nublados, tal como aquel que resplandecia cuando las lejiones de ánjeles eran llevadas al Eden en lijeras nubes; i cuando sus huellas, haciendo un ancho surco de luz, daban a las nubes el brillo de la llama. Las campiñas humedecidas descansaban en silencio, los colores renacian mas vivaces, i el sol poniente lanzaba sobre nosotros sus últimos rayos. Celebramos con una santa emocion esta escena conmovedora. Así fué como pasó sobre nuestras cabezas la primera borrasca.

GESNER (1),
La muerte de Abel, cant. II.

XVII.

LAS TINIEBLAS.

Tuve un sueño que no era enteramente un sueño. El sol brillante estaba estinguido, i las estrellas vagaban oscuramente en el eterno espacio, despojadas de sus rayos i sin seguir un rumbo fijo; i la tierra helada flotaba ciega i negra en el aire que la luna no alumbraba. La mañana venia, se iba i se volvia a venir sin traer la luz, i los hombres habian olvidado sus pasiones en el terror de esta desolacion; i todos los corazones helados imploraban en una oracion egoista la vuelta de la luz; i vivian alrededor de grandes fuegos encendidos, i los tronos, los palacios de los reyes coronados, las cabañas, las habitaciones de todo jénero, eran quemadas para alumbrar en medio de las tinieblas; las ciudades eran presa del incendio, i los hombres estaban amontonados al rededor de sus habitaciones abrasadas para mirarse los unos a los otros una vez mas ¡Felices los que vivian en la proximidad de los volcanes i de sus cimas luminosas! Una terrible esperanza era todo lo que les quedaba en el mundo: las selvas eran entregadas a las llamas; pero de hora en hora se les veia caer i desaparecer, i los troncos chispeantes se estinguian con un último crujido, i despues todo volvia a las tinieblas. Su luz desesperante, cayendo de relámpagos pasajeros sobre los rostros de los hombres, les daba

(1) V. las *Nociones de hist. lit.*, p. 599.

un aspecto que no era de este mundo. Unos, tendidos en tierra, ocultaban sus ojos i lloraban; otros apoyaban sus rostros sobre sus puños cerrados i se sonreian; otros, en fin, corrian aquí i allá, alimentaban las fúnebres hogueras, i miraban con inquietud el cielo monótono estendido como un paño mortuorio sobre el universo en destruccion; en seguida, se arrastraban en el polvo blasfemando, hacian rechinar los dientes i ahullaban. Las aves espantadas lanzaban gritos, daban vuelta sobre la tierra i ajitaban sus inútiles alas. Los animales mas feroces se habian hecho tímidos i temblorosos; i las víboras se arrastraban i entrelazaban en medio de la muchedumbre: silbaban, pero no picaban: se las mataba para comerlas. I la guerra que habia descansado algun tiempo, recomenzaba su carrera de degüellos i carnicerías. La comida era comprada con sangre, i cada cual satisfacia aparte su apetito feroz i sombrío. Ya no habia amor; toda la tierra no tenia mas que un pensamiento, el de la muerte, i de una muerte inmediata i sin gloria. Todas las entrañas eran presa de las torturas del hambre: los hombres morian, i sus huesos como su carne quedaban sin sepultura. Flacos i descarnados, ellos se devoraban entre sí. Los perros mismos atacaban a sus señores, todos los perros escepto uno solo: habiendo quedado cerca de un cadáver, espantó las aves, los animales de presa i los hombres hambrientos, esperando que el hambre los hiciese sucumbir o que otros muertos diesen alimento a sus descarnadas mandíbulas. El mismo no buscó ningun alimento; pero, exhalando un ahullido quejumbroso i prolongado con un grito rápido de dolor, murió lamiendo la mano que no respondia a sus caricias. Poco a poco el hambre cegó a la muchedumbre. De una ciudad populosa dos hombres solamente vivian aun, i ellos eran enemigos: ambos se trasladaron detras de de las cenizas moribundas de un altar donde una multitud de cosas santas habia sido amontonada para un uso sacrílego. Traspasados de frio, con sus manos heladas i descarnadas revolvian las cenizas, calientes todavía, i su débil soplido, en busca de un poco de vida, llegó a ser una llama que apénas era tal: su luz aumentó un poco, levantaron sus ojos, se vieron, arrojaron un grito i murieron; murieron al contemplar su mutua fealdad, porque cada cual de ellos ignoraba quién era aquel sobre cuya frente el hambre habia escrito la palabra ¡maldito! El mundo estaba desierto; los paises poblados i poderosos no eran ya mas que una masa inerte donde no habia ni estaciones, ni vejetacion, ni árboles, ni hombres, ni vida; una masa de muerte, un caos de arcilla endurecida. Los rios, los lagos i el océano estaban inmóviles, i nada se movia en sus silenciosas profundidades; las naves i tripulaciones, se podrian en el mar, i sus mástiles caian pieza por pieza; i una vez caidos, dormian en el abismo que nada ajitaba; las olas estaban muertas; las marcas estaban en la tumba, donde las habia precedido la luna, su reina; los vientos se habian perdido en el aire paralizado, i las nubes no existian ya: las tinieblas no tenian necesidad de ellas, porque las tinieblas eran el universo entero.

LORD BYRON (1).

(1) V. las *N. de hist. lit.* p. 384.—Este magnífico canto puede dar una idea del carácter de la poesia romántica cuando ha sido manejada por un hombre del jenio de Byron. "En este poema, dice sir Walter Scott, lord Byron ha abandonado ese

XVIII.

CRISTÓBAL COLON.

(Balada).

"¿Qué hai, Fernando? ¿Por qué tienes el rostro pálido i sombrío? ¿Me traes alguna mala noticia?"—"¡Ah! noble capitan, preparad el ánimo. No puedo contener por mas tiempo a la tripulacion sublevada. Si la tierra no se deja ver inmediatamente, sereis víctima de su furor; semejantes a los rujidos de la tempestad, sus gritos sediciosos piden la augusta sangre de su capitan."

Apenas habian salido estas palabras de la boca del caballero, cuando la muchedumbre se amontona detras de él; como olas tumultuosas, los soldados furiosos se precipitan en el pacífico aposento. La desesperacion está pintada en sus miradas terribles, la muerte en sus lívidos rostros.—"¡Traidor! ¿Dónde está la felicidad que nos prometias? Sálvanos de la horrible miseria a que estamos reducidos.

"Tú no nos das víveres; pues bien, danos sangre."—"¡Sangre, sangre!" gritaban los sediciosos. A la rabia de la tempestad, el espíritu tranquilo del grande hombre opuso la firmeza de la roca.—"Si mi sangre puede satisfaceros, tomadla i vivid; pero permitidme que goce de la luz hasta que una vez mas se levante el sol en medio de los fuegos del oriente.

"Si sus primeros rayos no alumbran una playa salvadora, yo me entrego voluntariamente a la muerte. Miéntras tanto, proseguid resueltamente vuestro camino, i tened confianza en la proteccion del Señor." La dignidad del héroe, su mirada tranquila, triunfan una vez mas del furor. Respetan su cabeza i ahorran su augusta sangre.

"Pues bien; que así sea. Pero si los primeros rayos no nos muestran la tierra de salvacion, tú has visto el sol por la última vez. Tiembla ante nuestro brazo vengador." El pacto cruel queda concluido; los rebeldes se retiran. ¡Que la aurora de mañana nos revele la suerte del héroe resignado!

El sol se inclina en el horizonte, la luz desaparece; el pecho del héroe está oprimido; la carena hiende con un ruido lúgubre el mar vasto i desierto. Las estrellas se levantan silenciosas; pero ¡ah! ¡ninguna trae la

sistema que le es característico, de indicar siempre al lector el fin a donde se dirije. Se ha contentado con ofrecer una masa de ideas vigorosas dispuestas sin órden, i cuyo encadenamiento es difícil tomar: una multitud de imájenes terribles se amontonan i se confunden delante de nosotros, como en el sueño de un hombre que delira, quimeras espantosas en cuya existencia el espíritu se niega a creer, que aturden al lector i que perturban aun el espíritu de los que están mas acostumbrados a las singularidades de la musa. El asunto es la invasion de la tierra por las tinieblas, que son llamadas como en Shakspeare, el enterrador de la muerte. La reunion de imájenes terribles que el poeta ha colocado delante de nosotros hace sentir mejor la estravagancia del plan."—Un publicista frances, recordando este poema de Byron, le ha dado una aplicacion diferente, pero mui injeniosa. Supone un dia en que la imprenta dejara de funcionar en todos los paises de la tierra; i compara la situacion del mundo a las tinieblas pintadas con tan vigorosa enerjía por lord Byron.—En la p. 79 del tomo II del *Museo de ambas Américas* se encuentra una estimable imitacion en verso castellano de este poema de Byron, suscrita por L. Balladares i Garriga.

esperanza! La nave prosigue su camino solitario, i la ribera de salvacion está mui léjos todavía.

Teniendo en la mano su fiel telescopio (1), con el corazon lleno de inquietud, el héroe vela durante la noche sombría, i no aparta sus miradas del occidente.—"Al occidente ¡oh nave! vuela al occidente. ¡Oh tierra! objeto de mis ardientes aspiraciones, ántes de morir, mi corazon i mi espíritu te saludan.

"¡Oh Dios mio! De lo alto de los cielos tiende sobre mis marineros una mirada de bondad; no permitas que, entregados a la desesperacion, encuentren una tumba en las olas desiertas." Así habló el héroe movido de compasion.—"Pero ¿qué oigo? ¿Quién anda de carrera? ¿Eres tú, Fernando, siempre con tu rostro pálido i sombrío? ¿Qué me anuncian tus pasos temblorosos?"

—"¡Ah! noble capitan, no hai remedio; los rayos del sol comienzan a mostrarse en el oriente."—"Calma, amigo. De las alturas celestes ha salido el rayo vivificador; el imperio del Todopoderoso se estiende de un polo a otro; él es el que me abre el camino de la muerte."—"¡Adios, mi capitan, adios para siempre! Oigo a los rebeldes que se acercan."

Apénas habian salido estas palabras de la boca del caballero, cuando la muchedumbre se amontona detras de él; como olas tumultuosas, los soldados furiosos se precipitan en el pacífico apesento.—"Sé lo que me pedís; estoi pronto. ¡Adelante! Arrojadme en el mar espumoso; pero sabed que no está léjos la playa de salvacion. ¡Qué Dios os proteja, soldados estraviados!"

Las espadas hacen oir el ruido de su choque; horribles clamores llenan los aires. Con un espíritu tranquilo i desembarazado, el noble héroe va a buscar una tumba en el mar espumoso. Los lazos mas sagrados están rotos; el ilustre capitan es arrastrado al borde del navío.... "¡Tierra, tierra!" gritan, e inmensos clamores, semejantes al ruido del trueno, repiten: "¡Tierra, tierra!"

Una faja brillante, coloreada de púrpura, se muestra a las rápidas miradas. Alumbrada por los rayos dorados del sol que se levanta, la felicidad se alza en el seno de las olas i los llama; aparece ese mundo nuevo que los tímidos presentimientos sospechaban apénas, i que se habia revelado a las atrevidas meditaciones del jenio. Caen a los piés del grande hombre i dan gracias al poder divino.

LUISA BRACHMANN (2).

(1) En tiempo de Colon no se conocian los telescopios ni los anteojos de larga vista, pues fueron inventados a principios del siglo XVII.

(2) Célebre poetiza alemana (1777-1822), cuyas baladas, i mui particularmente la que dejamos trascrita, son mui justamente aplaudidas.

XIX.

EL ANILLO DE POLICRATES.

(Balada).

De pié en la azotea de su palacio, paseaba sus miradas satisfechas sobre la ciudad de Sámos, de que era soberano.—"Todo lo que ves está sometido a mi poder, decia al rei de Ejipto. Confiesa que soi feliz."

—"Has esperimentado el favor de los dioses; éste ha doblegado bajo tu cetro poderoso aquellos que en otro tiempo eran tus iguales; pero hai uno que vive para vengarlos; mi boca no puede proclamarte feliz miéntras te vijile el ojo de un enemigo."

Aun no habia acabado de hablar el rei cuando se presenta al tirano un mensajero venido de Mileto:—"Enciende ¡o señor! el fuego de los sacrificios i adorna tu cabellera para la fiesta con los vistosos ramos de laurel.

"Tu enemigo sucumbió herido por una jabelina; tu fiel jeneral Polidoro me ha enviado hácia tí con esta feliz noticia." Dice, i apesar del horror de los dos príncipes, saca de una caja negra una cabeza ensangrentada i bien conocida.

El rei de Ejipto retrocede de horror.—"Guárdate, sin embargo, de fiarte en la prosperidad, dijo con una mirada inquieta, piensa en la inconstancia de las olas. La incierta fortuna de tu escuadra puede ser destruida fácilmente por la tempestad."

Hablaba todavía, cuando fué interrumpido por los gritos de alegría que resonaban en el puerto. Cargada de tesoros estranjeros, una selva de mástiles vuelve a las riberas de la patria.

El huésped real se sorprende:—"Tu felicidad es hoi mui grande, pero teme su inconstancia. Los invencibles ejércitos de los espartanos te amenazan con un peligro inminente: están ya cerca de la costa."

Apénas se habian escapado estas palabras de sus labios, cuando se ve a la muchedumbre precipitarse fuera de las naves, i millares de voces esclaman: "¡Victoria! nos hemos libertado de nuestros enemigos. La tempestad ha destruido la escuadra espartana, la guerra está concluida."

El huésped real oye estos gritos con terror:—"En verdad, debo proclamarte feliz; pero tiemblo por tu suerte; los celos de los dioses me espantan. La alegría sin perturbacion no fué jamas el patrimonio de ningun mortal.

"A mí tambien todo me ha salido bien, el favor del cielo me ha acompañado en todas mis empresas de rei; pero tenia un heredero querido, i Dios me lo quitó: yo lo ví morir, i pagué así mi deuda a la fortuna.

"Si tú quieres, pues, ponerte a salvo contra la desgracia, invoca a los jenios invisibles, a fin de que mezclen el sufrimiento a tu felicidad. Nunca he visto ningun mortal que acabe pacíficamente su vida cuando los dioses han derramado sobre él sus favores a manos llenas.

"I si los dioses no oyen tus ruegos, escucha el consejo de un amigo:

llama tú mismo la desgracia; elije entre todos los tesoros aquel al cual tu corazon atribuye mas valor, i arrójalo al mar."

Sobrecojido por el temor, Policrátes responde:—"De todo lo que encierra esta isla, nada es mas precioso para mí que este anillo: voi a consagrarlo a las Euménides para que me perdonen mi fortuna." I arroja el anillo a las olas.

El dia siguiente, al rayar la aurora, un pescador, con la alegría pintada en el semblante, se presenta al príncipe:—"Señor, he cojido un pez como no habia encontrado uno semejante en mis redes, i vengo a ofrecértelo."

I cuando el cocinero ha abierto el pescado, corre fuera de sí i con la mirada estupefacta esclama:—"Señor, aquí tienes el anillo que llevabas hace poco; acabo de encontrarlo en las entrañas de este pescado. ¡Oh! tu felicidad no tiene límites."

El huésped real se vuelve con horror:—"No puedo permanecer aquí mas tiempo, i tú no puedes ya ser mi amigo. Los dioses quieren tu pérdida; yo me alejo a la lijera para no perecer contigo." Dice i se embarca en el mismo instante.

FEDERICO SCHILLER (1).

XX.

EGLOGA.

SALICIO, NEMOROSO, POETA.

Poeta.

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente i Nemoroso,
He de cantar, sus quejas imitando;
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban mui atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
I un grado sin segundo,
Agora estés atento, solo i dado
Al ínclito gobierno del estado,
Albano, agora vuelto a la otra parte
Respiandeciente, armado,

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.*, p. 606.—Policrátes, tirano de Sámos, protector de las artes, de las ciencias i de las letras, ha sido inmortalizado por Heródoto, que ha referido sus conquistas i los favores que la fortuna le dispensó. Como se recordará, Oretes, sátrapa de Sardes, puso fin a tanta felicidad: atrajo a su lado a Policrátes, i en seguida, lo hizo crucificar el año 521 ántes de Jesucristo. El rei de Ejipto que tuvo esta conversacion con Policrátes, era Amásis. Véase Heródoto, lib. III.

Representando en tierra al fiero Marte;
Agora de cuidados enojosos
I de negocios libre, por ventura
Andes a caza el monte fatigando
En ardiente jinete que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando;
Espera, que en tornando
A ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luego verás ejecutar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes i famosas obras,
Antes que me consuma
Faltando a tí, que a todo el mundo sobras.
En tanto que este tiempo que adivino
Viene a sacarme de la deuda un dia
Que se debe a tu fama i a tu gloria;
Que es deuda jeneral, no solo mia,
Mas de cualquier injenio peregrino,
Que celebra lo digno de memoria,
El árbol de victoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente,
Dé lugar a la hiedra, que se planta
Debajo de tu sombra i se levanta
Poco a poco arrimada a tus loores;
I en cuanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el altura
El sol, cuando Salicio recostado
Al pié de una alta haya en la verdura,
Por donde un agua clara con sonido
Atravesaba el verde i fresco prado;
Él con canto acordado
Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba
Se quejaba tan dulce i blandamente
Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenia;
I así como presente
Razonando con ella le decia:

Salicio.

¡Oh mas dura que mármol a mis quejas,
I al encendido fuego en que me quemo,
Mas helada que nieve, Galatea!
Estoi muriendo i aun la vida temo;
Témola con razon, pues tú me dejas,

Que no hai sin tí el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado
De tí desamparado;
I aun de mi mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
  El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes i por valles, despertando
Las aves, animales i la jente:
Cual por el aire claro va volando,
Cual por el verde prado o alta cumbre
Paciendo va segura i libremente:
Cual con el sol presente
Va de nuevo al oficio
I al usado ejercicio
Do su natura o menester le inclina:
Siempre está en llanto esta ánima mezquina,
Cuando la sombra el mundo va cubriendo,
O la luz se avecina:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo
  I tú de esta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por tí Salicio triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento
El amor i la fé, que ser guardada
Eternamente solo a mi debiera:
Oh Dios ¿porqué siquiera,
Pues ves desde tu altura
Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yo estoi muriendo,
¿Qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
  Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad i apartamiento
Del solitario monte me agradaba:
Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio i colorada rosa,
I dulce primavera deseaba:
¡Ai cuánto me engañaba!
¡Ai cuán diferente era,
I cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mia:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces durmiendo en la floresta
Reputándolo yo por desvarío,
Vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta
A beber en el Tajo mi ganado:
I despues de llegado,
Sin saber de cuál arte,
Por desusada parte
I por nuevo camino el agua se iba:
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fujitiva:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Tu dulce habla ¿en cúya oreja suena?
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fé ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos anudaste?
No hai corazon que baste,
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mí arrancada, en otro muro asida,
I mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Qué no se esperará de aquí adelante,
Por difícil que sea i por incierto,
O qué discordia no será juntada?
I juntamente ¿qué terná por cierto,
O qué de hoi mas no temerá el amante
Siendo a todo materia por tí dada?
Cuando tú enajenada
De mí, cuitado, fuiste,
Notable causa diste
I ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,
Que el mas seguro tema con recelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible i no pensado,
I de hacer juntar lo diferente;
Dando a quien diste el corazon malvado,
Quitándolo de mí can tal mudanza,
Que siempre sonará de jente en jente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,

I con las simples aves sin ruïdo
Harán las bravas sierpes ya su nido:
Que mayor diferencia comprehendo
De tí al que has escojido:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
  Siempre de nueva leche en el verano
I en el invierno abundo: en mi majada
La manteca i el queso está sobrado;
De mi cantar, pues, yo te ví agradada
Tanto que no pudiera el mantuano
Títiro ser de tí mas alabado:
No soi, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo,
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara i pura:
I cierto no trocara mi figura
Con ese que de mí se está riendo;
Trocára mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas corriendo.
  ¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condicion terrible,
Siempre fuera tenido de tí en precio,
I no viera este triste apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frio
De la sierra de Cuenca, i el gobierno
Del abrigado Estremo en el invierno?
Mas ¿qué vale el tener, si derritiendo
Me estoi en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
  Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza, i la quebrantan;
Los árboles parece que se inclinan;
Las aves que me escuchan, cuando cantan
Con diferente voz se condolecen
I mi morir cantando me adivinan:
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi canto triste:
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo
A lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
  Mas ya que a socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste,
Que bien podrás venir de mí segura:
Yo dejaré el lugar do me dejaste;

Ven, si por solo esto te detienes:
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo:
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dejo
No es mucho que el lugar tambien le quede.

Poeta.

Aquí dió fin a su cantar Salicio,
I, suspirando en el postrero acento,
Saltó de llanto una profunda vena:
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba i suena.
La blanda Filomena,
Casi como dolida
I a compasion movida,
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso,
Decidlo vos, Piérides, que tanto
No puedo yo, ni oso;
Que siento enflaquecer mi débil canto.

Nemoroso.

Corrientes aguas puras, cristalinas;
Arboles que os estais mirando en ellas;
Verde prado de fresca sombra lleno;
Aves que aquí sembrais vuestras querellas;
Hiedra, que por los árboles caminas
Torciendo el paso por su verde seno;
Yo me vi tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
I con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.
I en este mismo valle, donde agora
Me entristezco i me canso, en el reposo
Estuve yo contento i descansado.
¡O bien caduco, vano i presuroso!
Acuérdome, durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, a Elisa ví a mi lado.
¡O miserable hado!

O tela delicada,
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Mas convenible fuera aquesta suerte,
A los cansados años de mi vida,
Que es mas que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.
¿Dó están agora aquellos claros ojos,
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvian?
¿Dó está la blanca mano delicada
Llena de vencimientos i despojos
Que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos que vian
Con gran desprecio al oro
Como a menor tesoro,
¿Adónde estan? ¿Adónde el blanco pecho?
¿Dó la coluna que el dorado techo
Con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mia,
En la fria, desierta i dura tierra.
¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cojiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste i solitario dia,
Que diese amargo fin a mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto
Que a sempiterno llanto
I a triste soledad me ha condenado;
I lo que siento mas es verme atado
A la pesada vida i enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.
Despues que nos dejaste, nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hai bien que en mal no se convierta i mude;
La mala yerba al trigo ahoga, i nace
En lugar suyo la infelice avena:
La tierra que de buena
Gana nos producia
Flores con que solia
Quitar en solo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos.
Ya de rigor de espinas intratables:
I yo hago con mis ojos
Crecer llorando el fruto miserable.
Como al partir el sol la sombra crece

I en cayendo su rayo se levanta
La negra oscuridad que el mundo cubre,
De do viene el temor que nos espanta,
I la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura i hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra i de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine,
Que a ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.
Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse entre las hojas escondido
Del duro labrador, que cautamente
Le despojó su dulce i caro nido
De los tiernos hijuelos, entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente;
I aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, i a su canto el aire suena;
I la callada noche no refrena
Su lamentable oficio i sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo i las estrellas.
De esta manera suelto yo la rienda
A mi dolor, i así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazon metió la mano,
I de allí me llevó mi dulce prenda,
Que aquel era su nido i su morada.
¡Ai muerte arrebatada!
Por tí me estoi quejando
Al cielo, i enojando
Con importuno llanto al mundo todo,
Tan desigual dolor no sufre modo:
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.
Una parte guardé de sus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
Que nunca de mi seno se me apartan:
Descójolos i de un dolor tamaño
Enternecerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,
Mas que la llama ardientes,
Los enjugo del llanto, i de consuno

Casi los paso i cuento uno a uno;
Juntándolos, con un cordon los ato:
Tras esto el importuno
Dolor me deja descansar un rato.
  Mas luego a la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa, escura,
Que siempre aflije esta ánima mezquina
Con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina;
I aquella voz divina,
Con cuyo son i acentos
A los airados vientos
Pudieras amansar, que agora es mudo,
Me parece que oigo que a la cruda
Inexorable diosa demandabas
En aquel paso ayuda,
¿I tú, rústica diosa, dónde estabas?
  ¿Íbate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar a tal crueza,
Que conmovida a compasion, oido
A los votos i lágrimas no dieras,
Por no ver hecha tierra tal belleza?
O no ver la tristeza,
En que tu Nemoroso
Queda, que su reposo
Era seguir tu oficio, persiguiendo
Las fieras por los montes, i ofreciendo
A tus sagradas aras los despojos?
¡I tú, ingrata, riendo
Dejas morir mi bien ante mis ojos!
  Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales piés pisas i mides,
I su mudanza ves estando queda:
¿Por qué de mí te olvidas, i no pides,
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo i verme libre pueda?
I en la tercera rueda,
Contigo mano a mano,
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes i otros rios,
Otros valles floridos i sombríos,
Do descansar, i siempre pueda verte
Ante los ojos mios,
Sin miedo i sobresalto de perderte.

Poeta.

Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores, ni fueran acabadas

Las canciones que solo el monte oia,
Si mirando las nubes coloradas
Al tramontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el dia.
La sombra se veia
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte; i recordando
Ambos como de sueño, i acabando
El fujitivo sol de luz escaso,
Su ganado llevando,
Se fueron recojiendo paso a paso.

GARCILASO DE LA VEGA (1).

XXI.

A CRISTO CRUCIFICADO.

(Soneto).

No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, mi Dios, muéveme el verte
Clavado en esa cruz i escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme las angustias de tu muerte;
Muéveme, en fin, tu amor de tal manera
Que, aunque no hubiera cielo yo te amara,
I aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
Porque, si cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

SANTA TERESA (2).

XXII.

A LA ASCENCION.

(Oda).

¿I dejas, Pastor santo,
Tu grei en este valle hondo, oscuro,

(1) V. las *Nociones de hist. lit.*, p. 385.
(2) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 408.

Con soledad i llanto,
I tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
  Los antes bien hadados,
I los agora tristes i afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos
¿A dó convertirán ya sus sentidos?
  ¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no le sea enojos?
Quién oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo i desventura?
  Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado?
¿Estando tú cubierto
Qué norte guiará la nave al puerto?
  ¡Ai! nube envidiosa
Aun de este breve goza, ¿qué te aquejan?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres, i cuán ciegos, ai, nos dejas!

Fr. Luis de Leon (1).

XXIII.

LA CENA JOCOSA.

(Redondillas).

  En Jaen, donde resido,
Vive don Lope de Sosa,
I diréte, Ines, la cosa
Mas brava de él que has oido.
  Tenia este caballero.
Un criado portugues....
Pero cenemos, Ines,
Si te parece, primero.
  La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino a punto;
Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
I échale la bendicion;

(1) V. las *Nociones de hist. lit.*, p. 386.

Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Ines, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un Florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del castillo:
Diez i seis vale el cuartillo,
No tiene vino mas bajo.
Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es o no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.
Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, i voime contento.
Esto, Ines, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Sola una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.
La ensalada i salpicon
Hizo fin, ¿qué viene ahora?
La morcilla: gran señora,
Digna de veneracion.
¡Qué oronda viene i que bella!
¡Qué traves i enfundia tiene!
Paréceme, Ines, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus; encójase i entre,
Que es algo estrecho el camino
No eches agua, Ines, al vino,
No se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas:
Dios te guarde que así tomas,
Como sábia, el buen consejo.
Mas dí, ¿no adoras i precias
La morcilla ilustre i rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
I asada por esas manos
Hechas a cebar lechones.
El corazon me revienta

De placer: no sé de tí.
¿Cómo te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoi, vive Dios:
Mas oye un punto sutil:
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles.
Ya sé lo que puede ser:
Con ese negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial:
No es el aloquillo tal.
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto i olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
Todo con tanta fineza.
Mas el queso sale a plaza,
La moradilla va entrando,
I ambos vienen preguntando
Por el pichel i la taza.
Prueba el queso, que es estremo,
El de Pinto no le iguala:
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz pues, Ines, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos: hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya, Ines, que habemos cenado
Tan bien i con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Ines hermana,
Que el portugues cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

BALTASAR DEL ALCÁZAR (1).

(1) Baltasar del Alcázar es un poeta sevillano que florecia en la segunda mitad del siglo XVI, (1530-1606) notable sobre todo por la naturalidad, la soltura de sus versos i la gallardia de su lenguaje. Aunque sus poesias han sido publicadas varias veces no hai ninguna edicion verdaderamente completa, i por lo tanto no dan a conocer la estension i el alcance de su jenio poetico. En el tomo de la *Bibliot ca de autores españoles*, que da a luz en Madrid don Manuel Rivadeneira, se encuentran muchas de ellas; pero en una publicacion mas reciente, el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros i curiosos*, por Zarco del Valle i Sancho Rayon, Madrid, 1863, se han publicado muchas otras composiciones que permanecian inéditas i que se distinguen por las mismas dotes de injenio i por el mismo donaire aunque con frecuencia son afeadas por equivocos i pensamientos libres.

XXIV.

SONETO.

La dulce boca que a gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
I a no envidiar aquel licor sagrado,
Que a Júpiter muestra el garzon de Ida;
Amantes, no toqueis, si quereis vida,
Porque entre un labio i otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Cual entre flor i flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas que a la aurora
Direis que aljofaradas i olorosas
Se le cayeron del purpúreo seno:
Manzanas son de Tántalo i no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora
I solo del amor queda el veneno.

Góngora (1).

XXV.

LETRILLA.

Ande yo caliente,
I ríase la jente.
Traten otros del gobierno,
Del mundo i sus monarquías,
Miéntras gobiernan mis dias
Mantequillas i pan tierno,
I las mañanas de invierno,
Naranjada i aguardiente,
I ríase la jente.
Coma en dorada vajilla
El príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados,
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morcilla
Que en el asador reviente,

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.* páj. 436.—Este soneto puede dar una idea de las formas poéticas conocidas con el nombre de culteranismo; pero debemos advertir que dista mucho todavía de la oscuridad i recargo de adornos i atavios de otras poesías del mismo autor. La letrilla del mismo Luis de Góngora que trascribimos en seguida de este soneto, es una muestra de la poesía fácil i natural que cultivó durante algun tiempo con gran felicidad.

I ríase la jente.
Cuando cubra las montañas
De plata i nieve el enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas i castañas,
I quien las dulces patrañas
Del rei que salió me cuente,
I ríase la jente.
Busque mui en hora buena
El mercader nuevos soles,
Yo conchas i caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando a Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
I ríase la jente.
Pase a media noche el mar,
I arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo mas quiero pasar
De Yepes i Madrigal
La regalada corriente,
I ríase la jente.
Pues amor es tan cruel,
Que de Píramo i su amada
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella i él:
Sea mi Tisbe un pastel,
I la espada sea mi diente,
I ríase la jente.

LUIS DE GÓNGORA (1).

XXVI.

LETRILLA.

Pues amarga la verdad
Quiero echarla de la boca,
I si al alma su hiel toca,
Esconderla es necedad;
Sépase, pues libertad
Ha enjendrado en mi pereza
La pobreza.
¿Quién hace al tuerto galan,
I prudente al sin consejo;

(1) Véase la nota del trozo anterior.

Quién al avariento viejo
Le sirve de rio Jordan?
¿Quién hace de piedras pan
Sin ser el Dios verdadero?
El dinero.
¿Quién con su fiereza espanta
El cetro i corona al rei?
¿Quien careciendo de lei
Merece el nombre de santa?
¿Quién con la humildad levanta
A los cielos la cabeza?
La pobreza.
¿Quién los jueces con pasion,
Sin ser ungüento, hace humanos,
Pues untándoles las manos
Les ablanda el corazon?
¿Quién gasta su opilacion
Con oro, i no con acero?
El dinero.
¿Quién procura que se aleje
Del suelo la gloria vana?
¿Quién siendo toda cristiana
Tiene la cara de hereje?
¿Quién hace que al hombre aqueje
El desprecio i la tristesa?
La pobreza.
¿Quién la montaña derriba
Al valle la hermosa al feo?
¿Quién podrá cuanto el deseo,
Aunque imposibles conciba;
I quién lo de abajo arriba
Vuelve en el mundo lijero
El dinero.

FRANCISCO DE QUEVEDO (1).

XXVII.

DESAFÍO DEL CID.

Non es de sesudos homes
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto a un fidalgo,
Que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vueso ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos

(1) V, las *Nociones de hist. lit*, p. 433.

El su juvenil furor.
No son bueuas fechorías
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro a un viejo,
I no el pecho a un infanzon.
Cuidáras que era mi padre
Del Lain Calvo sucesor,
I que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
¿Mas cómo vos atrevisteis
A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublasteis
Con nube de deshonor,
Mas yo dejaré la niebla;
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre despercude
Mancha que finca en la honor,
I ha de ser, si bien me tembro
Con sangre del malhechor.
La vuestra, conde tirano
Lo será, pues su furor,
Os movió a desaguisado
Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el rei con furor,
Cuidá que lo denostasteis,
I que soi su fijo yo.
Mal fecho, ficisteis, conde,
Yo vos reto de traidor,
I catad si vos atiendo,
Si me causarás pavor.
Diego Lainez me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Yo probaré en vos mis fuerzas,
I en vuesa mala intencion.
No vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador,
Pues para me combatir
Traigo mi espada i troton.
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid campeador,
Que despues por sus fazañas
Este nombre mereció.
Dióle la muerte i vengóse,
La cabeza le cortó,
I con ella ante su padre
Contento se afinojó.

ROMANCERO (1).

(1) V. las *Nociones de hist. lit.* p. 272.

XXVIII.

ROMANCE MORISCO.

Si tienes el corazon,
Zaide, como la arrogancia
I a medida de las manos
Dejas volar las palabras,
Si en la vega escaramuzas
Como entre las damas hablas,
I en el caballo revuelves
El cuerpo como en las Zambras;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
I como danzas la toca,
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza
I como a fiestas te aplicas
Te aplicas a la batalla:
Si como el galan ornato,
Usas la lucida malla,
I oyes el son de la trompa,
Como el son de la dulzaina:
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
En el campo al enemigo
Le atropellas i maltratas;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas;
Sal a ver si te defiendes,
Como en el Alhambra agravias.
I si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda,
Alguno de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros
No en palacio ni entre damas
Se aprovechan de la lengua,
Que es donde las manos callan;
Pero aquí que hablan las manos
Ven, i verás como habla
El que delante del rei
Por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera i rábia,
Que donde pone la pluma,
El delgado papel rasga.
I llamando a un paje suyo

Le dijo: vete a la Alhambra,
I en secreto al moro Zaide
Da de mi parte esta carta.
I dirásle que le espero
Donde sus corrientes aguas
Del cristalino Jenil
Al Jeneralife bañan.

ROMANCERO (1).

XXIX.

EL MURCIÉLAGO ALEVOSO.

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento
Con gracioso talento
Una tierna cancion, i porque en ella
Satisfacer a Delio meditaba,
Que de su fe dudaba,
Con vehemente espresion le encarecia
El fuego que en su casto pecho ardia.
I estando divertida,
Un murciélago fiero, ¡suerte insana!
Entró por la ventana:
Mirta dejó la pluma sorprendida,
Temió, jimió, dió voces, vino jente;
I al querer dilijente
Ocultar la cancion, los versos bellos
De borrones llenó, por recojellos.
I Delio noticioso
Del caso, que en su daño habia pasado
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que habia la cancion interrumpido,
I a su Mirta aflijido,
En cólera i furor se consumia,
I así a la ave funesta maldecia:
¡Oh! monstruo de ave i bruto,
Que cifras lo peor de bruto i ave,
Vision nocturna grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado.
De la tiniebla, i de la noche fria,
¿Qué tienes tú que hacer donde está el dia?

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 272.

Tus obras i figura
Maldigan de comun las otras aves,
Que cánticos suaves
Tributan cada dia al alba pura:
I porque mi ventura interrumpiste,
I a su autor aflijiste,
Todo el mal i desastre te suceda,
Que a un murciélago vil suceder pueda.
La lluvia repetida
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan solo reservada
A las noches se oponga a tu salida;
O el relámpago pronto reluciente
Te ciegue i amedrente
O soplando del norte recio viento,
No permita un mosquito a tu alimento.
La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue inadvertida
Por telaraña sucia i asquerosa,
I con la escoba al suelo te derribe;
I al ver que bulle i vive
Tan fiera i tan ridícula figura,
Suelte la escoba, i huya con presura.
I luego sobrevenga
El jugueton gatillo bullicioso,
I primero medroso
Al verter se retire, i se contenga,
I bufe, i se espeluce horrorizado,
I alce el rabo esponjado,
I el espinazo en arco suba al cielo,
I con los piés apénas toque el suelo.
Mas luego recobrado,
I del primer horror convalecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
I cosido en la tierra, observe atento:
I cada movimiento
Que en tí llegue a notar su perspicacia,
Le provoque al asalto, i le dé audacia.
En fin sobre tí venga,
Te acometa i ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
I a costa de tu daño se entretenga;
I por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces a lo alto.
I acuda a tus chillidos
El muchacho, i convoque a sus iguales,
Que con los animales

Suelen ser comunmente desabridos;
Que a todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza.
Hasta que ya la edad, o la cultura
Nos dan humanidad i mas i mas cordura:
Entre con algazara
La pueril tropa al daño prevenida
I lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
I al oirte chillar alcen el grito
I te llamen maldito!
I creyéndote al fin del diablo imájen,
Te abominen, te escupan i te ultrajen.
Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
I se burlen contigo.
I al hocico te apliquen candelillas,
I se rian con duros corazones
De tus jestos i acciones,
I a tus tristes querellas ponderadas,
Correspondan con fiesta i carcajadas.
I todos bien armados
De piedras, de navajas, de aguijones,
De clavos, de punzones
De palos por los cabos afilados,
(De diversion i fiestas ya rendidos)
Te embistan atrevidos,
I te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.
Te puncen, i te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten i te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan i aturrullen.
I las supersticiones
De las viejas, creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones
Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo sin cordura,
Que verán en el aire culebrinas,
I otras tristes visiones peregrinas.
Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori, gori, cantando,
I en dos filas delante se compongan;
I otros finjiendo voces lastimeras
Sigan de plañideras,

I dirijan entierro tan gracioso,
Al muladar mas sucio i asqueroso.
I en aquella basura,
Un hoyo hondo i capaz te faciliten,
I en él te depositen,
I allí te den debida sepultura:
I para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia,
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

EPITAFIO.

Aquí yace el murciélago alevoso,
Que al sol horrorizó, i ahuyentó el dia,
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía:
No sigas, caminante, presuroso,
Hasta decir en esta losa fria:
"Acontezca tal fin, i tal estrella
"A aquel, que mal hiciese a Mirta bella."

FR. DIEGO GONZALEZ (1)

XXX.

A LOS COLEJIALES DE SAN CLEMENTE DE BOLONIA.

(Oda).

¿Por qué con falsa risa
Me preguntais, amigos,
El número de lustros que cumplí?
¿I en la duda indecisa,
Citais para testigos
Los que huyeron aprisa
Crespos cabellos que en mi frente ví?
Pues no los años fueron

(1) El padre agustino frai Diego Gonzalez floreció en el siglo pasado (1733-1794), e imitó con feliz éxito a frai Luis de Leon en la version de algunos salmos, tomando en ellos la entonacion solemne de tan gran maestro. Pero sus poesías mas populares pertenecen al jénero festivo; i entre éstas el *Murciélago alevoso* ocupa el primer lugar. Quintana, sin embargo, no la incluyó en su *Parnaso español;* pero miéntras las otras poesias del padre Gonzalez son poco leidas ahora, se hacen todavia numerosas ediciones del *Murciélago*. Véase sobre el particular lo que dice don Leopoldo Augusto de Cueto, en la páj. CXII del *Bosquejo histórico crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, que ha puesto como introduccion del tomo 61 de la *Biblioteca de autores españoles* de Rivadeneira.

Los que con mano dura
Me los llevaron, ni doliente ardor;
Parte al afan cedieron
Que el estudio procura,
Parte despojos dieron
A tus victorias, ceguezuelo amor.
¿Veis que en mi rostro imprima
El tiempo sus pisadas,
La lengua turbe, o debilite el pié?
¿Veis que mi espalda oprima?
¿O de brillar cansadas,
La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre hablé?
Pues si el ardiente brio,
Que la edad deteriora
Con su fuga veloz existe en mí,
¿No es vano desvarío
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto i rio,
Soi jóven fuerte, como jóven fuí.
Lo soi, i vigoroso
Siento que late i vive
Propenso a la virtud mi corazon;
I en placer delicioso
Afectos mil recibe:
Movimiento dichoso
Del alma, si lo templa la razon.
Tal vez Febo me envia
Entusiasmo divino,
Que a la helada vejez repugna dar;
I la nueva armonía
De idioma peregrino,
Las náyades que cria
El Reno humilde salen a escuchar.
Seguidme i al umbroso
Bosque, mansion de Flora,
Que el templo cerca (1) del Amor, venid
Dadme, dadme oloroso
Incienso i la sonora
Cítara, i de frondoso
Mirto mis sienes cándidas ceñid.
Mancebos i doncellas
Cantan el himno sacro,
I la pompa solemne comenzó.
¿Veis que llegaron ellas,
I en torno al simulacro
Esparcen flores bellas,
I el coro de los jóvenes siguió?

(1) Para que se comprenda bien este verso advertiremos que *cerca* es tercera persona del presente de indicativo del verbo cercar, rodear.

Yo con estos unido
Presentaré mis dones,
Cuando postrados ante el ara estén.
Del certero Cupido
Sintieron los harpones...
¡Ai! que en vano he querido
Burlar sus tiros, i me hirió tambien.

(D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN (1).

XXXI.

LA ZARZA.

(Fábula imitacion de Lessing (2).

A la Zarza punzante
Un Sauce preguntó:¿Por qué manía
Cuando cerca de tí pasa un viajante
Clavas la garra en él con tal porfía?
¿Es que te ofende si contigo topa,
O tratas de quedarte con su ropa?
No es (contestó el arbusto) por quitarla
Pues en mí no la empleo;
Pero me tiro a cuanta ropa veo.
Porque tengo un placer en desgarrarla.
Murmurador injusto,
¿Por qué derramas hiel?—Porque es mi gusto.
—Gustos, así, tan malos,
(Dice el refran) merecen palos.

DON JUAN EUJENIO DE HARTZENBUSCH (3).

(1) Véanse las *Nociones de hist. lit.* p. 447.

(2) V. las *Nociones de hist. lit.*, p. 597.

(3) Poeta español contemporáneo, nacido en 1806, autor de muchas comedias i dramas justamente aplaudidas, de varios opúsculos críticos i satíricos i de algunas poesías líricas imitadas unas del aleman, orjinales otras, pero todas notables por el buen gusto literario i por la correccion constante del estilo.

XXXII.

LA CAMPANA.

(Imitacion de Schiller (1).

Vivos voco, mortuos plango. fulgura frango.

Afianzado en el suelo fuertemente
Ya el molde está de recocida greda:
Hoi fabricada la campana queda:
Obreros, acudid a la labor...
Sudor que brote ardiente
Inunde nuestra frente;
Que si el cielo nos presta su favor,
La obra será renombre del autor.
A la grave tarea que emprendemos
Razonamiento sólido conviene:
Gustoso i fácil el trabajo corre
Cuando sesuda plática se tiene.
Los efectos aquí consideremos
De un leve impulso a la materia dado:
De racional el título se borre
Al que nunca en sus obras ha pensado.
Joya es la reflexion ilustre i rica,
I dióse al hombre la razon a cuenta
De que su pecho con ahinco sienta
Cuanto su mano crea i vivifica.
Para que el horno actividad recobre,
Trozos echad en él de seco pino,
I oprimida la llama, su camino
Búsquese por la cóncava canal.
Luego que hierva el cobre
Con él se junte i obre
Estaño que desate el material
En rápida corriente de metal.
Esa honda taza que la humana diestra
Forma en el hoyo manejando el fuego,
En alta torre suspendida luego
Pregon será de la memoria nuestra.
Vencedora del tiempo mas remoto
I hablando a raza i raza sucesiva,
Plañirá con el triste compasiva,
Pia rogando con el fiel devoto.
El bien i el mal que en variedad fecundo

(1) V. las *Noc. de hist. lit.* p. 606.

Lance sobre el mortal destino sabio,
Herido el bronce del redondo labio
Lo anunciará con majestad al mundo.
Blancas ampollas elevarse he visto.
En buen hora: la masa se derrite.
La sal de la ceniza precipite
Ahora la completa solucion.
Fuerza es dejar el misto
De espuma desprovisto:
Purificada así la fundicion,
Claro el vaso ha de dar i lleno el son.
El con el toque de festivo estruendo
Solemniza del niño la venida,
Que a ciegas entra en la vital carrera,
Quieto en la cuna plácida durmiendo.
En el seno del tiempo confundida
Su suerte venidera,
Mísera o placentera,
Yace para el infante;
Pero el amor i maternal cuidado
Colman de dicha su dorada aurora.
En tanto como flecha voladora
Van huyendo los años adelante.
Ya esquivo i arrogante
El imberbe doncel huye del lado
De la niña jentil cuando él nacida,
I al borrascoso golfo de la vida
Lanzándose impaciente,
Con el báculo se arma del viajero,
Vaga de tierra en tierra diferente,
I al techo paternal vuelve estranjero.
En juventud allí resplandeciente,
I a un ánjel igualándose de bella,
Luego a sus ojos brilla
La cándida doncella,
Púrpura rebosando su mejilla.
Insólito deseo
El pecho entónces del mancebo asalta:
Ya entre la soledad busca el paseo,
Ya de los ojos llanto se le salta,
Ya fujitivo del coloquio rudo
De antiguos compañeros, que le enoja,
Desde léjos le sigue con vergüenza
El paso a la beldad: solo un saludo
Mil placeres le inspira;
I de sus galas el verjel despoja
Para adornar la recojida trenza
Del caro bien por cuyo amor suspira.
En aquel anhelar tierno incesante,
Con aquella esperanza dulce i pura,
Ve los cielos abiertos el amante,

I anégase en abismos de ventura.
¡Ai! ¿Por qué han de pasar tan de lijero
Los bellos dias del amor primero?
Esos cañones negrear miramos:
Pértiga larga hasta la masa cale;
Que si de vidrio revestida sale,
No habrá para fundir dificultad.
Sus, compañeros, vamos,
I pruebas obtengamos
De que hicieron pacífica hermandad
Los metales de opuesta calidad.
Sí, que del justo enlace
De rijidez al par i de ternura,
De fuerza i de blandura,
La armonía cabal se enjendra i nace.
Mire quien votos perdurables hace
Si con su corazon cuadra el que elije;
Que la grata ilusion momentos dura,
I el pesar del error eterno aflije.
Asienta bien sobre el cabello hermoso
De la vírjen modesta
La corona nupcial que la engalana,
Cuando con golpe i son estrepitoso
Convoca la campana
De alegre boda a la brillante fiesta;
Mas dia tan feliz i placentero
Del abril de la vida es el postrero;
Que al devolver los cónyujes al ara
Velo i vendas sutiles,
Con ellos de su frente se separa
La ilusion de los goces juveniles.
Rinde al cariño la pasion tributo;
Marchítase la flor, madura el fruto.
Desde allí entra el varon en lid constante:
Verásele afanado i anhelante
Pretender, conseguir, vereis que osado
Con cien i cien obstáculos embiste
Para que su teson el bien conquiste.
Entónces de abundancia rodeado
Se encontrará, que por do quier le llega:
Su troj rebosa de preciosos dones;
Crecen sus posesiones.
I la morada que heredó se agranda,
En cuyo íntimo círculo despliega
Su celo cuidadosa
La vijilante madre, casta esposa.
Ella en el reino aquel prudente manda;
Reprime al hijo i a la niña instruye:
Nunca pára su mano laboriosa,
Cuyo ordenado tino
En rico aumento del caudal refluye.

De esa mano, que le hace en remolino
Al torno jirador zumbar sonoro,
Brota el hilo i al huso se devana:
Ella el arca olorosa llena de oro;
Ella los paños de escojida lana.
Ella la tela de nevado lino
Custodia en el armario, que luciente
Mantiene la limpieza;
Ella une el esplendor a la riqueza.
I al ocio junto a sí jamas consiente.
El padre en esto, sonriendo ufano
Desde alto mirador sobre la casa,
Que deja rejistrar tendido llano,
De sus bienes el número repasa.
El árbol corpulento
Ve de crecidas pomas agobiado;
Su granero contempla apuntalado,
I en densas olas al batir del viento
Moviendo las espigas el sembrado.
I atrévese a esclamar con vana gloria:
"Tan firme como el mismo fundamento
Que sostiene la mole de la tierra,
Fuerte contra el poder de la desgracia
Me hace el tesoro que mi techo encierra."
¡Oh esperanza ilusoria!
¿Cuál poder eficacia
Contra el destino tiene?
No hai lazo que sus vuelos encadene,
I ántes de prevenir con el amago,
Se nos presenta el mal con el estrago.
Bien se parte la escoria recojida:
Ya principiar la fundicion se puede;
Mas ántes que la masa libre ruede,
Récese una plegaria con fervor.
Dad al metal salida.
Dios un destrozo impida!
Rio humeante, negro de color,
Se abisma en la canal abrasador.
Es el fuego potencia bienhechora
Miéntras la guia el hombre i bien la emplea;
Que a su fuerza divina ausiliadora
Deudor entónces es de cuanto crea;
Pero plaga se vuelve destructora
Cuando una vez de sus cadenas franca,
Por la senda que elije libre arranca,
I avanza con fiereza,
Salvaje de cruel naturaleza.
¡Ai si sacude el freno, i ya no hallando
Quien resista sus ímpetus violentos,
En apiñada poblacion derrama
Incendio asolador, inmensa llama!

Guardan los elementos
Rencor a los humanos monumentos.
La misma nube cuyo riego blando
Los perdidos verdores
Devuelve a la pradera que fecunda,
Rayos tambien arroja furibunda.—
¿Escuchais en la torre los clamores
Lentos i graves que a temor provocan?
No hai duda: a fuego tocan.
Sangriento el horizonte resplandece,
I ese rojo fulgor no es que amanece.
Tumultüoso ruido
La calle arriba cunde,
I de humo coronada
Se alza con estallido,
I de una casa en otra se difunde,
Como el viento veloz, la llamarada,
Que en el aire encendiendo
Sofocador bochorno,
Tuesta la faz cual bocanada de horno.
Las largas vigas crujen,
Los postes van cayendo,
Saltan postigos, quiébranse cristales,
Llora el niño, la madre anda aturdida,
I entre las ruinas azorados mujen
Mansas reses, perdidos animales.
Todo es buscar, probar hallar huida,
I a todos presta luz en su carrera
La noche convertida
En dia claro por la ardiente hoguera.
Corre a porfía en tanto larga hilera
De mano en mano el cubo, i recio chorro
En empinada comba
Lanza ajitando el émbolo, la bomba.
Mas viene el huracan embravecido:
El incendio recibe su socorro
Con bárbaro bramido,
I ya mas inhumano
Cae sobre el depósito indefenso
Donde en gavilla aun se guarda el grano,
Donde se hacina resecado pienso;
I cebado en aristas i maderas,
Gigante se encarama a las esferas,
Como en altivo alarde
De querer miéntras arde
No dejar en el globo en que hace riza
Sino montes de escombros i ceniza.
El hombre en esto ya sin esperanza,
Se rinde al golpe que a parar no alcanza,
I atónito cruzándose de brazos,
Ve sus obras yacer hechas pedazos.

Desiertos i abrasados paredones
Quedan allí, desolador vacío,
Juguete ya del aquilon bravío.
Sin puertas i sin marco los balcones,
Bocas de cueva son de aspecto estraño,
I el horror en su hueco señorea,
Miéntras allá en la altura se recrea
Tropel de nubes en mirar el daño.
Vuelve el hombre los ojos
Por la postrera vez a los despojos
Del esplendor pasado,
I el baston coje luego de viandante
Sonriendo tranquilo i resignado.
Consuelo dulce su valor inflama.
El fuego devorante
Le privó de su próspera fortuna;
Mas cuenta, i ve que de las vidas que ama
No le faltó ninguna.
El líquido en la tierra se ha sumido;
El molde se llenó dichosamente:
¡Ojalá a nuestra vista se presente
Obra que premie el arte i el afan!
¿Si el bronce se ha perdido?
¿Si el molde ha perecido?
Nuestras fatigas esperanza dan;
Mas ¡ai! ¡si destruidas estarán!
Al seno tenebroso
De la próvida tierra confiamos
La labor cuyo logro deseamos.
Así con fe sencilla
Confia el campesino laborioso
Al surco la semilla,
I humilde espera en la bondad celeste
Que jérmen copiosísimo le preste.
Semilla mas preciosa todavía
Entre luto i lamentos se le fia
A la madre comun de lo viviente;
Pero tambien el sembrador espera
Que del sepulcro salga floreciente
A vida mas feliz i duradera.
Son pausado
Funeral
Ha sonado
En la torre parroquial.
I nos dice el son severo
Que un mortal
Hace el viaje lastimero
Que es el último i final.
¡Ai que es la esposa de memoria grata!
¡Ai que es la tierna madre, a quien celoso
El rei de los sepulcros arrebata

Del lado del esposo,
Del cerco de los hijos amoroso,
Frutos lozanos de su casto seno,
Que miraba crecer en su regazo,
Su amante corazon de gozo lleno!
Roto ya queda el delicioso lazo
Que las dichas domésticas unia.
La esposa habita la rejion sombría;
Falta al hogar su dilijente brazo
Siempre al trabajo presto,
Su cuidado, su aliño;
Falta la madre, i huérfano su puesto,
Lo usurpará una estraña sin cariño.
En tanto que se cuaja en sus prisiones
El vertido metal, no se trabaje,
I libre como el ave en el ramaje,
Satisfaga su gusto cada cual.
Si al toque de oraciones,
Libre de obligaciones
Ve los astros lucir el oficial,
Sigue el maestro con tarea igual.
Cruza con ájil pié la selva espesa
Gozoso ya el peon, bien cual ausente
Que al patrio techo próximo se siente.
Abandona el ganado la dehesa,
I en son discorde juntan
El cordero su tímido balido,
I el áspero mujido
La lúcia vaca de espaciosa frente,
Caminando al establo que barruntan.
A duras penas llega
Atestado de mies a la alquería
Bamboleando el carro i en los haces
Una corona empínase i despliega
Colores diferentes i vivaces,
Fausta señal de que empezó la siega.
El pueblo agricultor con alegría
Se agolpa al baile i al placer se entrega.
La ciudad miéntras tanto se sosiega,
Segun desembaraza
El jentío las calles i la plaza,
Formando en amigable compañía
Las familias el corro de costumbre,
Ya en torno de la luz, ya de la lumbre.
Cierra la puerta de la villa el guarda,
I ella cruje al partir del recio muro.
La tierra se encapota en negro manto;
Pero el hombre de bien duerme seguro.
No la sombra nocturna le acobarda
Como al vil criminal, ni con espanto
Pesadilla horrorosa le desvela;

No: de reposo regalado i puro
Disfruta la virtud: un centinela,
La previsora *Lei*, su sueño vela.
¡Preciosa emanacion del Ser Divino,
Salud de los mortales, órden santo!
Mi labio te bendiga.
La estirpe humana que a la tierra vino
En completa igualdad, por tí se liga
Con vínculo feliz, que sin quebranto
Guarda a todos su bien. Tú solo fuiste
Quien allá en la niñez de las edades
Los cimientos echó de las ciudades:
Tú al salvaje le hiciste
Dejar la vida montaraz i triste:
Tú en la grosera prístina cabaña
Penetraste a verter el dulce encanto
Que a las costumbres cultas acompaña;
Tu creaste ese ardor de precio tanto,
Ese *Amor de la Patria* sacrosanto.
Por tí mil brazos en alegre alianza
Reconcentran su fuerza i ardimiento,
I a un punto dirijida su pujanza,
Cobra la industria raudo movimiento.
Maestro i oficial en confianza
De que les da la libertad su escudo,
Redoblan el ardor de sus afanes;
I cada cual contento
Con el lugar que conquistarse pudo,
Fieros desprecian con desden sañudo
La mofa de los ricos haraganes.
Es la fuente del bien del ciudadano,
Es su honor el trabajo i su ornamento.
¡Gloria a la majestad del soberano!
¡Gloria al útil sudor del artesano!
Paz i quietud benigna,
Union consoladora,
Sed de estos muros siempre
Benéfica custodia.
Nunca amanezca el dia
En que enemigas hordas
Perturben el reposo
De que este valle goza.
Nunca ese cielo puro
Que plácida colora
La tarde con matices
De leve tinta roja,
Refleje con la hoguera
Terrible i espantosa
De un pueblo que devasta
La guerra matadora.
Esa fábrica endeble i pasajera,

Fuerza es, pues ya sirvió, que se destroce;
I ojos i corazon nos alboroce
Obra que salga limpia de lunar.
  Recio el martillo hiera:
  Salte la chapa entera.
La campana vereis resucitar,
Cayendo su cubierta circular.
  Sabe con segura mano,
Sabe en momento oportuno
Romper el maestro el molde
Cuya estructura dispuso;
Mas ¡ai si el líquido ardiente
Quebranta indómito el yugo,
I en vivo raudal de llama
Discurre al antojo suyo!
Con el bramido del trueno,
Con ciego i bárbaro impulso,
Estalla, i la angosta cárcel
Quiebra en pedazos menudos;
I cual si fuese una boca
De los abismos profundos,
Estragos tan solo deja
En el lugar donde estuvo.
Que fuerza a quien no dirije
La intelijencia su rumbo,
No en creaciones, en ruinas
Emplea su empuje rudo,
Cual pueblo que se subleva,
En cuyo feroz tumulto
Desgracias hai para todos
I bienes para ninguno.
  Horrible es en las ciudades
Donde hacinado i oculto
Sedicioso combustible
Largamente se mantuvo,
Verlo de repente arder,
I alzarse un pueblo iracundo.
Rompiendo en propia defensa
Hierros de dominio injusto.
Entónces la rebelion
Dando feroces ahullos,
Del tiro de la campana
Se suspende por los puños,
I el pacífico instrumento,
Órgano grave del culto,
Da profanado la seña
Del atropello i disturbio.
La Libertad, la Igualdad
Se proclama en grito agudo;
I el tranquilo ciudadano
Cierra el taller i el estudio,

I échase encima las armas
Zozobroso i mal seguro.
Los pórticos i las calles
Se llenan de inmenso vulgo,
Libres vagando por ellas
Los asesinos en grupos.
Revístense las mujeres
De la fiereza del bruto,
I al terror de la matanza
Unen la befa, el insulto,
I con dientes de pantera
Despedazan en un punto
El corazon palpitante
Del contrario aun no difunto.
Desaparece el respeto;
Nada es ya sacro ni augusto:
El bueno cede el lugar
Al malvado inverecundo;
I los vicios i los males
Entronizándose juntos,
Envanecidos pasean
La carroza de su triunfo.
Peligroso es inquietar
El sueño al leon sañudo;
Terrible es el corvo diente
Del tigre ájil i robusto;
Mas no hai peligro mas grande
Ni de terror mas profundo,
Que el frenesí de los hombres
Poblador de los sepulcros.
¡Mal haya quien en las manos
Al ciego la luz le puso!
A él no le alumbra, i con ella
Se puede abrasar el mundo.
  ¡Ah! nos oyó la celestial grandeza
Ved salir de la rústica envoltura,
Como dorada estrella que fulgura,
Terso i luciente el vaso atronador.
  Del borde a la cabeza
  Relumbra con viveza
I el escudo estampado con primor
Deja contento al hábil escultor.
Acudid en tropel, compañeros,
I segun la costumbre cristiana,
Bauticemos aquí la campana,
I *Concordia* por nombre tendrá.
  Para amarnos, al mundo vinimos;
I es la union la ventura del hombre:
Con su voz la campana i su nombre
De esa union pregonera será.
  Que ese es el futuro empleo,

Ese es el fin para el cual
El artífice su autor
La ha querido fabricar.
Levantada sobre el valle
De la vida terrenal,
En medio del éter puro
Suspensa debe quedar;
I vecina de las nubes
Que enjendran la tempestad,
I rayando en los confines
De la rejion sideral,
Habrá de ser desde allí
Una voz divina mas
Que alterne con las estrellas
Que en su jiro regular
La gloria de Dios pregonan
I leyes al año dan.
Solo pensamientos graves
Inspire a la humanidad,
Cuando con sonoro acento
Mueva el labio de metal.
Sirva al tiempo i al destino
De lengua para contar
La rapidez de las horas
I el curso del bien i el mal;
Siguiendo siempre, aunque ajena
De sentir gozo i piedad,
Las mudanzas que en la vida
Se suceden sin cesar.
El propio sonido suyo,
Cuyo armónico raudal
Pujante el espacio llena
I se oye i pasa fugaz,
Imájen es que nos dice
Que así presuroso va
Todo en la tierra a perderse
En la inmensa eternidad.
  Ahora con el cable retorcido
Salga del foso ya,
I ascienda a las rejiones del sonido,
Al aire celestial.
Tirad, alzad, subid. Ya se ha movido:
Ya suspendida está—
¡Resuene, oh patria, su primer tañido
Con la gozosa nueva de la paz.

DON JUAN EUJENIO HARTZENBUSCH (1).

---

(1) Véase la nota de la fábula anterior.

XXXIII.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

(Elejía imitada de Millevoye (1).

De otoño el viento, la tierra
Llenaba de hojas marchitas,
I en el valle solitario
Mudo el ruiseñor yacia.
Solo i moribundo un jóven
Lentamente recorria
El bosque donde jugaba
En sus niñeces floridas.
"Adios, adorado bosque,
Voi a morir, le decia,
I mi fin desventurado
Tus hojas ¡ai! vaticinan.
La enfermedad que mi seno
Está devorando impía,
Pálido cual flor de otoño
Hácia el sepulcro me inclina.
Apénas breves instantes
Disfruté la dulce vida,
I siento mi primavera
Cual sueño desvanecida.
Caed, efímeras hojas,
I por el suelo tendidas,
A mi desolada madre
Ocultad mi tumba fria.
Mas si mi amante velada
Viene en la tarde sombría
A llorar en mi sepulcro,
Ajitándoos conmovida,
Despertad mi triste sombra;
I su fiel llanto reciba."
Dijo i partió.... ¡para siempre!
Murió i al tercero dia
La sepultura le abrieron
Debajo la árida encina.
Su madre, ¡ai! por poco tiempo,
Vino a llorarle aflijida;
Pero no su fiel amante
Como el infeliz creia.

(1) Cárlos Millevoye, poeta frances (1782-1816), célebre particularmente por sus elejias, de las cuales la que ha imitado Heredia es la mas famosa.

Solo del pastor los pasos
En aquella selva umbría,
Perturban hoi el silencio
En torno de sus cenizas.

José María Heredia (1).

XXXIV.

MISERERE (2).

¡Piedad, piedad, Dios mio!
¡Que tu misericordia me socorra!
Segun la muchedumbre
De tus clemencias mis delitos borra.
De mis iniquidades
Lávame mas i mas; mi depravado
Corazon queda limpio
De la horrorosa mancha del pecado.
Porque, Señor, conozco
Toda la fealdad de mi delito,
I mi conciencia propia
Me acusa i contra mí levanta el grito.
Pequé contra tí solo;
A tu vista obré el mal; para que brille
Tu justicia, i vencido
El que te juzgue tiemble i se arrodille.
Objeto de tus iras
Nací, de iniquidades mancillado,
I en el materno seno
Cubrió mi ser la sombra del pecado.
En la verdad te gozas,
I para mas rubor i afrenta mia,

(1) Poeta cubano, nacido en 1803 i muerto en Méjico en 1839. Sus poesías líricas son las mas notables de sus obras. Despliega en ellas un vigor lleno de inspiracion i de fogosidad que lo coloca en el rango de uno de los mas ilustres poetas que hayan escrito en lengua española en nuestro siglo. La imitacion de Millevoye que dejamos trascrita en el testo refleja en cierto modo la melancolía del orijinal, pero no basta para dar una idea del estro poético de Heredia.

(2) El *miserere* es uno de los salmos de David, el L, compuesto por el rei poeta cuando fué reprendido por el profeta Natan por el adulterio cometido con Betzabet. Es uno de los cánticos mas grandiosos de la relijion cristiana, i por esto mismo ha sido traducido e imitado en todas las lenguas de la Europa moderna. La traduccion hecha por don Andres Bello es con mucho la mejor que existe en castellano. No solo se distingue por la flexibilidad i la elegancia de la versificacion, sino por la manera fiel con que ha reproducido el orijinal i por la vigorosa concision. Para conocer el mérito de esta traduccion, bastaria compararla estrofa por estrofa con la que han hecho otros poetas españoles.

Tesoros me mostraste
De oculta celestial sabiduría.
Pero con el hisopo
Me rociarás, i ni una mancha leve
Tendré ya: lavarásme,
I quedaré mas blanco que la nieve.
Sonarán tus acentos
De consuelo i de paz en mis oidos,
I celeste alegría
Conmoverá mis huesos abatidos.
Aparta, pues, aparta
Tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,
I en mi pecho no dejes
Rastro de culpa que tu enojo encienda.
En mis entrañas cria
Un corazon que con ardiente afecto
Te busque; un alma pura
Enamorada de lo justo i recto.
De tu dulce presencia,
En que al lloroso pecador recibes,
No me arrojes airado,
Ni de tu santa inspiracion me prives.
Restáurame en tu gracia
Que es del alma salud, vida i contento;
I al débil pecho infunde
De un ánimo real el noble aliento.
Haré que el hombre injusto
De su razon conozca el estravío:
Le mostraré tu senda,
I a tu lei santa volverá el impío.
Mas líbrame de sangre,
¡Mi Dios! ¡mi Salvador! ¡inmensa fuente
De piedad! I mi lengua
Loará tu justicia eternamente.
Desatarás mis labios,
Si tanto un pecador que llora alcanza;
I gozosa a las jentes
Anunciará mi lengua tu alabanza.
Que si víctimas fueran
Gratas a tí, las inmolara luego;
Pero no es sacrificio
Que te deleita el que consume el fuego.
Un corazon doliente
Es la espiacion que a tu justicia agrada;
La víctima que aceptas
Es una alma contrita i humillada.
Vuelve a Sion tu benigno
Rostro primero i tu piedad amante,
I sus muros la humilde
Jerusalen, Señor, al fin levante.
I de puras ofrendas

Se colmarán tus aras, i propicio
Recibiras un dia
El grande inmaculado sacrificio.

DON ANDRES BELLO (1).

XXXV.

LA OPINION.

(Dolora).

¡Pobre Carolina mia!
¡Nunca la podré olvidar!—
Ved lo que el mundo decia
Viendo el féretro pasar:
Un clérigo:—"empiece el canto."
El doctor:—"¡cesó el sufrir!"
El padre:—"¡me ahoga el llanto!"
La madre:—"¡quiero morir!"
Un muchacho:—"¡que adornada!"
Un jóven:—"¡era mui bella!"
Una moza:—"¡desgraciada!"
Una vieja:—"¡feliz ella!"
—"¡Duerme en paz!"—dicen los buenos.
—"¡Adios!"—dicen los demas
Un filósofo:—"¡Uno ménos!"
Un poeta:—"¡un ánjel mas!"

DON RAMON DE CAMPOAMOR (2).

(1) Véase la nota de la p. 42 de este libro.

(2) Poeta español contemporáneo, nacido en 1817. Es autor de un volúmen de *Poesías*, de otro de *Doloras*, de un poema titulado *Colon* i de un libro de filosofía, titulado *El personalismo*. Distínguese por la suavidad, la ternura i el buen gusto en sus poesias. La dolora, denominacion literaria inventada por Campoamor, es un jénero intermedio entre la balada i la elejía.

XXXVI.

QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR

(Dolora).

—Escribidme una carta, señor cura.
—Ya sé para quien es.
—¿Sabeis quién es porque una noche oscura
Nos visteis juntos?—Pues.
—Perdonad, mas...—No estraño ese tropiezo
La noche... la ocasion...
Dadme pluma i papel. Gracias. Empiezo.
Mi querido Ramon:
—¿Querido?... Pero en fin, ya lo habeis puesto:
—Si no quereis...—¡Sí, sí!
—*¡Qué triste estoi!* ¿No es eso?—Por supuesto.
—*¡Que triste estoi sin tí!*
Una congoja al empezar me viene...
—¿Cómo sabeis mi mal?...
—Para un viejo una niña siempre tiene
El pecho de cristal.
¿Qué es sin tí el mundo? Un valle de amargura
¿I contigo? Un Eden.
—Haced la letra clara, señor cura,
Que lo entienda eso bien.
—*El beso aquel que de marchar a punto*
Te dí...—¿Como sabeis?...
Cuando se va i se viene i se está junto
Siempre... no os afrenteis.
I si volver tu afecto no procura,
Tanto me harás sufrir...
—¿Sufrir i nada mas? No, señor cura,
¡Que me voi a morir!
—¿Morir? ¿Sabeis que es ofender al cielo...
—¡Pues, sí señor, morir!
—Yo no pongo morir.—¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!
Señor rector, señor rector! en vano
Me quereis complacer.
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el ser de mi ser.
Escribidle, por Dios, que el alma mia
Ya en mí no quiere estar;
Que la pena no me ahoga cada dia
Porque puedo llorar.
Que mis labios, las rosas de su aliento
No se saben abrir,
Que olvidan de la risa el movimiento

A fuerza de sentir.
Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afan,
Como no tienen quien se mire en ellos
Cerrados siempre están.
Que es de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el mas atroz.
Que es un perpetuo sueño de mi vida
El eco de su voz...
Que siendo por su causa, el alma mia
¡Goza tanto en sufrir!...
Dios mio ¡cuántas cosas le diria
Si supiera escribir!...
—Pues señor, bravo amor. Copio i concluyo:
A don Ramon... En fin,
Que es inútil saber para esto arguyo
Ni el griego ni el latin.

DON RAMON DE CAMPOAMOR (1).

(1) Véase la nota del fragmento anterior.

APENDICE.

Una de las mayores dificultades que presenta la práctica de escribir, consiste en el uso acertado de las preposiciones que rijen los complementos de los verbos, de los derivados verbales, de los sustantivos i de los adjetivos. Para obviar esta dificultad, i para enseñar a los jóvenes el buen uso de la preposicion, nos ha parecido conveniente publicar aquí un vocabulario de las palabras que se construyen con preposicion, estractado de uno de los mas notables e importantes capítulos de la gramática castellana de don Vicente Salvá, por don Felipe Antonio Macías.

LISTA DE LAS PALABRAS

QUE SE CONSTRUYEN CON PREPOSICION.

A.

Abalanzarse *a* los peligros.
Abandonarse *a* la, *en* manos de la suerte.
Abastecer *de*.
Abatirse *con*, *en*, *por* los reveses.
Abocarse *con* alguno.
Abochornarse *de* algo.
Abogar *por* alguno.
Abordar (una nave) *a*, *con* otra.
Aborrecible *a* las gentes.

Abrasarse *de* amor—*en* deseos (1).
Abrigado *de* los vientos.
Abrigarse *con* ropa—*del* aguacero—*bajo* techado—*en* el portal.
Abrir (una lámina) *a* buril.
Abrirse *a, con* los amigos.
Abroquelarse *con, de* su inocencia.
Absolver *del* cargo.
Abstenerse *de* lo vedado.
Abultado *de* facciones.
Abundar *de, en* riquezas.
Aburrirse *de, con, por* todo.
Abusar *de* la amistad.
Acabar *con* su hacienda—*de* venir—*en* bien—*por* negarse.
Acaecer (algo) *a* alguno—*en* tal tiempo.
Acalorarse *con, en, por* la disputa.
Acarrear *a* lomo—*en* ruedas—*por* agua.
Acceder *a* alguna peticion.
Accesible *a* todos.
Acendrarse (la virtud) *con, en* las pruebas.
Acepto *a* nobleza i plebe.
Acerca *de* lo dicho.
Acercarse *a* la villa.
Acertar *a, con* la casa—*en* el pronóstico (2).
Acojer *en* casa.
Acojerse *a, bajo* sagrado.
Acometido *de* un accidente.
Acomodarse *a, con* otro dictámen—*de* criado—*en* una casa.
Acompañar *a* palacio—*con, de* pruebas.
Acompañarse *de, con* ricos.
Aconsejarse *con, de* sabios.
Acontecer *a* todos, *con* todos lo mismo.
Acordarse *con* los contrarios—*de* lo pasado.
Acortar *de* palabras.
Acosado *de, por*.
Acostumbrarse *a* los trabajos.
Acre *de* condicion.
Acreditado *en* su oficio.
Acreditarse *con, para* con alguno—*de* necio.
Acreedor *a* la confianza—*del* Estado.
Actuarse *de, en* los negocios.
Acudir *al, con* el remedio.
Acusar (a alguno) *ante* el Príncipe—*de* un delito.
Acusarse *de* las culpas.

(1) Se emplea en esta lista el guion—para distinguir una de otras las diferentes construcciones, escusando la repeticion de la palabra con que empieza cada linea.

(2) El verbo *acertar* tiene una acepcion cuando se dice *acertar* CON *la casa* i otra distinta cuando decimos *acertar* EN *el pronóstico*. Mayor diferencia de significado hai entre *acordarse* CON *los contrarios* i *acordarse* DE *lo sucedido*. Consúltese en estos casos i otros idénticos el Diccionario de la Academia, para no confundir lo uno con lo otro.

Se pone jeneralmente un solo ejemplo de cada preposicion, aunque una misma tenga en diversas frases mui diferente significado.

Adaptar, i adaptarse, *al* uso.
Adecuado *al* asunto.
Adelantar *en* la carrera.
Adelantarse *a* otros—*en* algo.
Ademas *de* lo referido.
Adherir, i adherirse. *a* otro dictámen
Adiestrarse *a* esgrimir—*en* la lucha.
Admirarse *de* un suceso.
Adolecer *de* un suceso.
Adolecer *de* alguna enfermedad.
Adoptar *por* hijo.
Adorar *a* Dios—*en* su madre.
Adorar *con, de* tapices,
Afable *con, para* todos—*en* el trato.
Afanarse *en* la labor—*por* ganar.
Afecto *al* ministro—*de* un achaque.
Aferrarse *a, con. en* su opinion.
Afianzar *con* sus bienes—*de* calumnia
Afianzarse *en, sobre* los estribos.
Aficionarse *a, de* alguna cosa.
Afirmarse *en* lo dicho.
Aflijido *de, con, por* lo que veia.
Aflojar *de, en* un empeño.
Aforrar *con, de* piel—*en* lo mismo.
Afrentar *con* denuestos.
Afrentarse *de* su estado.
Agarrar *de* o *por* las narices.
Aguerrido *en* las batallas.
Agobiado *de* desgracias.
Agobiarse, *con, por* los años.
Agradable *al, para* el gusto—*de* gusto.
Agradecido *a* los beneficios.
Agraviarse *de* alguno—*por* una chanza.
Agregarse *a, con* otros.
Agrio *al* gusto—*de* jesto.
Aguardar *a* otro dia.
Agudo *de* injenio—*en* sus ocurrencias.
Ahitarse *de* manjares.
Ahogarse *de* calor—*en* poca agua.
Ahorcajarse *en* las espaldas.
Ahorrar *de* razones—no ahorrarse *o* no ahorrárselas *con* ninguno.
Airarse *con* alguno—*de, por* lo que se oye.
Ajeno *a* su carácter—*de* verdad.
Ajil *de* piés.
Ajustarse *a* la razon—*con* el amo—*en* sus costumbres.
Alabar (algo) *en* otro.
Alabarse *de* valiente.
Alargarse *a. hasta* la ciudad.
Alcanzado *de* recursos.
Alcanzar *al* techo—*del* Rey—*con* porfías—*en* dias—*para* tanto.
Alegar *de* bien probado—*en* defensa—*por* prueba.

Alegrarse *con, de por,* algo,
Alejarse *de* su tierra.
Alentar *a* uno—*con* la esperanza.
Alimentarse *con, de* yerbas.
Alindar *con* otra viña.
Alistarse *en* un cuerpo—*por* socio.
Aliviar *del, en* el trabajo.
Almorzar *de* todo.
Alternar *con* los paisanos—*en* el servicio—*entre* unos i otros.
Alto *de* cuerpo.
Alucinarse *con* sofismas—*en* el exámen.
Alzar (los ojos) *al* cielo—(algo) *del* suelo—*por* caudillo.
Alzarse *a* mas—*con* el reino.
Allanarse *a* lo justo.
Amable *a, para, para* con todos—*de* jenio—*en* trato.
Amante *de* la paz.
Amañarse *a* escribir—*con* cualquiera.
Amar *de* corazon.
Amargo *al* gusto—*de* sabor.
Amarrar *a* un tronco.
A mas, ademas, amén *de* lo dicho.
Ambos *a* dos.
Amenazado *de, por* un peligro.
Amenazar (a alguien) *al* pecho—*con* la espada—*de* muerte.
Amor *al* arte—*de* Dios.
Amoroso *con* los suyos.
Amparar (a uno) *de* la persecucion—*en* la posesion.
Ampararse *con, de* algo.
Amueblar *con* sillas i mesas—*de* nuevo (es decir con muebles nuevos).
Análogo *al* caso.
Ancho *de* boca.
Andar (se usa con casi todas las preposiciones) *a* gatas—*con* el tiempo—*de* capa—*en* pleitos—*entre* mala jente—*por* conseguir algo—*sobre* un volcan—*tras* un negocio.
Anegar *en* sangre.
Anhelar *a* mas—*por* mayor fortuna.
Animar *al* certámen—*en* los contratiempos.
Animoso *en* los, *para* los peligros.
Ansioso *del* triunfo.
Anterior *a* tal fecha.
Antes *de* Cristo.
Anticiparse *a* otro.
Aparar *en, con* la mano.
Aparecerse *a* alguno.
Aparejarse *al, para* el trabajo.
Apartar *de* sí.
Apartarse *a* un lado—*de* la ocasion.
Apasionado *a* la, *de* la, *por* la caza.
Apasionarse *de, por* alguno.
Apearse *a, para* merendar—*de* la mula—*por* las orejas.
Apechugar *con, por* todo.

Apegarse *a* alguna cosa.
Apelar *a* otro medio—*de* la sentencia—*para, para con* Dios.
Apercibirse *a, para* la batalla—*de* armas.
Apesadumbrarse *de, con* la noticia—*por* niñerías.
Apetecible *a* los ojos.
Apetecido *del, por* el vulgo.
Apiadarse *de* los pobres,
Aplicarse *a* los estudios.
Apoderarse *de* la hacienda.
Aportar *a* Barcelona.
Apostar *a* correr.
Apostárselas *con* Fulano.
Apostatar *de* la fé.
Apoyar *con* citas—*en* autoridades.
Apreciar *en* mucho—*por* sus prendas.
Aprender *a* escribir—*con* Fulano—*de* Fulano—*por* principio.
Apresurarse *a* venir—*en* la réplica—*por* algo.
Apretar *a* correr.
Aprobado *de* cirujano.
Aprobarse *en* alguna facultad.
Apropiar *a* su idea—*para* sí.
Apropincuarse *a* alguna parte.
Aprovechar *en* el estudio.
Aprovecharse *de* el estudio.
Aprovecharse *al* altar.
Apto *para* el empleo.
Apurado *de* medios.
Apurarse *en* los contratiempos—*por* poco.
Aquí *de* los mios.
Aquietarse *con* la esplicacion.
Arder, arderse, *en* deseos.
Argüir *de* falso—(ignorancia) *en* un docto.
Armar *con* lanza—*en* corso.
Armarse *de* paciencia.
Arraigarse *en* Castilla.
Arrancar (la broza) *al, del* suelo—*de* raiz.
Arrasarse (los ojos) *de, en* lágrimas.
Arrastrar *en* su caida—*por* tierra.
Arrebatar *de* las manos.
Arrebatarse *de* ira.
Arrebozar (una fruta) *con, de* azucar.
Arrebozarse *con, en* la capa.
Arrecirse *de* frio.
Arreglado *a* las leyes— *en* el traje.
Arreglarse *a* la razon—*con* el acreedor.
Arregostarse *a* alguna cosa.
Arremeter *a, con, contra, para* el enemigo.
Arrepentirse *de* sus culpas.
Arrestarse *a* todo.
Arribar *a* tierra *con* felicidad.
Arriesgarse *a* salir—*en* la empresa.

Arrimarse *a* la pared.
Arrinconarse *en* casa.
Arrojado *de* carácter.
Arrojar *de* sí.
Arrojarse *a* pelear—*de, por* la ventana—*en* el estanque.
Arroparse *con* la colcha.
Arrostrar *con, por* los peligros (1).
Arruinar *desde* los, *por* los cimientos.
Asar *a* la lumbre.
Asarse *de* calor.
Ascender *a* otro empleo—*en* la carrera.
Asegurar *de* incendios,
Asegurarse *de* su contrario.
Asentir *a* otro dictámen.
Asesorarse *con, de* letrados.
Asimilar (una cosa) *a* otra.
Asir *de* la ropa—*por* los cabellos.
Asirse *a* las ramas.
Asistir *a* los enfermos—*de* oyente—*en* tal casa.
Asociarse *a, con* otro.
Asomarse *a, por* la ventana.
Asombrarse *con* el, *del* aparato.
Asparse *a* gritos—*por* alguna cosa.
Áspero *al, para* el gusto—*con, para, para con* los inferiores—*de* condicion—*en* las palabras.
Aspirar *a* mayor fortuna.
Asqueroso *a* la vista—*de* ver—*en* su aspecto.
Asustarse *de, con, por* un ruido.
Atar (el caballo) *a* un tronco—*de* piés i manos.
Atarearse *con, en* los negocios.
Atarse *a* una sola cosa—*en* las dificultades.
Atascarse *en* el barro.
Ataviarse *con, de* lo ajeno.
Atemorizarse *de, por* algo.
Atender *a* la conversacion.
Atenerse *a* lo seguro.
Atentar *a* la vida—*contra* la propiedad.
Atento *a* la esplicacion—*con* sus mayores.
Atestiguar *con* otro.
Atinar *al* blanco—*con* la casa.
Atollarse *en* los caminos.
Atónito *con, del, por* el lance.
Atraer *a* su bando—*con* promesas.
Atracarse *de* higos.
Atragantarse *con* una espina.
Atrancarse *en* el vado.
Atrasado *de* noticias—*en* el estudio.

(1) Tambien se dice *arrostrar los peligros* (sin preposicion) i en el mismo caso se hallan otros verbos que si bien se adaptan a tal o cual preposicion, i no a las demas, se usan asi mismo sin ninguna.

Atravesado *de* dolor.
Atravesarse *en* el camino.
Atreverse *a* cosas grandes—*con* todo.
Atribuir *a* otro.
Atribularse *con, en, por* los trabajos.
Atrincherarse *con* una tapia—*en* un repecho.
Atropellar *con, por* todo.
Atropellarse *en* las acciones.
Atufarse *con, de, por* poco.
Aunarse *con* otro.
Ausentarse *de* Madrid.
Autorizado *de, por* escribano.
Autorizar *con* su firma.
Avanzado *de, en* edad.
Avanzar *a, hácia, hasta* las líneas enemigas.
Avaro *de* su caudal.
Avecindarse *en* algun pueblo.
Avenirse *a* todo—*con* cualquiera.
Aventajarse *a* otros—*en* algo.
Avergonzarse *a* pedir—*de* pedir—*por* sus acciones.
Averiguarse *con* alguno.
Avezarse *a* la vagancia.
Aviarse *de* ropa—*para* salir.
Avocar (alguna cosa) *a* sí.
Ayudar *a* vencer—*en* un apuro.

B.

Bailar *al* son.
Bajar *a* la cueva—*de* la torre—*hácia* el valle—*por* la escalera.
Bajo *de* cuerpo—*en* su estilo.
Balancear *a* tal parte—*en* la duda.
Balar *por* dinero.
Baldarse *con* la humedad—*de* un lado.
Bambolearse *en* la maroma.
Bandear (a uno) *de* una estocada.
Bañar *con, de, en* lágrimas un papel.
Barajar *con* el vecino.
Barbear *con* la pared.
Basta *de* bulla—*con* eso.
Bastar *a, para* enriquecerse.
Bastardear *de* su naturaleza—*en* sus acciones.
Batallar *con* los enemigos.
Benéfico *a, para* la salud—*con* sus contrarios.
Benemérito *de* la patria.
Besar *en* la frente.
Blanco *de* cútis.
Blando *de* corteza.
Blasfemar *de* la virtud.
Blasonar *de* valiente.
Bordar (algo) *al* tambor—*con, de* plata.

Borracho *de* aguardiente.
Borrar *de* la lista.
Bostezar *de* hambre.
Boto *de* punta.
Boyante *en* la fortuna.
Bramar *de* coraje.
Bregar *con* alguno.
Brindar *a* la salud de alguno—*con* regalos—*por* el rei.
Brotar *de, en* un peñascal.
Bueno *de, para* comer—*de* por sí—*en* sí.
Bufar *de* ira.
Bullir *en, por* todas partes.
Burilar *en* cobre.
Burlar *a* alguno.
Burlarse *de* algo.
Buscar (el flanco) *al* enemigo—*por* donde salir.

C.

Cabalgar *a* mujeriegas—*en* mula.
Caber *de* piés—*en* la mano.
Caer *a, hácia* tal parte—*con* otro—*de* lo alto—*en* tierra—*por* pascua—*sobre* los enemigos.
Caerse *a* pedazos—*de* viejo,
Calar *a* fondo.
Calarse *de* agua.
Calentarse *a* la lumbre.
Caliente *de* cascos.
Calificar *de* docto.
Callar (la verdad) *a* otro—*de, por* miedo.
Calumniar (a alguno) *de* injusto.
Calzarse *con* la prebenda.
Cambiar (alguna cosa) *con, por* otra.
Cambiarse (la risa) *en* llanto.
Caminar *a, para* Sevilla—*de* concierto.
Campar *por* sí solo.
Cansarse *del, con* el trabajo.
Cantar *de* plano.
Capaz *de* cien arrobas—*para* el cargo.
Capitular *con* el enemigo—(a alguno) *de* malversacion.
Caracterizar (a uno) *de* honrado.
Carecer *de* medios.
Cargar *a* flete—*a, en* hombros—*con* todo—*de* trigo—*sobre* él.
Cargarse *de* razon.
Casar (una persona o cosa) *con* otra—(un viudo) *en* segundas nupcias.
Casarse *con* su prima—*por* poderes.
Castigar *de, por* una falta.
Cautivar (a alguno) *con* beneficios.
Cebarse *en* la matanza.
Ceder *a* la autoridad—*de* su derecho—*en* honra de alguno.
Ceñir *de* laureles.

Ceñirse *a* lo posible.
Cerca *de* la villa.
Cercano *a* su fin.
Cerciorarse *de* un suceso.
Cerrar *a* piedra i lodo—*con, contra* el enemigo—*de* golpe.
Cesar *de* correr—*en* su empleo.
Ciego *de* ira.
Cierto *de* su razon.
Cifrar (su deseo) *en* las riquezas.
Circunscribirse *a* una cosa.
Clamar *a* Dios—*por* dinero.
Clamorear *por* alguna cosa.
Clavar *a, en* la pared.
Coartar (las facultades) *a* alguno.
Cobrar *a*, de los deudores—*en* papel.
Cocer *a* fuego lento.
Codicioso *de* dinero.
Coetáneo *de* César.
Coexistir *con* Homero.
Cojer *a* mano—(al ladron) *con* el hurto—*de* buen humor—*de* la, *por* la mano.
Cojear, cojo, *del* pié derecho.
Colejir *de, por* los antecedentes.
Coligarse *con* alguno.
Colmar *de* improperios.
Colocar *con, en* órden.
Columpiarse *al, en* el aire.
Combatir *con, contra* el enemigo.
Combinar (una cosa) *con* otra.
Comedirse *en* las palabras.
Comenzar *a* decir—*por* reñir.
Comer (pan) *a* manteles—*de* vijilia, *de* todo.
Comerciar *con* su crédito—*en* granos.
Comerse *de* envidia.
Compadecerse *del* infeliz—*de, por* sus trabajos.
Compañero *de, en* las fatigas.
Comparar (un objeto) *a, con* otro.
Compartir *en* dos cestas la fruta—*entre* varios.
Compatible *con* la justicia.
Compeler (a otro) *al* pago.
Compensar (una cosa) *con* otra.
Competir *con* alguno.
Complacer *a* un amigo.
Complacerse *con* la noticia—*de, en* alguna cosa.
Cómplice *con* otros—*de* otro—*en* el delito.
Componerse *con* los deudores—*de* bueno i malo.
Comprar (algo) *al* fiado—*del* vendedor.
Comprensible *al* entendimiento.
Comprobar *de* cierto.
Comprometerse *a* pagar—*con* alguno—*en* jueces árbitros.
Comunicar (uno) *con* otro.

Comunicarse (dos lagos) *entre* sí.
Concentrar (el poder) *en* una mano.
Conceptuado *de* intelijente.
Concertar (uno) con otro—*en* jénero i número—(las paces) *entre* dos contrarios.
Concluir *con* algo—(a uno) *de* ignorante.
Concordar (la copia) *con* el orijinal.
Concurrir *a* algun fin—*con* otros—(muchos) *en* un dictámen.
Condenar (a uno) *a* galeras—*con* costas—*en* las costas.
Condescender *a* los ruegos—*con* la instancia.
Condolerse *de* los trabajos.
Conducir (una cosa) *al* bien de otro.
Confabularse *con* los contrarios.
Confederarse *con* alguno.
Conferir (un negocio) *con, entre* los amigos.
Confesar (el delito) *al* juez.
Confesarse *a* Dios—*con* alguno—*de* sus culpas.
Confiar *de, en* alguno.
Confinar (a alguno) *a, en* tal parte—(España) *con* Francia.
Confirmar (al orador) *de* docto—*en* la fe—*por* sabio.
Confirmarse *en* su dictámen.
Conformar (su opinion) *a, con* la ajena.
Conformarse *al, con* el tiempo.
Conforme *a, con* su opinion—(con otro) *en* su parecer.
Confrontar (una cosa) *con* otra.
Confundirse *de* lo que se ve—(una cosa) *con* otra—*en* sus juicios.
Congraciarse *con* otros.
Congratularse *con* los suyos—*de, por* alguna cosa.
Conjeniar *con* alguno.
Conjeturar (algo) *de, por* señales.
Conmutar (algo) *con* otra cosa—(un voto) *en* otro.
Conocer *de* vista—*de, en* tal asunto—*por* noticias.
Consagrar i consagrarse, *a* Dios.
Consentir *con* los caprichos—*en* algo.
Conservarse *con, en* salud—*en* su retiro.
Considerar (una cuestion) *bajo, en* todos sus aspectos—*por* todos lados.
Consistir *en* una friolera.
Consolar (a uno) *de* un trabajo—*en* sus pesadumbres.
Consolarse *con* sus parientes—*en* Dios.
Conspirar *a* alguna cosa—*contra* alguno—*en* un intento.
Constante *en* la adversidad.
Constar (el todo) *de* partes—*de, en* los autos—*por* escrito.
Constituido *en* dignidad—(un censo) *sobre* una dehesa.
Consultar *con* letrados—(a alguno) *para* un empleo.
Consumado *en* una facultad.
Consumirse *a* fuego lento—*de* fastidio—*en* meditaciones.
Contajiarse *con, del, por* el roce.
Contaminarse *con* los viciosos—*de, en* la herejía.
Contar (algo) *al* vecino—*con* sus fuerzas—*por* verdadero.
Contemplar *a* un niño—*en* Dios.
Contemporizar *con* alguno.

Contender *con* alguno—*en* hidalguía—*por* las armas—*sobre* alguna cosa.
Contenerse *en* su obligacion.
Contentarse, contento, *con* su suerte—*del* parecer.
Contestar *a* la pregunta—*con* el declarante.
Contiguo *al* jardin.
Continuar *en* su puesto—*con* salud—*por* buen camino.
Contraer (algo) *a* un asunto.
Contrapesar (una cosa) *con* otra.
Contraponer (una cosa) *a, con* otra
Contrapuntarse *de* palabras—*con* alguno.
Contrario *a, de* muchos—*en* ideas.
Contravenir *a* la lei.
Contribuir *a. para* tal cosa—*con* dinero.
Convalecer *de* la enfermedad.
Convencerse *de* la razon.
Convenir (una cosa) *al* pueblo—*con* otro—*en* alguna cosa.
Convenirse *a, con, en* lo propuesto.
Conversar *con* alguno—*en, sobre* materias fútiles.
Convertir *a* otro objeto la cuestion—(la hacienda) *en* dinero.
Convertirse *a* Dios (el mal) *en* bien.
Convidar (a alguno) *a* comer—*con* un billete.
Convidarse *a, para* la tarea.
Convocar *a* junta.
Cooperar *a* alguna cosa—*con* otro.
Coronar *con* flores—*de* flores—*en* flores (1)—*por* monarca.
Correr *a* pié— *con* los gastos—*en* busca de uno—*por* mal camino—(un velo) *sobre* lo pasado.
Correrse *de* vergüenza—*por* una culpa.
Corresponder *a* los beneficios—*con* el bienhechor.
Corresponderse *con* estranjeros.
Cortar *de* vestir—*por* lo sano—*sobre* el codo.
Corto *de* jenio—*en* dar.
Coser *a* puñaladas—*para* el corte.
Coserse (unos) *a, con* otros.
Cotejar (la copia) *con* el orijinal.
Crecer *en* virtudes.
Crecido *de* cuerpo—*en* bienes.
Creer *de* otro tal cosa—*de* su obligacion—*en* Dios—(a uno) *por, sobre* su dicho.
Creerse *de* alguna cosa.
Criar *a* los pechos—*con* regalo—*en* el santo temor de Dios.
Cruel *con. para, para con* su esposa.
Cruzar *por* enfrente.
Cruzar *i* cruzarse, *de* caballero—*de* brazos.
Cuadrar (una cosa) *al* interesado—(lo uno) *con* lo otro.
Cubrir o cubrirse, *de, con* ropa.
Cuenta (tener) *con, de* lo que dicen.
Cucharetear *en* todo.
Cuidado *conmigo!*

(1) Poético.

Cuidadoso *del, por* el resultado.
Cuidar *de* algo, *de* alguno.
Culpar (a uno) *de* omiso—*en* otro lo que en sí se disculpa—(a otro) *por* lo que hace.
Cumplir *a* uno la promesa—cumplir (corresponder) *a* uno hacer un esfuerzo—*con* alguno—*con* su obligacion—*por* su padre.
Curar (cecina) *al* humo.
Curarse *de* alguna enfermedad—*en* salud—*de* lo ménos importante.
Curtido *al, del* sol—*en* bellaquerías.
Curtirse *al, con, el* aire—*en* los trabajos.

CH.

Chancearse *con* cualquiera.
Chapuzar *en* el rio.
Chico *de* cuerpo.
Chocar *a* los presentes—*con* los vecinos—*entre* sí.
Chochear *con, por* la vejez—*de* viejo.

D.

Dañar (al prójimo) *en* la honra.
Dañarse *del* pecho.
Dar (algo) *a* alguno—*con* quien lo entiende—(a alguno) *de* palos—(a la madera) *de* blanco—*de* baja—*en* manías—*por* visto—*por* Dios—*sobre* el mas flaco.
Darse *a* estudiar—*contra* la pared—*de* cachetes—*por* vencido.
Debajo *de* la mesa.
Deber (dinero) *a* alguno—*de* justicia—*de* venir.
Decaer *de* su autoridad—*en* fuerzas.
Decidir *de* la cuestion—*sobre* un punto.
Decidirse *a* viajar—*en* favor—*por* un sistema.
Decir (algo) *a* otro—(bien) *con* una cosa—*de* alguno—*en* conciencia—*para* sí.
Declarar *a* los oyentes un secreto—*por* enemigo al indiferente.
Declararse *a, con* alguno —*por* un partido.
Declinar *a, hácia* tal parte—*de* allí—*en* bajeza.
Dedicar (tiempo) al estudio.
Dedicarse *a* la virtud.
Deducir *de* lo dicho.
Defender (a uno) *de* sus contrarios—*por* pobre.
Defenderse *contra, de* tres.
Deferir *al* parecer de otro.
Defraudar (algo) *al, del* depósito—*en* las esperanzas.
Dejenerar *de* su estirpe—*en* monstruo.
Dejar *con* la boca abierta—*de* escribir—(algo) *en* manos de otro—(a alguien)—*por* loco—*por* hacer.
Delante *de* alguno.
Delatarse *al* juez.
Deleitarse *con* la vista—*de, en* oir.

Deliberar *en* junta—*entre* amigos—*sobre* tal cosa.
Delirar *por* la música.
Demandar *de* calumnias—*en* juicio.
Dentro *de* casa.
Departir *con* el compañero—*de, sobre* la guerra.
Depender *de* alguno.
Deponer *contra* el acusado—(a alguno) *de* su empleo—*en* juicio.
Depresivo *a* un personaje—*de* la nobleza.
Derivar, i derivarse, *de* otra autoridad.
Derramar i derramarse, *al, en, por* el suelo.
Derribar *de* la cumbre *al* valle—*en, por* tierra.
Derrocar, id.
Desabrirse *con* alguno.
Desabrocharse *con* alguno.
Desacreditar, o desacreditarse, *con, para* con el pueblo—*en* su profesion—*entre* los compañeros.
Desagradable *al* gusto.
Desagradecido *a* algun beneficio.
Desahogarse (con alguno) *de* su pena—*en* denuestos.
Desapoderado (desenfrenado) *en* su ambicion.
Desapoderar *de* la herencia.
Desapropiar, i desapropiarse, *de* algo.
Desalojar *del* puesto.
Desarraigar *del* suelo.
Desasirse *de* malos hábitos.
Desatarse *en* improperios.
Desavenirse *con*—alguno—*de* otros—(dos) *entre* sí.
Desayunarse *con* chocolate—*de* alguna noticia.
Desbordarse (el rio) *en* la arena—*por* los campos.
Descabezarse *con, en* alguna cosa.
Descalabazarse *con, en, por* alguna cosa.
Descalabrar *a* gritos—*con* su voz.
Descansar *de* la fatiga—(el amo) *en* el criado.
Descararse *a* insultos—*con* el jefe.
Descargar *en, contra, sobre* el inocente.
Descargarse *con* el ausente—*de* alguna cosa.
Descartarse *de* algun encargo.
Descender *a* los valles—*de* buen linaje—*en* el favor—*por* grados.
Descolgarse *al* jardin—*con* una noticia—*de, por* la pared.
Descollar *en* gallardía—*entre, sobre* otros.
Descomponerse *con* alguno—*en* palabras.
Desconfiar *de* alguno.
Desconocido *a* los beneficios—*de* sus paisanos—*para* todos.
Descontar *de* una cantidad.
Descontento *de* sí mismo.
Descubrirse *a, con* alguno.
Descuidarse *de, en* su obligacion.
Desdecir *de* su carácter.
Desdecirse *de* su promesa.
Desdeñarse *de* alguna cosa.
Desechar *del* pensamiento.

Desembarazarse *de* estorbos.
Desembarcar *de* la nave—*en* el puerto.
Desenfrenarse *en* vicios.
Desengañarse *de* una ilusion.
Desenredarse *del* lazo.
Desenterrar *del, de entre* el polvo.
Desertar *de* sus banderas *a* las contrarias.
Desesperar *de* la pretension.
Desfallecer *de* hambre.
Desfigurar *con* cintajos un vestido.
Deshacerse *de* alguna cosa—*en* llanto.
Desimpresionarse *de* una idea.
Desistir *del* intento.
Desleal *a* su rei.
Deslizarse *al, en* el vicio—*por* la pendiente.
Desmentir *a* alguno—(una cosa) *de* otra.
Despedirse *del* caminante.
Despegarse *del* mundo.
Despeñarse *al, en* el mar—*de* un vicio *en* otro—*por* la cuesta.
Despertar *del* sueño.
Despicarse *de* la ofensa.
Despoblarse *de* jente.
Despojar o despojarse *de* la ropa.
Desposarse *con* soltera—*por* poderes.
Desposeer *del* dominio.
Desprenderse *de* algo.
Despues *de* llegar.
Despuntar *de* injenioso—*en* la sátira—*por* la pintura.
Desquitarse *de* la pérdida.
Desternillarse *de* risa.
Desterrar *a* una isla—(a uno) *de* su patria.
Destinar *a* la Iglesia—(un regalo) *para* el superior.
Destituir *de* su cargo.
Desvergonzarse *con* alguno.
Desviarse *del* camino.
Desvivirse *por* algo.
Detenerse *a* comer—*con, en* los obstáculos.
Determinarse *a* partir—*en* favor de uno.
Detestar *de* la mentira.
Detras *de* la Iglesia.
Deudor *a* la, *de* la Hacienda—*en, por* muchos miles.
Devoto *de* su santo.
Diestro *en* la esgrima.
Diferencia *de* mayor a menor—*entre* lo temporal i eterno.
Diferenciarse (uno) *de* otro—*en* el habla.
Diferir (algo) *a, para* otro tiempo—*de* hoi a mañana—*en* pareceres—*entre* sí.
Difícil *de* esplicar.
Dignarse *de* conceder algo.
Dilatar (un asunto) *a, para* otra ocasion—*de* mes en mes.
Dilatarse *en* argumentos.

Dilijente *en* su oficio—*para* cobrar.
Dimanar (una cosa) *de* otra.
Diputar *para* un objeto.
Diputado *a, en* Córtes.
Dirijir *a, hácia* Sevilla—(a otro) *en* una empresa—*para* un fin, *por* un atajo.
Discernir (una cosa) *de* otra.
Discordar *del* maestro—*en* opiniones—*en* sonidos—*sobre* regalías.
Discrepar (un peso *de* otro) *en* onzas.
Disculpar (al discípulo) *con* el catedrático.
Disculparse *con* alguien—*de* una distraccion.
Discurrir *de* un punto *a* otro—*en* varias materias—*sobre* artes.
Disentir *de* Vitruvio *en* arquitectura.
Disfrazar *con* buenas apariencias.
Disfrazarse *de* moro—*con, en* traje de moro.
Disfrutar *de* buena renta.
Disgustarse *de, con* alguna cosa—*por* frioleras.
Disimular *con* su ofensor.
Disolver *en* espíritu de vino—*con* agua fuerte.
Dispensar *de* asistir.
Disponer *a* bien morir—*de* los bienes—*en* hileras—*por* secciones.
Disponer *a, para* caminar.
Disputar *de, por, sobre* alguna cosa—*con* su hermano.
Distar (un pueblo) *de* otro.
Distinguir (una cosa) *de* otra.
Distinguirse *en* las letras—*entre* todos—*por* único.
Distraerse *a* diferente materia—*de, en* la conversacion—*con, por* el ruido.
Distribuir *en* porciones—*entre* los necesitados.
Disuadir *de* alguna cosa.
Diverso *de* los demas—*en* carácter.
Divertir *de* un objeto la atencion.
Divertirse *en* pintar—*con* un amigo.
Dividir (una cosa) *de* otra—*con, entre* muchos—*en* partes—*por* mitad.
Divorciarse *de* su mujer.
Doblar *a* palos—*de* un golpe—*por* un difunto.
Doble *de* la medida.
Dócil *al* mandato—*de* condicion—*para* aprender.
Docto *en* jurisprudencia.
Doctor *en* teolojía.
Dolerse *de* los pecados—(con un amigo) *de* los trabajos de otro.
Dormir *a* pierna suelta.
Dotado *de* ciencia.
Dotar (a una hija) *con* bienes adquiridos—*de* lo mejor de un patrimonio—*en* medio millon.
Dudar *de* alguna cosa—*en* salir—*entre* el sí i el no.
Dulce *al* gusto—*de* trato—*en* el trato—*para* tratado.
Durar *en* el mismo estado—*por* mucho tiempo.
Duro *de* corazon.

E.

Echar (algo) *a, en, por* tierra—(olor) *de* sí—*de* ménos—*sobre* sí la carga.
Echarla *de* guapo.
Educar *en* los buenos principios.
Ejercitarse *en* las armas.
Elevarse *al, hasta* el cielo—*de* la tierra—*en* éxtasis—*por* los aires—*sobre* el vulgo.
Embadurnar *de* almazarron.
Embarazada *de* seis meses.
Embarazarse *con* la ropa.
Embarcarse *de* pasajero—*en* un vapor.
Embebecerse *en* mirar.
Embeberse *en* la doctrina—*del* espíritu de Luis Vives.
Embelesarse *con* un niño—*en* oir.
Embestir *con, contra* el de enfrente.
Embobarse *con, de, en* algo.
Emborracharse *con* ponche—*de* cólera.
Emboscarse *en* la espesura.
Embozarse *con* la capa—*en* el manto.
Embravecerse *con, contra* el débil.
Embriagarse *con* aguardiente—*de* júbilo.
Embutir *de* algodon—(una cosa) *en* otra.
Enmendarse *con, por* el aviso—*de* una falta.
Empacharse *de* hablar—*por* nada.
Empalagarse *de* todo.
Empalmar (un madero) *con* otro.
Empapar *de, en* esencias.
Empaparse *en* la moral cristiana.
Emparejar *con* alguno.
Emparentar *con* estranjeros.
Empedrar *con, de* adoquines.
Empeñarse *en* una cosa—*por* alguno.
Emplearse *en* alguna cosa.
Empezar *a* brotar—*con* bien—*en* malos términos—*por* lo difícil.
Empotrar *en* el muro.
Emprender *con* cuanto se presenta—(alguna obra) *por* sí solo.
Empujar *a, hácia, hasta* un abismo.
Emular *con* alguno.
Emulo *del* ministro—*en* influencia.
Enajenarse *de* alguna cosa.
Enamorarse i enamoricarse, *de* alguno.
Encajar (la puerta) *con, en* el cerco.
Encalabrinarse *con* algo.
Encallar (la nave) *en* arena.
Encaminarse *a* alguna parte.
Encanecer *en* la virtud.
Encapricharse *con, en* una tema.
Encaramarse *a, en, por, sobre* la pared.

Encararse *a, con* alguno.
Encargarse *de* algun negocio.
Encarnizarse *con, en* los fujitivos.
Encenagarse *en* vicios.
Encender *a, en* la lumbre.
Encenderse *en* ira.
Encharcarse *en* agua.
Encojerse *de* hombros.
Encomendar (la hacienda) *al* mayordomo.
Encomendarse *a* Dios—*en* sus manos.
Enconarse *con* alguno—*en* algo.
Encontrar *con* un obstáculo.
Encontrarse *con* un escritor *en* varias ideas.
Encuadernar *a* la rústica—*en* pasta—*de* fino.
Encumbrarse *a, hasta* el cielo—*sobre* las nubes.
Endurecerse *al, con, en por* el ejercicio.
Enfadarse *con, contra* un súbdito—*de* la réplica—*por* poco.
Enfermar *del* pecho.
Enfermo *del* hígado—*de* peligro.
Enfrascarse *en* la disputa.
Enfurecerse *con, contra* alguno—*de* ver injusticias.
Engalanarse *con* brocados.
Engañarse *en* la cuenta.
Engastar *con* perlas—*en* oro.
Engolfarse *en* cosas graves.
Engolosinarse *con* algo.
Engreirse *con, de* su fortuna.
Enjugar (ropa) *a* la lumbre.
Enjuto *de* carnes.
Enlazar (una cosa) *a, con* otra.
Enloquecer *de* pesadumbre.
Enojarse *con, contra* el malo—*de* lo que se dice.
Enojoso *a* su familia—*en* el habla.
Enredarse (una cosa) *a, con otra.*
Enriquecer *con* dádivas—*de* dones.
Enriquecerse *de* ciencia.
Ensangrentarse *con* uno.
Ensayarse *a* cantar—*en* el canto—*para* hablar en público.
Enseñado *en* buenas doctrinas.
Enseñar *a* leer—*por* buen autor.
Enseñorearse *de* un reino.
Entapizar *con, de* ricas telas.
Entender *de* alguna cosa—*en* sus negocios.
Entenderse *con* alguien.
Enterarse *de* la carta—*en* el asunto.
Entrambos *a* dos.
Entrar (se usa con casi todas las preposiciones) *a* saco—*con* toda el alma—*de* novicio—*en* la iglesia—*hasta* el coro—*por* poco o *por* mucho.
Entregar (algo) *a* alguno.
Entregarse *al* estudio—*de* un establecimiento—*en* brazos de la suerte.
Entremeterse o entrometerse *en* asuntos de otro.

Entresacar (poco) *de* mucho.
Entretenerse *a, con* ver la tropa—*en* leer.
Entristecerse *con, de, por* la noticia.
Envanecerse *con, de, en, por* la victoria.
Envejecer *con, por* los trabajos—*en* el oficio.
Enviar (a alguno) *a* la corte—*con* un presente—*de* apoderado—*por* vino.
Enviciarse *en* la codicia.
Envolver *en, entre* lienzo—*con* papeles.
Envolverse *con, en* la manta.
Enzarzarse *en* una quimera.
Equipar (a uno) *con, de* lo necesario.
Equiparar (una cosa) *a, con* otra.
Equivocar (una cosa) *con* otra.
Equivocarse *con* otro—*en* algo.
Erizado *de* espinas.
Erudito *en* antigüedades.
Escabullirse *entre, por entre* la multitud.
Escapar *a* la calle—*con* vida—*en* una tabla.
Escarmentado *de* rondar.
Escarmentar *con* la desgracia—*en* cabeza ajena.
Escaso *de* medios—*en* pagar—*para* lo mas preciso.
Escojer *del, en* el monton—*entre* varias cosas.
Esconderse *de* alguno—*en* alguna parte.
Escribir *de, sobre* historia—*en* español—*por* el correo.
Esculpir *a* cincel—*de* relieve—*en* mármol.
Escrupulizar *en* pequeñeces.
Escudarse *con* la fe—*contra* el peligro.
Escupir *al, en* el rostro.
Escurrirse *al* suelo—*de, de entre, entre* las manos.
Esencial *al, en, para* el negocio.
Esforzarse *a, en, por* trabajar.
Esmaltar *con, de, en* (1) flores.
Esmerarse *en* alguna cosa.
Espantarse *de, por* algo.
Especular *con* algo— *en* papel.
Esperar *a* que vengan— *de* Dios—*en* Dios.
Estampar *a* mano—*contra* la pared—*en* papel—*sobre* seda.
Estar (se construye con casi todas las preposiciones) *a, bajo* la órden de otro—*con, en* ánimo *de* viajar—*de* vuelta—*en* casa—*entre* enemigos —*para* salir—*por* alguno—(algo) *por* suceder—*sin* sosiego—*sobre* sí.
Estéril *de, en* frutos.
Estrecharse *con* alguno—*en* los gastos.
Estrecho *de* manga.
Estrellarse *con* alguno—*en, contra* alguna cosa.
Estrenarse *con* una obra maestra.
Estribar *en* alguna cosa.
Estropeado *de* manos i piés.
Estudiar *con* buenos catedráticos—*en* buen autor—*por* Nebrija.

(1) Poético.

Exacto en sus promesas.
Examinar i examinarse, *de* gramática.
Exceder (una cuenta) *a* otra—*en* mil reales.
Excederse *de* sus facultades.
Esceptuar (a alguno) *de* alguna cosa.
Excitar *a* la rebelion.
Excluir (a alguno) *de* alguna parte o cosa.
Excusarse *con* alguno—*de* hacer alguna cosa.
Exento *de* carga.
Exhortar *a* bien morir.
Eximir i eximirse, *de* alguna ocupacion.
Exonerar *del* empleo.
Espeler *del* reino—*por* la boca.
Esponerse *a* un desaire.
Estenderse *a, hasta* mil reales—*en* digresiones.
Estraer (una cosa) *de* otra.
Estrañar *de* la patria.
Estrañarse *con* uno.
Estraño *al* asunto.
Estraviado *en* sus opiniones.
Estraviarse *a* otra cuestion— *de la* carrera.

F.

Fácil *a* cualquiera—*con, para, para con* los inferiores—*de* dijerir—*en* creer.
Faltar *a* la palabra—*de* alguna parte—*en* algo—(un real) *para* veinte—(la cola) *por* desollar.
Falto *de* juicio.
Fastidiarse *de* manjares.
Fatigarse *de* andar—*en* pretensiones—*por* sobresalir.
Favorable *a, para* alguno.
Favorecerse *de* alguno.
Favorecido *de* la suerte.
Fecundo *en* recursos—*de* palabras.
Fértil *de, en* granos.
Fiar (algo) *a, de* alguno—*en* sí.
Fiarse *a, de, en* alguno.
Fiel *a, con, para con* sus amigos—*en* su creencia.
Fijar *en* la pared.
Fijarse *en* el buen propósito.
Firmar *con* estampilla—*de* propia mano—*en* blanco—*por* su principal.
Firme *de* hombros—*en* su designio.
Flaco *de* estómago— *en* sus resoluciones.
Flaquear *en* la honradez—*por* los cimientos.
Flexible *a* la razon—*de* talle.
Flojo *de* piernas—*en, para* la fatiga.
Florecer *en* virtudes.
Fluctuar *en, entre* dudas.
Forastero *en* su país.

Formar i formarse, *con* el buen ejemplo—(quejas) *de* un amigo—*en* columna—*por* compañías.
Forrado. Véase Aforrado.
Forrar *de, con* seda—*en* cobre.
Fortificarse *con* fajinas—*contra* el enemigo—*en* un punto.
Franco *con, para, para con* todos—*de* carácter—*en* decir.
Franquearse *a, con* alguno.
Freir *con, en* aceite.
Frisar (una persona o cosa) *con, en* otra.
Fuera *de* casa.
Fuerte *de* condicion—*en* razones.
Fumar *en* pipa.
Fundarse *en* razon.
Furioso *con* la noticia—*contra* el chismoso—*de* ira—*por* un contratiempo.

G.

Ganar *al* ajedrez—*con* el tiempo—*de* posicion—*en* categoría—*por* la mano.
Gastar *de* su hacienda—*en* banquetes.
Gloriarse *de* alguna cosa—*en el* Señor.
Gordo *de* talle.
Gozar i gozarse, *con, en* el bien comun—*de* alguna cosa.
Gozoso *del* triunfo.
Grabar *al* agua fuerte—*con* agujas—*en* madera.
Graduar *a* claustro pleno—(una cosa) *de, por* buena.
Graduarse *de* licenciado—*en* leyes.
Grande *de* talla—*en, por* sus acciones.
Granjear (la voluntad) *a, de* alguno—*para* sí.
Grato *al, para* el oido—*de* recordar.
Gravar *en* mucho—*con* impuestos.
Gravoso *al* pueblo.
Grueso *de* cuello.
Guardar *bajo, con* llave.
Guardarse *de* alguno, *de* algo.
Guarecerse *bajo* el pórtico—*de* la intemperie—*en* alguna parte.
Guarnecer (una cosa) *con, de* otra.
Guiado *de* alguno.
Guiarse *por* un práctico.
Guindarse *por* la pared.
Gustar *de* bromas.
Gusto *al* baile—*para* vestirse.
Gustoso *al* paladar.

H.

Haber *a* las manos—*de* morir.
Habérselas *con* otro.
Hábil *en* papeles—*para* el empleo.

Habilitar (a uno) *a, de, en, para* alguna cosa—*con* fondos.
Habitar *con* alguno—*en* tal parte—*entre* fieras.
Habituarse *al* frio—*en* alguna cosa.
Hablar *de, en, sobre* alguna cosa—*con* algunos—*por* sí i por otros.
Hacer *a* todo—*de* valiente—(mucho) *con* poco trabajo—(algo) *en* regla—*para* sí—*por* alguno.
Hacerse *a* las armas—*de* rogar—(algo) *en* debida forma—*con* buenos libros.
Hallar (alguna cosa) *en* la calle.
Hallarse *a, en* la fiesta—*con* un obstáculo.
Hartar i hartarse, *de* comida—*con* fruta.
Henchir (el colchon) *de* lana.
Helarse *de* frio.
Heredar *de* un pariente—*en* el título—*por, en* línea recta.
Herir *de* muerte—*en* la estimacion.
Hermanar o hermanarse, (una cosa) *con* otra—(a dos, dos) *entre* sí.
Hervir (un lugar) *de, en* jente.
Hincarse *de* rodillas.
Hocicar *con, contra, en* alguna cosa.
Holgarse *con, de* alguna cosa.
Hollar *con* la planta el suelo.
Hombrearse *con* los mayores.
Honrarse *con* la amistad de un príncipe—*de* complacer a un amigo.
Huésped *en* su casa—*de* su tio.
Huir *al* despoblado—*de* la villa.
Humanarse *a* lavar los piés a un pobre—*con* los vencidos.
Humano *con* el rendido—*en* su comportamiento.
Humedecer *con, en* un líquido.
Humillarse *a* alguna persona o cosa.
Hundir o hundirse, *en* el cieno.
Hurtar *de* la tela—*en* el precio.

I.

Idóneo *para* alguna cosa.
Igual *a, con* otro—*en* fuerzas.
Igualar (una cosa) *a, con* otra—*en* la medida.
Igualarse *a, con* otro—*en* saber.
Imbuir (a alguno) *de, en* alguna cosa.
Impaciente *con, de, por* la tardanza.
Impedido *de* un brazo—*para* trabajar.
Impeler (a alguno) *a* alguna cosa.
Impelido *de* la necesidad.
Impenetrable *a* todos—*en* el secreto.
Impetrar algo *del* superior.
Implacable *en* la ira.
Implicarse *con* alguno—*en* alguna cosa.
Imponer (pena) *al* reo—*sobre* consumos.
Imponerse *en* alguna cosa.
Importar (mucho) *a* alguno—(*de* Francia jéneros) *a, en* España.

Importunar *con* pretensiones.
Imposibilidad *de* vencer.
Impotente *para* el mal.
Impresionar (a uno) *contra* otro—*de, en* alguna cosa.
Imprimir *con, de* letra nueva—*en* el ánimo.
Impropio *a, de, en, para* su edad.
Inaccesible *a* los pretendientes.
Inapeable *de* su opinion.
Incansable *en* el trabajo.
Incapaz *de* heredar—*para* un cargo.
Incesante *en* sus tareas.
Incidir *en* culpa.
Incierto *del* triunfo—*en* sus opiniones.
Incitar (a alguno) *a* rebelarse—*contra* otro—*para* pelear.
Inclinar (a alguno) *a* la virtud.
Inclinarse *a* la adulacion.
Incluir *en* el número—*entre* los buenos.
Incompatible *con* el mando.
Incomprensible *a, para* los hombres.
Inconsecuente *con, para con, para* los amigos—*en* alguna cosa.
Inconstante *en* su proceder.
Incorporar (una cosa) *a, con, en* otra.
Increible *a, para* muchos.
Inculcar *en* el ánimo.
Incurrir *en* delitos.
Indeciso *en, para* resolver.
Indemnizar (a alguno) *del* perjuicio.
Independiente *de* todos—*en* sus dictámenes.
Indignarse *con, contra* alguno—*de, por* una mala accion.
Indisponer (a uno) *con, contra* otro.
Inducir (a uno) *a* pecar—*en* error.
Induljente *con, para con, para* el prójimo—*en* sus juicios.
Indultar (a alguno) *de* la pena.
Infatigable *en, para* el trabajo.
Infatuarse *con* los aplausos.
Infecto *de* herejía.
Inferior *a* otro—*en* talento.
Inferir (una cosa) *de, por* otra.
Infestar (un pueblo) *con, de* malos ejemplos.
Inficionado *de* peste.
Infiel *a* su amigo—*en* sus tratos.
Inflamar, e inflamarse, *de, en* ira.
Inflexible *a* los ruegos—*en* su dictámen.
Influir *con* el jefe—*en* alguna cosa—*para* el indulto.
Informar (a alguno) *de, en, sobre* alguna cosa.
Infundir (ánimo) *a, en* alguno.
Injeniarse *para* ir viviendo.
Injerir *de* escudete—(un árbol) *en* otro.
Injerirse *en* asuntos de otro.
Ingrato *a* los beneficios—*con* los amigos.
Inhábil *en* sus manejos—*para* el empleo.

Inhabilitar (a alguno) *de* un oficio—*para* alguna cosa.
Inhibirse (el juez) *de, en* el conocimiento de una causa.
Iniciar, e iniciarse, *en* los misterios.
Inmediato *a* la corte.
Inocente *del* crímen—*en* su conducta.
Inquietarse *con, de, por* las hablillas.
Insaciable *de* dinero—*en* sus apetitos.
Insensible *a* las injurias.
Inseparable *de* la virtud.
Insertar (un documento) *en* otro.
Insinuar (una cosa) *a* alguno.
Insinuarse *con* los poderosos—*en* el ánimo del rei.
Insípido *al* gusto.
Insistir *en, sobre* alguna cosa.
Inspirar (alguna cosa) *a, en* alguno.
Instalar (a uno) *en* su cargo.
Instar *para* el logro—*por* una solicitud.
Instruido *a* sus espensas—*con* el ejemplo—*en* su facultad.
Instruir (a alguno) *de, en, sobre* alguna cosa.
Intentar (una acusacion) *a, contra* alguno.
Interceder *con* alguno—*por* otro.
Interesarse *con* alguno—*por* otro—*en* alguna empresa.
Internarse *en* alguna cosa, *en* algun lugar.
Interpelar (unas cosas) *con, entre* otras.
Interponer (su autoridad) *con* alguno *por* otro.
Interponerse *entre* los contendientes.
Interpretar *del* griego *al* latin—*de* griego *en* latin.
Interpuesto *a* dos sustantivos.
Intervenir *en* el reparto—*por* alguno.
Intolerante *con, para con* sus amigos—*en* materias políticas.
Introducir o introducirse *a* consejero—*con* los que mandan—*en, por* alguna parte—*entre* las filas.
Inundar *de, en* sangre el suelo.
Inútil *para* caudillo.
Invernar *en* tal parte.
Inverso (lo) *de* tal cosa.
Invertir (el caudal) *en* fincas.
Ir *a, hácia* Cádiz—*bajo* custodia—*con* su padre—*contra* alguno—*de* un lado *a* otro—*en* coche—*entre* bayonetas—*por* camino de hierro—*por* pan—*sobre* Túnez—*tras* un prófugo.

J.

Jactarse *de* alguna cosa.
Jeneroso *con, para con* los pobres—*de* espíritu—*en* acciones.
Jirar *a* cargo de, *contra* otro—*de* una parte *a* otra—*hácia* la izquierda—*por* tal parte—*sobre* una casa de comercio.
Jubilar *del* empleo.
Jugar *a* tal juego—(unos) *con* otros—(alguna cosa) *con, por* otra—*de* manos.

Juntar (alguna cosa) *a, con* otra.
Jurar *en* vano—*por* su nombre—*sobre* los Evanjelios.
Justificarse *con, para con* el jefe—*de* algun cargo.
Juzgar *a, por* deshonra—*de* alguna cosa—*en* una materia—*sobre* apariencias.

L.

Labrar *a* martillo—*en* el espíritu—*de* piedra un edificio.
Ladear, i ladearse, (una cosa) *a, hácia* tal parte.
Ladearse (alguno) *a* otro partido—*con* un compañero.
Lamentarse *de, por* la desgracia.
Lanzarse *al, en* el mar— *sobre* la presa.
Largo *de* manos— *en* pedir.
Lastimarse *con, contra, en* una piedra—*de* alguno.
Lavar *con, en* sangre la ofensa.
Leer *de, en* oposicion—*sobre* cánones.
Lejano *de* la fuente.
Léjos *de* tierra.
Levantar (las manos) *al* cielo—*de* cascos—*del* suelo—*en* alto—*por* las nubes—*sobre* todos.
Levantarse *con* lo ajeno—*de* la silla.
Libertar, o libertarse, *del* peligro.
Librar (a alguno) *de* riesgos—*en* Dios las esperanzas—(letras) *sobre* una plaza—*contra* un jirante.
Libre *de* sujecion—*en* sus discursos.
Lidiar *con, contra* infieles—*por* la fe.
Ligar (una cosa) *a, con* otra.
Ligarse *con, por* su promesa.
Lijero *de* piés—*en* ofrecer.
Limitado *de* talento—*en* ciencia.
Limpiar *de* broza la tierra.
Limpiarse *con, en* el pañuelo—*de* la suciedad.
Limpio *de* manos—*en* su traje.
Lindar (una posesion) *con* otra.
Lisonjearse *de, con* esperanzas.
Litigar *con, contra* un pariente—*por* pobre—*sobre* un mayorazgo.
Loco *con* su nieto—*de* amor—*en* sus acciones—*por* los toros.
Lograr *del* superior una gracia.
Luchar *con, contra* alguno—*por* recobrar algo.
Ludir (una cosa) *con* otra.

LL.

Llamar *a* la puerta—*a* juicio—*con* la mano—*de* tú a otro—*por* señas.
Llegar *a* la posada.
Llenar *con* tierra el hoyo—*de* trigo el saco.
Lleno de alegría.
Llevar (algo) *a* alguna parte
Llevarse (bien) *con* el vecino—*de* alguna pasion.

Llorar *de* pena—*en, por* la infelicidad ajena.
Llover *a* cántaros—(trabajos) *en, sobre* una familia.

M.

Maldecir *de* todo.
Maliciar *de* cualquiera—*en* cualquiera cosa.
Malo *con, para con* su padre—*de* condicion.
Malquistarse *con* alguno.
Mamar un vicio *con, en* leche.
Manar (agua) *de* una fuente—(un campo) *en* agua.
Manco *de* ambas manos.
Mancomunarse *con* otros.
Manchar la ropa *con, de, en* lodo.
Mandar (una carta) *al* correo—*de* emisario—*en* jefe—*por* dulces.
Manso *de* jenio—*en* su gobierno.
Mantenedor *de* un torneo.
Mantener (conversacion) *con* alguno—(la casa) *en* buen estado.
Mantenerse *con, de* yerbas—*en* paz.
Maquinar *contra* alguno.
Marabillarse *con, de* alguna noticia.
Marcar *a* fuego—*con* hierro—*por* suyo.
Mas *de* cien ducados.
Matarse *a* trabajar—*con* un necio—*por* conseguir alguna cosa.
Matizar *con, de* colores.
Mayor *de* edad—*en* edad.
Mediano *de* cuerpo—*en* capacidad.
Mediar *con* alguno—*en* una cuestion—*entre* los contrarios—*por* un amigo.
Medir *a* palmos—(una cosa) *con* otra—*por* varas—medirlo todo *con* o *por* un rasero.
Medirse *con* sus fuerzas—*en* las palabras.
Meditar *en, sobre* un misterio—*entre* sí.
Medrar *en* hacienda.
Mejorar *de* condicion—(a alguno) *en* tercio i quinto.
Menor *de* edad—*en* graduacion.
Menos *de* cien personas.
Merecer *con, de, para con* alguno.
Mesurarse *en* las acciones.
Meter (dinero) *en* el cofre—(una cosa) *entre* otras varias—*por* camino.
Meterse *a* gobernar—*con* los que mandan—*de* piés *en* los peligros—*por* medio.
Mezclar (una cosa) *con* otra.
Mezclarse *en* varios negocios.
Mirar (la ciudad) *a* oriente—*con* buenos ojos—*de* reojo—*por* alguno—*sobre* hombro.
Mirarse *al* espejo—*en* el agua.
Misericordioso *con, para con, para* los desvalidos.
Moderarse *en* las palabras.
Mofarse *de* alguno.
Mojar *en* caldo.

Molerse *a* trabajar.
Molestar (a uno) *con* visitas.
Molesto *a* todos—*en* el trato.
Molido *de* andar.
Montar *a* caballo—*en* cólera.
Morar *en* despoblado.
Moreno *de* cara.
Morir *a* mano, *de* mano airada—*de* poca edad—*de* enfermedad—*en* gracia—*para* el mundo—*por* Dios.
Morirse *de* frio—*por* lograr alguna cosa.
Mortificarse *con* ayunos—*en* algo.
Motejar (a alguno) *de* ignorante.
Motivar (el decreto) *con* razones.
Moverse *a* piedad—*con* lo que se oye—*de* una parte *a* otra.
Muchos *de* los presentes.
Mudar (alguna cosa) *a* otra parte—*de* intento—(una cosa) *en* otra.
Mudarse *de* casa—(el favor) *en* desvío.
Murmurar *de* alguno.

N.

Nacer *con* fortuna—(esto) *de* aquello—*en* Castilla—*para* trabajos.
Navegar *a*, *para* Indias—*con* viento fresco—*de* bolina—*contra* la corriente—*en* un vapor—*entre* dos aguas.
Necesario *a*, *para* la salud.
Necesitar *de* ausilios *para* vivir.
Negado *de* entendimiento—*para* todo.
Negarse *al* trato.
Neglijente *en*, *para* recaudar.
Negociar *con* papel—*en* granos.
Negociante *de* jéneros ultramarinos—*en* vinos, *por* mayor.
Nimio *en* sus escrúpulos.
Ninguno *de* los presentes—*entre* tantos.
Nivelarse *a* lo justo—*con* los humildes.
Noble *de* cuna—*por* su oríjen—*en* sus obras.
Nombrar (a alguno) *para* el empleo.
Notar *con* piedra blanca—(a alguno) *de* hablador—(faltas) *en* una obra.
Novicio *en* el mundo.
Nutrirse *con* manjares sustanciosos—*de*, *en* sabiduría.

O.

Obligar (al usurpador) *a* restituir.
Obligarse *de* obsequios.
Obrar *a* lei—*en* autos.
Obsequioso *con*, *para con* sus huéspedes.
Obstar (una cosa) *a* otra.
Obstinarse *contra* alguno—*en* alguna cosa.
Obtener (alguna gracia) *de* alguno.
Ocultar (alguna cosa) *a*, *de* alguno—*con* la mano.

Ocuparse *con, en* varias ideas—*en* trabajar.
Ocurrir *a* la urjencia.
Odioso *a* las jentes.
Ofenderse *con, de* alguna cosa—*por* todo.
Ofrecerse *a* los peligros—*de* acompañante—*en* holocausto.
Oir *con, por* sus oidos—*de* persona autorizada—*en* justicia.
Oler *a* rosas.
Olvidarse *de* lo pasado.
Oneroso a sus deudos.
Opinar (bien) *de* un sujeto—*en, sobre* alguna cosa.
Oponerse *a* la sinrazon.
Oportuno *al, para* el caso—*en* las réplicas.
Oprimir *bajo* el peso—*con* el poder.
Optar *a, por* un empleo—*entre* dos cándidatos.
Orar *en* favor de—*por* los difuntos.
Ordenado *a, para* tal fin—*en* series.
Ordenar, i ordenarse, *de* sacerdote—*en* filas.
Orgulloso *con, de, por* su caudal—*en* su aspecto.

P.

Pacer *del* sembrado.
Pactar (alguna cosa) *con* otro.
Padecer *con* las impertinencias de otro—*de* los nervios—*por* Dios.
Pagar *a, en* dinero—*con* palabras—*de* sus ahorros—*por* otro.
Pagarse *con, de* buenas razones.
Paladearse *con* alguna cosa.
Paliar (alguna cosa) *con* otra.
Pálido *de* color.
Palpar *con, por* sus manos.
Parar *a* la puerta—*en* casa.
Pararse *a* descansar—*con* alguno—*en* alguna cosa.
Parco *en* la comida.
Parecer *en* alguna parte.
Parecerse *a* otro—*de* cara—*en* la cara.
Participar *en* el negocio— *de* alguna cosa.
Particularizarse *con* alguno—*en* alguna cosa.
Partir *a, para* Italia—(algo) *con* otro—*en* pedazos—*entre* amigos—*por* mitad.
Partir, o partirse, *de* España.
Pasado *en* cuenta—*por* cedazo.
Pasante *de* leyes—*en* teolojía.
Pasar *a* Madrid, *de* Sevilla—*en* silencio—*entre* montes—*por entre* árboles—*por* cobarde.
Pasarse (alguna cosa) *de* la memoria—(la fruta) *de* madura—(uno) *sin* lo que mas desearia.
Pasearse *con* otro—*en, por* el campo.
Pasmarse *de* frio—*con* la helada.
Pecar *con* la intencion—*contra* la lei—*de* ignorante—*en* alguna cosa—*por* demasía.

Pedir *contra* alguno—*de* derecho—*en* justicia—*para* las ánimas—*por* Dios—*por* alguno.
Pegar (una cosa) *a, con* otra—*con* alguno—*contra, en* la pared—*sobre* la mesa.
Pelear *en* defensa de—*por* la patria.
Pelearse *por* alguna cosa.
Peligrar *en* los remedios.
Pelotearse *con* alguno.
Penar *en* la otra vida—*de* amores—*por* alguna persona o cosa.
Pender *de* alguna cosa—*en* la cruz.
Penetrado *de* dolor.
Penetrar *en* la hondura—*entre, por entre* las filas—*hasta* las entrañas—*por* lo mas espeso.
Penetrarse *de* la razon.
Pensar *en, sobre* alguna cosa—*entre* sí—*para* consigo.
Perder *al, en* el juego—(algo) *de* vista.
Perderse (alguno) *de* vista—*en* el camino—*por* temerario.
Perecer *de* hambre.
Perecerse *de* risa—*por* alguna cosa.
Peregrinar *a* rejiones estrañas—*por* el mundo.
Peregrino *en* Jerusalen.
Perfecto *en* su clase.
Perfumar *con* incienso.
Perjudicial *a, para* la vista.
Permanecer *en* alguna parte.
Permutar (una cosa) *con, contra, por* otra.
Pernicioso *a* las costumbres—*en* el trato—*para* los jóvenes.
Perpetuar (su fama) *en* la posteridad.
Perseguido *de* enemigos.
Perseverar *en* algun intento.
Persistir *en* una idea.
Persuadido *de* que es justa una solicitud.
Persuadir, i persuadirse, *a* hacer alguna cosa—*con, por* buenas razones.
Pertenecer (una cosa) *a* alguno.
Pertinaz *de* carácter—*en* su yerro.
Pertrecharse *con, de* lo necesario.
Pesado *de* cuerpo—*en* la conversacion.
Pesarle (a alguno) *de* lo que ha hecho.
Piar *por* alguna cosa.
Picar *de, en* todo.
Picarse *con* alguno—*de* puntual—*por* frioleras.
Pintiparado *a* alguno—*para* el caso.
Plagarse *de* granos.
Plantar (*a* alguno) *en* alguna parte.
Plantarse *en* Cádiz.
Pleitear *con, contra* alguno—*por* pobre.
Poblar *de* árboles—*en* buen paraje.
Poblarse *de* jente.
Pobre *de* espíritu—*en* facultades.
Poder *con* la carga—*con, para con* alguno.
Poderoso *a, para* triunfar—*en* estados.

Ponderar (una cosa) *de* grande.
Poner (a uno) *a* oficio, *bajo* tutela—(bien o mal) *con* otro—(a alguno) *de* correjidor—*de, por* empeño—(alguna cosa) *en* tal o cual parte.
Ponerse *a* escribir—(bien) *con* Dios—*de* vuelta i media—*en* defensa—*por* medio.
Porfiar *con, contra* alguno—*en* un empeño—*hasta* morir—*sobre* el mismo tema.
Portarse *con* valor.
Posar *en, sobre* alguna parte.
Poseido *de* temor.
Posponer (el interes) *a* la honra.
Posterior *a* otro.
Postrado *de* la enfermedad.
Postrarse *a* los piés de alguno—*de* dolor—*en* cama—*por* el suelo.
Práctico *en* cirujía.
Precaverse *contra* el mal—*del* aire.
Preceder (a otro) *en* categoría.
Preeminencia *en* clase—(de una cosa) *sobre* otra.
Preciarse *de* valiente.
Precipitarse *al, en* el foso—*de, desde, por* las almenas.
Precisar *a* confesar la culpa.
Preferido *de* alguno—*entre* otros.
Preferir (a alguno) *en* estimacion—*para* un cargo.
Preguntar (alguna cosa) *a* alguno—*para* saber—*por* el ausente.
Prendarse *de* alguno.
Prender (las plantas) *en* la tierra.
Prenderse *con* alfileres—*de* veinticinco alfileres—*en* un gancho.
Preocuparse *con* alguna cosa.
Prepararse *a, para* alguna cosa—*con* armas defensivas.
Preponderar (una cosa) *a, sobre* otra.
Prescindir *de* alguna cosa.
Presentar (a uno) *para* una prebenda.
Presentarse *al* rei—*de, por* candidato—*en* la corte.
Preservar o preservarse *del* daño.
Presidido *de* otro.
Presidir *en* un Tribunal.
Prestar (dinero) *a* alguno—(la dieta) *para* la salud—*sobre* prenda.
Presto *a, para* correr—*en* obrar.
Presumir *de* docto.
Prevalecer *entre* todos—(la verdad) *sobre* la mentira.
Prevenirse *al, contra* el peligro—*de, con* lo necesario—*en* la ocasion—*para* un viaje.
Primero *de, entre* todos.
Principiar *con, en, por* tales palabras.
Pringarse *con, de* grasa—*en* una miseria.
Privar *con* alguno—(a alguno) *de* lo suyo.
Probar *a* saltar—*de* todo.
Proceder *a* la eleccion—*con, sin* acuerdo—*contra* alguno—(una cosa) *de* otra—*en* justicia.
Procesar (a uno) *por* delitos.
Procurar *para* sí—*por* alguno.

Pródigo *de, en* ofertas.
Producir *ante* los tribunales—*en* juicio.
Proejar *contra* las olas.
Profesar *en* una relijion.
Prolongar (el plazo) *al* deudor.
Prometer *en* casamiento.
Prometerse *de* un negocio buen resultado.
Promover (a alguno) *a* algun cargo.
Pronto *a* enfadarse—*de* jenio—*en* las respuestas—*para* trabajar.
Propagar *en, por* el país—*entre* los suyos.
Propasarse *a, en* una cosa.
Propender *a* la clemencia.
Propio *al, del, para* el caso.
Proponer (la paz) *al* contrario—(a alguno) *en* primer lugar—*para* la eleccion—*por* arbitro a alguno.
Proporcionar i proporcionarse, *a* las fuerzas—*con, para* alguna cosa.
Prorumpir *en* lágrimas.
Proseguir *en, con* la tarea.
Prosternarse *a, para* suplicar—*ante* Dios—*en* tierra.
Prostituir (el injenio) *al* oro.
Protejer (a alguno) *en* sus designios.
Provechoso *al, para* el vecindario.
Proveer *a* la necesidad del pueblo—(la plaza) *de, con* víveres—*en* justicia—(el empleo) *en* el mas digno.
Provenir *de* otra cosa.
Provocar *a* ira—(a alguno) *con* malas palabras.
Próximo *a* morir.
Pudrirse (incomodarse) *de, por* todo.
Pugnar *con, contra* otro—*en* defensa de otro—*para, por* escaparse.
Pujante *en* lozanía.
Pujar *con, contra* los obstáculos—*en, sobre* el precio—*por* alguna cosa.
Purgarse *con* emético—*de* la culpa.
Purificarse *de* la mancha.

Q.

Quebrado *de* color.
Quebrantarse *con, por* el esfuerzo—*de* angustia.
Quebrar (el corazon) *a* alguno—*con* un amigo *en* tal cantidad—*por* lo mas delgado.
Quebrarse (el ánimo) *con, por* las desgracias—*de* la cintura.
Quedar *a* deber—*con* un amigo *en* tal o cual cosa—*de* asiento—*de* piés—*en* casa—*para* contarlo—*por* cobarde.
Quedarse *a* servir—*con* el santo i la limosna—*de* mano en el juego—*en* el sermon.
Quejarse *a* uno *de* otro.
Quemarse *con, de, por* alguna palabra.
Querellarse *al* alcalde—*ante* el juez—*contra, de* su vecino.
Quién *de* ellos—*entre* tanto......
Quitar (algo) *del* medio.
Quitarse *de* enredos.

R.

Rabiar *contra* alguno—*de* hambre—*por* comer.
Radicar *en* tal parte.
Rayar *con* la virtud—*en* lo sublime.
Razonar *con* alguno—*sobre* un punto.
Rebajar (una cantidad) *de* otra.
Rebatir (una razon) *con* otra—(una cantidad) *de* otra.
Rebosar *de, en* agua.
Recabar *con, de* alguno.
Recaer *en* la enfermedad.
Recalcarse *en* lo dicho.
Recatarse *de* las jentes.
Recelar, recelarse i receloso, *del* vecino.
Recetar *contra* alguno—*sobre* un fondo.
Recibir *a* cuenta—(alguna cosa) *de* alguno—*de* criado—(a alguno) *en* casa—*en* cuenta—*por* esposa.
Recibirse *de* abogado.
Recio *de* cuerpo.
Reclamar *a, de* Fulano tal cosa—*ante* un tribunal—*contra* un hermano—*en* juicio—*para* sí—*por* bien.
Reclinarse *en, sobre* alguna cosa.
Recobrarse *de* la enfermedad.
Recojerse *a* casa—*en* sí mismo.
Recompensar (un beneficio) *con* dos.
Reconcentrarse (el odio) *en* el corazon.
Reconciliar i reconciliarse, *con* otro.
Reconocer (mérito) *en* una obra—(a alguno) *por* amigo.
Reconvenir (a alguno) *con, de, por, sobre* alguna cosa.
Recostarse *en, sobre* la cama.
Recrearse *con* la lectura—*en* leer.
Redondearse *con* una herencia—*de* deudas—*en* sus negocios.
Reducir (alguna casa) *a* la mitad.
Reducirse *a* lo mas preciso—*en* los gastos.
Redundar *en* beneficio.
Reemplazar (a una persona) *con* otra—(a Luis) *en* su empleo.
Referirse *a* alguna cosa.
Reflejar (la luz) *en, sobre* un plano.
Reflexionar *en, sobre* tal materia.
Reformarse *en* el vestir.
Refujiarse *a, bajo, en* sagrado.
Regalarse *con* vinos estranjeros—*en* una memoria.
Regar *con, de* llanto.
Reglarse *a* lo justo—*por* otro.
Regodearse *con, en* alguna cosa.
Reinar *en* España—*entre* las jentes el terror—*sobre* muchos millones de hombres.
Reincidir *en* el crímen.
Reintegrado *de, en* su hacienda.
Reintegrar (a un huérfano) *en* sus bienes.

Reirse *de* Juan *con* Pedro.
Relajar *al* brazo seglar.
Relajarse *en* la conducta.
Rematar *con* una copla—*en* cruz—*por* hacer reir.
Remitirse *al* orijinal.
Remontarse *al, hasta* el cielo—*en* alas de la fantasía—*por* los aires— *sobre* todos.
Remover *de* su puesto.
Renacer *a* la vida—*con, por* la gracia.
Rendirse *a* la razon—*de* fatiga.
Renegar *de* alguna cosa.
Renunciar *a* un proyecto—(algo) *en* otro.
Reo *de* muerte—*contra* la sociedad.
Reparar (perjuicios) *con* favores—*en* cualquier cosa.
Repararse *del* daño.
Repartir (alguna cosa) *a, entre* algunos—*en* porciones iguales.
Representar *al* rei *sobre* un asunto.
Rrepresentarse (alguna cosa) *a, en* la imajinacion.
Reputar (a alguno) *por* honrado.
Requerir *de* amores.
Requerirse (algo) *en, para* un negocio.
Resbalar *en, con, sobre* el hielo.
Resbalarse *de, de entre, entre* las manos—*por* la pendiente.
Resentirse *con, contra* alguno—*de, por* alguna cosa—*en* el costado.
Resfriarse *con* alguno *en* la amistad.
Resguardarse *con* el muro—*de* los tiros.
Residir *en* la corte—*entre* personas cultas.
Resignarse *a* los trabajos—*con* su suerte.
Resolverse *a* alguna cosa—(el agua) *en* vapor—*por* tal partido.
Resonar (la ciudad) *en* cánticos, *con* cánticos *de* gozo.
Respaldarse *con, contra* la pared.
Responder *a* la pregunta—*con* las fianzas—*del* depósito—*por* otro.
Restar (una cantidad) *de* otra.
Restituirse *a* su casa.
Resultar (una cosa) *de* otra.
Retar *de* traidor.
Retirarse *a* la soledad—*del* mundo.
Retractarse *de* la acusacion.
Retraerse *a* alguna parte—*de* alguna cosa.
Retroceder *a, hácia* tal parte—*de* un sitio *a* otro—*en* el camino.
Reventar *de* risa—*por* hablar.
Revestir (a alguno) *con, de* facultades.
Revestirse *de* autoridad.
Revolcarse *en* su sangre.
Revolver i revolverse *al, contra, sobre* el enemigo—(algo) *en* la mente—*entre* sí.
Rezar *a* los santos—*por* los difuntos.
Rico *con, por* su lejítima—*de* hacienda—*en* ganados.
Ridículo *en* su porte—*por* su traza.
Ríjido *con, para con, para* su familia—*de* carácter—*en* sus juicios.
Rodar *de* lo alto—(el carro) *por* tierra.

Rodear (una plaza) *con, de* murallas.
Rogar *por* sí o *por* otro.
Romper *con* alguno—*en* llanto—*por* medio.
Rozarse (una cosa) *con* otra—*en* las palabras.

S.

Saber *a* vino—*de* trabajos—*para* sí.
Sabio *en* su profesion.
Saborearse *con* el dulce.
Sacar (una cosa) *a* plaza, *a* la plaza—*a* pulso—*con* bien—*de* alguna parte *de, entre* infieles—*en* limpio—*por* consecuencia.
Saciar *de* viandas *a* un gloton.
Saciarse *de* venganza—*con* poco.
Sacrificarse *por* alguno.
Sacudir algo *de* sí.
Sacudirse *de* los importunos.
Salir *a* la, *en* la cara—*con* un despropósito—*contra* alguno—*de* alguna parte—*de* pobre—*por* fiador.
Salir i salirse *con* la pretension—*de* la regla.
Salpicar *con, de* aceite.
Saltar (una cosa) *a* los ojos—*con* una simpleza—*de* gozo—*en* tierra—*por* la cerca.
Salvar (a alguno) *del* peligro.
Salvarse *por* piés—*en* el esquife.
Sanar *de* la enfermedad—*por* ensalmo.
Sano *de* cuerpo.
Satisfacer *por* las culpas.
Satisfacer i satisfacerse, *de* la duda.
Satisfecho *consigo*—*de* sí.
Secar, i secarse, *al* aire—*con* un paño—*de* sed.
Sediento *de* placeres.
Segregar (una cosa) *de* otra.
Seguir *con* la empresa—*de* cerca—*en* el intento.
Seguirse (una cosa) *a, de* otra.
Seguro *de* ganar—*en* su virtúd.
Sembrar *de, con* flores el camino.
Semejante *a* su padre—*en* todo.
Semejar o semejarse, (una cosa) *a* otra—*en* algo.
Sensible *a* la injuria.
Sentarse *a* la mesa—*de* cabecera de mesa—*en* la silla—*sobre* un cofre.
Sentenciar *a* destierro—*en* justicia—*por* estafa—*segun* lei.
Sentirse *de* algo.
Señalado *de* la real mano.
Señalar *con* el dedo.
Señalarse *en* la guerra—*por* discreto.
Separar (una cosa) *de* otra.
Ser (una cosa) *a* gusto de todos—*de* desear—*de* dictámen—*de, para* alguno.
Ser (estar) *con* otro.

Servir *con* armas i caballo—*de* mayordomo—*en* palacio—*para* el caso
Servirse *de* alguno—*en*, *para* un lance.
Severo *de* semblante—*en* sus juicios—*para*, *para con* los súbditos.
Sin embargo *de* eso.
Sincerarse *ante* un juez—*con* otro—*de* la culpa.
Singularizarse *con* alguno—*en* vestir—*entre* los suyos—*por* su traje.
Sisar *de* la tela—*en* la compra.
Sitiado *de* los enemigos.
Sitiar *por* mar i tierra.
Sito *en* Madrid.
Situado *a*, *hácia* la izquierda—*sobre* el monte.
Situarse *en* alguna parte—*entre* dos rios.
Soberbio *con*, *para con*, *para* sus amigos—*de* índole—*en* palabras.
Sobrepujar (a alguno) *en* autoridad.
Sobresalir *en* mérito—*entre* todos—*por* su elocuencia.
Sobresaltarse *con*, *por* el ruido—*de* la noticia.
Sobreseer *en* la causa.
Sobrio *de* palabras—*en* comer.
Socorrer *con* algo—*de* víveres.
Sojuzgado *de* los poderosos.
Solazarse *con* fiestas—*en* banquetes.
Solicitár *del* rei—*con* el ministro—*por*, *para* otros.
Solícito *con* otro—*en*, *para* pretender.
Someterse *a* alguno.
Sonar *a* hueco—(alguna cosa) *en*, *hácia* tal parte.
Soñar *con* ladrones—*en* esto o aquello.
Sordo *a* las voces—*de* un oido.
Sorprender *con* alguna cosa—*en* el hecho.
Sorprendido *con*, *de* la bulla.
Sospechar (infidelidad) *de* un criado—*en* alguno.
Sospechoso *a* alguno—*en* la fe—*por* su comportamiento.
Sostener *con* razones—(algo) *en* alguna parte.
Subdividir *en* partes.
Subir *a*, *en* alguna parte—*de* alguna parte—*sobre* la mesa.
Subordinado *al* caudillo.
Subrogar (una cosa) *con*, *por* otra—*en* lugar de otra.
Subsistir *con*, *del* auxilio ajeno.
Suceder *con* Pedro lo que *con* Juan—(a alguno) *en* el empleo.
Sufrido *en* la adversidad.
Sufrir *de* uno lo que no se sufre *de* otro—*con* paciencia.
Sujetar *con* lazos.
Sujetarse, sujeto, a alguno, o a alguna cosa.
Sumirse *en* alguna parte.
Sumiso *a* las leyes.
Supeditado *de* los contrarios (1).
Superior *a* sus enemigos—*en* luces—*por* su injenio.

(1) Tambien *por* los contrarios; pero se suprimen estas construcciones de participio pasivo, porque se adaptan a todos, o a la mayor parte de ellos; i por lo mismo se escasean tambien las que se forman con dichos participios i la preposicion *de*, atendiendo a que aquellas i estas no vienen a ser otra cosa que una oracion de pasiva; pues *Antonio es* **ABORRECIDO DE** o **POR** *todos* equivale a *todos aborrecen a Antonio*.

Suplicar al rei—*de* la sentencia—*en* revista—*por* alguno.
Suplir *en* actos del servicio—*por* alguno.
Surjir (la nave) *en* el puerto.
Surtir *de* víveres.
Suspender *de* una argolla—*de* empleo i sueldo—*en* el aire—*por* los cabellos.
Suspenso *de* oficio.
Suspirar *de* amor—*por* el mando.
Sustentarse *con* yerbas—*de* esperanzas.
Sustituir *a, por* alguno—(una cosa) *con* otra—(un poder) *en* alguno.
Sustraerse *a, de* la obediencia.

T.

Tachar (a alguno) *de* lijero—*por* su mala conducta.
Tachonar *de, con* florones de oro.
Tardar *en* venir.
Tardo *a* sentir—*de* oido—*en* comprender.
Tejer *con, de* seda.
Temblar *con* el susto—*de* frio—*por* su vida.
Temer o temerse, *de* otro—*por* sus hijos.
Temeroso *de* la muerte.
Temible *a* los contrarios—*por* su arrojo.
Temido *de, entre* muchos.
Temor *al* peligro—*de* Dios.
Templarse *en* comer.
Tener (se usa con casi todas las preposiciones) *a* ménos, o *en* ménos—*con* o *en* cuidado—*de* criado o *por* criado—(algo) *en, entre* las manos—*para* sí—*sobre* sí—(a su madre) *sin* sosiego.
Tenerse *de, en* pié—*por* intelijente.
Teñir *con* grana—*de* azul—*en* negro.
Terciar *en* una contienda—*entre* dos.
Terminar *en* punta.
Tirar *a, hácia, por* tal parte—*de* la falda.
Tiritar *de* frio.
Titubear *en* alguna cosa.
Tocado *de* enfermedad.
Tocar (la herencia) *a* alguno—*en* alguna parte.
Tomar *a* pechos—*bajo* su proteccion—*con, en, entre* las manos—*de* un autor una especie—(una cosa) *de* tal modo—*hácia* la derecha—*para* sí—*por* ofensa—*sobre* sí.
Tomarse *de* orin—*con, por* la humedad.
Topar *en, con, contra* un poste.
Torcido *con* otro—*de* cuerpo—*en* sus miras—*por* la punta.
Tornar *a* las andadas—*de* Galicia—*por* el resto.
Trabajar *de* sastre—*en* tal materia—*para* comer—*por* distinguirse.
Trabar *de* alguno—(una cosa) *con* otra—*en* alguna cosa.
Trabarse *de* palabras.
Trabucarse *en* la disputa.
Traducir *al, en* castellano—*del* latin.

Traer (alguna cosa) *a* alguna parte—*ante* sí—*hácia* sí—*de* alguna parte—*en, entre* manos—*por* divisa—*sobre* sí.
Traficar *en* drogas—*con* su crédito.
Transitar *por* alguna parte.
Trasladar (algo) *a* alguien—*de* Sevilla *a* Cádiz.
Traspasado *de* dolor.
Traspasar (alguna cosa) *a, en* alguno.
Trasferir (alguna cosa) *a* otro tiempo—*en* otra persona.
Trasferirse *de* una parte *a* otra.
Trasfigurarse *en* otra cosa.
Trasformar o trasformarse, (una cosa) *en* otra.
Traspirar *por* todas partes.
Trasportar (alguna cosa) *de* la casa *a* la calle.
Trasportarse *de* alegría.
Trasplantar (de una parte) *a, en* otra.
Tratar *a* baqueta—*con* alguno—*de* cobarde—*de, sobre* alguna cosa—*en* lanas.
Travesear *con* alguno.
Triste *de* aspecto—*de, con, por* el suceso—*en* la entonacion de la voz—*para* algunos.
Triunfar *de* los enemigos—*en* la lid.
Trocar (una cosa) *con, en, por* otra.
Tropezar *con, en, contra* alguna cosa.
Tuerto *del* ojo derecho.
Turbar *en* la posesion.

U.

Ufanarse, ufano, *con, de* sus hechos.
Ultimo *de* todos—*en* la clase.
Ultrajar *con* apodos—*de* palabra—*en* la honra.
Uncir (los bueyes) *al* carro—(macho) *con* mula.
Unjir *con* esencias—*por* obispo.
Unico *en* su línea—*para* el objeto.
Uniformar (una cosa) *a, con* otra.
Unir (una cosa) *a, con* otra.
Unirse *a, con* los compañeros—*en* comunidad—*entre* sí.
Uno *a* uno—uno *con* otro—uno *de* tantos—uno *entre* muchos—uno *por* otro—uno *sobre* los demas.
Untar *con, de* bálsamo.
Usar *con, contra*, un simple *de* enredos.
Util *a* la patria—*para* tal cosa.
Utilizarse *con, de, en* alguna cosa.

V.

Vacar *al* estudio.
Vaciar *en* yeso.
Vaciarse *de* alguna cosa—*por* la boca.
Vacilar *en* la eleccion—*entre* la esperanza i el temor.

Vacío *de* entendimiento.
Vagar *por* el mundo.
Valerse *de* alguno, *de* alguna cosa.
Vanagloriarse *de, por* su estirpe.
Variar *de* opinion—*en* dictámenes.
Vecino *al* trono *de* Antonio.
Velar *a* los muertos—*en* defensa—*por* los que duermen—*sobre* alguna cosa.
Velloso, velludo, *de* cuerpo.
Vencer *en* la batalla.
Vencerse *a* alguna cosa—*de* ruegos.
Vencido *de* los contrarios—(el aparejo) *a, hácia* la derecha.
Vender *a* tanto—*en* tanto—una cosa *por* otra.
Venderse a alguno—*en* tanto—*por* amigo.
Vengarse *de* una ofensa *en* el ofensor.
Venir *a* casa—*con* un criado—*del* teatro—*de, hácia* Sevilla—*en* ello—*hácia* aquí—*por* buen conducto—*sobre* uno mil desgracias.
Ver *de* hacer algo—*con* sus ojos—(el mundo) *por* un agujero.
Verse *con* alguno—*en* altura.
Verte *al* suelo—*del* cántaro—*en* el jarro.
Vestir *a* la moda.
Vestirse *con* lo ajeno—*de* paño.
Viciarse *con* el, *del* trato.
Vijilar *en* custodia de...—*sobre* sus súbditos.
Vincular (la gloria) *en* la virtud, *sobre* una hacienda.
Vindicar o vindicarse *de* la injuria.
Violentarse *a, en* alguna cosa.
Visible *a, para* todos—*entre* todos.
Vivir *a* su gusto—*con* su suegro—*de* limosna—*para* ver—*por* milagro—*sobre* la haz de la tierra.
Volar *al* cielo—*de* rama en rama—*por* el aire.
Volver *a* casa—*de* la aldea—*en* sí—*hácia* tal parte—*por* tal camino—*por* la verdad—*sobre* sí.
Votar (una novena) *a* la Vírjen *con* la mayoría—*en* el pleito—*por* alguno.

Z.

Zabullirse o zambullirse, *en* el agua.
Zafarse *de* alguna persona o cosa.
Zambucarse *en* alguna parte.
Zamparse *en* la sala.
Zampuzarse *en* agua.
Zozobrar *en* la tormenta.

AUTORES DE QUIENES HAI FRAGMENTOS

EN EL

MANUAL DE COMPOSICION LITERARIA.

A.

Alcazar (Baltasar del), p. 393.
Alfonso X, rei de Castilla, p. 53, 54.
Ampere J. J., p. 162.
Apuleyo, p. 124.
Ariosto (Luis), p. 356.
Aristóteles, p. 245.
Arjensola (Lupercio), p. 301.
Avellaneda (Jertrudis Gomez de), p. 23 (1)

B.

Bello, (Andres), p. 37, 262, 419.
Boileau, p. 369.
Bossuet, p. 185, 213.
Bory de Saint Vincent, p. 154.
Brachmann (Luisa), p. 380.
Breton de los Herreros (Manuel), p. 24.
Buckle (Enrique Tomas), p. 252.
Buffon, p. 338.
Byron (Lord), p. 379.

C.

Camoens (Luis), p. 362.
Campoamor (Ramon), p. 421, 422.
Cavanilles (Antonio), p. 285.
Cervantes (Miguel de), p. 51, 62, 205, 206.
Chateaubriand, p. 155, 186, 320, 322, 324, 330, 332.
Chesterfield (Lord), p. 79.
Cibdareal (Hernan Gomez de), p. 56.
Ciceron, p. 129.
Cobbett (Guillermo), p. 148.
Comines, p. 198.
Cuvier (Jorje), p. 249.

(1) En la páj. 24 de este libro, en la nota biográfica de la ilustre poetiza cubana, dijimos que habia muerto en junio de 1861. Tomamos esta noticia de la última edicion del *Diccionario de contemporáneos* de M. Vapereau. Despues hemos visto la coleccion de las obras completas de la señora Avellaneda que se publica en Madrid, i de la cual se han dado a luz los cuatro primeros volúmenes, i allí hemos visto que esa noticia es inexacta, i que la ilustre escritora vivia en 1869 en Sevilla, donde ha establecido su residencia.

D.

Dante Alighieri, p. 353, 355.
Desmahis, p. 186.
Duclos (Cárlos), p. 257.

E.

Ercilla (Alonso de), p. 28, 30.

F.

Fabre D'Olivet, p. 168.
Feijóo (Fr. Benito), p. 261.
Fenelon, p. 145, 146, 147, 247, 275, 277, 278, 279, 280.
Fontenelle (Bernardo), p. 282, 283.

G.

Garcilaso de la Vega, p. 383.
Gellert, p. 130.
Gerando (J. M. de), p. 255.
Gesner, p. 377.
Ginguené, p. 191.
Goldsmith (Olivero), p. 154.
Góngora (Luis de), p. 396, 396.
Gonzalez (Fr. Diego), p. 401.
Guiciardini, p. 116.

H.

Haller, p. 372, 376.
Hartzenbursch (don Juan Eujenio de), p. 406, 407.
Head (F.), p. 171.
Hennequin (Pedro), p. 156.
Heredia (José M.), p. 418.
Hermosilla (José), p. 302.
Herrera (Fernando de), p. 296.
Herschell (J.), p. 254.
Homero, p. 320, 322, 342.
Hugo (Víctor), p. 37, 217.
Humboldt (Alejandro), p. 160.
Hurtado de Mendoza (don Diego), p. 60.

J.

Jouy (de), p. 190.
Juan Manuel, infante de Castilla, p. 59.
Justino, p. 218.
Juvenal, p. 361.

K.

Kant (Manuel), p. 239.

L.

La Bruyère, p. 189, 226.
La Fontaine (Juan), p. 259.
Lafuente (don Modesto), p. 203.
Leon (Fr. Luis de), p. 290, 293,392.
Lessing, p. 406.
Livio (Tito), p. 194.
Luciano, p. 271, 273.

M.

Macaulay (Lord Tomas), p. 99.
Maistre (Javier de), p. 243.
Mariana (Juan de), p. 203.
Marini (Juan B.), p. 366.
Martinez de la Rosa (Francisco), p. 312.
Manrique (Jorje). p. 26.
Mártius (Cárlos Federico), p. 151.
Mazure (Adolfo), p. 336, 338.
Mena (Juan de), p. 32.
Michelet (Julio), p. 159.
Millevoye, p. 418.
Milton (Juan), p. 330, 332.
Monteil, p. 143.
Montesquieu, p. 189, 196, 214, 225, 258, 336.
Moratin (D. Leandro F. de), p. 404.
Munarriz (José Luis), p. 328.
Museo el gramático, p. 344.

N.

Nepote (Cornelio), p. 193.

P.

Pardo (Felipe), p. 33.
Pascal (Blas), p. 238.
Perez de Guzman (Fernan), p. 57.
Platon, p. 102, 244.
Plinio el jóven, p. 112.
Plutarco, p. 104, 106, 219.
Prescott (Guillermo), p. 120, 220.
Pulgar (Fernando del), p. 55, 58.

Q.

Quevedo (Francisco de), p. 397.
Quintana (Manuel José), p. 33, 118, 292, 294, 300, 301, 307, 310, 314 318.

R.

Riche (Alfredo), p. 157.
Rioja (Francisco de), p. 303, 308.
Robertson, p. 164, 223.
Rollin, p. 130.
Romancero (anónimo), p. 398, 400.
Rousseau (J, J.), p. 242.

S.

Salustio, p. 195, 220.
Schiller (Federico), p. 202, 382, 407.
Schelegel (Guillermo), p. 192.
Scott (Sir Walter), p. 198, 200.
Segura (Juan Lorenzo de), p. 53.
Sevigné (Madama de), p. 79, 97, 98.
Sommer (E.), p. 77.
Stael (Madama de), p. 168.
Suetonio, p. 110.
Swift, p. 129.

T.

Tácito, p. 108, 109.
Tasso (Torcuato), p. 356.
Tassoni, p. 367.
Teócrito, p. 324.
Teresa (Santa), p. 392.
Théry, p. 77.
Thierry (Amadeo) p. 195.
Thompson (Santiago), p. 374.
Tissot (P. Francisco), p. 325.
Tucídides, p. 163, 183.

V.

Vega (Lope de), p. 31, 315,
Villegas (Estevan Manuel de), p. 313.
Virjilio, p. 325, 345,
Voltaire, p. 80, 226, 241.

ÍNDICE.

		Páj.
	Advertencia	I
	Preceptos jenerales de composicion	1
Seccion	I—*Traduccion al castellano de trozos escritos en un idioma estranjero*	17
Seccion	II—*Traslacion a prosa de una composicion escrita en verso castellano.*	21
	Temas de ejercicios	2[illegible]
	A la esperanza, J. G. de Avellaneda	23
	El Comercio, Breton de los Herreros	24
	Coplas a la muerte de su padre, J. Manrique	26
	Discurso de Colocolo, Ercilla	28
	Discurso de Lautaro	30
	Soneto, Lope de Vega	31
	Memorial a Felipe IV (soneto con estrambote). Lope de Vega	31
	Lamentaciones de la madre de Lorenzo de Abalos, Juan de Mena	32
	A la invencion de la imprenta, Quintana	33
	A mi levita (imitacion de Beranger), F. Pardo Aliaga	35
	La oracion por todos (imitacion de V. Hugo), Andres Bello	37
	Modelos de ejercicios	42
Seccion	III.—*Traslacion al lenguaje moderno de algunos trozos escritos en castellano antiguo*	45
	Temas de ejercicios	51
	Las armas i las letras, Cervantes	51
	Carta de Alejandro a su madre, Juan Lorenzo de Segura	52
	Los reyes deben dominar sus pasiones, don Alfonso X.	53
	Buen uso que el rei debe hacer de sus palabras, don Alfonso X	54
	Retrato de don Enrique de Pacheco, Fernando del Pulgar	55
	Muerte del marques de Villena, Gomez de Cibdareal...	56

		Páj.
	Don Alvaro de Luna, Perez de Guzman	57
	El marques de Santillana, Fernando del Pulgar	58
	El sentimiento del honor es la primera de las virtudes, don Juan Manuel	59
	Vanidad i pobreza, Hurtado de Mendoza	60
	Los jitanos, Cervantes	62
	Modelos de ejercicios	64
Seccion iv.	—*Esplicacion de los homónimos i sinónimos*	67
	Homónimos	69
	Sinónimos	70
Seccion v.	—*Cartas familiares*	72
	Temas de ejercicios	73
	Modelos de ejercicios	77
	Cartas estractadas de Sommer	77
	Id. de Théry	77
	Id. de Sommer	78
	Lord Chesterfield a su hijo	79
	Madama de Sevigné a su hija	79
	Voltaire a Rousseau	80
Seccion vi.	—*Narraciones*	83
	Temas de ejercicios	86
	Modelos de ejercicios	97
	Luis XIV i el mariscal de Grammont, Madama de Sevigné	97
	Muerte de Turena, Madama de Sevigné	98
	La cueva negra, Macaulay	99
	Muerte de Sócrates, Platon	102
	Niñez de Alejandro, Plutarco	104
	Proscripciones de Sila, Plutarco	106
	Muerte de Tiberio, Tácito	108
	Envenenamiento de Británico, Tácito	109
	Muerte de Neron, Suetonio	110
	Erupcion del Vesubio: muerte de Plinio: destruccion de Herculano i de Pompeya	112
	Toma i saqueo de Roma por los imperiales, Guiciardini.	116
	Descubrimiento del mar del sur por Balboa, Quintana..	118
	Captura de Atahualpa, Prescott	120
	Lucio trasformado en asno, Apuleyo	124
	Gulliver apresa la escuadra del reino de Blefuscu, Swift.	127
	La espada de Damócles, Ciceron	129
	Id. id. Rollin	130
	Id. id. Gellert	130
Seccion vii.	—*Descripciones*	132
	Temas de ejercicios	134
	Modelos de ejercicios	143
	Un castillo feudal: vida de los señores feudales, A. Monteil	143
	El aire, Fenelon	145
	La tierra, Fenelon	146
	Las plantas, Fenelon	147

PÁJ.
La leccion de Jeografía, William Cobtett.................. 148
Las selvas en el Brasil, C. F. Martius.................. 149
Los cinco sentidos del hombre, J. J. Sulzer.............. 151
El Tajo, Bory de Saint Vincent.................. 153
La catarata del Niágara, Goldsmith.................. 154
El mismo asunto, Chateaubriand.................. 155
La trompa marina, Hennequin.................. 156
El gulfstream o corriente del globo, Riche.................. 157
Los mares polares, J. Michelet.................. 159
Bellezas del hemisferio austral, A. de Humboldt......... 160
Una aurora boreal, J. J. Ampère.................. 162
La peste de Aténas, Tucídides.................. 163
Colon recibido por los reyes católicos en Barcelona, Robertson.................. 165
Pompeya, M. de Staël.................. 167
El teatro de Aténas, Fabre d'Olivet.................. 168
Las pampas de América, F. Head.................. 171
SECCION VIII.—*Retratos*.................. 172
Temas de ejercicios.................. 174
Modelos de ejercicios.................. 183
Los atenienses, Tucídides.................. 183
Los Romanos, Bossuet.................. 184
Los franceses, Chateaubriand.................. 186
El fatuo, Desmahis.................. 186
Menipo o las plumas del pavo real, La Bruyère.......... 187
El fantástico, Fenelon.................. 188
Los visitadores, Montesquieu.................. 189
El tartufo de franqueza, De Jouy.................. 190
El Dante, Ginguené.................. 191
Shakspeare, G. Schlegel.................. 192
Alcibíades, C. Nepote.................. 193
Caton el censor, Tito Livio.................. 194
Catilina, Salustio.................. 195
Atila, A. Thierry.................. 195
Carlomagno, Montesquieu.................. 196
Luis XI, Comines.................. 197
El mismo asunto, Walter Scott.................. 198
Jacobo I de Inglaterra, Walter Scott.................. 200
Gustavo Adolfo, Schiller.................. 202
Don Alvaro de Luna, Mariana.................. 203
Felipe II, Lafuente.................. 203
Cervantes, Cervantes.................. 205
Maritornes, Cervantes.................. 205
Una vieja peregrina, Cervantes.................. 206
SECCION IX.—Paralelos.................. 207
Temas de ejercicios.................. 208
Modelos de ejercicios.................. 213
Aténas i Esparta, Bossuet.................. 213
Roma i Cartago, Montesquieu.................. 214
El mismo asunto, Victor Hugo.................. 217

Páj.
Filipo i Alejandro, Justino 218
Tiberio i Cayo Graco, Plutarco 219
Caton de Utica i Julio César, Salustio 220
Isabel la Católica de Castilla e Isabel de Inglaterra, Prescott 220
Francisco I i Cárlos V, Robertson 223
Cárlos XII i Alejandro, Montesquieu 225
Cárlos XII i Pedro el grande, Voltaire 226
Corneille i Racine, La Bruyère 226
Seccion x.—*Disertaciones* 228
Temas de ejercicios 229
Modelos de ejercicios 238
El hombre en medio del infinito, Pascal 238
Sistema del mundo, Kant 239
El ateismo, Voltaire 241
El duelo, J. J. Rousseau 242
Media noche, J. de Maistre 243
La muerte del filósofo, Platon 244
Las diferentes edades de la vida, Aristóteles 245
Mérito comparativo de los antiguos i de los modernos, Fenelon 247
Los descubrimientos de la ciencia, Cuvier 249
Males que la proteccion de los príncipes ocasiona a la literatura, Buckle 252
Marabillas de la civilizacion, J. Herschell 254
Efectos de la ignorancia, De Gérando 255
Los moralistas que juzgan a la humanidad absolutamente mala, Duclos 257
Envilecimiento de los romanos bajo la tiranía, Montesquieu 258
Utilidad de la fábula, La Fontaine 259
La opinion vulgar, Feijoo 261
Beneficio del cultivo de las ciencias i de las letras, A, Bello 262
Seccion xi.—*Diálogos* 264
Temas de ejercicios 266
Modelos de ejercicios 271
Alejandro, Aníbal, Mínos, Escipion, Luciano 271
Filipo i Alejandro, Luciano 273
Aquíles i Homero, Fenelon 275
Pericles i Alcibíades, Fenelon 277
Fabio Máximo i Aníbal, Fenelon 278
Luis XI i Felipe de Comínes, Fenelon 279
El condestable de Borbon i Bayardo, Fenelon 280
Artemisa i Raimundo Lulio, Fontenelle 282
Hernan Cortes i Moctezuma, Fontenelle 283
Cervantes, Canavilles 285
Seccion xii.—*Análisis literario* 288
Modelos de análisis 290
Vida del campo, Fr. Luis de Leon, an. de Quintana.... 290

PÁJ.
Profecía del Tajo, Fr. Luis de Leon........................ 293
La batalla de Lepanto, Herrera............................. 296
Al sueño, Arjensola.. 301
Epístola moral, Rioja...................................... 303
A las ruinas de Itálica, Rioja............................. 308
Al céfiro, Villegas.. 313
A la barquilla, Lope de Vega............................... 315
Príamo i Aquíles, Chateaubriand............................ 320
Ulíses i Penélope, Chateaubriand........................... 322
El Ciclope i Galatea, Chateaubriand........................ 324
Laocoon, Tissot.. 325
Un fragmento de don Quijote, Munarriz...................... 328
El Satanas de Milton, Chateaubriand........................ 330
Adan i Eva, Chateaubriand.................................. 332
Causas de la decadencia de Roma, por Montesquieu, Mazure... 336
Naturaleza salvaje i naturaleza cultivada, Mazure.......... 338
Temas de ejercicios...................................... 342
Adioses de Héctor i de Andrómaca, Homero................... 342
Muerte de Leandro i de Hero, Museo el gramático............ 344
Niso i Euríalo, Virjilio................................... 345
El rodaballo, Juvenal...................................... 351
Francisca de Rímini, Dante................................. 353
Ugolino, Dante... 355
Viaje de Astolfo a la luna, Ariosto........................ 356
Herminia entre los pastores, Torcuato Tasso................ 358
El jigante Adamastor, Camoens.............................. 362
Muerte de Adónis, J. B. Marini............................. 366
El consejo de los dioses, Tassoni.......................... 367
Combate en una librería, Boileau........................... 369
La Suiza, Haller... 372
Tempestad de verano, Thompson.............................. 374
La vida de los pastores, Haller............................ 376
La primera noche de Adan i Eva fuera del paraiso, Gesner... 377
Las tinieblas, Lord Byron.................................. 378
Cristóbal Colon, Luisa Brachmann........................... 380
El anillo de Policrates, Schiller.......................... 382
Egloga, Garcilaso de la Vega............................... 383
A Cristo Crucificado, Santa Teresa......................... 392
A la Ascencion, Fr. Luis de Leon........................... 392
La cena jocosa, B. del Alcazar............................. 393
Soneto, Góngora.. 396
Letrilla Góngora... 396
Letrilla, Quevedo.. 397
Desafío del Cid, Romancero................................. 398
Romance morisco, Romancero................................. 400
El murciélago alevoso, Fr. Diego Gonzalez.................. 401
A los colejiales de San Clemente de Bolonia, L. F. de Moratin.. 404

	Páj.
La Zarza, Hartzenbusch	406
La Campana, Hartzenbusch	407
La caida de las hojas, Heredia	418
Miserere, A. Bello	419
La opinion, Campoamor	421
Quién supiera escribir, Campoamor	422
Apéndice	425
Lista de las palabras que se construyen con preposicion	425
Autores de quienes hai fragmentos en este Manual	463

